

Un artista
japonés

Tatsumi Soejima

por Víctor García

SON muchos los hogares, especialmente aquellos integrados por gentes que aman el viaje y el arte exótico, que tienen algún ejemplar o varios de las conocidas estatuillas de Hakata. Hakata es una hacendosa ciudad del Japón meridional que integra, junto con Fukuoka, de la que está separada por el río Nakagawa (1), la urbe más importante de las isla de Kyushu. Un caso parecido al de Buda-Pest, las dos ciudades que dándose un abrazo por sobre el Danubio, han acabado por componer una sola entidad urbana.

Tatsumi Soejima era un anarquista que había logrado destacar entre los artesanos que trabajaban la manufactura de las estatuillas, «Hakata no ningyo» (las muñecas de Hakata), como uno de los más solicitados y cotizados en este difícil arte que, además de proporcionarle muchas divisas al Japón, también le ha dado una fama no competida por ningún otro país y debido a ello, todo poseedor de una estatuilla de Hakata, pasa por ser una persona de gusto exquisito.

El taller de Soejima era relativamente grande y estaba ubicado cerca del Ohori Koen (Parque Ohori), un camino que llegué a hacer muchas veces y casi siempre acompañado del hijo menor de Soejima: Shigeki. En el taller había siempre una confusión de muñecas desparramadas por el suelo, algunas acabadas y listas para ser embaladas, otras a medio terminar y el resto esperando la mano inspirada del artista que las animara. Era, aquel recinto de Soejima, un extraño mundo liliputiense compuesto por figuras de cuarenta centímetros y menos de estatura, pero guardando una proporción tan magnífica que pareciera que el arte de los jíbaros ecuatorianos: *tanza*, consistente en la reducción de las cabezas humanas al tamaño de diminutas naranjas, lo aplicara Soejima a todo el cuerpo. Allí estaba el pescador, el actor de Noh, la clásica ópera nipona, el

samurai, el bonzo budista y el monje shintoista, el campesino y el *daimyo*, el *eta* y la *geisha*, el doctor y el *jinrikisha*. Las facciones de la cara eran perfectas, no faltaba la arruga del rostro anciano, la mueca del esfuerzo o la expresión de satisfacción. Las manos, la terrible tragedia de todo artista, eran un primer y nasta el quiromántico hubiera podido leer en ellas el pasado y el futuro de aquellos seres que esperaban un hábito divino para animarse del sueño en el que parecían estar sumidos. Los cabellos de la *geisha*, las agujas de la ciencia médica oriental: la acupuntura, el carrito del *jinrikisha*, la caña y la red de pescador, la azada del labriego, las dos espadas del *samurai*, las *getas*, el *obi*, el *bakama*, todo guardaba la proporción impecable. Igual a una escala rigurosamente matemática, de la diminuta figura. El pliego del vestido, el color de la *geisha*, enharinado, el del campesino, bronceado, el del niño, el de la mujer... (2).

Todo este mundo acaba de perder a su creador. Tatsumi Soejima ha muerto. Yamaga me lo acaba de comunicar. El cáncer y una úlcera se confabularon para que la existencia de Soejima terminara con el año de 1962. El 31 de diciembre exactamente.

Soejima era admirable. Tenía una vitalidad de cílope y contagiaba a cuantos se

hallaban junto a él. Recuerdo que una vez, era ya muy de noche, no lejos del deslinde con la hora cero, cuando se me ocurrió decir que me gustaría ir a ver la tumba del célebre revolucionario ácrata Osugi, asesinado por el clan militar nipón en 1923. Cinco minutos después estábamos cruzando las calles ya solitarias de Fukuoka, abandonábamos la ciudad y por una carretera tortuosa fuimos a parar, en plena noche, frente a un montón de piedras enfiladas y colocadas por la mano del hombre: era la tumba de Sakae Osugi.

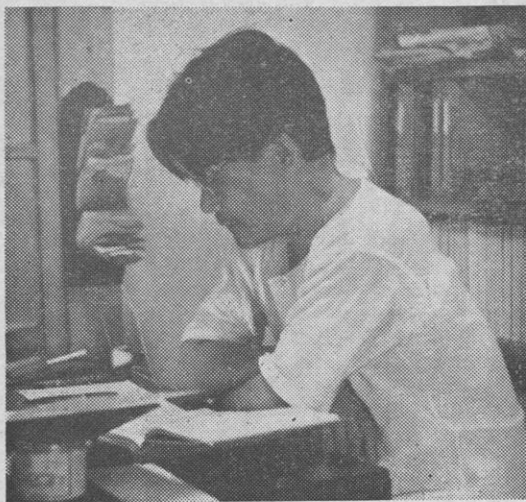
Otra vez, en Himeji, el congreso anual de la Federación Anarquista Japonesa estaba discutiendo la rotación de su portavoz «Kuro Hata» (3) que anualmente hace un peregrinaje imprimiéndose, en períodos diferentes, en varias ciudades del país con lapsos de tiempo variables en cada una de ellas, de acuerdo con la proporción de militantes residentes en cada una de dichas ciudades; medida ésta, dicho sea de paso, muy profiláctica, ya que son muchos los compañeros que mediante tal sistema, y ello sin tenerse que desplazar de sus respectivas localidades, pueden redactar y confeccionar un periódico de divulgación revolucionaria. En aquella ocasión los compañeros de Tokio debía hacer la transferencia del «Kuro Hata» a los de Nagoya, pero inconvenientes determinados imposibilitaban la acometida inmediata de la tarea por parte de los de esta última localidad. Soejima arribó con originales, documentación, correspondencia y demás materiales de la redacción y la administración del periódico y durante varios meses «Kuro Hata» fue redactado, impreso y distribuido en Hakata.

Era un hombre de decisiones rápidas sin que ello implicara la menor brusquedad en su actuar. Como buen japonés sabía proceder con esa dulzura que nos hace sentir torpes e inseguros a los occidentales. Dulzura aún más patente, como es lógico, en



La «Hakata no Ningyo» (Muñeca de Hakata) es un exponente, en el mundo entero, de la sensibilidad artística y la habilidad manual del japonés. En el gráfico, un colaborador de Soejima trabajando un personaje de «Noh», la ópera clásica nipona. (Foto, Víctor García.)

Tatsumi Soejima



TATSUMI SOEJIMA (Foto, Victor Garcia.)

su compañera Yuku y su hija Fumiko. Estas dos, junto con Soejima, fueron hasta la estación del ferrocarril para despedirse de mí cuando abandoné Fukuoka.

«¡Mata Dozo! ¡Mata Dozo! (4), me decían desde el andén...

Soejima permanecía callado. Sus facciones angulares, típicamente japonesas, eran inescrutables, pero ya me había dado, durante mi estancia en su casa, muestras sobradas de la intensidad de sus sentimientos y llevaba yo ya bastantes días en el Japón para saber a qué atenerme sobre aquel hermetismo facial...

VICTOR GARCIA

(1). — Nakagawa significa, precisamente, Río del Medio (Naka=medio, mitad; gawa=rio).

(2). — Algunos vocablos, como *samurai* y *geisha* son sobradamente conocidos del mundo occidental. La traducción de los otros es: *daimyo*=señor feudal; *eta*=paria, ilota, fuera-clase en el régimen japonés anterior a 1886; *jurikisha*=hombre del carrito o palanquin; *getas*=sandalias de madera; *obi*=enorme nudo con que remata el cinturón femenino del kimono; *hakama*=ancha camisa masculina aún usada para ciertas ceremonias tales como casamientos, funerales o ritos ancestrales.

(3) « Kuro Hata » (Bandera Negra), substituyó « Heimin Shimbun » (Hombre del Pueblo) y, a su vez, acaba de ser substituido por el nombre de « Jiyurengo » (Asociación Libertaria), acontecimiento que tuvo lugar durante la celebración del último congreso de la Federación Anarquista Japonesa en Tokio los días 4 y 5 de agosto de 1962.

(4). — « Mata Dozo » (Por favor, regresa) tiene, indudablemente, un valor y un sentido mucho más cariñoso e íntimo que el popular « Sayonara » (Adios).

Cualquier hombre puede equivocarse, pero los necios perseveran en el error.—CICERON.

★

No dejes crecer en tu corazón la mala hierba.—R. TAGORE.

★

En el bosque hay un pájaro. Su canto se para, y nos sonroja.—RIMBAUD.

Familiaridad con los músicos

Miguel Ivanovitch Glinka

GLINKA nació el 20 de mayo de 1804 en Novospassky, Rusia. Al parecer, una campesina que había sido su ama de cría influyó poderosamente en su ánimo contándole leyendas del país y cantándole aires de igual raíz geográfica y humana. Imaginativo, el niño Glinka estuvo obsesionado por el « pájaro de fuego ».

Ya compositor, tradujo al pentagrama sus fantasías, musicó leyendas y enriqueció el cantar campesino. El mismo era cantor dotado, ejecutando sus improvisaciones en corros de amigos. Era asimismo magnífico pianista y conocía bien el manejo del violín. La expresión del arte ruso tendría buen exponente en el joven Glinka.

A sus 19 años, fuerte en la fuga, la armonía y el contrapunto, se dirigió al Cáucaso, cuyas melodías orientales le impresionaron. En « Russland y Ludmila » sobresale esa influencia.

Regresado a su casa obedeció a su padre y entró en la administración zarista. Como evasión — o lo que fuere — Glinka se dedicó a seducir mujeres mediante música que componía exprofeso para cada una de ellas. Igualmente se libró a ratos hurtados o suyos, a la composición de música de cámara. Como era de prever, rompió con la administración imperial para dar libre curso a su voluntad de artista. En 1830 partió en viaje para Alemania, Italia y Francia, donde dio a conocer sus producciones. Vista la ópera europea, ideó la ópera rusa, siendo estimulado por Mendelssohn y Berlioz. De ahí su « Ivan Sussanine », ópera estrenada en 27 de noviembre de 1836.

Chocó con el público « durado » ruso, acomodado a la ópera italiana. El fondo emotivo de la canción popular rusa no se



estimaba « de altura » para injertarlo a las grandes representaciones. Era género « plebeyo ». De momento Glinka quedó desilusionado, pero años después el mérito de « Ivan Sussanine » fue reconocido. « Russland y Ludmila » acreditó a Glinka para siempre. Incluso se afirma que Musorgsky, Borodín, Balakirev y Korsakov años acá lo reconocieron inspirador de la escuela rusa.

Ultra innumerables piezas menores de ejemplar belleza, Glinka añadió a sus dos óperas varias sinfonías, una de ellas el admirable poema « Karaminskaia ».

Glinka, como otros autores geniales, murió pronto : a sus 53 años escasos.

A este músico, menos oído de lo que merece, se atribuye la frase : « En las danzas y en las canciones populares reside la consciencia y la hermosura de un país ».

IGNOTUS

«Tipos Españoles»

La revista UMBRAL, de París, ha puesto en circulación este libro, segundo de las Obras de Felipe Alaiz y primero de la colección de semblanzas de personajes de relieve trazadas por la tan sagaz como templada pluma de nuestro recordado y excepcional escritor Felipe Alaiz. El mérito descriptivo, la agudeza conceptual y la fuerza de penetración de Felipe no merecen insistencia por ser de sobra conocidos de sus numerosos lectores, los mismos que hace cuatro años —distancia aproximativa que nos separa de su fallecimiento— lamentamos no poder gustar la agri dulce, destilante, documentada y en ocasiones arrolladora prosa de este gran irreverente, a la vez que fervoroso reconocedor de los verdaderos valores humanos.

Del propio escritor el semanario «Solidaridad Obrera» publicó la meditación de altos vuelos «Quinet», en primer tomo de las Obras de Felipe Alaiz. Impedida la publicación cenetista de aparecer por disposición autoritaria, UMBRAL ha recogido el compromiso de seguir editando dichas Obras, siempre contando con la benevolencia y el concurso de los compañe-

ros, y cúmplenos hacer constar, de paso, la buena disposición que nos ha manifestado el secretariado general de la C. N. T. de España en el Exilio con sede en Toulouse.

El estado actual de la empresa es el siguiente: Tomos aparecidos: I, QUINET; II, TIPOS ESPAÑOLES; III, en estado de corrección y pronto para entrar en prensa. Los tomos IV, V y VI de edición posible están en estudio tras una paciente rebúsqueda de materiales efectuada.

QUINET y TIPOS ESPAÑOLES, o sea, lo ya editado, puede edquirirse al precio global de 10 francos actuales (ex 1.000 francos antiguos); o a 5 francos el tomo si se desean adquirir por separado.

Urge que los compañeros diseminados por el globo nos ayuden en la empresa de sacar de la quietud mortal a una de nuestras mejores plumas, exhumando lo mejor y siempre actual que le pertenece. Es una labor de agradecimiento al propio tiempo que de proselitismo la que tratan de cumplir los Amigos de Felipe Alaiz.

NOTA.—El material alaiziano y toda referencia de orden redactivo, debe ir dirigido a Juan Ferrer, 24, rue Ste-Marthe, París (X), Francia. Para pedidos y demás relación administrativa, escribir a Roque Llop, misma dirección, CCP 13507-56, París, Francia.

CAPA DE COLORES

Opinión de Pablo Casals. — El profundo humanismo del gran violencelista tiene elocuente expresión en las palabras que a continuación transcribimos :

« La confusión y el temor han invadido el mundo entero. El nacionalismo mal concebido, los dogmas políticos y la falta de libertad y de justicia, alientan la desconfianza y la hostilidad, que agravan cada día más el riesgo que corremos. Pero, aun así, todos los seres humanos desean la paz. Este deseo lo han expresado repetidas veces muchas personalidades eminentes, sobre todo, ese gran ciudadano del mundo, que es el doctor Albert Schweitzer. »

Bendición. — El autor cómico francés Fernandé cuenta que cuando estaba filmando « Don Camilo » salió a la calle de cura. Una niña se le acercó y le pidió que la bendijera.

— Es que no soy cura verdadero — repuso el actor.

Y entonces la pequeña, presentándole la muñeca, le dijo :

— En ese caso bendiga usted a mi muñeca.

Modelo y lienzo. — Recientemente un periodista francés hizo una visita al pintor japonés Fujita, el cual acababa una sesión de pintura con una de sus modelos. Al marcharse ésta el periodista se extrañó de que fuese fea. A lo que el pintor le dio la siguiente contestación de verdadero maestro :

« Lo importante no es la belleza de la modelo, sino la del cuadro. Hay quien con una modelo bellísima sale de su paleta un adefesio, y quien con una mujer fea realiza una obra hermosa. »

Lección de historia. — En un número de « The New York Times » se mencionó a un profesor de historia que sometió a sus alumnos a un breve ejercicio escrito acerca de los últimos presidentes de los Estados Unidos. Un alumno hizo el siguiente esbozo :

« De Franklin D. Roosevelt sabemos que la presidencia puede ser vitalicia; de Harry S. Truman hemos aprendido que cualquiera puede llegar a ser presidente; con Dwight D. Eisenhower hemos sabido que nos podemos pasar sin presidente y, con John F. Kennedy reconocemos que un presidente puede ser algo muy peligroso para su pueblo. »

Ruleta y matemáticas. — Desde que Grace Kelly es princesa de Mónaco, las ruletas del famoso Casino de Montecarlo están concurridísimas, en especial por actrices de cine. Una de éstas, que jugaba por vez primera en la ruleta, ganó una importante cantidad, y un amigo le preguntó :

— ¿Cómo acertaste?

— Fue un sueño — contestó la afortunada —. Soñé que se me aparecían seis ángeles seis veces. Comprendí que me anunciaban el número ganador. Así que multipliqué 6 por 6 y aposté a su resultado : el número 32.

Pintor modesto. — Cierta crítica de arte neoyorkino escribió en acreditada revista que « no le gustaba la pintura surrealista de Salvador Dalí ». Este se apresuró a enviarle al crítico una cartita que en síntesis decía :

« Le felicito. Será usted un hombre cé-

lebre. Dentro de dos mil años hablarán de usted como del crítico a quien no le gustaban las obras de Dalí. »

Lógica política. — En Moscú se celebra una reunión diplomática. En ella un embajador europeo sostenía una conversación animada con Jruschov acerca del interés que los Estados Unidos y la U.R.S.S. pudieran tener por un islote del Océano Artico.

— Ese islote no me interesa — dijo el primer ministro ruso.

El embajador insistió :

— ¿Por qué razón?

Jruschov se sonrió a su manera y repuso :

— No hay ninguna razón para que no me interese... Pero si me interesase, ya encontraría yo mil razones.

Comentario. — En una reunión ministerial, el presidente francés, Charles de Gaulle razonaba así su empeño en que se diera al presidente más poderes constitucionales :

— « ¿Cómo quieren ustedes gobernar a un país como el nuestro en el que hay 246 clases de queso y cada diputado tiene su marca preferida? »

Vocación evidente. — Hace ya tiempo el hoy Premio Nobel de Literatura, John Ernest Steinbeck, recibió la visita de un joven que le trajo el manuscrito de una novela. El presunto escritor le explicó :

— He elegido un tema netamente proletario : la vida y las vicisitudes de un albañil. ¿Querría usted leer mi obra y darme su opinión?

Steinbeck accedió y 15 días después recibió la visita del novelista en ciernes, quien inquirió con impaciencia :

— ¿Qué le ha parecido? ¿Qué me aconseja hacer?

Steinbeck fue rápido en contestar :

— Evidentemente su manuscrito revela que usted tiene vocación perfecta para la albañilería. ¡Hágase albañil!

Literatura oficial. — La dirección del Cuerpo de la Paz, institución norteamericana, acaba de publicar un folleto acerca del modo de comportarse los miembros de ese cuerpo. En él se dice en relación de la buena apariencia :

« Nada se puede reprochar a un varón por el hecho de llevar barba. Una barba bien cuidada, elegante y sedosa da prestigio. Sin embargo, puede sugerir ideas subversivas. No hay que olvidar que hoy usan barba los existencialistas (comunistas camuflados) y los revolucionarios cubanos. »

Proverbio tonto. — El día que Winston Churchill cumplió sus 88 años de edad, recibió la visita de algunos amigos. Como comentaban lo bien que se conservaba a pesar de los años, Churchill dijo :

« Con mi existencia desmiento ese tonto proverbio que reza que los buenos mueren jóvenes. »

Su esposa, que lo escuchaba, tosió discretamente.

Recurso de esposa. — En uno de sus programas de televisión, el actor Groucho Marx contó que llegó a su casa cansadísimo y su esposa le propuso que fueran al cine :

— ¿No lo podríamos dejar para otro día? — preguntó Groucho.

Y la mujer con humildad contestó :

— Como gustes, querido. Entonces « aprovecharé » el tiempo disponible para hacer un pequeño cambio de muebles en la sala.

Y Groucho, dirigiéndose al auditorio, añade :

— ¡Qué remedio me quedaba! Fuimos al cine.

El linaje. — El gran don Francisco de Quevedo, con esa bella cuarteta, ridiculiza la presunción :

« Don Repo'lo y doña Berza
de una sangre y de una casta,
si no caballeros pardos
verdes fidalgos de España. »

Cantares populares

Morena tiene que ser
la tierra para claveles,
y la mujer para el hombre
morenita y con desdenes.

Yo he visto raso, llover,
y claro ponerse oscuro;
yo vi acabar un querer
cuando estaba más seguro.

Tienes una garganta
tan clara y bella,
que hasta el agua que bebes
se te clarea.

Llevan las cigarreras
en el rodete
un cigarro habano
para su Pepe.

Contando voy los minutos
que faltan hasta las nueve,
por la hora de cita
que mi amante viene a verme.

Mañana voy al cabildo
a ver echar el sorteo,
y si le toca a mi amante,
diré por él que me quedo.

Desde mi casa a la tuya,
morena, no hay más que un paso;
desde la tuya a la mía
¡ay, qué camino más largo!

¡Quién fuera fino coral,
perla de tu gargantilla,
de tu cintura clavete,
de tu zapato la hebilla!

Una pena quita pena;
un dolor quita dolor,
un clavo saca otro clavo,
pero amor no quita amor.

JOSE VIADIU



Por lo bello del ideal

NOTICIAS de Francia nos dan razón de Franz Kupka, pintor que hizo escuela entre las generaciones modernistas que buscan, por medio del arte, una expresión al sentimiento humano. El progreso operado en los últimos tiempos en el mundo entero, a partir de la terminación de la primera guerra mundial y actualmente en pleno desarrollo, sin perspectivas de agotamiento, impone conceptos revolucionarios a la comprensión y sentido de las cosas, animándolas, dulcificándolas, humanizándolas. Y no está dicho que, entre tanto ensayo y, con tantas inquietudes puestas al servicio del entendimiento, se lleguen a concebir medios expresivos que se acerquen a esa fraternidad de las ideas sin fronteras del espíritu, que resista a las fuerzas desatadas del materialismo maquinista y la industrialización mecánica.

Franz Kupka, el gran idealista checoslovaco, que hizo de Francia su tierra y devoción, en los tiempos de su ya avanzada juventud, ha ilustrado, con esa su sabiduría intuitiva de visionario, « El hombre y la tierra », del gran Reclus. Y también prestó su concurso artístico colaborando en la interpretación y ejecución de las viñetas que sirven de adorno y asombro a « La gran revolución », del humano Kropotkin. Sobre la edad del tiempo, que no del espíritu, con los años pasaron también sobre el idealismo muchos acontecimientos y descubrimientos físicos, políticos y de organización en la vida. Tal cúmulo de sucesos crearon un mundo de cosas para cada una de las tres generaciones de hombres que desde la monarquía europea, en su faz gubernamental, pasaron sobre el cuerpo decapitado de la revolución que prometía liberarnos a todos; se abalanzaron sobre el mundo en la primera guerra grande, con su fascismo y nacismo, la tecnocracia y democracia incipientes, la barbarie desenfrenada, el aniquilamiento de millones de almas inocentes y el degüello de vidas en una segunda guerra crudelísima que espanta a los ojos de toda persona medianamente culta y sentimental; el avance del socialismo, con sus experimentos y derrotas, quemado en el ara de una libertad encadenada, cuyas cadenas en el mundo entero aún trata de sacudir.

La segunda guerra — prosecución de la primera — abatió al fascismo, al nazismo y al barbarismo en sus aplicaciones físicas; pero creó otros dioses y otros instrumentos imperialistas hegemónicos que recuerdan las dinastías egipcias, anteriores en 5.000 años a nuestra era. El cuerpo físico de la esfera terrestre ha experimentado quebrantos brutales y el hombre, mientras tanto, prosigue atado al carro del nuevo vencedor de igual modo como en la antigüedad primitiva. Para hombres como F. Kupka, el transcurso de los acontecimientos ha de provocar en su concepción formalista y enciclopédica que viera con ojos de principios del siglo al calor de los filósofos, literatos y poetas de entonces, cierto desaliento que no puede ocultarse a los rasgos de un rostro curtido ni a los cabellos emblanquecidos de un testigo de los ideales que luego de la Commune sembraron de ilusión a los grandes predestinados.

Meditación

Esta caoba pulida en que me siento
y este lúcido pino donde escribo,
fueron del bosque orgullo y ornamento,
lanzón erguido y pabellón altivo.

La una de sus ramas poderosas
hizo muro y contén donde chocaron
de Aquilón enfurecido las rabiosas
ráfagas, que al herirla se quebraron.

Crecido sobre el lomo de la cumbre
fue el otro centinela y atalaya;
vio al rayo acariciarlo con su lumbre
y al ciclón envolverlo en su batalla.

En su espeso frondaje la primera
dió asilo generoso a la bandada;
en el pino la rabiche plañidera
escondió temerosa su nidada.

Sobre ambos las décadas corrieron
prestándoles fortaleza y gallardía;
al monte y la ladera los dos dieron
sus simientes en pródiga porfía.

Resistentes al agua y a los vientos,
a las plagas y al fuego se mostraron;
capaces de vencer los elementos
que con saña feroz los atacaron.

Mas un día el hombre, cuyo juicio
admirara su gracia y su belleza,
debió alcanzar el propio beneficio
presente en tanta fuerza y tal grandeza.

Y vió llegar, la selva, los hacheros :
brazos y corazones decididos;
bajo el golpe brutal de sus aceros
la selva entera sofocó sus ruidos.

Al batir de los hierros prepotentes,
calló la vida de la jungla entera :
las avejillas, el reptil, la fiera
y el bramante mugir de los torrentes.

Y abatidos rodaron por el suelo
la caoba y el pino que en otrora
elevatoron pujantes hacia el cielo
su formidable masa retadora.

Rodaron por el polvo los colosos
y aun caídos, los mismos victimarios,
celebraron sus cuerpos poderosos,
la fibra de sus troncos centenarios.

Rodaron por el polvo y allá fueron
ariete incontenible en su carrera,
aplastando, destrozando, hasta que dieron
del caudaloso río en la ribera.

A nuestro movimiento e ideal, se han acercado grandes figuras que pasaron cual meteoros por la constelación social, tales como Prilidiano Pueyrredón, Eduardo Sívori, Ernesto de la Cárcova, Thibón de Libián, Málaga Grenet, Eduardo Malharro, Navazio, Victorica, Lino Spilimbergo, José Durante, Enrique Faraldo, Pizarro, Rogelio Yrurtia, Mendilaharsú, Correa Morales, Alfredo Chabra Acosta (Atalaya), Sim, Shum, el pintor sin manos; Carlos Biambiaggi y Ret Sellawaj, que actualmente está ejecutando virgen-citas a la madre del Renacimiento decadente, ángeles con alas de sacristía, luego de haber tenido a su nombre la cuenta corriente bancaria del diario « La Protesta ».



Hasta el puerto lejano, la almadía
a la sierra llevó su don preciado
y se escuchó a la sierra noche y día
crujir con afán desesperado.

Por la dentada cinta divididos
aquéllos que en la selva fueron amos,
véense ahora en cadenas conducidos
del taller y la industria a los reclamos.

Y el milagro se cumple : trabajados
por las hábiles manos del obrero,
los toscos leños se miran transformados
en artístico mueble duradero...

Sobre el pino el papel y descansado
en la caoba fuerte el cuerpo laso,
mi pensamiento el tiempo ha remontado
hasta hallar de las décadas el paso.

Y he visto los valientes pioneros
abrir la trocha a filo de machete
y en la balsa bogar los pertigueros
cuya fuerza a los rápidos somete.

He visto sobre el banco al artesano
manejar la herramienta con presteza
mientras crea la ciencia de su mano
un prodigio de fúlgida belleza.

Y en tanto, con silencio recogido,
los hechos en la mente voy pasando,
siento por la emoción el pecho henchido
y una honda placidez me va ganando :

La voluntad del hombre, soberana,
en lo pequeño y en lo grande brilla;
en ella lo minúsculo se hermana
con lo excelso que al alma maravilla.

M. Salinas

Habana (Cuba).

Esta bancarrota del idealismo, que abate a los hombres y hace pequeños a los genios y a los dioses, quizás muevan a la reflexión a maestros como Franz Kupka y a los pocos que de su temperamento conocemos, fieles a postulados tan queridos en los dominios del arte. Pocos son los que llegan al final. Pero algunos sirven de ejemplo vivo, como materia candente, que rinden culto a la belleza de una ilusión — que les permitió seguir adelante hasta aquí — a este comienzo de una nueva vida en la ruta de la historia, abierta para todos como eterna y humana juventud. Picasso y Franz Kupka son testimonios que deslumbran y acicatean.

CAMPIO CARPIO

El bien y el mal de los libros

D ICEN que es árabe un proverbio que asigna al hombre tres obligaciones en la vida: procrear un hijo, plantar un árbol y escribir un libro. Sentencia universal que muy pocos realizan íntegramente; tal vez el último de sus términos es en la actualidad el más favorecido, porque muchas gentes habrá que no cumplan las primeras exigencias; pero gracias a la propaganda en favor de la cultura y a las facilidades tipográficas, ya casi no hay quien no haya escrito o no esté en vías de escribir un libro.

Así parece al menos al hombre de este siglo, ante lo que Ortega y Gasset llama el torrente de los libros. («Misión del Bibliotecario».)

Es en verdad un torrente el que surge de las casas editoras y de las más humildes imprentas de todo el mundo.

Cada día aparece el hombre más pequeño ante su obra. Nos basta penetrar en una gran biblioteca o en una gran librería, para sentirnos empujados frente a la enorme sapiencia que suponen aquellos innumerables volúmenes apretados, como en línea de combate, en los anchurosos y elevados estantes. ¿Cómo vaciar todos esos conocimientos en nuestro cerebro? No bastan los días de la existencia para leer tantas y tamañas obras.

Ese espectáculo es dañoso porque nos llena de desaliento ante la inutilidad del esfuerzo. ¿Para qué leer si están ya muy lejos los tiempos de Pico de la Mirandola y de Leonardo de Vinci, que pudieron vanagloriarse de poseer toda la ciencia de su tiempo?

Ahora casi ya no es posible agotar siquiera la bibliografía sobre una sola materia. Por eso se lee como dice Ortega y Gasset, mal y deprisa. «Hoy día, opina Spengler, ya no se sabe leer. Este gran arte que existía todavía en el tiempo de Goethe se ha extinguido. Se hojean páginas impresas en «masa» y generalmente el lector prostituye al libro».

¿Pero realmente el número de libros está en razón directa del avance científico de la humanidad? Es paradójico: pero se escribe más por ignorancia que por sabiduría. Porque muchos de quienes escriben, al hacerlo, creen que están descubriendo mundo nuevo, por eso escriben; si supieran que lo que piensan «ya está en los griegos», no escribirían.

El hombre escribe infatigablemente, creyendo que aumenta su caudal de saber y en realidad sólo se mueve dentro de sus limitados conocimientos. En el «Fedro», Platón refiere una encantadora leyenda que condena la escritura, lo que equivale a condenar al libro: «Con la escritura darás a tus discípulos la vana presunción de poseer la ciencia; pero no la ciencia en sí.»

La mayor parte de los libros son paráfrasis de otros libros, repeticiones ingenuas o insinceras. Cada día es más frecuente el caso de aquel sabio donosamente descrito por Wenceslao Fernández Flórez en «Las siete mujeres de Barba Azul», que escribió veinte gruesos volúmenes para decir que estaba conforme con todas las teorías científicas en boga... »

Pobre ciencia es nuestra ciencia, si pensamos que el sabio más sabio, resulta de-



rotado con el último «¿y por qué?» en labios de un niño.

Pero los libros nos salen al paso por todas partes, nos gritan con sus carátulas llamativas desde los escaparates de las librerías, se hacen presentes en las notas bibliográficas de los periódicos, nos llenan de remordimiento en horas de ocio y cada día aumentan nuestra desorientación. ¿Es bueno o malo este libro? ¿Nos vamos a aventurar en las quinientas páginas de un volumen para doblar la última hoja con la certidumbre de haber perdido el tiempo?

Y menos mal si sólo perdemos el tiempo, porque hay obras que contienen venenos letales. Aún no se inventa un arma que sea más destructora que un libro. ¿Cuántos hombres han muerto por el Corán, cuántos por la Biblia? Sorprendente

por LUCIO MENDIETA Y NUÑEZ

paradoja de libros que predicán el perdón y la paz; pero por cuya influencia se arma el brazo del hombre homicida para llenar de sangre su propia morada.

Otros libros hacen obra maléfica individual, corroen el ánimo de sus víctimas; unos llenándolos de sensualidad, aquéllos de pesimismo, éstos de angustia al señalarles lo que deberían ser y no son ni podrán ser nunca, o martirizándolos con sus contradicciones.

«En las bibliotecas habrá, sin duda, escribe Marañón, gentes que se cuiden de que el lector juvenil no se lleve el volumen en el bolsillo o lo estropee; pero nadie que vele por el mal que puede producirle su lectura.» («Influencia de las primeras lecturas»). Ortega y Gasset quiere interponer entre el libro y el público al bibliotecario a quien asigna una misión de encauzador y de filtro. ¿Por qué no también y con más razón al crítico?

Pero no, nadie se resignaría a leer solamente aquello que estos dictadores, no siempre infalibles, dijese que es bueno. Ante la producción excesiva de libros, debemos confesar que el problema no tiene solución.

Afortunadamente los libros luchan y se mueren, como los hombres que los escriben. Después de correr su suerte, concluyen en las Bibliotecas Públicas, que son sus mausoleos en donde se van acabando de olvido. En ellos, hay algunos que nadie toca ya, en años, en siglos, están en

su estante, como los restos de su autor, en la gaveta funeraria; cuando algún curioso los hojea, despiden polvo y olor de tumba, si lee algunas páginas parece que suena alguna voz perdida en el tiempo hablando un lenguaje incomprensible.

Cierto que hay libros inmortales, de inmarcesible frescura, cuyo mensaje de sabiduría o de belleza aún ejerce influencia en el mundo, parecen escritos por los dioses; pero son tan pocos...

Agreguemos que, también afortunadamente para autores y editores, hay muchas personas que compran más libros de los que pueden leer, sin contar a los bibliómanos, para quienes la rareza del volumen, la fecha de la edición y hasta la pasta, son el único valor de los libros, coleccionan volúmenes como podrían coleccionar estampillas de correo. Tienen el raro don de prescindir de su contenido.

A pesar de esto, la incesante acumulación de papel impreso amenaza con apartar al hombre del mundo; cuando menos le plantea este dilema: o vivir la vida o leerla. Alguna vez a la vuelta de una esquina, nos encontramos con un amigo, llevábamos un libro por el que se interesó vivamente. ¡Ah! ¿Pero usted lee novelas?, nos dijo. Como nos había cogido in fraganti, tuvimos que confesar que, en efecto, a veces leemos novelas. Entonces, con estudiada afectación nos dijo:

— Yo, las vivo.

Y se fue tras de las curvas cadenciosas de alguna bella transeúnte.

Si ya no es posible escribir nada nuevo, si no podemos enterarnos de todo lo que se produce siquiera sobre un solo tema, si los libros son contradictorios, perjudiciales e inútiles ¿para qué escribir, para qué leer? ¿No será mejor abrazar una fe, abstenerse de toda especulación y formar una pira universal con los escritos existentes? Todavía suena en la Historia la voz de Omar, condenando los restos de la biblioteca de Alejandría: «Si esos libros están de acuerdo con el Corán, son inútiles, y si le contradicen deben ser destruídos.»

Busquemos una luz en la zozobra.

Cierto que ya no se puede ser completamente original. Hubo tiempos felices en que el solo acto de pensar, en un mundo inexplorado, era crear. Hoy, con el pensamiento escrito sucede como con la mecánica: alguien crea un aparato que otros, en una labor lenta, incesante, modesta, a veces anónima, llevan a maravillas de perfección. Así el libro que repite ideas ya expresadas pero si es bueno, lo hace desde un punto de vista diverso, agrega algo a lo ya sabido, acaso un solo matiz, una nueva emoción que alumbrará cada día más el universo. Procurémos escribir o leer esos libros.

Pero sin dictadores. Bien está que los maestros nos den una base de conocimientos; mas es preciso convenir en que, partiendo de ella, no podemos sino abandonarnos al destino que acerca a cada quien, por misteriosas afinidades, a los libros que habrán de influir, en bien o en mal, sobre su existencia del propio modo que nos depara amistades y amores, a veces sublimes, a veces funestos, en ocasiones trágicos.

De mis peregrinaciones
sudamericanas

Entre política

● Viene del número anterior ●

A L día siguiente he visitado a Zabala Muñiz en su apartamento del sexto piso, en la Avenida 18 de Julio. Dos pequeños aposentos estaban colmados de libros y cuadros. Allí vibraba esa atmósfera sutil y concentrada, que se desprende de millares de páginas impresas, de los marcos que abarcan algún paisaje de colores todavía extraños para el ojo de un europeo recién llegado, retratos modernistas y figuras de familiares, de los antepasados que tuvieron su papel en la historia del país. Descubro que este luchador en las arenas políticas, ex presidente de la Cámara de Representantes, y que se ha empeñado en varios períodos legislativos por elevar los debates a un nivel intelectual digno del «artista-ciudadano», ha sido un revolucionario en su juventud. En 1935, fue uno de los cabecillas de la rebelión popular contra el dictador Terra (que no era un militar, como tantos tiranos sudamericanos, sino «doctor en derecho») y tuvo que vivir algún tiempo en Brasil, preferiendo el destierro a cualquier «arreglo político». Desde 1942, como senador —más tarde como ministro de Instrucción Pública y Consejero en el gobierno— sigue en su actividad, con la experiencia de una vida intensa, consagrada a su familia, su partido y su pueblo.

Pero he descubierto también que este hombre político, devoto de los grandes mandatos de la cultura y del arte, es también escritor. Y que anhela ser sólo escritor, librándose finalmente de las redes complicadas de la política. De un estante de la biblioteca ha sacado uno tras otro algunos volúmenes que llevan como nombre de autor: Justino Zabala Muñiz. Y ante su sonrisa en cierto modo inhibida, he constatado que él ha emprendido una obra verdaderamente digna de consideración literaria y crítica. Los tres tomos de «Crónicas» son algo más que meras novelas. Es una trilogía épica, en la que se desarrolla la evolución social y moral de las generaciones que el autor ha conocido él mismo. La «Crónica de Muñiz» es el relato de un caudillo en las tierras rioplatenses. De hecho, se trata de la fami-

lia de Muñiz, en cuyo centro resalta la figura enérgica del general Zavala, el abuelo del autor que ha escuchado en su adolescencia varios episodios de las luchas por la libertad y justicia en el Norte del país. Un mundo de gauchos y peones apegados a la tierra, sin ser ellos mismos sus dueños, recorriendo con sus rebaños de reses los extensos herbajes. La «Crónica de un crimen» es otro relato: la vida de un matrero, en el cuadro telúrico de las cuchillas uruguayas. Es un caso más bien patológico, expuesto con la perspicacia de un psicólogo y de un criminólogo que no ignora, sin embargo, el substrato social del que resultaron las condiciones llamadas «objetivas» del crimen. El proceso de las transformaciones económicas y políticas del país está expuesto también en la «Crónicas de la Reja», cuya figura central es un pulpero, el típico mercader que tiene en sus manos —rapaces como las de cualquier intermediario que es a la vez tabernero— los hilos de las humildes existencias que vegetan en ranchos



de barro perdidos en campiñas y matorrales.

Tal empresa literaria exige al autor dotes excepcionales de observación individual y de síntesis del destino de una colectividad. Aunque señaladas como «crónicas», están escritas con el arte de un novelista que ha encontrado en la vida, y no en los libros, los elementos que prestan plasticidad y acción a un material social de gran amplitud. Zavala Muñiz ha tratado de evocar ciertos aspectos de la historia política y moral de su país, al comenzar con el período de las luchas por la independencia nacional, en las que resalta la figura de un caudillo hermanado con sus jinetes (y no de un comandante que desde su cómodo alejamiento manda el entrevero y la matanza insistiendo luego sobre el momento de transformación de los «valores heroicos» en fuerzas de producción. De las viejas guerrillas perduran sólo los recuerdos; pero el fuego revolucionario no está del todo apagado. Eso es evidente en «La Revolución de Eneron», libro en el que Zavala Muñiz relata su participación en la revolución de 1935. Describe las marchas nocturnas con los jinetes campesinos, reunidos de todos los rincones del Cerro Largo, el departamento de donde surgió la chispa de la rebelión. Se percibe la verdad vivida, en estas páginas en las que están descritas las fases de una tensión popular que no carece de vacilaciones y aun de pánico y desesperanza, pero que siempre está poseída del anhelo, vuel-

por Eugen RELGIS

to orgánico, de la libertad y la justicia. Y sólo un poeta podía describir los paisajes de esta región constituida de colinas, bosquecillos, arroyos y prados, armonizando la contemplación lírica con la energía del combatiente lúcido, alerta a las señales de los peligros militares y a las advertencias contradictorias de las maniobras políticas. Esta pequeña historia de una revolución es una de las más humanas que conozco, escrita sin énfasis, sin efectos calculados, estando empapada de esa veracidad que revela el secreto de los arranques populares en el flujo y reflujo de las pasiones elementales.

La transición desde la novela al teatro era, pues, muy natural para Zavala Muñiz. El mismo día, en una función en el Solís, he conocido sus empeños de animador del teatro nacional, ya que él era entonces presidente activo de la Comisión de los teatros municipales, y también del Sodre (Servicio oficial de difusión Radioeléctrica), el único de las treinta estaciones de radio, carente de propaganda comercial y que da prioridad a la música clásica y a las conferencias sustanciales de los servidores del arte y las ciencias. En aquella noche, desde uno de los palcos del Solís —superpuestos en cuatro filas, al estilo de las salas íntimas de los teatros construidos al final del siglo pasado— he seguido el juego concentrado, complejo y trágico de Margarita Xirgu, una de las mejores actrices españolas, que prolongaba año tras año sus giras por los países sudamericanos, en vez de volver a su país, sojuzgado por un tirano. La pieza no era excepcional. Argumento patológico: la pasión inmoral de una mujer madura por el novio de su hija, con el inevitable envenenamiento del

El bien y el mal de los libros

En la penosa elaboración de la cultura, que parece ser el fin más alto y más noble de la humanidad, el hombre tiene que gozar y sufrir el bien y el mal de los libros.

Y es necesario vivir y leer. Vivir para comprender mejor lo que se lee. Leer, sin olvidar el pulso de las horas a fin de no apartarse del libro demasiado tarde, como el doctor Fausto, encanecido y amargo; pero leer, porque sólo el hombre culto comprende y siente en toda su plenitud, en toda su elevación, las alegrías y los dolores de la vida.

LUCIO MENDIETA Y NUNEZ
Director de la Universidad Nacional
Autónoma. — México.

UMBRAL

Revista de arte, letras y estudios sociales

Giros: C.C.P. Paris 1350756

Roque Llop, 24, rue Ste-Marthe
Paris (X)

TELEFONO

Red. y Adm.: BOT 22-02

SUSCRIPCION INDIVIDUAL

Trimestre 2 40 NF

Semestre 4 80 NF

Año 9 60 NF

Extranjero (año) 12 00 NF

Extranjero (por avión)

América del Norte 21 60 NF

América del Sur .. 26 40 NF

y cultura

esposo bandadoso, pero burlado por las nuevas generaciones «deportistas» y advenedizas. El público, mezcolanza de inmigrantes y criollos, acepta con indulgencia las obras importadas, pese a que permanece fiel a las tragicomedias de Florencio Sánchez que reflejan las costumbres de la sociedad vernácula de principio del siglo, sin carecer del soplo generoso de la rebelión.

Cuando pregunté si hay también obras originales contemporáneas, que podrían enfrentar la preponderancia del teatro europeo y norteamericano, la señora de Zavala Muñiz, profesora de Historia de la música, me contestó prontamente:

—Pero existen las piezas de mi esposo...

He sentido en estas palabras un discreto reproche por mi ignorancia. Y la señora, que acompaña con devoción la actividad cultural de Zavala Muñiz, me habló en la pausa entre dos actos del significado de las piezas de su esposo, que ha llevado al escenario al hombre del campo y que ansía un nuevo orden social, más justo y libre.

—¿Por qué no se representan aquí?

—Mientras sea presidente de la Comisión de teatros, mi esposo se niega a ofrecerse esta satisfacción...

Más tarde, leyendo sus piezas, me he convencido de que el teatro de Zavala Muñiz sin ser «popular» es del pueblo, de los oprimidos que se ganan con tanta pena el «pedazo de carne» (lo que corresponde en este país de los ganaderos al «trozo del pan» del proletariado agrícola de Europa). Hay que anotar que en los dominios de los latifundistas que se extienden desde las periferias de esta capital congestionada, perdura un feudalismo disfrazado, semicolonial. Pese a los adelantos técnicos de algunos centros agrícolas del Estado, más bien experimentales, la verdadera reforma agraria está todavía en la fase embrionaria. El peón es la figura típica, obsesionante, frecuentemente enfermiza, y aun degenerada por penurias y alcoholismo, de las campiñas onduladas de un país dotado con la legislación más avanzada en la América del Sur. Pero sabemos que en la sombra de los pobres rancheríos ya se vislumbra la conciencia del derecho en la vida, al trabajo libre y a su justa recompensa.

En «La Cruz de los Caminos», «En un rincón del Tacuarí» y «Alto alegre», piezas estrenadas en Buenos Aires, se nos revela también ese antagonismo, casi orgánico, entre el habitante de la ciudad —que se adapta rápidamente, con sus insaciables apetitos parasitarios— y el campesino, siempre defraudado, con raíces en la tierra que raras veces es suya y con anhelos perdidos en el cielo sin dios. La voluntad endereza a los personajes de estas piezas, para elevarlos por encima del medio ambiente, casi primitivo, de la ignorancia y la injusticia, pero sin separarlos con todo de la naturaleza, rocas apenas recubiertas con una fina capa de humus, con pastos y bosquecillos. En episodios profundamente humanos, se nos esboza la historia, no más vieja de uno o dos siglos, pero pujante, combativa, de este pueblo de «orientales», amasado en el crisol de varias razas y nacionalidades americanas y europeas.

Este destino trágico es más evidente en la última pieza de Zavala Muñiz, cuyo estreno en Montevideo, 1942, durante la segunda guerra mundial, tuvo un significado excepcional. Porque «Fausto Garay, un caudillo» (que parece la versión dramática de la «Crónica de Muñiz») proclama las virtudes cívicas del individuo, opuestas al oportunismo y la cobardía colectivas: es el heroísmo personal, que no derrama en vano la sangre, en lucha abierta, cuerpo a cuerpo, diferente por eso a las matanzas sistemáticas, organizadas por la industria de armas automáticas, en los frentes de guerra y en las ciudades europeas. Mientras las piezas inspiradas en la guerra mundial suscitan el horror y el asco atroz ante una civilización llegada a la perfección técnica de la barbarie y que se destruye a sí misma en choques apocalípticos entre pueblos embrutecidos por el fetichismo político y militar, los dramas familiares y populares que nos revela el teatro de Zavala Muñiz tienen, por el contrario, ese palpitar del destino individual, agobiado por fatalidades, pero en el que persiste la lucecita de la conciencia voluntariosa. Su tonalidad es la del dolor. Todo lo que ha brotado de las semillas de la vida: hierbas, árboles, reses y hombres, inclinan sus tallos, sus ramas y sus cabezas hacia la tierra, oprimidos por el dolor universal. Por eso es tan penetrante la nostalgia de ese sufrimiento, oculto —como dice el autor— «en el silencio de mis días, hasta la fuente de mi alma». Y en vez de los rayos y los truenos que retumban en los países europeos arruinados por la guerra, resuena apenas —en estas sencillas obras de teatro— la melopeya solitaria del hombre, retirado en la sombra de su choza o bajo su ombú (cuyos brazos torcidos y nudosos crecen directamente del suelo pedregoso, sin el tronco erguido del roble o del abeto nórdico). Allí, este hombre canturrea a veces, con la guitarra, el dolor de una existencia que no cesa de anhelar la libertad: en la fronda protectora del viejo árbol trinan siempre «los pájaros de la Esperanza»...

● Terminará en el próximo número ●

Evocación de Ginebra

GINEBRA posee geografía, escenografía y repliegues: es femenina.

La vida en Ginebra está empapada de hipocresía y de complicaciones sentimentales inauditas que nadie desconoce adivinaria por su contorno, tan quieta, atildada y austera, recostada a la vera de las aguas, semejando que en ella nunca se ha roto un plato. Los que ignoran de qué se trata dicen de Ginebra que es una ciudad fría, monótona, aturdida, de una tristeza exasperante como una conciencia calvinista — o como el forastero se imagina que son las conciencias calvinistas —. ¡Ya, ya! ¡Ponedle un dedo en la boca! A la vera de aquel lago generalmente liso y ensoñado, recogido entre montes alfombrados con millones de florecillas, cubiertos de nieves fulgurantes o de melancólicas neblinas; al interior de aquellas casas burguesas, pulcras y bien ordenadas; y en el secreto de aquellas conciencias que parecen pautadas a compás y trazalíneas sobre hojas de papel cuadrícula, se agitan — aunque no los apercibamos — unos conflictos pasionales quemantes, y unos complejos enrevesados como una mala cosa. Es un hecho que muchos de los exaltados del mundo, que tienen el cuerpo o el espíritu enfermo porque laten o luchan con ambiciones arrebatadas — sed de dominio, patria perdida o a liberar, obra ingente a construir, revolución que precisa llevar a término con fanatismo, a vida o muerte —, desde tiempos inmemoriales han ido, en una hora u otra, a cobijarse en la calma supuesta de la aparentemente somnolienta ciudad del Lemán; no para olvidar la corajuda empresa, sino para adquirir nuevos bríos para reemprenderla. La paz que allí encuentran, misteriosa y única, sedante y al propio tiempo estimulante, no se parece en nada a la de las tumbas y es, más exactamente, la de los nidos en los que el espíritu empolla eternamente su nidada imprevisible.

(GAZIEL. Del libro «Seny, Treball i Llibertat».)

Estampa medieval de Ginebra.





Un debate

entre
Carlos Marx

● Continuación ●

MARX. — Pero hay algo que honestamente debo señalar. Tu paneslavismo lo considero hostil completamente a los intereses del socialismo y sólo puede conducir a un crecimiento siniestro del poder ruso en Europa.

BAKUNIN. — El paneslavismo —es decir, el paneslavismo democrático— forma parte del gran movimiento europeo de liberación.

MARX. — Absurdo, absurdo.

BAKUNIN. — Pruébame ese desatino, mi querido Marx. Justifica tu afirmación.

MARX. — El auge del paneslavismo fue en los siglos VIII y IX cuando los eslavos del sur ocupaban todavía toda la Hungría, Austria y amenazaban a Bizancio. Si no pudieron defenderse entonces y conservar su independencia cuando sus dos enemigos, los alemanes y los magiares, se estaban destrozando mutuamente, ¿cómo podrían hacerlo ahora después de mil años de opresión y desnacionalización? Casi todos los países de Europa cuentan con minorías, dispersas ruinas de gentes, vestigios del pasado arrumbados por las naciones impulsoras del desarrollo histórico. Sabes que Hegel llamaba a esas minorías hojarasca étnica.

BAKUNIN. — En otras palabras, tú consideras a estos pueblos como despreciables, indignos del derecho a la vida.

MARX. — Yo no entiendo el lenguaje de los derechos. La verdadera existencia de tales pueblos es una protesta contra la historia. Y es por esto que son siempre reaccionarios. Repara en los gaélicos de Escocia, soporte de los Estuardos desde 1640 a 1745; repara en los bretones de Francia, partidarios de los Borbones desde 1792 a 1800. O a los vascos de España. Y contempla a la misma Austria en 1848. ¿Quién hizo entonces la revolución? Los alemanes y los magiares. ¿Y quién proporcionó las armas que permitirían a los austriacos reaccionarios aplastar a la revolución? Los eslavos. Los eslavos atacaron a los italianos, entraron en tromba en Viena y restauraron la monarquía Habsburgo. Los eslavos mantuvieron en el poder a los Habsburgo.

BAKUNIN. — Si, pero eran eslavos de los ejércitos del emperador. Tú sabes bien que el movimiento paneslavico es democrático y resueltamente opuesto a los Habsburgo, a los Romanoff y a los Hohenzollern.

MARX. — ¡Oh, ya leí vuestros manifiestos, Bakunin! Conozco los que quisierais obtener.

BAKUNIN. — Entonces conocerás lo que me propongo: la abolición de todas las fronteras artificiales de Europa y la creación de límites trazados por la voluntad soberana de los mismos pueblos.

MARX. — Esto suena muy bien. Pero simplemente ignoras los verdaderos obstáculos que se yerguen en el camino de cada uno de esos esquemas: los niveles completamente diferentes de civilización que los diversos pueblos europeos han conseguido.

BAKUNIN. — Siempre tuve en cuenta las dificultades, Marx. Y he afirmado que la sola manera de superarlas es por medio de una política de federación. El eslavo no es enemigo de los alemanes y magiares democráticos. Les ofrecemos una fraternal alianza sobre la base de la libertad, la fraternidad y la igualdad.

MARX. — Eso son meras palabras. Carecen de sentido ante los hechos. Y los hechos son tan simples como brutales. A excepción de vuestra propia raza y los polacos, y tal vez los eslavos de Turquía, los demás eslavos carecen de futuro. Porque esos otros eslavos carecen de requisitos previos de independencia histórica, geográfica, económica, política e industrial. Carecen, en suma, de civilización.

BAKUNIN. — ¿La tienen los alemanes? ¿Es eso civili-

zación? ¿Tú crees que su gran civilización otorga a los alemanes derecho de dominio sobre Europa y el de cometer crímenes contra los demás?

MARX. — ¿Qué crímenes? A medida que consulto la historia encuentro que el único crimen cometido por alemanes y magiares contra los eslavos consistió en evitar que se convirtieran en turcos.

BAKUNIN. — Bien, mi querido Marx, yo siempre he dicho de Alemania lo que Voltaire decía de dios: si no existiese sería necesario inventarlo. No hay nada más efectivo para mantener vivo el paneslavismo que el odio de Alemania.

MARX. — He aquí otra prueba de que tu infeliz paneslavismo es reaccionario. Enseña a las gentes el odio a los alemanes en vez de a su verdadero enemigo: la burguesía.

BAKUNIN. — Los dos hacen el par. Ese fue mi progreso desde el nacionalismo crudo de mi juventud. Hoy sostengo que la libertad es una mentira para la gran mayoría de los pueblos si se les priva de educación, ocio y pan.

MARX. — Como sabes, Bakunin, te considero un amigo, y no vacilo en llamarte socialista a pesar de que...

BAKUNIN. — ¿A despecho de qué?

MARX. — En fin, tú desdeñas resueltamente lo que yo llamo política.

BAKUNIN. — Ciertamente, no me interesan el Parlamento, los partidos, las asambleas constituyentes y las instituciones representativas. La humanidad necesita de algo más elevado: un nuevo mundo sin leyes y sin Estados.

MARX. — ¿La anarquía?

BAKUNIN. — Sí, la anarquía. Debemos subvertir el conjunto político y el orden moral del mundo presente. Hay que cambiarlo de arriba abajo. Es una quimera tratar solamente de modificar las instituciones existentes.

MARX. — Yo no deseo modificarlas. Yo simplemente digo que los trabajadores debieran tomar posesión de ellas.

BAKUNIN. — Debieran ser completamente abolidas. El Estado corrompe nuestros instintos y nuestra voluntad como nuestra inteligencia. El principio fundamental de todo socialismo válido es subvertir la sociedad.

MARX. — Yo llamo a eso una curiosa definición del socialismo.

BAKUNIN. — A mí no me interesan las definiciones, Marx. En esto diferimos completamente. Yo no comparto que cualquier sistema prefabricado va a salvar el mundo. Yo carezco de sistema. Yo soy un investigador. Creo en el instinto más bien que en el pensamiento.

MARX. — Pues, nunca serás socialista sin una política.

BAKUNIN. — Desde luego no carezco de ella. Y si tenerla significa tener las cosas dispuestas punto por punto, te diré cuál es mi programa: en primer lugar suprimir las leyes fabricadas por el hombre.

MARX. — Pero tú no puedes suprimir las leyes. Todo el Universo se halla gobernado por leyes.

BAKUNIN. — Naturalmente, no podemos suprimir las leyes naturales. He de convenir contigo en que los hombres pueden ampliar su libertad extendiendo su conocimiento de las leyes naturales que rigen el Universo. El hombre no puede zafarse de la naturaleza, y sería absurdo proponérselo. Pero esto no es lo que propongo. Yo digo que debiéramos abolir las leyes hechas por la mano del hombre, las leyes artificiales. En otras palabras: las leyes políticas y jurídicas.

MARX. — No puedes pretender seriamente que la sociedad no debiera imponer leyes a sus miembros.

BAKUNIN. — La sociedad no tiene necesidad de imponer leyes. El hombre es por naturaleza un ser sociable. Fuera de la sociedad puede ser una bestia o un santo. Hay leyes en la sociedad capitalista porque es competitiva, adquisitiva y enfrenta al hombre contra el hombre. La libertad sólo será posible cuando todos los hombres sean iguales. Razón por la cual no puede haber libertad sin socialismo.

MARX. — Aquí concuerdo enteramente contigo.

BAKUNIN. — Dices estar de acuerdo conmigo, Marx. Pero cuando digo que no puede haber libertad sin socialismo quiero también señalar que el socialismo sin la libertad es esclavitud y brutalidad.

MARX. — Yo nunca defendí el socialismo sin libertad.

BAKUNIN. — Sí, amigo Marx, sí. Tú defiendes la dictadura del proletariado.

imaginario



y Miguel Bakunin

MARX. — La dictadura del proletariado es también parte de la libertad, parte del proceso de liberación.

BAKUNIN. — Cuando hablo de libertad pienso en la sola libertad digna de este nombre; libertad que consiste en el entero desarrollo de todas las potencias materiales, económicas y morales que laten en el hombre; una libertad que no debe admitir ninguna restricción excepto las fijadas por las leyes de nuestra propia naturaleza. Defiendo una libertad que lejos de ser detenida por la libertad de los demás, es, por lo contrario, confirmada y extendida por la libertad de todos. Quiero una libertad triunfante de la fuerza bruta y del principio de autoridad.

MARX. — Escucho tus palabras, Bakunin, pero ignoro el significado de les atribuyes. Quiero dejar bien sentado que nunca conseguirás forzar el advenimiento del socialismo, o realizar algo substancial en política, a menos que partiendo del principio de autoridad.

BAKUNIN. — El socialismo necesita del principio de disciplina, pero no de la autoridad. No la clase de disciplina impuesta desde fuera, sino la disciplina voluntaria y reflexiva que el hombre se impone a sí mismo, la cual se armoniza perfectamente con el principio de libertad.

MARX. — A lo que parece no has aprendido mucho de la experiencia de tus rebeliones, Bakunin. Tales movimientos no podían prosperar sin un principio de autoridad. Tiene que haber capitanes hasta en los ejércitos del anarquismo.

BAKUNIN. — Naturalmente, en el momento de la acción militar, en plena batalla, los papeles se distribuyen de acuerdo con las aptitudes de cada uno, evaluadas y determinadas por el movimiento en su conjunto. Unos hombres dirigen y mandan, y otros ejecutan lo mandado. Pero ninguna función permanece fija y petrificada. No existen órdenes jerárquicas; el líder de hoy debe transformarse en el subordinado de mañana. Nadie se encumbra sobre los demás, y si debe hacerlo por un corto tiempo, es solamente para descender después, como las olas del mar, al nivel saludable de la igualdad.

MARX. — Bien, Bakunin, si admites que dicha dirección y mando son necesarias durante la batalla, entonces tal vez estaremos de acuerdo sobre lo demás. Yo siempre he sostenido que la dictadura del proletariado será solamente necesaria durante los primeros pasos del socialismo. Tan pronto la sociedad sin clases adquiera madurez no habrá necesidad del Estado. Por emplear un término de mi colaborador Engels, «el Estado se irá marchitando».

BAKUNIN. — No veo signos de marchitamiento del Estado en el «Manifiesto comunista» que tú y Engels escribisteis. Se trata de un ingenioso pamfletito y no lo hubiese yo traducido a no ser por esa admiración. Pero el hecho persiste en que de los diez puntos de programa socialista trazados por vosotros en aquellas páginas, no menos de nueve, claman por el robustecimiento del Estado: el Estado debe poseer todos los medios de producción, controlar el comercio y el crédito, imponer el trabajo forzado y coleccionar los impuestos, monopolizar la tierra, dirigir los transportes y comunicaciones, y también regular escuelas y universidades.

MARX. — Si no te place este programa es que no amas el socialismo.

BAKUNIN. — ¡Pero si eso no es socialismo, Marx! Esto es la forma más acabada de estatismo, el Estado elefantiaco de los germanos, inseparable del garrote grande. Socialismo significa el control de la industria y la agricultura por los trabajadores mismos.

MARX. — Un Estado socialista es un Estado proletario. Ambos deben controlar las cosas directamente.

BAKUNIN. — Pero eso es la típica ilusión burguesa, la teoría democrática de que el pueblo puede controlar al Estado. En la práctica es el Estado que controla al pueblo, y cuanto más poderoso el Estado, más aplastante es su dominio. Observa lo que está ocurriendo en Alemania. A medida que el Estado crece, toda la corrupción que va mano a mano con la política centralista es barrida sobre el público, que suele ser el más honesto del mundo. Más todavía: el monopolio capitalista crece tan a prisa como el Estado crece.

MARX. — El crecimiento del monopolio capitalista pa-

vimenta el camino por donde ha de llegar el socialismo. La razón de que Rusia esté tan alejada del socialismo consiste en que apenas empieza a emerger del feudalismo.

BAKUNIN. — El pueblo ruso está más cerca del socialismo de lo que tú crees, mi querido Marx. En Rusia los labriegos cuentan con su propia tradición revolucionaria y tienen un gran papel a jugar en la liberación del género humano. La revolución rusa se halla enraizada profundamente en el alma del pueblo. En el siglo XVII los campesinos se sublevaron en el Sud-Este. Y en el siglo XVIII Pugachev dirigió una revuelta campesina en la cuenca del Volga que duró dos años. Los rusos no rehuyen la violencia. Saben que el fruto vivo del progreso humano está regado con sangre. Tampoco le huyen al fuego. El incendio de Moscú que marcó el principio del desastre de Napoleón fue algo genuinamente ruso. Son las hogueras en las cuales la raza humana debe purgarse de la escoria de la esclavitud.

MARX. — Esto suena mucho a dramático, amigo mío; pero la cuestión concreta reside en que el socialismo depende del emerger de un proletariado con conciencia de clase. Y esto es algo que sólo podemos esperar de países altamente industrializados como Inglaterra, Alemania y Francia. El campesinado es el menos organizado y menos dispuesto de todas las clases sociales para la revolución. Los campesinos son más atrasados que el lumpenproletariat de las ciudades. Son puros bárbaros o trogloditas.

BAKUNIN. — Esto muestra nuestra profunda discrepancia, Marx. Para mí la flor del proletariado no consiste, como tú crees, en las altas capas, en los instruidos artesanos de las factorías que son, en todo caso, semiburgueses o pretendidos tales. He conocido a estas gentes en el movimiento obrero de Suiza, y puedo asegurarte que se hallan impregnados de todos los prejuicios sociales, de todas las aspiraciones y pretensiones estrechas de la clase media. Los técnicos son los menos socialistas de los trabajadores. A «mis» ojos, Marx, la flor del proletariado es la gran masa, la chusma, los desheredados, los desgraciados e iletrados millones motejados por ti desdeñosamente de lumpenproletariat.

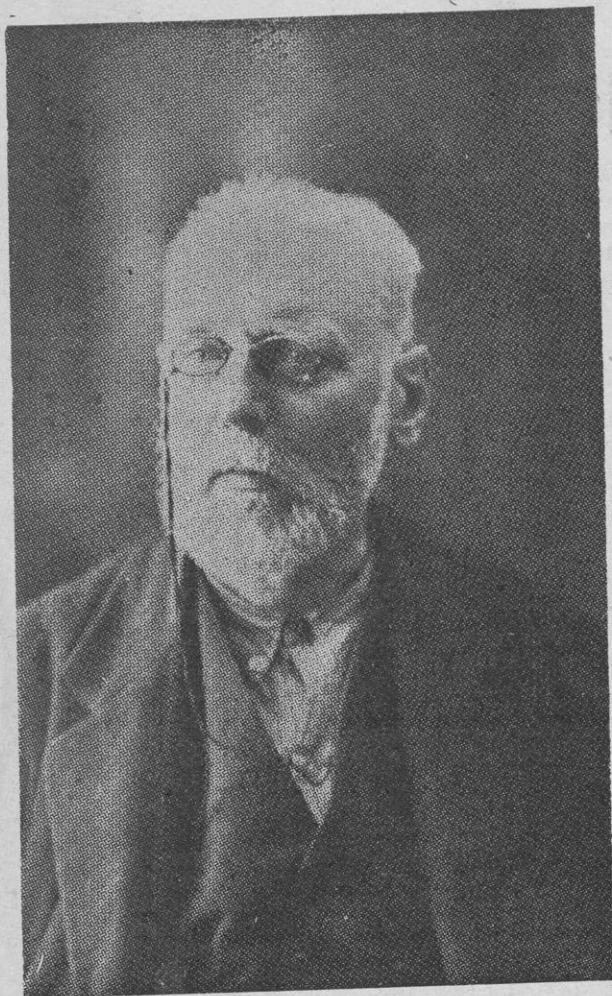
MARX. — Evidentemente, no has ahondado mucho en el concepto de proletariado. El proletariado no son los pobres. Siempre ha habido gentes pobres. El proletariado es algo nuevo en la historia. No es la pobreza ni el infortunio que hace proletarios a los hombres. Es su indignación contra la burguesía, su reto, su valor, su resolución de poner fin a su condición. El proletariado se crea solamente cuando esta última indignación, esta consciencia de clase se añade a la pobreza. El proletariado es la clase con finalidades revolucionarias, la clase que apunta a la destrucción de todas las clases, la clase que no puede emanciparse ella misma sin emancipar al género humano en su conjunto.

BAKUNIN. — ¡Pero si vuestro socialismo no elimina las clases, Marx, sino que creará dos clases: la de los dirigentes y la de los dirigidos! Tendrá que existir un gobierno con mucha más tarea por delante que los conocidos hasta el presente. Y será el pueblo el llamado a ser gobernado. De un lado la extrema izquierda de la «inteligentzia», la más despótica, arrogante y autoporiada clase de gente que existe, que querrá mandar en nombre de la experiencia; del otro lado está la simple ignorante masa que deberá obedecer.

Maurice Cranston

● Continuará ●

Lo que Max Nettlau escribió sobre



Max Nettlau.

(En memoria de Eliseo Reclus, que murió el 4 de julio de 1905)

EXIGE el desarrollo progresivo de un organismo ciertas condiciones favorables de expansión mientras operan los factores educadores y defensivos indispensables para que se cumpla la finalidad prevista. Aquellos factores se ven muchas veces contrariados por fuerzas adversas, como también por murallas de inercia y quietismo que gravitan cual peso muerto del pasado con sus antagonismos de intereses y privilegios. El territorio de Europa y América despertó hacia 1750 aproximadamente. Tuvo frente a él tal cúmulo de obstáculos, tantas insidias y contrariedades —vivas hoy todavía y feroces— que nos asombra el valor de los hombres que en el siglo XVIII supieron allanar el camino del futuro. No fueron iniciadores de obra tan inmensa, ciertamente, pero ellos pisaron y ganaron por primera vez terreno firme. Sus antecesores vivieron aislados, martirizados, vencidos. La reacción pudo adueñarse de los precursores y reducirlos a impotencia casi completa, pero no pudo invalidar el impulso ejercido desde 1750 a 1930 (1). Trata

(1) Este trabajo fue escrito en Barcelona durante la II República española, con destino a «La Revista Blanca». (N.D.L.R.)

de asaltar de nuevo la reacción su reducto tradicional. Es, pues, lógico que exaltemos aquel período de 180 años, incapaz de correr el enorme espacio de tiempo de los siglos ominosos y de extinguir la obra nefasta de las edades pretéritas. Conviene estudiar detalladamente las garantías de éxito progresivo que se dieron en aquellos 180 años, examinar desviaciones y observar puntos flacos, haciendo que nuestro esfuerzo de comprensión refuerce aquellas garantías de avance orientado y eficaz.

Vemos en primer lugar que el impulso progresivo se debía a veces a un esfuerzo general en toda la línea, a una labor de verdadero humanismo; otras veces se descomponía en tendencias que pronto se oponían mutuamente entre ellas, aspirando cada una a ese detestable y desastroso monopolio, cuyo concepto expresa hoy el triste término de moda: **totalitarismo**. Las divisiones eran inevitables. La vida misma implica para cada especialización la existencia de la respectiva tendencia expansiva a generalizarse, sin perjuicio de que la caudalosa corriente vital y universal, su fuerza suprema, inspire en el organismo sano espíritu de solidaridad, capacidad de cooperación y deseo de coordinar los beneficios de la autonomía con los de la vida social y sociable. No era posible, a pesar de todo, que dejara de haber en aquel período

de 180 años luchas violentas, crisis, desastres, recaídas, desorientaciones. En menos de dos siglos no era posible asaltar las posiciones atrincheradas de todo el pasado con su mentalidad, sus privilegios y usurpaciones. No era posible que la victoria fuera completa en general, como lo era en la zona del intelecto, de la ética y de la técnica. Vencer en todo el frente era imposible por falta de desarrollo en las mismas víctimas del régimen caduco. Las masas estuvieron privadas de educación por espacio de siglos, excluidas de la vida progresiva, miserablemente engañadas por la Iglesia y el Estado, y sometidas totalmente a estas instituciones. Si se apartaron de la servidumbre varios millones de socialistas, unos millones más de trabajadores organizados y buen número de rebeldes, quedaron sometidos muchos más millones de seres rutinarios, indiferentes y rezagados, los mismos que constituyen hoy el ejército antisocial de la reacción.

En cuanto a los amigos del progreso, nada más natural que comprender su disociación después del impulso paralelo, inicial y unánime. Sin embargo, pasó más de un siglo y no se llegó a ninguna solución única admitida generalmente por todos. Por el contrario, cuando las fuerzas de avanzada se disgregan, hay

unidad en la reacción para hacer que grave su peso muerto de masas rezagadas contra el mejor avance. Me parece, pues, conveniente, que **de nuevo** se unan los valores positivos, cosa fácil si se emplea buen sentido y desinterés contra el interés sectario y la concupiscencia **totalitaria** que invadieron también los medios no conformistas.

Las ideas libertarias son las que señalan más rápida y rectamente errores y vicios del pasado. Son antídoto a la paralización del progreso como oposición al privilegio, reforzado éste física y espiritualmente por la autoridad. Las ideas anarquistas buscan las condiciones que garanticen el máximo de existencia social e individual para cada ser humano sin autoridad. Se trata de un problema delicado, el menos propio para admitir soluciones únicas y finalistas. De parecida manera, la solución de un problema científico plantea nuevos problemas y hasta series de problemas. Y así como de tiempo en tiempo pueden reunirse verdades demostradas en las altas cimas de la investigación y difundirse en los epitomes escolares, el aprendizaje que se llama propaganda sabe difundir altas verdades como conclusiones seguras, proponiéndolas en forma de argumentos precisos y persuasivos, programas y campañas, sin perjuicio de ser estímulos para emprender estudios más profundos y detenidos. Los pensadores anarquistas de relieve, lo mismo Proudhon que Bakunin, lo mismo Reclus que Kropotkin y otros, viven en perpetua renovación intelectual, examinando los hechos nuevos que produce la vida y analizándolos con criterio libertario. De ellos quienes entrevén las evoluciones nuevas. La muerte les sorprende en una labor concienzuda, como sorprendió a Malatesta, anhelante de hacer y decir. En esta incansable vitalidad reside la verdadera prueba intelectual libertaria, no en los programas ni en simplificación propia de discursos y folletos. En la escuela primaria no puede decirse que hay alta investigación científica como la hay en los laboratorios; sin embargo, circulan las profundas verdades en el medio escolar.

Si el pensamiento informador de la propaganda era emancipador y empapado de experiencia, en esta experiencia estaba y está la predisposición más humana de sociabilidad cuando no hay coacciones ni supervivencias del pasado negativo. Las horas de íntima bondad, de amistad desinteresada y esperanza generosa, no faltan en la vida de relación de muchos hombres. Y precisamente en aquella relación está la evidencia de amplias y durables posibilidades afirmativas, futuristas. El ambiente es más propicio cada día. Cuando se eliminan los obstáculos nace el sentimiento de seguridad y confianza. **La libertad en el seno de la solidaridad** es un concepto que condensa las circunstancias favorables de todo anhelo progresivo. La libertad en la solidaridad no es una utopía, no es un concepto irreal ni artificial. Por el contrario, es un hecho comprobable, generalmente reconocido y practicado a todas horas. Cuando se forma una colectividad para que sus adhe-

el humanismo de los RECLUS

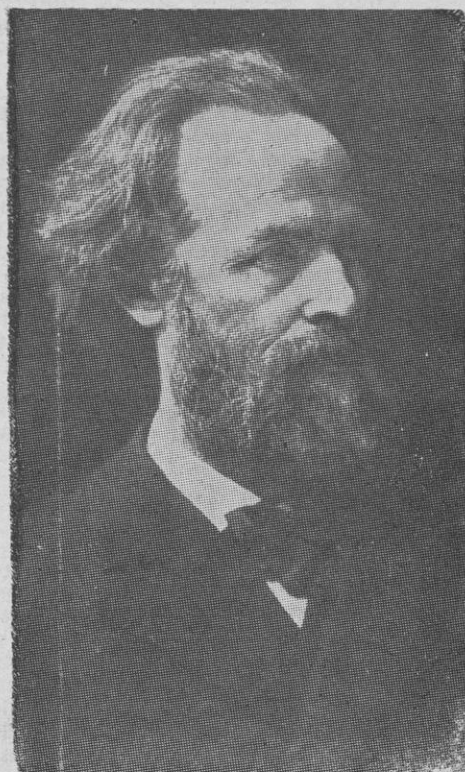
rentes se interesen en común sin egoísmo, se practica la solidaridad y se usa la libertad, no habiendo contradicción entre ambas. Cuando la colectividad está voluntariamente formada, ¿quién ha de perturbarla? ¿Quién ha de dirigir y reglamentar aquella colectividad?, ¿quién osara imponerse en ella? Hubiera sido sumamente fácil hacer comprender a todo ser desinteresado el verdadero sentido de las aspiraciones libertarias. Desgraciadamente se dió el caso contrario, pues fueron muchos los factores que impidieron la normalidad y continuación de aquella labor educadora.

Desde 1750 se debió el progreso a hombres capaces de poner la ciencia en el lugar que ocupaba la fe; se debió a hombres que no creían en la crueldad sino en la acción humanitaria; a los que no amaban la autoridad. Eran enemigos del aislamiento y de la decrepitud, amigos de la relación del movimiento, de la valoración individual. Corazones generosos y ánimos esforzados se sentían atraídos por aquellos nombres, inspirando también éstos confianza y liberalidad a las masas retardatarias, o al menos a una parte de ellas, la menos dispuesta al yugo, la más próxima a los centros de vida agitada y nueva. Así fue cómo se produjeron las revoluciones, quedando borradas, ya que no destruidas, las potencias del pasado. Un nuevo gubernamentalismo, la especulación burguesa y una serie de guerras desafortunadas, con su consiguiente estrago despótico, reanimaron el espíritu reaccionario y autoritario. El socialismo dividió las fuerzas modernas y se presentó el sistema del Estado como propio y ventajoso para evolucionar hacia la justicia social. Error sustancial, porque la reacción colma con sus creaciones como contenido la oquedad del Estado y surgen otra vez las negruras del pasado. No cayeron los anarquistas en la trampa del Estado, aunque tampoco pudieran inspirar a los socialistas la prevención contra él, cayendo los socialistas en odiar a los anarquistas, odio que, salvo excepciones contadas, subsiste todavía, mientras los anarquistas han de sostener solos la verdadera lucha contra la reacción, ya que quienes se llaman inconformistas sin pasar del inconformismo político, caen en el egoísmo partidista y entretienen su aspiración totalitaria y dictatorial, perdiendo el ascendiente moral que pudieron ostentar como rebeldes no inscritos en ningún rango político.

Ni los mismos anarquistas se sostuvieron todos a la altura de las circunstancias como se sostuvieron precursores e iniciadores. Poco anarquistas de los últimos tiempos resistieron a la tentación de hacer programa de sus ideas. Con un punto de mira exclusivista y estrecho, juzgaban a los demás muchos de aquellos. Se discutió inútilmente entre colectivistas y comunistas, individualistas y organizadores. En vez de apoyar todos la buena causa tan juvenil y tan débil, se pusieron a discutir. Algunos de ellos estaban y están dispuestos a dejar de ser anarquistas capitulando ante el sindicalismo. Pudo creerse que la orientación del espíritu humano hacia la vida solidaria

y libre, que la aspiración hacia realizaciones libertarias, puede efectuarse dentro del marco de tal o cual organización, según programa de tal o cual congreso o sugestión de tal o cual orador o grupo. Pero lo verdaderamente importante es aumentar el número de mentalidades anarquistas. Estas harán el esfuerzo de aumentar a su vez el número de conciencias libertarias. Así podrán crearse climas propicios, regiones de simpatizantes, nuevos grupos de militantes; así se extenderá la influencia anarquista, inutilizando tanto la mala voluntad y la resistencia de los rezagados como las intrigas de los dirigentes reaccionarios. A mi ver, se insitió en exceso sobre la anarquía programática, sin despertar, inspirar y estimular las incipientes tendencias libertarias que nos circundan. Son más los camaradas absorbidos por el esfuerzo exterior, pasajero y mudable, a pesar de considerarlo permanente sus parciales, que los camaradas empeñados en mantener su completa independencia, pensando que el advenimiento de una vida anarquista depende probablemente de la orientación generosa y libre que se da a los elementos humanos, aunque sea a los poco progresivos, más que del esfuerzo especializado de grupos y organismos específicos creadores de programas, incluso propagadores de iniciativas. Se trata de superar situaciones iniciales y tentativas; se trata de mejorar la brusquedad doctrinaria, de conquistar el derecho de ciudadanía, que consiste en ejercitar el experimento social libre cara a la luz y a la efectividad de la vida.

La conciencia anarquista más empapada del concepto de congruencia entre la intimidad libertaria y el esfuerzo progresivo de carácter general fue Eliseo Reclus. Creo que la voluntad revolucionaria era más intensa en Kropotkin que en Reclus, por lo que el pensamiento de aquél tenía una impulsión, en cierto modo precipitada y apasionada. Reclus no dejaba de tener pasión, mas su lucidez y objetividad, como su serenidad, faltan en la obra de Kropotkin. Prefiero diferenciarlos por lo que fueron —y tal como puedo darme cuenta de las diferencias—, en lugar de identificarlos y confundirlos. Esta labor diferencial nos da dos magníficas figuras, dos nombres excelentes. Malatesta fue el tercero. Y he aquí qui mi amigo Urales me propone este tema: «El humanismo de los Reclus». El término **humanismo** califica admirablemente la obra de los hermanos Elías y Eliseo Reclus, los dos veteranos libertarios que vivieron respectivamente de 1827 a 1903 y de 1830 a 1905, dejando un vacío tras ellos que no ha podido llenarse en los treinta años transcurridos desde que murieron. Nos abandona Tolstoi para siempre en 1910; Kropotkin y Malatesta se ven obligados, en sus propios países de origen, a carecer hasta de la más elemental libertad de expresión en sus últimos y tristes años, muriendo en 1921 y 1932, respectivamente. Pobres fuimos en todo linaje de recursos, puesto que no supimos ayudar a Malatesta ni a Kropotkin a vivir con libertad... Y tras el silencio, ya eterno de aquellas figuras, siguió una parálisis intelectual, un callar



Eliseo Reclus.

forzoso de pueblos enteros —de rusos, italianos, alemanes—, lo que podría abrir los ojos de tantos ciegos doctrinarios creyentes en el economismo revolucionario, haciéndoles comprender lo funesto de su desprecio por los valores intelectuales y éticos, desprecio que contribuyó a eliminar la vida libre de tres grandes pueblos para el concurso humano, convirtiéndoles en arsenales de una o muchas guerras en perspectiva (Japón, Abisinia, etc.). Toda unilateralidad es mutilación voluntaria, disminución de personalidad. El anarquismo que no miraba el panorama internacional era tan incompleto como el que se caldeaba patrióticamente, o como el anarquismo atenuado, eclipsado enteramente ante el sindicalismo. Estas perspectivas me facilitan el placer de hablar hoy del **anarquismo integral** o, si se quiere, **humanista** de Eliseo Reclus. Anarquismo humanista en el más bello sentido que implica el término.

● Continuará ●

La gente baldía y perezosa es en la república lo mismo que los zánganos en las colmenas, que se comen la miel que las trabajadoras abejas hacen. — CERVANTES.

★

La vida nos parece corta porque la medimos inconscientemente con nuestras esperanzas.—A. FRANCE.



LA PINTURA NO

Este ensayo no pretende ser un examen crítico de todos los problemas estéticos de la pintura contemporánea. Es sólo una introducción al estudio de su problemática. La forma sumaria en que sus diferentes aspectos están presentados, constituye la base de un análisis posterior que venimos elaborando. Por eso, las notas expuestas aquí no tienen otro propósito que el de evidenciar ciertas particularidades específicas que caracterizan fundamentalmente a la llama pintura «No figurativa». Designación ésta que adoptamos no por creer que ella sea la más apropiada, sino porque es la que mejor representa al concepto denominador de la plástica que expresa de manera sustancial las búsquedas artísticas actuales.

I. — LA CREACION ARTISTICA Y LA PINTURA NO-FIGURATIVA

La creación artística, en términos generales, se origina en el deseo imperioso de expresar un concepto sobre la realidad. Consecuentemente, el poder comunicativo de un estilo anima su nacimiento y desarrollo; ya que el estilo es la forma que toma la expresión de ese concepto de la realidad. En el caso de la pintura No-Figurativa su interés en las estructuras materiales y el patético encuentro con la poesía escondida ahí, además del rechazo que realiza de lo externo y de la visión oratoria de cierta pintura contemporánea, expresan la idea más profunda que el artista tiene sobre el acto creador y el origen de sus relaciones con la realidad. El crear formas poético-estéticas que trascienden vivencias colectivas no manifestadas hasta hoy — las que dan una nueva dimensión de las realidades visuales cotidianas — como así su empeño por deslindar de la pintura los elementos extraños a su específico lenguaje, constituyen una evidencia de que la realidad que busca expresar es aquella que sólo puede mostrarse a través de sus formas. Aquellas partes de la existencia de los hombres y su experiencia de la naturaleza, junto a las visiones heredadas de lo exterior, en las cuales los artistas han puesto su interés (lo que más les ha conmovido de ellas, las que más iluminaron y trataron de comprender), son los factores conformativos primarios de un estilo.

En la pintura el deseo de conocimiento y transformación de las circunstancias que se viven, se convierte en el germen de toda trascendencia. De ahí que las obras pictóricas sean consideradas como realidades que se colocan frente a las ya dadas. Comprendida así la obra de arte, ya no es solamente un reflejo estético de las imágenes que la suscitaron; pese a que sus formas nos muestran algunas referencias racionales de conocimiento sobre el tiempo en que fueron creadas, que tienen su origen en una noción aceptada del mundo.

Si se está de acuerdo en que todo valorado a la realidad implica siempre vivencias previas de carácter subjetivo, hay

que convenir también que la obra artística es una trascendencia convertida en un lenguaje universal que ha sido creado a partir de la aceptación de una determinada valorización de la existencia.

Las formas del arte llevan en sí el espíritu de una búsqueda que siempre ha nacido en el acto de aceptar o rechazar las formas ya existentes. Aquellas elaboradas por los hombres de las cavernas, por ejemplo, están condicionadas por el asombro y el deseo de conquista; son la evidencia de una conquista espiritual y técnica que eludió toda referencia a traducir o reflejar lo efímero.

Tal sentido era una afirmación de la voluntad expresiva perteneciente a esas formas válidas en sí, manifestada en la pintura a través del acto de crear una realidad diferente a la que se observaba. No se trataba, pues, de copiar o reflejar la naturaleza conocida, o hacerla más expresiva y tampoco — como se ha afirmado — solamente anexarla por medio de la magia; o sea, dominarla por el sentido transformador supraterráneo. (Esto último recién sucedió después de que se hubo logrado el pleno dominio técnico de la pintura, que se constituye en la conquista formal que siempre es de un orden primigenio). Ningún artista, ni en aquella época ni en la nuestra, comienza a crear con un preconcepto exacto formado a priori sobre lo que va a realizar, a no ser cuando se trata de copiar o ilustrar una « idea » relativa a la naturaleza.

Ante el estímulo de esa conquista técnica y con la sabia observación de la realidad, el artista de aquellas épocas estaba creando un mundo paralelo al de sus vivencias, pero diferente en que también deseaba expresar una significación de su tiempo, la cual contiene, para nosotros, ingredientes que provienen de una esencial testimonianza de una parte de sí

mismo : de esa parte que resumía las ideas que conformaban la mentalidad del grupo social al que pertenecía.

Las formas pictóricas no son una interpretación alegórica de los pensamientos que los hombres han tenido. Lo que ellas nos muestran no es un reflejo de las imágenes contempladas en el mundo circundante. Contrapuestas a éstas, las que crea el artista, pertenecen a un mundo recreado cuyas formas se apartan de aquellas imágenes en la medida en que son transformadas en términos estéticos.

Porque el artista jamás ha sido el sirviente de la naturaleza, sino el rival de ella. Ante el espectáculo que ésta le presenta, él responde con la creación de otro que lleva en sí su propio significado que es realizado con parecidos procedimientos : el nacimiento, desarrollo, floración y muerte de un árbol está emparentado con el proceder del creador; las tierras, las lluvias vivifican las raíces del árbol para que entregue sus flores y frutos; así la naturaleza, el tiempo, incitan al creador, pero no determinan la forma de su creación, porque sino sería el artista nada más que un copista de esa realidad y el arte un reflejo de ella.

La relación existente entre la naturaleza y la obra de arte, está solamente en ese acentuar algunos elementos que el artista ha escogido de ella, para transformarlos luego en formas válidas estéticamente, ante todo. No hay que olvidarse de que lo que el artista denomina como naturaleza, es nada más que una visión de la realidad, y ella está condicionada, además, por las anteriores visiones heredadas que le hacen « ver » aquella de una manera y no de otra. Ese condicionamiento implica las diferentes concepciones del tiempo de cada cultura.

Los diferentes estilos proclaman las significaciones específicas de una determinada visión, por medio de formas que son — ante todo — mundos autónomos que responden a un orden creador, por encima de lo que puedan sugerir en la confrontación con las imágenes de la realidad exterior. Han sido hechas en vista a un rechazo o una metamorfosis de las formas que las suscitaban.

Cuando existe una comunión, nacen las más altas virtudes colectivas que el artista se encarga de expresar, o mejor, de iluminar. Así ocurre siempre que los estilos son la expresión de los caracteres de toda cultura. Por ello se puede afirmar que el arte expresa los caracteres de una época. Por que los valores heredados son muy a menudo rechazados por todo creador que no encuentra ya en ellos sus medios ideales de expresión y, por lo tanto, los considera caducos por traducir concepciones del mundo que ya no tienen validez debido a los cambios de la estructura social que originan las transformaciones de orden cultural.

Es curioso, por ello, que aun cuando el artista sea un retrógrado en su pensamiento y modo de vida, en su obra lo que casi siempre realiza es una negación de los valores circunstanciales en los cuales se afirma para vivir y producir. En el arte lo que vale esencialmente no son las creencias morales del artista, sino la forma en que las trasciende afirmando los



por Edgar Avila Echazú

FIGURATIVA

anhelos colectivos de un orden espiritual asentado en la destrucción de toda fuerza disgregadora temporal.

Pero al realizar eso, está anteponiendo un valor supremo por encima de aquellos a los cuales se aferra, muchas veces por una imposición ideológica difícil de rechazar de plano en su vida cotidiana. Así, por una especie de « dialéctica psicológica », desecha en su labor todo orden heredado, ya que ella es la manifestación del deseo humano de ordenar y transformar lo caótico de la realidad externa. Cuando deja, consciente o inconscientemente, suscitarse una idea caótica que es la que ha contemplado en la realidad vivida, lo hace porque aún está luchando por encontrar su medio propicio de expresión, el que todavía no se ha desligado de las formas artísticas heredadas, y, también porque en esa actitud traduce un estado de ánimo general, un concepto no conforme con las conquistas artísticas precedentes que, seguramente, dejan entrever una comunión idealizante con los valores culturales que ya no son los suyos. Es por eso que en cada estilo hay que ver una noción especial sobre la creación artística, lo cual nos lleva a comprender por qué el creador no es necesariamente un continuador de los estilos heredados, sino aquél que encuentra formas con las cuales crea un mundo.

De ahí que el arte no sea un producto determinado solamente por un estado social específico. Expresa sí, casi siempre, el espíritu dialéctico de las transformaciones temporales y prefigura, a la vez, los valores a los cuales tienden los cambios que se operan en toda estructura social. Por otra parte, como el lenguaje del arte — especialmente de la pintura y la música — tiende a la universalidad y el espíritu mismo que alienta en sus metamorfosis conceptivas se refiere a una problemática de orden ontológico, no puede ser un simple producto determinado por una sola causa. La significación social del arte y la forma cómo se produce éste, son dos cosas diversas que, unidas estrechamente sin considerarse los factores concurrentes a su relación y los complejos fenómenos nacidos de ella, han ocasionado generalizaciones demasiado simplistas.

Para confirmar esto no hay que examinar el papel otorgado al arte en los cambios de una sociedad y, sobre todo, la idea que de él tienen las clases sociales productoras. Las personalidades creadoras de las clases ascendentes que logran el poder económico-político, después de un cambio de estructura de la propiedad y en el desarrollo social, siguen creando con los medios expresivos y con casi los mismos conceptos valorativos que los uti-

lizados por las clases que antes detentaban el poder. Porque asignan al arte un papel moralizador y pedagógico, lo que hace que no se rompan los moldes formales válidos hasta entonces, ya que evidencian los « valores espirituales » superiores que los grupos sociales conservadores y revolucionarios defienden en principio por encima de sus diferencias, por considerarlos las bases que los cohesionaban como grupos. Cuando sobreviene la estabilización de la clase triunfante y, por lo tanto, se adhieren a una actitud regresiva con respecto a las que han quedado como clases explotadas económicamente, se ahonda la noción moralizante del arte y se rechaza toda evidencia de transformación de sus formas expresivas que no proclamen los valores ético-sociales y la función del goce estético perfectamente delimitado por las reglas morales elaboradas por las clases superiores. Pero una vez que los conceptos morales y filosóficos se encuentran en crisis, a consecuencia de las reformas materiales profundas que implican — además — una revalorización de la condición humana, entonces el arte transforma también sus medios expresivos, ahondando o dejando a un lado la acentuación de ciertas tendencias espirituales todavía no abandonadas del todo al igual que las que las combaten; tal como sucede en nuestra época.

Solamente en una sociedad sin clases, en la que existe una comunión de ideales sociales y en la que hayan sido rechazados los medios expresivos artísticos pertenecientes a una concepción clasista diferenciadora de la cultura y, además, en la que ya no acepten contradicciones sobre la función social del productor de arte, existirá — ciertamente — una producción artística que exprese totalmente los valores culturales sustentados por dicha sociedad. Actualmente lo que hay es una íntima correspondencia entre la noción de la realidad económico-social y la forma en que deben cambiar sus valores. Pero aun en esa correspondencia existen acentos y visiones en lucha que muestran un desacuerdo sobre el papel que se le quiere atribuir a la obra de arte y al modo con que se debe encaminar la producción artística.

En la pintura No-Figurativa este conflicto se le puede ver en la forma como el artista contemporáneo trata de evidenciar su repudio a toda valorización ética del hombre ya pasada. El rechazo de lo figurativo y de la traducción emocional que busca una huida ideal de mundos pictóricos oníricos es, si se quieren encontrar paralelismos racionales y lógicos perfectamente delimitados en la actitud creadora, un acto desvalorizador del hombre conformado de acuerdo a una ética burguesa idealizante y premeditadamente abstracta de la realidad humana; por ello la actitud de los artistas modernos está de acuerdo con la firme decisión de aquellos que no sólo desean cambiar la condición social de las masas sino la misma idea que el hombre tiene de sí mismo y de sus relaciones con lo exterior.

Toda sociedad elabora su estilo de vida y su estilo artístico. Pero éste último responde a la búsqueda, al encuentro y a la transformación de aquellos ya estableci-



Musa encadenada

¡Qué pena del silencio
y de la noche fértil en palabras,
rica en imágenes, en surcos nuevos
y aventuras pasadas!

¡Qué pena de tener un solo lápiz,
un viejo lápiz roto,
y una noche quimérica en el alma!
¡Qué pena
vivir siempre soñando
y soñar sin palabras!

Pasar por los caminos
con el pobre zurrón de la añoranza
y no tener siquiera
—¡qué pena!— ni una noche
para nosotros solos,
un silencio, una luz... ¡ni una palabra!

Medir el negro ritmo
del tiempo por el blanco de las canas
y sólo por el hambre o por el sueño
saber que anda el reloj, que el tiempo pa-
[sa...]

C. VEGA ALVAREZ



dos. Una vez que se logra metamorfosear a estas formas en otras que desean su propia autonomía, podemos decir que ha nacido una cultura que nos da un testimonio de lo que el hombre es y de lo que quiere y realiza.

En el acto creador aparte de la fundamental búsqueda de un estilo con un carácter propio, existe siempre un instinto sublimado de la intemporalidad en lucha constante con el tiempo: un ansia de absoluto que traducen las formas cambiantes del arte. Por eso vemos que, naciendo las obras de arte en determinado tiempo y lugar — hechas por los que sufrieron ese tiempo — sólo se convierten en obras de arte, con significado perenne, por la manera intensiva con que encierran ese instinto de intemporalidad en sus formas.

● Continuará ●



Don Juan Alcover Maspons,

Si veniu per mal
no passeu es portal;
si veniu per bé
no estigueu en es carrer.

« Rondaies »

EN uno de los trescientos sesenta y cinco días del año 1854, nació en Palma de Mallorca un niño débil y enclenque. Vino al mundo despacito y con calma, sin ser posible valorar la potencia de su voz hasta transcurrida una penosa semana, creyéndole el médico de cabecera y sus padres víctima de horrible enfermedad. Afortunadamente todo fueron cábalas y suposiciones, pues el chico demostró en breve tiempo gozar de todas sus facultades físicas aunque siempre modesto, dando la impresión de un ser excepcional. Así nació y creció don Juan Alcover Maspons, hijo mayor de una familia compuesta de cinco hermanos (don José y don Pedro, notarios; don Francisco, militar de Intendencia y don Antonio, telegrafista), pudiendo afirmar que si ha existido un hombre ensimismado, ninguno hubo que se le pudiera igualar. Era muy difícil, por no decir imposible, verle diez minutos sentado sin que velozmente y de manera inconsciente dejara su pensamiento de batir alas para recorrer el infinito, paseo preferido de ciertas almas privilegiadas, retornando al mundo de los mortales cargado con insuperable bagaje poético. Su abstracción era tanta que, las más de las veces no esperaba disponer de una silla, de un banco o de una roca para perderse por los espacios etéreos. Caminaba, caminaba con su paso corto, firme, decidido, como si le faltara tiempo para llegar al sitio fijado de antemano, perdiéndose con frecuencia en la correría y no pasando el umbral de su casa hasta bien entrada la noche ante el normal desasosiego de la familia. Las lamentaciones de su esposa e hijos y exclamaciones de los íntimos que le esperaban no causaban mella en él, pudiendo solamente obtener como premio a su inquietud una ligera sonrisa, afable, simpática, tranquilizadora, pero nunca la más mínima explicación. A cuantas preguntas se le hacían para inquirir dónde había estado, contestaba invariablemente: Por ahí.

Bachiller y abogado, desde muy joven brilló en el Foro por su elocuencia y honradez. Hombre indolente — no era mallorquín en vano — renunció pronto a las actividades de su acreditado bufete para desempeñar el cargo de secretario de Sala en la Audiencia Territorial de las Baleares. Amigo íntimo de don Antonio Maura, aceptó a sus instancias presentar su candidatura por el partido maurista, siendo elegido diputado a Cortes. A pesar de ser un gran orador, en el Congreso nunca dijo « esta boca es mía », pues en el fondo, no tan sólo le tenía sin cuidado la política sino que, espíritu refinado, le asqueaban sus marrullerías e injusticias, renunciando para siempre más el presentarse candidato.

Sólo dos pasiones dominaban a este hombre maravilloso: la familia y la poesía. Si la segunda le otorgó inmarcesibles laureles, la primera le hizo alcanzar los títulos de « poeta de los grandes infortunios » y el de « los más acerbos dolores

paternales », tan terribles fueron los duros golpes que le dió la adversidad, al segar en flor la vida de sus dos esposas y la de cuatro de sus cinco hijos, expresados de forma magistral y con una excelentitud y arte depuradísimo en sus « Dolores », escritas en las horas amargas que asaetearon al exquisito poeta.

Casó en primeras nupcias con doña Rosa Pujol y Guasch, de la que tuvo tres hijos: Teresa, fallecida a los veinte años; Pedro, a los veintinueve y Cayetano, a los treinta, éste último casado pero sin descendencia. Al morir el segundo, sostuvo el vate un « Coloquio » con su Musa. Extracto algunos versos:

LA MUSA

La plenitud de vida no comença
ni arriba l'home a la virilitat
sens que fermenti en l'ànima el llevat
de l'íntima sofrença.
Si a ton cor el ferro espurnetjant,
damunt l'enclusa del dolor, sonant.

EL POETA

A mes infants no tornarà la vida
el broll de foc i el ritme dels martells
sobre el metall de l'ànima enrogida;
no em plany de ma dissort, els plany a
[ells;

si a l'espona del llit
quan se glaçava el cos, quan l'agonia
els ulls enterbolia
del jove moribund, li haguessin dit
de part de Déu:—Minyò, te'n vols anar?—
ell, que hauria respost?—me dol deixar
ma familia, la terra on nasquí;
es prest; la vida riu; eixa amarganta
copa de fel decanta-la de mi;
jo me somet, ta voluntat es santa;
però, si et plau, Senyor, deixa'm aquí...—
No pogué ser; i se tancà la porta
de ma casa, una nit, sens que ell tornàs,
i el duien a romandre al mateix vas
de sa germana morta.



Desconsolado, pero no desfallecido ni aniquilado, prosiguió imperturbable el áspero camino de la vida:

Mai la vegi tan bella com es ara,
la vida d'aquest món,
que d'un encis cruel tota s'amara
per a parlar-me dels que ja no hi son.

Su risa alegre se convirtió en una sonrisa con ritmo amargo. Solamente la poesía le daba en todo momento el consuelo necesario, como anestésico suave y reparador, para soportar con la resignación debida pérdidas tan crueles:

Si la força del geni m'estranya,
tan gran com ell s'aixeca mon dolor,
i jo puc llavorar l'alta muntanya
per esculpir-hi un monument d'amor.

La vida con su sardónica carcajada va deslizándose los años y destilando gotas de bálsamo en el corazón dolorido del poeta, para de repente volver a la carga enviando a la Muerte a visitar de nuevo su casa para robarle su esposa. Juan Alcover sufre la embestida con sin igual temple. Pasado algún tiempo, sobreponiéndose al dolor para huir de la soledad, contrae segundas nupcias con doña María de Haro Roselló, natural del pueblecito mallorquín de Alaró. Mujer pizpireta y campechana, y con una simpatía natural pletórica de amor por su esposo, va a conseguir que los rayos del sol inunden otra vez la mansión del poeta, dándole dos hijos: María, que va a dejar de existir a los veinte años y Pablo, único superviviente.

Para colmo de los colmos, cuando acababa de dejar en el cementerio de Palma el cadáver de su hija, durante el trayecto de regreso, en plena calle, se le entrega un telegrama urgente. Es el anuncio de la defunción de Cayetano, habido de su primer matrimonio y ocurrida en Barce-

vate esclarecido

por J. GUIRAUD

lona y allá va, en aquella misma trágica noche el dolorido padre a coger el vapor para asistir a la conducción de los restos del hijo amado a su última morada. La copa de la amargura apurada hasta la hez por el poeta :

**Arriba un jorn que nostra vida
ja no veu rés en l'avenir,
més a l'hivern rejuvenida,
en la dels fills torna a florir.**

**Tebia dolcesa els ulls amoixa
de presentir la tendra mà
que en acabant l'última angoixa,
piadosament els tancarà.**

**Però si cau llur juvenesa
i se'ns acluca l'ideal,
¿qué n'ha de fer de sa vellesa
l'àrida soca paternal?**

Así exclama nuestro vate en su poesía titulada « Dol », para culminar a la muerte de su segunda esposa con su « Desolació » :

**Cada ferida mostra la pèrdua d'una
[branca;
sens jo, rés parlaria de la meitat que em
[manca;
jo visc sols per a planyer lo que de mi
[s'es mort.**

Modesto en demasia, iba publicando sus versos cuando la familia le constreñía a hacerlo con el buen fin de evitar la pérdida de cuartillas que se acumulaban incesantemente en su mesa de despacho. Y así y todo ¡cuántas no se habrán traspapelado! Hombre sin ninguna ambición y muy casero, se complacia en pasar horas en el saloncito de su piso que, si bien arreglado, nada tenía de suntuoso, sin que fueran capaces a sacarle de su ensimismamiento los gritos, ni el ruido estrepitoso de algún jarro o mueble al caerse, producto de las travesuras de sus hijos.

El que este recordatorio-ofrenda al gran poeta escribe, estuvo innumerables veces en su domicilio como en el de sus hermanos, José, Antonio y Francisco, sin haber podido lograr jamás verle preso de un acceso de nervios muy frecuente en los hombres. Puedo asegurar sin temor a ser desmentido que los odiaba. Cuestión temperamental y no fuerza de voluntad para reprimirlos. Su carácter apacible, bueno, le impedía cometer un desmán.

Conocedor del placer que me proporcionaba, se pasaba largos ratos conmigo recitando y haciéndome recitar sus versos, gozando al ver mis apuros. Siempre paciente, volvía a emprender la tarea con aquella su sonrisa amable y simpática que le era peculiar hasta que mi buena madre me llamaba para regresar a Pollensa o, un poco más tarde, cuando la hora era llegada de volver a enclaustrarme en el colegio.

Con la inconsciencia propia de la infancia y molesto por su forma de sonreír ante una pésima recitación mía, le dije un día : — « Me gustan más las poesías de don Miguel Costa Llobera. Son más fáciles. » — A lo que contestó : — « Lo creo, pero no debe extrañarte, pues Miguel es mejor poeta que yo. »

Difícil se me hace ir enumerando los

recuerdos de aquel entonces. Ha llovido mucho ¡ay! encima de los tejados. No obstante, si una cosa no he olvidado es el verdadero aprecio que por los desheredados sentía don Juan Alcover Maspons como... buen mallorquín también. Inútil es analizar Mallorca. Sólo pueden comprenderla quienes hayan vivido en la « roqueta » muchos años y sabido, además, penetrarse con sus usos y costumbres, muy especiales por cierto y que soy el primero en reconocer. De no ser así es fácil caer en el más grande de los errores y confusiónismo.

Aunque perteneciendo a la clase de los « señores » que, no se debe confundir ¡ni mucho menos! con la aristócrata, don Juan Alcover, precisamente por ser « señor », no desdeñó nunca la compañía de los trabajadores, complaciéndose en alternar con ellos lo más a menudo que sus ocupaciones le permitían, saliendo de excursión solo, siempre solo, por los pueblos vecinos en busca de una « possessió » (cortijo) donde poder charlar con los campesinos. Al regreso, absorbido por lo que había visto y oído caminaba como si su alma se encontrara lejos de este mundo irreal y despreciable.

Un día, de vuelta de una de sus caminatas, le encontré cerca de la Puerta de Santa Catalina, próxima al colegio en que yo estaba de pensionista. Tuve que llamarle varias veces para que me oyera. — ¿En qué estaba usted pensando?, le dije. ¿Tan malo es este mundo que continuamente tiene que pensar en otro? Me respondió de la siguiente manera : — « ¿ En otro ? ¿ Y para qué ? Aquí en la tierra, como en los cielos, la injusticia es el pan de cada día. Y las ciudades... ¡bendita sea la « pagesia! » —

**¡Oh flor de muntanya, fina morenor!
¡Oh la pageseta que es una pintura
i te la cintura
com un gerricó!**

**L'aviram la volta amb gran volateig,
quan de matinada crida son estol;
amb capell de paume se guarda del sol,
quan rega els bellveures vora el safareig.
Per servir als pobres fumants escudelles,
confitar condonyes, adobar gonelles
o guarir les nafres, no hi ha millors dits;**

**canta codolades
y sap cantarelles
d'alicorns i fades
i poals florits.**

« La Serra » es una poesía en que toda ella respira sencillez, adornada con los múltiples olores de las flores variadas que crecen por doquier en las montañas mallorquinas. Sencillez natural, sencillez sin disfraces, cariño entrañable a la isla :

**Sanitosa flaire
de la pagesia;
llumenaret blau
que l'ànima atrau
de la minyonía...
sou l'exquiseseta, sou l'encantement
on l'ànima hi sent
de la pàtria mia.**

« La Serra », la fantástica poesía creadora y descriptiva, de una fuerza y un poderío formidable, resume el amor incontentible albergado en el corazón de Juan Alcover y que al contacto con la tierra, el aire, las montañas, ¡la « pagesia » en fin!, sale fogoso de su pecho macerado por el dolor gritando : Aire, Justicia y Libertad.

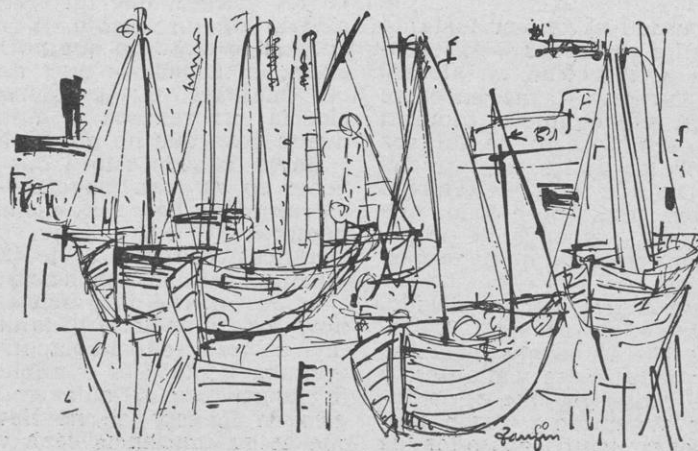
**Jo venc a parlar-te d'una vida d'or,
de la vida lliure que anyora ton cor;
som la camperola que presents te duu,
jo venc de la serra, més no som por tú.**

Don Juan Alcover Maspons, sentía la poesía y por eso era poesía. Así en las horas más alegres de su vida y en las más tristes, cogía la pluma para expresar con melancolía no exenta de ardor, lo que en aquellos instantes le dictaba su más íntimo yo. La vida fue en verdad para él muy amarga, hasta rozar la más inverosímil crueldad, cebándose de manera tal que, sólo pluma privilegiada como la suya, pudo expresar tanto dolor y sobrevivir a sus zarpazos.

La ciudad que le vio nacer, le vio morir en el año 1926, a los setenta y dos años de edad. En la memoria de los mallorquines sigue perenne su recuerdo. El « Mestre en gai saber », en la de los amantes de la poesía.

**« Copeo, copeo, copeo traïdor;
roseta encarnada,
si t'he agraviada.
jo et deman perdó... »**

Elne, enero 1963.



Soledad española de Unamuno

EL «decíamos ayer» o «decíamos el otro día» —como el atribuido legendariamente a Fray Luis— parece que se nos viene a las mentes cada vez que volvemos a un sitio donde se repite para nosotros alguna circunstancia parecida a otra de la que estuvo separada por una larga distancia temporal: sobre todo, cuando, como en el caso del poeta, esa distancia fue un paréntesis de prisión y persecución que le apartaba de sus tareas profesionales, de su predicación o enseñanza en su cátedra. Para mí tuvo un hondo, y más, por imprevisto, choque de emoción viva, el ponerme a hablar ante un público atento en el mismo sitio en que lo hiciera, hace ya más de treinta años, de los cuales veinte muy largos los pasé fuera de España, desterrado.

Aquí en Madrid, en la sala de conferencias de una antigua Residencia estudiantil de alumnas extranjeras, que todavía sigue siéndolo, volví, hace poco, a sentirme afectado por un «decíamos ayer», si algo melancólico para mí, también consolador por las esperanzas que se avivan con los recuerdos. Desde el mismo sitio en que un tiempo, muy intimo por muy lejano, hablaba yo, por vez primera ante una mayoría de jóvenes oyentes, de «la decadencia del analfabetismo», de «la importancia del Demonio», de «la estatua de Don Tancredo» —aludiendo a temas esenciales, a mi entender, de entonces y de ahora, para desentrañar el sentido más hondo de lo tradicional español— he vuelto de nuevo sobre un tema parecido, pues era éste a propósito del teatro en España.

Recordaba al hablar, improvisando como suelo, aquellas otras tardes —tan íntimas por serlo lejanas— en que me referí a esos temas que dije. Y lo que recordaba, con melancolía, era a mis oyentes de entonces; de los que apenas pude encontrar uno o dos ahora en esa misma sala. Allí, en sus primeras filas de asientos, y entre jóvenes estudiantes, llegaban a mí los semblantes amistosos de mis oyentes, que eran, entre otros, Federico García Lorca, Rafael Alberti, Ignacio Sánchez Mejías, Miguel de Unamuno... Este último subió una vez a la invisible cátedra, recuerdo, para confirmarle al público, con su viva voz, algunas de mis afirmaciones más osadas sobre el mismísimo Demonio. Y Federico García Lorca apoyaba, gesticulando con entusiasmo sonriente, cuanto yo iba diciendo sobre el «tancredismo» español.

Pues ahora, pasado el primer instante emotivo de aquellos recuerdos —su legendario «decíamos ayer», como un aletazo fugitivo de la memoria—, me encontré hablando ante un público nuevo, también apoyado, y con significación de tal vez más precisa, por las amistosas miradas de mis oyentes: Después supe que también la había hostiles; una, sobre todo, que me dijeron vigilante —supongo su propósito— de un señor comisario de policía en función de servicio.

Y el tema de mi charla, por mí elegido, era el de **el teatro y sus censores**. Claro, que en España. No sé si mis palabras hirieron o no aquellos oídos vigilantes; y no por violencia expresiva, que no la tuvieron, sino por el sentido y razón profunda de mi pensamiento, acusador de

esta terrible realidad española, originada, en el teatro como en la vida, por una policía censora, también en función siempre, a su decir, de servicio público; que se justifica a sí mismo por serlo: servicio de vigilancia imperativa, censora de cualquier expresión viva y verdadera del pensamiento, hablada o escrita. Nada, tal vez, como el teatro en España se resiente de esta censura, cuyo propósito mejor es la tutela de los españoles para evitarles el terrible riesgo de pensar y decir verdades. Y digo que el teatro es quien más se resiente de esta bondadosa tutela, como se resiente, en el cuerpo y el alma, un niño canijo, mal educado de tal modo, como un perro faldero.

Al bajísimo nivel mental —ignorancia cuidadosamente mantenida —que hoy advertimos en toda la vida espiritual (digo espiritual, y no intelectual sólo, pues es fenómeno social y religioso) de España (por otra parte, aparentemente robustecida en su saludable aspecto fisiológico,



como un niño que se ha quedado tonto después de una lesión cerebral, pero cuyas funciones orgánicas se verifican con ese vigor propio de un organismo que funciona tan exclusivamente materializado), sirve, justamente, al teatro, de expresiva manifestación pública; pese a sus censores, o quizás, mejor, gracias a sus censores mismos. Decía Zeller, al estudiar el teatro de los griegos, que un teatro es la conciencia de un pueblo. Y así es, hasta cuando se trata de que no lo sea —como ahora en España—: pues aparece, entonces, más vivo su testimonio, como conciencia amordazada y mutilada brutalmente para que no pueda llegar a serlo.

Hablé de todo esto a mis oyentes —jóvenes en su gran mayoría— y, en parte, extranjeros. Evocando ejemplos, citando nombres. Y entre éstos, singularmente significativos para el teatro tradicional español, para la conciencia dolorida, herida de muerte de muchos españoles de hoy, los de Galdós, Unamuno y Larra. Cité al «pobrecito hablador» cuando preguntaba: «¿quién es el público y dónde se le encuentra?»; a Galdós en su espejo trágico de lo español, novelesco y teatral, que es su conciencia cada vez más viva.

por José BERGAMIN

A Unamuno en su soledad, y en la soledad de su trágico poema teatral de ese nombre.

El poema dramático de Unamuno «Soledad» se representó en Madrid hace unos meses. Y muy discretamente. Asistí a esa representación. Mi sorpresa fue grande, porque no esperaba encontrarme ante una obra dramática tan teatral, tan puramente teatral; ante una obra maestra teatral en el mismo sentido en que lo es «Hamlet» o «La vida es sueño» o el «Don Juan Tenorio» de Zorrilla. «Soledad», como aquellos dramas, es un monólogo, un soliloquio: como lo es «Realidad» y «El Abuelo» de Galdós; como lo es todo Esquilo y toda la tragedia griega. Y de la misma intensidad y desnudez dramática, pureza teatral, que esas obras maestras. Seguramente dentro de la obra poética total de Unamuno, lo es capital y única. Pues bien, no se enteró el público, que reducido a una mínima minoría apenas lo sostuvo con su aplauso: **lo dejó solo** (con su agonía a Don Miguel, como a su protagonista Agustín, nombre significativo) como en la plaza al torero con el toro; como a su Don Juan en la sublime escena del cementerio Zorrilla. Como Cervantes a su Don Quijote. Soledad plena la de Don Miguel: quijotesca, shakesperiana, calderoniana, zorrillesca... y hasta galdosiana también. Es decir, teatral, humana de verdad; con viva, dolorosa conciencia de serlo. Y de expresarlo, de decirlo teatralmente en puro español: en el lenguaje español más puro; «lenguaje de hueso trágico» como el de Don Quijote. ¡Soledad de Unamuno! Testimonio, grito vivísimo, por verdadero, de esa censurada, amordazada, mutilada, conciencia española, hoy dentro de España perseguida.

Los cómplices y encubridores de la censura teatral, los gacetilleros informadores de teatros en una prensa, más censora que censurada, tampoco pudieron comprender el drama unamunescos. Las necesidades ignorantes que con este motivo se han escrito —salvo rarísima excepción— son cosa de risa. Pero de risa también trágica: la de la calavera del clown, como en Shakespeare. Esta **Soledad** de Unamuno en España ¿vuelve con el grito de su verdad para despertar, o revivir, una conciencia adormida, desalmada, de los españoles, encendiéndola con su palabra? Porque «si el español no se muere de hambre» —decía Don Miguel— «es porque vive de hambre»; tampoco se muere de miedo; porque vive de ese miedo trágico a la vida y a la verdad, que una tutelar censura estatal, clerical y periodística, trata de hacerle llevadera —como su hambre de verdad y de vida —enmudeciéndola de espantos. El teatro es actualmente en España su mejor testimonio, su martirizada expresión desenmascaradora. Que si hay teatro vivo y teatro muerto de verdad, el español de hoy lo está a medias: medio vivo de hambre de verdad y de vida; medio muerto de miedo a morir de miedo, que es la muerte peor, como pensaba Larra.

Una novela de la guerra de España

Y II

CUERPO A TIERRA se publicó en no recuerdo qué editorial barcelonesa. Escribo estas notas muy lejos de mi casa y no tengo el ejemplar a mano.

Fue el escritor catalán Just Cabot, buen amigo mío y buen catador de libros, quien, en París, en pleno boulevard Montparnasse, me lo ofreció:

—Toma, lee esto —me dijo— es un buen libro de guerra, de nuestra guerra, escrito limpiamente, sin odio, con inteligencia.

Viniendo de quien venía, la recomendación era válida de veras. Me llevé el libro y aquella misma noche empecé a leerlo. Poco tiempo después me hice con otra edición —Ricardo Fernández de la Reguera: **Cuerpo a tierra**, «Ediciones del Nuevo Extremo», Santiago de Chile, 1959— que es la que tengo ahora abierta encima de la mesa de esta casa de campo que me alberga por un par de meses; de esta casa de campo en tierra francesa, pero cuyo paisaje es catalán y en catalán hablan sus gentes.

El libro lleva una extensa dedicatoria, escrita en un estilo sencillo y, por lo tanto, profundamente humano, sin vana y fría retórica de circunstancias, sin floripondios ni afeites. Ricardo Fernández de la Reguera, humildemente, emocionadamente, con púdica humildad —que es la única tolerable—, con púdica emoción, lo dedica a sus padres, a su hijo, a «todos los hombres que murieron en su batallón» —el en que el autor sirvió—, a un cabo, a un cocinero, a un capitán, a un teniente, a un alférez, a un cnófer...

«A mi hijo Alfredo, para que aprenda —si yo he sabido darle esa lección en estas páginas— a amar a los soldados de ayer, de hoy, de mañana.»

A mí, que soy enemigo de las guerras por lo que tienen de estafa y de brutalidad, pero que, bien o mal, también hice la guerra, me parecen estas de la dedicatoria palabras muy nobles y muy bellas. Es preciso amar al soldado, aunque, a mi juicio, no por el soldado en sí sino por el hombre que hay debajo del uniforme, por el pobre hombre arrancado a su vida de paz y arrastrado a la vorágine de la guerra. El jefe que no ama a sus soldados, el que, considerándolos carne de cañón, los sacrifica estúpidamente, pierde su condición de hombre y pasa a la de bruto.

La nueva manera de novelar ha sido puesta bajo la consigna, bajo el signo del objetivismo. Me parece, como consigna obedecida a rajatabla y sin rechistar, una equivocación; me parece la anulación del hombre en su función de escritor. ¿Qué se ha conseguido con ello? La generalización de un estilo de gacetilla, seco, frío, impersonal. ¿Qué más da que el novelista se llame Juan, Pedro, Miguel, Sánchez, López o González si todos, por seguir ciegamente las reglas, parecen el mismo? Antes podía conocerse fácilmente al autor de un determinado texto sin necesidad de leer su nombre en la portada del libro: Galdós, Pérez de Ayala, Valle Inclán, Gabriel Miró, Baroja... Hoy eso es poco menos que imposible en la mayoría de los novelistas nuevos.

(Hay que señalar, hay que destacar el hecho de que los poetas y los dramaturgos se han salvado de esa tonta peste y

Celaya, José Hierro, Blas de Otero, Valente, Joaquín Horta, Manuel Arce, Susana March, Angela Figuera o Alfonso Sastre, Buero Ballejo, Lauro Olmo, Muñiz, escriben como les da la gana y sin darle importancia alguna a las modas y a las consignas, que, en literatura, son siempre estériles y un poco ridículas. Las modas no han dado nunca un Dostoievski, un Balzac, un Dickens, un Wassermann, un Beethoven, un Goya.)

Objetivo puede y debe serlo el gacetillero —subjeto sería una calamidad— porque el suceso o la noticia que da en la gacetilla no le interesa, personalmente, lo más mínimo. Pero con el novelista, creador de hombres y de mundos, no puede ocurrir lo mismo. El novelista no puede ni debe desinteresarse del mundo y los hombres que crea, debe verlos y sentirlos subjetivamente como un hombre y no como una máquina. Si deja de hacerlo así deja de ser escritor, deja de ser el hombre que escribe —tomando parte en lo que escribe, que es la mejor manera de tomar partido— las vidas y los mundos de otros hombres que, al fin y al cabo, son reflejo suyo, reflejo de su manera de sentir y pensar.

Con el estilo nada más que objetivo: «Juan se calzó, se lavó, salió de casa, subió al autobús, etc.», un albañil, un carpintero, un guardia de la porra pueden escribir novelas como muchas de las que hoy están de moda. Y tal vez encuentren editor que se las publique aunque después tenga que vender los ejemplares a peso, como los garbanzos. Y tal vez encuentren un jurado cualquiera que les dé el premio de unos miles de pesetas.

Y no quiere esto decir que los albañiles, los carpinteros, los guardias de la porra no puedan escribir novelas. Si pueden escribirlas, claro está, siempre que sean novelas de novelistas y no de albañil, de carpintero o de guardia de la porra.

Por todo lo dicho se comprenderá fácilmente que leo con más gusto, con más interés las novelas en cuyos autores percibo una personalidad recia, auténtica, sin afeites de modas, consignas y escuelas, que las de los que se destruyen a sí mismos yendo rebañegamente a la zaga de determinadas modas, consignas y escuelas. En arte lo más importante es crearse una técnica propia, una personalidad, ser singular y no plural. El plural pertenece a los mediocres. Hay que ser por sí mismo y no por la escuela, la moda

por Luís Capdevila

o la consigna. La etiqueta de «nuevo» no es siempre garantía que pruebe la bondad del género. De ser así tendríamos que enterrar, por viejos, a Cervantes, Shakespeare, Balzac, Dickens, etc.

Un texto cargado de imágenes y adjetivos podrá ser importante —lo son **Las bodas del cielo y el infierno**, de William Blake, **Juana de Arco**, de Joseph Delteil, o las **Comedias Bárbaras** y los **Esperpentos**, de Valle Inclán, por ejemplo— o dejar de serlo. Y podrá ser igualmente importante un texto parco, sobrio, desnudo —seco no— como el de **Los monederos falsos**, de Gide, el de **María Donadieu**, de Charles-Louis Philippe, o **Los Thibault**, de Roger Martin du Gard. Lo no recomendable es eliminar sistemáticamente la imagen y el adjetivo para dejarse caer luego, tan campante, en la trampa del lugar común.

A tal propósito bueno me parece recordar los siguientes versos del gran poeta Paul Eluard, compuestos únicamente con adjetivos, que forman parte de **Poesie ininterrompue** :

Nue effacée ensommeillée
Choisie sublime solitaire
Profonde oblique matinale
Fraiche nacrée ébouriffée
Ravivée première régnante...

No faltan aquí los adjetivos. Ni sobran. Ni falta —ni sobra— la belleza, sello de la vida y la obra del poeta que, por grande, no dejó heredero.

En el arte de escribir, que es arte de saber ver, naturalmente, pero que, sobre todo, es arte de saber sentir, sólo hay un camino: escribir como se quiera, pero con talento. Camino que, por difícil, no todos pueden seguir.

Ricardo Fernández de la Reguera sí lo sigue. Lo sigue con paso firme, seguro y sabiendo, al adueñarse de él, el terreno que pisa. Es decir: sabiendo que anda su camino y no el de todo el mundo. Camino áspero y abrupto que hay que abrir con sumo cuidado, con ahinco y con humildad, limpiándolo de la broza de la extravagancia y de la hojarasca de la falsa originalidad —harto fáciles— sin rebuscar la imagen ni el adjetivo pero sin miedo a ellos, pues en literatura como en todo el miedo es una de las peores calamidades. Y aceptando una y otro cuando es necesario.

Cuerpo a tierra es una novela escrita sin truco, sin trampa ni cartón, a cuerpo limpio. El tema se prestaba al melodramatismo de ayer, al tremendismo de hoy. Fernández de la Reguera ha sabido evitar ambos escollos. Una leve intriga amorosa, muy humana aunque siempre en tono menor, palpita a lo largo de la novela.

Pero los protagonistas de ella no son Berta ni Augusto: es la guerra, que siempre está en primer plano, devoradora de vidas y sueños. La guerra sucia, fea y heroica que, por heroica, se le puede —y se le debe— contar a un niño: «...a mi hijo Alfredo», para que aprenda a ser hombre.

Cuerpo a tierra es una novela extensa: trescientas noventa y cinco páginas, y me ha parecido muy corta.

Creo que este es el mejor elogio que puedo hacer de ella.



la pantalla

« TIERRA DE TODOS »

PELICULA dirigida por Antonio Isasi Isasmendi, ideada por Font Espina y Jorge Felín, y actuada en principales actores por Manuel Gallardo, Fernando Cebrían, y las actrices Amparo Baró y Montserrat Juliá. (Advertimos: que esta « Tierra de todos » nada tiene que ver con « La Tierra de todos » de Vicente Blasco Ibáñez).

El franquismo, que a veinticinco años vista aún se considera triunfante, tiene necesidad de ir integrándose, no al « mundo libre », sino al mundo civilizado. Su victoria de 1939 fue brutal e inmerecida, procurada por mahometanos de Marruecos, paganos de Hitler y de Mussolini, católicos de Irlanda y de Polonia, y españoles acarlizados. Todo este amontonamiento bárbaro-fascista, concretando la más perfecta anti-España que jamás se haya visto, se opuso en avalancha indetenible a los deseos de progreso y bienestar del pueblo español, disgustado con la República por bien diferentes motivos que integristas, monárquicos, eclesiásticos, falangistas, banqueros, crupiers, charreteros y demás lastre haragán y pendero que impide la resurrección vital de la población española.

Con el triunfo previsto del Führer, el franquismo hubiese proseguido su carrera de cinismo « triunfal » iniciado a raíz de su « alto el fuego » del 1º de abril del 39. Ocurrido el desastre imprevisible del nazismo en plena primavera del 1945, la campaña de proclamações « nacionalsindicalistas » ya fue de más difícil aguante. Ante la majestad renacida de la Mariana, de John Bull y del Tío Sam, había que reducir gestos, acallar gritos y arriar banderas. En adelante, sólo la benevolencia interesada de los Aliados permitiría al régimen franquista una supervivencia condicionada a intereses extranjeros. De donde las rectificaciones introducidas en el programa fascista de Burgos.

Varias de estas « transigencias » nada piadosas y cara a la galería han sido cansinamente voceadas desde los ministerios respectivos y trasladadas a la prensa dependiente, a la novela con censura eclesiástica y al cine subvencionado. Con fingido neutralismo los escritores y los cineastas obedientes se lanzaron a la producción de obras y rollos compasivos d-l « español equivocado », pero español al fin, y así tenemos en « Tierra de todos », por ejemplo, a un pobre diablo « rojo » haciendo prisionero a un « nacional » gravemente herido, al que el pequeño Belcebú espera arrastrar a su campo encarnado una vez el río próximo decrecido. El « rojillo » es valiente, sincero, fanático, capaz de matar por su idea. El « nacionalito » es heroico, inteligente, estoico, superior, compasivo de los errores ajenos y siempre dispuesto a invocar a la Virgen y a besar angelitos alados, rubios y sonrosados. Dos entes opuestos que, pese al detalle, terminan por simpatizar y abrazarse porque... son españoles.

Igual lo eran el millón de muertos en combates y bombardeos y los cuatrocientos mil fusilados de

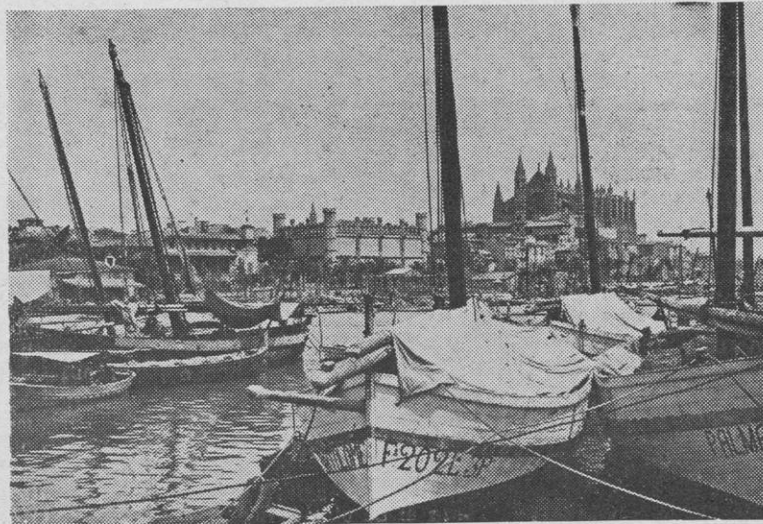
la postguerra, y ya no hay dios ni propaganda lacrimoso-franquista que los redima de la muerte.

En « Tierra de todos », y en otros intentos de « concordia » similares, el cocodrilo menea la cola. Por ello ese cine fenece a poco de haber nacido.

BAHIA DE PALMA. Producción de Juan Bosch, argumento de Manuel Vela Jiménez y Luis Colina, trabajada por Elke Sommer, Arturo Fernández, Teresa del Río, Cassen, etc.

Este film, pretextado en un argumento de tira y aflojo amoroso, no consigue esconder el encargo servido por la Atracción de Rostros de Palma de Mallorca a la casa productora. El discurrir de los personajes es ilógico, pero el realce de la pieza lo consigue Elke con sus poderosas formas culturales. No faltan tampoco unos retazos, o retozos, de Chopín. Para ser objetivos, Bosch, Vela y Colina podían prescindir de suspiros y leves comicidades — Teresa, Cassen — para emplearse en un paseo completo por la Bahía y extensiones, por las calles románticas de Palma (si romanticismo queda en la isla después de los cementerios bajo la luna), con anotación de detalles azules, agrestes, humanos y hoteleros. La crítica del mundo estival también podía hacerse, modosa como se ha hecho. No sea caso de que el turismo, por unas maliciosas sactas se alejara, ocurrencia que dejaría sin « palma » a Mallorca.

Las vistas localizadas, más las panorámicas, excelentes. Palma y su bahía tienen tema y gracia propia, y está demostrado que el comercio y el fisco saben aprovecharse de ello. — C., Barcelona.



PALMA DE MALLORCA.—Vista desde el puerto.

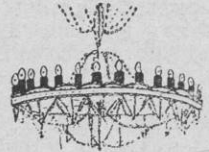
la escena

Madrid. — « De profesión : sospechosa »

ES un juguete cómico de Alfonso Paso que la Compañía Ismael Merlo ha estrenado en el Infanta Beatriz con escasa fortuna. La « profesión » es menos sospechosa que el declive humorístico del esforzado autor. Esta comedia es una astracana sin más provenir que la risa de un día.

El género monologista parece haber renacido. Al autor Horacio Ruiz de la Fuente le atrae el sistema no obstante ser difícil llevarlo a buen fin conservando el auge creciente hasta el desenlace. Ruiz de la Fuente tiene fibra dramática cual en producciones anteriores — « La novia », « La muñeca muerta », « Bandera negra » — ha demostrado. Pero el monólogo, fácil de desarrollar en lo grotesco, es duro de cumplir satisfactoriamente en el drama. Lo decimos por « La muerte da un paso atrás » estrenado por de la Fuente en el Gayarre de Pamplona. Heroína — en verdad — de esta pieza a personaje único, lo ha sido la buenísima actriz Mary Carrillo, y suerte de que así haya ocurrido. El monólogo, con el inevitable recurso de los diálogos simulados, carga sobre los hombros del actor, o actriz, todo el peso de una trama, de un mundo atribulado que se explica en ingeniosidades, arrogancias y sufrimientos. Para una sola persona es mucho; y si el autor divaga para alargarse, peor para el actuante, que ha de corregir al autor con sus dotes y recursos personales. Obligar a la Muerte a que retroceda, aunque sólo sea un paso, es un proyecto ambicioso; en cuyo punto el inventor de la hazaña ha de pensarlo cien veces antes de poner a prueba al actor previsto. Mary Carrillo merece plácemes del público, y de Horacio Ruiz de la Fuente con mayor motivo.

Fernando Angel Lozano, autor novel, ha estrenado una comedia en el Recoletos mediante la formación Guadalupe Muñoz-Riquelme. Se titula « Los primeros calores », y la recepción que el público le ha dado ha sido buena. Ha subra-



yado con risas varios pasajes. El argumento es banal dentro de su fondo de tristeza: la viuda que se estima incasable y trata de envenenarse sin conseguirlo. En suma, que es lícito presenciar con humor las minucias de la vida.

BARCELONA. Se ha visto « Romeo y Julieta » de Shakespeare en el Teatro Romea, en traducción catalana firmada José María de Sagarra. El argumento no es una novedad — ni que lo diga —. Pero lo es que « Romeo y Julieta » escapen por una vez a la ópera para reintegrarse al verso y precisamente en idioma catalán para solidificar regionalmente la sede reconquistada que es el venerable Romea. Por lo demás, la celebrada pieza del trágico inglés ahí está recordando a Sagarra en espera de que un nuevo autor aparezca.

Una aportación original la tenemos en la comedia « Nord enllà » de Ricardo Salvat, puesta en escena en el Teatro Calderón por el « Pequeño Teatro de la Ciudad de Barcelona ». Ese « norte adelante » nos sitúa en el corazón de Alemania, ocurrido ya el desastre de 1945. Por su forma de escribir Salvat es más comentarista que dialoguista, esperándose de él que en comedias sucesivas mejore su estro teatral. Aunque, por decirlo todo, esto salvatino que se ha visto en el Calderón no significa afirmación, sino camino de autor. La agrupación « Pequeño Teatro » no es ambiciosa, promueve el ensayo, abre perspectivas, estimula a los autores noveles. Falta de escenario propio aprovecha pausas en los ajenos, cual ha ocurrido ahora en el Calderón, aposento actual de la farándula Conchita Montes-Fernando Fernán Gómez.

El tema que Salvat presenta se presta a serias especulaciones en pro de la paz. Lamentablemente, el autor se pierde en divagaciones sin enfoque de la verdad antieguerrista, dejando la obra en los lindes de la esterilidad.

Los actores Adrián Gual, Ernesto Serrahima, Miguel Viadé, y en particular Teresa Cunillé, cuidadosos del desarrollo de la obra. El público, contento de que se le dé cuerda al teatro vernáculo, pero aguardando siempre la obra que quede. — C., Barcelona.



«Nacionalismo y Cultura»

A L reanudar las actividades editoriales el extinto semanario « Solidaridad Obrera », escogió, entre otros títulos de primordial interés, éste de « Nacionalismo y cultura » cuyo autor goza del más alto prestigio entre los investigadores sociales de la época actual. Esta obra, ya editada en España y, después de la guerra en Argentina, ha merecido los elogios más laudatorios, algunos de los cuales citaremos más adelante. Veamos primeramente la amplitud y profundidad de los temas que desarrolla, a saber :

La insuficiencia de todas las interpretaciones históricas — Religión y política — La lucha entre la Iglesia y el Estado — El poder contra la cultura — La aparición del Estado nacional — La Reforma y el nuevo Estado — El absolutismo político como obstáculo para el desarrollo económico — Las doctrinas del contrato social — Las ideas liberales en Europa y en América — Liberalismo y democracia — La filosofía alemana y el Estado — La democracia y el Estado nacional — Romanticismo y nacionalismo — El socialismo y el Estado. El nacionalismo como religión política — La Nación como comunidad moral de hábitos y de intereses — La Nación como comunidad lingüística — La Nación a la luz de las modernas teorías raciales — La unidad política y la evolución de la cultura — La centralización romana y su influencia en la formación de Europa — la unidad nacional y la decadencia de la cultura — La ilusión de los conceptos de cultura nacional — El Estado nacional y el desarrollo del pensamiento científico y filosófico — Arquitectura y espíritu nacional — Problemas sociales de nuestro tiempo.

He aquí la opinión de Einstein : « La obra de Rocker es extraordinariamente instructiva y testimonio una rara originalidad de espíritu. Considero el libro de gran importancia y lleno de enseñanza. »

A su vez, Bertrand Russell ha dicho :

« La obra de Rocker es una contribución importante a la filosofía política, tanto por sus profundos y vastos análisis de muchos autores famosos cuanto por su brillante crítica a la idolatría del Estado, a la superstición más difundida y funesta de nuestro tiempo. »

Y, en fin, Thomas Mann manifestó :

« Será un buen guía para todo quien se ocupe de los problemas de nuestro tiempo y tenga ansia de esclarecimientos. »

Un volumen de 532 páginas, formato 16 x 24, 14,00 francos.

LIBROS ★ LIBROS ★ LIBROS

SOCIOLOGIA
HISTORIA
LITERATURA
CIENCIAS



PEDAGOGIA
NARRACIONES
BIOGRAFIAS
POESIA

Adquirirlos en UMBRAL, 24, rue Ste-Marthe, Paris (X), es ayudarlo

Servicio de librería

MIGUEL DE UNAMUNO: «ENSAYOS». DOS TOMOS. Prólogo y notas de Bernardo G. de Candamo. Precio, 52,50 francos.

El Tomo I contiene:

Prólogo. — En torno al casticismo. — La enseñanza del latín en España. — La regeneración del teatro español — El Caballero de la Triste Figura. — Acerca de la reforma de la ortografía castellana. — La vida es sueño. — ¡Adentro! — La ideocracia. — La fe. — La dignidad humana. — La crisis del patriotismo. — La juventud « intelectual » española. — Civilización y cultura. — La reforma del castellano. — Sobre la lengua española. — La educación. — Maese Pedro. — Ciudad y Campo. — La cuestión del vasco. — Contra el purismo. — Viejos y jóvenes. — El individualismo español. — Sobre el fulanismo. — Religión y Patria. — La selección de los Fulánez. — La locura del doctor Montarco. — Intelectualidad y espiritualidad. — Almas jóvenes. — Sobre la filosofía española. — ¡Plenitud de plenitudes y todo plenitud! — El perfecto pescador de caña. — A lo que salga. — Sobre la soberbia. — Los naturales y los espirituales. — Sobre la lectura y la interpretación del « Quijote ». — ¡Ramplonería! — Soledad. — Sobre la erudición y la crítica. — Poesía y oratoria. — La crisis actual del patriotismo español. — Sobre el rango y el mérito. — La Patria y el Ejército. — ¿Qué es la verdad? — Más sobre la crisis del patriotismo. — El secreto de la vida. — Sobre la consecuencia, la sinceridad. — Algunas consideraciones sobre la literatura hispanoamericana. — Sobre la europeización. — Sobre la tumba de Costa. — La agonía del cristianismo.

El tomo II contiene:

Introducción : Unamuno en sus cartas (Antología epistolar comentada). — Vida de Don Quijote y Sancho.

Otros ensayos breves : Mi religión. — Verdad y vida. — De la correspondencia de un luchador. — El Cristo español. — El resorte moral. — La envidia hispánica. — Ibsen y Kierkegaard. — Los escri-

tores y el pueblo. — Política y cultura. — La civilización es cismo. — Glosas a la vida. — Fres generaciones. — Sobre la lujuria. — Sobre la pornografía. — Sobre Don Juan Tenorio. — A un literato joven. — El canto de las aguas eternas. — El pórtico del Templo. — Bergauza y Zapirón. — Naturalidad del enfasis. — Cientificismo. — Escepticismo fanático. — Materialismo popular. — Soliloquios y conversaciones. — Del sentimiento trágico de la vida. — Contra esto y aquello : Algo sobre la crítica. — Leyendo a Flaubert. — La Grecia de Carrillo. — José Asunción Silva. — La imaginación en Cochabamba. — « De cepa criolla ». — Educación por la Historia. Sobre la argentinidad. Un filósofo del sentido común. — La vertical de Le Dantec. — El Rousseau de Lemaitre. — Rousseau, Voltaire y Nietzsche. — « Isabel o el puñal de plata ». — La ciudad y la patria. — « La epopeya de Artigas ». — Taine, caricaturista. — A propósito de José Carducci. — Sobre el ajedrez. — Arte y cosmopolitismo. — Sobre la carta de un maestro. — Historia y novela. — Literatura y literatos. — Prosa aceitada. Notas.

(No se venden por separado).

**

COLECCION CRISOL

Formato de bolsillo. Unas 600 páginas. Lujosa encuadernación en piel. Papel biblia opaco. Precio de cada volumen 5 50 francos.

Adams : « ¿ Quién asesinó a Ankarest ? »

Alvarez Quintero : « El genio alegre », « Pueblá de las mujeres », « Amores y amoríos ».

Anderson, Sh. : « Winesburgo », « Ohio ».

André Maurois : « Disraeli ».

— « Lord Byron ».

— « Turgueniev », « El pesador de almas ».

Andrés Alvarez, V. : « Tarari », « Pim-pam-pum », « Sentimental dancing ».

Giros y pedidos a Roque Llop, 24, rue Sainte Marthe, Paris (X) CCP 13507-56.

«La revolución desconocida»

E L segundo de los libros de la colección « S. O. » fue « La revolución desconocida », del escritor ruso Volin. Toda revolución es, en sus raíces, una gran gran desconocida, aunque sea estudiada de cerca por autores de diversas tendencias y en diferentes épocas. Pasan los siglos y, de vez en cuando, otros hombres escudriñan los vestigios de antiguas y grandes agitaciones para descubrir hechos y documentos que no vieron la luz. Tales descubrimientos modifican los conocimientos e ideas que suponíamos definitivos. ¡Cuántas obras sobre la Revolución francesa de 1789 existían ya cuando Kropotkin y Jaurès descubrieron en sus escombros elementos hasta entonces ignorados que esclarecieron aquella época ! El mismo Jaurès convino en que los inmensos archivos de la gran revolución apenas habían sido investigados.

En general, todavía no se sabe estudiar una revolución, como tampoco se sabe escribir la historia de un pueblo. Además, aun autores experimentados y concienzudos cometen errores y negligencias que impiden la justa comprensión de los acontecimientos. Se realiza un esfuerzo para investigar a fondo y exponer detalladamente los hechos y los fenómenos sorprendentes que se han desarrollado a plena luz, en la ruidosa manifestación revolucionaria, pero se desprecian o ignoran los sucesos ocurridos en el silencio, en lo profundo de la revolución, fuera de la batahola. A veces se alude a ellos ligeramente con testimonios vagos que son interpretados casi siempre con error o interés. Y son precisamente estos hechos ocultos los realmente importantes para descubrir el verdadero sentido de su historia y de su época.

La Revolución rusa es tema que no deja de apasionar todavía. Por esa misma pasión que despierta en pro y en contra, escasean los libros intachables de parcialidad. Volin no es un espectador alejado de los hechos; es un protagonista del drama que sepultó al zarismo, que vivió y luchó por la Revolución y que abandonó Rusia cuando la vio traicionada. Sin embargo, su juicio sereno y justo revela en su libro una verdad que no es afirmación enfática, sino recopilación de datos y referencias de documentos imposibles de desmentir.

Un volumen de 443 páginas, formato 16 x 24, 14,00 francos.

(Lo anunciado es la versión castellana, pero igualmente podemos servir «La revolución desconocida» en francés.)

En torno a la novela hispanoamericana

La novela actual en Hispanoamérica, a más de referirse a las situaciones conflictivas del hombre, es el testimonio de una época a través de cuya interpretación se puede descubrir la realidad de cualquier pueblo poco apreciado a través de otros canales del conocimiento social.

Cuando las letras americanas quisieron deslindar su orientación de la influencia estética europea para adquirir expresión propia, alentaron el cultivo del tema vernáculo. El indio constituyó desde entonces, un elemento para la creación lugareña. El costumbrismo y el colorido del folklore fueron los recursos literarios para que la novela conquistara autenticidad continental. Pero, la vivencia indígena fue deformada por el gusto al romanticismo predominante en la época, hasta que la exigencia de un tratamiento más profundo y veraz del problema indígena, impuso el acento realista con algunas meditaciones sociológicas.

El realismo en su ejecución de forma y en su contenido trascendente, es una interpretación más completa del indio, aunque prepara la erupción de las pasiones en lucha. Hay una tendencia ideológica para repartir la acción; existe un movimiento estudiado de los personajes



para justificar la posición política del autor. La novela ya no puede prescindir de ciertos toques polémicos, de tal modo que si es rotunda y sincera en cambio pierde la sustancia de una auténtica humanidad.

Pero, en uno o en otro caso, sea que trate al indio como figura romántica iluminada con los recursos del folklore o que lo capte como personaje central de una denuncia contra el régimen injusto que lo deprime, lo cierto es que no puede presentar al aborigen del Nuevo Mundo, particularmente al andino, aislado de otros tipos sociales.

Para que resalten con nítidos caracteres su miseria y su angustia, debe ir aparejado a otros elementos que conviven con él dentro de la misma órbita. En el contraste y en la antinomia de las clases sociales reside la nueva temática de la narración del indio.

En la trama de « Borrasca en el Valle », compuesta por la presencia del blanco criollo, del indígena y del mestizo, su autor, Humberto de Guzmán se identifica con penetración sincera con los matices espirituales de cada uno de estos estamentos, para mostrarnos su dimensión y su calidad sin las proporciones desmesuradas con que otros escritores desfiguraron a sus personajes por odio a una clase social o por apego a los intereses de otra, desvirtuando el correr de la vida que, aunque tuviera contradicciones, obedece a una lógica interna.

Sobre el protagonista del escritor Guzmán Arce, trazado con los mejores perfiles de la narración, la novela adquiere ejecutoria dramática cuando refleja el conflicto entre los blancos de la ciudad, el mestizaje de las aldeas y el indígena campesino de una comarca de Bolivia.

La temática de la novela responde a la condición humana de los personajes que no pierden la congruencia de sus actitudes en relación con su temperamento y su ambiente. La desenvoltura de cada uno de ellos da lugar a una trama perfectamente verosímil, porque los caracteres personales guardan su debida proporción, sin aquellas exageraciones pasionales que quitan realidad a la obra.

Hay algo peor que el vicio, a saber: el orgullo de la virtud.—SAN AGUSTIN.

★

Nunca te tomes demasiado en serio a ti mismo.—MACLAY.

★

Querer lo que se debe y hacer lo que se pueda.—A. PIDAL.

por María Teresa Solares

Pero, detrás de cada individuo novelesco hay una constante social que dimana del pueblo mismo, que también se mueve con energía plástica, demostrando que la novela americana no puede contener profundidades psicológicas individuales, sino acciones colectivas, como en el caso de Bolivia, cuyas transformaciones en el medio rural presentan el panorama de las convulsiones que agita actualmente a la América Latina.

Sin embargo se dirá que en cuanto a la forma y arreglo de lenguaje de estas obras de sabor nativo, hay tanta nota de folklore, tanto manejo de giros lugareños, que esta literatura está apartada del sentido universal. Pero, como comentario elogioso a la obra que señalamos, podemos afirmar que « Borrasca en el Valle » es de ejecución castiza y tiene asomos de lirismo en las imágenes que limitan el paisaje boliviano, para que cualquier lector pueda comprender el espíritu que anima a los enigmáticos pobladores de los Andes.

SIEMPRE

Siendo un punto perdido en el destierro me siento el mismo ser, cual antes era : aliento de ideal, firmeza, hierro fundido en el crisol de la quimera; dispuesto a vadear aviesos ríos, a resistir viril la malasaña, a no volver allá, señores míos, sino para escupir a vuestra España.

Ya sé, los horizontes son cerrados; el pan muy discutido; aguante o fuga; papeles cada día caducados que ponen en la faz la nueva arruga y añaden un dolor al dolor viejo a quienes como yo luchan y esperan, a quienes como yo : que no me quejo porque soy, vedlo bien, quien antes era.

Dejé en las alambradas mis harapos, reducí pegando hachazos mi salud, pisé en terreno llano inmundos sapos y me observo aún ser brizna en el alud ¡y acuso con desdén el golpe adverso pues nunca lo ruin me desespera, y así lo voy diciendo en prosa o verso: señores, sigo siendo lo que era!

PUIG D'AGUILERA

Bram, -1942.



INTIMACION

«Abre, em nome da lei. »
¿En nombre de qué ley?
¿Acaso ley sin nombre?
¿En nombre de qué nombre se me impone, no sé si en vigilia o en sueños?

¿En nombre de qué rey la puerta es sacudida porque entre un alguacil, que en la diestra un papel siniestramente blanco trae, y al hombro el fusil? Abre, en nombre de un tilde.

Abre, en nombre de abrir, en nombre de poderes cuyo vago seudónimo no hay por qué discutir : cifra oblicua en la bula o pliegue en la cogulla de inexistente frey.

¿En nombre de la ley! Abre, sin nombre o ley. Abre, incluso sin rey. Abre, solo o en grey. No, no abras; a puro intimarte, repara que ya te destripé.

Carlos DRUMOND DE ANDRADE
Minas Gerais.





UMBRAL

Paris, Marzo 1963

★ REVISTA MENSUAL DE ARTE, LETRAS Y ESTUDIOS SOCIALES ★

Precio: 0,80 frs. — N.º 15

¿PRIMAVERA?

DURO de atravesar el túnel del invierno. No bien salidos del mismo, y los zapatos aún despegan hielo. Calmadas las nieves, ya el sol se atreve a mostrar su queso, que no su disco dorado. El cierzo asoma su roja nariz en lontananza, no convencido en la huida. Si plana de nuevo sobre nuestros tejados, es capaz de estornudar gripes.

Las Tuilleries estuvieron hermosas con su sábana de nieves ocultando parterres, que semejaban dorsos de elefantes armados para una eventual llamada del circo. ¿Los poetas? No estaban. Pero estuvo, dominador, el silencio. El hada invernal se dejó poseer por el mismo, libre — la pareja — de la amonestación del guarda paseos, también ausente.

Las golondrinas, menos golosas de París que las personas necias, no se dan prisa en surcar estos espacios, de los que no se han desprendido todos los cuchillos — finísimos — de hielo. Ellas acudirán, no hay duda; pero con la exigencia de que el gris parisién no les arrebathe el azul eléctrico de sus maravillosas alas.

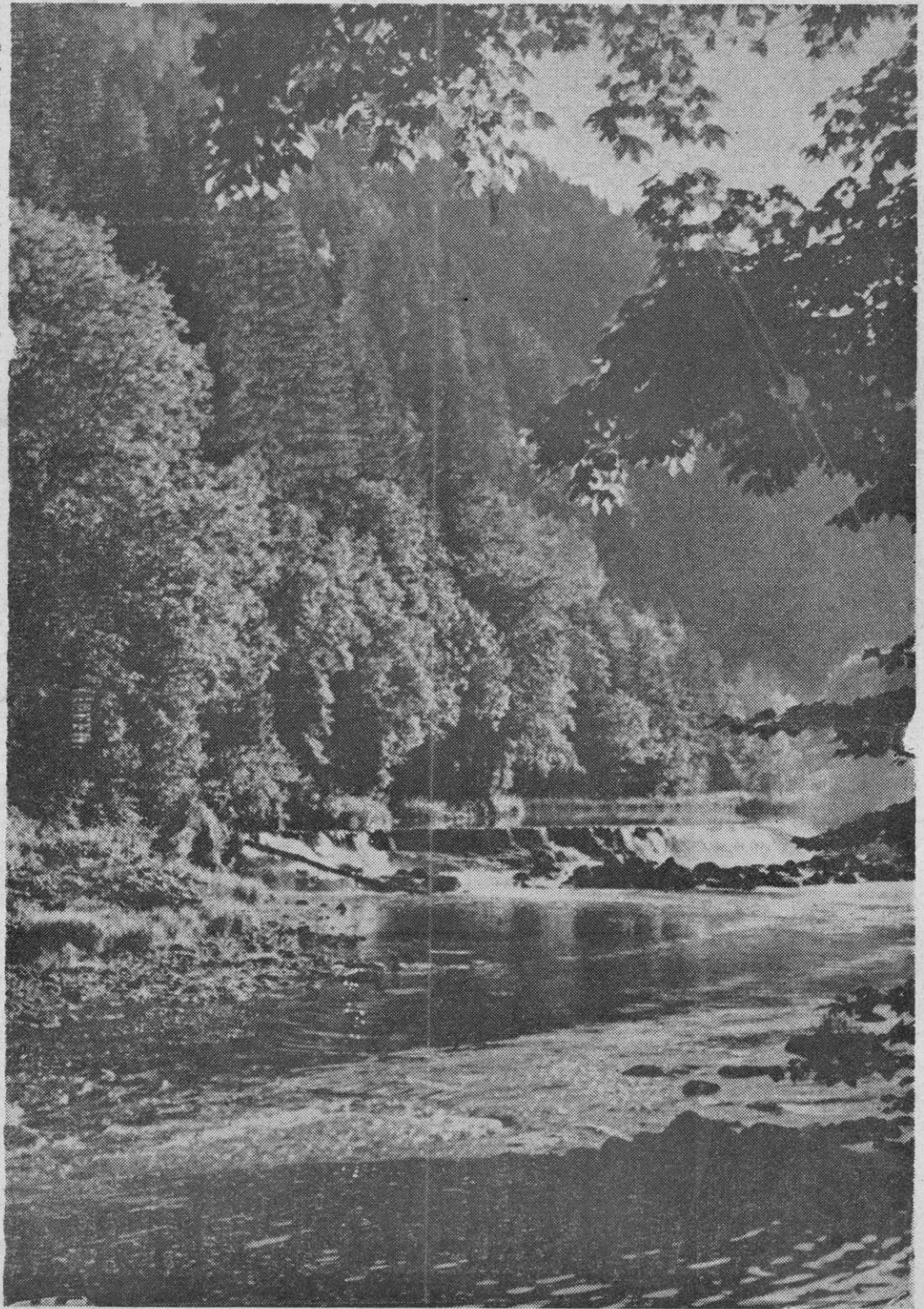
El hombre de montaña tampoco se apresura en girarnos visita. Teme resbalar sobre el asfalto y ver al « clochard » calentarse con vino tinto sobre banco boulevardero. El montañés no pierde el equilibrio en sus alturas. Son los señoritos de ciudad quienes acuden a las mismas para esquiar sobre el abismo. El se lo pasa en el hogar, tan tosco como comfortable, con leña y comida abundantes, caracol recogido en su concha. Se desperezará cuando lo haga el tiempo. Luego inspeccionará sus prados, barranca abajo, siguiendo las rumorosas oscilaciones del torrente.

La evocación de Natura envuelta en fríos, no es tan desoladora como un paisaje urbano con nieves apisonadas, opacas, vidriosas para un término de viaje en camilla. El hogar ciudadano está en el cabaret, en el hospital, en las proximidades de la « Morgue », si no en ella misma. ¿Cuántos miserables en estos cuatro gélidos meses han extinguido la llama de su existencia por falta de pan, lumbre y lecho comfortable? Nadie lo sabe ni precisa saberlo. La vida moderna no repara en historias en desuso.

Por fortuna, todo renace. Se barrunta irregularidad meteórica, pero el sol se aplica a agujerear las nubes, y es capaz de salirse con la suya.

¿A ver si esta vez será verdad la primavera?

J. Coll de Gussem



4p 6755

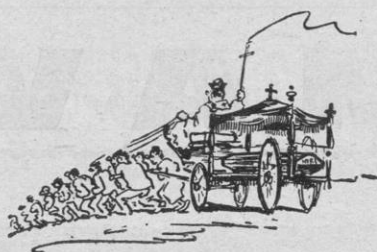
En la muerte de
Gómez de la Serna

Autopsia y funeral

por
José Bergamín

EN una clínica de enfermos mentales — casa de reposo o tratamiento para los que antiguamente se llamaban locos, sin diferenciaciones psicopáticas que los definiesen y diagnosticasen — sita en las afueras de Madrid, murió hace pocos días un joven poeta de Colombia, querido amigo nuestro. Y murió suicidado. Quiero decir, que tengo mis dudas sobre la voluntariedad de su muerte por suicidio. Extraña, desde luego, tratándose de un supuesto enfermo mental, expresamente recluido en aquella clínica por temor de sus familiares a que se suicidase. Por eso digo que murió suicidado. Murió, y a consecuencia de su muerte, se le hizo la autopsia « legal » que correspondía; y en el mismo sanatorio o clínica, al cuidado — o descuido, tal vez, en este caso — de los hermanos de una orden religiosa, le hicieron también sus funerales inmediatos: capilla ardiente y en seguida conducción al cementerio — vieja sacramental madrileña — donde se le dio sepultura sagrada. Al hondo dolor y pesadumbre que me ha causado la muerte de este querido amigo, auténtico poeta juvenil, se añadía otra inquietud interrogante: la de las verdaderas causas de su muerte, al parecer, suicida.

Y estando en estas amargas reflexiones mías, me llegó la noticia de la muerte de un grande y querido escritor: Ramón Gómez de la Serna, al que cupo morir en Buenos Aires después de larga, agónica enfermedad. No sé por qué al leer ahora, en periódicos madrileños, extensos y ampulosos ditirambos « oficiales » por el escritor muerto, pienso — siento, diré mejor — que estas pomposas manifestaciones fúnebres tienen más que de funeral, de autopsia. Y más, ahora, tratándose de un querido y admirado escritor, cuya larga estancia en Buenos Aires, donde ha muerto al fin, tendría aparentemente mucho de lento suicidio largo; de agonizante « automoribundia » personalísima; de muerte « lejana y sola », en tan voluntario como involuntario destierro. Murió el gran escritor, gran hablador, incomparable humorista y, en definitiva, verdadero poeta que fue Ramón Gómez de la Serna; al que ahora, recién muerto, no osamos llamar solamente **Ramón**, como él se hizo llamar en vida, encerrándose imaginativamente en esa rotunda afirmación de su nombre, que le defendía, con su círculo mágico, de la realidad: de toda viva realidad. Diríase que Ramón Gómez de la Serna, con su enorme — sin medida, incommensurable — talento imaginativo de escritor, inventó su rotundísimo « ramonismo » como una armadura que le protegiese en su fundamental miedo de todo. Porque tenía miedo de todo y a todo, el gran Ramón. Como si se arraigasen en él, en « los reñones » o redes entrañables de su alma, milenarios terrores pánicos. Huyó una vez de Madrid, para refugiarse en Portugal (y en Estoril precisamente ¡curiosa profesión!), sólo por miedo a los microbios de ciertas gripes, entonces llamadas españolas. Sus miedos sucesivos, que conocíamos todos, culminaron en el más tremendo — y justificado — a la guerra civil, que le arrancó de Madrid y de España



para siempre. Y si volvió a ella, una sola vez, lo hizo con tantas y tales miedosas precauciones personales, que su propia defensa, particularísima, se le volvió ofensa personal para muchos; para casi todos los españoles lectores suyos; para sus familiares y amigos. De tal modo exageró su innecesaria sublimación y exaltación de lo político, que sobrepasó las esperanzas, los designios, de la misma empresa que lo trajo para que se afirmase en su libertad de escritor y de español independiente. Y tuvo que volverse a ir.

Ahora, decimos, estas exequias fúnebres, que le dedican al escritor, muerto en Buenos Aires, los periódicos madrileños, parecen una autopsia. Como si fingieran legalizarlo para una eternidad gloriosa, autenticando su vuelta, o voltejeta, mortal, e inmortal, de « hijo pródigo » y definitivamente sumiso a la autoridad de la casa paterna. Pronto veremos ese macabro regreso solemne de sus restos mortales, que tal vez desfilen por Madrid en procesión municipal, y espesa de fantoches siniestros, como vieron los madrileños, hace años aquel otro cortejo alucinante del poeta andaluz Juan Ramón Jiménez y de su esposa, muertos, porque jamás, en vida, consintieron volver a España. Y no sé si también fue recibido de parecido modo, solemnísimamente municipal, el embalsamado y diseccionado (me dijeron que sacrilegamente pin-

tarrajeado) cuerpo muerto de Manuel de Falla: otro significativo desterrado español que no guiso volver vivo a España. Al menos, a Juan Ramón Jiménez y a Manuel de Falla, no hubo necesidad de esta exarcebada disección fúnebre, que digo me parece una autopsia, o no estuvo tan expresamente vinculada al hecho de su muerte, como si fuese necesaria para legalizar su traspaso. El poeta y el músico no traicionaron jamás con su conducta las hondas razones de su corazón que determinaron su voluntario destierro, su alejamiento de España para siempre. Pudieron — y tal vez debieron — haber vuelto, pensamos. Pero mejor que no volvieran, si, como Ramón Gómez de la Serna, hubiese sido para volverse a ir. Ramón, huyendo siempre de sus miedos. ¿Miedo a la vida y a la verdad? La pirueta de su greguería fantaseadora era como la humareda de su pipa, que le separaba de todo, poniendo entre la realidad y sus ojos — como él mismo de dijo muchas veces, aconsejándome que fumase — una irrealidad o nebulosa transparencia enmascaradora de esa realidad que tanto le asustaba.

En las páginas de su « Automoribundia » borró expresamente Ramón Gómez de la Serna muchas huellas de sus propios pasos juveniles; por miedo, como siempre, a sus miedos. También en algunas reediciones de sus mejores libros escamoteó el escritor todo aquello que recordase sus juveniles rebeldías. Esperemos que el tiempo también borre y escamotee, en todo o en parte, las huellas de otros pasos suyos asustadizos que le iban acercando a la muerte. A estos últimos, y peores pasos de su vida, de su « automoribundia » o « muerte perezosa y larga » — que dijo Lope —, es a lo que hoy se rinde en España, oficialmente, tras una autopsia legalizadora, tras pomposo y esperpéntico funeral.

Enero. 1963.

Opinión de Felipe Alaiz

NO comprende la obra de Cervantes quien separe al hidalgo del escudero. Los dos son integrantes de un todo, fragmentos en perpetuo choque, no coincidentes ni ante la muerte. En la intermediación de la agonía del hidalgo, el moribundo se hace cuerdo y Sancho apetece nueva salida en pos de aventuras. Y todavía no es dable sospechar que muerto el hidalgo, creará Sancho alguna vez en sueños o en semi-sueño que los molinos eran gigantes. El semi-sueño es parte eminente de la psicología de los presentimientos.

La oposición del sueño a la realidad es un mensaje clásico. Dichoso el que puede dar a la pelea íntima gustosos armisticios de reposo. No para domar el positivismo de Sancho ni la imaginación del caballero, sino para asimilarse en parte razonable aquel grano de exaltación, aquel estremecimiento sin virulencia que

preconizaba el gran Erasmo de Rotterdam como vitalista de las mejores empresas humanas. Y por cierto que Cervantes debió conocer el libro inmortal de Erasmo, « Elogio de la locura », para modelar su andante caballero manchego, pues cuando murió Erasmo a los 69 años, en 1536, tardó Cervantes 11 años en nacer.

**

El filósofo Ortega y Gasset establece así la diferencia entre el tonto y el perspicaz: « El perspicaz se sorprende siempre a sí mismo a dos dedos de ser tonto, de caer en alguna tontería. Por ello hace un esfuerzo continuado para escapar, para librarse de la inminente tontería. En este esfuerzo consiste la inteligencia. El tonto, en cambio, no se sospecha a sí mismo, no se cree tonto, se supone discretísimo, y de ahí la ensimismada tranquilidad con que

Al déspota no le gustan las coplas

ROMA. — A partir de este año el premio literario « Formentor » cambiará de sede. No la tendrá más en la isleta balear ni ningún otro punto del territorio español, sino en cualquier otra parte, en alguna localidad europea, aún no precisada. Así lo ha decidido el jurado del premio, desde el momento en que se ha sabido que uno de sus componentes, el editor Giulio Einaudi, no podrá entrar en España. La prohibición al editor turinés de entrar en España la dio a conocer hace unas semanas el Ministerio de Información de Madrid, considerándolo elemento no grato y enemigo de la nación, como también de Dios y de la fe católica. Pocos días después, el 8 de enero, el diario de la Falange publicó un editorial en el que Einaudi es descrito como una especie de emisario de Moscú, y la industria editorial de Italia en general, como un nido de subversivos. Para Giulio Einaudi y para los funcionarios de su casa editorial, España, de ahora en adelante, será una tierra prohibida, afirma el editorial de « Arriba ». A menos que ellos retiren ciertas palabras como « hideputa » y otras expresiones pintorescas. Sólo que estas palabras no ha sido Einaudi quien las ha pronunciado, sino esa parte del pueblo español que al no poder expresar de otra manera su oposición al régimen, se ha valido de las canciones y de las coplas. Einaudi se ha limitado a recoger aquellas canciones en un volumen con el título « Cantos de la nueva resistencia española », bajo el cuidado de dos estudiosos de etnología, Sergio Liberovici y Michele Straniero, y entregado a la imprenta en mayo pasado. Se trata, en total, de un grupo de treinta canciones o coplas o baladas que tienen como tema común la situación de España bajo la dictadura franquista, y que alternan frecuentemente el tono lírico con el de la inventiva. A veces la inventiva es florida, casi alegre, otras veces roja. Por lo demás no es ésta una característica exclusiva del canto de protesta espa-

ñol. Cada uno de los países del mundo, más o menos, tiene su tradición de « Song of Protest » (canto de protesta) en los que no faltan los acentos atrevidos que hasta llegan a la irreverencia. Una antología de cantos de protesta norteamericanos publicada hace años en los Estados Unidos y parcialmente traducida en Italia con el título « Atento Mister Bilbo » es indicativa a este propósito: no se libran en ella ni senadores ni presidentes de la República, ni símbolos de la religión, ni banderas nacionales. Y lo mismo puede decirse de los cuentos italianos incluidos en el libro de De Martino « La terra del rimorso », ejemplos de un folklore religioso que ignora intencionalmente las formas oficiales de la devoción, como en el caso de esta copla sobre San Pablo en Galatia: San Pablo mío de las Tarentes — que pelizca a las muchachas por todas partes.

Pero el etnólogo no puede detenerse en estos detalles. El afronta la materia con hábito científico y recoge imparcialmente todo cuanto sirve a la finalidad de recopilación, partiendo del principio que, como señala De Martino, « en el ámbito de la investigación científica no vale el criterio de las selecciones pías, devocionales, y así por el estilo, porque si una recopilación de documentos debe ser ofrecida al público, al historiador de hoy o de mañana, éstos deben tener a su disposición el material completo ».

La costumbre editorial y el público de la mayor parte de los países occidentales, han hecho propias sin distinción estas consideraciones, tanto que ninguno ha pensado jamás en reaccionar cuando han aparecido en las librerías cantos de protesta americanos o aquellos otros italianos, u otros documentos de folklore popular. El gobierno español, en cambio, ha adoptado una actitud distinta. Y así surgió el incidente.

Los « Cantos de la Nueva Resistencia Española » hacia dos meses que habían aparecido en las librerías italianas cuan-

do el director general de Información, Carlos Robles Piquer, hizo saber a Einaudi que el gobierno de Madrid no toleraba tal iniciativa. La carta de Piquer no estaba dirigida directamente al editor, sino al secretario del premio « Formentor », Jaime Salinas: « El editor italiano señor Einaudi », decía la carta, « publica con frecuencia libros que atacan a España y las personas e instituciones del gobierno español. El último y más grave de estos ataques está contenido en un reciente libelo en que aparecen palabras blasfemas. »

Einaudi, recibida la carta de Jaime Salinas, respondía directamente al Ministerio de Información español: « No es posible que usted ignore, señor director general, que las condiciones en las que se desarrolla la labor editorial en un país democrático son tales, que un editor tiene no sólo el derecho, sino el deber de promover la publicación de libros de carácter documental cuyo fin sea dar a conocer aspectos poco conocidos de la vida de cada país. A este derecho me he acogido al aceptar la publicación de los « Cantos de la Nueva Resistencia del pueblo español », de la misma manera que voy publicando análogos libros de documentación referente a Italia u otros países sin que ésta mi actividad editorial, aunque sujeta a crítica y polémica, haya jamás inducido a algún gobierno a tomar medidas. »

En este terreno se entraba ya en la fase del ultimátum. Al responder el director general Piquer, después de haber definido el libro como « letrina » y haber calificado también « un insulto la mera suposición de que el pueblo español sea capaz de haber producido tales canciones », anunciaba que o el libro era retirado de todas las librerías y cancelado de los catálogos o el gobierno de Madrid dejaría de considerar grata la presencia de Einaudi y de sus colaboradores en territorio español.

El libro no ha sido recogido y Guido Einaudi no podrá entrar más en España, ni siquiera en ocasión del premio internacional « Formentor », que será adjudicado a últimos del próximo abril. Pero con él renunciarán a entrar en España también los otros editores europeos que han creado el premio y forman parte del jurado. En una reunión que tuvieron, en efecto, el 17 de diciembre pasado, en París, firmaron una resolución común, en la que comunicaban al Ministerio de Información español su imposibilidad de reunirse en Formentor en el caso de que las autoridades españolas no concedan una autorización en favor de todos los representantes de la casa editorial Einaudi, incluyendo a Einaudi mismo, para entrar en España libremente.

(«L'Espresso», Italia.)



sobre el «Quijote»

el tonto se instala en su propia torpeza ». Los lectores del « Quijote » pueden ser naturalmente perspicaces y no perspicaces. El no perspicaz no advierte en el libro inmortal más que lo que es mortal, es decir, lo exterior y eventual, las caídas del caballo, las arremetidas del hidalgo, lanza o mandoble en ristre, lo que podríamos llamar película y gimnasia traumática. El hondo esfuerzo de Cervantes para templar el desafortado carácter español, para equilibrar con humor tolerante y pique y repique de la exageración, neutralizando sus extremos, sus despechos, sus calidades tan pronto siniestra como apicarada, todo eso que es humano pasa inadvertido para el lector sin perspicacia, creído y recreído, sabido y resabido, completamente seguro de que no cae en tontería, de que no incurre en pecado de torpeza. Pero el perspicaz se esfuerza en reconocerse insuficientemente dotado para la total comprensión, se es-

tablece como permanente vigilante de sí mismo, facilita la asimilación del texto por pequeñas dosis, canta victoria con prudencia y derrota con seguridad. Este es el lector ideal, capaz de perfección mediante superaciones sucesivas y sagacidad sin malignidad.

Para librarse de inminente tontería, ejercita los mayores esfuerzos de comprensión y desintoxicación, lo que le hace inteligente creyéndose a dos pasos de ser tonto si se establece y se columpia con la propia tontería. Así como Larra decía que el periodista, como el buen compositor, ha de ser diestro en fugas de la facilidad y del boquiabierto concepto de sí mismo. Interrogad al lector del « Quijote ». A las pocas palabras podréis sospechar la calidad mental del lector. Las obras grandes lo ponen a prueba.

Dime lo que piensas del « Quijote » y te diré quién eres.

MUSA AMERICANA

¿Dónde?

No puedo estar
detrás de la ventana
mirando tontamente
las olas del mundo...
Qué digo,
si veo nada más
que hileras de caras
moviéndose y cayendo
según los adjetivos
aullados, repetidos,
publicados
por los grandes hombres
que el país necesita.
Yo no puedo quedarme
en algún lugar
casi tranquilo,
pues ya he pasado
la hora del engaño,
ya obtuve
mis sesenta y un minutos
y unos cuantos
sudores amargos.
Es que no hay un gancho baldío
donde colgar los ojos
para que no se infecten
con eso que ustedes saben,
con eso que va haciendo
un caminito
que los bueyes creyentes
llaman destino.

SAUL IBARGOYEN ISLAS
(Uruguayo)

Cántico

Me nutro de canciones como el ave
bajo el divino nardo de tu anhelo
y se cierran las puertas del desvelo
cuando abre el alba diamantina llave.
Late en el pecho de la humana clave
el estrellado corazón del cielo.
Impulsan leves pájaros su vuelo
en el trémulo mástil de mi nave.
En la copa azulada de alto pino
descansa de su frágil melodía
la paloma del aire matutino.
Sobre mi vara de marfil del día
y en la completa soledad del trino
la soledad de toda poesía.

ANTONIO LLANOS
(Colombiano)

Nocturno

(Fragmento de «Fausto»)

El sol ya se iba poniendo,
La claridá ahuyentaba,
Y la noche se acercaba
Su negro poncho tendiendo.
Ya las estrellas brillantes
Una por una salían,
Y los montes parecían
Batallones de gigantes.
Ya las ovejas balaban
En el corral prisioneras,
Y ya las aves caseras
Sobre el alero ganaban.
El toque de la oración
Triste los aires rompía,
Y en las sombras se movía
El crespó sauce llorón.
Ya sobre el agua estancada
De silenciosa laguna,
Al asomarse, la luna
se miraba retratada.

Y haciendo un extraño ruido
En las hojas tropezaban,
Los pájaros que volaban
A guarecerse en su nido.
Y del sereno brillando
La hoja de la higuera estaba,
Y la lechuza pasaba
De trecho en trecho chillando.

ESTANISLAO DEL CAMPO
(Argentino)

Al viento pampero

Hijo audaz de la llanura
Y guardián de nuestro cielo,
Que arrebatas en tu vuelo
Cuanto empaña su hermosura.
¡Ven y vierte tu frescura
De mi tierra en el ambiente!
¡Ven, y enérgico y valiente
Bate el polvo en mi camino,
Que hasta soy más argentino
Cuando azotas en mi frente!

RAFAEL OBLIGADO
(Argentino)

Perfección

Persigo el verso de fulgencia rara,
apenas entrevisto y ensoñado,
que tuviera, como ritmo sosegado,
la tersura lunar del agua clara.

Que como pomo límpido guardara
una esencia de sueño emocionado
y al ser sobre la página inmolado,
cual un cristal al viento se empañara.

Este verso lustral que el alma busca,
más que verso lustral, ánfora etrusca,
diáfana, airosa, repulida y bella.

Obra esmerada de exquisito orfebre,
tan digno en su pureza, que se quiebre
al sólo intento de acercarse a ella...

MIGUEL RASCH ISLA
(Colombiano)

Medio ambiente

Mi buen amigo, el noble Juan de de Dios,
[compañero
de mis alegres años de juventud, ayer
no más era un artista genial, aventurero...
Hoy vive en un poblado con hijos y mujer.

Y es hoy panzudo y calvo. Se quita ya el som-
[brero
delante de un don Sabas, de un don Lucas.
[¿Qué hacer?

La cuestión es asunto de catre y de puchero,
sin empeñar la «Singer» que ayuda a mal co-
[mer.

Quimeras moceriles—mitad sueño y locura—;
quimeras y quimeras de anhelos infinitos,
y que hoy, como las piedras tiradas en el mar,

se han ido a pique oyendo las pláticas del
[cura,
junto con la consorte, la suegra, los niñitos...
¡Qué diablo! Si estas cosas dan ganas de llo-
[rar.

LUIS CARLOS LOPEZ
(Colombiano)

Ella

Al través de los años la imagino
aún en risueñas alquerías,
cuando al atardecer, todos los días,
me aguardaba en la huerta del vecino.

Se la llevó después el torbellino
de las ciudades y sombrías,
conoció las mejores alegrías,
vistió de seda y se embriagó con vino.

Ya mi convulso labio no la nombra,
tan sólo su recuerdo entre la sombra
tiene fulgores de lejana estrella.

Acaso en amorosas languideces
la he besado luego muchas veces
y no he querido adivinar qué es ella.

DELIO SERAVILLE
(Colombiano)

La ninfa del arroyo

Ya la naciente claridad del día
los matorrales ribereños dora,
y ante el efluvio de la aurora
la oculta fuente su raudal enfria.

Pisando flores húmedas, María
llega al sereno estanque. Y sabedora
del quebradizo encanto que atesora,
tiembla y los hoscós árboles espía.

De sus hombros la túnica desata;
mas, presurosa, con la mano breve
su florecida doncellez recata.

Los tibios pies hasta la orilla atreve,
y a las ondas que el céfiro dilata
arroja al fin su castidad de nieve.

GERMAN PARDO GARCIA
(Colombiano)

Reloj

Tú, que partes y marcas con igual armonía
—motor para la estrella, del tiempo silabario—
las tajadas del cielo, los rumbos al horario,
la madurez al número en el sazón del día;

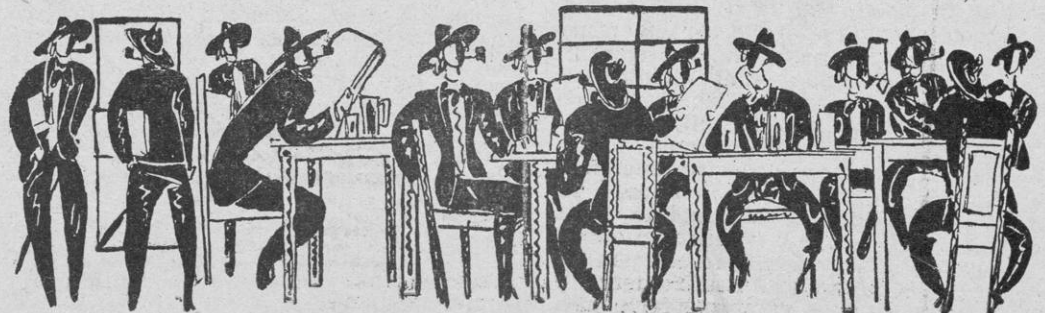
quitame de la vaga visión de tu lunario
el pretérito inútil, ¡oh, cósmico vigía!
Yo llevo de los años en el desastre diario
el color en escombros, rescoldo de tu orgía.

Orquestador de mundos, con qué tic-tac ignoto,
a lentísimos trazos iguales discriminas
cuartos de eternidad, hacia un cenit remoto.

Incuban hoy en tí futuras alboradas.
Piérdese el mundo... y tú con tu hora lo adi-
[vinas,

¡oh, noria, en la que van las vidas amarradas!

LUIS VIDALES
(Colombiano)



El mundo imaginativo de Diego Abad de Santillán

CADA viviente nace con su signo. Como conjunto celular de origen telúrico, cuando aparece en la vida para tomar participación entre los habitantes, ya trea consigo el inmenso caudal de su ancestro que ha de manifestarse luego al correr de los años. La figura, los hábitos naturales y manera de expresar los sentimientos primitivos, son de su exclusiva propiedad. El nombre y apellido, la religión y costumbres que, cuando de humanos se trata, nuestro estado de civilización y cultura le impone, es una vestimenta que le colgamos al individuo, dictatorialmente, quédele holgada o apretada, corta o larga. La educación que le impartimos — precaria siempre y de horizontes estrechos — es producto de nuestra cosecha y responde al afán de permitirle tomar algunas de las ya melladas armas a nuestro alcance para que se desenvuelva en esta enmarañada selva de problemas con que el hombre se complaca, atiborrándose de conocimientos abstractos, sin que en la inmensa mayoría de los casos encuentre soluciones prácticas.

Tratamos de hacerle cómplice de la mayoría de las aberraciones, obligándolo a participar en un medio hostil que el individuo no ha provocado. Al aparecer en la vida, contra su voluntad — que también por procedimientos reaccionarios lo plantamos aquí — nuestra pobre imaginación no alcanza a medir la responsabilidad contraída, que conspira contra los principios de la libertad personal. Y si bien es cierto que las especies se multiplican por ley de conservación, en lo que respecta al individuo social, no tenemos la certidumbre de que esté conforme con su forma ni destino. Pero ocurrido así el suceso, el hombre no hace más que repetirse en un universo que tal vez no sea el ideal para él. Sin embargo, tiene que tomar parte en este concierto de los seres vivientes, defendiéndose con todas las artes y labrarse el porvenir de su destino.

Como animal sociable, trata de buscar ubicación adecuada a las manifestaciones características que le distinguen porque no le queda otro recurso. Tiene que identificarse con sus aspiraciones y rumbo conforme con sus inclinaciones en un limitado campo de actividad. Pues en el grado actual de la civilización humana, el hombre quema sus energías en acciones muy comunes. Tal vez las generaciones futuras descubran satisfacciones distintas a las nuestras, que escapen al control de vivir por este solo hecho, de luchar por sobrevivir económicamente hablando, por explorar el terreno de las emociones en el rico submundo imaginativo, de concebir otra moral que la del bien y especular con una metafísica superior a la permanencia de la libertad.

Porque la filosofía que nos arrastra a garantizar beneficios tan comunes e innatos como son los de la igualdad, la libertad y la justicia para el ser humano, no son dádiva otorgada por gratitud, sino bienes de un derecho natural innegable a todo individuo. La sociedad nos obliga a combatir para asegurar esta riqueza, pero también para crear la fortuna que de ella se deriva, pues dentro de las penurias y contrasentidos que nos atenazan, es el mínimo que el hombre histórico ha

podido estatuir como propio e indispensable para desenvolverse.

A esta serie de bombardeos en cadena no puede huir ninguna persona conciente, concibiendo nuestro mundo territorial del modo que fuimos plantados en él, y muy especialmente Diego Abad de Santillán que, como hombre, nos sirve de figura, y contraste en esta geografía de las emociones. Es casi seguro que tampoco él esté de pleno acuerdo en ser como es. Quizás estuviera mejor ubicado en el ambiente trovadoresco de la Edad Media, entre aquellos tunantes que hoy deambulan con ropajes de leyenda y se acercan a nosotros envueltos en esa fría atmósfera del pasado. Pero este Abad no ha participado en lances ni en fiestas de castillos, ni es príncipe que arrase pastizales o campos sembrados del eburneo trigo que desde épocas ignotas sirve de alimento primitivo a los pacíficos y belicosos ejércitos que constituyeron la humanidad. Por ello que su nombre ni hazañas se glorificarán en el verso romanceado, ni se inmortalizarán en efigie de metal inalterable, que para ser depositado en pedestales de este tipo necesitase que el ejemplar haya hecho correr sangre, decapitado a los vencidos, subyugado a los enemigos. Y este Abad de Santillán, que es un hombre parecido a muchos de los que a diario tropiezan con nosotros, sólo tiene la virtud de la dignidad y llevar a espaldas la cruz ignominiosa de querer poner un bálsamo sobre las heridas de este dolor ecuménico que contrae las gargantas y cierra los sentidos de las personas sensibles.

Lo conocimos por vez primera sobre uno de los botes que, desde la Isla Maciel, transportaban pasajeros hasta uno de los improvisados desembarcaderos de la Boca. Fue, « allá lejos y hace tiempo », en ocasión de los frecuentes y ya históricos picnics que, en épocas de verano, realizaba el diario anarquista « La Protesta », una de las publicaciones más combativas y combatidas con que cuenta el acervo periodístico argentino. Es un orgullo para la prensa revolucionaria del país, que todos los hombres libres deben admirar y rendirle homenaje, porque en sus páginas se quemaron las energías de lo más granado de la « juventud que sin hachas no es juventud », del Río de la Plata y de América, como la calificó Enrique Larreta, el más potentado de los

escritores que hasta hoy haya sabido expresar en dinero las letras argentinas.

Como la embarcación era muy pequeña, disponía de asientos sólo para un reducido número de personas. Y Santillán, que tenía prisa por encontrarse en tierra firme no quiso esperar otro vehículo y era la única persona que permanecía de pie, departiendo cordialmente con los compañeros de viaje. Era entonces un joven que no contaba más que 30 años desde su nacimiento. Esquelético, con traje negro, tocado con sombrero de ala caída y de igual color — a la solemne moda europea de entonces — que, de tanto poner y quitar, habíase abierto en la parte delantera con el desgaste de los dedos. Visto nuestro hombre desde este ángulo, por paradójica comparación, nos recordamos de aquellas admirables y memorables ilustraciones que el gran Gustavo Doré hiciera para « La Divina Comedia », en ocasión del viaje que el gran infanticida y canibal, camarada Ugolino, efectuaba a su definitivo establecimiento rural del Averno. Iba acompañado del Dante, en tanto Pedro el Botero gemía empujando la embarcación para terminar pronto y proseguir arrastrando de este pecador mundo de penurias y mentiras a otros grandes héroes, necesitados de sus servicios.

Era curiosa la estampa de este hombre, que regresaba de la Alemania júnker, y que en aquellos momentos estaba experimentando las duras consecuencias de la derrota. Santillán traía de allí un cargamento de experiencias y de amarguras, muchas de las cuales se conocían a través de sus crónicas que el diario publicaba. Los viajeros preguntaban, atropelladamente, interesados por el destino de aquel aherrojado pueblo que había pagado con sangre la soberbia de sus habitantes. Como podía, Santillán trataba de explicar los alcances de aquella tragedia que traía en sus orígenes la repetición de 1870, sólo que ahora se había invertido la fortuna de las armas, pese a los cañones Bertha y a los bólidos que desde la Selva Negra vomitaban bronce sobre la capital de Francia.

Diego Abad de Santillán había ido tres años antes a Europa, en compañía del carpintero Orlando, en calidad de delegado argentino para asistir al congreso constituyente de la nueva Asociación Internacional de los Trabajadores, pues que,



Gastón Leval : Jean Galy ("Lyg")

J EAN Galy, que en la prensa libertaria firmaba sus escritos con el seudónimo «Lyg», acaba de fallecer. Justamente empezamos en este número (1) la publicación de un estudio que nos había enviado. De no haber estado enfermo, haría mucho tiempo que hubiese colaborado con nosotros.

Le conocí en 1917 en Barcelona, a donde acababa de llegar después de haber pasado catorce meses en el frente (2) que le habían terriblemente marcado. En parte fue por mi contacto que se decidió por nuestras ideas, siendo su frecuentación la que me abrió bastantes horizontes intelectuales. Ha sido el único maestro que he tenido en mi vida.

(1) «Cahiers du Socialisme Libertaire», número correspondiente al mes de octubre de 1962, del cual extraemos el presente escrito, más ilustrativo de la persona que necrológico de la misma. (N.D.L.R.)

(2) Se trata de la llamada Gran Guerra (1914-1918).

Pese a todos los hombres superiormente cultivados que más tarde he conocido, ninguno me ha dado la impresión de una tan amplia erudición como la que distinguía a Galy. Profesor de historia y de literatura, en sus 22 años, e hijo de una familia proletaria, Jean Galy ganó sucesivamente todas las bolsas para estudios, gracias a las cuales obtuvo los títulos universitarios que poseía. Ninguna disciplina intelectual le era extraña, lo que no fue obstáculo para que una profunda amistad nos uniera prontamente; en primer lugar, por el sufrimiento y una sensibilidad comunes en aquel período de miseria en que, conjuntamente, transcurrimos muchos días sin probar bocado, jugando a las damas para engañar el hambre, hablando de poesía, de historia, de astronomía, de anarquismo, durmiendo sobre los bancos de la plaza de Cataluña; en segundo lugar, por habernos sostenido y comprendido como hermanos en ese período de angustia moral, él en intelectual puro, yo en mozo albañil.

Regresado a Francia, Galy fue conde-

nado a dos años de prisión. Ya libre, jamás fue readmitido en la enseñanza pública. Este país es implacable cuando se trata de antimilitaristas, y la persona que en Toulouse — lugar donde mi amigo residía — más se opuso a su reintegración al cuerpo de maestros oficiales, fue un antiguo presidente de la República.

Profesor nato, Jean Galy tuvo que resignarse a trabajar en un colegio religioso en el que, por lo demás, fue respetado y en ocasiones defendido. Pues, es el caso de que padres de alumnos hicieron campaña contra Galy, exigiendo por cartas anónimas y reclamaciones a la dirección, el despido del maestro pacifista. Hubo incluso manifestaciones de antiguos combatientes frente al establecimiento que lo tenía empleado. En aquella ocasión los émulos de Loyola se mostraron más humanos que los socialistas. Huelga decir que aquéllos estaban interesados en aparentar serlo, ya que Jean — convertido en la personalidad número uno de la casa, aunque con paga modesta — era capaz de remplazar en seguida a un profesor de literatura, de historia, de química, de física, de geografía económica, de matemáticas, ¡y qué sé yo de cuántas cosas más! Estaba igualmente al corriente de los descubrimientos científicos, y como lo hizo por mí en Barcelona, improvisaba una lección en el instante mismo en que la pregunta le era formulada.

Secretario de la Sociedad de Astronomía de Toulouse, redactaba y dirigía el Boletín de la entidad. Su trabajo incluso le proporcionó palmas académicas que alguien para él había solicitado, escribiéndome al respecto Galy que hacía caso omiso de esa clase de distinciones, y era verdad, pues mi amigo conservaba ese temperamento de modestia que le hacía renunciar a tomar parte en congresos internacionales de astronomía a los cuales se le invitaba con gastos cubiertos.

Tan extensa era su cultura, y tan prodigiosa su memoria, que daba conferencias sobre motivos científicos, los más arduos, sin ayudarse con apuntes. Fue así que, en cierta ocasión, disertó durante diez horas sobre el Sol, cubriendo las pizarras a su disposición con fórmulas matemáticas sin que los especialistas que le escuchaban le vieran consultar la más mínima anotación.

Al salir de la prisión escribió un libro titulado «El sacrificio obligatorio», en el que se libró a un análisis crítico e histórico de la guerra. Hará cosa de dos años, sus investigaciones egiptológicas le indujeron a publicar un estudio original sobre la materia. Muchos otros trabajos suyos los ignoro. En Toulouse mantenía contacto con elementos libertarios y abundancistas de izquierda, y en más de una ocasión usó de su documentada palabra en reuniones o hizo substanciales conferencias.

Al morir, Jean Galy tenía 70 años. Todos sus compañeros hemos perdido una cima, y yo, al que fue mi mejor amigo. Es un poco de mí que partió con él.

El mundo imaginativo de Diego Abad de Santillán

como se sabe, la primera entidad — que dio lugar a tanta desavenencia y discusión entre Miguel Bakunin y Carlos Marx, los dos genios tremebundos que hace 90 años asustaban al capitalismo, a los poderes constituidos, a los organismos eclesiásticos y represivos a la libertad del pensamiento — quedó prácticamente disuelta al romperse la entente cordial que había encontrado las corrientes sociales en aquel singular acontecimiento histórico.

Abad de Santillán, que conocía los idiomas europeos, era el único hombre socialmente capacitado para hacerse entender y llevar al seno de los congresistas la voz del continente iberoamericano, que tenía un ascendiente libertario auténtico, recibida en herencia de los constituyentes de la Primera Junta, del movimiento revolucionario francés y del pensamiento español, que venía de las germanias y artesanado medieval. Poseedor de un vasta cultura, su presencia llevó a Innsbruck los ideales que inspiraron a los comuneros paraguayos, los movimientos sociales y alzamientos de Tupac Amaru y Tupac Katari en el Alto Perú, del cura Hidalgo, de Morazán, Morelos y Emiliano Zapata, en México, Miranda y Bolívar a lo largo de un proceso revolucionario tendiente a la liberación de estos pueblos y de cuya trascendencia y repercusión en Europa se tenía un concepto muy vago. Esas ideas, expuestas por Abad de Santillán influyeron en aquel conjunto de figuras representativas del proletariado y del pensamiento social europeo, quedando incorporadas a los principios y resoluciones de la nueva Internacional.

Los asistentes, poco identificados con la geografía y la historia de estos nuevos países atlánticos, se sorprendieron por la soltura, conocimiento y destreza con que Abad de Santillán manejaba un idioma, tan poco asequible, por vínculos de origen castellano. Y como se trataba, ade-

más, de un muchacho simpático, de modales corteses y que dominaba con sus conocimientos el panorama social y filosófico del mundo, en el terreno revolucionario, le resultó fácil encontrar ambiente favorable para desenvolverse e integrar aquella comunidad de combatientes idealistas. Allí alternó con amigos y compañeros tales como Agustín Souchy y, entre muchos más, el inteligente Fritz Kater — que en la ancianidad fue uno de los tantos mártires que el régimen hitlerista sacrificó — al que el no desprevénido Abad de Santillán embaucó para raptarle su hija Elisa, la rubia y modosa alemana que le siguió a la Argentina, compartiendo su hogar.

Abad de Santillán permaneció en Europa el tiempo suficiente para rebuscar en sus bibliotecas cuanto de interés encierran para la historia de los grandes movimientos libertarios. Viajó por Alemania, Austria, Holanda y Suecia en procura de ese acervo cultural, al que pocos se acercan por temor a las ideas, olvidados que son los últimos contrafuertes del espíritu. En Austria descubrió el nuevo mundo sindicalista y anarquista en la biblioteca del insigne Carlos Kautsky, poseedor de una de las más valiosas colecciones sociales europeas, y quizás del mundo entero, que posteriormente fue a parar a Moscú, donde actualmente se encuentran y no siempre al alcance de los hombres libres. Allí también, en aquella Austria bohemia, de cuyo encanto poético y dulce mirar el porvenir nos habla con noble melancolía el ya inmortal Stefan Zweig, encontró Abad de Santillán a otra figura admirable, el sabio Max Nettlau, metido entre las pilas de paquetes y manuscritos, recopilados de todos los idiomas, ordenados y preparados a lo largo de una vida entera y en los que empleó su fortuna.

CAMPIO CARPIO

● Continuará ●

Jean Galy («Lyg») : El crecimiento del Universo

El Universo actual es completamente diferente del de hace una treintena de años.

El espacio que se consideraba vacío, o casi vacío, se ha llenado de materia, de polvos cósmicos cuya masa es aproximadamente igual a la de todos los astros, y que se descubren en todas las galaxias. Y, sin embargo, la densidad media es insignificante: una diez milésima de miligramo por kilómetro cúbico, 100 kilos por un volumen igual al de la Tierra.

Por el contrario, se han descubierto algunos astros de una densidad inconcebible, las estrellas enanas blancas, formadas de materia degenerada, con núcleos atómicos que han perdido una parte de sus electrones, como la estrella Wolf 47, cuyo dm³ pesa 16.000 toneladas.

Se tiene, igualmente, la certidumbre de que un gran número de soles están acompañados de astros oscuros, planetas ya formados o en formación, y es infinitamente probable que algunos de ellos albergan seres organizados, vivos, conscientes...

Hasta hace muy poco, las nubes de contornos indecisos, vaporosos, vistas a través de lentes o fotografiadas, se llamaban sin discriminación, nebulosas. Estudiando sus espectros, Huggins pudo distinguir las verdaderas nebulosas irresolubles, de las nebulosas aparentes. Las primeras tienen un espectro discontinuo, de rayas brillantes; las otras un espectro continuo, análogo al de las estrellas. Las nebulosas verdaderas formadas por gases luminosos a débil presión, se encuentran en la Galaxia, donde brillan miles de millones de estrellas (una de ellas nuestro sol) dispuestas en forma de disco aplastado de 100.000 años de luz de diámetro. ¿A qué distancia se encuentran las nebulosas resolubles?

En 1924, Hubble midió la distancia de Andrómeda, la más próxima y la única visible a simple vista. Después, se han encontrado procedimientos que permiten evaluar las distancias sin errores demasiado groseros, hasta 500 millones de años de luz. El gran telescopio del Monte Palomar, permite explorar el Universo hasta una distancia de mil millones de años de luz. De las distancias y de los diámetros aparentes se deducen las dimensiones y las masas. ¿Cuáles son los resultados de estos trabajos?

Asombra el número prodigioso de nebulosas que pueden resolverse; en los clichés obtenidos con el telescopio d'Hooker, hay más nebulosas que estrellas: 2.400 de las primeras por grado cuadrado hasta la 21 magnitud (y solamente 1.750 estrellas).

¿Y qué dimensiones! El gran eje de Andrómeda sobrepasa los seis mil años de luz, y es aproximadamente el de nuestra galaxia. Ocurre lo mismo con todas las nebulosas que se resuelven en galaxias.

Según la nomenclatura de Kant, se les llama aún universos-islas, término justificado en razón a los abismos que las separan. Sus distancias medias son de un millón y medio de años de luz, aunque a veces se aproxima a unos 150.000 años de luz, y forman, así, montones abiertos. Nuestra Galaxia forma parte de un grupo local al que pertenecen igualmente las dos nubes de Magallanes a 75.600 y 84.000 años de luz; Andrómeda y sus dos compa-

ñeras a 750.000 años de luz; los aglomerados de la Virgen, de Cáncer, de la Osa Mayor, del León, cuentan cada uno alrededor de 500 nebulosas; el aglomerado de la Caballera de Berenice comprende mil galaxias acumuladas en una superficie de cielo solamente ocho veces más grande que la luna llena.

Muchas son las galaxias que actualmente están resueltas en estrellas. ¿Cuántas en cada una?

La observación nada puede dar ni siquiera por nuestra pequeña vía láctea. Las fórmulas de la relatividad llegan a la conclusión de una media de cincuenta miles de millones de estrellas en cada uno de los cien miles de millones universos-islas que pueblan el espacio.

Y he aquí lo más extraño: los mundos extra-galácticos parecen huir a velocidades tanto mayores cuanto mayor es su alejamiento.

Tal descubrimiento, que no va más allá de 1930, resulta de la aplicación de la fórmula de Doppler-Fizeau al desplazamiento de las rayas de los espectros obtenidos recogiendo la luz de los miles de millones de soles que forman cada galaxia. Del desplazamiento de las rayas se deduce la variación de longitud de onda y la velocidad de alejamiento entre la fuente de luz y el observador traduciéndose dicho alejamiento por el deslizamiento hacia el rojo. Sobre espectros de galaxias de dos a tres mm. se pueden medir variaciones de longitud de onda de siete diez milésimas de micron, es decir, velocidades de 500 m/s.

Se constata que el aumento de la velocidad de huida es de 160 kms. por un millón de años de luz de alejamiento.

Esta huida de las nebulosas implica una expansión del Universo que explicaría la hipótesis del «átomo primitivo» formulada en 1927 por Lemaitre. De la velocidad de huida puede deducirse la época en que dicho átomo hizo explosión se escindió: dos millares de millones de años, número en concordancia con la edad del sistema solar, encontrada por otros métodos.

La dilatación del mundo es sorprendente, y varios astrónomos dudan de ella. Sin embargo, hasta ahora no se ha encontrado otra explicación satisfactoria del desplazamiento de las rayas espectrales de las nebulosas hacia el rojo.

Ni el efecto Stark (división de las rayas en un cierto número de componentes por acción sobre el espectro de un campo magnético) ni el efecto Zeeman (división análoga en los campos eléctricos) pueden ser retenidos.

El efecto Einstein (desplazamiento hacia el rojo por un campo de gravitación intenso: atracción de los granos de luz por los cuerpos macizos como las estrellas enanas blancas) no permite más que los otros comprender que el desplazamiento de las rayas sea siempre proporcional a la distancia.

Más sería parece la explicación que se apoya sobre el efecto Compton. Un «quantum» de luz o «photon» pierde al chocar contra un electrón una cantidad de energía. La frecuencia disminuye, o lo que es lo mismo, su longitud de onda aumenta en un valor que es función del ángulo de la dirección del photon incidente con la del photon desviado por el choque.

Lo mismo ocurre con la de Whitrow, que sostiene que el deslizamiento hacia el rojo de las rayas de las nebulosas extra-galácticas es debido al empleo de una escala de tiempo inadecuada.

Si la expansión del Universo no es aún más que una hipótesis muy verosímil, la ampliación del mundo explorado es un hecho desde hace una treintena de años. Colocando a centenares de millones de años de luz las nebulosas que pueden resolverse, la astro-física ha ensanchado prodigiosamente el horizonte humano. En un mapa de un metro cuadrado representando el mundo explorado hacia el 1900, una cabeza de alfiler minúsculo colocada en el centro, representaría el sistema solar. Si se quisiera reproducir a la misma escala el conjunto de los universos-islas actualmente conocidos, sería preciso dar al mapa una extensión igual a la superficie de la tierra. El Universo de Einstein, con sus cien mil millones de galaxias, sería infinitamente más vasto que nuestro pedacito de espacio. Y ese Universo einsteniano, quizás no es más que un átomo insignificante de una inconcebible construcción...

Sin embargo, a pesar del formidable ensanchamiento de nuestros horizontes, las frases de Pascal acerca del pensamiento humano no han perdido nada de su fuerza. El hombre sigue y seguirá siendo más grande que el Universo, por muy grande que éste se imagine, pues la menor chispa de pensamiento, la menor cantidad de alegría o de sufrimiento pesa y pesará siempre más que todo el Universo material.

¿Pero qué lección de modestia y de prudencia esa visión de trillones de mundos más allá de la bóveda visible de los cielos rota por la astronomía! La tierra desaparece entre el polvo de los universos-islas y el hombre se da cuenta exacta de su pequeñez física, de la mezquindad de sus más grandes ambiciones terrenas.

UMBRAL

Revista de arte, letras y estudios sociales

Giros: C.C.P. Paris 1 35 0 75 6
Roque Llop, 24, rue Ste-Marthe
Paris (X)

TELEFONO

Red. y Adm.: BOT 22-02

SUSCRIPCION INDIVIDUAL

Trimestre 2 40 NF
Semestre 4 80 NF
Año 9 60 NF
Extranjero (año) 12 00 NF

Extranjero (por avión)

América del Norte 21 60 NF
América del Sur .. 26 40 NF

Lo que Max Nettlau escribió sobre el humanismo de los Reclus

Eliseo Reclus pasó los años de infancia como Bakunin, viviendo en un ambiente muy poblado de hermanas y hermanos, junto a padres dignos. Lo mismo Reclus que Bakunin vivieron en desacuerdo con sus progenitores. Habiendo tanta semejanza entre las dos infancias no cejan de darse querencias. El padre de Reclus se refugió, tras la juventud inquieta, en una de las más rigurosas formas del protestantismo calvinista, siendo predicador en el pueblo de Orthez, situado en los Pirineos franceses. Aquel matiz del protestantismo no distinguía más que dos categorías de seres: los **elegidos** y los **reprobos**, considerándose que todo espíritu religioso estaba condenado si no se exaltaba él mismo, quedando **salvo** y **elegido** en el caso de llegar al estado febril religioso. Los hijos del pastor Reclus debieron creerse desdichados réprobos y arrastrar una vida tan triste que llegaron a pasar por crisis nerviosas y auicinaciones, sintiéndose entonces **elegidos** y **salvos**. Elías, que era mayor, paso por estas alternativas, creyente a medias y suponiéndose víctima del fanatismo más cruel. Por ello se declaró en sorda y tenaz rebelión contra el yugo religioso. Su padre le hizo estudiar disciplinas teológicas, y terminó Elías tales estudios sin legalizarlos ni hacerse pastor. Su verdadero anhelo era averiguar el origen de las religiones, los motivos que tienen éstas para cebarse en los hombres imponiendo sofismas sutiles en el razonamiento. Eliseo pasó algunos años con otros familiares en medio de la libertad y de la bella vida campesina, volviendo al hogar paterno cuando Elías había conseguido ya templar el rigor religioso del padre. Se constituyó Elías en defensor de Eliseo y tuvo con él una comunidad verdaderamente fraterna, que ya no se extinguiría nunca. Era Eliseo confiado y sereno. La ferocidad de la religión que desató el espíritu de Elías, no prendió con tanta saña en Eliseo. Cuando el padre comprendió que sus dos hijos mayores no pretendían de ninguna manera ser **elegidos** los consideró perdidos para las creencias religiosas, y sirviéndose de la cruel desventura de los devotos, supuso que aquellos dos hijos eran dos condenados. El mismo desengaño que produjeron Elías y Eliseo en el padre, produjeron los restantes hermanos; uno tras otro. Aparte de la religión, los padres cuidaban de educar a la prole; pero en realidad no consiguieron que hubiera en ella conformidad espiritual ni intercambio de ideas.

El desarrollo juvenil de Eliseo, su serenidad intelectual le hizo comprender que el rigorismo religioso de su padre era una negación, pero no se convenció tan pronto de la irrealidad religiosa ni de la fantasía que representa la idea de la divinidad. Se hallaba esta idea incrustada de tal manera en los espíritus, era tan fundamental en ellos, que sólo se emancipaban los caracteres fuertes haciendo el gran esfuerzo intelectual de Proudhon, de Bakunin, de Engels. No se sabe cuándo eliminó Marx la sombra de la divinidad de su cerebro. Del corazón de Reclus desbordaba la bondad, como el sentimiento solidario y jovial.

Admiraba y amaba todo lo bueno y todo lo bello, y por ello atribuyó tales cualidades personales propias de la divinidad, aunque sin la cruel rigidez de aquella que veneraba su padre, la de los **elegidos**, la enemiga de los **reprobos**... Hasta que sus estudios le hicieron comprender que la ficción religiosa era la nada.

A medida que abandonaba las creencias, se acercaba más y más a la Naturaleza, entrando en comunión directa con ella. Lo bello y vario del mundo natural fue tan sugestivo para la avidez estética e intelectual de Reclus, que sintió el deseo de desentrañar las formas y fenómenos. ¿Por qué aquella actividad se refería más al conjunto de los estudios geográficos que a una rama de ciencia natural?

Más que a la especialización, su natural estudioso debió tender a la expansión, al deseo de abrazar grandes conceptos geográficos, pero cavando la red tupida de estas raíces y relacionarlas unas con otras. Las ciencias especiales eran excelentes auxiliares y se acomodaban perfectamente al anhelo de Reclus, que era explicativo y descriptivo a la vez, comprendiendo los fenómenos del espacio que actúan sobre la tierra y la tierra misma; causas y razones de su estructura y configuración; fenómenos de la vida vegetal, zoológica, humana; origen de las instituciones; movimientos migratorios, relaciones mutuas, diferencias, mentalidades, evolución, orientación incipiente de futuro... Todos estos temas constituyen un vasto conjunto al cual cooperan las fuerzas del progreso y a la vez la inmovilidad de otras fuerzas gastadas y agotadas del pasado. Las dos fuerzas existen en **progresión creciente** o en **cataclismo**, en **evolución** o en **revolución**, siempre como resultantes que se desprenden de las potencias retardatarias del pasado y de las potencias e impulsiones que convergen cara al porvenir.

Trabajó Reclus en un tiempo propicio, cuando las ciencias todas vivían su primera bella eclosión: geología, paleontología, etnografía, filología comparada, investigación histórica de creencias populares, costumbres, religión, historia documental, sociología, física, química y sus aplicaciones, astronomía, descubrimiento de tierras vírgenes, evolución de la botánica y de la zoología, etc. Los conocimientos humanos entraron en una fase crítica y libre, la antigüedad supersticiosa, la ciencia caduca de ayer y de los siglos pasados, fueron temas para el estudio analítico e histórico. El análisis comparado de hechos y épocas ocupó el lugar de la superstición, sin tener ya solvencia el saber impreciso y fabuloso, aquel saber en el que la superstición y algunas briznas de verdad se mezclan confusamente. Sin otros medios el joven Reclus que los que se proporcionaba él mismo para costear sus estudios universitarios regulares; desterrado de su tierra natal a los veintidós años; llevado al azar y por impulso de aventura a Irlanda, a la Luisiana, a Colombia; obligado en largo espacio de tiempo a captar la realidad geográfica viajando para confeccionar o revisar manuales destinados a viajeros no muy acomodados; teniendo como úni-

ca defensa su trabajo, del que vivió desde los veinte a los setenta y cinco años que contaba al morir, no desperdició ninguna ocasión para utilizar la inmensidad del caudal científico que iban acumulando los investigadores. Lo hizo para nivelar sus conocimientos con la hora de la ciencia, que tenía entonces un resplandor más bello que nunca. El pensamiento libre del siglo XVIII había trabajado en el vacío; aunque empapado de criterio razonador y lógico, la falta de utillaje impedirá el análisis de la realidad. En los años de estudio de Reclus se había superado ya aquella insuficiencia de medios.

Los hombres de ciencia del siglo XIX estaban como deslumbrados ante la inmensidad de perspectivas que se les presentaban y raramente desbordaban el marco de su especialidad, no adentrándose por el ancho mundo de la vida social, aquella misma vida que clamaba por la renovación desde el instante en que la falacia de los dogmas y la interpretación del pasado cedía a la piqueta demoledora de la investigación y del pensamiento. Cuando salta a los ojos la nulidad de la religión y su ficción; cuando comprendamos que cualquier caracol petrificado pisado en un sendero montañés resulta cien veces más viejo que todos los dioses de todas las religiones, ¿cómo quedan los que creen en la Biblia? ¿Qué papel representan los clérigos señalando enfáticamente la fecha de la creación del mundo hace unos pocos miles de años? ¿Cuando se conocen formas y variantes de la propiedad y los avatares del Estado a través de las edades, ¿cómo hemos de poder convencernos de que la propiedad y el Estado son instituciones eternas, inmutables? ¿Cómo creer que es un sacrilegio derrumbarlas y criticarlas? Los hombres de ciencia del siglo XIX hallaron ya el razonamiento probado, hallaron vigente en la libertad científica, la verdad nueva. Debieron gritar alto y fuerte. Debieron procurar que la usurpación y el privilegio recibieran un golpe de muerte, y procurándolo ellos, lo hubieran conseguido. Por la propia insuficiencia — explicada teóricamente — no pudieron hacerlo más que en mínima proporción; pero el resultado de su labor es nuestro a pesar de todo, y en ella se inspiraron ampliamente libertarios como Bakunin, Reclus y Kropotkin. En la perspectiva del pasado vemos cómo los últimos sacerdotes empalman con los últimos filósofos, haciendo todos ellos juegos de palabras con ficciones y abstracciones; vemos hasta qué punto la tentativa de Marx de atribuir la economía y la sociología a los sacerdotes y a sus continuadores los filósofos, tiene la significación de un acto del pasado. Con las expresiones **metafísica económica de Marx** y **teología política de Mazzini** caracterizó Bakunin aquella labor anticuada y empapada de pasado. Reclus nos dejó una alta interpretación del medio terrestre que nos rodea en **La Tierra**, en su **Geografía** y en **El Hombre y la Tierra**. Elías contribuyó eficazmente a dilucidar temas oscuros, a aclarar puntos poco diáfanos sobre creencias y tradiciones, que gravitan todavía sobre el género humano.

● Terminará en el próximo número ●

LUCIERNAGAS

3

1

LOS CABALLEROS

CABALLERO es, ante todo, el que cabalga. Cabalgar es montar a caballo. El caballero, pues, en la acepción primera y originaria del vocablo, es el hombre que va a caballo. Y también la mujer: ¿Por qué no, si es cabalgante? Caballeros fueron Santa Juana de Arco, la quemada viva y a fueguito lento por los ingleses, y Lady Godiva, la que se paseó a caballo, desnuda, por la ciudad de Coventry, para conseguir de su marido, el conde de Chéster, que disminuyeran los impuestos.

Si caballero es —como ciertamente es— el que cabalga o monta a caballo, no tiene vuelta de hoja la afirmación siguiente: los picadores de toros, los «jockeys», los bandidos montados de serranía, etcétera, son indiscutiblemente caballeros.

Pero el término de «caballero» es rico en acepciones: significa también «hidalgo, de nobleza calificada», «individuo de alguna de las Ordenes de Caballería, antiguas o modernas», «persona que se conduce noble y generosamente», «persona distinguida», etc. Se trata de nuevas clases de caballeros, cuya caballerosidad no es tan indiscutible como la de los picadores, «jockeys», bandidos montados de serranía, etc., puesto que éstos cabalgan y los otros no, como no sea en caballitos de ti vivo, por aniñarse en las verbenas.

Pues, si no cabalgan, no son caballeros. Y, en efecto, no lo son sino por figura y fama, aunque no conste así en el Diccionario de la Academia, donde se les declara caballeros sin reserva.

De tales caballeros de a pie se puede pensar que cabalgan simbólicamente. La imaginación todo lo alcanza. Y a no pocos de tantísimos caballeros como conocí y aún conozco, podría imaginármelos montados a caballo; mas a otros, no les arriendo la cabalgadura, pues que sólo podría figurármelos montando cerdos y aún diría que serpientes.

Sobre la vera caballerosidad, tengo mi ideica, que expongo llanamente:

Si «caballerosidad» viene de «caballo», no hay duda de que todo caballo es esencialmente caballeroso. El no ser caballeroso el caballo sería como no ser redonda la redondez. En cambio, en el caballero la caballerosidad es accidental. No puede, por tanto, ningún caballero, por mucho que lo sea, ser tan caballeroso como su caballo.

Sin embargo, ha habido, por excepción gloriosísima, un solo caballero, el más bizarro y esplendente de todos los caballeros nacidos y por nacer, que igualó en caballerosidad a su caballo, el más caballeroso de todos los nobles caballos que alumbró yegua y que alumbrará: El caballero y el caballo que digo fueron, son y serán «per omnia» Don Quijote y Rocinante.

De añadidura diré que dicen... Pues lo que dicen es que a los caballeros los hace la bolsa. Pero esto no puede ser cierto, porque son muchos los caballeros sin bolsa, ya porque no la tengan, ya porque la tengan como con la mano del alma, siempre dispuestos a remediar males y a dispensar bienes entre personas ajenas.

Estos últimos son caballeros espirituales, y yo me los imagino cabalgando águilas de luz. Y de ellos no hay pocos, sobre todo en México, tierra de grandes señores.

2

I.—«COLORES»

«Colores» es el nombre de una extraña ciudad que yo vi, como de paso hacia no recuerdo bien dónde, y que me impresionó mucho. No sé cómo la vi: quizá en alguna de mis frecuentes andanzas de sonámbulo. Es lo más posible, por lo bien que la recuerdo. Le diré al señor que sólo se me quedan claramente en la memoria las cosas que veo adormilado.

En «Colores» todas las calles y plazas son de colores diferentes, y tienen el nombre de su color.

En la calle Verde, por ejemplo, todas las casas y edificios están pintados de verde; y en la calle Amarilla, de amarillo; y en la calle Azul, de azul. Etcétera.

Confieso que me causó mucha emoción la calle Negra. Todas las casas vestían como de luto riguroso, y hasta me pareció notar que los tejados goteaban lágrimas. Mi observadora mujer, que me acompañaba, notó lo mismo, y me preguntó con extrañeza: «¿Por qué llorarán estas pobres casas?». Tengo idea de que era al amanecer, y un campesino que pasaba, azadón al hombro, no sé si a cavar su fosa o su huerta, nos informó espontáneamente: «Razón tienen sobrada para llorar a chorros, interminablemente, todas estas desventuradas casas de la calle Negra. A todas ellas les duelen las entrañas horriblemente. Una es la cárcel; otra, el Juzgado; otra, la tienda de las cajas de muerto; otra, el cuartel de la Guardia Civil; otra, el Hospital; otra el Municipio».

El buen campesino se alejó cantando:

**A cavar se viene al mundo:
sepultureros nacemos,
que nos cavamos la fosa,
canta que canta y riendo.**

La Plaza Morada era la de la Iglesia. Sin duda, el morado es el color de la Fe. La calle Amarilla —color del oro y de la codicia— era la de los comercios.

¡Curiosa ciudad la de «Colores»! Pero debe de estar perdida, quizá en las inmensidades de mi imaginación sin límites.

II.—EL TEATRO ESPAÑOL MODERNO

Título de un suelto de «La Opinión»:

«El Teatro en España floreció con toda plenitud durante el año de 1962.»

Entre las seis obras «sensacionales» citadas en el suelto de referencia como «las mejores» de los centenares de ellas «estrenadas» en Madrid durante el finado año de 1962, figuran «Mi querido embustero», que es una traducción, y las tres siguientes de Lope de Vega: «Fuenteovejuna», «El Caballero de Olmedo» y «La Bella Malmaridada». Pero estas tres últimas, que indudablemente son grandes obras dramáticas españolas, se estrenaron en Madrid, no durante el año de 1962, sino durante el «Siglo de Oro».

III.—«MAGISTER DIXIT»

A Pitágoras lo consideraban sus discípulos como una especie de divinidad, y bastaba con que él hubiera afirmado algo, para que lo afirmado se tuviera por cierto de modo incuestionable. Es bien conocida la expresión con que los pitagóricos concluían cualquier difícil disputa: «El Maestro lo dijo». Era el «sanseacabó». Todos agachaban la cabeza.

I.—De la vida a la muerte no va más que un suspiro: el último.

II.—Discutir con un fanático es como discutir con el peor de los locos.

III.—De Cervantes:

Vinieron los sarracenos

y nos molieron a palos;

que Dios protege a los malos

cuando son más que los buenos.

IV.—Por las ideas se odian y se matan los hombres. En cambio, el sentimiento abraza amorosamente al mundo. Si pensáramos menos y sintiéramos más ¡cuánto mejor nos iría!...

V.—Verdaderamente, no hay ostra tan difícil de abrir como una mente cerrada.

VI.—Los peores pepinos son los malos melones.

VII.—Seguidilla popular:

Cinco son cinco

los dedos de la mano

de mi marido...

VIII.—Solamente los ignorantes saben todas las respuestas.

IX.—Llevar el Quijote a la escena o a la pantalla es como querer trasplantar una encina en una maceta...

X.—Los muertos duermen y duermen; pero jamás roncan.

XI.—De la «Epístola Moral a Fabio»:

**Busca, pues, el sosiego dulce y caro,
como en la oscura noche del Egeo
busca el piloto el eminente faro...**

XII.—No se sabe con seguridad si la vida es sueño o pesadilla.

XIII.—Los malpensados sudan vinagre por la frente.

XIV.—Nunca me cansaré de decir que las dictaduras son camisas de fuerza que se ponen a los pueblos.

XV.—Un poeta lírico es el ruiñeñor de su propia emoción: canta lo que le sale del alma.

XVI.—Del poeta medieval japonés Izumi-Shikibu a la Luna de las Montañas:

Fuera del mundo

por senda oscura,

me iré ahora:

¡vela por mí desde lo alto,

oh Luna de las Montañas!...

XVII.—No os pedimos, secos de corazón, que améis a los animales; sólo os imploramos que respetéis su dolor, pues que ellos no son de piedra ni de palo, sino de carne y hueso, como nosotros, y sufren igual que nosotros mismos. El que es cruel con los animales, ése es cruel; y no hay crueldad que no sea infame.

XVIII.—Todo lo que sabemos del hombre es lo que el hombre nos dice de sí mismo. Habría que oír la opinión que acerca del hombre tienen las demás criaturas.

XIX.—En la China comunista han matado todos los perros y gatos, porque eran parásitos sociales que comían y no producían. Eso ha sido una patada al vientre de la civilización.

XX.—De Holderlin, poeta alemán del siglo pasado, que murió loco:

¡Oh genios que vagáis por las alturas

y a la luz, por senderos ideales!

los aires esplendentes os rozan amorosos,

tal como roza las divinas cuerdas

la mano del artista...

Pero los hombres miserables

caen, se precipitan de continuo

con los ojos cerrados,

tal como el agua que, de roca en roca,

despéñase cayendo

en un abismo incierto...

ALFONSO VIDAL Y PLANAS



Un debate

entre

Carlos Marx

● Ver los dos números anteriores de UMBRAL ●

MARX. — Los legisladores y administradores del Estado socialista serán los representantes del pueblo.

BAKUNIN. — He aquí otra ilusión liberal: principalmente que el gobierno resultante de una consulta electoral popular pueda representar la voluntad del pueblo. Incluso Rousseau constató el desatino de esta sugerencia. Los propósitos instintivos de las élites gubernamentales se encuentran siempre en oposición con los fines instintivos del hombre común. Mirando a la sociedad desde sus posiciones elevadas pueden aquéllos evitar raramente el adoptar una actitud de dómine o de gobernante.

MARX. — La democracia falla a causa de que las instituciones políticas son siempre manipuladas por el poder financiero de la burguesía.

BAKUNIN. — La sedicente democracia socialista sería viciada por otras presiones. Un Parlamento compuesto exclusivamente de trabajadores, los mismos trabajadores, los mismos adictos socialistas de hoy, se transformaría en un Parlamento aristocrático de la noche a la mañana. Esto ha ocurrido siempre. Sitúa a los extremistas en las poltronas del Estado y se convertirán en conservadores.

MARX. — Hay razones para esto.

BAKUNIN. — La razón principal es que el Estado democrático es un contrasentido en función. El Estado es por esencia autoridad, fuerza, predominio y por consecuencia desigualdad. Por definición la democracia es igualdad. Por lo tanto democracia y Estado no pueden coexistir. Proudhon nunca fue tan claro como cuando afirmó que el sufragio universal es contrarrevolucionario.

MARX. — Una medida verdad ejemplar, un producto de la mentalidad periodista de Proudhon. Es cierto que los trabajadores son frecuentemente oprimidos por la miseria, demasiado fácilmente influenciados por la propaganda de la burguesía para hacer el debido uso del voto. Pero el sufragio universal puede ser explotado para fines socialistas. Podemos entrar en la política y ayudar a hacer cuanto es nominalmente democrático, realmente democrático. No podemos alcanzar todos nuestros objetivos por medios parlamentarios. Pero podemos conseguir gran parte de ellos.

BAKUNIN. — Ningún Estado, ni la República de rojo más subido, puede dar al pueblo lo que más necesita: la libertad. Todo Estado, incluido vuestro Estado socialista, querido Marx, se halla basamentado en la fuerza.

MARX. — ¿Qué otra alternativa tiene la fuerza?

BAKUNIN. — La instrucción, el esclarecimiento.

MARX. — El pueblo carece de instrucción.

BAKUNIN. — Puede ser educado.

MARX. — ¿Quién va a educarlo si no es el Estado?

BAKUNIN. — La sociedad tiene que educarse a sí misma. Desgraciadamente todos los gobiernos del mundo han dejado al pueblo en un tal estado de profunda ignorancia que sería necesario establecer escuelas no solamente para los niños sino también para los adultos. Pero estas escuelas deben estar libres de todo vestigio del principio de autoridad. No deben ser escuelas en el sentido convencional de la palabra, debieran ser academias populares, y los alumnos, siendo ricos en experiencia, capaces de enseñar a sus maestros en varios aspectos, en vez de ser enseñados. De esta manera desarrollarían una suerte de fraternidad intelectual entre ellos.

MARX. — Bien, al fin admites dos categorías de maestros y enseñanza. No creo que la enseñanza llegue a ser un gran problema una vez en pie la sociedad socialista.

BAKUNIN. — Si, la primera cuestión es la emancipación económica; el resto vendrá por añadidura.

MARX. — No vendrá nada por sí mismo a menos que el Estado socialista lo determine. Toda la evidencia histórica está ahí para demostrarlo. La gente más educada de Europa hoy — los franceses y los alemanes — deben su educación a un sólido sistema estatal en el dominio de la instrucción pública. En los países donde el Estado no se ocupa de la educación escolar el pueblo es irremediamente analfabeto.

BAKUNIN. — Aquí, en Inglaterra, los grandes colegios y universidades escapan al control del Estado.

MARX. — Pero están dominados por la Iglesia anglicana, que es peor, y que, en todo caso, forma parte del Estado.

BAKUNIN. — Los Colegios de Oxford y Cambridge se rigen por sociedades independientes y tradicionales.

MARX. — Conoces poco la vida inglesa, Bakunin. Ambos Colegios han tenido que ser radicalmente reformados por leyes emanantes del Parlamento. El Estado ha tenido que intervenir para salvarlos de su completa decadencia intelectual. Con todo se hallan rezagados si los comparamos con las Universidades alemanas.

BAKUNIN. — Pero su existencia demuestra que es posible a los escolares controlar sus propios colegios. Y no existe razón para suponer que los trabajadores no sabrían administrar sus propias granjas y factorías por el mismo procedimiento.

MARX. — Llegará un día, no hay que dudarlo, en que ocurrirá de esta manera, pero mientras, un Estado obrero debe reemplazar a los propietarios burgueses.

BAKUNIN. — Esta es la gran discrepancia entre los dos, Marx. Tú crees que hay que organizar a los trabajadores para la conquista del Estado; yo quiero organizarlos para destruirlo, o, si prefieres un término más pulido, para liquidar al Estado. Tú quieres utilizar las instituciones políticas. Yo quiero que el pueblo se federe libre y espontáneamente.

MARX. — ¿Qué significa federarse espontáneamente?

BAKUNIN. — El trabajo se organizará por sí mismo. Asociaciones de productores basadas en el apoyo mutuo se trabajarán por distritos, y estos distritos quedarán libremente combinados con más amplias unidades. Todo el poder procederá de la base.

MARX. — Tales proyectos son completamente quiméricos. Son la copia de los falansterios y una duodécima edición de la Nueva Jerusalem propuesta por los socialistas utópicos. Son disparates, pero desgraciadamente no inofensivos, porque introducen una espuria noción del socialismo que puede ocupar el lugar del verdadero. Y al producir una diversión de atenciones en los hombres en cuanto al inmediato conflicto, su efecto es conservador y reaccionario.

BAKUNIN. — Si de alguna cosa no puedes reprocharme Marx, es de que desvío la atención de los hombres del conflicto inmediato. Es más, pienso como tú que hay sólo dos partidos en el mundo: el partido de la revolución y el partido de la reacción. Los socialistas pacifistas, con sus sociedades cooperativas y sus pueblos de modelo pertenecen al partido de la reacción. El partido de la revolución desgraciadamente ya está dividido en dos fracciones: los campeones del Estado socialista, que tú representas, y los socialistas libertarios, entre los cuales yo soy uno. Tu fracción tiene muchos seguidores, naturalmente, en Alemania, y también aquí en Inglaterra. Pero los socialistas de Italia y España son libertarios completamente. Ahora bien, la cuestión es ésta: ¿qué tendencia prevalecerá en el movimiento obrero internacional?

MARX. — La tendencia genuinamente socialista, creo, y no el ala anarquista.

BAKUNIN. — Llamáis al vuestro genuino socialismo porque os engañáis en cuanto a la naturaleza de la dictadura popular. No os dais cuenta del peligro que ha de llevaros a una nueva esclavitud siguiendo la pauta de otros Estados.

MARX. — Tú supones que porque el Estado ha sido siempre el instrumento de la clase opresora continuará siéndolo siempre. ¿No cabe imaginar la posibilidad de una diferente clase de Estado?

BAKUNIN. — Cabe imaginar uno tan diferente que no pueda responder por ese nombre. Hay lugar para esto en

imaginario

las líneas propuestas por Proudhon : una simple oficina de negocios, un banco de liquidación central al servicio de la sociedad.

MARX. — Posiblemente sea esto lo que definitivamente ha de ser una sociedad socialista. Ha de llegar un día en que el gobierno del pueblo dejará paso a la administración de las cosas. Pero antes de que el Estado se marchite debe ser reforzado.

BAKUNIN. — Esto no es sólo paradójico, es contradictorio.

MARX. — ¡Qué le vamos a hacer si es así! Tú conoces a Hegel tan bien como yo. Tú sabes que la lógica de la Historia es la lógica de la contradicción. Cuanto afirmamos lo negamos.

BAKUNIN. — El argumento es bueno como hegeliano pero malo en tanto que histórico. Nunca conseguirás destruir al Estado ampliándolo. Yo soy tu discípulo, Marx. Cuanto más pasa el tiempo mayor certeza tengo de tu razón al abrir la marcha por la gran senda de la revolución económica e invitando a otros a seguir tus huellas. Pero nunca comprendí ni acepté ninguna de tus proposiciones autoritarias.

MARX. — Si eres anarquista no puedes ser mi discípulo. Pero tal vez sería preferible situar los grandes detalles de tu error. En primer lugar te refieres al principio de autoridad como si en todas partes y circunstancias hubiese sido erróneo. Este es un punto de vista superficial. Vivimos en una era industrial. Las modernas factorías y talleres, en donde centenares de trabajadores supervisan complicadas máquinas, han apartado de la circulación a los modestos tenderetes de los artesanos individuales. Incluso la agricultura está cayendo bajo el dominio de la máquina. La acción combinada desplaza a la acción individual independiente. La acción combinada significa organización y organización implica autoridad. En el mundo medieval el pequeño artesano podía ser su propio maestro. Pero en el mundo moderno tiene que haber dirección y subordinación. Si te propones resistir a toda clase de autoridad te condenas a vivir en el pasado.

BAKUNIN. — Yo no resisto a toda clase de autoridad, Marx. En materia de zapatería me atengo a la autoridad del zapatero; en materia de construcción a la del arquitecto. En cuanto a la salud, a la autoridad de los médicos. Pero no puedo permitir al zapatero, al arquitecto o al médico su autoridad sobre mí. Acepto sus consejos amigablemente; respeto su experiencia y conocimientos, pero me reservo el derecho de crítica y censura. No me contento en consultar a una sola autoridad; consulto varias y comparo sus puntos de vista. A nadie considero infalible. Reconozco que no puedo saberlo todo. Nadie puede conocerlo todo. Razón por la cual no existe hombre omnisciente y universal. Mi razón me prohíbe aceptar una autoridad fija, constante y universal.

MARX. — Pero si suprimes la autoridad de la vida económica y política nada puede realizarse nunca de forma eficiente ni de ninguna manera. Por ejemplo, ¿cómo podría marchar el tren si no hubiese alguien con poder para despejar las líneas, nadie que decidiera a qué hora deben salir los trenes? ¿Nadie que estableciera los horarios, nadie que evitara los accidentes, nadie que dispusiera quienes deben ocupar los vagones?

BAKUNIN. — Los ferroviarios pueden elegir los guardias y agentes de señales y obedecer sus instrucciones libremente. En cuanto a conducir las máquinas y quienes deben ocupar los vagones de primera clase, ésta es una cuestión a plantear a cada socialista. Según mi socialismo, el público podría turnarse en el trabajo y gozar de las comodidades por mutuo acuerdo. Pero según tu clase de socialismo, Marx, me imagino ver a los fogoneros de las arcaicas locomotoras atizando las máquinas y a una nueva clase de pasajeros privilegiados, los administradores del Estado socialista, fumando un imponente cigarro en los vagones de primera clase.

MARX. — Escucha, Bakunin, yo no soy más enamorado del Estado que tú. Todo socialista está de acuerdo en que el Estado político desaparecerá tan pronto como el triunfo del socialismo lo haga innecesario. Pero tú quieres que el Estado político desaparezca bruscamente, para dejar a los

y Miguel Bakunin



obreros sin ninguna clase de dirección, de disciplina o control responsable. El quid de la cuestión es que vosotros, los anarquistas, carecéis de todo plan para el futuro.

BAKUNIN. — Precisamente porque no podemos prever exactamente lo que nos deparará ese futuro, desconfío, Marx, de los esquemas detallados. Cuando los instintos egoístas hagan lugar a los instintos fraternales creo que los problemas técnicos de producción y distribución serán resueltos de común acuerdo y por la buena voluntad del mismo pueblo.

MARX. — Tus dudas, Bakunin, son en parte psicológicas y de orden moral. Son también intelectuales. Te hallas bajo el error de que el Estado ha creado el capital, o que los capitalistas lograron el capital gracias al Estado. Esto acentúa la simplicidad de tus puntos de vista. Tú crees que basta con apartar el obstáculo del Estado para que el capitalismo desaparezca por sí mismo. La verdad es muy otra : suprimamos el capital, suprimamos la concentración de los medios de producción en manos de unos pocos y el Estado no tardará en dejar de ser un daño.

BAKUNIN. — El mal reside en la verdadera naturaleza del Estado. Todos los Estados son la negación de la libertad.

MARX. — Adoptando esta extrema y emotiva actitud hacia el Estado perjudicas enormemente la causa de los trabajadores. Utilizas tu influencia, Bakunin, para aconsejar la abstención electoral a los obreros.

BAKUNIN. — Yo aconsejo a los obreros hacer más que intervenir en las elecciones. Les impulso a la lucha.

MARX. — Les llevas a la lucha en la incertidumbre de la victoria. Y esta es otra suerte de responsabilidad. Acabo de decir que tus errores eran particularmente morales. Uno de ellos es que careces de calma. Te complaces en guerrear en las barricadas, hasta por causas en las cuales no confías, porque ello satisface tu inveterada inclinación a la acción violenta, por pura excitación. Desdenas la actividad política verdadera porque requiere paciencia, orden, reflexión.

BAKUNIN. — Toda mi vida la dedico a la actividad política.

MARX. — Dedicas tu vida a la conspiración política, que no es la misma cosa.

BAKUNIN. — Derrocho toda mi vida entre los obreros. Organización, propaganda, educación.

MARX. — ¿Educación para qué?

BAKUNIN. — Para la revolución. Ciertamente, no concibo que los trabajadores gasten sus energías en las falaces instituciones representativas del llamado gobierno.

MARX. — Puedo comprender que tales ideas encuentren adeptos en Italia y en España, entre abogados, estudiantes y otros intelectuales. Pero los trabajadores no querrán persuadirse de que los asuntos políticos de sus respectivos países les son ajenos. Decir a los trabajadores que deben abstenerse de la política es lanzarlos a los brazos de los curas y de los burgueses republicanos.

BAKUNIN. — Mi querido Marx, si has leído mis escritos públicos sabrás que continua y apasionadamente arremeto contra ambos : La Iglesia y los republicanos. Tus propias opiniones, comparadas a las mías, son más moderadas.

Maurice Cranston

● Terminará en el próximo número ●

KHAJURAHO

El «Kamasutra» en el apoteosis del cincel

por Víctor GARCIA

EL refrán «Nadie es profeta en su tierra» cuaja plenamente cuando vemos que la India, tierra natal de Gotama, cuenta con un número reducido de budistas. Ya puede Nehru señalar, con motivo del 2.500 aniversario de Buda (543 a. de C.), que Sidharta «es el hijo más grandioso que tiene la India», que nada logra, ni nadie, ahogar esa **abrumadora** religión que es el hinduismo (1). Ninguna religión de las muchas que el hombre ha ido creando en su marcha ascendente que de la bestialidad a la humanidad iniciara y todavía no ha terminado, reúne la peculiaridad del hinduismo; peculiaridad muy parecida a la de estos organismos primarios, amorfos, que se abren ante la presencia de cualquier cuerpo extraño y se vuelven a cerrar produciéndose en su interior un proceso de asimilación, absorción y unificación sorprendente.

El hinduismo es una religión gelatinosa que se amolda al impacto de todo recién venido confiado en que su molde acabará por asfixiar al intruso. Los elementos extraños penetran, como ariete punzante, las primeras capas del mastodonte y éstas se van abriendo al tiempo que van frenando la acometida. Hasta ahora ningún ariete ha llegado hasta el propio corazón de la gran mole que sigue pujante y abrumadora al extremo que todos los políticos y sociólogos de la India, incluido el propio Gandhi, usan del hinduismo como cayado en el que apoyarse.

No quiere ello decir que el hinduismo esté inmunizado del contagio que estos cuerpos extraños provocan. De aquella pureza brahmánica de sus orígenes ha tenido que dejar girones en cada una de esas periódicas mezcolanzas señaladas. Del altar pirico de los Vedas, impersonal y difícil al acceso de las masas, se ha convertido en la religión que más figuras antropomorfas tiene, y si bien los Vedas continúan siendo considerados como el cimiento de esta gran mole ya muy pocos acuden a ellos.

Los Vedas fueron concebidos en una época en que la emigración proveniente de las mesetas iraníes no había apuntado más que timidamente en el noroeste de la península india. Eliseo Reclus señala lo siguiente: «No hay un solo pasaje, en los 1.028 himnos védicos, en el que se pueda deducir que los autores tuvieran la menor idea y conocimiento de las bocas del Indo; ellos se limitan a mencionar los siete ríos, altos afluentes del Satledj, el Ganges y el Djarmma. Hace, pues, 3.700 años, data probable del establecimiento del canon de los Vedas, que los emigrantes iraníes ocupaban sólidamente el noroeste de la península gangética. Pero en

(1) Habría que resistirse a este empeño que existe en querer dar categoría de gentilicio al vocablo «hindú». Cada vez más, la prensa y los escritores hacen referencia concreta al habitante de la India llamándolo *hindú*, incurriéndose en un error, ya que el *hindú* es, etimológicamente hablando, el que profesa el hinduismo, que es una religión y no un país.



aquel momento no habíase aún desbordado hacia las demás provincias.» (2).

El impacto del budismo y del jainismo en los siglos VI y V antes de nuestra era obligará a una transición más y el hinduismo se convertirá, desde entonces, en una religión pacífica que exigirá el vegetarianismo de sus feligreses porque en su bagaje habrá ya la transmigración y el respeto a los irracionales. También dejó semilla irreverente el dravidio meridional (3), el cristianismo llegado hasta allí, según la leyenda, en las alforjas del propio Santo Tomás (4) y el islamismo que el imperio de los Grandes Mogoles sembró a manos llenas al extremo que ello provocó la escisión de los dos Pakistanes y sus 80 millones de habitantes.

(2) Elisée Reclus: «L'Homme et la Terre», vol. III, pág. 118. Librairie Universelle, Paris, 1905. Reclus cita a J. T. Reinaud, quien fija el comienzo de la era actual en el año que escribe su «Mémoire sur l'Inde» (1846), en el año 4.948.

(3) El sur de la India guarda, indiscutiblemente, el elemento aborigen por excelencia, que es el draviniano. En realidad, si la India tuviera que identificar los arranques de su cultura y de su civilización con lo genuinamente autóctono, debería volcarse más abiertamente hacia el acervo draviniano que no hacia el indo-ario que, de hecho y como ya lo dice más arriba Reclus, es un agente externo que vino con su propio bagaje religioso, inclusive.

(4) En el Estado actual de Kerela existen inclusive santuarios que la leyenda afirma haber sido fundados por Santo Tomás el apóstol, quien llegó a las costas del Malabar a predicar el evangelio. Hay inclusive la «tumba» del santo, que resulta, por ende, el más viajero de todos los apóstoles, ya que también hay leyendas americanas que han llegado a ubicarlo en el Nuevo Mundo.

El hinduismo lo fue absorbiendo todo, pero, a cambio, debía permitir múltiples heterodoxias, ritualidades y localismos. De ahí el que hacia el **kama**, uno de los cuatro valores generalmente aceptados en el hinduismo —los otros tres son **artha**, **dharma** y **moksa**— se haya volcado una gran parte del peninsular indostánico y que la «Doctrina del Deseo», el **Kamasutra**, se halle en menor o menor grado, expresado en la mayoría de los templos hindúes. Son muy escasos los templos en la India que, discretamente o abiertamente, no posean bajorrelieves o estatuas alusivas al «Arte del Amor». En el sur ya vemos estas «mithunas», que así se llaman estos bajorrelieves del **kama**, en el impresionante templo de Rameshwaram y se hacen de nuevo presentes en el de Madura. Más al norte, fuera del recato meridional, el **Kama** adquiere condiciones descollantes como en Konarak, pero solo alcanzará su apoteosis en el pueblo de Khajuraho, lejos de los medios de locomoción modernos y unido por una tímida carretera a las localidades de Halpalpur y Jhansi.

Khajuraho, al igual que la mayoría de los tesoros arqueológicos y arquitectónicos enclavados en la región de las lluvias del sur y sureste asiático, se hallaba completamente escondido en la maleza bien que en sus alrededores vegeta una exigua población de unos dos mil habitantes. Sólo hace un centenar de años que se ha despertado cierto interés en el revivir de la capital de los Chandela y el iniciador fue el maharajá Pratap Singh. Su obra fue secundada más tarde, a principios de siglo, por una autoridad arqueológica: Sir John Marshall.

A partir de entonces el interés fue siempre en aumento y se ha puesto de relieve que este humilde pueblito de apenas dos mil almas llegó a ser una gran capital con una superficie de muy cercana al centenar de kilómetros cuadrados a juzgar por las distancias que separan a los templos. El triángulo que se traza visitando el grupo más importante, que es el occidental, en el que hay no menos de doce templos, el de Este, con ocho templos más y el meridional que sólo tiene dos reclama, en el conjunto de sus tres lados, una distancia aproximada de 25 kilómetros.

El andariego más empecinado de todos los tiempos, Ibn Batuta, alcanzó en su peregrinar la capital de los Chandela a la que llama Kajura en sus crónicas. De ella dice: «Es una bellísima ciudad construida alrededor de un lago hecho por la mano del hombre y toda ella jalonada de docenas de templos abarrotados de ídolos.»

En este Valle de las Palmeras («khajur», palmera) se concentra un mundo petrificado de lujuriantes figuras que la dinastía de los Chandela mandara esculpir para recubrir, prácticamente, todos los muros de los 85 templos que la vieja capital llegara a poseer en los siglos X

VARADOS (1)

BATE los arenales el fuerte ulular de los vientos marceños. Les sobresalta la invasión nazi de Checoslovaquia, mezcla de tristeza y satisfacción rencorosa, de temor a la guerra que agravará aún más su suerte, que les clavará más hondo los espinos en sus carnes.

Sigue la dama del alba llevándose a sus elegidos, los muertos por todos y nadie, los insepultos del amanecer que siguen gritando y que ni bajo tierra acabarán de morir.

Pasan los chubascos de agua y viento y malas nuevas, siempre son malas; los aguaceros de abril que destrozan más las chozas y harapos de los sobrados del mundo. En los charcos brilla el sol. Surcan los cielos nubes barrocas, blancas y redondas, de bordes fulmineos. Reciben los cementerios a los que en la otra orilla de la vida medio se dejan morir.

—Servimos de cebo a ese feroz Saturno de Goya, dice Rojas, cuyo catártico es el «dibujo de escenas de mi purgatorio en vida».

—¿Qué sacas de eso?, pregunta el Málaga.

—Deshago mis nudos, me fugo de mis tristezas, de los miles de hombres espejo que reflejan mi imagen...

—¿Cómo, si todo son amarguras?, insiste el Málaga.

—Tú tocas y cantas cosas tristes... Luego te sientes mejor. ¿No? Es igual... No hay como recordar mucho las cosas, darles forma, encontrar un por qué, para mejor olvidarlas o que no duelan tanto...

Los internados sólo hallan refugio en sí. Fuera de ellos todo es silencio y arena. Se ven víctimas de la ruptura del siglo, los han enjuiciado por un crimen que otros cometieron.

—Yo veo ahora a nuestro pueblo como a ese hombre trágico de los fusilamientos de Goya, dice Rojas. ¿Lo recordáis? Ese hombre que se echa adelante alzando los brazos, increpando al piquete...

También a ellos los pusieron ante el pelotón, justificándolo con toda clase de argumentos engañosos. Los que se salva-



ron son hoy el vivo testimonio de una verdad que desasosiega e irrita al mundo, ese mundo que los arrumba en sus desvanes por no verlos y esperar tranquilamente a que se mueran.

Es rumor la vida toda, rumor del viento rasgado en las púas, rumor de la muchedumbre, coro inmenso de pena interior y quejas distintas. Las horas e ideas se confunden en un caos de albas y ocasos cada vez más alejados del buen amanecer. Queda el consuelo de la bella amistad nacida en la desgracia, esa hermandad entrañable que sólo en las horas de cáliz une a los hombres.

—Esta indiferencia, tras la injusticia, dice don Pablo, señala el crepúsculo. Viene la deshumanización del hombre, su esclavitud tras los señuelos de gloria y poder que desembocan en la guerra...

Hay noches en que la paz oscura de la mar calma es un cruel contraste con el campo de justas de su vida interior, todo insatisfacción de vivir. Vencidos, piensan que no bastan las ideas. El solo argumento de peso es otra fuerza mayor, y hasta los más inocentes piensan que para hacer justicia y vivir tendrán también que matar.

Son los jóvenes quienes más sufren. Comprenden menos que nadie y son los que más preguntas se hacen. Viven metidos en el estupor, en una espera que es término en sí. No hay estoicos jóvenes. Todo es de una crueldad complicada, de trágica incoherencia. La vida que vivían al paso y la que irrumpió súbita rompieron por mundos distintos, cada cual

con una parte de su ser. En una el pasado, en otra su presente sin porvenir. Queda la fuga al azar, el portillo de escape de quienes esperan soldar ambas vidas y creen en sí, aun cuando ese creer pase a ser con la muerte la última verdad, o la locura de los que se refugian en la ilusoria coherencia de sus delirios.

—Vuestro desesperar tiene mucho de egoísmo. La humanidad no empezó cuando nacisteis ni terminará con vuestra muerte. Nosotros somos mucho de nuestros padres y no poco de nuestros hijos. Pensad en el ayer y tendréis fe para el mañana.

—Yo sólo creo en mi vida, don Pablo, y ésa me la han destrozado, dijo Andrés, el casi médico, a quien martiriza la idea de su carrera en flecos.

—No pidas que las cosas sean como las quieres. Ahora estamos en trance de aceptar. La vida es un prado con tierra, estiércol y flores... Haz por encontrar el lado bueno de las cosas. Siempre tienen alguno...

—Mis estudios, don Pablo. Mi porvenir... Todos los sacrificios de mis pobres padres para hacerme médico. Eso no debe perderse... Sería un crimen más...

—Encontrarás solución. Búscala con la misma fuerza que protestas.

Pero eran los que más ilusiones habían concebido y por ello mismo los que más esperanzas perdieron. Todas las de una juventud en la edad en que el sentir se impone al pensar, una juventud exaltada que luchó por forzar el destino, y que ahora cosecha en el arrenal los frutos amargos de todas las dudas.

La derrota y el destierro han abierto una sima inmensa entre los sueños y la realidad. Los amplios horizontes se han convertido en rediles en los años en que se forja el porvenir a base de alas y espacio. La edad emocional en que estudios avanzados y oficios aprendidos, sin grandes responsabilidades aún, están próximas las hermosas cosechas.

—Hay que olvidar, renunciar a la vida imaginada, como si entráramos en las órdenes, dice el Místico. Y esperar. El hombre habla y actúa en presencia de Dios que para todo tiene su hora.

—Si, hasta para matarte después de hacerte nacer y tomarle gusto a la vida, contestó Verdugo, el realista mayor. Eso será bueno para ti, pero aquí nadie piensa en meterse a fraile. ¿Crees posible una vida a base de olvido de cuanto pasó y pudo ser?

—Sólo nos queda esperar. Estamos en manos de Dios.

—Como lo estuvieron los niños que apenas llegados se los llevaron en baulitos de pino... Así se fue el mío. Su madre también estuvo en manos de Dios y también se la llevaron... Loca de dolor... Hoy no sé en qué manicomio vive ella ni en qué cementerio está él... Quizá estén en manos de Dios. ¿Eh, Místico?

(1) Primer capítulo de « Encrucijadas », última de las novelas publicadas por nuestro amigo V. Botella Pastor sobre temas del exilio español.

El "Kamasutra" en el apoteosis del cincel

y XI de nuestra era. Hoy, la ciudad que fuera admirada por el cronista Abú Rízan y sobre todo por el incansable Ibn Batuta, no alcanza a los 2.000 habitantes y escasamente 20 templos pueden localizarse en sus alrededores.

La arquitectura india puede considerarse como un monumental escultura y hay templos, como el del Sol en Konarak, en los que difícilmente pueden localizarse diez centímetros cuadrados en los que el cincel del artista no haya hecho prodigios. Khajuraho no escapa a la definición tampoco y sus templos parecen más bien obras de orfebrería elaboradas por manos de celoso. Los grupos de estatuas, con gran prolijidad femenina, son verdaderas obras de arte que demuestran el punto cimero alcanzado por el artista indostánico hace mil años. Los Chandela, admirados por su belicismo, su administración y las diversas obras construidas durante su reinado entre las que figuran gran can-

tidad de caminos y canales de irrigación, toleraron toda clase de sectarismo religioso aparte el budismo, lo que se expica por el énfasis que éste dedica a la castidad. El jainismo, que lleva el pacifismo al extremo y que condena el uso de prendas que impliquen la muerte de un animal como son los zapatos y los cinturones de piel, por ejemplo, que obliga a todo practicante a pasar un plumero, que siempre debe llevar con él, por las piedras y bancos donde va a sentarse para no aplastar a ningún insecto, el jainismo, también tiene su templo en Khajuraho, el Parasvanath, y es precisamente éste uno de los recintos en el que las imágenes sensuales causan mayor impacto en las miradas asombradas de los escasos visitantes que deciden aventurarse hasta este lejano villorrio, apartado de los grandes caminos.

Los peregrinos de la sensualidad tienen una meca: KHAJURAHU.

VARADOS



— Hay muchas cosas difíciles de comprender, y más cuanto de más cerca nos tocan.

— Sí, con los designios ocultos de Dios, que siendo vidente y todopoderoso nos lleva a sabiendas a maldecirle...

Era Verdugo hombre taciturno, lleno del resentimiento producido por la derrota, la injusticia y la impotencia que en él se convierte en odio. Su sólo bálsamo era pensar en los posibles desquites que les oíreza el destino, la guerra, al caer, los sufrimientos y muerte de los objeto de su rencor.

— Los baños de sangre ensucian las manos y envilecen el alma, decía don Pablo. Ni arreglan nada, ni dan la paz interior... Menos mal que tendréis tiempo para desahogaros maldiciendo y jurando...

Son también los jóvenes los que más se entregan a los momentos de cólera, a la rebeldía demencial, a la violencia penada, a la fuga cortada por un tiro en las lindes de alambre o los gendarmes que patrullan los caminos. Su vida ha varado al margen del mundo.

— Para no desesperar, les dice don Pablo, y ver el sentido de las cosas, no olvidéis por qué nos defendimos y por qué preferimos el destierro.

— Hay que tener mucho rejo para plantearse así el problema, dice el poeta. Esto sólo podría soportarse con un montón de cirujanos que nos dejaran muertos en vida, al aire el corazón y el cerebro, para que los laven la lluvia y el mar. Y que nos castraran también hasta la salida para vivir en paz...

— «Y que nos cortaran la lengua pa no oírno», terció el Málaga.

— No estoy conforme, replicó la voz tonante del Anarquista. Callar es dejar creer que se vive en el mejor de los mundos. Hay que gritar al pie de los cadalsos. Hay que impedir los crímenes del silencio. Hay que gritar al caer los compañeros. Hay que gritar contra lo injusto... La injusticia es una comida de esclavos que yo no digiero...

— «Pue te veo regoldando hasta que te encajonen, repuso el Málaga. Pero e bonito lo que dise y haremos una cansión. ¿Eh, Sanlúcar?»

..

Es el paso del tiempo el mejor paliativo. Se han quedado huecos. No creen en nada y desde el momento en que todo se da por pedido puede empezarse a volver a esperar.

Incluso el Anarquista encuentra un singular consuelo basado en una equívoca igualdad, la de sufrir juntos. Es un hombre alto, de noble semblante, un busto ateniense. «Los que se decían amigos del pueblo, aprenderán hoy aquí lo que es ser pueblo y hacer hiel. Hoy están en nuestra propia escuela, decía con una sonrisa bondadosa. ¿Les servirá de algo?»

Los más calmos empiezan a repensar la vida, a tener otra visión de ella. Se acepta tal como es y el acontecer cual se da.

La realidad se impone con todo su peso y a ella se acomodan a tirones dolorosos. Es la obra de la lenta procesión de las horas a pies arrastras. No se trata ya de salvar obstáculos insuperables, ni de rom-

per amarras más fuertes que su poder. Se intenta ahora aceptarlos en lo que tienen de fatal en espera de la oportunidad de vencerlos.

— La humanidad no puede naufragar en esta locura sangrienta de déspotas y verdugos, les dice don Pablo.

Antes de proseguir se tomó una pausa, miró a sus oyentes, los vio atentos. El callaba en cuanto advertía desgana en ellos.

— «El profesó anda buscando quien le ofrezca una colasa», dijo el Málaga. Se echaron a reír a la vez que surgía una serie de ofertas dignas de una rueda de presos o un corrillo de mendigos. Don Pablo tomó una punta de la lata más próxima, la encendió, y tras un breve saboreo, dijo:

— Si para nuestras vidas todo parece perdido, el hombre sigue con sus verdades eternas. Pero no hay que referirlo todo a uno mismo, hay que buscar nuestra relación con el acontecer, la de los principios con la conjuntura histórica, el porqué de las situaciones injustas. Estas se basan en algo lógico que se convierte en absurdo en cuanto se aplica a lo personal.

— No entiendo, don Pablo, dice un gañán que se bebe los dichos del profesor y se rasca no pocas veces el occipucio.

— Así me gusta. Pregunta siempre que no veas claro... Tú ves injusto estar aquí por haber defendido la voluntad del pueblo. ¿Verdad? El mozo asintió con un gesto. Y que la culpa la tienen los que nos dejaron a merced del fascismo... Pero hay otras causas... Nosotros también pecamos...

— Eso lo entiendo mejor. La república no hizo lo que debía. En el pueblo los amos mandaron más que nunca en nuestras despensas. «Que os llene la panza la puta república que trujisteis». El cacique cambió de casaca, pero siguió de alcalde, con ayuda del cura y la guardia civil... Y en cuanto pudieron nos apiolaron...

— Pero además, continuó don Pablo, hubo naciones fascistas, muy fuertes, que ayudaron a porrillo a los facciosos. Nosotros en cambio...

— También eso lo entiendo, interrumpió el gañán. Es aquello de «... y vinieron

los sarracenos y nos molieron a palos, que Dios ayuda a los malos cuando son más que los buenos...».

— Eso mismo, dijo don Pablo echándose a reír con los del grupo. ¿Veis?, añadió. Me hacéis creer que mi vida y los miles de libros leídos aún tienen sentido... Hizo un gesto de dolor y se sacudió la collilla pegada a sus dedos. Las apuraba tanto que se quemaba muchas veces. «Bueno, a lo que íbamos antes, prosiguió. En los grandes movimientos de la humanidad hay siempre una relación de causa a efecto, y ella es la que determina los hechos. Y si lo real no siempre coincide con lo justo, esa relación lo explica, nos hace ver que lo que parece absurdo es lógico, que tiene un motivo que puede desaparecer, y entonces...».

— «Eso tie mucho meollo, dijo el Málaga. Podremo hablá hata que lo juto y reá sean una sola y mima cosa y vorvamo a nuetra casa...».

— Si, algún día lo serán, dijo Verdugo. Con tal de que entonces no tengamos diez palmos de tierra encima...

— No te pondrán tanta, no te preocupes.

— Pues quizá no tengamos ni poca ni mucha... Yendo a lo concreto, repuso don Pablo, os diré que... El profesor les explicó la situación internacional a partir de la paz de 1914, las debilidades de las democracias, el avasallar del fascio, el miedo a la guerra y al comunismo. «Todas esas realidades son la causa de que aun siendo nuestra la razón nos hayan sacrificado...»

— ¿Y los principios? ¿Qué hacemos de los principios?, pregunta Andrés. Porque en el momento en que se prescindía de ellos queda la puerta abierta a todos los desmanes y violencias.

— Las fases históricas evolucionan. Las circunstancias que dieron el triunfo a los facciosos cambiarán. Sonará la hora de los principios eternos del hombre y los pueblos. Los mismos que adoran los dioses falsos viene día en que los destruyen...

— «Y arriba lo pobre der mundo...» El Málaga y el Sanlúcar se fueron del corro cantando a voz en grito.

V. Botella Pastor

1939 Campo de St-Cyprien



ENTRE POLITICA Y CULTURA

● Continuación y fin ●

—Hay una palabra que he oído frecuentemente, ya en París, en la Embajada del Uruguay, cuando el Dr. Guani me devolvió sin ápice de formulismo oficial y con amable sonrisa, el pasaporte con la visación de entrada a su país —dije en una de mis conversaciones con Zavala Muñiz—. Esta palabra tiene, en Europa, un sentido dudoso. Lo he evitado en mis escritos, porque en la misma han anidado, sobre la fina capa del plumón idealista, las víboras de todas las demagogias rentables y de los compromisos mortíferos. Podría parafrasear las célebres palabras de una víctima de la Revolución francesa, y exclamar: «Oh, Democracia, ¡cuántos crímenes se cometen en tu nombre!» Esta es la palabra, profanada por los proxenetas de la política, manejada como un sable de dos filos por los pequeños y grandes dictadores. La democracia ha sido y es todavía liberal y conservadora, burguesa y socialista, reformista y totalitaria, individualista y colectivista, blanca, negra, parda, roja, de todos los colores, vistiendo los ropajes de moda, y acostándose después con cualquiera que sepa acomodársela en el lecho tibio de los vicios llamados virtudes, en repúblicas como en imperios, en tiempos de paz y de guerra, bajo el signo del Orden o de la Revolución... He ahí por qué me asombro y aún me inquieto, oyendo esta palabra aquí también, con tanta frecuencia, con o sin razón, igual que cada otra palabra vuestra: Libertad. Para ustedes, la libertad parece inseparable de la democracia. La una determina a la otra. Quizás aquí como en todos los países jóvenes, constituidos hace apenas un siglo o dos, estas palabras no están todavía alteradas, como las frutas demasiado maduras, es decir, en vía de descomposición. Acerca del sentido individual y épico de vuestra libertad, creo que estoy mejor enterado. Pero, ¿qué significa para vosotros democracia?.

—La democracia, en el Uruguay —me contestó Zavala Muñiz, pensando cada palabra— es posible que alcance sus más puras y auténticas expresiones, porque concurren a favorecer su desarrollo y la plenitud de su ejercicio múltiples circunstancias históricas, económicas y sociales... No tenemos en el país ninguna raza esclavizada. Todos, en mayor o menor grado, somos de un mismo origen étnico. De modo, pues, que ningún grupo social, ni individuo, es, por su sangre, irredimible... Todo el proceso revolucionario por la independencia del país, fue realizado por las multitudes populares en busca de su libertad política, a la que Artigas expresó de manera genial. Nuestras propias guerras civiles, a pesar de otras dolorosas consecuencias, fueron, en el sentimiento popular, la culminación de aquel proceso...

... Por otra parte, los extranjeros que constituyeron la base étnica de nuestra sociedad, españoles e italianos, vinieron a nuestras playas no a buscar el oro o la plata, sino una libertad para su trabajo y su vida, que no hallaban en las sociedades feudales de que provenían. Este sentimiento es, pues, la más firme y fecunda tradición del espíritu del país...

... En lo económico: —Porque no está constituida en el país una casta suficien-

temente hermética y poderosa como para impedir que por el mecanismo del sufragio universal —que hace años es entre nosotros aplicado y respetado con escrupulosa lealtad— para impedir, repito, que la clase media y la clase obrera impongan sus soluciones de justicia. Y porque hemos sabido, por otra parte, defendernos de la voracidad corruptora de los imperialismos, entregando a la sociedad la propiedad de todos los servicios públicos esenciales para la vida de la nación. De este modo, no sólo defendemos la independencia económica del país, sino que hacemos, convirtiéndolos en patrimonio social, imposibles los monopolios de hecho de los servicios públicos, que son la base económica de la sociedad. Espero, por otra parte, que la reforma agraria ya sancionada en la ley sea, en el aspecto de que hablamos, de una influencia decisiva...

... En lo social: —Porque la gratuidad de la enseñanza, desde la escuela primaria hasta la obtención del título universi-

por Eugen RELGIS

tario, en concurrencia con los factores que ya le he mencionado, liberarán el espíritu del hombre y lo capacitarán para el noble ejercicio de esa misma libertad...

... Porque nosotros creemos que el hombre es naturalmente libre. Si se le pone en condiciones de serlo, el no abdicará jamás, y voluntariamente, de este derecho esencial de su personalidad. Por eso, pues, tanto en lo económico como en lo moral, nosotros aspiramos no a crear un mismo fin para todos los hombres —porque esto sería contrario a la naturaleza humana— sino a eliminar la injusta diferencia del punto de partida de unos y otros... En suma, nuestro concepto de la democracia es de que ella, eliminando injustos privilegios, permita el libre desarrollo pleno de la vocación de cada uno...

El tono sincero de estas declaraciones —hechas por un hombre de cultura que es también un político que ha probado por su pasado un alto sentido de responsabilidad para con su propia conciencia y para con su pueblo— podía resultar impresionante. Si la democracia está basada en el Uruguay sobre principios tan firmes y precisos, y es practicada —es decir, aplicada y defendida— por la mayoría de sus ciudadanos, entonces se puede esperar en una rehabilitación de esta palabra desnaturalizada por los demagogos y tiranos de Europa. Si la democracia está concebida, interpretada y practicada en todos los países sudamericanos del mismo modo que en este pequeño país, entonces se podría plantear el problema de una misión propia del continente americano.

Sabemos, empero, que la democracia norteamericana se ha vuelto más bien plutocrática y duramente imperialista. Ella subordina la libertad —la muy pregonada libertad— de sus ciudadanos a la acepción de un sistema de «libre» pero despiadada competencia, a esa ley de demanda y oferta que aplasta, como las ruedas del fabuloso Djagherath, a todos aquellos que no sean más ágiles, más as-

tutos, más «deportistas», eso es, más crueles que los otros. (De paso, hay que agregar que en los Estados Unidos el problema racial, y no solamente de los negros, ha cobrado después de la segunda guerra mundial formas tan odiosas como las persecuciones políticas totalitarias que han deshonrado a Europa.)

Por otra parte, no olvidemos que el fascismo y el racismo son sólo dos de las cabezas de la hidra dictatorial que durante tantos años había aterrorizado a los pueblos europeos. Otras cabezas han crecido ya, en el Viejo Continente, de otros colores —rojo, azul, verde— y tan insaciables como las anteriores. En el Nuevo Mundo presenciarnos con angustia el crecimiento de ciertas formas híbridas del neofascismo, alimentado por las juntas castrenses autóctonas y también por los prófugos de los regímenes dictatoriales derrotados, que asolaron a Europa. Una de estas formas híbridas, favorecida por el parentesco latino, italo-español, sigue infiltrándose en las capas profundas de la población indígena y de aquella ya asentada después de la época sangrienta de la colonia. La otra forma, de origen nórdico, es fría, calculada; es la ciencia de la crueldad total (igual que el imperialismo rojo, presente en todos los ámbitos del mundo) deshumanizada por la megalomanía de la puridad de raza y poseída por el ansia de exterminio de las poblaciones «degeneradas». Este neofascismo ha encontrado en algunos países sudamericanos el «material humano» al que amasa con destreza, igual que el comunismo político que sabe maniobrar las masas populares y especialmente a los «proletarios» manuales e intelectuales, bajo la bandera de la Revolución —mejor dicho: de la rebelión que siempre llega al saqueo y al asesinato, a la destrucción so pretexto de instaurar un «nuevo» régimen y una «nueva» sociedad.

En estas condiciones, ¿se puede hablar todavía de una misión propia de la América Latina? ¿Qué mensaje puede traer ella al mundo, en estos años sin paz real, ya que a la guerra caliente se ha sustituido la guerra fría, dotada de armas mucho más destructoras? Interrogantes a las que Zavala Muñiz trata de contestar sopesando siempre cada palabra:

—Lo que usted pregunta, es en realidad toda mi angustiada preocupación. Pues, no he escrito para saber cómo son los hombres, sino cómo serán. Pienso que América es en este momento histórico una voz inédita para la humanidad. El proceso de nuestra cultura, la diversidad de razas que nos han poblado, las inmensas extensiones territoriales aún sin incorporar al trabajo del hombre y a la civilización; la unanimidad con que un día el Continente proclamó su derecho a ser libre y dejó de ser colonia; esa misma unanimidad con que todos los pueblos que la habitan se constituyeron en República, nos señala un destino singular en el mundo...

... Yo sé que ha habido, y aún hay tiranos que sojuzgan a los pueblos, o grupos sociales que esclavizan a otros; que ésta es una larga y triste historia en nuestra breve vida de pueblos libres. Pero la propia hipocresía con que los tiranos — hombre o clase — proclaman sus sen-

De mis peregrinaciones americanas

timientos democráticos y el amor a la libertad, indica que ellos saben que sólo reverenciando esas virtudes, o simulándolas, puede ejercerse el poder entre nosotros. La fraternidad entre los hombres, de las más distintas razas y religiones, no es aquí un discurso necesario, sino la realidad histórica con la cual se constituyeron nuestros pueblos...

... Creemos en la virtud del trabajo pacífico; creemos en el hombre construyéndose a sí mismo; creemos en la esperanza que aún no ha agotado sus frutos; creemos en la fuerza del espíritu — y que la civilización puede crear las máquinas más perfectas sin otro fin que el hacer menos duro el trabajo del hombre en una tierra todavía virgen; creemos que el pensamiento significador y el hallazgo de la verdad florecen en cualquier tierra y deben ser recogidos por los pueblos, sin prevenciones chauvinistas. Porque de todo esto se ha hecho nuestra historia, y gracias a ello estamos haciendo nuestra cultura...

... Hemos sabido tener la sencilla humildad de proclamarnos discípulos de Europa, toda vez que ésta ha tenido alguna noble lección que enseñarnos. Nos han dolido sus sufrimientos, pero sin que nos manchen sus odios seculares. Los pueblos que allá se hallan separados por fronteras insalvables, puede ver aquí a su sangre mezclada por el amor bajo el mismo techo, en un mismo hogar...

... Cuando Europa deponga el cerrado orgullo de creer que sólo ella puede ser rectora del mundo, nuestra joven voz fraterna podrá contribuir a enseñarle, con el ejemplo, los caminos de la paz en la libertad... Con la obligación para nosotros mismos, de que esa paz no sea sólo en un lugar o en un momento histórico de América, sino en toda la extensión del continente y de sus tiempos. Obligación que aún no hemos cumplido...

..

El atardecer se acercó imperceptiblemente. Por la ventana de la biblioteca, en el sexto piso, las luces multicolores de Montevideo brillaban y titilaban entre los altos edificios nuevos y las sombras de los viejos barrios, dispersos lejos, más lejos, hasta la bruma grisácea y rojiza del puerto y las olas algo turbias y de reflejos acerados del Río de la Plata. Un barco altivo y como transparente, con todas sus luces encendidas, avanzaba despacio en la línea del horizonte, hacia el Atlántico, en su travesía de días y semanas, llevando a la vieja y convulsionada Europa nuestros pensamientos y todas nuestras nostalgias y esperanzas.

Montevideo (Uruguay)



LA PINTURA

2

La pintura No-Figurativa muestra el deseo de crear un mundo de formas con su significación en sí mismas. Por eso es válido afirmar que la obra de arte es gratuita, porque en cuanto creación es un fin absoluto que es propuesto al que la goza como una especie de imperativo categórico — sobre todo por el valor específicamente estético que sustenta. Los contenidos de conocimiento, nacidos en la lucha y la confrontación de las formas artísticas del pasado, cambian cuando nace un nuevo estilo, pero la obra en sí es un todo que hay que aceptar tal como se nos entrega.

En el arte primitivo las formas tomaron el carácter de una voluntad de aprehensión del mundo circundante. El deseo de metamorfosis encaminado por la belleza que esas formas contenían a suscitaban, fue convergiendo lentamente hacia un deslumbramiento ante los poderes extraños y sobrenaturales, deslumbramiento que hizo nacer la fe y las creencias en lo subterráneo.

Al encontrarse a ese mundo, se tradujo todo eso, — se lo expresó — en formas que rivalizaban con ese poder. Pero luego se tuvo que llegar a la conclusión de que esos poderes estaban en el artista mismo, y de ahí nació la voluntad de expresar lo humano contrapuesto a lo sobrehumano. La rivalidad entre esas dos realidades intelectivas fue el origen de la necesidad de edificar un mundo de formas que iban a luchar con las apariencias cambiantes de la realidad exterior. Sin embargo, el artista también crea con los materiales nacidos en los sueños de los hombres. El deseo de perennidad de esos sueños es transformado, pero en un anhelo de metamorfosis de las formas que éstas presentan. En el estilo que las alimenta vive, a través de los tiempos, aquello que suscitó su nacimiento. Ahí está patentizado, por sobre todo, la voluntad de transmitir un significado dado al mundo que las viera nacer.

El significado que expresa el arte tiahuanacota, por ejemplo, es el rechazo y la negación de todo lo aparente y lo fugaz y la jerarquía espiritual alcanzada por los hombres contra el medio hostil; nace así el valor supremo de aquella cultura: su antideterminismo y su absoluta fe en el poder de dominio de la fuerza espiritual humana.

Por eso es que la creación artística se basa en el anhelo fundador de crear relaciones entre las cosas que sobrepasen el sistema de relaciones ya existentes. Porque crear es hacer evidente una nueva visión de la realidad: hacer vivir una imagen que busca su propia esencia formativa distinta de aquella por la cual ha sido elaborada. Ese nuevo sistema de relaciones que se crea entre la obra de arte y la realidad está encaminado al descubrimiento en los hombres de esas partes constitutivas de su ser, las más oscuras y desconocidas así como las más incontrolables, y de igual manera las orde-

nadas y las que le sirven para la posesión intuitiva y racional del mundo.

En la pintura las facultades cognoscitivas se convierten en medios de expresión en sí mismas, cuando se comprende que todo conocimiento y toda forma aceptada está sometida al artista para que éste encuentre aquello que siempre ha buscado: el absoluto.

Por eso es que toda obra de arte no es más que una posibilidad que fundamenta y da razón al quehacer de los hombres. Es darle una trascendencia esencial a toda acción intelectual, tanto como a la acción material: la correspondencia de finalidad humanas entre la lucha y el deseo de justicia social, se le puede expresar en la obra de arte por un positivo anhelo de orden, armonía, perfección formal y equilibrio. Cuando un estilo artístico expresa un rechazo del orden que otro estilo proclamaba, hay seguramente una íntima relación entre la concepción existencial del creador y la realidad que confronta.

El acto creador responde a una profunda necesidad psíquica y biológica que, en el artista, se convierte en la búsqueda de mundos que sobrepasen a la simple reproducción de las imágenes y las formas de la naturaleza. Todo eso que lleva a los hombres a agotar lo inagotable en esas formas, les confiere su facultad de creadores. Aparte de las incitaciones psicológicas y naturales del juego puro, que es una creación sin orden ni dirección: evidencia de un sueño buscado que sólo tiene validez mientras no lo sueña.

La obra de arte es la posesión continua y voluntaria de todo sueño, en el cual están los significados que los hombres encuentran sobre sí mismos. Porque allí donde no existe una voluntad rígida, no hay más que una libertad que se pierde en sus imprecisos límites, en los oscuros límites de la vida y el sueño. El mundo que el artista vive es examinado y luego, convertido en fragmentos que necesitan un orden nuevo y leyes estrictas a las cuales someterse en ese ámbito propio que les corresponde y los llama: en el ámbito de la creación.

Pero, aparte de ese examen y fragmentación del mundo, lo que vale es el crear formas que en nada se relacionen con las ya existentes. La vivencia del mundo y la contemplación de la naturaleza, le confieren al artista el desarrollo de ciertos medios que nacen en él como facultades naturales para la creación y el ordenamiento subjetivo de su obra.

La subjetividad del artista está en íntima correspondencia con una subjetividad en cuanto a los fines con que se manejan y elaboran las formas que se crean. El rechazo y la metamorfosis de aquellas heredades, implica un examen subjetivo sobre su validez, a la vez que una confrontación objetiva de lo que esas formas expresan los valores a los que sirven. Puede existir una profunda admiración para las obras del pasado, pero el artista contemporáneo no puede seguir aceptándolas en su finalidad estética objetiva. Es por esto que ya no podemos continuar pintando y concibiendo la obra de arte como lo hacía Rafael y hasta el mismo Cezanne, o Van Gogh, sin caer en un

no FIGURATIVA



por Edgar AVILA ECHAZU

contrasentido y en una negación de la esencia del arte.

En la pintura se crea siempre sobre las obras ya existentes, no sobre las cosas de la naturaleza, porque precisamente aquellas obras son las que enseñan a ver la naturaleza. Ahí nace esa confrontación de un estilo que es, o ha sido, con aquel que va a ser. Aparte de que la obra de arte tiene su valor en la posibilidad de aprehensión de una realidad o en la expresión de esa posibilidad, también vale por lo que es, simplemente. No por lo que ha sido o podido ser, sino por lo que es. Tiene, ante todo, una existencia pía, indiscutible. Aunque luego sea discutida la calidad estética de su forma, su orden o su pretendida significación.

**

La pintura no-figurativa se aparta de la representación de todo mundo en que la apariencia reine. Su lenguaje específico le confiere el poder de su existencia irrevocable. La naturaleza, con sus múltiples formas, hace nacer en el artista — ciertamente — un sentimiento fundamental: el de crear formas que el pueda contraponer al mundo existente. El acontecer histórico que vive y experimenta, junto a los valores ya establecidos, le sirven como incentivos para la creación de nuevos valores que siempre nos muestran una parte de los hombres: aquella que más ha conmovido al artista.

El concepto con que se encara la creación, en la actualidad, se basa en la búsqueda de una dignificación del productor de arte en el mundo contemporáneo, al dar un valor absoluto, en sí, a la creación individual lograda siempre a través de las anteriores conquistas colectivas del pasado artístico; lo que, en definitiva, implica también una nueva valorización del hombre moderno: contrapuesto al hombre aislado, solitario por voluntad y «destino», al hombre de las élites burguesas, producto de una mentalidad nacida en las nebulosas pseudometafísicas conformadoras de una «libertad» sólo los «elegidos» que flota sobre la realidad que les toca vivir a todos los hombres.

Porque, al conceder un supremo valor a la obra gratuita del artista, no se está — como se pretende interesadamente — reconociendo una total ruptura entre lo individual y lo colectivo, sino que toda obra es un deseo aproximativo de relación y acuerdo con todo aquello que es producto de una experiencia común, firme aceptación de la grandeza de los hombres que crean y viven sin apoyos y justificaciones extraterrenas, y que ahora son capaces de dominar — por su voluntad de conocimiento — al mundo que desean construir, en el cual lo colectivo y lo individual ya no serán términos que se combatan, sino que van a constituirse en una síntesis armónica de la realidad humana.

Por ello es que las formas que la pintura no-figurativa elabora son una metamorfosis de los estilos artísticos pasados y una concitación de nuevas formas que suscitan una conquista sobre lo muerto de las que se heredan. Este concepto equivale a un no conformismo con los valores ético-políticos-culturales debidos a la metafísica dualista de la burguesía, que ya no corresponde a una época que está

naciendo; donde el papel propio del artista ya no va a ser de constituirse en el sustentador intelectual de las ideas abstractas que justifican la explotación de las mayorías por parte de las minorías.

Si bien es cierto que la producción está condicionada por factores psicológicos, éticos y económicos, que nacen y se dan en determinado tiempo, nunca sólo éstos los que determinan absolutamente la creación. Aquellos factores condicionan, de cierta manera, la visión sobre las formas existentes, pero tampoco determinan, por sí solos, su aprehensión (1).

Existiendo diversas maneras de interpretación del mundo y de conocimiento de sus formas, se explica que también existan muchas significaciones sobre éstas que cada estilo hace perdurables cierto tiempo. No ha habido ninguna etapa histórica ni cultura que haya engendrado una obra, o varias, en las cuales esté agotada su significación.

Así como las convicciones varían y el conocimiento se enriquece con el fluir y el acontecer histórico, así existen muchas significaciones que patentizan los estilos

(1) No hay que perder de vista que entre la causa y el efecto, entre los medios y los fines, actúan otros factores; esto para las interpretaciones simplistas y equivocadas de un materialismo dialéctico mal entendido y mal aplicado al problema creativo y a la producción artística. La visión subjetiva y el elaborar objetivo que hacen que el artista tenga tal o cual punto de vista o pensamiento referente al acto creador, se une — a veces se contraponen — a los elementos heredados y a las concepciones aceptadas sobre el papel del arte. Es por eso que los factores psicológicos, éticos y económicos, que se dan en una época, condicionan la producción; es decir, que tienen su grado de influencia y de intensidad en la forma de la producción artística, la cual varía de acuerdo a las sociedades productoras en cuanto a la forma. El artista ha sido condicionado en las enseñanzas de su tiempo y, luego, con el aprendizaje técnico estilístico y con el desarrollo de sus conceptos valorativos de una realidad confrontada, va a optar por rechazar o amplificar ese condicionamiento: va a elegir ser un creador, es decir, cambiará en adelante la visión general sobre la obra de arte. Esto no se opone a que, en ciertas épocas o periodos históricos, exista una comunidad de intereses, cosa que el artista expresa por la acentuación en su obra de algunos significados de los valores espirituales que unen a las sociedades. Pero, sustancialmente, lo que hace al creador es la forma como desarrolla o metamorfosea los estilos que le han precedido, o

FESTIVAL SOLIDARIO EN PARIS

Invitamos a nuestros lectores residentes en París y extensiones a concurrir al Festival solidario anual que tendrá lugar el día 21 de mes de abril próximo, a las dos y media de la tarde, en la sala grande del Palacio de la Mutualidad (Metro Maubert - Mutualité). Ambiente de arte y fraternidad muy conveniente para los espíritus escogidos. Un mínimo de 2.000 personas afines reunidas en un acto de ayuda mutua. Solicitar billete de entrada a esta administración. Precio del mismo: 5 F.

artísticos de las diferentes culturas. Las obras que en ellas nacen obtienen su valor y su verdad de esas convicciones. Y es por esto que toda verdad, en arte, jamás ha tomado parte de aquello que pueda ser verificado solamente por la razón — sobre todo en la pintura —. El conocimiento intuitivo y subjetivo, que es patrimonio del arte, rebasa los límites de toda interpretación puramente psicológica, económica o moral de la realidad, sin desdeñarlas en absoluto. La precisión de un dato histórico sobre una obra de arte, nos muestra y nos enseña a ver y comprender una parte del tiempo en que ésta fuera creada, los estímulos que el artista ha recibido o dejado de recibir en comparación con otras épocas y las condiciones en que fuera realizada.

● Continuará ●

como cambia la visión antes aceptada sobre la realidad. La pintura, por ejemplo, no evidencia los mismos fines y valores que la obra literaria o la arquitectura; de ahí que hay que tener mucho cuidado con la utilización actual que se quiere dar a toda interpretación materialista con relación a la creación artística. Al respecto, es sabido que el mismo fundador del materialismo dialéctico reconocía que el esquema determinista de su doctrina no podía ser aplicado en todo su rigor en el campo del arte: « En el arte — decía — es sabido que los periodos de floración determinados no están de ningún modo en relación con el desarrollo general de la sociedad, ni, por consiguiente, con la base material, con el esqueleto, por así decirlo, de la organización social ». Por esto hay que convenir en que ningún determinismo es válido para explicar o realizar la obra de arte; en este sentido el creador es el ser menos determinista, lo cual no significa que su obra sea realizada con sujeción a sus propias leyes, puesto que las diversas valorizaciones de la realidad existencial que nos entrega contienen relaciones del mundo expresadas con un lenguaje específico, lo que explica también, en cierta forma, el valor estético concedido a la obra artística dentro de una sociedad y una época. Además, el arte en general, y la obra en particular, constituyen para su creador una posibilidad de libertad con respecto a toda concepción que lo constriña a cualquier servidumbre intelectual. Es muy diferente el sentido que nos da la relación que la teoría marxista encuentra, y explica, sobre las maneras cómo son aceptados y rechazados los valores culturales, los cuales tienen cierto grado de influencia en la creación, según la sociedad productora y las circunstancias exteriores que vive. Lo cual nos lleva a explicar las diferentes concepciones sobre la función del arte dentro de las sociedades y la evolución histórica, que implica también al juicio valorativo de la moda, del gusto y de la misma expresión de los valores culturales por el arte en general; en ese examen de las nociones sobre la función social del arte, de acuerdo a la época d su nacimiento, no hay que descuidar la dilucidación de la importancia de los factores condicionales debidos a la formación intelectual, la educación, y la misma herencia en el artista como creador.

Pintura española en París

por Sol PASAMAR

POR vez primera en Francia se ha logrado reunir una tal cantidad de pinturas de artistas españoles. Casi todo lo que se halla expuesto en el Museo de la Artes Decorativas procede de museos y templos de varios rincones de Francia.

Acostumbrados a los llenazos de los estadios y de los « music-hall », los nidos de arte y las iglesias se nos antojan lugares de soledad y recogimiento. Por eso la gran afluencia de público en la Exposición de arte español que nos acupa nos produjo asombro. El gentío se agolpaba, estupefacto, ante la calidad de las obras de nuestros maestros. A un guardián le indicamos: « ¿Mucha gente, verdad? » « No me hable — repuso el aludido —. Todos los días igual. Apenas se puede respirar. Suerte que me trasladan. »

Las telas expuestas van del siglo XIII hasta Goya. Abunda la pintura primitiva catalana. Constan algunas obras de maestros aragoneses del siglo XIV, muestras de la escuela valenciana, y lienzos de virtuosos castellanos. Los temas tratan de religiosos en gran cantidad a lo religioso. La vida de Cristo, escenas de los Apóstoles, toda la gama de leyendas que el cristianismo engendró en sus primeros albores. Más que obras de arte apreciables por su perfección técnica, se trata de manifestaciones de época remota marcadas por un deseo global de vida y de belleza. Podemos, modernamente, apreciar la vida con mayor optimismo; pero mer-



ced a la diestra mano de esos sencillos artistas llega hasta nosotros el eco espiritual de los siglos pretéritos. Algunas de esas telas, de línea bella y primorosa, parecen predecir el Renacimiento. La fuerte originalidad de estos primitivos contrasta seguramente con nuestro concepto de un arte menos « deshumanizado », haciéndonos preferir íntimamente el arte temporal que, por la forma y el gusto, más se acerque a nosotros.

Los siglos XIV y XV ya empujan hacia nuevos horizontes, logrando otras formas expresivas. Poco a decir de pintores al alcance del gran público. Muy alabados y comentados, con limitado conocimiento real de los mismos. Pues ahí están los Velázquez en abundancia; Goya sólo ocupa una sala; puede uno familiarizarse con Zurbarán y Ribera, menos conocidos. Zurbarán, extremeño, viene al mundo en 1588, se hizo pintor en Sevilla, y tras una

existencia de labor maestra, murió menesteroso en 1664. De él destaca un « San Francisco de Assis » muerto y mirando al cielo (según la leyenda) de pie ante el sarcófago que ha de contenerlo. Zurbarán supo captar este momento de éxtasis y el público parisién de 1963 se lo ha apreciado admirablemente.

Después del extremeño interesó el valenciano José Ribera, « El Españolito » de Italia, país en el que permaneció casi toda su vida. Acusa influencias napolitana y veneciana, sin que puedan desprenderse del colorido los motivos de su tierra. Pese a lo que se dice del sol y de la luz de España, Ribera, como Zurbarán, como todos los clásicos españoles (Goya exceptuado) tuvieron predilección por el negro contrastado y por los matices tenues, más que por los tonos encendidos. Los « filósofos » de Ribera son portentosos en claroscuro, con recargo del último tinte. Su técnica recuerda la de Rembrandt. De lo riberesco sobresalen « Pied Bot » (que ya habíamos admirado en el Louvre) y « La Adoración de los Pastores », recios rebañistas, rudos por su primitivismo, su zamarra, casi harapientos, piel rugosa y curtida, y no obstante de expresión humilde. La literatura hispana se ocupa de seres deformes y enanos, y nuestra pintura histórica la sigue. El « cojo » de Ribera es digno, pero pícaro, en defensa de los impotentes.

No quisiera terminar esta impresión sin dedicar unas líneas a Murillo por su « Mendigo », otra muestra original de la picaresca española. Este « Mendigo » bien podría ser el prototipo de los pícaros de nuestra tierra. La pobreza cruda, descarnada, se manifiesta en la faz insatisfecha del muchacho — puesto que de muchacho se trata — en lo desarrapado del mismo, en la cortedad de su pelo... y en la aplicación maliciosa al exterminio de sus piojos. El realismo de este cuadro estriba en el gesto entregado del mendigo y en el chorro de luz ventanera que le da inusitado relieve.

Esta Exposición es una abundancia de arte verídico. En ella el visitante chapuza en la historia. De una sala a otra los años se deslizan vertiginosos e inexorables. Abandonamos el recinto con la sensación de dejar en él a siglos amontonados, o mejor: prendidos con clavos...

El hombre que parece malo y es bueno

TODOS los pecados que cometemos caen en la balanza a su nora. Si en el más allá se pagan, no lo sé: de que aquí los cobran con rédito usurario porque hay una usura immanente hambrienta de nosotros que no perdona bocado, ¡vaya si estoy seguro!

Nada tan frecuentemente filantrópico como la justicia de las audiencias. No se ha visto en ningún juicio oral liquidar una causa ordenando a los ujieres azotar al reo en bragas caídas delante de la gente. Esto sería demasiada pena, y la justicia es humana.

En vez de repartir azotes con tiento, reparte años de presidio con largueza, porque ella no los tiene que cumplir.

« Encina — casi todos los presos se apellidan Encina —, a muerte civil te condeno ».

Verdaderamente, treinta años de cadena significan nada para un reo pudiendo comparado con treinta azotes. Los zorros, cedazos, mosqueros, zambombas navideñas, etc., están hechos de la honra que quitan en los estrados de Temis. A todo juicio prosigue el despellejamiento de San Bartolomé, la invalidez en virtud de afrentosa sentencia. Para el Código no hay calaveras, no hay más que delincuentes.

De edad de diez y ocho años Pedro Luis de Gálvez cometió en la ciudad condal, una calaverada. Andando el tiempo sale a la superficie. Cumple condena por lesa majestad cuando para asistir a juicio

oral, le sacan de Ocaña y le llevan a Barcelona. ¡Otra vez en el tanquillo de los acusados, ahora por un delito común! Veintiocho meses de presidio correccional implica el asunto. Esto fue un chorro de agua fría para los que, en Madrid, con palmas, esperándole estaban.

PUYOL

PEDRO LUIS DE GALVEZ

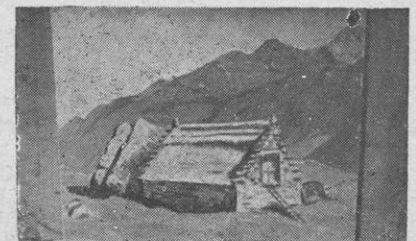
Como «El rufián dichoso» de Miguel de Cervantes, fue Pedro Luis de Gálvez una vida alocada; si aquí pone al servicio de una reiana la espada, fue en tierras del Ponifice capitán de tunantes.

Aquí mendigo, allá caballero con guantes, en Madrid mal de amores, vino, mala posada; dentro del arte todo, fuera del arte nada. talla un soneto como se tallan los diamantes.

Muere el bufón y el hombre nace cuando la guerra, dcfiende a Madrid como Mangada en Cuatro Vientos y es otra voz que cubre de pólvora la Sierra.

Y mientras que se fugan los héroes de tra[moya], muere de pie en el muro de los fusilamientos como en un aguafuerte de Francisco Goya.

ALFONSO CAMIN



Cabaña pirenaica, de Zárate.

LOS LIBROS

« Rebel in paradise ». — Richard Drinon. — The University of Chicago Press. — Chicago 1961. — 349 páginas

HAY algo muy paradójal en lo que concierne a las figuras anarquistas : Son muchas las veces que los que las « descubren » o les rinden mejor justicia, no pertenecen al campo ácrata. Ya en cierta ocasión, hablando de Ando Shoeki, un verdadero precursor del anarquismo en el Japón, anterior a Godwin inclusive, hice acopio de énfasis para poner de relieve que el descubrimiento se debía a un diplomata : Hernert E. Norman, quien hurgando en la búsqueda de materiales para desarrollar un tema sobre el feudalismo nipón dio con la figura de Ando Soeki que nos ofreció sin deformación y en un medio genuinamente libertario.

Ahora nos hallamos frente a un estudioso, honrado y progresista, no hay duda, pero no se ve ligado por ninguna clase de nexo con el movimiento anarquista, salvo los conocimientos obligados que como instructor en Ciencias Sociales de la Universidad de Minnesota y auxiliar de profesor de Historia en la Universidad de California, es obligado poseer. Y este honrado, estudioso y progresista anglosajón decidió, un buen día, confeccionar una de las mejores biografías, si no la mejor, de Emma Goldman.

La lectura de este volumen, cuya traducción al castellano se impone inaplazablemente, nos proporciona la vida corriente de la gran anarquista rusa, desde su lugar de infancia — vio la luz primera en Kovno (Lituania) en 1869 — hasta el día de su muerte en Toronto el 14 de mayo de 1940, todo ello narrado por alguien que, al descubrirla fortuitamente, no pensaba dedicarle demasiado esfuerzo intelectual pero termina, como el propio Drinon señala, *queriéndola y confiando en ella plenamente.*

Hay pasajes en el libro de Drinon que ponen de manifiesto la entereza de un carácter como pocos han existido. Amor e idealismo, el primero devotamente enfocado hacia Alexander Berkman y el segundo completamente volcado hacia el anarquismo, convierten a Emma en un caso excepcional de tenacidad y apostolado. Su temperamento de mujer, se da por entero a las dos causas que para ella son una sola, lo que explica cómo, después de haber erigido a Johann Most a la categoría de ídolo casi, llega a cruzarle la cara de un latigazo en presencia de los miembros del grupo « Autonomie » por la condena que Most hace a Berkman cuando éste atenta contra el presidente de la Carnegie Steel Co. Ltd., Henry Clay Frick, por haberlo considerado, aquél, como el responsable del « lock out » de la planta de Homestead, en Pensylvania. Por

LIBROS ★ LIBROS ★ LIBROS

SOCIOLOGIA
HISTORIA
LITERATURA
CIENCIAS



PEDAGOGIA
NARRACIONES
BIOGRAFÍAS
POESÍA

Adquirirlos en UMBRAL, 24, rue Ste-Marthe, Paris (X), es ayudarlo

Servicio de librería

«Siete tratados», J. Montalvo	630	«Daysy Miller», Henri James. Diccionario francés-español, Vox	300 1 500
«La simulación en la lucha por la vida», J. Ingenieros	450	«La damita de la casa grande», Jack London	600
«Sistema de las contradicciones económicas», Pedro-José Proudhon	1 500	«Náufragos», Oscar Beausolle	175
« Sodoma y Gomorra », Marcel Proust	750	Nociones de gramática histórica, Gili Gayal	225
«El sombrero de tres picos», P. de Alarcón	350	«Dans le mortier», Han Ryner	390
« Los sombríos », Higinio Noja Ruiz	150	«Historia de España», profesor S. Oliveira (tres volúmenes)	84 00
«Stuart Mill», T. Taine ..	450	«Democracia cooperativa», H. P. Warbase	1 000
«Trois pierres chaudes en Espagne», J. Bureau ..	840	«Revolución social en el siglo XX», C. R. Rama ..	15 00
«Teatro», Alejandro Casón	1 200	«Año tras año», A. López Salinas	15 00
«Tanguy», Michel del Castillo	690	«El laberinto español», Gerald Brenan	24 00
« El torbellino de Medio Oriente », Alardo Prats ..	800	«La vuelta al mundo de un novelista» Blasco Ibáñez (tela)	22 50
«Desde el fondo de la tierra», E. L. Castro	750	«Obras completas», J. Enrique Rodó (cartoné)	25 00
« Tácito », Gastón Boisier	420	«Cómo gasta el Estado el dinero de los españoles (lo que no se puede decir en España)», Vicente Sebastian	6 00
«Testigo de mi tiempo», Eugenio Relgis	160	«La revolución», Landauer	6 00
«La dama de las Camelias», Dumas (hijo)	260	«Obras completas», «Alma Fuerte» (cartoné)	15 00
«Tancredo», B. Disraeli ..	360	«España en la ruta de la libertad», Manuel Villar ..	2 00
«Tampico», J. Hergersheimer	600	«Geografía de España, Juan M. Grima	7 90
«Los titanes de la pintura»	500	«Geografía de España, José Terrero (tela)	22 50
«Los titanes de la oratoria»,	500	«Enciclopedia autodidáctica», Dalmau Carles	17 50
« Traslatlántico », Ginas Kaus	600	«Reivindicación de la libertad», Ernestán	2 00
«A tragedia da Espanha», E. Fernández y González	500	Giros y pedidos a Roque Llop. 24, rue Sainte-Marthe, Paris (10) C C P 1350756	
« Tom Sawyer », Mark Twain	350		
«Todos ahora contra la guerra», J. Maguid	90		
Diccionario de la Rima, Peñalver	400		

Berkman está dispuesta a todo. Eran como los personajes de la novelística rusa, dice Drinon, quien narra algo conmovedor : « Emma, seguidamente, siguió el ejemplo de Sonia Marmeladov en « Crimen y Castigo », de Dostoyewski. Sonia se vuelve una prostituta para mantener a su familia. Emma sintió que no podía hacer menos por Berkman: él es-

taba ofreciendo su vida; ella podía, por lo menos, dar su cuerpo. Así, un sábado por la noche, el 16 de julio de 1892, Emma se presentó, ataviada con prendas de elegancia barata, a la Calle 14, reuniéndose con las prostitutas del sector ». El episodio fue breve. Emma no se decidía por ninguno y el escogido en suerte se limitó a darle diez dólares y a in-

EL CINE

La trágica historia de Sacco y Vanzetti en cine.

ROMA (ANSA). — Finalmente se ha tomado la gran decisión de filmar una película sobre Sacco y Vanzetti. La idea estaba en discusión desde hace algún tiempo entre Dino de Laurentiis —que será el productor del film— y algunos de sus colaboradores y amigos. En realidad es una idea de vieja fecha y que muchas veces se discutió en los medios cinematográficos internacionales, en especial en los italianos y los norteamericanos.

El director elegido para su realización es Richard Fleishner, a quien se deben films dispares por méritos, desde «Compulsión» —otro tema candente judicial, el del proceso a Leopold y Loeb—, película destacada hasta «Barrabas», el gran film espectacular más reciente y ante «20 mil millas bajo el mar», film de cienciaficción de gusto un tanto anticuado pero igualmente válido, aunque inferior en todo sentido a otro film de inspiración verniana, el de Karel Zeman, «Una invención maravillosa». Para los papeles protagónicos todavía no se decidió nada, aunque se hace el nombre de Burt Lancaster para uno de ellos.

La tragedia de Sacco y Vanzetti fue llevada diversas veces al teatro y a la televisión. En 1960 un teatro de vanguardia en Greenwich Village, representó el drama de Armando Aulicino inspirado en la historia de los dos anarquistas. El año siguiente hubo una versión televisada dirigida por Sidney Lumet. En otoño de 1961 una nueva ópera musical fue confiada a Marc Blitzstein, por la Fundación Ford y se estrenó al poco tiempo. En 1961 una compañía italiana estrenó una notable obra de teatro inspirada también en aquellos trágicos episodios de la historia. Sus autores eran Rolo y Vincenzoni y la pieza tuvo gran fortuna y fue luego representada en otras partes del mundo.

El film es especialmente esperado en los Estados Unidos donde, a los 35 años de la conclusión de aquel drama, la historia sigue manteniendo despierto el interés de los estudios de derecho y de historia social. El film se basará en el desarrollo del proceso y en documentos sobre la muerte de Sacco y de Vanzetti. La nueva versión contribuirá seguramente a caldear un proyecto de reapertura del proceso para la rehabilitación de los dos italianos cuya muerte fue condenada en todos los países del mundo y suscitó polémicas que el transcurrir de los años y los tumultuosos sucesos de guerra y revoluciones sociales no han apagado ni mínimamente. Se sabe que Vincenzina Vanzetti, hermana de Bartolomeo, proporcionará documentos de interés para la filmación. Vincenzina ha dedicado su vida entera para lograr la rehabilitación «post mortem» de su hermano.

vitarla a mantenerse alejada de la « profesión ».

Lamentable, en el libro de la « The University Chicago Press », es la ausencia de un corrector conocedor de los vocablos, siglas y organizaciones españolas, todo ello abundante en el capítulo XXXIII, que resulta el niño pobre de la obra por la serie de errores tipográficos que presenta.—V. García.

Familiaridad con
los músicos

CLAUDIO DEBUSSY

ESTE dilecto compositor francés vio la luz primera el día 22 agosto 1862 en St-Germain-en-Laye (S. y O.), viniendo en cabeza de un futuro grupo de cinco hermanos. Su padre, comerciante ceramista, pensó dedicarlo a la ocupación de marino; pero, percatado a los once años de Claudio de la profunda vocación artística de este, decidió sagazmente ingresarlo en el Conservatorio de Música parisiense. Aparte de ello, el niño Claudio había recibido lecciones de piano de una dama de Fleurville, que en sus buenos tiempos había sido alumna directa de Federico Chopin. Parece indiscutible que el futuro compositor y concertista debió recibir la influencia bienhechora de la citada señora. Pese a todo, el muchacho se acomodó mal en el Conservatorio, cuyas obligaciones académicas se le antojaban asfixiantes. En arrebatado de independencia se le ocurrió exclamar que todo instituto oficial « exige cédula personal y código de ruta » al individuo. Así su formación, que pudo darse por por satisfactoria, dependió tanto de las lecciones recibidas como de la indómita voluntad del osado desertor del mayor instituto francés de música.

Antes de entrar en edad militar fue admitido en un trío organizado por la baronesa von Meck, protectora de Tchaikowski, con cuya formación visitó Italia, Austria y Rusia, aprendiendo en este último país la melodía zingara. Libre de compromisos regresó a París, en cuyo desdenado Conservatorio ganó, en 1884, un premio de composición con su cantata « El hijo pródigo », despertando con ello el interés de Roma, localidad entonces atenta a los nuevos valores artísticos. De la Escuela de Música romana Debussy salió nuevamente desairado, dando vivas a la libertad, por considerar a la Villa Médicis « convento laico », y aun diciendo pestes de la Villa Eterna, de sus ídolos y sus antigüedades. Vuelto a París tras unos tres años de ausencia, rompió con la música oficial francesa y trabó amistad personal y literaria con Pierre Louys, Mallarmé y Huymans.

Para conocer al punto la música de Wagner pasó a Bayreuth, siguiendo atentamente la representación de las obras del músico alemán. En la Feria Internacional de París (1889) se percató, yendo de una a otra barraca, de las raras melopeas indonesias; y en Boris Gudonov, de Mussorgsky, percibió influencias para componer su *Pelléas et Mélisande*, ópera muy suya, sin embargo, que vino a costarle más de nueve años de esfuerzos creadores. Tras no pocas gestiones esta obra pudo ser estrenada en el Teatro de la Opera, en cuyo coliseo era considerado un maldito, como antes que él fue asimismo interpretado Berlioz. Aconteció esa suerte el 30 de abril de 1902, motivando un recio escándalo que, poco a poco, se fue extinguiendo para abrir paso, cuando menos, al respeto, para una partitura finamente trabajada y a ratos deliciosamente inspirada, marcando tal vez los principios de una nueva estética.

Debussy afirmaría el carácter de su música, con lo que se vino en llamar sus « resonancias naturales », sin duda trabajadas, siempre magistralmente pensa-



CLAUDIO DEBUSSY

das y conseguidas. Es la característica tanto de sus obras mayores como menores, incluyendo en todas ellas, *Pelléas* aparte, sus numerosas barcarolas, sonatas, suites, improvisaciones, exotismos, impresiones de naturaleza (oigase al efecto su composición *Jardins sous la pluie*, de una plasticidad convincente, si no arrobadora), el *Prélude à l'après-midi d'un faune* universalmente celebrado, el *Martyre de Saint Sébastien*, « *Children's corner* (pieza dedicada a una hija suya), etc., pero en un etcétera inacabable, pues el inconformista Debussy fue inconstante en muchos aspectos de la vida, pero no en el del trabajo.

Obedeciendo a ese talante suyo, Claudio tuvo trato borrascoso con varias personas adjetivadas respetables, en realidad protocolarias, y a ello podía igualmente contribuir la presencia engañosamente alterada del artista, cuyo físico se advierte en la pintura que reproducimos, no mal mirada — en estampa animada — por varias mujeres que obtuvieron amor y desengaño del inconstante Debussy.

En españoles, un detalle nos conviene remarcar de la obra ciertamente magnífica de Claudio Debussy, y se trata de su tan extensa como feliz *Suite espagnole*, en la que se ve pronto que su autor ha bebido arte ibero en fuente discreta. El colorido, los giros de cada tiempo arrancan páginas de la Andalucía misteriosa y bríos emocionales, ya charros, aragoneses o levantinos. No diremos que la *Suite* española debussyana sea un resumen de la vibración artística del pueblo hispano, puesto que el alma española en este sentido tiene repliegues indescubribles; pero si afirmaremos, atrevidamente, que en la materia ni un Chabrier ni un Lalo ni un Raúl Parra ni un Ravel lo consiguen, y que sólo un Albéniz lo deja en puntos suspensivos a pesar de ser acusado, el músico de Camprodón, de haberse inspirado en la *Suite espagnole* para su *Suite Iberia*, apreciación ligerísima, habida

cuenta de esa panorámica musical española que Albéniz conocía en « *materia prima* ». Por mucho que Albéniz hubiese alternado y aprendido de músicos de París (es innegable que Palu Dukas le introdujo en la mecánica orquestral), hay que aceptar que el autor de *Pepita Jiménez* percibió directos los murmullos de la Caleta, las angustiadas delicias de la guitarra; se arrebató « de visu » por la danza española, y así por el estilo, no cambiéndoles derecho a los comentaristas caprichosos a hacerle confundir a nuestro mejor músico la Giralda con la Torre Eiffel, el Cantábrico con el Sena, el Montserrat con las Buttes Chaumont. Debussy es muy Debussy y no necesita que para elogiarlo le quiten mérito a un Albéniz, verdadero ruiseñor hispano, y aun hispanoamericano.

Enemigo de la guerra, Debussy quedó profundamente afectado por la conflagración de 1914. Sin rumbo, cual alma en pena, erró del Atlántico al Mediterráneo, diciendo: « Prosigo esta vida de espera, de sala de espera podría decir, ya que soy el pobre viajero que aguarda un tren que no pasará nunca... » Claudio Debussy murió en una noche del mes de marzo de 1918 en pleno bombardeo de París.

IGNOTUS

ELEVACION

Sobre valles, vergeles y praderas,
sobre las escarpadas cordilleras,
sobre los lagos, sobre el mar sonoro,
sobre las nubes y los astros de oro,
más allá de los límites del cielo,
más allá de las últimas esferas,
extiende audaz mi espíritu su vuelo.

Y cual buen nadador que sin recelo
se abandona al vaivén de la caricia,
surca tranquilamente
la inmensidad con varonil delicia.

Alma mía doliente,
deja atrás el corrompido ambiente;
sube a purificarte a las alturas;
bebe la luz en ellas extendidas
cual divino licor de linfas puras.
¡Feliz aquél que de la triste vida,
de brumas siempre llena,
en las alas del águila atrevida
logra volar a la región serena!

Feliz quien su exaltado pensamiento
todos los días, al brillar la aurora,
eleva al firmamento
cual matinal alondra voladora
y al cernirse sobre claros resplandores
comprende sin esfuerzos y sin dudas
el misterioso idioma de las flores
y de las cosas mudas.

CHARLES BAUDELAIRE





UMBRAL

Paris, Abril 1963

★ REVISTA MENSUAL DE ARTE, LETRAS Y ESTUDIOS SOCIALES ★

Precio: 0,80 frs. — N.º 16

FIESTA DE PRIMAVERA EN PARIS

Para el día 21 de abril de 1963
a las 2,30 de la tarde

en el «Palais de la Mutualité»

Objetivo eminentemente artístico
y de solidaridad.

EN EL PROGRAMA

presentado por
BOBY FOREST
de la Radiotelevisión Francesa
y animado por
DANIEL MUSSY
del «Caveau de la République»

MOULOUDI

★
CARLOS MENDIA

★
CLAUDE VINCI

★
PEPITA ARCAS

★
«Crup de danseurs del CASAL
DE CATALUNYA DE PARIS»

★
LES GENS DE LA LUNE

★
FRANCESCA SOLLEVILLE
del cabaret «L'Ecluse»

★
TRIO LOS MORENOS

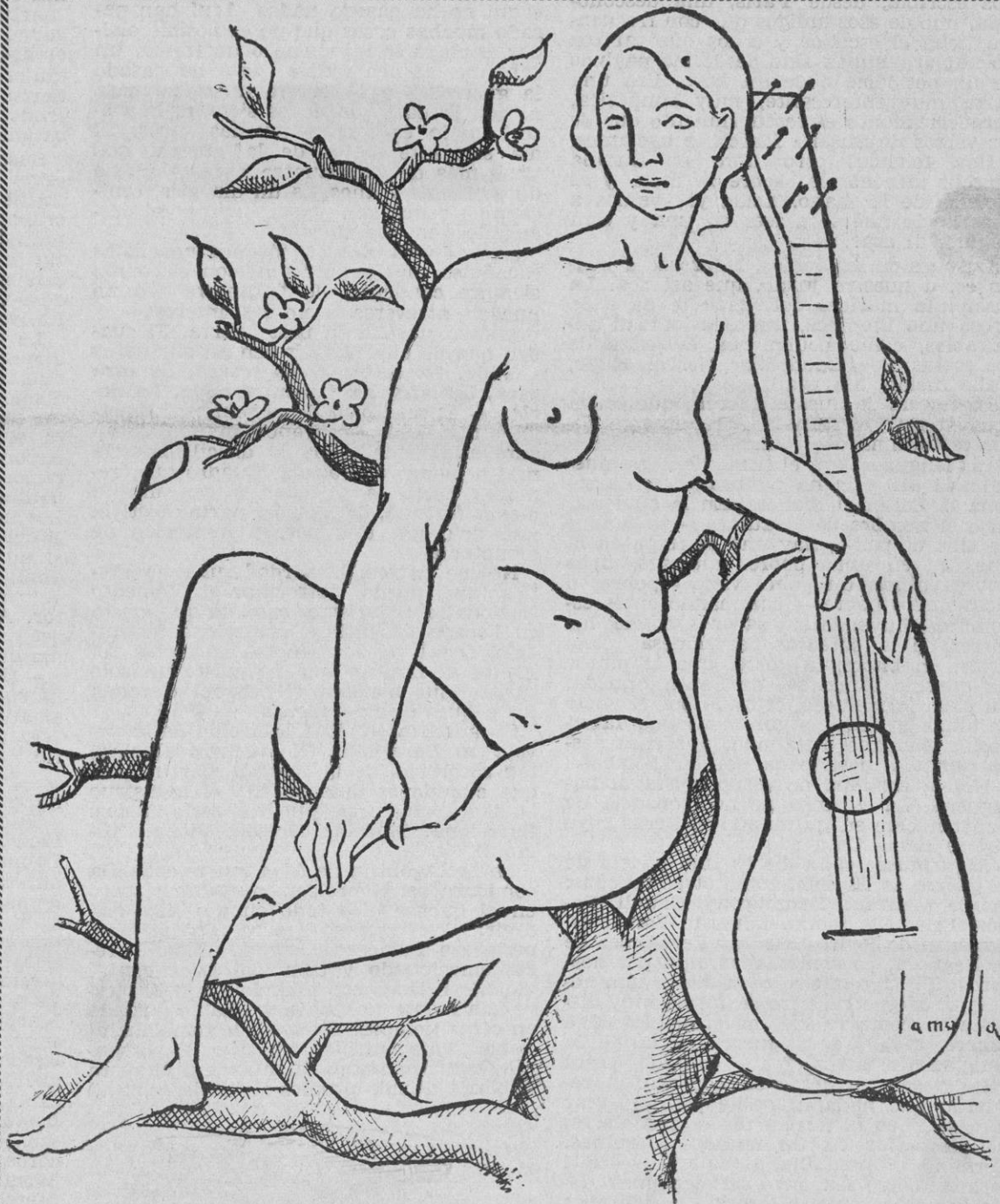
★
JEAN TURLAND

★
Twisteurs
LES BLACK WHITE

★
QUATUOR LOLITA
Y LOS DIABLOS

★
Al piano: YVONNE SCHMITT

★
Dirección artística:
SUZY CHEVET



Recomendamos a los amigos de UMBRAL asistan a este fraternal espectáculo

4P 6755

Otra vez Susana March

¿O S acordáis de Susana March? Si, debéis acordaros. A Susana March, que ha escrito una tan limpia, tan apasionada, tan noble poesía —comentada por nosotros en estas páginas de UMBRAL— no se la debe olvidar. Y digo debe porque recordar es un deber. Recordar el bien y el mal que nos hicieron para no perdonar nunca el mal y agradecer siempre el bien. ¿Y qué mejor bien que un buen libro?

Con motivo del comentario hecho por nosotros a los versos de Susana March nos escribía, desde París, una desconocida, uno de esos amigos que con frecuencia tiene el escritor y a los que tal vez no hablará nunca sino desde las páginas de un periódico o de un libro. Era una carta muy interesante, muy simpática, agradeciéndonos el descubrimiento que de los versos de Susana March le hacíamos.

Hoy tenemos otro libro de Susana March, una novela, sobre la mesa y al alcance de la mano. Leída ya, vamos a cogerla de nuevo, a leer en una y otra página, al azar.

Después de los versos, la prosa. Y bueno es, a nuestro juicio, que así sea. La disciplina musical del verso le da a la prosa una limpidez, una sensibilidad admirables, como ocurre con la prosa de los poetas: Poe, Baudelaire, Nerval, Rilke, Valle Inclán, Maragall.

La novela de Susana March, que se ha traducido ya al francés —creo que el editor es Gallimard— y merece traducirse a otras lenguas, lleva el título de **Algo muere cada día** y la ha publicado en Barcelona la Editorial Planeta. En la cubierta, bajo el nombre de la autora —en blanco de alba de paz—, hay una estampa en la que se ven unas pobres mujeres, unos pobres niños, un pobre viejo —pobres o ricos, todos pobres— caminando entre escombros, huyendo sin saber a dónde; las torres de la catedral barcelonesa, sombrías, en bístre; la torre, que el pintor ha querido luminosa, de Santa Agueda; un cielo tormentoso, cruzado por el vuelo de unos aviones, seguramente de fabricación alemana o italiana; una casa despanzurrada, destripada por las bombas.

No, la estampa no es optimista ni halagüeña. La estampa no nos consuela de haber nacido en un mundo de fieras cuyo rey se llama Cain.

Algo muere cada día es una novela de la guerra de España, como otras muchas: las de Malraux, Hemingway, Orwell, Pollés, Erico Verissimo, Eduardo Zamacois, Valentín de Pedro, Ricardo Fernández de la Reguera, ya comentadas aquí por nosotros. Sí, **Algo muere cada día** es una novela de la guerra, pero en forma muy distinta de como lo son las otras. En **Algo muere cada día** la guerra —la de la retaguardia, atroz, fea y cobarde— está vista y sentida desde el recuerdo: el recuerdo que nada ni nadie podrá borrar jamás. Y es la novela de la postguerra, del despertar en un mundo de ruinas. Terminó la pesadilla alucinante, —«que termine como sea, pero que termine», decía la pobre gente—, terminaron los días sin pan y sin luz; llegó, por fin, la paz, la buena vida de siempre, rica o pobre.

Pero la vida de **siempre** ya no es la vida de **antes**, la que creamos con nues-

por Luis CAPDEVILA

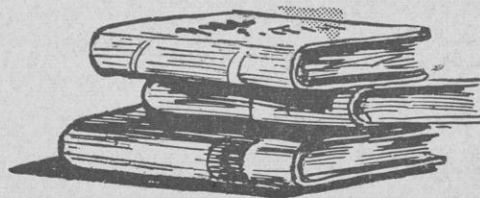
tro esfuerzo, con nuestra alegría y nuestro penar. No existen ya el **siempre**, el **antes**. Los barrió la guerra. Los desmenuzaron, aventándolos, las bombas. A pesar del retorno a la normalidad —pagar el alquiler del piso, ir al trabajo, ir al cine, comer, si se puede—, la normalidad es otra y resulta difícil hacerse a ella —la muerte pesa sobre la vida, algo muere cada día—, resulta difícil adaptarse al «aquí no ha pasado nada». Aquí han pasado muchas cosas que no es posible olvidar si no se es un cínico o un fresco, un «ahí me las den todas». Aquí ha pasado la guerra. Y a la guerra no se la mata ni con la paz, que no es siempre la victoria o lo es pírrica muchas veces. El día siguiente a los de la guerra, que tiene más de veinticuatro horas y puede durar meses y años, es un día gris, ceniciento —ceniza de la penitencia y del desengaño— un día sin alba.

La mayoría de los jóvenes novelistas españoles no se atreven con el tema, siempre candente, de la guerra —o no pueden atreverse o no les interesa— y prefieren novelar la post guerra. El cuadro que de ella nos ofrecen en sus obras —Nada, La colmena, La resaca, La otra cara, Las afueras, Cabeza rapada, La noria...— es más bien deprimente: estraperlo, amoralidad —o franca inmoralidad— cursilería, vida sucia y difícil, miseria más o menos disfrazada. Cuadro que, repetido hasta la saciedad y con más o menos fortuna, da, por ser hartado objetivo, una dolorosa, una penosa impresión de monotonía.

No me parece, la verdad, una novelística que pueda patrocinar el Fomento Nacional del Turismo, caso de que exista en España tan útil y benemérita institución. O tal vez los señores de dicho Fomento se figuran que no existe un solo turista que conozca el español o tenga un poquitín de vergüenza.

Susana March sitúa la acción de la novela en Barcelona. (No recurro al clisé, tan socorrido, de la «ciudad mártir» porque cuando se desencadena el monstruo ciudades mártires pueden serlo todas: Barcelona, Madrid, Dresde, Viena, Milán...)

La protagonista de **Algo muere cada día** comienza así el prólogo, muy breve, pero en el que se dice todo cuanto hay que decir: «Ayer regresó Arturo. Yo fui a esperarle a Puigcerdá con los niños. Parecía emocionado y cohibido. Lo encontré viejo, con las canas ciñéndole aquella despejada frente que tanto me había gustado en otros tiempos. El bigote le temblaba al hablar. «He sufrido», me dijo. Y yo sonreí, asintiendo, sin intentar tan siquiera hablarle de mis propios sufrimientos. (...)»



Fue una larga conversación. Mejor dicho, un largo monólogo. Arturo habló y habló. Explicó cosas, intentó demostrar otras. Yo asentía a todo. Porque todo cuanto decía, ¡cielo santo!, había dejado por completo de conmoverme o de importarme. Le miraba ante mí como lo que era: un hombre desarraigado y triste, incapaz de resignación, incapaz de sobrellevar con entereza la derrota que el destino le había deparado. (...) Su mano resbalaba sobre mi brazo y me aparté. Sentí una honda oleada de melancolía.» (Páginas 9 y 10.)

Arturo es el marido, que regresa al hogar después de unos años de ausencia: el destierro. María, la narradora, es su mujer, que se quedó viviendo en otro destierro: el del hogar deshecho. Dos vidas truncadas, como tantas otras, por la hecatombe.

Susana March ha escrito la novela de estas dos vidas, además de con mucho talento, con mucha y noble valentía, con crudeza que nunca cae en la grosería, sin tapujos, sin maquillar a sus personajes, sin preocuparse de que al lector le parezcan simpáticos o antipáticos, preocupándose tan sólo de que sean humanos, reales, verídicos.

La novelista —y este es el gran mérito que salva a la novela de hundirse en la vulgar truculencia, en el vulgar tremendismo— nos los cuenta como si los viviera, adentrándose en el dolor, la amargura, el desencanto de sus vidas maltrechas. Recordemos la frase de Flaubert, que algunos, frívolamente, tomaron por una **boutade**: «Madame Bovary, c'est moi». Los mediocres no pueden decir lo mismo. ¿Cómo van a desdoblarse su personalidad si no la tienen? En los grandes —Stendhal, Dostoiewski, Dickens, Balzac, etc.— el personaje es siempre el doble del autor. Aunque, claro está, la circunstancia del personaje en la novela no sea la misma que la del autor en la vida real.

—¿Pero eso que cuenta en el libro le ha sucedido a usted? —suelen preguntarle al autor cuatro badulaques.

El autor podría responder, muy en serio:

—Pues, sí, señor; a mí, precisamente a mí, puesto que le ocurrió a **mi** personaje.

Y el personaje se llama Julien Sorel, Raskolnikov, Pickwick, Goriot, Bergeret, Emma Bovary, Jean Christophe porque antes, en su padre, en su creador, se ha llamado Stendhal, Dostoiewski, Dickens, Balzac, Flaubert, Romain Rolland, Anatole France.

Después del breve, brevísimo prólogo —retorno del emigrado, convertido en un extraño, en un hombre de raíces rotas—, María vuelve la mirada al pasado, al ayer, al tiempo perdido: la niñez, la adolescencia, el amor, la maternidad, la guerra —«... Fue entonces cuando me di exacta cuenta de que estábamos metidos hasta el cuello en una guerra espantosa»...—, la paz misera, remendada, rencorosa, que, en vez de apaciguarlos, reavivaba los odios de los incapaces «de sobrellevar con entereza la derrota que el destino les había deparado».

María rememora la escuela de sus años infantiles, la injusticia torpe de la maestra, que hace de la niña una rebelde: «La señorita Puig (la maestra de la escuela

Era este el Gran Señor

Una poesía de PROUDHON CARBO

Era este el Gran Señor
de un castillo poderoso,
rodeado por un foso
en la cima de un alcor.

El Señor llamó a consejo
a sus más nobles vasallos;
caballeros y caballos
forman lucido cortejo.

Cruzan la puente, gallardas,
cien figuras afamadas,
seguidas de sus mesnadas
con sus cascos y alabardas.

Mas, observó el Gran Señor,
que entre tanto caballero
se mezclaba un mesnadero
en la Gran Sala de Honor.

Y este es el razonamiento
que entre ambos se cruzó,
tal como lo registró
un antiguo documento :

— ¿Cómo es que os arriesgais
a venir a mi presencia,
si entre tan noble audiencia
ningún título ostentais?

No tenéis ningún blasón,
ni señal de ejecutoria,
ni pregonas vuestra historia
un heráldico perdón...

— Son distintos pergaminos
los que abonan mi nobleza,
que se alcanza la grandeza
por muy diversos caminos.

Y así, es tal mi poderío,
a pesar de mi humildad,
que no hay una majestad
que se iguale al poder mío.

Y aunque os parezca un villano
de la más ruin condición,
digo sin contradicción
que tengo el mundo en la mano.



De mi esfuerzo soberano
nace el pan de cada día;
y si acaba mi porfía,
se acaba el género humano.

Sin mí no hubiérais castillos,
ni este gran lujo y decoro,
ni luciérais cetro de oro,
ni la reina sus zarcillos...

Yo convierto tierra en mar
bajo las olas del trigo,
que no se puede conmigo
otra fuerza equiparar.

Mi mano puede trocar
la adversidad en fortuna,
un árbol, en una cuna,
y una roca en un altar.

Que después del creador,
yo recreo lo creado,
ya que el cielo me ha nombrado
como segundo hacedor.

— ¡Por quien soy! vuestra osadía
ya no puedo tolerar,
y a fe que os han de colgar
al nacer el nuevo día,

que vuestra gran felonía
me toca a mí castigar,
y en vos han de escarmentar
los de vuestra germanía.

— Aplacad vuestro furor,
que si la ocasión tuviera,
otro tanto le dijera
al más alto emperador.

Yo soy el gran forjador
de los más grandes imperios,
y herirme con vituperios
es... ofender al Señor.

— ¿Sois acaso embaucador
o nigromante africano,
o habéis rasgado el arcano
del Merlin encantador?

Que si criatura existiera
que tal poder ocultara,
yo... mi trono le dejara
y en su esclavo me volviera.

— Pues lo dicho no jurad,
que si media juramento,
obliga al fiel cumplimiento
a Su misma Majestad.

Y después de dios abajo,
yo sostengo el desafío,
que el inmenso poder mío
tiene este nombre : **El Trabajo.**

.....

Cien figuras afamadas
cruzan de nuevo la puente;
delante, y alta la frente,
va el **Hombre de las Mesnadas.**

México, 12-1962.

OTRA VEZ SUSANA MARCH

municipal) me odiaba. Su crueldad era morbosamente estúpida insensibilidad. (...) Yo había llegado a una conclusión: «Todo esto me lo hace porque soy una niña pobre». Me había dado cuenta de que a dos o tres muchachitas de la vecindad, de familias adineradas, las trataba muy almiradamente. Y empecé a despertarme un rencor secreto y negro.» (Págs. 24-25.)

María es ya una jovencita, con los ojos cada vez más abiertos a la vida, que empieza a mirar cara a cara, dispuesta a no dejarse engañar, a no dejarse estafar por el común decir, por el común pensar: «Tenía una idea muy vaga sobre la Patria. Me resistía al fácil patriotismo que rezumaban los versos escolares. La Patria debía de ser otra cosa. A veces me la imaginaba como una manola arrogante que volvía desdeñosamente la espalda a un caballero gigantesco con sombrero de copa, que le alargaba la mano. Así lo había visto siendo muy pequeña en una tarjeta postal. Creo que se trataba de una alegoría de la guerra de Filipinas.» (Página 33). «Pero yo intuía ya que el mundo raramente quiere a los que no tienen nada.» (Pág. 34.)

Mujer, María nos confiesa: «No tenía ninguna comprensión por los que pensaban de distinta forma que él. Consideraba

que las cosas estaban bien como estaban. En el mundo existirían siempre pobres y ricos, dichosos e infelices». «Pero si pasases hambre, si no tuvieses nada, ¿no lucharías por mejorar de situación?», exclamaba yo. «Sí, pero yo solo, con mis puños, con mi cerebro. No entrando a sangre y fuego en un mundo organizado.» «Mal organizado», decía yo, huraña.» (Página 62-63.)

Sería preciso citar continuamente, página tras página a todo lo largo de la novela. A todo lo largo de las 257 páginas de esta tan bella y tan recia novela cuyas palabras finales tienen la honda amargura del Eclesiastés: «Ir amontonando ruinas es vivir.» Pero como, de hacerlo así, este artículo resultaría interminable, es mejor aconsejar a mis lectores que lo sean también de Susana March y lean la novela.

Susana March no es una escritora del montón, ni mucho menos. Susana March tiene mucho talento. Susana March tiene muchas y muy importantes cosas que decir y sabe y debe decirlas.

Sólo un reproche debemos hacerle: ¿por qué no publica con más frecuencia? Somos, seguramente, muchos los que esperamos sus libros.

LUIS CAPDEVILA

Columbia University

LA noche del 14 de diciembre de 1940, mi mujer y yo salimos de casa después de cenar, como acostumbrábamos. No eran aún las ocho. En Nueva York se cena temprano...

En la esquina de nuestra calle con la Octava Avenida nos detuvimos a esperar la llegada del autobús.

La noche estaba estrellada, y hacia un frío muy crudo que tiraba pelizcos de monje en las orejas y mordía en la punta de la nariz, sin soltar : ¡Cómo no he de recordarlo perfectamente, señor, si aquella noche era una de las más grandes de mi vida! : Yo iba a realizar la mayor de todas mis hazañas, no sé si de héroe o de loco...

Pero la gente pasaba deprisa. Nadie se fijaba en mí. Yo no era, al parecer, sino un hombre que, del brazo de su amorosísima esposa, estaba esperando el autobús en la esquina de una calle...

— ¡No sé qué altas trompetas de oro me parece oír sonar, llamándote afanosa y urgentemente! — me dijo ella, con lengua de llamas — : Si no viene pronto el autobús, llegaremos tarde...

Yo miré a lo lejos, como con unos fantásticos y descomunales gemelos de rascacielos iluminados. Erguida, y fulgurándole la suelta cabellera rubia y magnífica, ví la bella victoria, de erectos senos fuertes. Con la magnolia de uno de sus pies, ya golpeaba impacientemente el aéreo pedestal, ansiosa de mi llegada.

— ¿No te sientes emocionado? — me preguntó mi mujer.

— ¡Bah! — contesté con altísimo desdén de alma — : Ninguna victoria es tan bella como tú... No haré más que besarle la mano...

Mi mujer me dio un azorado beso de eterna novia, y un guardia que pasaba nos guiñó un ojo, sin detenerse...

Por fin, vimos aparecer el autobús. — ¡Ajaja! — exclamé con alegría — : Llegaremos a la hora en punto... ¿No es eso a las nueve?...

— Sí — respondió ella —. Y son ya las ocho.

— Hay una hora de autobús... Pero el maldito venía lleno y no paró. — ¡Si que es desgracia! — lamenté —. Bien, hijita. No te apures. Tomaremos un « taxi »...

— ¿Un « taxi »? — me preguntó con espanto mi mujer —. Lo menos nos costaría dos dólares. ¿Tú sabes el dinero que tenemos?...

— Ni Dios lo quiera — dije muy seriamente —. Dejaría yo de ser multimillonario...

— ¡Tres dólares con ochenta y cinco centavos para toda la vida! — me confesó.

— No nos sobrará mucho si el « taxi » cuesta sólo unos dos dólares — descubrí sensacionalmente.

Mi mujer abrió con asombro la golosa boquiña. Luego exclamó con el alma madreñísima :

— Tienes razón, chico. Tomemos un « taxi »...

Y lo tomamos. Ya dentro de él los dos, grité al chófer :

— ¡A Columbia University! ; Horace Mann Auditorium!

Columbia University es la Universidad más importante de Nueva York y una de

por Alfonso VIDAL Y PLANAS

las más grandes de los Estados Unidos y del mundo. Y esa Universidad famosísima era aquella noche mi **Arco de Triunfo**. Perdóne el señor la inmodestia; pero como no tengo quien cante mis proezas, he de ser el héroe cantor de mi mismo...

Yo tenía mis dudas, claro que sí. ¿No estaría yo soñando que iba a hacer lo que iba a hacer?

— ¿Sabes tú bien lo que yo voy a hacer esta noche en la Universidad de Columbia? — pregunté a mi esposa.

— ¡Toma que si lo sé! — me contestó ella, muy chulaponemente — : ¡El **Sursum Corda!** ¡La hazaña increíble! ¡Lo más grande! Como que vas a dejar al Cid hecho un enano... Pero, ¿qué? ¿tiemblas?

— Es el corazón, que me bailotea — dije.

¿Cómo corría ya el auto sobre el puente larguísimo del **Harlem River!**... A ambos lados, las distintas luces innumerables de la gran ciudad me parecían antorchas...

Oprimí una mano de mi mujer entre las dos mías :

— ¿No estaré yo loco, querida? — le susurré al oído.

— ¡Claro que sí! Me respondió ella, con emoción y orgullo a banastadas.

Conque llegamos, por fin.

El **Auditorium** estaba atestado : Más de dos mil estudiantes y profesores de español ocupaban todos los asientos de la doble gradería inmensa.

Cuando aparecí en el escenario, la pesada artillería del aplauso delirante hizo una estruendosa salva en mi honor. Yo no lloraba. ¡Yo sonreía!... Los héroes como yo sólo lloramos cuando vemos a los niños matar pájaros, o a las niñas cazar mariposas...

El ilustre catedrático de Literatura Española de la Universidad, señor del Río, anunció desde el mismo escenario la proeza que yo iba a realizar :

« ¡He aquí el héroe! — dijo con su brazo derecho sobre mis hombros, siempre salpicados de estrellas — : Este esforzado **Caballero Andante de la Emoción** va a arremeter, sin duda vitoriosamente, contra los **Molinos de viento** de una gigantesca dificultad, en honor de la altísima **Dama de sus pensamientos : la Poesía** : Desde este escenario tan glorioso en los anales de la Universidad de Columbia, representará él solito, sin apuntados y sin equivocarse ni en un solo verso, el inmortal drama completo, en siete actos, «Don Juan Tenorio», de José Zorrilla. »

Y terminó diciéndome con gran emoción las siguientes palabras solemnísimas :

« ¡Al toro, amigo mío! ¡Al toro! »

Me dispuse a empezar; más noté de pronto, que centenares de estudiantes tenían en la mano sendos libros, con el retrato de José Zorrilla en la cubierta. En el acto «me oí la tostada», y dije al público : « Si no recito algún verso como está en la obra, no me culpen a mi sino al libro. Ya saben ustedes que no hay libro sin alguna errata ». Rieron todos mucho. Y empecé... La empresa duró más de tres horas...

Yo mismo hice de **Don Juan**, de **Don Luis Mejía**, de **Don Gonzalo**, de **Don Diego**, de **Doña Inés**, de **Doña Ana de Pantoja**, de **Brigida**, de **Ciutti** y hasta de **Estatua del Comendador**. Interpreté fervorosamente los siete actos del **Tenorio** sin equivocarme ni en un solo verso. Mi palabra de honor... ¡Oh, y qué éxito tuve! Los estudiantes, así que hube acabado, me dislocaron no sé cuántos huesos a puños abrazos admirativos; las estudiantes, en su mayoría, firmaron a besos, con el rojo de sus labios deliciosos, en el álbum de mi cara...

Luego, a la salida, mi mujer y yo sentíamos gran apetito. Como habíamos cenado tan temprano...

— ¿Y si volviésemos a cenar? — dije a ella —. Mira, allí hay un restaurante.

— Si, allí hay un restaurante. Ya lo veo — me contestó mi esposa —. Pero aquí, en mi bolsillo, no hay más que unos centavos insuficientes. El « taxi », con la propina, costó tres dólares y pico...

Yo, entonces, me ceñí a las sienes la corona de laurel de este orgulloso pensamiento : « Si esta gran noche, en vez de haber sido yo el héroe en el **Auditorium** de una de las más famosas universidades del mundo, lo hubiera sido en igual magnitud sobre el cuadrilátero de un espacioso local de boxeo, habría ganado unos cientos de miles de dólares... Pero los verdaderos héroes nunca cobramos dinero ».

La « función » había sido a beneficio de los estudiantes hispanoamericanos, para becas en la Universidad de Columbia. Sin embargo, el director del **Hispanic Institute** de dicha Universidad, don Federico de Orís, todo un catedrático, todo un caballero y todo un gran español de los de fuera de España (el cual había sido el animoso y gentil organizador del acto), me obsequió una semana después con un espléndido cheque.

— ¡Toma! Para flores — dije a mi mujer, al tiempo de entregárselo.

Ella pudo comprar cada día, durante más de un mes, un gran ramo de rosas, que nos gustan mucho. Las traía y nos las comíamos...



Theodor W. Adorno y la rehabilitación de la crítica mundial

DE T. W. ADORNO todo lo que sabíamos los que no leemos aún era fragmentario. Ensayos publicados en revistas y en distintos idiomas, algunos traducidos dificultosamente. Pero a través de esos fragmentos atisbábamos su importancia, la incisiva penetración de su estilo y la riqueza polémica de sus ideas. Porque Adorno esgrime y maneja sus argumentos con agresiva contundencia. Y no sólo cuando aborda temas concomitantes con la ideología y la política de nuestro tiempo, sino también cuando ventila los prejuicios, las exageraciones, los absurdos y los abusos del snobismo cultural, por los que viene demostrando una particular ojeriza. De ahí que se haya dedicado con tal evidente ahínco al restablecimiento de un método crítico, saludable y lúcido, que acabe con la gazoñería y la blandura en el plano de los asuntos culturales.

Tal vez esta actitud singularmente polémica obligue a Adorno a incurrir, a su vez, en exageraciones, pero es la que le presta a sus palabras y a sus ideas una fuerza tremenda de persuasión, contra la que también es bueno prevenir al lector desde ahora mismo. Por ejemplo, en un ensayo de los varios que están estrechamente relacionados con cuestiones estéticas, titulado « Moda sin tiempo », acumula una implacable argumentación contra la música de jazz que, quizá por la misma furia con que está escrito, pierda eficacia frente al lector poco resuelto a dejarse subyugar por argumentos excesivamente contundentes.

Para Adorno el jazz sólo existe como negocio y su idea básica es que, de una música que sigue siendo fundamentalmente la misma desde el principio de su historia, se ha hecho, por obra y gracia de los comerciantes del arte de masas, un ingrediente sin el que mucha gente no podría vivir. Pensamos en esos frenéticos adolescentes de los concursos de baillables, a los que Adorno debió tener presentes cuando escribe. Pero no es sólo contra ese aspecto comercial del jazz contra el que se levanta Adorno, sino contra su misma esencialidad como música. Según él, « la verdad del proceso no es que perversos mercaderes hayan violentado desde fuera la voz de la naturaleza, sino que el jazz se procura por sí mismo esa violencia comercializada y provoca por sus propios usos, el abuso contra el que luego se indignan los puristas del jazz puro y sin aguar ».

Adorno sostiene que aun en sus formas más inconformistas y de oposición el jazz no es más que una moda que dura cuarenta años y en la que sólo cambian « la presentación, no la cosa ». Las llamadas improvisaciones se reducen a paráfrasis « más o menos pobres de las fórmulas básicas ». Después de esta **demolición** del jazz como música, Adorno la emprende con los mitos subsidiarios que la respaldan, como el de la vitalidad, esa « vitalidad de un procedimiento de fabricación en cadena que tiene estandarizadas incluso sus irregularidades ». Pero más grave aún es su denuncia de la similitud entre la gesticulación jazzística y la gesticulación totalitaria. El ritual del jazz reviste para él « el carácter de recepción de una comunidad de esclavos iguales ». Adorno ve el jazz como un sub-

producto cultural del que hay que defenderse. « El que tome un bailable por arte moderno ha capitulado ya ante la barbarie. La cultura degenerada en cultura recibe el castigo condigno : a medida que difunde sus abusos se la confunde cada vez más desgraciadamente con su propia basura ».

Pasando al extremo opuesto en el orden de los intereses musicales — que dicho sea de paso son la especialidad de Adorno — a esta filípica contra el jazz sucede, en el mencionado libro, una paradójica **Defensa de Bach contra sus entusiastas**, esos señores tal vez bien intencionados que han hecho de él un compositor « para festivales de órgano a celebrar en ciudades barrocas bien conservadas ». Aquí ya está Adorno controvirtiendo esa difundida creencia de que la música de Bach es a-temporal, un fenómeno aislado en el tiempo y para todos los tiempos, algo ajeno a toda impronta histórica, creación suspendida en un cielo perpetuo de cirrus inmarcesibles. Por el

por Benito MILLA

contrario, Adorno se aplica a demostrar la evidencia de inspiraciones contrarias en el mismo Bach, que iban de la supervivencia de arcaísmos medievales a la intuición de los nuevos postulados racionalistas que los enciclopedistas franceses, sus contemporáneos, estaban poniendo en marcha. Así rescata de la divinización extemporánea, para situarlo en una dimensión más humana y presente, a un músico que nos apasiona a auditores distintos y distantes de esas nebulosas barrocas.

Cuando apareció en Occidente el libro de Lukacs sobre el **realismo crítico** Adorno fue uno de los pocos que entraron a juzgarlo medularmente, empezando por establecer la verdadera importancia actual de su autor, un pensador marxista que misteriosamente ha encontrado una larga audiencia entre los neófitos de la nueva **izquierda** intelectual latino-americana, escritores generalmente radicalizados en una línea socio-política sin arraigo en las tradiciones continentales. La argumentación de Adorno en torno al realismo con motivo de la publicación del libro de Lukacs y las brillantes sugerencias que aporta en relación con este nuevamente debatido asunto, son realmente de gran importancia. Si asevera de entrada que « la honradez personal de Lukacs no puede ponerse en duda », es para afirmar acto seguido que éste sólo se atreve a ensayar « una tímida oposición tarada de antemano por su conciencia de impotencia ». Según él el libro de Lukacs « aparece medio congelado entre el pretendido **deshielo** y una nueva ráfaga de terror ». Las teorías de Lukacs están inspiradas en el dogmatismo y sólo aspiran « a proporcionar un buena conciencia filosófica a la sentencia soviética respecto al arte moderno ». De ahí que las mismas oscilen pendularmente de la mediocridad estilística (« Lukacs se rebajó al empleo de una jerga digna de un inspector de escuelas del período guillermino »), a los úkases contra la vanguardia.

Las trampas y contradicciones a que esta actitud obliga son infinitas y lo que Adorno le echa en cara al marxista húngaro es que haya renunciado a la lucidez de sus primeros años y de sus primeras obras para convertirse en el **pater** de un realismo « que no se deriva, como parecería cómodo a los sacristanes comunistas, de un mundo socialmente sano, sino sólo del atraso de las fuerzas sociales de producción y de la conciencia en zonas de influencia soviética ». Que eso es así lo prueban sobradamente la chateza de las manifestaciones estéticas del mundo comunista, que sólo ha empezado a respirar periféricamente después de la muerte de Stalin, es decir, no desde la **gran patria socialista**, sino desde los países todavía vacilantemente adoctrinados, como Polonia, Checoslovaquia o la misma Hungría. Pero las mejores manifestaciones culturales de esos países son aquellas que escapan a la cuadrícula, a la rigidez. Por lo tanto, las que están más próximas de una actitud de vanguardia que del « realismo socialista ». El arte informal polaco es una demostración. Y las mejores películas checoslovacas y polacas son aquellas que más virulentamente se adscriben a un neorromanticismo mechado de sueños y sombras. Por ese camino asoman ahora, tímidamente, algunos realizadores soviéticos para la exportación.

Pero en el libro **Prismas** se abordan otros temas y preocupaciones que abarcan mas vastos aspectos de la crítica cultural en la sociedad contemporánea. El primero diríamos que es una crítica de la crítica, algo así como una **mise au point** sobre los poderes, los abusos, los absurdos, las limitaciones y lo que, una vez aclarado todo eso, debería ser la crítica cultural. Para empezar sostiene que « el crítico cultural convierte en privilegio suyo esa aristocrática distinción de la cultura, pero destruye su legitimación al cooperar con ella en calidad de chinche pagada y honrada ». De simples informadores « que daban una orientación para moverse en el mercado de los productos espirituales... la crítica cultural apela a una colección de ideas establecidas y convierte en fetiches categorías aisladas como espíritu, vida, individuo. » Es claro que el fetichismo conduce a la mitología, y al hacer de la cultura y las artes en general una inflada y delirante divinización, los críticos participan — o creen participar — de sus inmarcesibles resplandores. Adorno los llama al orden de sus funciones reales señalando que « la crítica cultural, cualquiera que sea su contenido, depende del sistema económico, se encuentra entretrejida con el destino de éste... Durante toda la era liberal la cultura cayó en la esfera de la circulación de los bienes... por eso esta cultura del consumo puede gloriarse de no ser un lujo, sino la simple prolongación de la producción ». La crítica cultural que, por un lado, endiosa a la cultura, y por el otro, « habla de superficialidad y pérdida de sustancia », vive en la contradicción, de la que, dicho sea de paso, se alimenta y a la que, de alguna manera también refleja participando de su mediocridad.

Más adelante, en otro ensayo, con una vocación de nadador a contra-corriente

Theodor W. Adorno y la rehabilitación de la crítica mundial

muy respetable, Adorno intenta, no una defensa, pero sí una explicación de varias de las ideas centrales de Spengler, aquel agorero filósofo entre cuyas muchas faltas no fue la menor su coqueteo con el nazismo. Su obra y su vida fueron una serie de desencuentros, de posiciones a destiempo. Adorno parece sugerir que aún puede volver su hora y tal vez por eso afirma que « Spengler no ha encontrado ningún contrincante a su altura: el olvido es una escapatoria ». Pero el olvido puede jugar malas pasadas y sería mejor situar al filósofo de la **Decadencia de Occidente** en su perspectiva real. ¿Se hace cargo Adorno de esta realidad cuando se aplica diligentemente a una valoración de ciertas ideas spenglerianas para en seguida definir a su autor en algunas de sus descomunales contradicciones? Por ejemplo, Spengler había anunciado algo que ya se ha convertido en un lugar común en nuestras ciudades cosmopolitas y que es uno de los signos más representativos de la llamada cultura de masas, es decir, la sustitución del **juego auténtico, la alegría vital, el placer y la embriaguez, emanaciones del ritmo del cosmos... por el juego frívolo y absurdo, la tensión física del deporte, la sensualidad del placer y la excitación de los juegos de azar...** Señala Adorno, abundando irónicamente en esas razones, que Spengler no llegó a saber nada del jazz ni de los concursos radiofónicos, aunque sí de la función de la Prensa en un mundo en crecimiento, universalmente politizado. Por eso llegó a afirmar que **hay una tendencia inconsciente a poner las masas, como política de partidos, bajo la poderosa influencia del periódico.** El periódico, en la sociedad de masas, es un hábito tan recalcitrante como el tabaco. Y lo mismo que el fumador se adapta a las variantes del producto, también el lector a las variantes del periódico. Hay algo de estupefaciente en la cultura propagandística o, para decirlo tal vez mejor, propaganda adobada culturalmente. De ahí los lapsus o grandes vacíos en la memoria colectiva. Adorno explica en relación con este fenómeno que « hoy día se acusa ya de torpe resentido al que recuerda las monstruosidades de Auschwitz. Nadie da valor a las terribles cosas del pasado inmediato ». De ello resulta el carácter **diabólicamente ahistórico** de nuestra época. « Todo lo que ocurre, ocurre en los hombres, en vez de ocurrir por ellos ». El error de Spengler consistió en que, a su manera, participó de este fatalismo histórico. Y lo que es mucho peor, tomó partido por los nuevos capitanes del **destino fuerte**, pasando alegremente por encima de las incontables víctimas que iban a ser necesarias para que se realizara. Como dice Adorno, su veredicto en relación con la misión cultural en el **nuevo orden** estaba perfectamente de acuerdo con la disposición de los poderosos en los Estados dictatoriales, « los cuales desprecian las propias mentiras, odian la verdad y no pueden dormir tranquilos hasta que nadie se atreve a soñar ». Esta actitud se encuentra hoy repetida en todos aquellos que se han echado alegremente a la espalda el recuerdo siniestro de Stalin para embarcarse en las nuevas aventuras de la política de Poder. Sin embargo, es condición de los hombres soñar, y hallar en sus sueños la fuerza « para que el Des-

tino y el Poder no tengan la última palabra. Frente a la Decadencia de Occidente no está, como instancia salvadora, la resurrección de la cultura, sino la utopía, que yace silenciosa e interrogante, en la imagen misma de lo que se hunde ».

La utopía sigue conservando, para Adorno, sus más prístinos acicates, sus más estimulantes desafíos. Por eso, en otro ensayo de **Prismas**, se lanza a una crítica sagaz y demoledora de la utopía de Huxley tal y como aparece reflejada en **Un mundo feliz**. Tanto en aquel primer libro como luego en **Mono y Esencia** y más tarde aún en **Nueva visita a un mundo feliz**, el futuro, en la visión de Huxley, invierte las sugestivas incitaciones de los utopistas clásicos para deformar, en realidad, las más absurdas tendencias de nuestro presente, distorsionándolas hasta el horror. La utopía de Huxley es una utopía al revés. Al prefigurar el inmediato futuro, Huxley echa mano de datos y actitudes del mundo actual, deformando su perspectiva, prolongándolos satíricamente. Más que utopía su mundo es caricatura, pero como caricatura, como siniestra exageración del mundo cosificado y estatizado, es más efectiva su pintura que como utopía. **Un mundo feliz** nace como respuesta de un humanista europeo al primer contacto con el modo de vida americano. Hasta se puede decir, como insinúa Adorno, que más que una respuesta es una venganza. Pues la gran cantidad de intelectuales europeos que emigraron a los Estados Unidos con motivo de las dos guerras últimas « no pretendían vivir mejor, sino sobrevivir ». Pero para eso el **nuevo mundo** le exige al intelectual que « lo primero que tiene que hacer, si quiere conseguir algo, (si quiere ser admitido entre los empleados de la vida convertida en super-trusts), es extirparse como ser independiente y autónomo ». Huxley ana-

liza esta actitud típica de la sociedad de masas y a partir de su análisis, nada sonriente por cierto, construye su sátira. Si los elementos que maneja tienen que ver con la producción en serie, con la tecnificación — incluyendo en el antagonismo hombre-máquina, individuo-sociedad — no por eso dejo de mezclar ingredientes ajenos a la « americanización », como el terrorismo totalitario que produjo los campos de concentración, y sus nocturnas enajenaciones. Como expresa Adorno, el mundo feliz de Huxley es un campo de concentración que, liberado de su contradicción, se tiene a sí mismo por Paraíso terrestre. Su visión del mundo inmediato aparece, pues, como una degradación de la Utopía. Detrás de él, Orwell y hasta los más recientes escritores de ciencia ficción no han dejado de verlo de la misma siniestra manera. En el fondo de esta actitud no se esconde solamente una manera pesimista y desesperada de encarar el futuro, sino una crítica larvada a toda forma de socialismo. Pues de lo que se trata, en realidad, es de demostrar que por el proceso de la máquina y la standardización las formas de sociabilidad resultantes conducen inexorablemente a la deshumanización y a la cosificación. Adorno se alza contra este veredicto en su forma inapelable, sin dejar por eso de tener en cuenta sus implicaciones reales. No se maneja con optimismos apriorísticos sino con una gran lucidez antifatalista. La visión del futuro, en Huxley, es fatalista, como lo es, a la inversa, la de los marxistas cerrados. Como dice Adorno, ambas actitudes sobre el tiempo y la historia son parasitarias. « La elección de la humanidad no tiene que decidir entre Estado mundial totalitario o individualismo... Lo que tiene que considerarse es la cuestión de si la sociedad va a determinarse por fin a sí misma o va a provocar la catástrofe telúrica. »

EL AMOR HEROICO

Regresaba yo de caza, avanzando por una senda de mi jardín. Mi perro me adelantaba corriendo. De súbito modera su carrera y avanza precavidamente, como olfateando algo. Extiendo la mirada y en el suelo veo un pajarito implume, de pico amarillo y la cabeza aún cubierta de pelusilla. Había caído del nido, y así se hallaba, encogido y abiertas las alas incapaces de vuelo.

El perro avanza estremecido por el conato de caza, pero un pájaro viejo, negro el plumaje, se desprende del mismo árbol y cae en flecha ante la boca del perro. El pobre alado está crispado, como loco; tiembla y, sin embargo, se atreve. Píe su desafío y su trance de muerte; con piar ronco, casi salvaje, y así se atreve ante aquella boca ar-

mada de afilados dientes. No importa, moriría por su hijo en un intento de salvarlo. No pudo, no, quedarse en la rama alta y segura. Una fuerza más poderosa que su voluntad lo había movido.

Asombrado, el perro retrocede, diríase que en reconocimiento del heroísmo del ave. Llamé al can y con él me fui del lugar poseído de un santo respeto.

Nadie se sonría: fue respeto lo que sentí ante la abnegación de aquel alado, y admiración por la fuerza del amor, esta sublime pasión más fuerte que la muerte o que el miedo de morir. Y es que sólo por el amor se muere y se mantiene la vida.

IVAN TURGUENEV

Esperpento y greguería

por José BERGAMIN

CONTABA Ramón Gómez de la Serna que su elección del vocablo « greguería » sucedió a la de « esperpento », pues él pensó primero denominar sus greguerías de ese modo, y así lo hubiera hecho de no tropezarse con la elección que hacía, al mismo tiempo que él, y del mismo vocablo, Valle Inclán. En realidad, ninguna de esas denominaciones tendrían para nosotros hoy el mismo sentido y resonancia imaginativa si estos dos escritores no las hubiesen utilizado y caracterizado de modo tan definido y concreto: dándoles su extrema plasticidad. Pero, si se hubiesen intercambiado al nacer, llamándose « esperpento » la forma epigramática, aforística del pensamiento de Ramón Gómez de la Serna, y « greguería » la forma dramática — especie de sainete espectral — de Valle Inclán, ¿se hubiera cambiado también su significado, sentido y resonancia? Pregunta es ésta que ya carece de sentido: o que lo tendría tan alambicado y sutil como el de tratar de averiguar el hilo invisible de que está tejida esa trama imaginativa de las formas poéticas que con tales palabras de « greguería » y « esperpento », por sí mismas y por sí solas, dejadas a la percepción estética de cada cual, poco podrían decirnos. Mientras que hoy nos parecen cargadas — como formas de invención poética o denominación de ellas — de significación precisa y fantástica.

Otra cosa sería preguntar si estas formas, en el sucesivo desenvolvimiento que les dieron sus propios autores al utilizarlas, no llegaron, en ellos, a responderse o corresponderse, de manera que, por ejemplo, el « esperpento » de Valle Inclán pudiera parecerse que se « greguerizaba » a lo Ramón Gómez de la Serna; y, a su vez, recíprocamente, la « greguería » de Ramón pudo llegar a « esperpentizarse ». De esto último me parece estar cierto. Hasta el extremo, a mi parecer, de que en la obra total de Ramón Gómez de la Serna, a partir de su huida de España en 1936, se inicia esa « esperpentización » de su « greguerismo » fundamental; proceso que culmina — hasta por el título — en su singular **automoribundia**. Aquí es, como si dijéramos, que unas columnitas de humo, nacidas de las diversas pipas humorísticas de cada escritor, se detuvieron en el aire tratando de fundirse, sin confundirse entre sí, pero entrelazadas con jugueteo empeño de trazar ante nuestros ojos un solo garabato celeste. La categoría « capricho » o « disparate » que les dio Goya a sus diseños, con todo su sabor de amargura, no parecería que tiene nada que ver con esto (« esperpentismo » valleinclanesco que se « gregueriza » y « greguerismo » ramoniano que se « esperpentiza »). Y sin embargo...

Decía Unamuno — muchas veces lo he-



mos recordado — que el español no se muere nunca de hambre, porque vive de nombre. Y añadimos nosotros que también nos parece muy español no morir de miedo, por vivir, y tal vez para vivir, de miedo. Si en el espectral esquelético « esperpento » valleinclanesco, hay una viva imagen, muy española, del « vivir de hambre » que señalaba don Miguel, también en la « greguería » ramoniana podríamos encontrar una imagen o figuración del « vivir de miedo »: como si el miedo — a la vida y a la verdad — se « greguerizase » o resolviese en fantástica « greguería », como en un espantajo pueril de sí mismo: digo pueril, porque con una cierta infantilidad divertida, como un espanta-pájaros construido por manos de un niño. Hay siempre en el fondo del « esperpento » de Valle Inclán, como de la « greguería » de Ramón Gómez de la Serna, una profundidad viva de pensamiento (a lo que llamé canto Carlyle): que es como una íntima y leve musicalidad, resonancia melódica y armoniosa de un canto inaudible o inaudito. Cantan para espantar su mal. Miedo al mal por hambre de verdad y de vida (Valle Inclán) o, sencillamente, por miedo a la vida y a la verdad (Ramón Gómez de la Serna). « Esperpento » y « greguería » no se contradicen en su garabato retorcimiento imaginativo cada cual; porque un mismo temblor, estremecimiento humano, los polariza. Y se complementan. No hay diferencia « de naturaleza » entre ellos, sino de grado; de extremosidades opuestas que se identifican en una misma escala de afirmación y negación vitales. Como la ilusión y la angustia. Como lo maravilloso y lo espantable.

El imperativo vital de su miedo llevó a Ramón a « esperpentizar » su « greguería »; y a esperpentizarse en « greguerías » a sí mismo (vuelvo a recordar su **automoribundia**). Todavía en la época anterior a su voluntario e involuntario, destierro de España, mirándolo ahora desde la perspectiva última de su « automoribundeante » agonía de destierro espiritual (terrible « destierro espiritual » del que nos habló Unamuno), encontramos esa honda raíz de su miedo como determinante, casi exclusiva, de sus más « greguerizantes » decisiones, aparentemente disparatas: subirse en un trapecio en el Circo, en Madrid, para dar una conferencia; o en París, también en el Circo, encima de un elefante. Lo más terrible — nos contaba Ramón — era que cuando estaba arriba sentía algo tremendo e inesperado, y es que no encontraba por ningún lado la cabeza del elefante; « yo creí que había perdido la cabeza — la mía — y lo que había perdido era la cabeza del elefante ». Como cuando de niño — explica Ramón — se pierde uno de noche, a oscuras, en la cama, sin saber dónde están los pies ni la cabecera, dándonos tanto miedo que acabamos por tirarnos de la cama al suelo de cabeza para recuperarnos. Algo de esto pensamos que le sucedió toda su vida, a ese « hombre perdido » siempre, que fue Ramón; y también encontrado, recuperado siempre; para los demás como para sí mismo.

Parece que la juventud española actual no lo entiende. He oído a muchos jó-

venes decir que les sorprende nuestra admiración por este escritor extraordinario. Diversas explicaciones podrían darse de ello. Una, muy fácil, la de la aparente conducta pública, en un sentido exclusivamente político, de Ramón. Comprendo que es difícilmente explicable para muchos jóvenes — que, además por las circunstancias españolas que han vivido, lo leen poco, y mal, que apenas si de veras conocen sus obras — comprender esa disparatada « greguería » de su vida, de su literatura, « esperpentizada » en su madurez como « automoribundia ». Comprendo que la humareda de su pipa les nuble los ojos sin transparentarles ninguna realidad visible. O que, sin darse bien cuenta de ello, les ciegue ese chispazo imaginativo, que es como un corto-circuito luminoso, de la « greguería », que funde — sin confundirlos nunca — todos los valores de nuestras instalaciones habituales en la vida y el pensamiento. « El corto-circuito Rimbaud — escribí de joven — fundió toda la poesía francesa ». El de Ramón fundió muchas instalaciones literarias — y hasta políticas — españolas. Pensemos en que su trapecio y su elefante de los circos de Madrid y París, son simbólicos. Como el romper platos y tropezar con las alfombras; esa infantil payasada de su vida — como la de Picasso — fue alegre creación de un mundo o mundos fabulosos en que recrearse por una disparata infantilidad poetizadora. Hasta en su breve vuelta a España (y antes de tener que huir de ella de nuevo) por su pasajera exhibición — levita, chistera, guantes... apayasados — (pero sin pintarrajearse esta vez de negro) con lo que parecería que hubiese querido ponerse serio, no hizo más que afirmarse — por su íntimo, inconfesable, veraz y vivaz miedo — afianzarse más y más, en su « esperpentizante greguería ».

Madrid, febrero 1963.

UMBRAL

Revista de arte, letras y estudios sociales

Giros: C.C.P. París 1 35 0 75 6
Roque Llop, 24, rue Ste-Marthe
Paris (X)

TELEFONO

Red. y Adm.: BOT 22-02

SUSCRIPCION INDIVIDUAL

Trimestre	2 40 NF
Semestre	4 80 NF
Año	9 60 NF
Extranjero (año) ...	12 00 NF

Extranjero (por avión)

América del Norte	21 60 NF
América del Sur ..	26 40 NF



Un debate

entre Carlos Marx

● Continuación y fin ●

MARX. — Mi querido amigo, ni por asomo he querido poner en duda que odias sinceramente a ambos : al cura y los republicanos, pero no comprendes que eres permeable a sus conclusiones.

BAKUNIN. — Te estás chanceando, mi querido Marx.

MARX. — No, hablo seriamente. En primer lugar, examinemos tu propaganda sobre la libertad. Está más que claro que la sola libertad en la cual crees es la libertad individual. De hecho la misma libertad invocada por los teóricos burgueses como Hobbes, Locke y Mill. Cuando piensas en la libertad, crees que nadie debiera ser mandado por nadie. Concibes a cada hombre por separado, en posesión de todos sus derechos, amenazado por instituciones sociales y colectivas como el Estado. No llegas nunca a pensar, como piensa todo verdadero socialista, en la humanidad formando un conjunto, o bien en el hombre en tanto que criatura inseparable de la sociedad.

BAKUNIN. — Una vez más, Marx, demuestras que ni me has escuchado ni entendido lo que me has oído decir.

MARX. — Pretendo haberte entendido mejor que has sido capaz de entenderte tú mismo. No siendo capaz de concebir el Estado de otra manera que como opresivo, demuestras tu incapacidad para concebir el hombre de otra manera que como unidad aislada, cada cual con su voluntad privada, deseos e intereses. Esto es lo que creen los teóricos del pensamiento liberal burgués. Y vosotros, los anarquistas, tenéis la misma concepción del ser humano en la sociedad. Vuestro anarquismo es puro liberalismo llevado al extremo, llevado al histérico extremo, podría añadir. Vuestra filosofía es esencialmente egoísta. Tenéis una concepción del yo, y de la libertad del yo emparentada con la metafísica del capitalismo.

BAKUNIN. — No me interesa la metafísica.

MARX. — Y sin embargo el anarquismo llega a conclusiones metafísicas por cualquier lado que lo tomes. Tienes inclusive la misma ética, muy parecida a la ética cristiana : « Apoyo mutuo », os oigo repetir. Puesta en términos convencionales cristianos podría ser traducida por « Ama a tu prójimo », « Sacrificate por los demás ». Sin embargo el verdadero socialismo no necesita de preceptos porque no reconoce el aislamiento del individuo. En una sociedad socialista el hombre ya no es enajenable de su vecino o de sí mismo.

BAKUNIN. — Dado que el Estado es la causa de la enajenación, es obvio que el remedio consiste en eliminarlo.

Todos los hombres tienen una necesidad común:
la de vivir felizmente.

Las sociedades cambiarán su modo de ser, tomarán nuevas formas, se disolverán, y volverán a reconstituirse según las nuevas necesidades.

Seguramente tendremos que atravesar el Mar Rojo si queremos llegar purificados a esa tierra de promisión. El Mar Rojo sólo sumergirá a los faraones en una segunda y definitiva fase; esos faraones orgullosos que siempre olvidan que en la antigüedad y en lo presente un misero pastor les preservó y preserva de morir de hambre.

Ricardo WAGNER

MARX. — Pero no podemos eliminarlo hasta que hayamos cambiado las condiciones que hacen del Estado una necesaria excrecencia de la sociedad.

BAKUNIN. — Tan pronto como los trabajadores reúnan el suficiente poder para removerlo, el Estado cesará de ser necesario.

MARX. — ¿Admites que es una necesidad en el presente?

BAKUNIN. — Es necesario para una sociedad de propiedad privada. Cuando la propiedad privada haya sido distribuida; una vez triunfante el socialismo...

MARX. — Un socialismo preocupado por la redistribución de la propiedad es un verdadero modelo de vulgaridad. Con seguridad, Bakunin, no eres de los que piensan que socialismo consiste en un libre reparto individual.

BAKUNIN. — Este es ciertamente uno de sus objetivos.

MARX. — Amigo mío, las finalidades del socialismo son mucho más radicales que todo eso. Su finalidad consiste en producir una completa transformación de la naturaleza humana, una transformación del yo, la creación de un nuevo hombre. La voluntad individual fundida en la sociedad. Cada cual liberado de su autoenajenación. Dices que tu propia finalidad es la libertad. El socialismo nos dará una libertad casi desconocida en la pasada experiencia del género humano.

BAKUNIN. — Haces de la vida una cosa demasiado misteriosa.

MARX. — Y tú la conviertes en una cosa vulgar. Contemplando el mundo, Bakunin, te imaginas que cierta gente es hoy libre y otra gente oprimida.

BAKUNIN. — Yo no me imagino eso. Es la realidad. Los menos son los libres : los ricos.

MARX. — Debo decirte que nadie es libre en el mundo actual. Ni siquiera los burgueses más ricos. Moralmente hablando, el capitalista, en tanto que hombre, es tan esclavo del sistema como los trabajadores. Es lo que nos permite afirmar, haciendo honor a la verdad, que la emancipación del proletariado representa la emancipación del género humano.

BAKUNIN. — Pero lo principal queda en pie. El rico puede hacer lo que le place, mientras que el pobre carece de lo más necesario.

MARX. — Pero la opción del rico se halla gobernada y restringida por la cultura burguesa, por el sistema que niega la benevolencia de cada uno. Además, hay una muy estrecha teoría de la libertad definida por el « haz lo que te plazca ».

BAKUNIN. — Mejor que la teoría de la libertad definida por el « haz lo que debes hacer ». Es lo que dicen los curas : la perfecta libertad es servir a la Iglesia. O lo que dice Hegel : la perfecta libertad es la obediencia al Estado. Personalmente prefiero la noción humana plena de que la libertad significa : « haz lo que quieras ».

MARX. — Acabas de definir la libertad como la realización plena en el hombre de sus potencialidades. Y esto está mucho más cerca del socialismo. El ente socialista será libre en tanto que hombre transformado.

BAKUNIN. — Pero si al hombre no le es permitido desarrollarse, él mismo no conseguirá manifestar lo mejor que hay en él.

MARX. — En términos burgueses y liberales, Bakunin, estás traicionando tu filosofía liberal burguesa. Pues, ¿no es acaso esto lo que Adam Smith y sus acólitos dicen? Dejados a los hombres solos y cada uno dará de sí lo mejor. El hombre económico con propio incentivo para la autoperefección. ¿Qué es la frase « Laissez-nous faire... »?

BAKUNIN. — Desde luego, siempre que quieras ignorar el hecho de que los liberales se aferran a la propiedad privada y a la competencia económica, mientras que yo mantengo que todo debe ser puesto en común...

MARX. — Pues si partes del principio de que cada hombre debe contar con su preciado derecho privado a la libertad irrestringible llegarás a la conclusión de que habrá quienes querrán sustraer siempre algo del procomún reclamándolo como suyo propio. No podrías tener al mismo tiempo completa libertad individual sin reclamar la propiedad individual. ¿Qué responderías al hombre que reclamase el derecho a la propiedad? Más que responder ¿qué harías en defecto de un Estado u otro instrumento de autoridad so-

imaginario



y Miguel Bakunin

cialista capaz de restringir a los recalcitrantes o antisociales?

BAKUNIN. — ¡Pero si tú mismo, Marx, nas afirmado que el hombre socialista sería un ente cambiado! Este habría abandonado sus antinaturales impulsos egoístas y adquisitivos degenerados por la sociedad burguesa.

MARX. — Mi hombre socialista se habría transformado, Bakunin. Pero no reconozco de ninguna manera a tu hombre socialista. Tú concibes a los hombres como individuos, cada cual con su pequeño imperio de derechos. Yo pienso en la humanidad formando un conjunto. La libertad, como yo la concibo, es la liberación del género humano; no la libertad del individuo.

BAKUNIN. — Otra vez el punto de vista de Hegel sobre la libertad; la idea de que obrar libremente es obrar moralmente, y obrar moralmente es obrar de acuerdo con la razón de Estado.

MARX. — Hegel no estaba del todo equivocado. Sólo un ser racional puede ser libre, porque solamente un ser racional puede decidir ante una alternativa. Una opción irracional no es una libre decisión. Obrar libremente es obrar racionalmente. Y obrar racionalmente implica conocer la necesidad de la naturaleza y de la historia. Verdaderamente no hay antítesis entre la necesidad y la libertad.

BAKUNIN. — No estamos debatiendo sobre la cuestión del libre albedrío, Marx. Estamos tratando de la libertad política. No hay ninguna dificultad metafísica en esto. La libertad política depende del hecho de suprimir la opresión política. Ninguna clase de iniciación filosófica es necesaria para examinar esto. Un niño de nueve años puede observar el mundo y ver quién es el oprimido y quienes los opresores.

MARX. — Y un niño de nueve años podría suponer que la situación no podría remediarse bruscamente suprimiendo el Estado. Podría también convertirse en anarquista. Pero su tierna edad le excusaría de esta locura.

BAKUNIN. — Hay una locura del filósofo como hay una locura de niño. Todo tu abstruso razonamiento sobre la libertad puede sólo conducirte adonde llegaron Rousseau y Hegel: a la creencia de que los hombres pueden ser forzados a ser libres.

MARX. — En efecto, a los hombres podemos forzarlos a ser libres, en el sentido de que puedes forzarlos a obrar racionalmente. O, en todo caso, a evitarles que obren irracionalmente.

BAKUNIN. — Una libertad que pueda ser impuesta al hombre no es digna de llamarse libertad.

MARX. — Es la realidad lo que importa, no los hombres.

BAKUNIN. — Bien, mira pues, a la realidad. Si hablas de obligar a los hombres a ser libres, tienes que pensar en dos clases de gentes: los que fuerzan y los forzados. Y ahí tienes los dos tipos que componen la supuesta sociedad sin clases del socialismo autoritario: los dirigentes y los dirigidos, los que están arriba y los que están debajo.

MARX. — Por supuesto, ciertas gentes deben ser superiores a los demás. Como te llevo dicho antes, una sociedad socialista debe ser regulada, especialmente en sus primeros pasos. La alternativa es la Torre de Babel, un mundo en el que nadie sabe qué hacer, o qué esperar, un mundo sin orden y sin seguridad, o bien confianza en un orden fijo. Anarquía significa caos, y el caos me horroriza. Si el caos te llama, Bakunin, es porque eres propicio al meretricio encanto de la vida bohemia o gitana. Tras la rigidez de tu vida juvenil, en el seno de privilegiada familia y en las escuelas militares, se comprende que el desorden bohemio te atrajera. Pero si piensas esto verás que la bohemia es en verdad un primoroso tributo al « ethos » burgués, retándolo estudiadamente, ultrajándolo. Pero ya digo que el « ethos » burgués no merece tal atención. Los socialistas tenemos cosas más serias de que ocuparnos.

BAKUNIN. — Hablas, Marx, de « socialismo vulgar », pero tú mismo tienes una vulgar noción de lo que el anarquismo significa. Para las mentes no preparadas el vocablo « anarquía » significa precisamente caos y desorden. Pero un hombre educado debe conocer que el vocablo es una traducción fonética del griego, que significa meramente oposición al gobierno. Es una pura superstición la creencia de que la ausencia de gobierno significa el caos y el desorden. Las más ordenadas naciones de la Europa actual no son aquéllas en que el gobierno pesa más fuertemente sobre el

ciudadano, sino aquéllas en que tal presión ha llegado al mínimo grado. No alcanzo a comprender lo que dices de los bohemios. Ciertamente, no siento apetencia por el desorden.

MARX. — Tú hablas, con vehemencia, de sangre, fuego y destrucción.

BAKUNIN. — Es un mero celo por la batalla. Soy tal vez más impaciente que tú por el advenimiento de la revolución; pero te puedo asegurar que los anarquistas anhelamos tanto como tú el orden socialista.

MARX. — Es inútil ese anhelo, pues fuera del Estado socialista no habrías de encontrarlo. Vuestra suerte de revolución traerá sangre, fuego y destrucción, seguramente; pero no mucho más.

BAKUNIN. — Y tu clase de revolución, Marx, habrá de acarrearos algo infinitamente peor: la esclavitud.

MARX. — Bien, amigo mío, imagino que es una buena cosa haber sido ambos perseguidos por la burguesía; de lo contrario, de prolongar más esta charla podríamos los dos dejar de ser socialistas.

BAKUNIN. — Voy a pedir más agua caliente. El té se nos ha enfriado.

Maurice Cranston

● Traducción del inglés por J. Peirats ●

No creía —Bakunin— de ningún modo en los burgueses republicanos reunidos en gran congreso, pero tenía interés en extender sus relaciones íntimas, disimuladas en la forma nominal de sociedad secreta —medio que estaba en las costumbres de la época y que Mazzini, Blanqui y otros no desdenaban— entre los jóvenes inspirados por el socialismo y el ateísmo, y entre algunos viejos no dominados por la rutina que encontraría en el ambiente de la Liga de la Paz y la Libertad y en sus congresos. Se critica a menudo el hecho de que no entrase directamente en la Internacional. Había oído hablar de ella al comienzo, en Londres, en otoño de 1864 por parte de Marx mismo, que le incitó a ocuparse de la Internacional en Italia; en una carta escrita en Florencia el 7 de febrero de 1865, explica a Marx las grandes dificultades que encontraba aún en Italia la idea de la Internacional; se daba cuenta de ello en el terreno y necesitaba años para desprender algunos italianos, aunque fueran pocos, de las ideas patrióticas que les absorbían por completo todavía, con exclusión de todo pensamiento social e idea de solidaridad internacional. Apenas llegó en 1867 a agrupar un fuerte núcleo de italianos en Nápoles, en asociación política primeramente, pero de los esfuerzos de este grupo surgió igualmente la Internacional en Nápoles y en Sicilia en diciembre de 1868.

(Citado por Max Nettlau en el volumen III de las Obras completas de Bakunin, Editorial «La Protesta», Buenos Aires, 1926.)



DE ALLENDE Y

el otro sabe responder:

Fuentes y hierbas, gérmenes sagrados,
si Dafnis el pastor
sabe entonar cantares acordados
cual dulce ruiñeñor,
mis vacas trae aquí,
rica pastura encuentren placenteras
y dadles más que a mí. (1)

Estos pastores prestan al arte un servicio egregio y son formas que embellecen el camino, pues sólo están en el camino por la gracia de los ingenios que sobre lo irreal abren la ruta a las grandes concepciones del espíritu y dejan en ella variados destellos de intensísima luminosidad.

CASI siempre íbamos a un lugar que abre su angostura entre una cañada honda y por donde corre un riachuelo con ruido de espumas sobre las piedras lisas. Junto íbamos los dos hacia este sitio bucólico, y nuestro descanso fué plácido e inocua la murmuración. Porque murmurábamos en forma afable, y a los murmurados —que en su mayoría eran paternidades— les quedaria a salvo la sapiencia escolástica cuya trayectoria se dirige a la propulsión silogística, toda ella útil al dogma y a la fe.

Mi amigo y yo amábamos la naturaleza cuando el campo se alumbra en colores bajo el iris de la primavera y el fuego de los estíos. Al llegar el estío —y en el lapso vacacional, que es lapso gratisimo para las ideas de alcance libre— tomaríamos el paseo entre los umbrosos castaños, bordeando el cauce de agua hasta llegar a un meandro donde el chopo espejeaba su lánguido desmayo como herido por los cristales de la linfa sonora. Sentados allí sobre el derrumbado tronco de un álamo, contemplábamos el paisaje con idéntica delectación, y en este deleite el alma se poseía a sí misma en un ruedo de luz y de sensibilidad estética.

Quiero que se sepa ahora que nunca olvidé aquellos diálogos a la vera del agua, ni aquella cátedra en la cual la naturaleza habla a quien se presta a oír su lenguaje eterno. Pero tampoco olvidé el gran escrúpulo que mi amigo manifestaba tener respecto a que existan pastores que no sólo tañen la flauta, sino que en ella hallan tono y medida para construir poéticos cantares en versos de inimitable cadencia orquestal. No, amigo, no, le dije al verlo sumido en sus dudas y opuesto a cualquier embate contra su furia cándida. Sólo tañen los poetas y todo será cómo los poetas han querido que todo sea cuando la ideación se rellena de ensueños cuyo fondo puede estar en la luz del alba o en el crepúsculo verdeoro. Es el poeta que viene de otra parte con conocimiento letrados quien tañe la siringa y armoniza el cantar; es este poeta quien, sin ser pastor, se hace pastor y conversa con el dios Pan y las rústicas deidades; es este poeta quien se sentó un día al lado de la fuente y al soñar despierto, vio bajar de la serranía a Menalcal y Dafnis, los dos a concertar un debate y descubrir cuál de ellos era el mejor cantor. La vida pastoral la sublimaron los poetas y no los cabreros. Jamás algún poeta se vistió con pelliza de velluda cabra, o portó en la diestra mano un cayado de olivo silvestre, antes estuvieron los poetas a buen cobijo, y en aquel su ocio creador formaron la campestre escena con cirios del sol en el día plácido, y con cirios de la luna en la sosegada noche. Y cuando un poeta dice:

Ríos y valles, creación divina,
si supo con primor
hacer sonar la fistula argentina
Menalcas el cantor,
a sus ovejas dad pasto sabroso,
con liberalidad,
y a las vacas de Dafnis el hermoso
igual favor mostrad,

Así dije a mi amigo, y no sólo le dije esto, sino que supo que los pastores del Quijote son un caso de excepción. Una excepción vinculada al realismo de las figuras que en aquel teatro se mueven, si bien concuerda con lo inverosímil suponer a Marcela tan juiciosa y aguda, o tan propicia al ovejuno pastoreo. Rica era la zagala y en letras instruída. Venía ella de ricos labradores. Muertos éstos tempranamente y siendo Marcela el único vástago de la familia, pasó al cuidado de un tío sacerdote, quien guardábala con mucho recato y encerramiento, según dice el historiador de la quijotesca historia. Con todo, se ha de saber que solicitudes tuvo el cura para que le diese por marido al más digno de los aldeanos mancebos si a ello accedía la muy graciosa doncella. Graciosa doncella que no iría hacia el monjío a fin de preservarse pura y devota, antes se iría al bosque a ofrendar a la tierra el voto de castidad perpetua. Entonces los arqueros prepararon las ballestas, más ninguno logró herir a la moza que no desea varón, sino el campo libre donde gorjean los pájaros, murmuraran las fontanas y suena melódica la esquila del ganado que al aprisco se recoge. Malhava los que van tras ella y le quiebran el bucólico ensueño y la placidez del pastoral silencio. Que apetece estar a solas y guardarse de cuantos su hermosura codician. Para evitar controversias acerca de tan aguda pastora, buen cuidado mostró Cervantes en atribuirle clarísimo entendimiento. Así, debido a este don, habló como maestra que viniese de alguna academia a instruir en la mejor palabra a los rústicos del monte y de la serranía. Vosotros que abris la fosa y habéis de enterrar en ella muerto de amor, oíd la respuesta que os dará la que no pretende otro connubio que vivir en maridaje con la naturaleza, en la paz del prado y la quietud del bosque: —Yo conozco con el natural entendimiento que Dios me ha dado, que todo lo hermoso es amable; mas no alcanzo que por razón de ser amado, esté obligado lo que es amado por hermoso a amar a quien le ama. Y más que podría acontecer que el amador de lo hermoso fuese feo, y siendo lo feo digno de ser aborrecido, cae muy mal decir: **quíerote por hermoso; hazme de amar aunque sea feo.** Contra el ansia de elegir el camino que más a su voluntad se aco-

(1) Idilio de Teócrito, traducido del griego por Ipano Acaico.

moda, habéis, cabreros, alzado la voz y seréis reprendidos con este discurso: —Pero puesto caso que corren igualmente las hermosuras, no por eso han de correr iguales los deseos; que no todas las hermosuras enamoran; que algunas alegran la vista y no rinden la voluntad; que si todas las bellezas enamorasen y rindiesen, sería un andar las voluntades confusas y descaminadas, sin saber a cuál habian de ser los deseos. Y según yo he oído decir, el verdadero amor no se divide, y ha de ser voluntario y no forzoso.

Así, por esta discreción desusada en una zagala no común, será preciso incluir en la categoría del cervantino ingenio aquel arte que engendra no sólo una Marcela instruída, sino un Grisóstomo estudiante que escribe versos y a quien llamariamos un pastor de ocasión, o cosa semejante. Un pastor cuyo amor se desvía del rebaño y va hacia la moza que era tan hermosa, «que cuantos la miraban, quedarían de ella enamorados y perdidos por ella». Mi amigo convino en ser esto muy cierto y desde entonces tuvo otra idea distinta acerca de la bucólica y del caramillo pánico. Los poetas no precisan descansar bajo la encina, y en cualquier parte donde se hallen, les tocará el aura campestre, y el murmullo de las frondas proporcionáales melodía para la versificación amena.

Algunas veces pusimos alrededor de los hombres y de las bestias nuestro redondel de palabras y cada vez que esto ocurría, tropezábamos con la fiereza de las bestias y la barbarie de los hombres. Recordando ahora aquellos debates pienso si él y yo íbamos errados, o si estábamos en lo seguro al estatuir que siendo la bestia inconsciente del daño, su fiereza no puede ser dominada por ninguna otra fuerza extraña a ella, mientras que en el hombre se da la conciencia de su barbarie y se sirve de esta luz de razón para pervertir el concepto del honor y hacer más crueles los propósitos infames. Luego por la razón puede ser el hombre doblemente bestial. La bestia ataca cuando la víctima está cercana a ella. El hombre no necesita esta proximidad de la víctima para asestarle un certero golpe. Sobre todo si el hombre dirige un imperio y ha de retener lo que se adquiere por medio de la fuerza armada, o, en aparente soberanía, por medio de convenios con los sátrapas, ya sean dictadores de sable y espuela, ya oligarcas de fraque y bombín. Digo que mi amigo, al ver las iniquidades de los poderosos sobre el ruedo del mundo, solía identificarse con Thrasimaco cuando en un rápido pensamiento expresó la suprema verdad: Justicia es lo ventajoso al más fuerte.

Desde estos coloquios han pasado muchos años por el tamiz del tiempo y nunca supe de mi amigo, porque vine a América, y entre nosotros quedó roto todo contacto y fue imposible la comunicación epistolar.

Estoy en América, sí, y hasta que llegué a ella no comencé a conocer su historia. Casi un lustro invertí neciamente en el seminario lugués y en él ni aun se aprende la historia de España según la escribió el jesuita Mariana. Ni aun se aprende la historia de Cristo según la escribieron los

AQUENDE EL MAR OCEANO

evangelistas. En los institutos el conocimiento histórico tiene una amplitud más libre, pero su extensión pocas veces abarca el confin global, o la trayectoria por donde se mueven todas las razas del planeta. Quienes escriben historia han de hacerlo con imparcialidad. Fragmentos históricos se han escrito muchos y en muchos de ellos se infiltraron las fábulas, que fue a lo que se refirió Plutarco en la vida de Teseo con esta advertencia: «De aquí arriba no hay más que sucesos prodigiosos y trágicos, materia propia de mitólogos y poetas, en la que no se encuentra certeza ni seguridad». Radicado yo en América más que por la aventura emigratoria, por los azares de contrasentidos sujetos al orgullo de clérigos anticristianos y de oligarquías absolutas, quise atalayar las rutas que siguieron los conquistadores y luego los libertadores, y fue entonces cuando he ido adquiriendo libros e informes, y entre los libros adquiridos citaré uno de Alfonso Toro sobre un crimen de Hernán Cortés en la muerte de doña Catalina Juárez Marcaida, y era el otro un epitome relacionado con las civilizaciones maya y azteca, donde el dios Quetealcrahtl recibía este homenaje: **Por la significación de su nombre es una serpiente con plumas. También es el dios del viento y la estrella de la tarde. Como un gran sacerdote o sabio aparece en la leyenda. Enseña el cultivo de la tierra, predica en contra de los sacrificios humanos, se le persigue por sus intentos de renovación y, al fin, se aleja de su patria por el rumbo de oriente, ofreciendo volver algún día.** En la marcha errante —la marcha del que emigra— se hace difícilísimo hallar sosiego. Para hallar sosiego se requieren ciertas ventajas y éstas pueden ocurrir si con el individuo no vienen los duelos de la emigración, sino un destino prefijado por la categoría académica, como quien fuese llamado a ocupar una cátedra, o como quien va a sentarse en silla curul, o como aquel que portase algún penacho cancilleresco, o como quien tiene la ciencia técnica y la aplica a la industria del engranaje nacional. Todos estos señores consiguen el sosiego, vale decir, lo llevan consigo y no han menester ir de ceca en meca, porque no son emigrantes y por no serlo, ignoran el pésimo dormitorio, y la ansiedad hambrienta, y las malas ropas y el mal calzado. Siempre están en su oficio y al paso que lo ejercen, también se instruyen. Unos se instruyen con lo que leen; otros son pedagogos y se instruyen con lo que enseñan. A todos no les falta mantel ni mesa, y como lo incierto e inseguro jamás les trae zozobras o les aumenta los pesares, la cultura es un apéndice a su empaque ornamental, de donde al tener morada cómoda, pueden adquirir una biblioteca y deleitarse en ella.

Olvido ya mis quebrantos y digo que, a la postre, hallé sosiego, y aun diré que mi hogar ha sido limpio, lleno de calma y de sol.

Entre todas las lecturas me atraen las históricas. Estas lecturas pueden quedarse en curiosidad, o pueden ir más lejos y ser, simplemente, un análisis conspicuo del episodio histórico. Quienes escriben historia han de poseer virtudes excepcio-

nales y ningún apasionado impulso fermentará en ellos si recuerdan que la historia es —según observa Cervantes— «émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado y aviso de lo presente». Traiciona el hecho histórico aquel que fue crédulo por la fe o pensó en la gloria del imperio antes que en ofender la sevicia de los emperadores.

Ha sido en América donde, por primera vez, leí la historia de la conquista y de la colonización, y me embelesó la gesta de los héroes que la libertaron, entre ellos Bolívar y Sucre, y algunos otros capitanes de menor categoría señorial y rango estratégico.

Oh, España, fuerte y guerrera, a ti se debe el descubrir las Indias y cuando en ellas buscabas el oro, los nativos darían a tus aventureros este consejo: «¿Por qué no sembráis, por qué no cogéis, por qué andáis pasando tantos trabajos por robar los bastimentos ajenos?» Mas no fuiste la única en buscar el oro. Otras naciones iban tras él y hubo un nauta, Marco Polo, que llegó a ver el palacio del gran señor de Cipango, todo techado de oro fino, no de losa o teja, según se techan nuestras viviendas y nuestros tempos —nos dirá el historiador y ensayista Vicente Sáenz. El pavimento de sus salones, que son muchos, está también cubierto con una capa de oro de dos dedos de espesor... Los habitantes de esta isla donde mora el gran rey poseen en abundancia perlas de gran volumen y de un oriente rosa, de tanto valor como las blancas, o más valiosas todavía... Son tan alucinantes las riquezas de Cipango, que de sólo verlas, no sabe uno cómo explicar el efecto que producen (2). Se contiene este informe en el libro «Hispanoamérica contra el coloniaje» y su actor enlaza la fantasía de Cipango con la otra fantasía de El Dorado que en la Guayana abría su mundo entre montañas de oro y valles de esmeralda reflejados sobre ríos de miel, según eran los edénicos luego que Jehová completó la obra creadora y puso en el Paraíso al primer hombre y a la primera mujer. Todo individuo que vive en miseria ambiciona salir de ella. Hay, empero, dos clases de ambición, como hay dos clases de envidia, una que santifica, otra que daña el corazón y el alma. Ambiciona el indigente que su miseria se acabe y en esta ambición descansa la mejor justicia. Sin embargo, la santa ambición del indigente puede cambiar a otra cosa cuando éste deja el andrajo por haber encontrado la fortuna. Es la ambición del avaro y aunque se dijo que la avidez en las riquezas viene a ser la más grande indigencia, todo significa una manera de hablar y no un concepto profundo de las realidades positivas.

El Dorado ilusionó a los españoles e ilusionó locamente al británico Raleigh, quien lo buscaba para entregar sus tesoros a la reina Isabel. Mas no pudo llevar a la reina la riqueza de la ciudad encantada. Por la ambición de reyes y de cortesanos se fundaron los imperios y, al mismo tiempo, se legalizó el robo sometido

(2) Don Vicente Sáenz toma esta narración de un estudio de Ramón García Ruiz sobre el canal de Panamá.

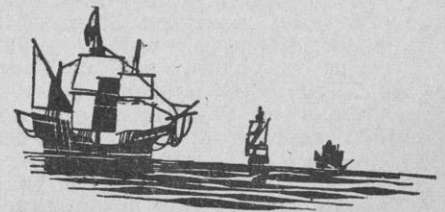
a la audacia de imperiales corsarios. En su cabeza lleva Raleigh la quimera de los sublimes ensueños. Un camino mágico le abre su cautivo el gobernador Berrio al hablarle de grandes platos de plata labrada y de las prodigiosas riquezas del río Amapaia. Núblansele los ojos al británico. En esta nebulosidad el paisaje muda de forma y allá lejos, entre el perímetro de cuatro junglas circulares, está Manoa y en ella el templo que, a la luz del día, reverbera sobre el brillo de sus perlas rojas como lumbre. Todo el oro y la pedrería pertenecen a los dioses grandes y omnipotentes. No, no, ese oro no pertenece a ningún dios ni a ninguna diosa. Pertenece a la soberana inglesa, y Raleigh, al iniciar la segunda expedición, luego de haber fracasado en la primera, esboza el plan de rapiña en que va a asentarse el futuro imperio inglés. Vicente Sáenz reproduce las palabras que pronunció este aventurero ante sus visiones esplendorosas de El Dorado lejano: «Si España, de una pobre monarquía como era, se pudo convertir en poderoso imperio, Inglaterra, con los recursos de Guayana y con los tesoros enormes que los monarcas incas habían escondido en El Dorado, tendría más oro que el reino español en el nuevo mundo.»

Y el imperio no se fundaría con la riqueza de El Dorado. Se fundará con el dominio de la flota sobre todos los mares del mundo. **Britania rules the waves.** Pero también los imperios tienen su hora final y cuando unos se desintegran, otros aparecen en la dimensión del tiempo.

Ahora ha surgido el imperio yanqui y otro imperio que nace, le corta la expansión. Entre estas fuerzas opuestas puede venir el choque, y con el choque la hecatombe nuclear. A punto estuvo de venir el pasado año de 1962. Yo advertiría al más fuerte que Iberoamérica (3) no es su propiedad y que la O. E. A. no es otra cosa que un estrado donde pueden colocar sus sillas algunos hombres idénticos a aquellos traidores que asesinaron a Sucre y obligaron a Bolívar a decir «Hemos arado en el mar».

Jesús PRADO RODRIGUEZ

(3) ¡Iberoamérica! Sí, Iberoamérica, porque toda ella, desde Méjico a la Patagonia, habla español y portugués. Entonces, ¿por qué decir América latina a ese vasto continente si el idioma italiano y el idioma francés están ausentes de ella, aunque no lo esté la cultura de esos grandes pueblos? ¡Iberoamérica! En último caso América indoibérica. Se tomó de los sajones la expresión América latina, quienes no suelen decir América latina, sino Latinoamérica: *Latin América*. ¡Sí, Iberoamérica, o América indoibérica, o Hispanoamérica! Y de paso que hago esta advertencia, deseo advertir a un escritor indoibérico que escriba *inca* con *c* y no con *k*, por ser la *k* letra fea, que diría Salvador de Madariaga.



EL CINE

LA DESGRACIA DEL FILM («MORIR EN MADRID»)

PARIS, (ANSA). — Frédéric Rossif es un especialista en films encuesta y grandes documentales históricos. Es también un especialista en tropiezos: Una transmisión televisada preparada por él para la TV francesa, en ocasión del vigésimo aniversario de la batalla de Stalingrado, fue suprimida a último momento por orden del gobierno francés debido a las declaraciones antialemanas de Kruschew. Había ido a Moscú para entrevistar al premier soviético y para elegir el material correspondiente al ejército rojo.

Ahora su film, « Morir en Madrid », dedicado a la guerra civil española logró el permiso del comité de censura gracias a algunas amputaciones, como la frase que el general Franco pronunció como jefe de los insurrectos: « Si hace falta haré fusilar a media España ».

El gobierno de la quinta República francesa no podía condenar oficialmente una obra que exaltaba la participación en aquella guerra del actual ministro de Cultura de de Gaulle: André Malraux y la indignación manifestada en aquel entonces por el católico François Mauriac, actualmente director de conciencia del gaullismo. Sin embargo, el estreno de « Morir en Madrid » fue postergado hasta ahora, y por razones técnicas no aclaradas, hasta el 15 de abril. Se pensó que tal vez no era éste el momento más oportuno para despertar ciertos recuerdos, en vista de las buenas relaciones diplomáticas entre Francia y España.

El film es un documental impresionante sobre lo que ha sido llamado con razón « Ensayo de la II Guerra Mundial ». Hacen luz sobre la historia de esa guerra, registrada entre los años 1936 y 1939, las atestiguaciones de hombres como Malraux, Hemingway y Bernanos, entre otros.

Los documentos, en su mayoría inéditos, fueron hallados en cinematecas y archivos internacionales. El relato hecho es claro y en lo posible objetivo. El film tiene un comienzo estadístico parecido al de « Divorcio a la italiana », de Germa. Es decir, da un cuadro de la « España 1936 » sobre número de habitantes, de desocupados, de latifundistas, de sacerdotes, de monjas, de militares (un general por cada 100 soldados)... es decir, que trata de ubicar al espectador sobre un plan objetivo. Los capítulos de la sangrienta guerra entre hermanos y con la ayuda de mercenarios que vinieron de todas partes del mundo, se siguen unos a otros, desde la abdicación del rey a la caída de Madrid: huelgas, represiones en Asturias, brigadas internacionales, el «error» del bombardeo de Guernica, el asesinato de Federico García Lorca, la batalla de Guadalajara, el sitio de Toledo, la división alemana « Cóndor », los fascistas italianos, la matanza de sacerdotes vascos, la intervención de León Blum y, sobre todo, las muertes, un millón y medio de cadáveres. Aparecen Stalin, Mussolini, Hitler, Negrín, Franco y muchos más. Aparece el pueblo español. Y aparece don Miguel de Unamuno, rector de la Universidad de Salamanca, hablando en público después de que el general franquista Millán Astray hizo gritar a sus hombres « ¡Viva la Muerte! ». El anciano filósofo dice: « Hay circunstancias

El mundo imaginativo

● Continuación ●

EN aquella pequeña patria de Mozart y Beethoven, tuvo Santillán la suerte de encontrar a aquellos dos grandes genios, Kautsky y Nettlau, que resucitaron y dieron vivencia a los ideales del socialismo legítimo, desde la antigüedad histórica — hasta en sus raíces más profundas — hasta la edad contemporánea, como algo nacido de los mismos extractos del pensamiento que no puede morir. Lástima que el movimiento social no haya encontrado la manera de restituir, reivindicándolo para la libertad, tanto material valioso y único como integraba la biblioteca de Carlos Kautsky, que el comunismo consiguió esconder al ojo inquisidor del historiador demócrata, socialista y anarquista, para acomodar sus interpretaciones como doctrina a conveniencias autoritarias del partido, puesto que muchas piezas, imposibles de hallar en ninguna parte del mundo, han sido expurgadas, falsificadas o destruidas.

Tal el destino de un anhelo que absorbió la existencia de Carlos Kautsky, puesto que la biblioteca de Max Nettlau — que en vida pudo resistir todas las tentaciones de orden económico que el régimen ruso le hizo por mil procedimientos capciosos, prometiéndole un local a su elección dentro del territorio de la Unión Soviética, un final placentero de su heroica vida y medios de movilidad a su disposición — ha podido salvarse de tres avalanchas: no ser raptada por el comunismo, destruida por el hitlerismo ni hecha polvo bajo las bombas demoleedoras de la democracia aliada. Actualmente, y desde el fallecimiento de Max Nettlau, esa fortuna inapreciable, creada con pasión benedictina por uno de los maestros de la historia nueva, encuéntrase en un museo de la romántica Amsterdam, la florida ciudad holandesa, a la que acuden los estudiosos de todos los países, sedientos de saber y conocer de dónde socialmente venimos y adónde espiritualmente vamos.

Como fruto de su permanencia y primera salida a Europa, Abad de Santillán trajo para nuestro mundo ideológico los nombres y la obra de muchos sociólogos

en que callar es mentir. Oí un grito insensato de « Viva la Muerte ». Es una paradoja repugnante para mí. El general está enfermo: y esto no es descortesía. También Cervantes lo estaba. Lamentablemente en España hay demasiados enfermos. Sufro pensando que el general podría establecer bases para una psicología de masas. Un enfermo que no tenga la grandeza espiritual de Cervantes busca su alivio en las mutilaciones que pueda provocar a su alrededor. Ustedes ganarán por tener más fuerza bruta de la necesaria. Pero no convencerán porque para ello sería necesario persuadir. Y para persuadir haría falta tener algo que no tenéis: la razón y el derecho para la lucha. Considero inútil pedir que penséis en España. He terminado. » Y el general franquista Queipo de Llano proclama: « Buscaré a nuestros enemigos para fusilarlos, en el lugar donde se hallen, aunque estén enterrados. Si han muerto los mataré nuevamente. »

G. GRACIA

por Campio CARPIO

y grandes escritores como Rodolfo Rocker, fallecido hace pocos años en Nueva York; Domela Nieuwenhuis, Pierre Ramus, Erich Mühsam, Gustavo Landauer, quienes, junto con Sebastián Faure, Juan Grave, Emile Armand, Errico Malatesta, Luis Fabbri y otros pasaron a ser colaboradores de « La Protesta » y del « Suplemento Semanal », de igual modo que algunos de sus libros fueron publicados en castellano, en traducción de Abad de Santillán.

También en aquella época se incorporó al acervo idealista del diario el nombre y la obra del sabio George Fr. Nicolai, que actualmente reside en Chile, retirado de toda actividad intelectual, pero que sirve de guía y aliento a las generaciones de nuestros días por su obra humana y fecunda en la cátedra y el libro, cuyas ideas concretó en su « Biología de la guerra », a través de sus estudios y experiencias a lo largo de su vida agitada y turbulenta, a partir de la hecatombe de 1914 en que, por negar el derecho de la fuerza alemana a invadir otras naciones y no haberse solidarizado con la cultura teutónica, fue encerrado en la fortaleza de Gaudenz, de donde pudo ser liberado para restituir en el exterior la conducta del auténtico pensamiento germánico.

Tanto unos como otros eran figuras de relieve socialista y anarquista que reivindicaban, en aquel renacimiento de las ideas, el patrimonio de una humanidad despedazada a través de la historia, en guerras de príncipes, Estados, coaliciones y una explotación milenaria por parte de los esclavócratas de todos los tiempos. El ideal de la revolución redentora vivía en aquellas mentalidades como hecho cierto y positivo, sin las complicadas interpretaciones abstractas que todo lo deforman, dividen y distorsionan. El fenómeno era bien simple y sencillo en aplicación, pues que todos confluimos a un mismo gran río ideológico de redimir al hombre, en el interés de restituírnos a nosotros mismos. Luchar por la libertad, por la igualdad y por la justicia, no es un crimen, pero sí una obligación de todo individuo. El que se aparta de estos postulados o los combate, es un enemigo del género humano.

Puede decirse que data de aquel período la vinculación de dos mundos. Entonces, todavía las ideas imponían recelos y temores. Las teorías gubernamentales de hoy se basan en principios económicos de extracción socialista. El mismo sistema capitalista y sus ideólogos, encuentran que la única salida del marasmo creado por el curso de la evolución moderna, está en volver al conocimiento de la historia social y aplicar algunas de sus recetas que hace un cuarto de siglo parecían carbonarias y, como tales, equivocadamente se combatían por todos los medios y procedimientos represivos del poder estatal. La paradoja más concluyente se ha dado en ocasión de la última guerra grande en que los gobiernos aliados repartían entre los combatientes « El Capital », el inofensivo libro infernal de Carlos Marx.

de Diego Abad de Santillán

Abad de Santillán ha cultivado amistad con todos aquellos precursores que estaban animados por los principios constitutivos de la Asociación Internacional de los Trabajadores. Al margen de publicar sus escritos en « La Protesta » y hacer sus folletos y libros, se contribuía en buena parte a mitigar la situación económica angustiosa de aquellos maestros inolvidables que atravesaban penurias sin cuento. Estando en Europa, los pocos pesos que recibía en su condición de corresponsal del diario, eran compartidos con algunos integrantes de aquella generación de luchadores ilustres, que iban poco a poco pereciendo casi de inanición. Al final, muchos de ellos, tenían las tenazas en la garganta, con amenaza de someterse a las interpretaciones del comunismo autoritario que estaba erigiendo su poderosa maquinaria absolutista o caer en brazos del liberalismo reaccionario. Aún estaban humeando los cañones de la república bávara, cuyos comuneros pretendían atraer para aquel movimiento el clamor de Europa. La socialdemocracia, que había previsto el peligro de su desplazamiento, a la luz de la lucha que poco antes observarían entre las fracciones del comunismo ruso, hizo lo indecible para ahogar las inquietudes de aquel pueblo desesperado de igual modo que en Hungría se aplastó los ideales de la comuna. Y de la socialdemocracia nació el naci socialismo, como de la democracia ambigua nació el socialcristianismo para acercarse cada vez más al nacionalismo reaccionario eclesiástico y a la dictadura, por consecuencia extrema.

Luego de derrotados los ejércitos zaristas y bolcheviques, copando las fuerzas marino-libertarias en Cronstadt; barriendo a los obreros que se hicieron fuertes en las fábricas de Turin, el totalitarismo europeo enseñaba sus dientes, comenzando por el fascismo. Las lecciones, para Abad de Santillán, fueron de gran provecho. Apasionado por los estudios históricos, aplicó sus experiencias y conocimientos en una serie de iniciativas que conducirían al desarrollo de un vasto plan de cultura sociológica, como ningún otro en su tipo se ha repetido en la Argentina, consciente de que era lo indispensable para la formación de valores espirituales que rebasaran las barreras generales de la simple teoría en tanto los pueblos permanecen uncidos al carro triunfal de los vencedores guerreros y políticos, como de aquel mundo de conquistas ideológicas en ebullición venía dando cuenta.

De regreso a la Argentina y al pasar por España, Santillán ha tenido ocasión de tratar personalmente con Ricardo Mella y Orobón Fernández, las dos mentalidades más descollantes en el plano del sindicalismo y anarquismo ibéricos. Detrás de ellos estaba una rica tradición de hechos vinculados con el pensamiento español, que arranca del siglo de oro a través de Cervantes, Quevedo, Lope, Mariana, Madrazo, Cadalso, Calderón, Luis Vives, hasta encontrarse con Iglesias, Morago, Lafargue, Lorenzo, Costa, Ferrer, Salvochea y las figuras señeras como Torrijos y los repúblicos seguidos de Pi y Margall. Aquella fuente inagotable de internacionalistas que acopio tan grande

aportaron al conocimiento del pensamiento moderno, lo mismo que su antecedente de acontecimientos, le hicieron conocer la realidad de lo que forzosamente vendría después. Allí palpó como, aun bajo la dictadura de Primo de Rivera, el movimiento de la Confederación Nacional del Trabajo y la Unión General de Trabajadores, reorganizaban sus cuadros para luchas posteriores. Aquella situación de atrofía aparente, luego del quebranto experimentado en el periodo del terror — que tantos estragos hizo en el seno de las organizaciones libertarias, para desarticularlas mediante asesinatos organizados por las mismas autoridades gubernativas, a fin de arrastrarlas al terreno resbaladizo y suicida de la política estatificada — venía a ser algo así como un respiro para iniciar acciones de mayor alcance y con vistas a un futuro cierto.

Aquellos conocimientos atesorados por Abad de Santillán en el periodo 1921 al 1924, han sido trasplantados al panorama de los ideales argentinos. Entrando a integrar la redacción de « La Protesta », ha desarrollado una labor monumental. Aparte de tener que redactar los comentarios de todo orden, acomodados a la movilidad de un órgano publicitario de esta magnitud, tenía que multiplicarse en preparar artículos para el « Suplemento Semanal » de « La Protesta », realizar una serie interminable de traducciones, preparación de libros y folletos que agotarían las energías físicas de un gigante. Trabajando a tal intensidad febril, sin horario, desde muy temprano y hasta bien entrada la noche, con una alimentación inadecuada, llegó a un momento de desplomarse desvanecido, en el piso del local. Esta anónima labor bestial bien pocos la conocen. Con la esperanza de la revolución por delante, apenas le quedaba tiempo para respirar.

A esto han de agregarse las discusiones, en su mayoría estériles, de amigos, solicitudes de amigos o atenciones de compañeros que acudían a Buenos Aires desde todos los confines del mundo, buscando un consejo, una opinión o una palabra de aliento en que es tan pródiga la cordial mentalidad anarquista. Para la obra total desarrollada entre los años 1924 y 1930 no podría sobrellevarse a no ser con el auxilio de las figuras más cristalinas con que ha contado el movimiento. El hombre que compartía tamaña tarea y responsabilidad del diario era Emilio López Arango, figura de conceptos firmes y definidos como bien pocos ha contado el movimiento obrero americano. De inteligencia intuitiva, callado, casi taciturno observado a simple vista, de espíritu crítico agudo, dominaba el horizonte

ideológico con anchura de profesor y expresaba su pensamiento en el plano de una cultura literaria envidiable. Las mejores y macizas prosas de Elías Castelnuovo aparecen copiadas de López Arango. En cada congreso del movimiento, cuando las discusiones llegaban en batallada a situaciones de cohesión difícil, la palabra de este nombre, con su poder de síntesis, en forma pausada, clara y precisa, daba la justa medida de la interpretación.

En medio de este oleaje arrollador, como na sido aquella época en que tuvo lugar el congreso constituyente de la Asociación Continental Americana de Trabajadores, de discusiones para definir campos ideológicos minados por la corrosión autoritaria del comunismo político, cada vez más virulento, de luchas y huelgas, Santillán y Arango llevaron algunos años el peso del Movimiento. Los manotazos a que en Europa se defendían los hombres libres, donde el fascismo parecía ahogar todo resquicio de libertad en Italia, Hungría, Albania, Yugoslavia y los demás países balcánicos a lo largo del Danubio, producían aquí un impacto efectivo e instantáneo. Tan luego en esta parte de América, donde el concepto de la libertad na jugado siempre un papel de dignidad personal. Voluntarias, provocadas o por ignorancia, esas interpretaciones fascistas y comunistas dieron por tierra hasta con nombres del temple de Arturo Labriola y es natural que con mas razón estaban propensas a proliferar en mentes no galvanizadas intelectualmente; de ahí lo difícil para enfrentarlas e impedir su afianzamiento en suelo americano. La razón más poderosa para nacerlo entonces, lo observamos recientemente en 1962. Los grandes políticos y dirigentes sólo veían los cimientos de la sociedad. Está claro. El pueblo europeo, del que la población argentina se consideraba integrando su prolongación, soportaba los mismos resquebrajamientos espirituales, con igual apasionamiento. Pero el diario tenía que defender su posición irreducible, como intérprete de un ideal de libertad, de mutua cooperación antiestatificada, despejándose.

El giro de los acontecimientos, originados por la corrupción idealista introducida en los medios societarios, donde el dómine sienta cátedra de pontífice, desencadenaron una irresponsable ola de hechos reprobables que, al ser condenados públicamente, culminaron con la eliminación de López Arango, quedando Abad de Santillán casi solo, con sus escasas fuerzas físicas, para llevar el diario a la calle. Pero lo ha conseguido, aun a riesgo de un sacrificio personal, con la cooperación material de hombres del fuste de Mariano Torrente, Joaquín Gómez, Carlos Fontana, que secundaron su labor hasta el año 1930, en que el país se vio envuelto en el drama del que todavía es protagonista. Fue necesario arrastrar a Abad de Santillán del local del diario, raptándolo, para meterlo en una lancha a fin de burlar la acción del fascismo, que se había apoderado de los destinos de la República.

CAMPIO CARPIO

● Continuará ●



Lo que Max Nettlau escribió sobre el humanismo de los Reclus

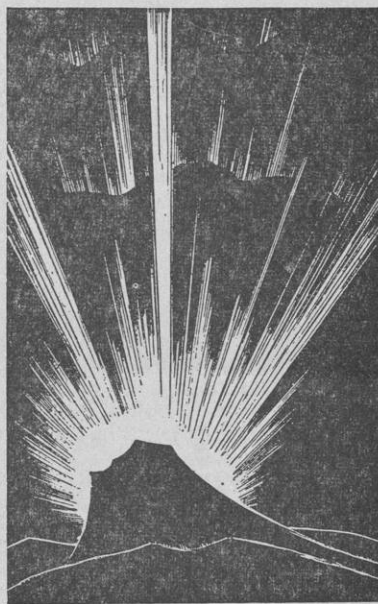
● Continuación y fin ●

El completo derrumbe de las negaciones tradicionales que se consumó a mediados del siglo XIX fue factor enormemente favorable para fundar **concepciones libertarias**. Acontecimiento paralelo fue el fracaso experimentado por la pretensión de dar vida estable a las instituciones políticas y sociales por las revoluciones de 1848, que nada nuevo pudieron crear y determinaron una pleamar reaccionaria de diez años. Y fue entonces cuando los mejores entendimientos comprendieron el sofisma que hay en toda idea de Estado. Las interpretaciones libertarias tuvieron entonces buena expansión. Recordemos distintas fases en vidas de hombres como Ibsen, Ricardo Wagner, Arnold Ruge y Carl Vogt, H. Spencer, Pi y Margall, con otras figuras de aquel tiempo. Por entonces ya profesaba Eliseo Reclus las ideas anarquistas, como demuestra un escrito de 1851. Lo mismo Eliseo que Elías antes de 1848, en el Liceo de Sainte-Foy (Gironde) habían leído abundante literatura socialista, siendo seguro que se interesaron en primer lugar por los escritos de Fourier, de Pierre Leroux y de Proudhon. No es improbable que en 1849 el diario de Toulouse « La Civilisation », redactado por Bellegarrigue con el espíritu anties-tatal más consecuente, fuera a parar a manos de Eliseo, que estudiaba entonces en Montauban, ciudad no lejana de Toulouse. En 1851 profesaba todavía Eliseo el cristianismo, si bien interpretaba el régimen cristiano como un régimen de comunismo libertario. Más o menos comprometido en el movimiento revolucionario del 13 de junio del año 1849, tuvo que abandonar por ello y por otros motivos perentorios la Universidad de Montauban. Al regresar a Francia en el otoño de 1851, escribió el texto de la Conferencia sobre el papel de la libertad en el mundo, y en la que profesaba netamente la idea anarquista.

De poder ponerse en viaje hubiera ido en 1849 a batirse amparando a los húngaros cuando se sublevaron éstos contra austríacos y rusos. Se comprometió Eliseo con su hermano Elías en el golpe de Estado de diciembre de 1851, fomentando la resistencia armada y viéndose obligados a refugiarse en Inglaterra, sin poder volver a Francia más que seis o siete años después. El propio Eliseo declaró en una carta que cuando hizo el viaje a los Estados Unidos perdió los últimos restos de su cristianismo y fue netamente anties-clavista, en el medio esclavista que era Nueva Orleans. Su sueño dorado fue una colonia de amigos, de hombres libres en un bosque de las montañas de Nueva Granada (Colombia). Le vemos con su carácter de socialista independiente, comunista libertario, ateo, insurgente, rebelde, hombre de vida libre identificado con la naturaleza... Según la forma en que tenía que reaccionar se manifestaba, independiente de partidos, grupos y escuelas socialistas.

Caracteriza principalmente a Reclus su independencia intelectual y moral. Se acerca a un movimiento, se aproxima a una idea, apoya a ésta y sostiene aquél tanto como puede; echa sobre sí los peligros sin confundirse con ellos, sin suscri-

bir obligaciones permanentes. Elías bordea más tarde los círculos del viejo fourrierismo y se convierte en soporte intelectual de los adheridos a las cooperativas de producción. Lo mismo Elías que Eliseo se interesan, después de 1860, en la actividad clandestina de la organización revolucionaria de Blanqui sin dejarse absorber ni dirigir por Blanqui. Se prestan de buen agrado a pertenecer a la asociación secreta de Bakunin, puesto que profesan hace tiempo las doctrinas de éste, y llevan al seno de aquella asociación ele-



mentos de solvencia. En 1868-1869, los hermanos Reclus sienten limitada su independencia a pesar de vivir en un medio amplio y tolerante con Bakunin y sus amigos, separándose sin rencor, llamándose Eliseo respecto de Bakunin **hermano independiente**. Como hermano independiente se produjo con todos, incluso con los republicanos militantes de Francia, a los que apoyó en 1870. En la Comuna se alistó entre los combatientes sin darse notoriedad, compartiendo los peligros comunes y el destino de los vencidos, de los prisioneros, tratados tan cruelmente en 1871 y 1872. En la Internacional permaneció con el mismo espíritu de las pequeñas secciones próximas al lago de Ginebra y en los grupos editores de publicaciones como « Le Travailleur » y « Le Révolté ». Igual rendimiento generoso y útil dio en la preparación de Congresos y en el movimiento anarquista internacional cuando vivía en Clarens (Suiza) o bien en los alrededores de París o en Bruselas. Apoyó discretamente toda buena causa y estuvo al corriente de todo, pero no gustaba de participar en la vida de comités, comisiones y delegaciones ni en equipos de oratoria; en pocas palabras, no gustaba de inmiscuirse en ese apar-

to de cierto carácter gubernamental que toda organización, incluso la anarquista, quiere darse. No digo que sea absolutamente inútil hacerlo, como no ignora tampoco que en toda organización formal hay individualidades preponderantes con mayor influencia sobre aquélla que los que ostentan cargos conferidos de manera regular y normal. Reclus no era amigo de cargos ni tampoco de notoriedad, y sin embargo nunca dejó de apoyar la buena causa. Es una cuestión de tacto hacerlo bien, y Eliseo tenía la delicadez libertaria de animar a todos y de laborar, esfumándose al mismo tiempo y haciéndose invisible. Estuviera lejos o cerca, el buen efecto se producía ejemplarmente y cada cual hacía todo lo que podía. Soy poco apto para ampliar estas consideraciones basándome únicamente en ciertas consideraciones personales y sirviéndome de algunos relatos hechos por camaradas que estuvieron presentes. Sabía Reclus inspirar la alegría del trabajo, la confianza, sabía suscitar el placer de la emulación y del desinterés, la persistencia del bien. Por ello creo que el término **humanista** califica más acertadamente que otro al anarquismo de Reclus. Había en su actividad la mejor buena voluntad, de respeto, de labor desinteresada, ausencia de elemento retórico o sutilmente coactivo.

Podrá objetarse que las condiciones en que se desarrolla la propaganda, su misma extensión y vehemencia, atributos a veces primitivos y precarios de ella, no pueden ser del todo compatibles con aquella solicitud y cuidadosa mira que se requiere; podrá objetarse que en ocasiones hay que proceder con dureza, con brusquedad, perentoriamente. Respecto a esta consideración admito que los hombres sean hoy más rudos, rutinarios y recelosos o menos ingenuos porque su vida anterior, al contacto con una propaganda, les hace así, como no eran hace 30 o 50 años en tiempos de Reclus, que murió el 4 de julio de 1905, pero es evidente que hacen falta **mutatis mutandis**, poco más o menos, procedimientos verdaderamente libres y humanos como los de Reclus. Si ha de haber renuevos libertarios en Europa — los hay en España, siendo muy débiles en otras partes, evaporándose prontamente el rocío libertario en el ancho desierto de la autoridad — será preciso que haya mucho de ese anarquismo ético y humano tan bien representado por Eliseo Reclus, anarquismo nuevo y bello de forma a la vez que **fortier in re**, (fuerte en el fondo de sí mismo). Reclus fue hombre de libros, en efecto, pero en el año 1849, en 1851 en 1871 estaba dispuesto a batirse revolucionariamente, y fue detenido fusil en mano en abril de 1871. Reclus era hombre que, cuando otros dudaban, salió en defensa de los que estaban más expuestos por defender las ideas anarquistas. Si la juventud de nuestro tiempo no conoce a Reclus, peor para ella, porque ella es la que pierde. Hay una obra de Reclus de 1897 « L'évolution, la révolution et l'idéal anarchiste », que es tal vez la expresión más bella del **anarquismo humanista** de nuestro Reclus, el amigo de todos.

MAX NETTLAU

LA PINTURA NO FIGURATIVA

● Continuación ●

3

por Edgar AVILA ECHAZU

Paralela a la comunión que el artista vive con sus contemporáneos, al lado de la identificación con sus deseos y anhelos, creencias y conocimientos, está siempre vivo en él el deseo de expresar todo aquello no agotado y que sobrepasa a la simple vivencia temporal, porque la creación nace esencialmente de un conflicto entre las formas que el artista elabora y las que hereda y rechaza como no válidas para expresar las concitaciones de desarrollo que implican (2).

En cuanto al papel histórico del artista dentro de la sociedad y del tiempo en que vive, sucede que perteneciendo a una minoría no por eso permanece indiferente a la problemática social que su colectividad sufre. Al contrario, su deber de « dirigente intelectual » le obliga a ser el individuo más atento a esos problemas. Si la labor del artista es, muchas veces, destructora con respecto a los valores que son interesadamente mantenidos por las minorías clasistas, es porque siempre ha sido un impugnador del mundo y, a la vez, un creador de futuro inmediato. El artista que se considere un ser de elección, perteneciendo a una élite espiritual que sustenta y mantiene un orden regresivo de la evolución social-histórica, convirtiéndose así en un proveedor de ideologías abstractas que justifican la explotación del hombre por el hombre, no merece tal nombre y su obra se resentirá de un elemental fundamento humano, lo que la hará ser una efímera expresión debida a ciertas circunstancias pasajeras.

El destino de una colectividad lo afecta y debe estar de acuerdo con sus convicciones temporales, referentes a las mejoras para alcanzar un ámbito más libre de imposiciones y trabas para producir y crear. Por eso es que siempre se mostrará en todo lo que realice esa aceptación o rechazo de los valores vigentes que la historia evidencia. En cuanto a la pintura, el hecho mismo de metamorfosarse las formas y los significados de los estilos que confronta y hereda, es ya una impugnación valorativa inapelable.

(2) Quizá por ello es que, en esa materialización del tiempo a través de las cosas, el artista encuentra una nueva relación subjetiva que manifiesta un nuevo plano de dimensiones otorgado a la temporalidad sufrida por los hombres. En ello hay que ver un deseo humano natural que se dirige a evidenciar un acercamiento más profundo con el mundo exterior: con los objetos y las cosas ordenadas y creadas por los hombres, a la vez que con su misma interioridad material y psíquica. Esta visión de la realidad (de las realidades objetivas del tiempo, que se muestran en aquellas cosas que los hombres no han destinado ciertamente a la inmortalidad), implica una « descentralización » y un rechazo de la orgullosa imagen humana que los hombres han conformado de acuerdo a una noción superindividualista; por ello exterioriza una desvalorización del subjetivismo egoísta de esa impositiva exteriorización desarticuladora y tipificadora, además, de que hacía gala la pintura. En ese sentido, la pretendido « deshumanización figurativa », está expresando una actitud subjetiva revolucionaria auténtica.

La creación también tiene sus orígenes en la experiencia, el conocimiento y el ahondamiento y desarrollo de las capacidades naturales humanas. Por eso todo artista antes de poseer conciencia de la significación del universo, de la época y el lugar en el que vive, se expresa con las formas que en él suscitan esas capacidades y que le llevan a crear un organismo vivo paralelo al que contempla en la naturaleza.

Un artista no nace ni se hace ante la experiencia de sus sentimientos de dolor o alegría, sino —primeramente— contemplando una obra de arte ya existente que es la que concita un deseo imitativo y, luego, la búsqueda de los medios por los cuales ha sido su elaboración. Para todo artista el sentimiento no es otra cosa que un medio expresivo del que se sirve para realizar su obra, y el grado de emotividad condiciona en él su sensibilidad para captar y crear las formas; en el espectador de la obra de arte, esa emotividad y su fuerza condicionante: la sensibilidad, le facultan para la apreciación subjetiva, pero esta última puede ser intensificada, « dirigida » casi por el conocimiento racional y la experiencia continua de las formas artísticas y, sobre todo, de los estilos.

Por eso decimos que el arte es conocimiento. Conocimiento de los medios expresivos, y medio del conocimiento del hombre.

Si examinamos la historia del arte —desde el punto de vista específico de la pintura—, vemos que nos muestra una evolución continua de sus medios puramente plásticos, no un desarrollo ascendente con moldes prefijados de progreso. Desde el arte de las cavernas —que ya tiene un estilo propio porque exterioriza una significación del mundo contrapuesto a la seca realidad empírica exterior, ya que sus formas son intuitivas antes que teóricamente sensoriales.

Además, se aleja de toda contaminación con lo primariamente ornamental y decorativo, originado en un sentir que sólo tiene referencias con una imitación de la naturaleza. Desde luego, esa evolución ha sido lograda a través de múltiples equívocos sobre la concepción de la obra de arte y sus finalidades. Sobre todo en lo que se refiere a la conquista de las formas puras.

Ahora, el arte no-figurativo proclama —después de un largo ahondamiento sobre la expresividad de sus formas— que la pintura no pretende solamente la traducción plástica de la realidad, sino que busca, a través del significado estético de un estilo deliberadamente elegido, crear un mundo libre de toda imposición proveniente de las meras circunstancias sensoriales.

El estilo de esta pintura afirma un contenido fundamental artístico: la creación de leyes armónicas propias, que se muestran en el espacio plástico, a la vez que desea expresar el tiempo en ese espacio. Considera a ese espacio solamente en cuanto materia plástica, en el cual el

tiempo es aprehendido en su dinamismo transformador de formas con vida propia. Se aleja, pues, de una interpretación sentimentalmente subjetiva. Ya que el subjetivismo de los sentimientos particulares dificulta la aprehensión de dichas leyes, que se desea sean válidas universalmente; o sea, que deseche toda expresividad proveniente de un concepto pseudorracionalista, demasiado apegado a lo puramente emocional.

El conocimiento científico referente a que el tiempo y la visión subjetiva deforman la verdadera realidad y sus leyes esenciales, ha sido despañosamente enunciado por la pintura moderna. Cuando ésta buscó sus medios expresivos en la abstracción formal, fue descubriendo que ahí residían muchos de los caminos que debía seguir para alcanzar su verdadero valor.

Al evidenciar que la abstracción es el reducir las particularidades a su aspecto esencial, la pintura contemporánea descubrió que esto siempre se había realizado en todas las artes que proclamaban un valor de la existencia. Por eso había que desterrar de la pintura todo desequilibrio que se originara en la confusión subjetiva de la apariencia, la que consideraba a la naturaleza, por ejemplo — y a la misma realidad — como un juego trágico sin leyes consecuentes. Ya que las formas naturales cambian continuamente en su apariencia temporal. Siendo ella la manifestación objetiva de las formas y el espacio, nos revela esas formas en el espacio permanente con sus leyes rígidas que las hacen manifestarse.

La pintura procede como la misma naturaleza para crear una unidad esencial y objetiva: la sigue en sus procedimientos pero no en su aspecto y apariencia; la cual demuestra que por encima de las oposiciones y el desorden reinante en ella, es — por esencia — unidad.

Esta unidad de la que hablamos fue conquistada en varios estilos del pasado por la comunión de los valores espirituales que proclaman. Nuestro tiempo tuvo que construirla a través de las concepciones y diferencias de opinión sobre la realidad: a través de la lucha entre un individualismo exacerbado que destruía todo valor colectivo (sin buscar su sustituto o su equivalente), y en la afirmación de que los sentimientos generales habían perdido todo contacto con una comunidad de ideales y valores antaño vigentes. Ante la ausencia de valores supremos y vitales que orienten toda significación del hombre, los tiempos actuales nos muestran la aventura de aquéllos que habiendo dejado de creer en la fe religiosa y en esos valores ya caducos (sin vigencia en un mundo constantemente amenazado por la destrucción, que desde sus cenizas trata de edificarse nuevamente), no han dejado de creer en la fortaleza y en las posibilidades de los hombres que, por eso, encuentran un justificativo en la búsqueda de nuevos valores que justifiquen su acción en un nuevo mundo, a través de las nuevas relaciones entre el hombre y las cosas.

LA PINTURA NO FIGURATIVA

Ese testimonio es lo que los artistas modernos quieren hacer patente. Pero ser; negarles originalidad si sólo encontráramos la justificación de sus búsquedas en ello. Por encima, y a través del dominio de expresiones imprevisibles que cada época impone a las manifestaciones artísticas, existen ahora en la pintura muchos esquemas individuales que forman un diálogo en ese lenguaje específico del arte.

No se olvide que estamos creando, aquí en América principalmente, que aún se nutre con los valores heredados y no rechazados del todo por su vigencia espiritual. Esos son nuestros materiales y en todo tiempo sucedió así. El simple desdén por todo valor que nos ha sido legado por algunas concepciones pasadas, no encuentra su significación más que en aquéllos que no saben sino destruir a ciegas. Pero ahora sabemos que el verdadero sentido de toda cultura está en lo que conserva como fuerza activa de los valores del pasado en aquellos en gestación, y no en lo que se destruye.

La pintura No-figurativa comprende a la realidad como a una entidad interior de la expresión plástica perteneciente a las formas que aquella suscita en el artista. El orden creador de las formas y colores constituye la expresión plástica esencial que se manifiesta a través del equilibrio y el movimiento de la forma y el color. Lo cual se ha logrado desde que se comprendió que la pintura determina un espacio concreto por medio de las formas que ordena.

La intuición juega aquí su más importante papel. Porque se trata de un equilibrio complejo entre el instinto y la intuición artística que están al servicio de un constante ejercicio y aprendizaje de los medios pictóricos. Esa intuición aprendió de la naturaleza que, a través de su aparente dinamismo, ella contiene el orden constitutivo que es su verdadera esencia. El pintor, según esa enseñanza, procede en forma similar pero con diferente finalidad: se dedica a ordenar, por medios plásticos, un espacio pictórico en el cual se quiere reine un equilibrio, pese a la apariencia caótica de la representación formal de los colores, líneas y planos.

La armonía formal debe estar expresada por medio del ordenamiento de ese espacio autónomo del cuadro; o sea, del plano espacial, en el cual se organizará el equilibrio de las formas que lo determinan.

Pero también la pintura No-figurativa busca un ordenamiento poético de los contenidos formales del color que determinan el espacio en el cual las formas adquieren su propia autonomía. No es una abstracción de las formas de la realidad exterior, sino que se pretende construir una nueva realidad surgida del rechazo de la apariencia fugaz, que obedece además a las leyes interiores en el artista. Se determina ese espacio, generalmente, por una división apariencial de partes desiguales que parecen arbitrariamente desordenadas, pero que siempre son equivalentes plásticamente por medio del juego de las líneas, del color y las formas que obtienen allí el orden que las conforma como en una armonía nacida en el instinto estético organizador. Esas formas

y el equilibrio conseguido en el espacio dado, tienen una vitalidad propia que les es inherente, porque a través de él es cómo se expresa la poesía trascendente de la creación pictórica, la cual tiene su gramática específica: las líneas, los colores, las formas, etc.

Las formas así ordenadas, se encaminan a hacer surgir, en el que las contempla, y también en el que las ha creado, una sensación estética pura, la que condiciona ese placer del ojo y, a la vez, conmueve también ciertos contenidos espirituales y psíquicos.

A través del conocimiento de las formas, en la abstracción necesaria de sus contenidos puramente emocionales — que ciertamente pueden nacer de una vivencia estética del color, de la tensión y el dinamismo de las líneas y planos — se va adquiriendo una idea de lo que constituye el placer estético puro y la belleza inherente a ese ordenamiento y metamorfosis.

Pese a que la apreciación estética de la obra de arte depende del juicio subjetivo de quien la goza, éste se realiza en su casi totalidad observando el camino que su autor ha seguido. El valor estético se lo logra en base al conocimiento y al ejercicio constante de las formas. Al espectador lo que más le llama la atención es ese ordenamiento que le exige el valorar sus pretendidas cualidades estéticas, porque la belleza está para él al servicio de una armonía alcanzada en la organización de las relaciones del color y las líneas; comprende, pues, que el pintor ha expresado la riqueza vital y dinámica de las leyes — de sus leyes — que han conformado su mundo interior.

La unidad y el equilibrio de las formas pictóricas son logradas, a veces, por una casi dramática relación de colores y líneas que tratan de escapar de aquello que haga un llamado a esa lucha, puesto que se trata de encontrar una armonía sustancial que conforme ese ordenamiento de todo lo que pueda sugerir un caos (3). Si en la realidad del mundo existe una lucha continua que está determina-

(3) En muchas de las pinturas No-figurativas se encuentra una premeditada tensión dramática de los elementos plásticos y un informalismo que se traduce en cierta apariencia de violencia y desequilibrio voluntario, especialmente en lo que se ha dado en llamar la tendencia de « expresionismo abstracto » que, por sus logros plásticos se diferencia de la pintura abstracta concreta. Se quiere ver en aquellas pinturas una expresión plástica de la inestabilidad y la crisis de nuestra época. Pero los que así la consideran son, precisamente, los defensores de una valorización burguesa de esa realidad, es decir, los sustentadores de los valores culturales occidentalistas que, ciertamente, se encuentran en crisis porque han perdido su eficacia ético-social; de ahí que los impugnadores burgueses de la pintura contemporánea vean en ella una « deshumanización » y una « expresión caótica y destructora de la realidad », cosa evidente en cuanto este arte rechaza las concepciones falsamente idealistas y misticadoras de la realidad que vivimos, acusando, además, la actitud decadentista estética de las ideologías conservadoras agonizantes.

da por el constante movimiento y cambio de las formas vivas, en la pintura al mismo tiempo que se rehuye toda opresión que pueda disturbar al goce estético, se expresa también ese estado.

En ese goce estético, que evita e ignora toda sumisión de la apariencia y trata de ordenar el caos de los sentimientos y vivencias, en el cual están entremezclados la sujeción a la realidad apariencial, el desequilibrio orgánico de la naturaleza, la ansiedad y disconformidad social, etc., hay una especie de sublimación de toda experiencia relativa a la aprehensión de toda realidad. Naturalmente, ese deseo que dirige las relaciones entre el mundo y lo humano, está aún contaminado por los factores psicológicos, económicos y sociales: inseguridad, búsqueda de nuevos valores, rechazo de soluciones gastadas, las que en cierta manera se puede decir que se « infiltran » en la obra de arte y nos muestran precisamente el concepto que todo artista tiene de la realidad.

Edgar AVILA ECHAZU

● Continuará ●



El teatro en China

MIENTRAS en Europa y América el teatro es un renovarse constante y un empeño revolucionario, en China ocurre todo lo contrario, bien que ya empiezan a despuntar en el Chung Kuo, también, los primeros atisbos de una marejada que lo transforme. Vale decir que mientras el autor occidental trata, generalmente, de poner en relieve una originalidad que le permita el codeo con el teatro moderno y no se le clasifique como intelectual de «viejo estilo», en China, el mayor y más exagerado esfuerzo está en la tradición y en mantenerla a ultranza.

Al efecto, un excelente crítico oriental, Chao Feng, figura descollante del teatro chino contemporáneo, ha ya señalado:

«La concepción del teatro, en Occidente, es opuesta a la nuestra. Ustedes (los occidentales) tienen **innovadores**; nosotros tenemos **continuadores** y en nosotros el convencionalismo reina como dueño absoluto.»

Empero, y a pesar de que en todas las coordenadas geográficas del suelo de Lao Tsé, el teatro es, efectivamente, **continuator**, no quiere ello decir que en China sólo existe una clase de teatro. Hablar del teatro chino es, hasta cierto punto, incorrecto porque hay tantos teatros como regiones en aquel extenso país. No creo que sea necesario extenderme sobre el craso error que tiende a querer encajonar en una unidad desesperante, cierto arte, una cultura o una idiosincracia, sobre todo si el lector conoce las características ibéricas en las que la unificación política iniciada por los Reyes Católicos no ha podido aún uniformar el revoltijo de nuestro mosaico folklórico, idiomático y regionalista.

Pues bien, en China ocurre otro tanto y en lo que a teatro respecta, hay grandes diferencias entre la Opera de Pekín y la de Soochow, entre la de Shanghai y la de Cantón, por ejemplo, por no hablar sino de las cuatro más resaltantes del Chung Kuo.

La Opera de Cantón es antagónica por completo a la de Pekín. En esta última, la acrobacia es la parte neurálgica de la interpretación, mientras que la de Cantón se distingue, además del respeto a la tradición —al extremo de que todos los movimientos son exactos, igual que las palabras y su tonalidad, a los de aquellos otros que hace un milenio ya deleitaban al pueblo chino desde las tablas—, por el decorado y la vestimenta. Esta es la que, a fin de cuentas nos identificará al personaje. Estos personajes acostumbra a repetirse a lo largo de una gran gama de obras y la presencia del oficial del emperador (mandarín, sus guardias, el galán, la bella, el «traidor» y la sirvienta es imprescindible en toda obra. Algo, empero, acostumbra a ser idéntico en toda la variedad infinita de vestidos y este algo es la forma de las mangas cuyo papel tiene una importancia suma en el teatro chino. Se puede decir que los chinos, a su modo, han solucionado el grave obstáculo que tantos autores noveles y menos noveles afrontan en las tablas de Occidente y que es el de no saber qué hacer con las manos.



Atracción del tema teatral quíotista en China.

El actor chino, gracias a las mangas, no tiene desocupadas las manos en un solo instante de la interpretación. La importancia de las mangas se puede deducir en cierto modo cuando sabemos que es un verdadero lenguaje mudo y una instrucción discreta ora a la orquesta, ora a los demás personajes. Lenguaje e instrucción que todo el público conoce a la perfección porque todo el pueblo chino, desde el más pueblerino al ciudadano de Pekín, desde el más humilde al mejor encaramado, es un verdadero apasionado del teatro. La **manga caída**, pongamos por caso, además de pose es una llamada a la orquesta. Para significar que se dicen palabras aparte, el artista mantiene su mano izquierda elevada y con la mano derecha señala a alguien, el dedo tendido. La **manga temblante** significa descontento y las **mangas a manos juntas** señalan el saludo. Cuando la manga es impulsada mediante un movimiento de proyección con el brazo, el autor franquea un **hueco** musical, el despliegue de la manga, que se obtiene dejando caer el brazo simplemente, implica familiaridad. Y no es esto todo, hay muchas actitudes más que la manga describe, entre otras la de **introducción**, de cogida al vuelo, la **manga biombo**...

La imaginación del público es exigida con más reclamo que en Occidente porque la mayoría de las veces los escenarios aparecen completamente desnudos y el autor debe «construir», con la ayuda del actor, mesas, puertas, sillas, teteras, camas, cómodas y un sin fin de objetos que al occidental le son presentados en forma correcta y visible. El abrir y cerrar de una puerta, la presencia de un peldaño

por VICTOR GARCIA

invisible, el balanceo de una barca y su amarre en la orilla...

La mimica resulta, en definitiva, la verdadera trabazón existente entre todas las Operas de China.

Existe también la máscara que, al igual que la indumentaria, sirve para identificar a los personajes en los papeles clásicos. Así, por ejemplo, una máscara blanca con ojos triangulares significa un ministro mezquino, si es roja con los ojos alargados: se trata de un incorruptible, un cuadrado sobre la nariz es un cómico malo y débil.

Hasta los colores claman su personalidad: el amarillo da rango imperial al que lo viste. blanco significa ausencia de dignidad, azul es el color que viste un ciudadano de gran calidad.

El fondo permanente a todo esto y que es lo que para el occidental aparece como discordante y exasperante, es la música. Con instrumentos de percusión que no se conocen en Europa y América y diversos instrumentos de cuerda, también desconocidos en nuestro hemisferio, engarzan un ruido ensordecedor en medio del cual el espectador chino parece hallarse como en su propia salsa.

El origen de tanto ruido está, según la tradición, en el hecho de que antiguamente los actores tenían que representar en la propia calle y tenían que llamar la atención del transeúnte por encima de todos los ruidos callejeros que en China siempre han sido muchos.

Las obras acostumbra a ser muy largas y algunas duran cuatro y más horas. Ello hace que el público se haya autoimpuesto una libertad de movimiento que le permita entrar y salir del teatro, hablar con el vecino, comerse su paquete de comida, sorber su refresco, chupar sus caramelos y mirar el espectáculo en sus ratos libres. El lector que me sigue no tiene porque echarse las manos a la cabeza. La inmensa mayoría del público que llena la sala de un teatro chino ha visto la obra que se está representando en anteriores ocasiones ya. Conoce todos los detalles de la misma hasta el más mínimo. Asiste de nuevo, y asistirá hasta el día de su muerte a todas las representaciones que de la misma obra se hagan, porque en la misma existen los momentos culminantes en los que, como por encanto, toda la sala se encuentra reunida y absorta en espera de un desenlace que todos cococen, pero que los actores interpretarán tan magistralmente que el público regresará a sus lares con este sabor infinito que deja lo sublime.

Al igual que en el Japón, donde las representaciones del «Bunraku», el «Kabuki» y el «Noh» acaparan hasta seis horas de la vida de un espectador, en China el espectáculo también se prolonga hasta horas avanzadas. El oriental no mide el tiempo con la misma vara que nosotros y esta fuga de la realidad por tantas horas podría ser, empíricamente, una terapéutica del descanso físico y el mejor de los sistemas didácticos.

Tendencias de la literatura española contemporánea

Al término de la guerra civil (1936-1939), se exilaron o estaban ya en el exilio la mayor parte de los mejores intelectuales españoles. Sus simpatías republicanas o su actitud militante durante la guerra les obligaron a ello. Hoy, después de más de veinte años, la mayor parte de aquellos hombres siguen en el exilio. Algunos, ocasionalmente, han vuelto a España para cortas estancias. Otros, los menos, han regresado definitivamente.

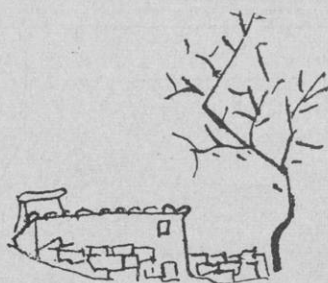
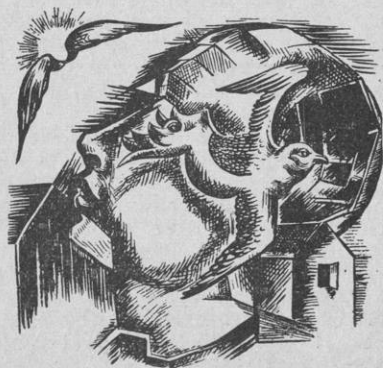
La vida cultural española se resintió profundamente de estos hechos. La sangría intelectual a la que el país fue sometido tiene pocos precedentes en la historia y fue una consecuencia más de una atroz guerra fratricida que produjo un millón de muertos. La ausencia de hombres como Alberti y Guillén, Américo Castro y Sánchez Albornoz, Cernuda y Bergamín, Carner y Pau Casals, entre otros muchos, aparte de la de centenares de profesores y hombres de profesiones liberales y la de los que murieron directa o indirectamente como consecuencia de la catástrofe (García Lorca, Antonio Machado, Miguel Hernández, etc.), produjo una paralización intelectual absoluta, en el interior del país, al fin de las hostilidades.

En este sentido los primeros años de la postguerra civil española, que coinciden con los primeros años de la segunda guerra mundial, vieron desarrollarse en España una literatura formalista, esteticista y vacía de contenido humano, llena de recuerdos del pasado imperial español, al que el nuevo régimen hubiera querido parecerse.

La poesía fue el género más cultivado por los escritores, junto con el ensayo literario, ampuloso y barroco, en el que se empleaban con frecuencia términos arcaizantes, para que el lector no olvidase que se quería —voluntariamente— imitar los modelos clásicos que correspondían a la época imperial.

Esta literatura, que tuvo semejanzas con la del fascismo italiano, fue la que en los primeros años de la postguerra adquirió carácter oficial, sin que apenas se pudieran manifestar otras tendencias.

Sin embargo, todavía dentro de ese período, algunos libros como «La familia de Pascual Duarte» (1942), novela de Camilo José Cela, e «Hijos de la Ira» (1944), poemas de Dámaso Alonso, vienen a representar las primeras muestras de una literatura que rompe con los modelos oficiales y se adentra, con mayor o menor fortuna, por los caminos de un «realismo» poco cualificado que, a partir de aquellos años, no dejará de crecer y definirse en



la literatura española de los años que siguen al fin de la segunda guerra mundial.

En rigor, el último cuarto de siglo puede resumirse como «una progresiva, aunque muy lenta, toma de conciencia histórica de la literatura de una nación que se ha visto inmersa en una guerra civil, seguida después por un largo período de aislamiento —a consecuencia de la segunda guerra mundial y de la estructura misma de su régimen político— del que ahora apenas empieza a emerger».

En otra ocasión he dicho que, a mi entender, «esa toma de conciencia se manifiesta en una progresiva voluntad de realismo en los escritores, que se traduce en una tímida forma de **realismo crítico**, primero, para pasar más tarde a un intento de **realismo histórico**, ya avanzada la década de los años cincuenta. Protagonistas de esas dos etapas de intención realista son las dos generaciones de escritores surgidos después de la guerra civil. Una primera, formada por escritores nacidos en su mayoría entre los años 1910 y 1920, es decir, con edad suficiente para tener de ella un conocimiento o una experiencia personales y un recuerdo preciso. La otra, formada por escritores nacidos a lo largo de los años veinte, que, demasiado jóvenes, niños aún, vivieron los años de la guerra sin una consciente capacidad de discernimiento y que, aunque guarden vivos recuerdos de ella (hambre, bombardeos, etc.), fueron testigos mudos e impotentes de la contienda, sin participar en ella más que como víctimas» (1).

A la primera de esas generaciones podemos atribuirle una obra caracterizada, en general, por un cierto **realismo crítico** —que fue limitado siempre por una censura previa implacable—, cuyos mejores exponentes son algunas novelas de Camilo José Cela («La Colmena»), Miguel Delibes («El Camino» y «Mi idolatrado hijo Sisi»), Carmen Laforet («Nada»), Luis Romero («Los Otros»), Ricardo Fernández de la Reguera («Cuerpo a Tierra»), etc., y en los dramas de Antonio Bueno Vallejo («Historia de una escalera»). Más avanzados, algunos poetas de esta generación como Gabriel Celaya («De claro en claro») y Blas de Otero («Pido la paz y la palabra») inician el camino hacia un **realismo histórico**, cuya meta se proponen los componentes de la más joven generación.

La nueva generación —compuesta por hombres que empiezan ya a ser conocidos, no sólo en España, sino también, gracias a las traducciones, en diversos países; nombres como los de Sánchez Ferlosio, Ana María Matute, los Goytiso-

lo, García Hortelano, Gil de Biedma, Alfonso Sastre, J. A. Valente, etc.— está empeñada hoy en el intento de superar el realismo analítico y crítico de sus mayores, por un realismo sintético e histórico, es decir, por un realismo que no sólo describe los factores humanos sociales, políticos y económicos en que se desenvuelve la vida nacional, sino que manifiesta en sus obras una comprensión dinámica de la historia y la posibilidad de un quehacer colectivo. A nuestro entender, ello implica una preocupación y una madurez política que no se encuentra, por lo general, en la obra de sus mayores. Un mismo proceso encontramos en la literatura de lengua catalana que ha luchado por sobrevivir en unas condiciones difícilísimas de discriminación lingüística.

El lector ingenuo se preguntará cómo es posible la existencia de una literatura tan comprometida, es decir, un tal predominio de los valores temáticos frente a los formales, en unas circunstancias anormales —desde el punto de vista democrático— como han sido las de la España de estos años. A lo que podríamos responder que, sin que los escritores desconozcan los problemas estéticos o las nuevas escuelas literarias, la urgencia de los problemas sociales, la incertidumbre de los destinos de la patria y la existencia de una censura tan dura como tenaz, por encima de otras consideraciones más propiamente técnicas, les han llevado a ello.

Tres etapas, pues, han caracterizado el último cuarto de siglo de la literatura española. Una primera, de **corte formalista y arcaizante** corresponde a un período en el que prácticamente ha desaparecido la vida intelectual en el país y sólo escriben y publican en él los escasos intelectuales que han luchado en el bando de los vencedores caracterizándose sus obras por una exaltación de los valores tradicionales, religiosos e imperiales de una España ya perdida para siempre en la historia. A esta etapa, la sustituye muy pronto otra en la que se aprecia una vuelta a las fuentes realistas de la mejor literatura española y en la que penetra un cierto aire del momento democrático que vive la Europa que ha triunfado del nazismo; un tímido **realismo crítico**, es la manifestación más evidente de los escritores que inician el cambio. Por último, una nueva generación, que no intervino en la guerra civil y que quiere construir su vida y proyectar su futuro sin olvidarla, pero mirando siempre hacia adelante, aporta a la literatura española unas obras que —dentro de un intento de **realismo histórico**, es decir, integrando las realidades patrias a la literatura con un sentido actual de la dinámica de la historia— representan a buen seguro, pese a su inmadurez estética, las bases sobre las que discurrirá la literatura de los próximos años, que no se desarrollará plenamente, sin embargo, hasta que existan las condiciones de una absoluta expresión democrática y libre.

José M^a CASTELLET

Barcelona.

(1) La Nueva Ola. Bompiani, Milano, 1962.

Noticario

El próximo mes de julio tendrá lugar el acostumbrado Festival Cinematográfico anual que se celebra en San Sebastián.

Los « Jocs Florals de la Llengua Catalana » de este año se celebrarán en la ciudad de Montevideo.

Desierto franquista : El Premio Lope de Vega, sostenido por el Ayuntamiento de Madrid, ha sido declarado desierto.

Mil cantores de los Coros de Clavé se desplazarán a Madrid, donde humillarán a su fundador cantando bajo batuta político-franquista.

En Barcelona ha sido estrenada la película « Los guerrilleros », producción anodina que responde a un fin de exhibición de las gracias folklóricas del cantante Manolo Escobar. Resultado, « superescope » y « eastmancolor » para encubrir una bagatela.

Por el Teatro Valle Inclán ha pasado la recitadora Berta Singerman para dar dos recitales de poemas de García Lorca, Edgar Poe, Gabriela Mistral, etc. Su actuación fue prorrogada hasta ocho días.

Estrenos teatrales en Madrid. Teatro Goya. « El huevo », de Felicien Marceau. Agudeza al gusto rabelesiano traducida por C. Muñoz y representada por la formación de Adolfo Marsillach. Recoletos. « La sonata a Kreutzer », de Tolstói, versión castellana de Méndez Herrera e interpretada por la Compañía Fernández-Gómez.

Alcázar. « Panteón para tres », de Barasch, Moore y Tono. Comedia del género sobado. En realidad, panteón para tres autores olvidables.

María Guerrero. Se pudo ver en el « El opositor », de S. Bautista de la Torre, a cargo del Grupo de Teatro de Cámara de la Rábida. Oposición a lo que sea, sin rozar la guerrera del « caudillo ».

Estava. F. Angel Lozano ha presentado « La ciudad no es para mí ». Ni la escena tampoco, por ahora.

Español. « El lindo don Diego », de Agustín Moreto, remozado por J. García Nieto. Realismo de ayer válido para el presente. Comedia bien animada por Carmen Bernandos y compañía.

Pemán ha estrenado « Los monos gritan al amanecer », título justificado en la leyenda panameña que expresa : Dios prometió a los monos que los haría hombres al amanecer. Y como el Sumo olvidó su promesa, Pemán asocia su grito a la chillería de los monos.

A Alejandro Casona le han representado « La barca sin pescador », una suerte de « El mandarín », de Eça de Queiroz al gusto español.

Tenemos el disgusto de comunicar a nuestros lectores el fallecimiento de nuestro colaborador Angel Samblancat. En su día nos ocuparemos de este admirado escritor y temible panfletista.

LIBROS * LIBROS * LIBROS

SOCIOLOGIA
HISTORIA
LITERATURA
CIENCIAS



PEDAGOGIA
NARRACIONES
BIOGRAFIAS
POESIA

Adquirirlos en UMBRAL, 24, rue Ste-Marthe, Paris (X), es ayudarlo

Servicio de librería

- COLECCION « CRISOL » (Aguilar)
- Lujosa encuadernación en piel. Papel biblia opaco. Precio de cada volumen 5,50 frs
- Fernán Caballero, « La Gaviota »
Fernández Ardavin, « A mitad del camino ». « Selección de poesías ».
— « La dama del armiño ». « La florista de la reina ». « La dogaresa rubia ».
Fernández de Avellaneda, « El Quijote ».
Fernández-Shaw, S., « El canto que pasa » (antología poética).
Ferreira de Castro, « Tierra fría », « Emigrantes ».
Feval, Paul, « El jorobado ». Tomo I. El pequeño parisién.
— « El jorobado ». Tomo II. Lagardère.
Flórez, Padre, « Reinas de España ». Tomo I.
— « Reinas de España ». Tomo II.
Fray Mocho, « Un viaje al país de los matrones. Cuadros de la ciudad. Cuentos escogidos ».
Gálvez, « Hombres en soledad ».
Gallegos, Rómulo, « Canaima. La rebelión. El piano viejo ».
— « Pobre negro. Pegujal. Marina ».
— « El forastero. El milagro del año. Los inmigrantes ».
— « La brizna de paja en el vieto ».
Ganivet, « La conquista del reino Maya ».
García Calderón, V., « Cuentos peruanos ».
García Morales, « Posía lírica en el teatro español ».
George Eliot, « El señor de Bem-bibre ».
Gilson, « Santo Tomás de Aquino ».
Goethe, « Fausto ».
— « El joven Werther. Reineke el zorro ».
Gogol, « Las almas muertas ».
Goldoni, « El abanico. Los enamorados. Un curioso accidente ».
Goldsmith, « El vicario de Wakefield ».
Gómez de la Serna, R., « Efigies ».
Concourt, E. y J., « Carlos Demailly ».
Goy de Silva, « Teatro » (La reina Silencio. La corte del Cervo Blanco. Juicio de Bufin. Es-ther, espejo de amor ».
Gracián, « El comulgatorio ».
Granada, Fr. Luis de, « Guía de pecadores ».
Grandmontagne, « Los inmigrantes prósperos ».
Güiraldes, « Don Segundo Sombra ».
Gutiérrez Gamero, « Mis primeros ochenta años ». Tomo I.
— « Mis primeros ochenta años ». Tomo II.
« Mis primeros ochenta años ». Tomo III.
Haggard, Rider, « Ella ».
Hamsun, Knut, « Pan ».
— « Hambre ».
Hartzenbusch, « Fábulas y cuentos completos ».
Heidenstam, V. von, « Los paladines de Carlos XII ».
Heine, « Libro de canciones. Noches florentinas. Espiritus elementales ».
Herman, « Metternich ».
Hernández, J., « Martín Fierro ».
Hernández Catá, « Los frutos ácidos y otros cuentos ».
Herrior, « La vida de Beethoven ».
Homero, « Iliada ».
— « Odisea ».
Hopkins Linton, G., « El secreto del candelero ».
Hugo Wast, « Desierto de piedra ».
— « Valle negro ».
Hunt-Jackson, H., « Ramona ».
Ibáñez de Ibero, « Almirantes y hombres de mar ».
Ibsen, « Una casa de muñecas. El pato salvaje. Un enemigo del pueblo ».
Icaza, F. R. de, « Cancionero. Sucesos reales que parecen imaginados ».
Insúl, « El negro que tenía el alma blanca. La sombra de Peter Wald ».
Irving, Washington, « Cuentos de la Alhambra ».
Isaacs, Jorge, « Maria. Poesías ».
Jardiell Poncela, « Para leer mientras sube el ascensor ».
Jenofonte, « La Ciropedia o Historia de Ciro el Mayor ».
Jerome Klapka, « El arte de cuidar y gobernar a las mujeres ».
Juan Manuel, Infante don, « El conde Lucanor ».
Juana Inés de la Cruz, sor, « Poesía y teatro ».
Giros y pedidos a Roque Llop, 24, rue Sainte-Marthe, Paris (10) C C P 1350756

Noticario

Burnett Bolloten ha tenido la amabilidad de enviarnos su obra « Forjadores de la Historia. La Revolución española. Las izquierdas y la lucha por el Poder », en la primera edición castellana autorizada por el autor. Gracias, y le prometemos nuestro sincero comentario.

La Televisión francesa emitió, a las 9 de la noche del 7 del corriente, la película « Vive la liberté ! », la producción más libertaria que se le conoce al famoso cineasta René Clair.

Tenemos a la disposición de nuestros amigos y favorecedores billetes para una tómbola de cuyo resultado participará la Administración de esta revista. 0,25 F. billete.

« Tipos Españoles », de Felipe Alai, está consiguiendo un apreciable éxito. De pronta aparición: « Tipos españoles », segunda parte.

Con algo más de dos años de actuación la comisión Pro Ancianos confederales refugiados ha repartido TRES MILLONES de francos antiguos, capital recogido estrictamente entre refugiados políticos españoles.

Amigos residentes en América nos participan su intención de editar un libro de Angel Samblancat con carácter de homenaje al gran escritor español desaparecido. Si la idea cristaliza, UMBRAL se sumará a la iniciativa.

El próximo mayo se estrenará en Londres un concierto de arpa original del compositor Joaquín Rodrigo.

Se han publicado normas nuevas de censura cinematográfica : Son 37.

Esta revista puede ser económicamente favorecida adquiriendo boletos a 0,25 frs. dando derecho a un sorteo de objetos de arte, domésticos y a lotes de libros. Escribir a esta Administración.

Con éxito Usonjero el grupo artístico « Mosaicos Españoles » de París representó la obra de Alejandro Casona, « Nuestra Natacha ». Le deseamos al « Mosaicos » continuidad en su tarea, hasta conseguir el interés del « gran público ».

Nuestros atentos lectores habrán observado que el trabajo « Un debate imaginario entre Carlos Marx y Miguel Bakunin » que hemos venido insertando en cuatro números sucesivos, en el de hoy toca a su fin. Pero dada la importancia de este « diálogo » — reconocida por numerosos lectores —, dentro de poco UMBRAL recogerá el texto íntegro y lo publicará, en folleto, para la máxima difusión tan ingenioso « Diálogo ».



Familiaridad con
los músicos

La dinastía valsista de los Strauss



JOHANN STRAUSS, padre.

EN contraposición al imperialismo político tan en boga en las primeras décadas del siglo XIX, Johann Strauss fue calificado «emperador del vals vienés» a cuya Viena con sus notas amables había procurado una suerte de renacimiento. A decir verdad, la boga adquirida y tan ampliamente desarrollada por ese estilo vienés tiene por batuta inicial la de Strauss padre, bien secundada por Strauss hijo y por el mago de la opereta vienesa, Franz Lehár.

El Strauss que nos ocupa (que nada tiene que ver con Ricardo Strauss, como se ha podido ver en estas propias columnas) vino al mundo en 14 de marzo de 1804 en Viena y al borde mismo del Danubio, de cuyas olas creyó recibir el efluvio musical que ya a los 14 años le indujo a formar un terceto ambulante que, de un éxito popular a otro, se convirtió en orquestina de cervecería a la manera «tziganes», y con mayor motivo no disponiendo el animador Strauss, para entonces, más que de principios rudimentarios musicales. La inspiración y la espontaneidad permitían a la formación salir airosa.

A los 20 años Strauss se independizó y formó orquesta propia, que por ser primera en el género fue muy solicitada. El repertorio era suyo a base de valsés y otros acompañamientos bailables, adquiriendo fama particular con los primeros. Seducido por la fuerza valsista de Strauss, el compositor Weber le dio a estrenar su famosa «Invitación al vals», que puesta en tan buenas manos y también por mérito intrínseco, se impuso en seguida. La sugestión valsista del vienés llamó la atención de los clásicos, tan numerosos y de primera fuerza en aquel tiempo, al extremo de que Wagner se detuvo en el análisis de la obra straussiana, que calificó de «música democratizada», inoculada al público por el «remolino musical» que operó una suerte de embriaguez en el mundo joven impeliéndole al placer de la danza a parejas. Si un mérito tiene el Strauss fundador de la dinastía valsista, es el de haber sabido provocar ese deleite vaporoso, «champañista», del vals y de la opereta vieneses.

Con su violín y su batuta este innovador recorrió las ciudades más importantes de Europa desgranando incansablemente sus 250 perfumadas precipitaciones valsistas. A golpes de batuta ganó fama, dinero y mujeres, y fue tan ávido de triunfos, ganancias y placeres, que arruinó prematuramente su salud en la vorágine existencial a la que se había entregado. Murió en 25 de septiembre de 1848 a la edad consiguiente de 45 años.

Como prueba de su frenesí por la danza en remolino se cita el caso de un general Radetzky, austriaco, que le encargó una «Marcha triunfal» (los generales no aspiran sino al triunfo), y sin errar en el propósito, la pátina valsista fue inevitable en la página musical que Strauss dedicó al general Radetzky...

★

Este Johan Strauss, primogénito del anterior, vio la luz primera en 25 de octubre de 1825. No bien tuvo consciencia de sí mismo apreció el embrujo de la música salida de las notas de su padre Nada de extraño que Strauss hijo derivara en músico «vienés» de calidad extraordinaria, tanto, que acabaría por atenuar la gloria universal del autor de sus días.

En efecto, disgustado por la conducta conyugal de su padre, a los 16 años cogió el violín para recorrer Austria y Alemania con su bagaje de nuevas creaciones straussianas. Tocó también en las cervecerías, compuso valsés con un atrevimiento que los entendidos no apreciaban por aquello de que nunca segundas partes fueron buenas. Ciertamente, a un retoño de sabio le ha de ser difícil alcanzar el nivel de sabiduría de su padre, quedando enhiesta y temible la posibilidad de un sonado fracaso. El saber no se hereda... Y sin embargo, como si este Strauss lo hubiese heredado—y superado—de su progenitor, que socarrón lo observaba. Seguro de sí mismo, creyente absoluto en sus posibilidades creadoras, Strauss junior se lanzó al mercado de la música por la misma senda que «el emperador del vals vienés» que tan de cerca, o familiarmente, lo rozaba. De momento se procuró licencia de artista en la que el alcalde de Viena le autorizaba a ejecutar música ligera en establecimientos adecuados de la población con orquesta de doce a quince profesores. Eso vale para sus trece años. Más adelante, ya hemos visto con qué empuje se sumergió en la vaporosa neblina del ensueño valsista.

En 1948 tuvo veleidades republicanas, al punto de haberse sumado a la revuelta



JOHANN STRAUSS, hijo.

antimonárquica de aquel año. Pero ese «traje» no era el suyo. La frivolidad encamina a los palacios, en cuyas «sol-reés» el compositor de música ligera y colorida se da fuerte relieve. Y fue ello la fiebre de creaciones valsistas, idéntica a la que había experimentado su padre. Igual dejó unos cientos de escritas, más unas docenas de polcas, una de ellas la «Pizzicatto», polca que casi iguala en fama al inmarcesible «Vals de las olas». Celoso de los triunfos músico-escénicos del compositor Offenbach, Strauss II escribió las operetas «Indigo», «El carnaval de Roma» y «El barón tzigano» que, con «El murciélago», son las dos puestas en escena que más éxito le han proporcionado.

La vida sentimental de Johann Strauss, hijo, no fue tan movida como la de su progenitor. A los 40 años casó con una cantatriz de 50, que lo dejó viudo estando él de excursión artística. Seguidamente desposó a una tal Angélica, que tuvo que abandonar porque ella se equivocaba de cama. Su tercera esposa, Adela, le exigió adhesión al protestantismo, cosa que fácilmente aceptó Strauss renunciando al catolicismo. ¡Claro! Su religión era la música.

Johann Strauss hijo murió en Viena el día 3 de junio de 1899. La orquesta lo acompañó a los acordes del «Danubio Azul» en lugar de la «Marcha fúnebre», de Chopin, cual se acostumbraba...

IGNOTUS



EL CORRIDO MEXICANO

BERNAL DIAZ DEL CASTILLO, el gran autor de la famosa «Verdadera Historia de la Conquista de la Nueva España», encuentra en el **romance corrido andaluz** la fuente del **corrido mexicano**.

Podría decirse que, en general, el **corrido mexicano** es una **poética equivalencia popular** del universalmente admirado **romance español**. Las diferencias son de forma, no de fondo; y, por eso, lejos de separar el género al **corrido**, lo particularizan, haciendo de él una nueva clase de **romances**. Por tanto, el **corrido mexicano** podría ser definido como el **romance mexicano**.

Enrique Calleja enseña así: «El **corrido mexicano** es un canto popular sencillo que refiere aventuras y hazañas de héroes, bandidos generosos, o historias de amores trágicos». No sería muy incompleta esta misma definición aplicada al glorioso **romance español**.

En el **corrido mexicano** se canta, por ejemplo, así:

¡Ora, ricos de la costa,
ya no morirán de susto!
¡ya mataron a Bernal,
ora dormirán de gusto!

Lloran todas las muchachas
desde Altata a Mapimi:
«¡Ya mataron a Bernal,
ya no lo verán aquí!»

¡Qué bonito era Bernal
en su caballo jovero!
él no robaba a los pobres,
antes les daba dinero.

¡Vuela, vuela, palomita;
vuela, vuela hacia el nogal;
ya están los caminos solos:
ya mataron a Bernal!

¡Qué bonito era Bernal
en su caballo retinto,
con su pistola en la mano,
peleando con treinta y cinco!

Este fragmento de uno de los más populares **corridos mexicanos** —por cierto, anónimo— tiene un encanto que conmueve y recrea: conmueve, en efecto, por el profundo dolor y la rendida admiración con que el desconocido poeta llora y canta a Heraclio Bernal, un héroe popular, «un caballero de la Revolución»; quizá un bandido, quizá un esforzado paladín de muy noble causa; y recrea por la gran musicalidad de los versos —que no pueden decirse sin cantarse— y, sobre todo, por el «pintoresquismo» de sus voces y expresiones mexicanas.

Los **corridos de la Revolución** han sido llamados muy acertadamente por alguien

por Alfonso VIDAL Y PLANAS

la **crónica rimada** de aquella gesta en que un pueblo de machos, cantando viriles y sentimentales canciones, recobro —claro que en lo que pudo— la libertad y la emancipación económica. (No se dé, por favor, una torpe interpretación política a estas palabras que sólo expresan un juicio crítico sobre la poesía.)

Como los **romances españoles**, los **corridos mexicanos** se dividen también en **anónimos** y de **poeta conocido**. Estos significan una evolución técnica de los otros; pero no acusan forzosamente progreso estético: así como hay **romances anónimos** más bellos que otros de **poeta conocido** mejor escritos, así también hay **corridos mexicanos** de autor desconocido que estéticamente son superiores a otros de firmas consagradas, aunque éstos sean superiores en técnica.

He aquí un **corrido** de Miguel N. Lira en que pueden admirarse la maestría de la forma poética y la gran belleza del lírico tesoro de imágenes felicitosas que en esa forma poética se oculta, como una soñada novia en la esplendente veste nupcial:



CORRIDO DE DOMINGO ARENAS

El panadero hacía pan,
pan de dulce,
pan de sal.
Rosquitas para los niños
que le veían hacer pan.
Todo el pueblo lo miraba
hacer el pan cotidiano;
pan de dulce,
pan de sal,
pan de nubes con azúcar,
cuernos de luna con sal.
Todo el mundo le decía:
—«Don Domingo, ¿ya está el pan?»
Don Domingo les decía:
—«Lo estoy poniendo a dorar».
Don Domingo estaba manco:
con una mano hacía el pan,
la otra la tenía prendida
de milagrito un altar.
Los domingos iba a misa,
era devoto al rezar:
«Santa Madre de los Cielos,
¡cuándo la podré olvidar!»
Don Domingo tenía novia,
morena de cielo y bosque.
La novia tenía los ojos
ceñidos de medianoche.
Sus brazos estaban frescos
como cuentas de collar;
agua en espeño fragante
de cántaro y manantial.
Luego ella lo abandonó.
Arquitectura de naipes
que sola se desplomó.
Desde entonces don Domingo
forjó en yunque rojo vivo
el odio de su puñal,
puñal en horno caliente
puesto a dorar con el pan.
La Revolución, cantando,
rodaba por la montaña.
La luna en plato de lirios
por la montaña asomaba.
Gritaba Domingo Arenas:
—«Pan de dulce, pan de sal».
Y sus gritos picoteaban
lo blanco de la ciudad.
Granizo de balas rojas
hizo amapolas las calles;
en cada árbol una flor
de pajaritos de sangre.
—«Compadre: Domingo Arenas
ya viene cerca del río,
meta a sus hijas al pozo,
no importa que tengan frío».
—«Compadre: mis hijas son
en el pozo ya escondidas».
El agua del pozo está
llena de estrellas caídas.
A las ocho de la noche
el miedo atrancó las puertas;
por las rendijas entraba
la luz de las bayonetas.
Los cascos de los caballos
frotaban oro en las piedras;
los fusiles reventaban
sus flores rojas y negras.
Domingo Arenas ha hincado
su garra en carne tabaco:
su novia tiene en el pecho
un trébol ensangrentado...

4 P 6255

Primer amor

Narración de Federico AVILA

I

LO que voy a referirles — comenzó diciendo nuestro amigo Pablo Trelles — es muy distinto a cuanto ustedes han contado. Por lo extraordinario del hecho, verán que estas cosas no ocurren todos los días.

Y como ya los demás habíamos relatado, con pormenor de detalles, nuestra primera experiencia amorosa, estuvimos a punto de insinuarle que dejara su narración para otro día, pues la hora era muy avanzada, y ninguno de los presentes pudo disimular un pronunciado desaliento y hasta un depresor cansancio.

Pero, como Trelles era, además de tímido, suspicaz y receloso, obligados también, por habernos obsequiado espléndidamente, habiendo comenzado a hablar, con cierta dificultad, no hubo más remedio que escucharle. Y él prosiguió de esta manera:

— Como les iba diciendo, aunque yo no sepa narrarlo como merece, mi caso ha sido muy diferente al de todos ustedes.

Y luego de un nervioso accesillo de tos, en tanto limpiaba sus macizos anteojos, que temblaban rutilantes en sus manos velludas, por fin, el reservado Pablito... como le llamábamos en la infancia, ante la manifiesta impaciencia del auditorio, continuó su relato con estas palabras:

— Para comenzar con orden, comenzaré diciéndoles que mi señor padre era el hombre más severo, autoritario y despótico de todo el pueblo. Hacía ya diez y seis años que había casado en Sucre con mi madre, y yo era el único hijo de aquel hogar, señalado siempre como el más correcto, limpio y modelo en todo orden de cosas. Con enormes sacrificios, de ambos cónyuges, habían salido, en menos de 10 años de la casi miseria en que ambos se casaron, y cuando yo cumplí los catorce, se puede decir que mi familia, si no nadaba en la abundancia, era una de las más acomodadas de Tarija. Este milagro, todos lo sabían, fue la obra exclusiva de mi padre que, de simple abogadillo, poco antes de casarse, se había convertido en el fiscal más escrupuloso y correcto, sin que hubiera obstáculo para que pudiera aparecer, casi cada tres años, como dueño exclusivo de alguna hermosa propiedad. Pero, en el pueblo, nadie se atrevía a chistar la menor sospecha sobre la legalidad de las compras, pues repito que mi padre gozaba fama de ser el juriscónsul más severo e incorruptible que conoció hasta entonces mi ciudad natal y, como prueba de ello, todavía se le cita como modelo de probidad y honradez.

Pero para mí, que le he conocido bien, más que todo esto, mi padre fue lo que podríamos llamar el triunfo perseverante y paciente de la voluntad sobre el destino, a base del certero conocimiento del medio en que nació y actuó, y sobre todo, gracias a lo que él llamaba «saber cuidar, por encima de todo, las apariencias, las fórmulas legales, los convencionalismos sociales, los medios operantes...»

Y como precisamente yo, su único y preciado hijo, había heredado de mi madre, pero en forma desmesurada y agran-

data, la irreprimible tendencia a la espontaneidad, a la sinceridad, a dejarme arrastrar por el genio rebelde y mi carácter indomable por mis incontroladas pasiones mi destino propio, y jamás podía disimular todo cuanto rugía y bramaba por dentro, toda la tragedia de mi padre, que estaba seguro de que yo iba a realizar esas cimeras empresas, que él nunca pudo cumplir, fue comprobar que era imposible someterme y reducirme a su sistema.

Aún le estoy oyendo, con su voz suave pero enérgica (*suaviter in modo, firmiter in re*) como era su divisa:

— Algún día, hijito, te arrepentirás sinceramente de no haberme escuchado y seguir los edificantes ejemplos que te doy a diario con mis actos. Cuando se ha tenido la fatalidad de nacer en pequeños pueblos como el nuestro, donde no nos queda otro recurso que seguir viviendo, el que no descubre a tiempo que, ante todo, debe conformarse con el medio en que actúa, está perdido. Y ya lo sabes que aquí se puede hacer todo, se puede intentar todo, con tal de cubrir las apariencias...

Nunca olvidaré que mi padre me decía en todos los tonos:

— Si quieres triunfar en la vida, hijo mío, aprende a disimular como los religiosos, los políticos y los diplomáticos. La discreción es lo principal en estos pueblos, así como tener hermosas apariencias. Esconde siempre, hijo mío, el reverso de tu vida y presenta sólo a los demás, el lado brillante de tus actos. La discreción, esa divisa de las ambiciones, debe ser siempre tu guía. No olvides que los grandes cometen tantas o más bajezas que los miserables, pero las cometen a la sombra y hacen gala de sus virtudes: permanecen siempre grandes a los ojos de los demás. En cambio, los pequeños, despliegan su virtud a la sombra y exponen sus miserias a la luz del día, y por eso son desgraciados. Tu divisa debe ser siempre ocultar las llagas y dejar ver sólo las grandezas. La ropa sucia, como decía Napoleón, sólo debe lavarse dentro de la casa. Si quieres imponerte y realizar tu destino, saca afuera sólo las bellezas, las gracias, el espíritu, la poesía de la vida. Y si quieres permitirte algunas infamias, hazlas sólo entre cuatro paredes, y así no serás considerado nunca un borrón en las decoraciones de ese llamado gran teatro del mundo. Y no olvides nunca: todo, en esta vida, está en la forma como se hagan o digan las cosas, en la manera de saber hacerlas. Sólo cuando seas poderoso y rico, podrás permitirte el lujo del Honor y la Verdad. Así como en el juego, si se quiere ganar, no se juega nunca con las cartas descubiertas, en el grande y constante juego de la vida hay que estar siempre en acecho, hay que ocultar los medios hasta llegar al fin. En la vida, y sobre todo en las provincias como ésta, hijo mío, hay que vivir siempre disfrazado, hay que observar la suprema ley del secreto...

Y mi padre me repetía, una y otra vez, en todas las formas y con todos los ejemplos e ilustraciones:

— Ya sabes que yo mismo soy un libre pensador y un panteísta. Pero ¿crees tú que hubiera salido de sopatintas del Juzgado si no fuera cumplida y humildemente a todas las ceremonias religiosas y no dejara de comulgar todos los domingos, junto a tu madre, en el lugar más visible de la Catedral y a la hora más concurrida, ocultando a todos que me sé de memoria la «Ética», de Spinoza? Y en cuanto a mi misma profesión, ya te he repetido varias veces que, si algo hay que me repugna en esta vida son los códigos y las secas y rígidas leyes muertas. Yo, como tú, he nacido para las altas especulaciones filosóficas, para las inefables delicias del arte, sobre todo para la literatura, la gran pasión de mi vida. Pero, como siendo muy pequeño quedé al frente de numerosa familia y, fuera de ganar el pan, tenía que estudiar para llegar a adquirir primero título y después fama y, sobre todo riquezas, todas estas cosas en último extremo apariencias, medios operantes, fórmulas exteriores; no hubo más remedio que colocarse la careta y crear la segunda personalidad, falsa y postiza, que el destino nos da, para no ser vencidos en esta vida...

Recuerdo que precisamente el año que abandoné mi pueblo, cuando mi padre me hablaba con más calor y énfasis, sobre la necesidad de fabricarse a tiempo esa careta y la urgencia de crear esa segunda y enquistada personalidad, recurso único ciertamente para imponerse en esos medios, yo llegué a decirle que había leído en el «De Profundis», de Oscar Wilde, «que el castigo de los que quieren una máscara, es que tienen que llevarla para siempre», y que, como decía Pindaro, la gran meta de los hombres y de los pueblos debería ser «llegar a ser lo que eres...»; mi padre, temeroso quizá de las trágicas consecuencias a que podía llevarlo su curiosa filosofía, terminó diciéndome, en tono conciliador:

— Si realmente estás convencido de lo que afirmas, este mismo año debes abandonar este pueblo. Porque aquí, fuera de que te resultaría imposible vivir sin la careta, no encontraras, además, los estímulos y horizontes que son necesarios en la carrera que deseas emprender.

Y en tono visiblemente emocionado, el caballero me dijo, retorciéndose sus largos mostachos:

— Y además, aquí acabarías, de todas maneras, por matar tu verdadera personalidad y, el medio impostor y fatal, terminaría por ahogarte y señalarte para siempre con sus garras todopoderosas... Por otra parte, estoy bien informado de esos tus amorcillos con esa señorita que, si hasta ahora no ha dado que hablar, es sólo por obra y gracia del espíritu santo... Además, tu madre, ni nadie en la familia, puede ver con indiferencia que, nada menos que un Trelles, el hijo único del aplaudido fiscal de Tarija, nos vaya a resultar, un buen día de esos, queriendo casarse con una mujercilla de dudosos antecedentes...

Un libro excelente dedicado a China

BAJO el título «Escarceos sobre China», el escritor Victor García ha dado a conocer un amplio y documentado trabajo, al cual, si alguna objeción nos es dado formular, es que el vocablo que rotula el libro, nos parece poco ambicioso. Escarceo, entre sus diversas acepciones, cuenta con la de divagación o rodeo acerca de un tema determinado. En el libro que nos ocupa no hallamos nada de eso, sino una notable seguridad en lo que el autor nos dice, a la vez que una destreza maravillosa para encuadrar en 266 páginas, de encomiable amenidad y soltura, múltiples estudios, investigaciones y comentarios, que otra pluma menos fluida y otro cerebro menos sólido, habrían necesitado no menos de 500 para servir a medias.

Pocos países de la tierra han hecho verter más tinta que la inmensa China, a la cual, no hace muchas décadas, a raíz de la rebelión de los bóxers, se consideraba todavía por muchos como una nación bárbara. No se tenía en cuenta que cuando los presuntuos europeos vestían aún de pieles y carecían de la cultura más elemental, en las vastísimas regiones, correctamente denominadas Chung Kuo o Reino del Medio, florecía ya una civilización, que ha sabido mantenerse más o menos incólume mientras las demás contemporáneas iban desapareciendo paulatinamente.

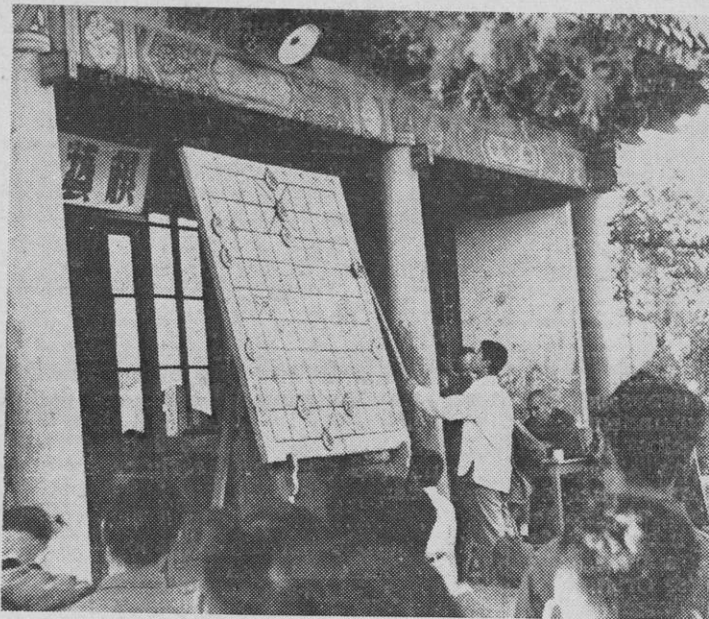
Los numerosos escritores de todas las nacionalidades que han intentado familiarizar al mundo con el prodigio chino, lo han hecho casi todos con objetividad discutible y más o menos influidos por apasionamientos o intereses de clan o de raza. Si alguna excepción podemos registrar es la de los propios escritores chinos—moralistas, filósofos o historiadores—en cuyos textos nuestro autor ha podido cosechar los mejores elementos para su trabajo.

En Europa se tuvo durante muchos siglos una idea de China, de paisaje de abanico. A través de Marco Polo y de los jesuitas, se perfilaron un tanto las ideas al respecto. Más, estas informaciones,

PRIMER AMOR

— Y aquí, señores, hemos llegado a lo que podría decirse el nudó gordiano del asunto. Porque la verdad era que yo estaba esos días perdidamente enamorado de Clotilde Nagariños, en quien había personificado, desde el día que la viera, todas las gracias y encantos que solemos atribuir al amor más puro y santo, al más ideal e inolvidable, al idilio virginal y poético que más hondas huellas y repercusiones deja para siempre en nuestra alma, al que, a veces señala, con manos firmes y vigorosas, todo el curso de nuestra existencia, al que no sólo nos hace latir el corazón con más fuerza, sino que nos abre de pronto, un nuevo, luminoso y definitivo camino impregnado sólo de perfumes; en suma, y para decirlo todo de una vez, el **Primer Amor**, que más tarde hará el milagro de que seamos buenos o malos, ángeles o demonios, felices o desgraciados todo el resto de la vida...

que no dejan de ser valiosas, pecan de incompletas ya que su arranque parte, por lo general, de las etapas mongolas y tártaras que por chinas que aparezcan se hallan separadas enormemente de la verdadera realidad de la gran nación acerca de la cual Victor García ha sabido tejer sus loables escarceos. Su prologuista, B. Cano Ruiz, ha puesto el dedo en la llaga cuando escribe: **Ni siquiera el pensamiento de Confucio, que ha sido el pensador chino de la antigüedad cuyo nombre ha recorrido más el Occidente, era realmente conocido entre nosotros hasta hace bien poco. De Lao Tsé no sabemos realmente nada, ni de Mencio, ni de Chuang Tsé, ni de Mo-ti...**



El ajedrez chino es muy distinto del de Occidente. Desarrollo de una partida en el Pei Hai de Pekín.

La supina ignorancia de los europeos, asoció hasta época reciente al chino con su coleta, siendo ésta un estigma oprobioso impuesto a los chinos auténticos por otros chinos de importación armada. Conquistadores, no civilizadores. Las sucesivas oleadas de invasión fueron a civilizarse allí. Y si alguna de ellas llegó a descollar y consiguió realizaciones notables no lo debió a sus sedimentos de barbarie traídos de la tundra o de la estepa, sino a la enorme masa de los imponderables acumulada por muchos siglos de sabiduría y reflexión.

En modo alguno podía llamarse bárbaro a un desmesurado núcleo humano que precedió muchos siglos a Guttenberg en algo que constituyó el embrión de la imprenta moderna. Los chinos supieron antes que los mismos griegos disciplinar el pensamiento y con ello engendrar filósofos de talla colosal que en la actualidad impresionan todavía al mundo.

Sin conocer la historia—siquiera abreviada—del pensamiento chino, se nos hace imposible familiarizarnos poco o mucho con la historia política del país. Victor García, bebiendo en las propas fuentes del acervo fidedigno, que en gran parte ha podido sobrevivir a la rapiña y a la cerrazón de corrientes intrusas y a la voracidad de poderes internacionales que se

han gozado a menudo devorando a la maritizada Flor de en Medio, ha logrado reconstruir una multitud de incontestables verdades que permiten al curioso lector enterarse de muchas cosas que no tienen nada que ver con nuestras populares sombras chinescas, porque son la vida misma, hábilmente descrita y orientada; escalonando como es debido su labor en evitación de confusionismos e incoherencias. No es la menor de las virtudes de Victor García como escritor, la difícil facilidad con que borda sobre los cañamazos históricos relatos, observaciones e inclusive estadísticas, que sin darnos cuenta asimilamos con mayor delectación que una fantasía de Pierre Loti o de Claude Ferrère.

**

Nos hallamos ante un libro que sin ser propiamente de historia, lo cual le permite eludir la aridez y sequedad de la mayoría de historiadores profesionales, nos sitúa frente a perspectivas históricas revestidas de encanto y sinceridad, de manera que cuando nuestra curiosidad se ha transformado en interés y nos hemos visto en presencia de bosquejos de cuerpo entero de seres tan gloriosos como los precursores y continuadores de la filosofía específicamente china, transponemos sin esfuerzo el esbozo objetivo de la plasmación de la nacionalidad una y varia, que ha sabido resistir el embate de los

salvajes jinetes hunos, absorbiendo de ellos jugos vivificantes para evitar la estaticación o inmovilidad de sus pueblos, haciendo el prodigio de enseñar a ser hombres pacíficos y laboriosos a los componentes de las hordas metecas. No importa que en el curso de los siglos el vil azote de la guerra y el militarismo hayan sacudido brutalmente al pueblo chino. Esas contingencias no son productos naturales de lo que sembraron antaño los sabios autóctonos, sino enfermedades más o menos convulsivas cual las que tan frecuentemente traquetean a todos los pueblos. Esas convulsiones, aun costando millones de muertos, pasan y se esfuman, pero China, la verdadera China permanece. Y está llamada a ocupar algún día su sitial de madre de civilizaciones, respetuosa y respetada. Aun admitiendo que la actual realidad china discrepa no poco del esquema libertario de sus más esclarecidos pensadores, no creemos posible que se reproduzcan en lo futuro las innobles francachelas de las concesiones a intereses invasores ni crímenes sin perdón como las guerras del opio.

**

Los chinos primitivos injertaron en el árbol de su continuidad el germen de la paciencia, cualidad específicamente china. Sólo así, sin despersonalizarse, sin

Un libro excelente dedicado a China

copiar modelos, el chino de todos los tiempos ha laborado incesantemente por forjarse a sí mismo, desconfiando de las imitaciones. Y a pesar de tantas y tantas experiencias dolorosas mantiene hoy una fisonomía propia. No todos los visitantes y exploradores — algunos con notable personalidad — han sabido ver y sentir todo lo que perdura aún del luminoso pasado. Víctor García sí lo ha visto y sin empaque de sabihondo nos lo comunica con encantadora sencillez.

No es tarea fácil ascender a un árbol frondosísimo de 5.000 años de edad sin extraviarse por las ramas, y acertar a distinguir las ramas débiles, propensas a quebrarse y ocasionar una caída, de las fuertes y vigorosas donde nuestro pensador español ha sentado el pie del comienzo al fin. De esta manera, sin dilapidar tiempo ni dinero, el lector se halla en presencia de los hechos y dichos más antiguos y le es dado apreciarlos y calibrarlos con la misma nitidez que los recientes. Para la mejor comprensión de estos « Escarceos », nos es brindada una acertada disposición en la arquitectura del libro, muy difícil de superar.

**

La primera parte nos sirve en una treintena de páginas la esencia del pensamiento chino, en todas sus facetas y variantes. Aprendamos de qué manera Confucio elaboró su doctrina del Tchong Yang o Justo Medio y las premisas en que apoyó su teoría de los buenos gobiernos, refutando con frases contundentes la ferocidad de tigre de los malos. La importancia que dio a la buena alimentación de las masas y sus afirmaciones de la bondad original del hombre, anticipándose a Rousseau, y de la necesidad de que los seres se amen unos a otros, 500 años antes de que lo predicase Cristo.

Con todo, otro pensador ne menos egregio, Lao Tsé, difiere del credo confuciano en que mientras éste atribuye los males de la sociedad a las características del Estado, aquél considera a cualquier Estado como responsable de todo y proclama su confianza en la iniciativa y capacidad de los pueblos para conducirse a sí mismos hasta la finalidad indiscutible que es el bien común. Su concepto del Tao, divinidad profusa y difusa que no puede ser personalizada, es tal vez la definición más elevada y profunda a la vez que el alma humana puede hallar de la presencia de dios.

Con la lectura de cuanto Víctor García nos revela acerca de estos dos formidables moralistas, seguida de valiosos pormenores en cuanto a sus continuadores respectivos, Mencio y Chung Tsé, los legalistas y Mo-ti, el ciudadano medio adquirirá una idea clara sobre tan interesantes temas.

La segunda parte abarca dos prolongadas y amenas etapas. La primera abarca desde Ch'in y las primeras dinastías del período clásico; la irrupción de los mongoles; describe el paréntesis histórico de los Han, todo ella específicamente chino. Los Ming vienen a ser ya mongoles achinados y se incluyen cronológicamente en el vasto período que comprende la irrupción del catolicismo, que jamás logró desterrar el budismo introducido mucho antes. Registramos la huella indeleble de Gengis-Khan y Kublai-Khan, los viajes

DIAS DE MISERIA

Remembranza

¿FUE todo Carmen Sanz en la vida de Pedro Luis de Gálvez? Pese a lo que aparentaba amarla, diría que el amor de su mujer, cual el malo de una querida que al perderla obsesiona, le dolió menos que la herida no bien cicatrizada del amor propio. El amor propio es virtud de incapaces, pero cosa humana.

«... ¡Qué me importa vivir, que me importan las aspas de este viejo molino, que del mal, en la noche, van trazando el camino, si vivo lejos de Ella sintiéndome morir!»

Así se expresa en el soneto II de «Moulin Rouge» (París, 1913). En seguida de la separación, Carmen —espléndida Venus— abrazó la profesión del teatro. Actriz de conjunto, más que conspicua, hácese amar con locura de su valedor, comediante de primera fila, quien de halagos y consideraciones la rodea, pudiendo en una atmósfera menos confusa rehacer venturosamente la vida.

Roto el matrimonio por falta de harina y sobra de molino, y los cónyuges por su lado cada uno, Gálvez encontró en este fracaso el comodín conveniente a su inex-

cusable miseria, salpicada de sórdidos excesos y feroces genialidades. La característica principal de Gálvez es el genio en perenne combustión. El genio va por los extremos porque no conoce el medio que las cosas tienen. Mucha culpa hubo él y su descrédito, y otra tantas los del oficio, celosos de su talento, atribuyéndole infamias que estuvo muy lejos de cometer, no más que por creerie capaz de cometerlas.

«Todo portillo cerrado.
Como mi bodrio sin sal
Por la calumnia un puñal
llevo en el pecho clavado.»

Al punto que de este hombre desorbitado, muy cierto, se habla, sale a relucir el hijo muerto y corrupto con el que anduvo por Madrid granjeando, siendo Carrere, bohemio postizo y ave de mal agüero el inventor de tan inmisericorde patraña. A Gálvez hay que imputarle lo

de Marco Polo, las repercusiones de la conquista de América, a todo lo cual siguieron los emperadores manchúes, la avaricia occidental y las funestas guerras del opio, aviesamente atizadas por Inglaterra. Sabemos de la labor descomunal de Sut-Yan-Sen, con su primitivo Kuoming-tang, desvirtuada más tarde por Shang-Kai-Shek y duramente hostilizada por el Japón, como hemos tenido ocasión de ver quienes no somos jóvenes.

**

Como es de suponer, el autor no silencia lo que llegó a influir en China la Revolución rusa, ni tampoco los dolorosos impactos que sufrió el cuerpo nacional, a través de las dos grandes guerras. La corrupción del régimen de Chang-Kai-Chek queda admirablemente reflejada por la carta del anarquista Lu Chien Bo, que con gran acierto se incluye al final de la segunda parte.

Y de una manera insensible pero segura nos hallamos envueltos en el estudio del actual régimen comunista de Mao

que a Cervantes, esto es, el haber dedicado sus primores a los que fueron para él cuchillos cortantes (José María Carrere, Carrere, Eugenio Noel, etc., etc.) « Voz en el desierto » dice así :

No sé por qué tan sordo se murmura de mi honesta bohemia trashumante : no adulo al poderoso ni al danzante y, por tanto, no creo con holgura. Se ha de apreciar en mí la donosura del ingenio y el clásico talante de mi verso viril, claro, tajante, pleno de pensamiento y amargura.

Cuando en torno me hacen el vacío me siento más seguro, soy más mío; piso más fuerte, río con más gana de esta bola que rueda en el espacio... (albañal con hedores de palacio do ayunta y pudre la idiotez humana).

Hallándome en Madrid de paso para Cádiz, el dibujante Demetrio me facilitó su dirección, y estuve a visitarle. De noche era. Por allí, por la calle Ancha de San Bernardo, en una travesía del promedio, no muy distante del Ministerio de Gracia y Justicia... vivía realquilado en un cuarto de novela de Dickens. Antes de esta visita él me hizo otra, casi a la misma hora, en Zaragoza. Llamó y yo le abrí la puerta de nuestro entresuelo. Traía debajo del brazo una carpeta envuelta en un hule; abrigábase con un gabanzuelo oscuro; tocábase con el chapeo de Bucarest, deteriorado, como el « chaquet » a cuadros que mi madre hubo de recoserle; los zapatos limpios, pero nada flamantes, eran los que le llevaron por las rutas de Alemania, y, aunque viejos, afirmaba tenerles cariño. Cenó y habló mucho, cautivas de su conversación mi madre y mi hermana. Amaneció el día y le pregunté:

— ¿Has dormido bien, Pedro?

— ¿Bien en la joroba de un camello?

— Perdona que estamos en las últimas. Hasta la electricidad nos escatima la luz, tal vez para que la miseria nos parezca menos horrible...

PUYOL

Tsé Tung. Se trata de un estudio desapasionado y notable por su objetividad. El viajero lo ve todo lo pregunta todo y consigue muchas y valiosas informaciones que nos cede el coste. Esta tercera parte es la más extensa de las tres, pues rebasa las 100 páginas, pero en ellas no falta ni sobra nada. Es de alabar la generosa imparcialidad con que el comentarista, aun siendo libertario o tal vez por serio, admite los éxitos tanto como pone en evidencia los fracasos. Sus juicios no son caprichosos, se apoyan en citas y números y cuanto leemos al respecto denota sinceridad y ponderación. Y como remate indispensable damos con una detenida visión, casi reporteril por lo vivaz, de lo que son en la actualidad Hong-Kong, Macao, Cantón, Pekín, Shanghai, Soochow, Hanchow y el famoso Yang-Tsé, eje milenar de la vida china y puerta de muchas y lamentables invasiones.

JOSE MARIA FRANCES

3 febrero de 1963.

El cine

«Mourir à Madrid»



Si es preciso, haré matar a media España para conseguir la victoria.— Franco.

(Frase que no consta en esta película debido a la censura)

DURANTE la guerra se podía morir en cualquier parte de España, pero Federico Rossif se inclina por el frente de Madrid, el más heroico sin duda, pero el que más se presta a sacar una glosa de los internacionales acudidos en la capital de España para defenderla.

No obstante, hubo un actor principalísimo en la resistencia hispana al nazifascismo: el pueblo, al cual Rossif no tiene excesivamente en cuenta; de forma que como relación histórica el film «Mourir à Madrid» — omitimos lunares disculpables — no es fiel a la relación histórica misma. La consecuencia de la obra, cierto, es más antifranquista que neutralista. Pero hay momentos — demasiados — que en el desarrollo de la misma asimos la idea de un contender entre Franco y el comunismo, lo que a la postre redundó en beneficio de la tesis franquista de una pugna contra el soviétismo por la independencia de España.

En la presentación del drama Rossif peca por precipitación, y, por ende, de omisión; y de ligereza, lo aseguramos. La miseria del campesino español de antesguerra, exacta: de una a tres pesetas por jornada de trabajo, sin que de éste lo hubiera todo el año. Un sentimiento de mejoración, de justicia, nuestro bracerito andaluz, extremeño, castellano y galaico, lo tenía; pero ir a la guerra le fue obligado: en la zona rebelde por recluta forzada, y en la leal para ahuyentar a balazos el espanto del fascismo. Esas masas de desgraciados que van gozosamente a la guerra para librarse de la miseria (idea muy siglo XV) sólo las ha visto Rossif 25 años después de terminada nuestra atroz contienda.

Que la República no dio solución al problema social es archisabido, y que no podía tampoco darla a pesar de la intervención republicana del socialismo político, es un secreto de plaza pública. La II República vino tarde, se malogró en 1874 al perecer la Iª. Era entonces que el principio republicano podía aparecer renovador, y más contando con figuras altamente progresistas. En 1931 el panorama era de gran avance frente a unos republicanos adictos un sistema capitalista que las leyes flamantes no perjudicaban en nada, ni siquiera mediante la Reforma Agraria. Y aun fue este capitalismo tacaño y tradicionalista, con March y la gran burguesía del Norte y de Cataluña en primera fila, quien, en días subsiguientes al 14 de abril de 1931, provocaría crisis política en la industria nacional paralizandolos labores, retirando capitales al extranjero y boicoteando los créditos solicitados por el Gobierno. Para comprender la exasperación de las masas con su secuela de huelgas exasperadas y unos edificios religiosos en Madrid quemados, hay que detenerse en el factor miseria agravado y en el esfuerzo de atasco decididos por ese capitalismo te-

naz en su empeño de ser dueño de España por encima de todas las consideraciones de bienestar, democracia y progreso tan fervientemente anhelados por el pueblo. Y aquí, en este punto caudal de la moderna historia de España, quiebra el propósito «neutralista» de Rossif, como quebró la política republicana al fusilar campesinos y alpargateros en Casas Viejas y Arnedo para congraciarse con los ricos tradicionales que tanto impedían la economía del país y del Estado. ¿Será aventurado afirmar que el peor yerro de los republicanos abribeños fue el haber confundido Estado con País, el interés nacional con el interés privado del señorío cavernario? Los Alcalá Zamora, los Azaña, el gubernamentalismo todo, temieron encararse con el problema de la revolución social pacífica para no disgustar a la Banca, a la Iglesia y al Militarismo y así quedaron sin acodo popular y con la enemiga directa y cada vez más temible de la casta reaccionaria que se atrevía a la conspiración — con enviados a Berlín y a Roma — y al atentado personal. Antes de llegar al asesinato de Calvo Sotelo, fascista voluntario, Rossif debía pasar por los asesinatos perpetrados por la Falange hasta culminar con el baileamiento a muerte del teniente Castillo, antifascista denodado. Así el autor de «Mourir à Madrid» habría dejado a sus espectadores más ilustrados sobre el génesis del terrible drama de la guerra civil española. La propia revolución de 1934, en vez de una procadidad izquierdista, fue un intento desesperado para contener la ola internacional fascista atraída por la reacción hispana, ya favorecida desde el Poder por Lerroux y Gil Robles. La rebelión militar del 10 de agosto del 1932 acaudillada por el general Sanjurjo, fue otra advertencia registrada por el pueblo referente a las verdaderas intenciones de la reacción española coaligada con el fascismo y el nazismo de Roma y Berlín. Incluso los asesinatos de 28 campesinos en Casas Viejas sobre los resoldos de la casa del anarquista Seisdedos, fueron perpetrados por fascistas a lo capitán Rojas torpemente defendidos por Manuel Azaña... Tan duras eran las lecciones, tan tremendas las decepciones, que el mundo del trabajo tenía derecho a velar por su bien y su seguridad, desconfiado, cual lo estaba, de la ley republicana. Es así como pudo, en 19 de julio de 1936, recibir el fascismo una respuesta popular adecuada frente a la inoperancia de los gobernantes republicanos, inermes ante la sublevación milico-religiosa, y temerosos ¡aún! de la revolución popular o callejera. Su indecisión les hundió en el descrédito, la vacilación prolongada los dejó sin apoyo y a merced del enemigo. Las armas estaban en los cuarteles del Estado y para poseerlas los ciudadanos tuvieron que disputárselas a mordiscos a los militares en la vía pública o en los arsenales. El pueblo dio el primer disparo de resistencia en Barcelona, y la hidra fascista resultó allí vencida. Luego siguió Madrid, San Sebastián, Oviedo, Málaga, Valencia, etc. Sangre inocente empezó a ser derramada en Zaragoza, Cádiz, Burgos, Sevilla, Vitoria, Palma de Mallorca y demás ciudades — ¡y villas y

aldeas! — perdidas por la República. La réplica pistolera de la zona leal fue una secuela triste, más no una iniciativa desafortunada cual lo fue en la zona franquista.

Ignoramos porqué Rossif obvia en su producción el capítulo esencial de Barcelona del 19 de julio, la invasión de medio Aragón por las milicias confederales, la aportación de Durruti a la defensa de Madrid (7 de noviembre y días siguientes) con sus 4.000 hombres de aguante que permitieron a los internacionales llegar a tiempo... ¿Desconoce Rossif que el coloso de la revolución anarquista Buena Ventura Durruti, murió en Madrid con un millar de compañeros suyos venidos de Cataluña? ¿No ha sabido Rossif que la mayor acción del Jarama, la del Puente de Arganda, corrió a cargo de la columna confederal de Palacios, que tanta carne hizo contra unos compactos batallones compuestos exclusivamente de soldados alemanes? ¿Desconoce también Rossif que en Brihuega el palo mayor italiano, moros y requetés lo recibieron de la columna Mera, a cuyo personaje estaba a tiempo de preguntar para veracitarse en su encomiable propósito? ¿Por qué siempre las Brigadas Internacionales en primer plano? ¿Por qué siempre en punta de bandera doña Ibárruri, ese personaje de retaguardia? ¿Por qué el Pueblo español aparece disminuido en «Mourir à Madrid» en la defensa de sus intereses vitales? En los cuarteles de Atarazanas, la Montaña y Simancas, tres puntos esenciales de la revolución española, el pueblo español ganó la batalla a pulso, puesto que los exteriores no estaban. Y no es que se trate de desmerecer a éstos, sino de dejarlos en su papel estricto: el de soportadores de un pueblo internacionalmente agredido por las fuerzas negras. Es el vaho de comunismo que Rossif nos insufla en su film lo que incomoda, la disminución del papel desempeñado por los antifascistas españoles lo que disgusta. Como si la política internacional hubiese ensayado, con moros, alemanes e italianos de una parte, y antifascistas mundiales de la otra, el drama — mayor aún — de la guerra general que se preparaba. Claro que ello desgraciadamente ha resultado exacto. Pero el pueblo español ha estado por algo; pugnando por la libertad auténtica, lo han utilizado como conejillo de Indias. Ursianos, nazis y fascistas vinieron a probar sus ingenios de guerra sobre nuestros cuerpos, y de ello, a la postre, el franquismo ha obtenido beneficio permanente. Que el clero español y el caciquismo pertinaz de nuestra tierra quedan malparados en la película de Rossif, no lo negamos. Pero esa tendencia bolchevitzante, esa ignorancia de los valores libertarios y constructivos del pueblo español, nos desaniman, amigo Rossif.

Porque incluso en Madrid se moría por las realizaciones revolucionario-colectivas que con tanto empeño destruyeron, antes de que terminara de hacerlo Franco, los Lister, Modesto y compañía a quienes en «Mourir à Madrid» tanto se glosa.

JUAN FERRER

MI FRECUENTACION

por Fernando VALERA

Conferencia pronunciada el 8 de diciembre de 1963, en el gran Salón de Actos del Instituto de Altos Estudios de la América Latina, clausurando la conmemoración del IV centenario de Lope de Vega, organizado por el Ateneo Iberoamericano de París.

NO quería yo haber tomado parte en estos actos conmemorativos del IV centenario del nacimiento de Lope de Vega. Hágolo por sometimiento a la amistosa dictadura del presidente de la Sección de Letras Sr. Ballester Gozalvo y por corresponder a la diligencia y tenacidad ejemplares del secretario general del Ateneo, don Antonio Gardó Cantero, a quienes se debe el esplendor de estas conmemoraciones.

Movíame al discreto y tácito apartamiento, el recelo de si no estaré yo abusando de la benevolencia de los ateneístas, con mis constantes intervenciones en toda suerte de debates, humanos o divinos, y dando pábulo a que la maledicencia — atributo inherente a la hispanidad — me aplique con justicia el remoquete de « el inevitable señor Valera ».

Cuéntase que en un país inexistente, llamémosle Utopía — o quizá mejor Pantopía, porque lo que voy a decir no ha pasado en ninguna parte, pero podría haber pasado en todas —, imperaba uno de esos caudillos salvadores que de vez en cuando envía la Providencia para castigo de los pueblos holgazanes. El retrato del caudillo colmaba la aspiración de gloria en que soñara el poeta romántico:

...y espero que mi busto adorne un día algún salón, café o peluquería, o el lindo tocador de alguna hermosa coronar en figura de botella, que de su vida al fin tanto blasón ha logrado alcanzar Napoleón.

El retrato de nuestro caudillo de Utopía adornaba, además de los cafés y peluquerías, oficinas y despachos, todas las salas de espectáculos de la nación. Mas el público se consoló inventando un ingenioso y mordaz acertijo o adivinanza:

— ¿En qué se parece el caudillo de Utopía a Dios nuestro Señor?

— En que está en todas partes y nadie le puede ver.

No quiero yo, a fuerza de abusar de vuestra paciencia, que los ateneístas me apliquéis mercedamente la misma adivinanza. La otra razón que me invitaba al silencio era que, después de las bellas y discretas cosas que se han dicho sobre Lope de Vega, en esta trilogía ateneísta de su IV Centenario, yo me preguntaba qué podría decir que no fuera inoportuno o redundante. Asaltábame la misma indecisión que al autor de « El Diablo Mundo », cuando ya metido en faena, se preguntaba :

...qué diré yo que no hayan dicho Shakespeare, Byron, Calderón, Cervantes y otros ingenios que vivieron antes.

Por fortuna, los señores Bataillon y Sarrailh me señalaron el buen rumbo para salir sin desdoro de la encrucijada. Hablaron ellos de su frecuentación de Lope de Vega, en la investigación erudi-



ta el uno, en la cátedra universitaria el otro, y acertaron a decir cosas bellas, interesantes y originales. ¿Por qué no hablaría yo de mi frecuentación personal de Lope de Vega, en los días de mozo y estudiante, siempre que me perdonéis que, para evocar al poeta, tenga que hablar también a veces de mí mismo? O mejor dicho, no de mí mismo, tal como soy, sino del poeta que pude llegar a ser, y que no fui ni seré ya, porque lo malograron en ciernes la caliginosa estivada de la política y la ventolera asoladora de la pasión revolucionaria.

Mi frecuentación de Lope de Vega — y de Calderón de la Barca — comenzó, siendo yo muy joven, cuando cursaba los primeros años del bachillerato en el Instituto de Cáceres. Fui un estudiante desigual y revoltoso, lo confieso. No puedo presumir de que fuera también desaplicado; pero sólo me interesaba estudiar y conocer todo cuanto hay en el cielo y en la tierra, todo menos las asignaturas de rigor, que me resultaban aburridas y empalagosas. Sobre todo, se me atragantó el latín que nos enseñaba un hombre triste, pálido, marchito, de negra barba y ojos muertos tras las marcadas ojeras. Para no soportar la lobreguez de las clases cuando brillaba en las calles y plazuelas de Cáceres y en sus campos el radiante sol de Extremadura, decidí hacer novillos a la hora del latín. En Cáceres, lo de hacer novillos podía practicarse en sentido literal, yéndose a las cercas de los alrededores a torear chotos, vacas y hasta sementales. Pero, las más de las veces, sobre todo si el tiempo era desapacible, me refugiaba en la biblioteca del Instituto, donde el Padre Riesco — a quien más tarde encontré en la biblioteca de la Universidad de Salamanca — me servía el pasto espiritual que apetecía mi espíritu. Allí leí a Gabriel y Galán, poeta a la sazón de moda en Extremadura, al

Padre Mariana, a César, a Calderón y a Lope de Vega. Mi primera frecuentación de Lope fueron, más que sus comedias de capa y espada o de enredo, sus dramas y tragedias de sentido histórico: « La Estrella de Sevilla », « El mejor alcalde, el rey », « Peribáñez » y « Fuenteovejuna ». Y casi estoy por decir que, juntamente con « El Alcalde de Zalamea », de Calderón de la Barca, fue en ese hontanar poético donde abrevé el afán de justicia social y el sentido patriótico que habían de cambiar el rumbo natural de mi vida, desviándome del cultivo de las humanidades, que eran mi vocación, hacia el servicio del pueblo, que ha sido mi desdicha, aunque también sea causa de sentirme a la vejez honrado, por lo menos ante mi propia conciencia.

Pasmábame sobre todo en la obra de Lope la agilidad para crear de un trallazo, en breve estrofa una situación dramática impresionante. Lo compararía en esto a Mozart. Wagner necesita un cuarto de hora para llevar un tema, en trabajosa ascensión, a su cumbre; a Mozart, le bastan unos compases. Lope tiene esa misma agilidad, en que nadie le iguala, ni siquiera Shakespeare o Calderón de la Barca :

Porque os digo, y esto os baste,
Don Carlos, como advertencia,
que en Londres hay un verdugo,
y que vos tenéis cabeza.

O también, en el rápido desenlace de « Castigo sin venganza », cuyo segundo acto es para mi gusto la más bella realización del teatro de nuestro ingenio, cuando el duque de Mantua decide castigar al hijo incestuoso y llama a sus criados y guardias para que ultimen el castigo, sin venganza, le bastan a Lope cuatro versos para cerrar de manera magistral la terrible tragedia :

— ¡Matadle, matadle. Muera!
— Oh, padre, ¿por qué me matan?
— En el tribunal de Dios,
traidor, te dirán la causa.

Sólo Agustín de Rojas alcanza una expresividad dramática semejante en los últimos versos de su « García del Castañar », que todos conocéis :

Que este soy, y este es mi agravio.
Este, el ofensor injusto;
éste, el brazo que le ha herido;
éste, cercene el verdugo;
mas mientras tenga cabeza
sobre los hombros robustos
no he de permitir me agravie
del rey abajo ninguno.

Cito de memoria. Una memoria de cuarenta años, y no respondo de la escrupulosa exactitud de los textos. Calidad es ésta de mi frecuentación de Lope — y de otros clásicos españoles, griegos o latinos — que no ha sido para mí un autor interesante encerrado en un fichero erudito, sino la experiencia vital de frecuentar un poeta cuyos versos han ido cantando durante muchos años, como una fuente escondida o un manantial oculto, en las profundidades de mi propia subconsciencia. Mis recuerdos de Lope no

DE LOPE DE VEGA

son, pues, tesoros guardados en la caja de caudales del fichero, sino elementos integrantes de mi propia alma.

Luego vino la experiencia maravillosa, ofuscante, fascinadora, única, de « La Dorotea », a mi entender la más bella obra de nuestro poeta, y uno de los más hermosos y penetrantes dramas de amor que haya creado la literatura universal. Cervantes había dicho de su antecesora, « La Celestina »: « Obra, a mi entender divina, si ocultara más lo humano ». « La Dorotea » es una Celestina que ocultó pudorosamente lo humano, y se alzó así a lo divino.

Pocas obras me han producido un escalofrío estético semejante. « La Dorotea » cayó en mis manos por puro azar. El azar es la norma de lo viviente; como la causalidad lo es de lo inerte. Lo uno es la libertad del espíritu; lo otro la determinación de la materia. Aquello, la poesía, trasunto de la vida; esto, la ciencia, arca muerta del conocimiento. Fue en Barcelona, hacia 1915. Era yo todavía un muchacho. Liquidábase una librería de lance cerca de la Plaza Real. El viejo librero, fallecido, había sido mi amigo y su trato me había enseñado mucho, porque era hombre muy leído y avisado. Su heredero, o su ejecutor testamentario, no había abierto jamás un libro, y los valoraba por el peso y el volumen. Vi en los anaqueles una edición primorosa, un libro pequeñito encuadernado en pergamino, con bellos grabados a madera y caracteres diminutos: era « La Dorotea ». Pregunté el precio, temeroso de que no estuviera al alcance de mi modesta fortuna. El buen hombre lo cogió con dos dedos, lo sopesó al aire, comprobó que era ingrátulo y diminuto, frunció la boca en un mohín despectivo y lo valoró en 50 céntimos. Unos gramos de poesía...

Este capricho del azar me permitió saborear muy joven la deliciosa novela dialogada donde Lope de Vega, ya viejo, poetizó con el encanto de la remembranza, el drama de su juventud y de su vida. Parece ser que ya lo había escrito antes, de joven; pero perdió la primera redacción en el trasiego de su vida turbulenta. Volveré luego a este libro, que me parece esencial para interpretar no sólo al poeta, sino al hombre, y para descifrar el enigma de su vida; la vida de este singular ingenio, apasionado, a la vez bueno e inmoral, a ratos caballero pundonoroso y a ratos picaro ramedado, erótico con raptos de asceta, sacerdote concubinario, esposo infiel, amante impúdico, y padre tierno, solícito y desventurado.

Meses después, en Salamanca, donde mis familiares pretendieron que fuera un estudiante modelo, sin conseguirlo, tuvo lugar mi banquete pantagruélico de Lope de Vega. En la biblioteca de la Universidad pasé todas las horas aprovechables para la lectura de un largo y frío invierno castellano, devorando casi todo el teatro que se conserva de Lope de Vega, en la edición, creo, de la Academia, ilustrada y esclarecida por la crítica magnífica de don Marcelino Menéndez y Pelayo. La obligada brevedad de este ensayo me induce a pasar sobre ascuas por este episodio de mi frecuentación de Lope de Vega. Baste decir que me impregné de tal manera de su pensamiento y de su estilo, que llegué a expresarme con facilidad

en redondillas y en décimas espinelas, improvisadas naturalmente asimilando e imitando sin darme cuenta, las rimas, imágenes y discreteos del poeta.

Una vez, en una pensión de estudiantes que había en el barrio viejo de Salamanca — oh, Salamanca, la única, la inolvidable, que por algo Cervantes escribió que todos los que allí vivieron morían en deseos de volver a vivir en ella, y por algo Unamuno decía siempre «mi Salamanca», de tal modo se le había adentrado en el cogollo del corazón —; digo que en el barrio antiguo de Salamanca, detrás de la Catedral vieja, no lejos de la Torre del Gallo, había una modesta pensión de hipotéticos estudiantes, quiero decir que sólo en hipótesis podía decirse que estudiaran. Allí nos reuníamos por afinidades de gustos y comunidad de indolencia varios amigos: el uno, Amador de la Cuesta, prefería hacer versos esotéricos de brujas, hechizos y encantamientos; el otro, Luis Arroyo, componía graciosos y divertidos monólogos y sainetes; un tercero, Vicente Martín, pintaba y dibujaba con primor y seguía con el sabio profesor don Pascual Meneu, cursos de hebreo, que llegó a hablar como si fuese lengua viva. Todos quedaron, como yo, en ingenios malogrados; de la Cuesta terminó siendo oficial de Prisiones; Arroyo, comisario de Policía; a Vicente Martín lo encontré en México, ya olvidado de sus estudios hebraicos, convertido en excelente artista decorador y militante activo del Partido comunista.

En aquella tertulia de genios en ciernes, se suscitó un día un acalorado debate que terminó casi en trifulca, como suele acontecer entre españoles, sobre la facilidad de Lope de Vega para componer comedias. Alguien negó que fuera posible aquello de que

y más de ciento en horas veinticuatro pasaron de las musas al teatro,

no obstante que sus versos eran, según el que así discurría, amigo de la poesía cincelada y relamida, descuidados y vulgares, como no cabía menos de esperar de quien había profesado la doctrina de que

y escribo por el arte que inventaron los que el vulgar aplauso pretendieron; porque, como las paga el vulgo, es justo hablarle en necio para darle gusto.

Objeté yo que no había sido Lope de Vega el único. Que también Zorrilla — otro poeta vulgar y plebeyo a juicio de mi contrincante — había compuesto en una noche « El puñal del godo ». Acalorábamos los polemizantes, y en un necio arranque de vanidad me atreví yo a decir que no ya Lope y Zorrilla, sino yo mismo era capaz de escribir en veinticuatro horas una comedia o drama en verso. Me tomaron la palabra. Hubo apuestas, tanto a que sí, tanto a que no. Púsemme a escribir sin salir del cuarto de la pensión, si bien distribuyendo las veinticuatro horas en dos jornadas de doce para que mi familia no se alarmara de la ausencia. Nombráronse veedores o vigilantes y, en efecto, antes de las veinticuatro horas había terminado yo una pomposa y absurda tragedia en dos actos y en verso que se titulaba « Padre, señor y juez ».

Así quedé yo triunfante, mi rival confundido, y Lope de Vega reivindicado. Hicieron copias del esperpento. Perdióse la mia, en las mudanzas de mi azarosa vida; halléla muchos años después, en México, donde me la procuró un amigo fiel del poeta nonato, que la había conservado como recuerdo de una juventud esperanzadora. No voy a leerles a ustedes mi tragedia, como solemos hacer los poetas, ya sean inéditos, ya celebrados, que en esto todos somos iguales, mas sí unas breves pinceladas que demuestran cómo me había impregnado yo de la manera de Lope. Piénsese que tenía yo cuando escribí estos versos, de 16 a 17 años:

¿La opinión de los humanos?
Los juicios de la opinión,
ecos de costumbres son,
sombras de fantasmas vanos.

En la gran austeridad
del monte, entre cielo y nieve,
pensando, la vida breve
se asoma a la eternidad.

Y en las veladas de invierno,
cabe el hogar, he aprendido
a distinguir lo fingido,
lo mudable, de lo eterno.

Y en otro lugar :

Aún recuerdo..., una mañana
de la joven primavera,
vertía la luz primera
del sol, el alba temprana.

O bien :

Yo le daré cuanto valgo
y tengo. Cuando no sobre,
basta mi hacienda pobre
que, al fin, hacienda es de hidalgo

Y en fin:

¿Viste tú gozar las aves
las justas de sus amores,
y elegir lechos de flores
para sus tálamos suaves?

¿Viste tú el sereno río
poner sobre las mejillas
de las plácidas orillas
cristal de su labio frío?

¿Viste las olas chocar,
poniendo en las playas bellas
salpicaduras de estrellas
y espumas blancas de mar?

Pues este loco amor mío
sueña en dar a tu hermosura
canto y cristal y blancura
del ave, del mar y el río.

Yo te pondré una guirnalda
de un azul resplandeciente
de zafiros, en la frente,
y en el dedo una esmeralda.

Si me amas, a mi señorío
un trono añadiré, por verte
reina del mundo. A tu muerte
haré que del mármol frío

esculpan de tu beldad
la efigie, de tal manera
que el universo te viera
reinando en la eternidad.

El mundo imaginativo de Diego Abad de Santillán

● Continuación y fin ●

Algún día ha de escribirse la verdadera historia de aquel período oscuro, a partir del cual la nación no ha podido encontrar su propia estabilización. Se hablará de mártires y de héroes que no aspiraban a cobrar sueldos ni a hacerse una posición política ni económica. De hombres creyentes en un futuro mejor, que todo lo sacrificaban en homenaje al ideal. América tendrá que rendirles el tributo que se han ganado estos precursores anónimos que hacían de la libertad un culto, sin detenerse en los mezquinos beneficios materiales y arrojando todos los peligros. Equivocados o no, han defendido, con las armas del espíritu imbatible, un postulado que hoy más que nunca, tiene vigencia, contra las fuerzas desatadas de la reacción. Y se comprenderá que no eran hombres vulgares, sino misioneros que anunciaban la buena nueva, con visión que no han tenido universitarios, políticos ni gobernantes. Porque de aquellas luchas, de las humildes asociaciones y bibliotecas convertidas en baluartes contra el malón, surgió poco después la agremiación total de las fuerzas productoras del país. Y si ciertamente esta organización adquirió un carácter espúreo, con fines totalmente opuestos a los perseguidos, sin embargo se hizo comprender a los potentados, a la grande y pequeña burguesía, a los mismos sucesivos integrantes de los distintos equipos gubernamentales que habrían de sucederse en el poder, su brutal ignorancia e incapacidad para resolver los problemas sociales, agravados por la acción de las injusticias, el terror y el horror con que se había tratado a la clase trabajadora que luchaba por defender derechos inalienables y agotadas sus fuerzas caía vencida y convencida de haber cumplido con un deber de conciencia. Muchos de los mismos ejecutores — que obraban movidos por impulsos mórbidos y con ensañamiento que dominaba los campos del sadismo en nombre y al amparo de la legalidad — hoy se esconden detrás del escudo de la democracia cristiana, ocultando su pasado ignominioso ante el curso de los acontecimientos.

Abad de Santillán, hombre con un banco industrial de iniciativas, había previsto lo que podría ocurrir en cualquier momento en que el espíritu sindical se quebrara. El ejemplo del comunismo ruso y del fascismo italiano, implantados sobre el mundo por el clásico procedimiento de la fuerza, derribaba cuanto entorpecía su ambición. La corrupción y la podredumbre o la satisfacción material de mejores salarios y alguna que otra prebenda circunstancial, que sólo mitigaban una mínima parte del dolor y las penurias, los había llevado al triunfo, aunque no resolvían el gran drama, porque toda la arquitectura estatal, económica y jurídica quedaba en pie, con todos sus vicios y desigualdades. Los ideales de libertad, de patria y religión, fueron hechos cisco. Las estatuas de los próceres, sustituidas por monumentos de nuevos ídolos, tan falsos como los anteriores. Los pueblos, ayer golpeados por el poder del dinero y su representante, las instituciones constituidas, se minimizaron, masticándolos.

por Campio CARPIO

Los falsos conductores habían cambiado de rumbo, hundiéndose en el fango de la política oficial, de donde pasaron al vaciadero de desperdicios.

Los diversos intérpretes del pensamiento socialista y anarquista no habían encontrado puntos de unión que pudieran ofrecer un frente de lucha para mantener intactos los principios de una causa común — con los mismos alcances y sólo diferencias de métodos — como contrafuerza a la avalancha que se avecinaba. Ante la imposibilidad de cualquier acuerdo práctico, que zanjara el conflicto ya histórico que dividía al proletariado mundial, amenazado por las corrientes dictatoriales, Abad de Santillán estimaba la necesidad de intensificar un vasto plan de cultura social como único medio de capacitación. De esa premisa nació la editorial de « La Protesta » que, en su corta vida de pocos años, conjuntamente con la Editorial Argonauta, publicaron las mejores páginas que en lengua castellana se conocen de los grandes maestros. La teoría es valedera todavía hoy, porque la ausencia de solidez intelectual, sin principios básicos, no estimula a la lucha, y el individuo no está robustecido para defenderlos.

Paralelamente con la editorial de « La Protesta », de la que Abad de Santillán fue creador e impulsor en aquel período, lo mismo que del « Suplemento Semanal de « La Protesta », a iniciativa suya se trasplantó a la Argentina la « Guilda de Amigos del Libro », distribuidora de publicaciones, creada en Alemania, y que había constituido un acontecimiento para poner al alcance del obrero de escasos recursos las mejores obras clásicas de la literatura y del pensamiento universales. Pero tampoco esta inocente institución ha podido salvarse de la furia reaccionaria ensayada en la Argentina y cuyos estragos, aun seis lustros después, carcomen el espíritu del país. Ha sido necesario echar todo por la borda y hallar refugio en el Uruguay. Aquella tromba, que sacudió a la nación, se repitió en todos los países americanos de lengua castellana, de la que pudo salvarse solamente México, convaleciente de las heridas de su revolución, cayendo uno tras otro, en cadena, bajo tan dolorosas como funestas sucesivas dictaduras militares.

El derrumbe de la dictadura española, que en unas inofensivas elecciones municipales dio por tierra con la monarquía borbónica, instauró en la península — entre fogatas y cohetes — un régimen republicano de estilo burgués y liberal. Abrió el acontecimiento nuevo panorama para algunos hombres, que, como Abad de Santillán, experimentaban anhelos de llevar a la práctica algunas de sus ideas desperdigadas a través de libros, folletos y en la prensa combativa. Y fue así como decidió trasladarse a España, instalándose en la fabril y febril industrial Cataluña, pero tomando participación en todas las inquietudes en donde quemar los fuegos de su fecundo espíritu aventurero.

Con personas de su calibre, el individuo no puede estar muy seguro ni confiado. Para Abad de Santillán, los ideales han de tener aplicación mecánica. Ya pasó el tiempo de conservar los principios en archivos de bibliotecas o en piezas de museo. Bien que nos sirvan de materia prima, como punto de partida para otras transformaciones, así como la filosofía, la misma historia o literatura. Pero los conocimientos que el individuo atesora y la comunidad humana aplica, han de ir al ritmo del tiempo, de las edades y los acontecimientos. Con esa mentalidad y convicción, seguramente que Abad de Santillán hubiera sido tan complejo e inseguro para los demás en cuanto al movimiento e interpretación del panorama en que actúa, con la misma libertad y volubilidad de un oficial garibaidino, de Marco Polo o del coronel Lawrence y tan temible porque nadie sabría cuándo lo tendría atrapado, confiado al asalto de la sorpresa desconcertante.

De su actividad en la capital catalana, da noticia la aparición de « Tiempos Nuevos », de « Tierra y Libertad » y la editora Etyl, lo mismo que la revista « Timón », así como varios libros sobre temas que le han preocupado desde muy joven. En mina de tan rico metal como es el proletariado español, Abad de Santillán encontró manera de saturarse, con pasión desbordante, en un medio intelectual tan dinámico como prolífico en realizaciones imaginativas y en obras de gestación heroica. Y, entre tal surtido de emociones, lo encontró el histórico 19 de julio de 1936, donde un pueblo, en un asombroso esfuerzo de férrea voluntad que conmovió al mundo, se adueñó de Cataluña, de Madrid, Asturias, Andalucía, Valencia y otras regiones, entre ellas, la muy rica Vasconia.

Y aquí encontramos a Abad de Santillán convertido en organizador de las primeras milicias confederales que, inmediatamente y comandadas por Durruti, largáronse sobre Caspe, poniéndose a tiro de fusil de Zaragoza, ante las barbas del general faccioso que defendía la milenaria capital baturra y ya tenía encañonada la pistola al oído. Y es fácil aventurar lo que podría haber ocurrido si aquel puñado de albañiles, labradores, mecánicos, arrancapinos y repartidores de comestibles convertidos en ejército, rebasa la noble ciudad zaragozana. La angustiosa falta de unas cuantas cajas de balas y material explosivo pusieron freno y yugo al entusiasmo de la columna miliciana — en las primeras y únicas victorias que puede adjudicarse la causa republicana, excepto la de Guadalajara — que avanzaba hasta allí como tromba, rebasando todas las dificultades.

Y si esto es desconcertante en un hombre construido con material de improvisaciones, no dejará de sorprender su designación como ministro de Economía de la Generalidad, teniendo que tratar con gente de todas las capas sociales y sobre la multitud de problemas que crea una nación convulsionada. A manotazos, fue abriéndose paso entre la red de dificultades provocadas, para llevar adelante la acción liberadora de aquella parte republicana, el abastecimiento y avitualla-

El mundo imaginativo de Diego Abad de Santillán

miento de material combativo a los frentes y multiplicarse ante las necesidades apremiantes de improvisación para resistir. Su conocimiento de la historia y de la psicología humana lo enfrentaron a la realidad de una lucha que iba a prolongarse más allá de todo cálculo. Y para no dar respiro al enemigo, los responsables de la situación hicieron presentes ante el prócer que ya es Francisco Largo Caballero, a quienes expusieron el dramático cuadro que iba a ofrecer aquella lucha si no se auxiliaba con los medios que imperiosamente los combatientes necesitaban. De igual modo expusieron que allí se estaba jugando el destino de la guerra y la revolución. Pensarlo y plantarse en el Eliseo, ante León Blum, el hombre clave, que tenía en sus manos el futuro de Europa, fue la misma cosa. Pero si los hombres que — barriendo con viejos prejuicios, habían recurrido, como última instancia, a desempeñar una misión de cuyos resultados dependía el porvenir de la libertad de Europa — llegaron a París con las manos vacías y el cerebro caliente, regresaron exhaustos, maltrechos y con dolores en el alma. Porque el viejo socialista francés, árbitro en aquellos momentos de la gran causa humana, cuyos resplandores emergían hacia las nubes sobre el Pirineo, solo ha tenido lágrimas de consuelo, y no armas para los milicianos, que tal había movido aquella visita sorpresiva. Porque los señores que manejaban la política inglesa oponíanse a toda intervención beligerante en apoyo del pueblo ibérico. Y mismo así, los heroicos mineros de Asturias y los fundidores de Sagunto, permitieron la resistencia que culminó con volcar todas las reservas humanas en aquel acontecer de noviembre 1936, con la defensa de Madrid, de donde amaneció una esperanza nueva para el mundo.

El hombre no es valiente hasta que se enfrenta con la cruda realidad de salir con victoria. Los héroes que la leyenda nos dibuja con colores de tarjeta postal, antes de enfrentarse con la espada y la pared, eran gañanes y pobres muertos de hambre. La fortuna jamás desampara a los necesitados. El monumento los está esperando, calladito, en tanto no se opera el último golpe de furca. Si algún día tuviéramos que levantar un inventario de las pobres y muchas denigrantes acciones que pusieron marcas de fuego en los fastos de la historia y a qué circunstancias obedecieron, nos contristaría la falta de previsión y débil construcción mental de los protagonistas. Pero la mentalidad humana es contemplativa y benigna y está predispuesta siempre al perdón. Olvida muy pronto. Necesitada de emociones, en cualquier instante echa mano, como dijo algún fogoso pensador, de ese reactivo pasional y no siempre lógico, de levantar y abatir ídolos.

No obstante que el individuo manifiesta sus impulsos de distinto modo, los que mueven a Abad de Santillán son clara expresión de agotarse en una tarea interminable donde quemar las escuadras de su fértil imaginación en una multiplicidad de emociones que precipita en el océano del ideal. No se explicaría de otro modo su media vida ascética, de anacoreta casi, pasada entre prosas, más o menos poéticas y largos trozos literarios en

todos los estilos que llegaban a él con el perfume y sabor de las cinco lenguas maternas que hacen quebrar el firmamento y de pronto el episodio lo deposita sobre una tribuna, un sillón ministerial o le coloca un birrete de miliciano para trocarlo, transfigurado, en un girondino.

Tomando como prototipo a nuestro heroico personaje, se viene a la comprobación de que un cerebro cultivado es una primavera de recursos que acuden en auxilio de su propietario en las situaciones difíciles en que el individuo ha de jugar el destino de la suerte. Y en este otoño de la cansada humanidad, que se hace trizas para arrancar chispas al pensamiento en un mundo invadido por la técnica materialista y la maquinaria industrial, insensible por su mecánica a la emoción, la formación de una vasta cultura siempre queda vigente y sale victoriosa de los desastres. Los imperios romano, bizantino y fenicio, tan cerca de nosotros que casi los tocamos con la mano, se funden y sucumben al calor de una mentalidad enriquecida con nutrientes ideológicos.

Al desplomarse la resistencia de aquellos tres años sangrientos, Abad tuvo que abandonar la fortaleza ibérica, dejando clavada su bandera, cuyos pliegues guardan el recuerdo de tantas ilusiones.

Y volver el rostro, curtido por una faena tan agotadora, a las tibias tierras del sauce, del ombú y el jacarandá, en procura de un vivificante reposo a su agotamiento. Trató de conquistar su pan en otras actividades menos líricas que las materialmente improductivas del espíritu, dedicándose de boca al comercio, como simple corredor de adminículos y otras tareas fenicias. Pero, para triunfar en estas lides, comenzando por aprender las primeras lecciones, se necesita un almacenamiento de conocimientos de arte menor, carácter desprovisto de ciertos escrúpulos, dinamismo de quebrantahuesos y tenacidad de picapedrero. Y Abad de Santillán resultó heroicamente derrotado al primer « round » del combate porque había malquistado con la fortuna al contravenir los designios de su temperamento poético, alquitranado con extensas lecturas que hablaban de los orígenes históricos y del fondo del sentimiento. El comercio no se nutre con esos alimentos.

Nuevamente salieron en su apoyo las letras de molde y el olor a tinta de las galeradas. Y bajo sus ojos absortos comenzó a resurgir la imagen de la pitonisa que le había acariciado tantas veces. Los dioses tutelares de la ciudad porteña, quisieron que volviera por sus pro-

prios pasos, escribiendo millones de palabras para nuevos libros de sociología, enciclopedias e historias. La fauna y la flora, los minerales y combinaciones físicas y químicas, millones de kilómetros de contornos geográficos y estadísticas fueron aprisionados en tapas de cartón. El asombroso y descomunal renacimiento científico, con la industria de los plásticos de vivos colores, formas y aplicaciones y más variadas, fueron, poco a poco, sometiéndolo a su imperio centrifugo y envolviéndolo en su atmósfera. La inquietante prepotencia de la soberbia fuerza atómica y energía nuclear, comprensible y asequible solamente a muy contados cerebros privilegiados, fueron encontrándose al lado de la prosa cortada con toda suerte de herramientas en las distintas lenguas que había que traducir en buen romance hasta la canción de cuna para sus nietecitos.

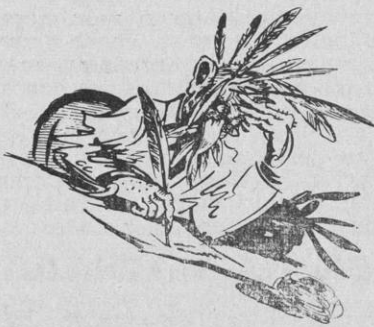
La producción intelectual de Abad de Santillán, hasta 1962, se eleva a la fantástica cifra de 850 títulos publicados, a los que hay que agregar 250 traducciones, que ya ni él mismo conoce. Más de mil cien libros. Toda una biblioteca, producto de su industriosa imaginación. No se conoce un caso similar de perseverancia, tesón, actividad, sobre todo en lides intelectuales que exigen un esfuerzo sobrenatural, al punto de que varios de sus amigos han pensado llevar esta gigantesca labor al conocimiento público.

Aquí reencontramos a Abad de Santillán, dentro de sus eufóricos 65 años, delante de la máquina de escribir y detrás de los anteojos, protegido, como siempre, por una barricada de gruesos o esqueléticos volúmenes en espera de turno para ser sometidos a la vivisección, mientras caen los días y las tardes sobre las tranquilas y turbias aguas del Río de la Plata, desde la salida del sol hasta el oscurecer.

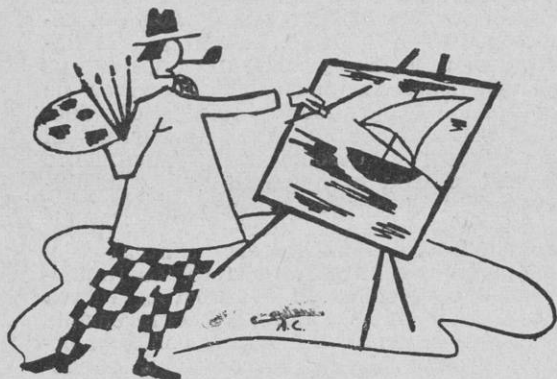
Por gregario atavismo el hombre es agricultor en razón de su origen terrícola. La construcción de las ciudades, con sus altas chimeneas y barcos en los puertos amarrados por la nariz, a donde acuden desde todos los rumbos, son producto de industria y técnica posterior. El agro, la anchura del horizonte, son propicios a la acción de pensar. Cuando el individuo renuncia a la placidez de la tierra abierta, al color de la vegetación y al gris del cielo para torcer sus vértebras en el trajinar de las populosas capitales modernas, se echa a espaldas el propio madeiro en que será crucificado.

La tierra hace al hombre su amigo y le ofrece siempre un hogar para descanso, y un pedazo de firmamento para que pueda dialogar y convivir con las estrellas. Diego Abad de Santillán se ha quedado materialmente embutido y confundido con la masa de población que se mueve con lentitud de témpano y al compás musical de todos los profetas. Pero, aun considerándose espectador en este entierro de la poesía que la ciudad deprime en primeras nupcias, exprime y aniquila después y pese a la mecánica de este pequeño universo, las figuras como la suya pertenecen a otra clase: a la aristocracia del saber y de entender la canción del futuro, con la fe ardiente de los elegidos.

Buenos Aires, 1963.



La pintura No-figurativa



● Continuación y fin de la primera parte ●

En tal sentido el informalismo del expresionismo abstracto, como estilo pictórico, expresa un concepto de la realidad que es una impugnación romántica del mundo contemporáneo y de la valorización que rige en las relaciones con las cosas que él se encuentra, a la vez que sus formas artísticas suscitan el derrumbe de toda tradición formal en el arte, y, sin embargo, contradictoriamente, se encaminan a lograr una visión que deseché todo el sentimiento romántico individualista. Dentro del movimiento No-figurativo mantiene en primer plano una visión rebelde en el arte y, por otra parte, sustenta también un oscuro anhelo de relacionarse con cierta figuración evocativa de las formas orgánicas e inorgánicas de la naturaleza, al mismo tiempo que proclama la absoluta validez de las formas independientes de todo contenido racional. Es, en cierto grado, una pintura que preconiza relaciones imaginativas con lo que se podría llamar una filosofía artística esencialista, en la que la existencia del mundo objetivo está puesta entre paréntesis: de ahí que, en muchas de sus obras se pueda observar una especie de contaminación idealista con el realismo mágico trascendente y romántico que desarrolló la búsqueda del surrealismo.

La pintura moderna, en la forma que las demás artes, pese a todo lo que desea evidenciar, en el plano de la estética, no puede revelar más de lo que la vida misma nos enseña. Por eso a la pintura No-figurativa no le es dado ignorar y dejar de expresar esa tensión entre las fuerzas espirituales y aquellas que se le oponen. No es, ni nunca ha pretendido o buscado ser, un escape de la realidad humana.

Pero ocurre que todavía no nos hemos puesto de acuerdo en qué consiste verdaderamente esa realidad humana. El arte la expresa con sus propios medios, al crear una vida ante la vida misma; lo que demuestra claramente que la libertad del acto creador suscita la libertad de toda acción humana que se encuentre desligada de cualquier coacción ético-filosófica abstracta negativa de la realidad concreta que los hombres viven.

Entre los hallazgos fundamentales de la pintura No-figurativa se encuentra el de haber comprendido la verdadera función del ritmo pictórico. Este es el factor esencial que impide la concreción plástica estática de las formas y la inmovilidad seca

que se opone a la tensión dinámica entre el espacio organizado.

Si el color manifiesta su valor plástico de acuerdo a la forma que lo determina, el ritmo es el elemento que maneja los valores en esa integración armónica patente a través del equilibrio conseguido en el ordenamiento de las formas en el espacio determinado del plano. La relación existente entre los colores y las formas, entre el espacio que se trata de organizar, es logrado por el poder intuitivo del ritmo pictórico que impide el estatismo inexpressivo y el desequilibrio.

La intuición de la armonía y el instinto del equilibrio formal se dirigen a hacer patente la belleza que desea expresarse por medio del acto creador libre de las formas autónomas. El ritmo pictórico, además, es la expresión de la esencial ley universal del equilibrio. Pero cuando no existe un perfecto acuerdo entre instinto e intuición, tampoco se podrá manifestar esa ley.

El espíritu constructivo, inherente a la intuición formal y el instinto estético de las formas que crea el pintor, concurren al acto creador de una nueva realidad que combate la función naturalista de las formas que sólo buscan y traducen la apariencia de lo exterior.

Por eso es necesario repetir algo muy conocido ya sobre la pintura No-figurativa, pero no comprendido cabalmente: sus formas **no representan nada**, no buscan ningún significado interpretativo de la realidad exterior; tienen, sí, una intensidad y una fuerza immanente que luego trasciende por su organización estética.

Las formas de la pintura No-figurativa son como las notas musicales, independientes de todo contenido que se refiera a la apreciación solamente intelectual; su ámbito es el del goce estético que nace de las relaciones formales, basado en la búsqueda de la armonía que se logra a través del contraste y la metamorfosis de las formas.

El elemento espiritual del que la forma debe surgir — y que no se desconoce — nace de una necesidad interior en el creador, al buscar y encontrar un orden y un ritmo y esas leyes esencialmente plásticas, lo cual se traduce en el valor subjetivo y psicológico que se le otorga al color. Pero, en la pintura, ese valor está supeditado a un ordenamiento pictórico que nada tiene que ver ni se relaciona con la expresión sentimental que dicho color o esas formas puedan suscitar a posteriori.

El movimiento interno y la necesidad casi biológica de orden, en el pintor, al organizar sus formas, se contraponen a toda ulterior aprehensión de los contenidos emocionales que pudieron haber dado origen a aquéllas. Se contraponen — en el momento de la creación — sin rechazar el posterior suscitamiento de los posibles contenidos espirituales que ella pueda ocasionar en el espectador.

Edgar Avila ECHAZU

● En el nº próximo : « La tradición y la pintura No-figurativa » ●

¡ Protesto !

A Ofelia Guilmáin, que perdió su edad cuando encontró el recuerdo.

Era un quejido áspero y ronco como bramido de leona en celo; como el retumbo del pedernal y del granito chocando en la oquedad de su garganta.

Como el último anuncio del barco de la muerte al dejar el puerto, era su voz.

Era el barboteo de un mar de lágrimas (espejo de lo que adentro está pasando) secuestradas en ardiente pecho, abriendo tenazmente arterias que las lle-

hasta los desecados ojos que manifesten su existencia.

Pero esas lágrimas de sal y de recuerdo, no pasaron de ser un rayo luminoso en la voz de trueno.

Y la voz decía :
«Yo no tengo edad,
ni raíces;
¡Ah!... pero recuerdos.
¡Os juro que yo no tengo edad!»

«Dejé mis quince años en Madrid, perdidos en la boca del Metro en la Gran Vía».

Y es que sus quince años se aturdieron ante esa boca negra que prometía hom-
[bres (brazos, sueños, frentes e ilusiones) a cada nuevo aliento.

¡Hombres para Madrid!
Hombres para esconderlo del ojo del traidor.

Buscó su edad de fusil en fusil, de puerta en puerta; entre el obús candente y el tibio ensueño. Pero su edad no estaba.

Su edad se la encontró el pregonero del rastro y la chatarra, y la tiñó de rojo vendando el vientre de un joven mili-
[ciano.

Yo sé que eso es muy cierto. ¡He visto a tantos sin edad navegando en el «Mexique» de los recuer-
[dos hacia ninguna parte...!

Veo a mi madre envejecer sin años haciendo versos al hijo que crecía — que irremediablemente crecía — y se alejaba llevándose los sueños; escapando como humo de la punta de sus dedos.

Mi madre también perdió su edad en el blanco, enrojecido y doloroso

« Thornapple River »

Para Leonor Skutt, en su retiro campestre.

Fue un día,
brillaba en la tarde el sol,
mi manía
de estar donde sopla el viento
mansamente,
y de tomar en la mano
la concha del caracol.
Casi más de una hora cuento
en mi reloj de muñeca.
No hay prisa.
Estoy solo, ¡vive Dios!,
alejado de la gente,
y entre un murmullo armonioso,
junto al río rumoroso
pienso y sueño,
sueño que el río es de plata
y la luz a veces trueca
en una irisación de oro.
Es un río tan sonoro

¡PROTESTO!

recinto de un largo pabellón,
esperando la vida que llegaba
a consolar sus brazos
que habían sostenido tantos muertos,
gritándoles: «¡Espera, no te vayas...!»
Y es que no sabía
si era el próximo el esposo
o el padre o el hermano.

Yo sé que eso es verdad
porque en mi herencia
hay un legado de perdidos años
en una extraviada ensoñación.

A veces, cuando estoy solo,
mi conciencia y yo
abrimos el paquete.
Escarbo, busco y rebusco.
Pero mis manos salen más vacías
a cada nuevo intento.

¡Protesto!, ¡protesto!,
señores de uniforme y guante blanco;
señores de alto mando;
brigadas Cóndor y Panzer;
pequeño general de las Canarias;
engalanado tuerto Astray;
motorizado italiano;
sarraceno de la guardia mora;
español traidor:
¡Protesto!

¡Protesto!, compañero miliciano;
mujer de la cola del pan
y las patatas;
muertos soñadores del frente de Madrid;
obrero del troquel y la ilusión;
campesino de la espiga y la esperanza,
pan duro y vino amargo;
estudiante del Cuartel de la Montaña;
dolor de la guerra y la postguerra;
ante todos vosotros,
culpables unos, o testigos:
¡Protesto, protesto y protesto!
por las edades perdidas.

...y por mi edad
que no he encontrado, ¡protesto!

Emilio J. Muñoz

al llegar la primavera,
deshechos los grandes hielos
del invierno. El agua pura,
cristalina,
se remansa en la ladera,
bajo el árbol florecido
que en las ondas se retrata.
Río plata.
Ya lo dije más arriba,
y en decir esa verdad
la misma verdad estriba.
Claridad,
un rastro de luz aurina.
Bien, señor,
quisiera ser labrador
de estas tierras no labradas,
porque son para el placer,
lejos del mundanal ruido,
que aquí vive una mujer,
maestra de hispanas letras,
gay-saber,
o el arte del viejo mundo.
creador de cosas bellas,
todas ellas
lumbre de sol y de estrellas.

Que era un día
casi del todo alumbrado,
manchas en la lejanía
como un celaje rosado.
Cerca hacia su vuelo
un ave de lindas plumas,
estaba azulino el cielo,
corría el agua entre espumas
Solo estoy;
ella a quien yo tanto amaba,
se fugó,
el tiempo lento pasaba,
creo yo,
y que así sea no importa,
que toda distancia es corta
sobre el ritmo del reló.
Río undoso ¿cuál te llamas?
nombre inglés,
de *thornapple* hecho el nombre,
vale decir manzanero
al fondo de tus orillas,
y en las ondas siempre brillas
día a día, mes a mes.
Sobre tus claras riberas
hice mis dulces quimeras
cuando aquí ¿quién sueña?, nadie,
aquí el loro en la moneda
luz irradie.
¿Por qué, maestra del arte,
profesora del saber,
quisiste así alejarte,
no volver?
Oh, tú, que aún amas el río.
oh, tú, que aún amas la flor,
sentías el cuerpo frío
en esta ola de calor.
Mas no volveré a ese llano
otra vez,
siento muy fría la mano,
es vejez.
Señorita, o miss, ¿no sueñas
con el alma prevenida?
¡soñar sobre lo que enseñas
y ser la luz encendida!
Pasa el tiempo, corre el río,
pasa la tarde estival,
pasó todo el sueño mio
entre un iris vespéral.
Era él un iris violeta,
rojo a veces más y más,
¿o fue engaño del poeta?;
sí, quizás.
Clavileño

Sol PASAMAR

ESCRIBE

Las nuevas promociones literarias rusas dan que pensar a las autoridades soviéticas. Tras la muerte de Stalin, evidentemente ha habido cambio. No se extermina en masa a la oposición, quizá porque ésta es hoy ya inexistente, y porque además no se permite manifestación organizada de oposición alguna. Además de las circunstancias actuales donde los ciudadanos logran nallar un « encasillamiento » más o menos satisfactorio, bajo el ojo vigilante del Partido se evita la formación de conciencia política dispar de la oficial.

Es indudable que si los nuevos líderes soviéticos querían mantenerse en el poder con un mínimo de garantía debían eliminar la corriente staliniana. Se tumbaron estatuas y borráronse las consignas que cimentaron al dictador. En su lugar se erigieron otras tendentes a consolidar la tambaleante posición de los nuevos jefes. Para borrar de las mentes soviéticas la influencia staliniana era necesaria una vuelta a las fuentes ideológicas. El fenómeno es sintomático en todos los movimientos que se desvirtúan y quieren evitar su total desaparición. Ahí tenemos la enseñanza de los movimientos religiosos. Cuando la Iglesia decae surgen sectas que defienden la vuelta a los Evangelios. En el caso que nos concierne, Lenin ocupa el lugar de Cristo.

La política staliniana no podía prolongarse. Bajo sus métodos nadie estaba seguro. Y quienes detentan el poder comprendieron que era más saludable para sus respectivas posiciones practicar una política menos rigurosa para consigo mismos. Ser un día ministro de la Industria y el otro encontrarse en un campo de concentración, no puede satisfacer a nadie.

Se dijo que se habían cometido crímenes y que ello no acontecería otra vez; que a las artes y a las letras se las había ahogado y que era necesario liberalizar la censura, etc. Sobre este particular, lerdo sería negar que nada se ha hecho. Hoy los ciudadanos soviéticos pueden, por ejemplo, leer alguna que otra obra de Camus, cosa que les era vedada

del aire y de las alturas
muere en mí,
pues todo es realismo árido,
vaciedad,
todas son vanas figuras,
vanas las buenas palabras,
vano lo que nunca ha sido
una pompa de jabón.
Condición
del andar muy distraído
y no poderlo entender.
Oh, el saber
que de cierto he ofendido
a la más casta mujer.
Río, río,
clara luz en mi dejaste,
y el beso impuro llevaste
luego que la dama vino
a romper mi soledad.
Protestó,
se agitó,
y yo le dije : profesora,
que fue un beso peregrino
y todo acaba en esta hora.

Jesús Prado Rodríguez

sobre literatura rusa

sólo hace unos meses. No hay, empero, que dejarse adormecer por una liberalización más sentimental que exacta.

Mucho se ha dicho, aunque no todo, del mal que el « Anticristo » Stalin perpetró, si bien ya se pone sordina a las denuncias de sus barbaridades. Nada se ha hecho de efectivo que permita creer en una total renovación de métodos soviéticos. Se espera una nueva legislación que garantice la libertad de expresión, que permita al pueblo participar — libre del ojo paternal o fiscal del Partido — a la gestión de sus intereses; en una palabra, que establezca mayor libertad. Si el secretario general no empuña el Poder de forma absoluta será el Partido quien quede con el derecho de dictaminar. En un tiempo se creyó que Nikita liberalizaría el sistema y hoy, después de sus últimas declaraciones a los intelectuales, vemos que se ha operado un cambio de orientación. Ignoramos los motivos y no sabemos si Kruschchev es o no sincero, lo cual poco importa.

Lo que interesa saber es que tras este mínimo de libertad otorgada por razones de lucha intestina, una pléyade de escritores, poetas, artistas, se han manifestado, de tal forma, que los dirigentes se ven en la obligación de poner coto a este avance del espíritu crítico, como si temieran por el privilegio del Partido. Cuando decimos que la liberalización ha sido más sentimental que real nos referimos a la destalinización y a que ésta ha servido para consolidar la nueva política del partido, no para establecer bases institucionales que posibiliten ese liberalismo que se pregona para contrariar al stalinismo. Así vemos que la publicación de « Un día de Ivan Denissovitch » en la revista literaria de mayor prestigio de la Unión Soviética « Novy Mir », coincide con una reunión de los partidos comunistas hermanos en el momento álgido de la polémica chino-soviética.

La obra de Alejandro Soljenitsyne, el citado « Un día de Ivan Denissovitch », se desarrolla en un campo de concentración ruso en los días de Stalin. La publicación de esta obra fue una bomba. Por primera vez los rusos pueden leer un relato de cariz crítico debido a la pluma de un ciudadano soviético. Pocos son los rusos que no han sufrido en los campos de concentración, mas hasta ahora nada sobre el particular se había publicado.

Las duras invectivas pronunciadas días pasados por el primer soviético contra los que no seguían la línea del Partido y en las que dirigía una llamada a las ovejas que se alejaban del redil, no pueden por menos que poner de manifiesto un malestar entre el Partido y los intelectuales. Hombres de prestigio universal tales como Ehreburg se vieron llamados al orden, así como poetas y escritores noveles.

De éstos más que de las declaraciones del Partido, nos ocuparemos seguidamente porque representan una fuerza prometedora; presagian un futuro fecundo en obras de valor, por lo que cabe esperar un mayor anhelo de libertad.

Hoy, como dijimos, no se deporta a quienes no siguen la línea del Partido, pero se practica la autocritica pública.

El jueves 28 de marzo finalizó la reunión del comité director de los escritores soviéticos y en dicha reunión — en la que se notó el silencio de los autores de gran relieve — los stalinianos exigieron explicaciones y excusas a los jóvenes poetas que últimamente se destacaron por sus críticas antistalinianas. Evtouchenko, el que se presentó al público occidental como portaestandarte de la nueva generación literaria, en espíritu libre, sin temor a contradecir aspectos de la política staliniana ni a reivindicar incluso varias interpretaciones para el arte socialista; él, que llegó a decir que en la Unión Soviética no necesita permiso de nadie para decir lo que pensaba, pues Evtouchenko, en algunos aspectos simpática figura de la poesía que para algunos representaba un aliento de libertad y de espíritu crítico, se vio obligado a confesar que, efectivamente, había cometido ligerezas en sus declaraciones y que todavía le quedaba mucho que aprender. Esquivó el bulto diciendo que la prensa occidental había mutilado su pensamiento.

Los ataques dirigidos contra Evtouchenko y Andrei Voznessensky, así como al un día aclamado y elogiado Alejandro Soljenitsyne por su « Un día de Iván Denissovitch », son ejemplo del temor que reina en el equipo dirigente. Saben que de una literatura libre se pasa a una crítica de los valores, y de ahí al derrumbe de otros ídolos...

Pero se reconocen las dotes de gran escritor de Alejandro Soljenitsyne. Su « Un día de Iván Denissovitch » es una obra maestra. Soljenitsyne, profesor de matemáticas, pasó diez años en los campos de concentración soviéticos. El protagonista es un campesino simplete al que los años de deportación le han agudizado la facultad de observación. Imagina romper las redes de la disciplina para poder sobrevivir. Los demás personajes son casi de la misma condición. Se lucha por un pedazo de pan y una colilla, por un poco de sopa y una espina, que se aprende a bien masticar; ello alimenta. Un relato a ras de tierra y no por ello menos humano. Los pequeños detalles son los más significativos. Al tomar la bandeja con los platos de sopa el recluso observa cual de ellos tiene el caldo más espeso y tendrá sumo cuidado en colocar la bandeja de forma que la porción más crecida sea para él. Es un relato exento de aquellos idealistas que nos legara Dostoiewski en su « Casa de los muertos » o en « Crimen y castigo ». Los presos de Fedor guardan cierta esperanza, creen en un futuro mejor, están presos porque han luchado contra algo injusto y tienen fe en sus ideas. En Soljenitsyne los reclusos no saben por qué lo están, no llegan a comprender las razones. Son gentes que en nada creen y del futuro nada esperan. Salvar el pellejo es lo único que cuenta; comer un mendrugo de pan y pasar un día sin ser apaleados o sin ir al calabozo. Ni siquiera el autor hace una crítica del sistema. Se limita a contar lo que ocurría en el campo. Tenemos conocimiento de que el relato acontece en un país socialista por las referencias iniciales, alegóricas, mas llenas de crudeza. Hablando de una ciudadela en vías de construcción dice :

« Esta Ciudadela de la Vida Socialista (así se llama el lugar) es un espacio desnudo donde uno se hunde en la nieve, y antes de hacer lo que sea, hay que cavar agujeros, plantar piquetes y tender alambradas contra uno mismo, para que no intentemos nuir. Después, se construirá. »

Puesto que la línea del Partido es antiestaliniana, la obra de Soljenitsyne fue recibida con plácemes por unos y con los dientes prietos por otros. Hace unos meses, el modesto profesor de matemáticas era un desconocido y hoy cuenta como uno de los valores de la literatura rusa. Y digo rusa para marcar bien la diferencia con lo soviético. La literatura partidista resulta bochornosa. La crítica que a Soljenitsyne se le dirige no va precisamente por su « Un día de Iván », sino por otro magnífico relato, lleno de savia rusa y que hará época en la novelística eslava. Me refiero a « La casa de Matriona ».

Matriona es una anciana campesina que vive en una pobreza atroz. Sin recursos, llena de dolores, casi abandonada; una de esas campesinas dotadas de sabiduría, algo supersticiosa, llena de sentido común y de bondad, dulce y sumisa, con una dosis de fatalismo que le permite mejor soportar los sinsabores de la vida, y un hundirse en las labores del campo para olvidar las injusticias humanas. Matriona es creyente sin caer en el fanatismo.

El autor describe en este libro la pobreza del campo, cómo unos campesinos del kolkhoz se sirven del tractor para uso propio; su brutalidad, su gusto por el vodka, la avaricia aldeana, todo ello descrito magistralmente. A no ser por algunas instituciones relacionadas con el régimen comunista, este relato podría igualmente situarse en la Rusia pre-soviética. Precisamente ha sido la elección de este paisaje el que ha motivado duras críticas contra Alejandro Soljenitsyne. No comprenden los dirigentes del Partido que un escritor con las dotes de Soljenitsyne se entretenga en relatar la pobreza del campesino ruso. Se recomienda al autor que visite las realizaciones de la agricultura soviética y escriba sobre el particular. No quisiéramos pasar por antibolcheviques por sistema; pero hay que decir que ni los propios asalariados de la prensa franquista han osado atacar así a quienes han relatado la miseria del campo español.

Sol Pasamar





Verdades flamencas en la Sorbona

por Clemente LEPIDIS

EN el marco de sus jornadas hispánicas, la Universidad de París acaba de terminar dos conferencias sobre el arte flamenco. Estas conferencias fueron ilustradas por ejemplos vivos de canto y danza. Siguió a estas conferencias una velada que tuvo gran éxito y que, como vamos a verlo, será uno de los momentos más importantes de la actividad flamenca en París. En efecto, París posee una actividad flamenca situada al margen de las veladas folklóricas de las tabernas y de los « cabarets ». Esta actividad se concentra en torno de la bailarina Carmen Joselito, la que, viviendo en la capital desde 1937, no deja de preocuparse cada día más por defender y mantener la tradición flamenca fuera de España.

En cuanto a mí soy de los que consideran que esta tradición está en peligro de muerte. Como insistió más particularmente Pedro Soler durante la segunda conferencia, « La verdad flamenca », que pasó del marco estricto de la familia al café cantante, al tablado, hoy día al « music-hall », se adultera cada día más. Ciertos estilos alcanzan — quizá gracias a la escena — su forma definitiva y perfecta de expresión (soleá, seguiriya, petenera, alegrías, etc.), mientras que otros quedan olvidados (debla, tona grande, martinete), para hablar sólo de éstos. Por cierto, el marco de aquellas dos conferencias fue demasiado estrecho para estudiar a fondo el conjunto de los problemas de aquel « arte glorioso », que es el flamenco, tal como interesa a sus aficionados y particularmente a los universitarios del Instituto Hispánico. Los verdaderos orígenes de algunos cantes permanecen bastante imprecisos; musicólogos y folkloristas no han acabado de comentarlos, ni mucho menos.

Para encontrar de nuevo la luz, parte de la luz mejor dicho, se necesitaría tomar otra vez el camino que siguió — desde su origen — aquel arte difícil que es término y resultado maravilloso de simbiosis múltiples. Todo lo que de oriental tiene nuestro Mar Mediterráneo, lo debe a Asia, y particularmente a los judíos. En la época de las grandes migraciones, el movimiento es siempre irreversible: del Este hacia el Oeste. Los pueblos siguen el camino que les conducirá siempre hacia el sol — este es un movimiento al revés de la rotación de la tierra —. Este es un hecho reconocido desde que el hombre apareció sobre nuestro planeta. Europa constituía, pues, un refugio natural para ciertos pueblos asiáticos en busca de aventuras, y sobre todo de víveres. Ningún país más que España fue sensible a otras influencias exteriores, ni más « sensibilizada » por ellas. ¿Por qué? La causa es sencilla; España constituye la extremidad de Europa, geográficamente; se destinaba, pues, a ser el punto de llegada de todas aquellas influencias y también, por dos consecuencias, el crisol mágico de una raza, de un comportamiento humano único, de un arte único. Aprovechó todo cuanto los nómadas, aventureros, viajeros, mercaderes y conquistadores habían recogido ellos mismos en su camino. El misterio de la raza andaluza, que nunca fue determinada completamente,

y que deja perplejo a más de un antropólogo, no se halla en otra cosa. La raza andaluza, por cierto, es ahora una raza específicamente española, pero está « instalada » por completo, mientras que la raza americana, por ejemplo, va determinándose poco a poco. Las características definitivas de una raza se cumplen en función de criterios muy distintos, como el clima, la alimentación, el arraigamiento a la tierra. Una de las verdades flamencas refleja esta expresión definitiva, adquirida durante siglos y siglos de vida, de dolor, de trabajo. Es también, y necesariamente, el carácter y la manifestación viva de múltiples dualidades, cuyos intérpretes son presas de ellas.



Los gitanos, que se asentaron definitivamente en España entre los siglos XIV y XV, encontraron en ella lo que bizantinos y árabes habían llevado ya, y que constituía el preludio de cierta verdad flamenca en gestación. No tuvieron más que recogerla para hacerse así sus intérpretes familiares. Muchos de ellos salidos de las Indias se establecieron en Turquía, en Grecia, en Hungría, en Bulgaria, en Rusia, en Egipto, etc. Estos necesitaron menos tiempo para establecerse en estos países que los gitanos para llegar a España; las influencias de que estaban impregnados eran fatalmente menos numerosas. No hubieron de soportar esta influencia árabe que los gitanos llevaron también consigo, es decir, la que se añadió a la de la conquista.

Todo esto, desde luego, no es sino un esquema grosero de este camino de la verdad flamenca que obsesiona al alma de algunos folkloristas que se quedan en el estadio de las suposiciones, de los tanteos, es que se encuentran delante de un muro cuando tratan de explicarlo todo en el cerco único y estrecho de la Península. Ciertamente es que algunas influencias — árabes y bizantinas — se aceptan por lo

flagrantes que son. Las invasiones están aquí para determinarlas. Existe una controversia entre algunos folkloristas a propósito del origen de la petenera y los primeros, atribuyéndole una influencia judía segura, los otros negándosela. Las estadísticas no existían bajo el reino de Carlos Quinto pero la influencia judía en España, y más particularmente en Cataluña y en el Levante, en Sevilla y Huelva, era preponderante. Los emigrados que fueron desterrados por Carlos Quinto llevaron consigo relieves de esta petenera grande que se encuentra en ciertos cantes fúnebres judíos.

**

¿Cómo se encuentra ahora el arte flamenco? Opino que se puede decir que, por ejemplo, en el terreno estrictamente musical, alcanzó — con la guitarra, que es su vehículo mágico e ideal — una perfección máxima en la expresión; todos los extraordinarios recursos del arte musical clásicos fueron altamente aprovechados por el genial Montoya que, a pesar de muerto, se considera aún como el maestro indiscutible de la gran verdad flamenca, a la que cada uno acude para extraer inspiración melancólica. En cuanto al canto, queda hoy día en manos de algunos cantores que se pueden enumerar con los dedos, y aun no se llegará al cabo de las dos manos. Eso es lo cierto. Un número tan pequeño de cantores que se pregunta uno con angustia qué es lo que quedaría de este « glorioso privilegio » que es el arte flamenco para España, cuando todos ellos hayan muerto. ¿Y el baile? Beneficia éste ante las muchedumbres de cierta facilidad aportada por su aspecto visual, facilidad que muchas veces quita al espectador la gana de acceder más allá del baile mismo, es decir, de ahondar en su verdad esotérica. Creo que lo esotérico del baile es más difícil de captar que lo esotérico de la música o del canto, y es por esa razón que la danza se adulteró primero, al ser expresada las más de las veces, por chicas más ganosas de hacer admirar sus formas que de comunicar el mensaje secreto y erótico del baile flamenco, mensaje que puede resumirse en una palabra: *mesura*.

La boga creciente del flamenco en el consenso de las muchedumbres fuerza a todos los que lo tienen en sus manos (organizadores de espectáculos, amos de tabernas, de cuevas, y hasta de restaurantes), a dar más espectáculos para satisfacer el apetito de una clientela ávida de cosas exóticas. Se necesita el coraje de artistas conscientes del peligro, que se nieguen a prestarse a ningún compromiso. Y, hay que decirlo, resueltos a vender caramente su vida para que sea posible conservar la pureza de una verdad flamenca que ninguno de sus verdaderos aficionados quiere ver morir. No es posible retroceder el curso de la Historia, en una palabra, volver atrás. Es a ellos, solamente a ellos que corresponde el defender, áspera y ardentemente, esta verdad. Algunos de ellos, testigos de su edad de oro, se hicieron oír bajo las bóvedas aus-

Verdades flamencas en la Sorbona

teras de la Sorbona, y es de ellos que ahora quisiera referirme.

El anfiteatro Richelieu de la Sorbona, tanto por su disposición como por sus dimensiones, convenía perfectamente a la representación de un cuadro flamenco. En efecto, el estrado no es más que el prolongamiento del anfiteatro que así se convierte en « tablado ». La disposición en medio círculo cierra así más a los intérpretes y a los espectadores. Sin ninguna barrera escénica, el contacto es íntimo e inmediato. Me parece que es ésta la fórmula ideal para la presentación al público de un cuadro flamenco. Sus participantes, tranquilos, abiertos y a sus anchas, se libran enteramente al público, sin este aspecto estricto y hiératico a que nos acostumbra en París la zambra. En la Sorbona, la botella de vino circuló entre cantaores y bailaores. Bebieron para ponerse bien; que se permita el decir que nada se había preparado con anticipación; se hubiera creído uno vuelto a la época heroica. Época en que hasta las bailaoras no desdénaban aparecer en público, el vaso de vino en la mano. La época actual, a pesar de ciertos signos artificiales de libre desprendimiento, se engríe y se sofisticada. Es por lo que no puedo inhibirme de felicitar a los participantes de este cuadro flamenco por su extrema simplicidad.

Como decía más arriba, motivadas por la multiplicidad de las influencias que se mezclaron y se entrecruzaron (influencias a veces contrarias) y que son las causas profundas del delirio y de la pasión flamenco que se llama « duende », existen, pues, varias verdades flamencas. Es por eso que no me encuentro de ninguna manera embarazado para hablar de dos cantaores tan diferentes por el temperamento como lo son Jacinto Almadén y Pepe de la Motara. Este cantaba la seguiriya por el uno o por el otro, el uno como el otro aportan una dimensión personal que no es en nada incompatible con el carácter esotérico del canto. ¿Es que la interpretación puede ser única? A veces, sí, cuando es el resultado de una creación.

Tres de los nombres más gloriosos del arte flamenco animaron el cuadro de la Sorbona acompañados por el tocaor Pedro Soler : Carmen Joselito, José Núñez de la Matrora y Jacinto Almadén. El tocaor Fenoy, las bailaoras Isabel Soler y María Peralta; los bailaores Heredia y León de Lara completaron la representación. Hablaremos luego de tres artistas excepcionales.

Clemente Lepidis

● Concluirá en el próximo número ●



UN ESCRITOR DE TEMPLE :

ESCRITOR y novelista español nacido en Madrid en 1886. En 1903 publicó «Cuestión de ambiente» con un prólogo de doña Emilia Pardo Bazán. Dotado de sólida cultura, de imaginación vivaz y de estilo brillante y sencillo, escribió docenas de obras literarias entre las que sobresalen: «Frivolidad», «A flor de piel», «Oro, seda y sangre»; «La vejez de Heliogábalo», habiendo hecho también incursiones teatrales en «Una cosa es el amor» y «Un alto en la vida encantada».

El notable crítico Eduardo Gómez de Baquero dijo hablando de este literato:

«Dentro del plano estético, las novelas del señor Hoyos y Vinent ofrecen riqueza de invención, sagaz empleo de los recursos de interés y un atildamiento de estilo que se contiene en este límite en que el preciosismo no es afectado ni ha perdido su soltura. Sobre todo son muy sugestivas, invitan al lector a la contradicción y otras veces a meditar por cuenta propia.»

Luego fue atraído por las luchas sociales de la C.N.T., siendo un ferviente defensor del sindicalismo libertario. Durante la contienda contra el nazifascismo internacional que se libró en el suelo español, fue un brillante colaborador de «Solidaridad Obrera» de Barcelona, donde dejó una marcada huella de su talento aplicado a la defensa de la causa popular.

Al triunfar las hordas de moros, italianos y falangistas fue una de sus primeras víctimas. Es otro de los crímenes sin nombre cometidos por el franquismo, puesto que al Marqués de Vinent no se le podía atribuir más que su simpatía por las luchas sociales de su tiempo y la publicación de ensayos y artículos en defensa de sus ideas y concepciones.

En recuerdo a su inmerecido e infame asesinato y para vergüenza y baldón de sus esbirros y verdugos, reproducimos, con la emoción que merece su recuerdo, una de sus últimas publicaciones :

José Viadiu

LA SOMBRA DE LA ÚLTIMA REINA DE CASTILLA EN EL DRAMA DE LOS COMUNEROS

Como en una tragedia shakespeariana, vemos vagar por aquel mapa de España, de la extraña, recia y concentrada España del siglo XV, esmaltada de ciudades —fortalezas, raros burgos de heroísmo, livianidad y santidad— Segovia, Medina del Campo, Tordesillas, Arévalo, Madrigal de las Altas Torres, Turégano, Pancorbo, Olmedo—, una sombra dramática, ridícula y patética, escalofriante, bufonesca y sagrada, una sombra que envuelta en imaginarios harapos, esquelética, desgredada, camina a saltos, renqueando, cayendo y levantándose.

Y esta sombra atrabilaria y espeluznante es, sin embargo, necesaria a la comprensión de la fábula como la sombra de su padre que se aparece a Hamlet, o la patética taumaturgia de Lady Macbeth.

En la guerra de las Comunidades, esa guerra que siempre precedió o simultaneó con una revolución, cesando sólo con el triunfo o la derrota de la misma, es la figura de doña Juana, la reina loca de amor, densa de orgullo, una figura necesaria.

Ella acogió jubilosa en sus brazos a los comuneros, sus comuneros, porque venían a libertarla del yugo extranjero que la inmovilizaba quitándole todo, todo, desde su reino de Castilla a su esposo amado, y... ¡hasta su pobre razón!

¡La última reina de Castilla!... Porque, queriéndolo o no los devotos de la idea monárquica, ella fue la última reina de Castilla. Tal vez hubo después alguna inteligente, de puño viril para conducir el timón, pero todas, todas fueron o extranjeras incapaces de sentir el alma de España, o fanáticas mediatizadas por una Iglesia absorbente y devoradora.

El tiempo de las reinas magníficas y fuertes, de aquella doña Urraca que supo tenérselas con don Alfonso el Batallador, en defensa de su reino; de aquella doña María de Molina, la mujer de varonil intelecto y nervio de acero, el ciclo que cerrara en perfección con doña Isabel de Castilla, la Católica, acababa, clausurándose para siempre, en doña Juana, la que, ciega de celos, paseó a través de los áridos y desolados yermos siguiendo al cadáver del amado.

Y con esto toco algo que no tiene sino vaga relación con el sujeto de este artículo y que, sin embargo, encierra su médula o clave.

Con Isabel de Castilla, la evolución social llegaba a una plenitud. Municipios, sindicatos, gremios, comunidades, confederaciones, términos comarcales adquirían su pleno valor.

El reino de las Españas era de hecho y de derecho federal. Castilla, León, Aragón, Murcia, Granada, el Condado de Barcelona, el Principado de Asturias, las Indias orientales y occidentales del océano formaban un conglomerado armónico, conservado su idiosincrasia y modalidades dispuestas siempre a fundirse en uno solo para la defensa de los intereses de cualquiera de ellos.

Las ciudades tenían también destacada personalidad, leyes y ordenanzas especiales; las regiones, fueros, privilegios, especiales tributos y ordenanzas.

El pueblo, a través de sus organizaciones, influía en la marcha de la vida pública mucho más que influyera luego a través del constitucionalismo.

Ya dije que España entera, pero mucho más sus reinos de Castilla y de León, era topográfica, social y moralmente, como esos mapas del tiempo de los Borjas y los Médicis, labrados en jade, ónice, malquita y alabastro, que se guardan en los museos del Vaticano.

Había ciudades que se alzaban en una afirmación de fe y de hidalguía como Segovia, hendiendo el horizonte a manera de nave ideal, en que la proa fuera el Alcázar y el mástil la Catedral, respaldada por los verdes bosques de Balsaín y Riofrío y las escarpadas rocas de las próximas cordilleras; las había santas y heroicas como Avila, encerrada en el pétreo cerco de sus murallas, escuchando gemir al Adaja; como Toledo, regia y teológica, urbe de los Concilios, y las había que eran centros de cultura únicos en el mundo, como Salamanca y Alcalá de Henares. Tampoco faltaban sedes de lujo y boato como Valladolid; intensamente comerciales como Medina del Campo, de que salió la primera letra de cambio; en fin, fueros

Antonio de Hoyos Vinent

y privilegios como los que caracterizaron a Aragón.

No faltaba una vida de riqueza y esplendor, y ahí está don Alvaro de Luna con el lujo no igualado de su castillo... Por no faltar, no falta ni el dandinismo de algún doncel rival en sus refinamientos, con sus tabardas de labrado terciopelo, sus perfumes y sus joyas de diamantes, de los próceres italianos, como el Caballero de Olmedo, el cantado por Lope de Vega:

«La gloria de Medina,
la flor de Olmedo.»

Con Isabel, pues, se había llegado al orto. No sé si luego... Guarda un monasterio de Avila, en un sepulcro de alabastro finamente esculpido, las cenizas del príncipe don Juan, el único hijo varón de los Reyes Católicos. Es una incógnita de la Historia, si él hubiese vivido sin heredar la tara de su abuela materna, la Barcelos, no sé si hubiese llegado la guerra de las Comunidades ni si hubiese precisado la revolución para la afirmación española.

Es de presumir que España, prosiguiendo su evolución, habría llegado a ser, sin violencia, un prototipo de Estado moderno, mejor, más recio y claro que la Suecia moderna.

Murió el Príncipe, y tras la era de rebeldías y represalias, después de dolores sin cuento, acabaron los españoles por ir a buscar en las viejas ideas informadoras, la paz y bienestar que se disfrutó antaño.

La guerra que inauguró el reinado del César tuvo mucho de guerra de independencia. En realidad esa fue característica de todas las guerras sostenidas en España: la cartaginesa, la romana, la árabe, la francesa.

Pero en honor de la verdad, hay que decir que tuvo el carácter de guerra social que rechazaba las intromisiones.

Era Espara no sólo federal, sino que, por encima del federalismo, en una fórmula u otra, tenía una fuerte y arraigada organización sindical.

Célebres fueron las Comunidades de Castilla y Aragón, con poblaciones confederadas que reconocían por cabeza a una ciudad: Tres eran estas ciudades-sedes en el reino de Aragón: Daroca, Calatayud, Teruel; en posesión todas tres de fueros, rentas y vasallos. Sólo Teruel regía en 1429 a ochenta y nueve poblaciones.

Comenzaron las Comunidades siendo el común de una ciudad o villa realenga de los antiguos reinos de España, representada por un Concejo. Pero en Castilla, especialmente las Comunidades fueron hermandades de carácter político, conjunto de poblaciones agrupadas para la defensa de sus privilegios.

La idea de las Comunidades es tan vieja, tan vieja que ya las hubo en tiempos de la minoridad de Alfonso XI; en los de Juan II; las hubo en Toledo, Medina del Campo, León, Salamanca, Segovia, Cuenca...

Claro está que la idea social adaptábase a las condiciones de los tiempos, costumbres y caracteres de la raza.

Puede que más moderna, con menos carácter y menos espíritu, pero con más dictatorial violencia, se me aparecen las

Germanías valencianas. Recordarán éstas algunos movimientos habidos después de la Gran Guerra; pero eso ya exige un artículo aparte, que puede haga algún día.

La guerra de las comunidades tuvo un doble carácter social y de independencia, ninguno de los dos definibles con las fórmulas modernísimas.

El imperialismo era cosa forastera, ajena al sentir y al pensar español. Aquí había, sí, una monarquía, severa y enérgica cuando el detentador tenía talento y energía, pero siempre, siempre, con algo de familiar, cordial, comprensivo y respetuoso por parte de todos: los dirigentes y los dirigidos.

Por eso la Reina Católica habló invariablemente de su ciudad de Segovia, y el pueblo segoviano de su reina. Por eso ella, ante el motín, ya en el Alcázar, no toleró se resistiese al pueblo por la fuerza y ordenó abrir las puertas de par en par. Ya obedecida, rodeada de él, apaciguado por su sola presencia, le interrogó informándose de sus querellas.

Carlos V, su majestad imperial, como quería lo llamaran, en vez de alteza como se llamaron siempre en Castilla sus antecesores, era flamenco (ni español ni alemán), un cosmopolita, como se diría en lenguaje social, un internacional en lenguaje político; esto último exacto, pues las ideas del imperio era internacionalista frente a la nacional del reino de Fernando e Isabel.

Nunca perdió el César tal característica a través de su vida iluminada de gloria: ni en Alemania, ni en Italia, ni en Flandes.

Su primer viaje fue ya el anuncio de lo que sería su reinado entero; un viaje que, para las gentes de aquí, adustas, graves, austeras y silenciosas, era algo como la mítica excursión de Baco a la conquista de la India.

Tenía, sí, el precedente de su padre, aquel Felipe el Hermoso, de infausto recuerdo; pero aquel viaje fue breve y la huella nula.

Desde Flandes, donde se hallaba al morir su abuelo Fernando de Aragón, comenzó ya sus andanzas con la pretensión de hacerse proclamar rey de Castilla, en vida de su madre la reina loca, y aunque el cardenal Cisneros, el gobernante admirable, le hiciera ver los riesgos de impopularidad de tal paso, insistió. Al fin, la autoridad, la energía y el tacto del viejo consejero de su abuela lograron que se realizara la jura, aunque exigiendo las ciudades que a su vez viniese él a jurar sus fueros y privilegios.

Pasó un año; había confirmado a Cisneros en su cargo de regente con afectuosas y rendidas razones, aunque ofendiéndole gravemente al incorporar a su gobierno al cardenal Adriano de Utrecht, antiguo preceptor suyo, hombre de singular talento que estaba destinado a llegar a Papa, pero... extranjero.

Por fin, tras no pocos ruegos y no escasas adulaciones, emprendió el viaje y, aunque sea un contrasentido, con él dio el primer paso hacia la guerra cercenadora de libertades y franquicias españolas.

Venían con el Emperador, Chevres, Sauvage, Guillermo de Croy y multitud de nobles flamencos ambiciosos, codiciosos, rapaces, egoístas, rasgo de desconocimiento, incompreensión o desdén hacia el carácter español que, claro, cayó mal en el recio espíritu de los naturales de los reinos que venía a regir, chocando no sólo contra sus costumbres, sino contra sus ideas básicas.

Además, había una cuestión harto prosaica: la económica o financiera. Desde su llegada el nuevo rey no cesó de pedir a sus reinos, mientras colmaba de dádivas a los recién llegados. Creó Arzobispo de Toledo a un sobrino de Chevres, a Sauvage canceller de Castilla, y al de Croy duque de Soria y almirante de Nápoles, mientras hacia dar el Capelo cardenalicio a Adriano de Utrecht.

Pero a través de estas nimiedades sustos protocolarias, se llegaba a la médula de los problemas. Existía un oscuro afán de anulación para la personalidad española, un ansia inmoderada de rapaña que se fue agravando en el transcurso del tiempo: los doblones de a dos, la mejor moneda existente en el mundo por aquel entonces, algo así como la libra esterlina oro, emigraba.

Claro está que honores es muy fácil concederlos y aún ostentarlos; menos fácil dictar leyes y que sean obedecidas; pero lo que es difícilísimo, y aún raya en ocasiones en lo imposible, es pedir con derecho y obtener subsidios, que era lo que Carlos anhelaba.

Primera dificultad: Castilla. Reunidas las Cortes en Valladolid, estalló el disgusto por la presidencia de un extranjero, Sauvage, aunque iba en compañía del obispo de Badajoz.

Las Cortes no eran, por aquel entonces, una comedia ensayada de antemano entre bastidores, como sucede con las modernas, sino representación auténtica de la opinión de los diversos sectores sociales. Así, el procurador Zumel ofreció que jurarían las ciudades a Su Alteza, siempre que él, primero, jurase respetar los privilegios de las más importantes, y acto continuo formuló varios deseos, como que Carlos gobernase con su madre, sola ella en caso de recobrar la razón; que alejase a los extranjeros, revocando los empleos que les hubiese concedido, nombrando para ello a naturales del país, y que... ¡hablase español!

Porque, inútil es desconocerlo, todo el movimiento que se desencadenó en la península, durante el reinado del nieto de los Reyes Católicos fue nacional, nacionalista (claro que aquel nacionalismo nada tenía que vez con lo que por tal se entiende ahora por esos mundos). Por fin, el rey consiguió largarse a Aragón, sin dejar, eso sí, claro es, nada resuelto.

Ocho meses perdió allí en inútiles forcejeos, teniendo por fin que concluir, para ser reconocido él, que reconocer todas las libertades, leyes, fueros y usos de Aragón.

De allí fuese a Cataluña, donde halló ruda oposición que logró vencer. Parecía en fin, que iba a conseguir reinar en paz cuando, hallándose en Montserrat, recibió la noticia de que, gracias a la abne-

MODERNIDAD POLITICA

La sola enunciación del tema parece un contrasentido. Pues se ha dicho, con autoridad doctoral, que la Edad Media no fue precisamente una época que se caracterizase por sus inquietudes políticas, sino por sus preocupaciones religiosas. Se la ha llamado «la edad de la fe». Se diría que en ese momento de la historia el demonio del poder —la voluntad de potencia— no tiene cabida en el corazón humano. El sentimiento y el pensamiento religioso dominan el escenario europeo tras la caída del imperio romano, que fue una admirable construcción política. Pero de aquí a negar en absoluto que la Edad Media tuviese problemas políticos absorbentes hay una gran distancia. Por de pronto, las luchas entre las Iglesias y los monarcas, entre la autoridad espiritual y la autoridad civil laica, son conflictos políticos, aunque hay que llegar al Renacimiento, con Maquiavelo, para que estas inquietudes por la primacía entre los poderes contrastantes adquirieran un sentido de especulación teórica, de análisis casi doctrinario; empresa intelectual que inaugura con sus escritos el secretario florentino. La fragmentación del Imperio Romano destruye la unidad mundial —de aquel vasto mundo relativo que ahora nos parece tan pequeño— y deja un gran vacío. Lo que el poder político había perdido como fuerza aglutinante, el poder espiritual quiso defender y restaurar en otro plano y, lógicamente, por otros medios: la unidad por la fe en nombre de Cristo. Pero esta necesidad histórica, que era también un ideal, resultaba prácticamente una empresa política. Tan política que los emperadores y los reyes aspirantes a la dignidad imperial compiten con los Papas en el mismo empeño. Pero no se limita a esta crónica de apetencias papales y monárquicas la historia política de la Edad Media, pues hay que completar el cuadro con los episodios no menos destacables conocidos genéricamente como «la rebelión de las comunas», movimiento de independencia que no obstante tal carácter cultivaban entre sí una relación federativa que implicaba, a su manera, un reconocimiento del espíritu universalista de comunión cristiana. Pues «el hombre medieval se

sentía integrante de la misma cultura homogénea y como miembro de una gran generalidad que se extendía por sobre todos los países, y en cuyo seno todos los pueblos hallaban su puesto. Era la comunidad de la cristiandad, que reagrupó todas las fuerzas dispersas del mundo cristiano y las unificó espiritualmente». Y es así porque «el hombre del período federalista poseía, sin duda, un sentimiento de patria fuertemente marcado, pues estaba en mucho mayor medida que el hombre de hoy, ligado al terruño. Pero por muy íntimamente fusionado que se sintiera a la vida local de su lugar o de su ciudad, nunca hubo entre él y los ciudadanos de otras comunas aquellas rigidas, insuperables escisiones que se manifestaron al aparecer el Estado nacional en Europa» (1).

Y así se da la paradoja que mientras la fragmentación del imperio da origen a la constitución rudimentaria de las nacionalidades y a la dispersión del poder otrora unitario y centralizado; mientras aparecen las naciones, las regiones, los señoríos, las ciudades libres, por otra parte la apetencia de unidad mundial con sus precarias veleidades imperiales de largo alcance, siguen subsistiendo y se canalizan por diversos caminos, con sus Césares potenciales que aparecen ora en un sector de Europa, ora en otro. Pero mientras los aspirantes a César con sus infaltables buenos y malos consejeros cultivan el arte de la guerra y la diplomacia insidiosa, crean sutiles alianzas que se deshacen según soplan los vientos de la fortuna o del infortunio, mezclando en tales empresas de conquistas y afanes de poder las luchas palaciegas con gran trabajo del verdugo los conflictos religiosos con no menos tarea de los inquisidores, los humanistas mantienen el fuego abstracto del pensamiento unitario con un espíritu de camaradería supranacional que, a la distancia de siglos, sigue siendo un espectáculo conmovedor. El latín era el instrumento de comunicación que les servía para superar las fronteras regionales y los idiomas particulares nacientes. Y eran las universidades los recintos acogedores donde el ideal unitario se cultivaba como un hecho cierto y como una esperanza viva en los dominios de la cultura. Dice Huizinga, en su biografía de Erasmo, que «éste y sus seguidores desarrollaron intensamente el carácter internacional de la civilización que había perdurado durante la Edad Media merced a la Iglesia y el latín». Mientras la política dividía y enfrentaba a Papas y a monarcas, a señores feudales y a promotores de cultos cismáticos, la cultura luchaba por unir, por fraternizar, por superar las contiendas religiosas y políticas, por evitar los «tumultus», como decía Erasmo. Esta empresa de concordia espiritual estuvo a cargo de los humanistas, y siendo tan abstracta en sus formas de expresión, fue muy peligrosa en sus concretas consecuencias para muchos de sus devotos hombres cultos, literatos los más, científicos no pocos y teólogos algunos. Entre las víctimas de tal devoción recordemos a Tomás Moro. Llega un momento en que

la mentalidad humanista debe luchar sobre dos frentes: el político interno, donde el sentido cosmopolita o universalista de la civilidad es acosado por el espíritu nacionalista del Estado moderno en ciernes; y el frente no menos político, pero teñido de religiosidad por los cultos cismáticos que luchan por destruir la unidad de la Iglesia disputando a Roma su autoridad directriz unitaria. Los cismas de Lutero y de Calvino tienen implicaciones políticas nacionalistas porque no sólo destruyen la unidad religiosa supranacional, sino porque estorban toda posible unidad europea alimentando en los príncipes adictos sus pujos autonómicos antes de que el concepto de soberanía apareciese registrado en el léxico político. Característico de esta situación compleja es el episodio trágico de Inglaterra durante la cancillería de Tomás Moro, quien fue la víctima inmolada sobre el altar de la naciente deidad nacional que no aceptaba, ni aceptaba todavía, los llamados casos de conciencia. Los casos de conciencia —resistencia expresa o tácita a los arbitrios del poder— costaron a Inglaterra dos reinas, dos cardenales, ciento cuarenta y tres arzobispos, dieciocho obispos, trece abades, quinientos setenta y cinco hidalgos, ciento veinticuatro burgueses, ciento diez mujeres, «decapitados con espada o hacha, o ahorcados y descuartizados, según correspondiera a su categoría social, a causa de sus respectivas conciencias. Entre ellos no faltaron los humanistas, ni el más ilustre: Tomás Moro» (2). Enrique VIII necesitaba para sus fines personales la benevolente tolerancia de Roma, que se resistía a complacerles por razones de principio. El canciller del rey se empeñaba en ser fiel a su monarca, pero también fiel a su conciencia de católico y a su espíritu de humanista y amante de la concordia y enemigo de la discordia. Cuando Enrique VIII percibe que Roma no claudica, piensa que él puede ser el jefe de la Iglesia, además de ser el del Estado en su país. Entonces dice a los comunes: «Bien amados súbditos: pensábamos que el clero de nuestro reino era nuestro vasallo por entero; pero ahora nos hemos dado cuenta que lo es a medias; más aún, apenas lo es. Porque todos los prelados, en su consagración, prestan un juramento al Papa bien contrario al juramento que nos hacen a nosotros, de tal modo que son súbditos suyos y no nuestros» (3). El monarca no ignoraba esta situación, pues era católico (4); pero la descubre recién en ese momento crítico de sus planes políticos y familiares. En este conflicto de poderes, el Papa representa lo supranacional y el monarca se exhibe como el campeón de lo nacional. Enrique VIII ya no es hombre de la catolicidad, tampoco es hombre de Europa; es hombre de Inglaterra, para Inglaterra. En el trasfondo de esta actitud sólo se descubre que el Estado es él, como pensa-

(2) Ramón Esquerra: prólogo a la edición barcelonesa de «Utopía» de Tomás Moro, 1937.

(3) R. W. Chambers: «Tomás Moro».

(4) Tanto que aspiraba el título de «cristianísimo» que el Papa quitara al rey de Francia, pero tuvo el de «defensor de la fe» cuando escribió contra Lutero una obra famosa que León X calificó «Diamante del Cielo».

UMBRAL

Revista de arte, letras y estudios sociales

Gtos: C.C.P. París 1350756
Roque Llop, 24, rue Ste-Marthe
París (X)

TELEFONO

Red. y Adm.: BOT 22-02

SUSCRIPCION INDIVIDUAL
Trimestre 2 40 NF
Semestre 4 80 NF
Año 9 60 NF
Extranjero (año) 12 00 NF

Extranjero (por avión)
América del Norte 21 60 NF
América del Sur .. 26 40 NF

(1) Rudolph Rocker: «Nacionalismo y cultura».

DE LA EDAD MEDIA

por Luis di FILIPPO

ría mucho tiempo después, sin tantas ocultaciones, su colega francés. Tomás Moro, a fuer de católico y de humanista, no podía aceptar ni comprender la lógica «realista» de su rey. La prolongada experiencia de magistrado y de canciller no le sirvió mucho, pues de pronto se encontró con que por lealtad a su conciencia, a sus ideales, a sus sentimientos, a su conducta de años, aparecía desleal al monarca y a la iglesia cismática que el rey prohibaba como expresión de independencia también en el orden de la fe. Cuando el canciller cae en desgracia y de la cabeza pensativa se hace cargo el verdugo, no es tan sólo un hombre honesto e ilustre la víctima de aquel proceso, es todo un estilo de vida, quizás una época, lo que va a desaparecer. El nacionalismo político-religioso es la negación de algunas virtudes medievales que el Renacimiento no pudo negar del todo, sino que incorporó a su multicolor paisaje cultural merced al fervor humanista y a la vida universitaria, ambos cosmopolitas. «Podemos tomar al Oxford de la época de Moro, que él tanto amara y tan incansablemente sirviera, como tipo de lo que él deseó para Inglaterra. Ese Oxford perteneció a una Europa todavía muy medieval. No destruida del todo por la idea de la nacionalidad: un Oxford donde Erasmo se sentía como en su casa» (5). La verdad es que se sentían como en su casa todos los hombres cultos de cualquier país del mundo en cuanto ponían sus pies en una universidad. Las universidades eran, inclusive, el refugio de los perseguidos que venían de tierras lejanas, migración que provocaba el intenso comercio intelectual de la Edad Media, preludio de la vasta orquestación renacentista posterior. Por la vía de España, multitud heterogénea de fugitivos y emigrantes sembraban por las universidades del continente europeo la sabiduría mediterránea floreciente en las costas africanas y asiáticas, sabiduría de árabes y de judíos; y por otro puente, el de Italia meridional, ascendía otra emigración no menos fecunda y diversa. Estas migraciones de intelectuales aparecen cuando «a la guerra que se hacen feudales y eclesiásticos se une desde el siglo XIII un tercer poder: el democrático, el burgués, el artesanal... Estrasburgo —desobedeciendo ya al obispo y al emperador— se hace ciudad libre: república. Y es porque empieza a soñar otra nueva unidad que no sea ni eclesiástica ni imperial. Y porque empiezan a germinar en Estrasburgo otras ideas: las que van a llamarse humanistas. Ni el César, ni Dios: el hombre...» (6).

Cuando Moro es ejecutado ya han transcurrido dos siglos desde la germinación medioeval del humanismo. Ya el poder político era una fuerza y la concepción moderna del Estado tenía sus raíces míticas que Maquiavelo transfiguraba plásticamente en la imagen del Príncipe, que es la de la política considerada un fin en sí mismo; idea política escindida de la religión y de su ética implícita; idea que creaba su propia moralidad —o amoralidad— y de donde manaría luego el culto del Estado, César impersonal cre-

ciendo a través del tiempo hasta nuestros días. El culto del Estado con su consustancial exigencia de la soberanía absoluta, como pareja con lo que Toynbee llama «el evangelio del nacionalismo occidental». Evangelio separatista de cuyo contagio no se salvan las culturas islámicas, ni las budistas, comunidades que se estructuran civilmente sobre preceptos religiosos los cuales consideran hermanos a sus creyentes por encima de distancias geográficas, diferencias raciales y divisiones políticas regionales. El mismo Gandhi, según lo advirtió en cierta ocasión Tagore, no pudo salvarse de este contagio de la civilización occidental. Las ironías de la historia hacen que mientras el nacionalismo político destruye o escinde la unidad religiosa en los nacientes Estados autónomos de Asia y de Africa, Europa vuelve los ojos, con dolorida nostalgia, al concepto de unidad supranacional, viejo ideal que resurge bajo el imperio de exigencias apremiantes. Lo que no pudo lograr el pensamiento de los humanistas, lo que no consigue tampoco la fe de las grandes corrientes religiosas militantes, lo impone la era atómica con su lenguaje científico y aterrador: un mundo o ninguno, es el dilema. La unidad es una exigencia después de haber sido una ilusión de apóstoles y de literatos. Unidad es la palabra poco precisa, pues fuera mejor decir unión. Unión entraña federalismo y libertad; concierto sin imposición autoritaria; el reverso del imperialismo que

nace de la violencia, del delirio cesáreo, de la sumisión implacable. De este modo, entre contradicciones y paradojas, entre utopías y realidades, la historia va tejendo a través de los siglos la tela de sus hazañas dramáticas. El pasado está en el presente, así como el presente, que es fugacidad incontinente, es cada día un poco de futuro. La leyenda negra medioeval tiende a ser cada vez menos leyenda y menos oscura en no pocos aspectos de su compleja realidad histórica que no obedece ya a juicios sumarios. Le ha llegado a esa Edad Media la hora de su análisis reivindicatorio, puesto que los filósofos de la historia prefieren la verdad a la fantasía, el juicio crítico al prejuicio fácil. De aquí que ahora, a la distancia de los siglos, podamos decir sin hipérbolo que no carecen de modernidad ciertos aspectos del pensamiento y de la acción política medioevals, época considerada, grosso modo, la menos política de cuantas registra el rutinario esquema de las edades que los cronistas han creado por razones poco científicas de comodidad expositiva.

Por cuanto venimos diciendo, no podemos compartir la afirmación pesimista de Nicolás Berdiaeff cuando afirma que «la idea de universalidad, que era todo el carácter de la Edad Media, ha cesado de reinar en nuestro tiempo». Evidentemente, no reina; pero están dados, ahora, todos los presupuestos ideales y contingentes para que su reinado no esté lejano.

Mar del Plata.

Un escritor de temple: Antonio de Hoyos Vinet

gación del duque de Sajonia, Federico el Prudente, que renunció a la corona imperial para que había sido elegido al vacar el trono del Imperio alemán, por muerte del emperador Maximiliano, había sido exaltado él a la suprema dignidad.

Todas las dificultades se agravaron con esto. Carlos, impaciente, anheló marchar inmediatamente a tomar posesión del nuevo y poderoso Estado que iba a sus manos. Para esto necesitaba dinero, nuevos subsidios, cosa difícil de lograr, más teniendo en cuenta la repugnancia del pueblo español por todo lo que fuese extranjerización de su soberanía. Además, cometió el adolescente un pifia, explicable en la vanidad de la edad juvenil, tomando el título de Majestad en lugar del castellanismo de Alteza.

Como en las Cortes de Valladolid no hallase facilidades para obtener los medios para emprender el viaje que se anunciaba como inminente, fue a Tordesillas y de allí a Santiago, donde reunió Cortes; nada tampoco.

Por fin, en La Coruña, tras luchas, halagos, amenazas y hasta sobornos, sin aguardar a ver pacificados sus Estados de aquí ni dar satisfacción a las peticiones de los procuradores que representaban a las ciudades, obtuvo un subsidio de trescientos cantos de maravedises y embarcó con su séquito, dejando al cardenal Adriano encargado de la regencia de Castilla, a don Juan de Lanuza de la de Aragón y a Diego de Mendoza de la de Valencia.

El descontento contenido por la presencia del soberano estalló. En Toledo se puso al frente de la rebelión popular

don Juan de Padilla, dando comienzo con ello la guerra de las Comunidades, la primera guerra revolucionaria española.

Dos condiciones se destacan en ella. La primera, como dije antes, la de nacionalistas. Con el pueblo en pie, a su lado resueltamente luchaban la nobleza y el alto clero. Don Pedro Girón, conde de Ureña, obispo Acuña y otros muchos empuñaron las armas. La segunda condición fue el odio hacia los interesados intérpretes de la Justicia, la rabia contra sus fanfarroñadas e interesadas exigencias. Así, en Segovia ahorcaron a siete corchetes; al procurador Tordesillas, tras de pasearle por las calles con las rojas vestiduras de su cargo, le ahorcaron también.

Pero hay en esta revolución auténticamente española una figura que es a modo de símbolo o compendio de una idea, figura que pasa vacilante y se esfuma: la infortunada reina doña Juana de Castilla.

Cuando a su reclusión de Tordesillas llegaron los comuneros, recibieron como a sus leales, como a los representantes de la noble idea que informara hasta entonces la historia de España. Eran sus vasallos los que venían a defenderla, porque al defenderla defendían la recia independencia de España.

Ellos miraban en ella a su reina, pero la suya, la que libre de extranjerismos, defendía las esencias de las recias libertades españolas.

Tales fueron la génesis y el desenvolvimiento de la revolución más auténticamente nacional que hubo nunca. Libres, federados y confederados todos y españoles todos a una.

Antonio de Hoyos y Vinet

(5) R. W. Chambers.

(6) E. Jiménez Caballero: «La Europa de Estrasburgo». Madrid, 1950.

Zamacois

Referencia a un hombre sabio y digno

Con motivo del XC aniversario de nuestro ilustre y estimado colaborador, don Eduardo Zamacois, ha aparecido en «La Vanguardia» de Barcelona un encomio del corresponsal que ese diario tiene en Buenos Aires, glosa que nosotros nos complacemos en reproducir, al mismo tiempo que le deseamos al eximio novelista y gran amante de la libertad, muchos más años de vida rebotantes de salud y suerte para su bien, para gaje de las letras españolas, y para que los probados amigos del desdichado pueblo español se eternicen.

UMBRAL aprovecha esta ocasión para reiterar públicamente la estima que su colaborador Zamacois le merece.

Los limpios y sonrosados noventa años de Eduardo Zamacois

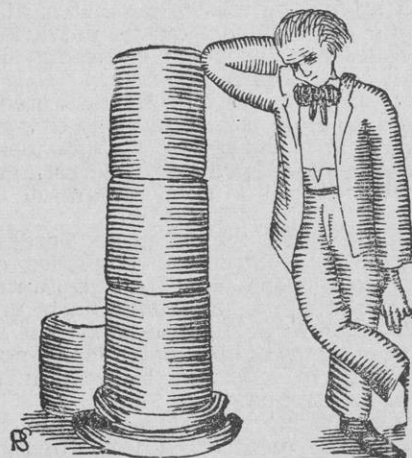
El famoso novelista español va a escribir sus memorias

POCO dirá a las actuales generaciones el nombre de Eduardo Zamacois. Este famoso novelista pertenece a aquella hornada literaria de la que, aunque supervivan algunos, su literatura marchita y empolvada que un día tuviera éxito frenético, duerme en el recuerdo de los que pasamos del medio siglo de vida.

Zamacois, Alberto Insúa, Pedro Mata,

OBRAS

de Felipe Alaiz



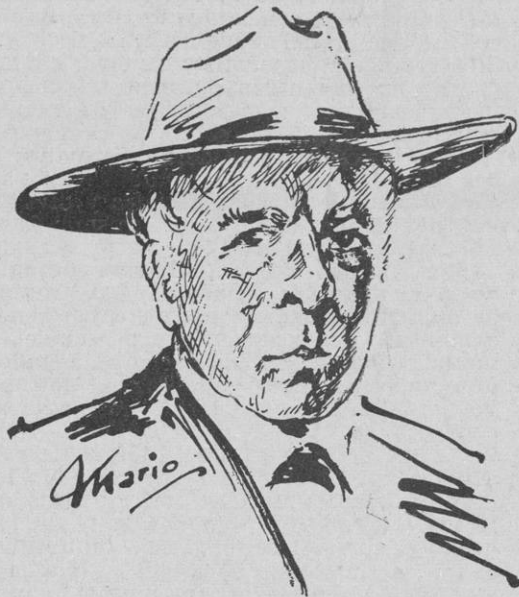
«Quinet», tomo I.

«Tipos Españoles», tomo II.

10,00 francos los 2 volúmenes.

Pedidos: Servicio Librería, 24, rue Sainte-Marthe, Paris, X.

Giros: R. Llop, CCP 13507 56.



Eduardo Zamacois

Cansinos Asens, Joaquín Belda y muchos otros (1), constituyen el santoral laico de nuestras apasionadas lecturas, allá por el cuarto y quinto lustro del siglo actual. El tiempo y los avatares políticos dispersó a esta generación de escritores, algunos ya fallecidos, y otros vivos, y que sea por muchos años! Tal Alberto Insúa (2), que ha sabido continuar sus laureles de novelista con las tareas del exquisito cronista, siempre ameno y de pulida pluma.

Pues este don Eduardo Zamacois acaba de cumplir noventa años de edad en Buenos Aires. Es un poco la estatua de sí mismo. Y da gloria verle erguido, elegante como siempre lo ha sido, sin ningún rasgo físico que denuncie sus veteranos años, ágil, sonriente y siempre con buen humor e ingenioso decir. Todavía nos encontramos con él recientemente, en el velatorio de Ramón, a cuya dolorosa cita no faltó Zamacois.

Estos días, y con motivo de su avanzado cumpleaños, los periódicos porteños le saludan con cariño y simpatía. Y él responde agudamente a las preguntas, haciendo gala de ingenio vivaz, como en los mejores tiempos de Madrid, cuando, cruzada una pierna sobre otra, firmaba displicente sus novelas en la editorial «Renacimiento» para orgullo de los muchachos que entonces nos disputábamos un autógrafo del autor de «Memorias de un vagón de ferrocarril».

Zamacois fue el precursor de ese tipo de «escrito-aventura» que luego Hemingway había de llevar a las últimas consecuencias. En cierta ocasión ingresó como penado en un presidio español, por especial concesión de las autoridades, para vivir la vida de los presos y escribir una novela. Fue maquinista de tren, fogonero de barco, corresponsal en París, conductor de taxi, crítico, minero, actor, etc. Probó las emociones de las profesiones más dispares, de las que sacaba tipos acabados para sus novelas.

Hoy festeja Zamacois haber vivido la vida alegre y despreocupadamente. No le pesa. Sin duda, en eso consiste el secreto elixir que le ha prolongado una fresca juventud hasta los 90 años. Se lamenta, eso sí, de no tener un cobre. Pero ha vivido, ha gastado y en ciertas épocas hasta fastuosamente.

Una casa editorial chilena le ha pedido un libro de «memorias». Se lo ha prometido. Su título será «Un hombre que se va». Pero como remoloneaba, el editor le ha enviado un anticipo de 1.500 dólares, argumento al que Zamacois cree que no debe resistirse. Probablemente, sus recuerdos llevados al libro, sin enojo, sin veneno, con su inmanente alegría, y buen humor resulten un delicioso manjar de lectura y de recuerdo.

Zamacois, que llegó a Buenos Aires sin dinero, encontró en la frondosa administración argentina un puesto que le ayuda a vivir. Trabaja en la Oficina de Cultura del Ministerio de Asistencia Social y Salud Pública. Desde luego, el trabajo no le mata y luce elegante y rebosante de salud, ya lo hemos dicho, como en los mejores tiempos. Pero ya es paradójico que aquí donde los albañiles argentinos se jubilan a los cincuenta años, un escritor siga trabajando a los noventa.

Hace algunas semanas visitó a un amigo y lo encontró seriamente atareado escribiendo su testamento. Zamacois cayó en la cuenta —dice— de que también va siendo hora de que haga el suyo. Y como no tiene bienes de fortuna, pensó: «¿Qué voy a hacer con mi cadáver?» El amigo le respondió: «¿Quémelo!». A Zamacois le impresionó el consejo, y ya ha dado los pasos legales y necesarios para que su cadáver sea incinerado. Y exclamaba, entre melancólico y sonriente, a los amigos que fueron a buscarle para el banquete con que aquella noche festejaban su noagésimo aniversario: «Ahora, banquete; después, entierro. ¡Qué cosas, Dios mío!».

¡Ah! Se nos olvidaba decir que Zamacois es lo que se llama un republicano. Los que han quedado varados en estas playas americanas a causa de nuestra guerra civil, pueden dividirse en dos clases: exiliados y asustados. A esta última pertenece Zamacois, que no tiene ni la hiel de la derrota ni el acibar de la disputa política. Aún mejor que un asustado, es un perezoso (3). Pues estamos seguros que podría ir a España cuando quisiera. Y España lo recibiría con los brazos abiertos (4). Y lo merece, ya que Zamacois, conjugando el verbo de García Sánchez, «españolea» de lo lindo —por el invierno con capa— por las calles de Buenos Aires. — Oriol de Montsant. »

(1) Entre los cuales figuraron Antonio de Hoyos y Vinent y Diego San José de la Torre, que el autor de esta crónica no se atreve a citar.

(2) Alberto Insúa, ese franquista vergonzante...

(3) No, Oriol. Zamacois es hombre valiente, laborioso y digno.

(4) Zamacois, que iría a España, no irá a Francolandia.

(Notas de la Redacción)

Noticario

En la Universidad de Gotingen se ha celebrado un curso de lengua catalana. Lo que no puede hacerse en Cataluña se puede hacer en Alemania...

Estaba para celebrarse en Madrid una exposición del libro italiano. Cuatro mil volúmenes habían sido ya colocados en los salones de la Biblioteca Nacional. Se habían cursado las invitaciones para la ceremonia inaugural que debía celebrarse el día 9 de marzo, después de una rueda de prensa que tendría lugar el día anterior. Se esperaba la presencia de dos ministros. A última hora, la embajada de Italia suspendió los actos por «razones técnicas»... ¿del caso Einaudi?

El maestro Mendoza Lasalle ha sido condenado por el tribunal a un mes y un día de cárcel y a mil pesetas de multa por «desobediencia grave a la autoridad». Mendoza y la Sociedad de Autores se disputaban la explotación del Teatro de la Zarzuela de Madrid, y contra el criterio de la autoridad — parcial en favor de la S. de A. —, Mendoza montó en dicho escenario «Katuska» y «La tabernera del puerto» sin llegar a la representación, que impidió la policía.

Toca a su término el rodaje de «La caída de un Imperio» en la parte efectuable en la Sierra de Segovia, argumento protagonizado por el artista Mel Ferrer.

Una versión de «La viuda alegre» firmada Alfonso Paso va a montarse cargo de Tamayo. Ya veremos si Paso desacredita lo de «nunca segundas partes fueron buenas».

Javier Fleta, hijo del tenor Miguel B. Fleta, hasta aquí dado a la Radio y a la Tele, ha debutado como cantante escénico con éxito mediano.

La cápsula aérea espacial con que John Glenn dio vueltas alrededor de la Tierra, ha sido expuesta en Las Palmas de Gran Canaria.

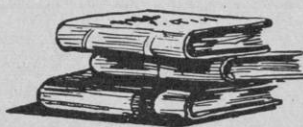
Esta primavera hay celebración de una exposición internacional de rosas en S. Feliu de Llobregat (Barcelona). Este pueblo, esencialmente horticultor, tiene fama de presentar las rosas más hermosas y raras de España. No en vano la Revolución de 1936 rebautizó tan laboriosa localidad con el nombre de Rosas de Llobregat.

El Festival pro solidaridad obrera del 21 de abril en la Mutualidad anunciado en nuestro anterior número, resultó espléndido en arte, concurrencia y, desde luego, en taquilla.

Llamamos la atención de nuestros lectores sobre el arte contenido en el retrato de don Eduardo Zamacois, incluido en este número, y debido a la destreza y buen gusto de nuestro dibujante Mario Zaragoza.

LIBROS ★ LIBROS ★ LIBROS

SOCIOLOGIA
HISTORIA
LITERATURA
CIENCIAS



PEDAGOGIA
NARRACIONES
BIOGRAFÍAS
POESÍA

Adquirirlos en UMBRAL, 24, rue Ste-Marthe, Paris (X), es ayudarlo

Servicio de librería

COLECCION « CRISOL »
(Aguilar)

Lujosa encuadernación en piel. Papel biblia opaco. Precio de cada volumen, 5,50 frs.

- Kesselring : « Arsénico y encaje antiguo ».
- King, S. : « Si muero antes de despertar ».
- Kipling, J. R. : « La litera fantástica ».
- « Nuevos cuentos de las colinas ».
- Laercio, Diógenes : « Vidas de filósofos ilustres ».
- La Fayette, Mme. de : « La princesa de Clèves. La princesa de Montpensier ».
- « La leyenda de Fernán González ».
- Lamartine : « Graziella. Rafael ».
- Larreta : « La gloria de don Ramiro ».
- Latorre : « Zurzulita ».
- Lawrence : « La mujer perdida ».
- Leblanc : « La mansión misteriosa ».
- León, Fr. Luis de : « La perfecta casada. Cantar de los cantares ».
- « Poesías completas ».
- Leopardi : « Obras » (Cantos. Pensamientos. Opúsculos morales).
- Leroux : « Rouletabile y los gigantes ».
- Lesage : « El bachiller de Salamanca ».
- Lesage : « El bachiller de Salamanca ».
- « Libro de los Salmos. Libro de los Proverbios ».
- Liermontov : « Vadim el jorobado. Hombre extraño ».
- López de Haro : « Novelas escogidas ».
- « Interior iluminado ».
- Lucano : « La Farsalia ».
- Lulio : « Blanquerna. Libro del Amigo y del Amado ».
- Macardle, Donald : « Nacida en jueves ».
- Macaulay : « Lord Clive. Hallam. Warren Hastings ».
- « Horace Walpole. Guillermo Pitt, conde de Chatham ».
- Macdonald : El asesino se ha vuelto loco.
- « El nudo corredizo ».
- Machado, A. : « Poesías escogidas ».
- Mahoma : « El Korán ».

- Maistre : « Las veladas de San Petersburgo ».
- Majó Framis : « El itinerario de Marco Polo ».
- « J. Hanning Speke, en las Fuentes del Niño ».
- « La Condamine en la América Austral ».
- Malon de Cnaide : « Libro de la conversión de la Magdalena ».
- Mallea, Eduardo : « Todo verdor perecerá ».
- Mann, Thomas : « Alteza real ».
- Maquiavelo : « El príncipe. Escritos políticos ».
- Maragall : « Antología poética ».
- Mark Twain : « Aventuras de Tom Sawyer ».
- « Aventuras de Huckleberry Finn ».
- Marquina : « Las hijas del Cid. En Flandes se ha puesto el sol. Las flores de Aragón ».
- « Antología poética ».
- Martet : « Marión de las Nieves ».
- Martinez Olmedilla : « Vida anecdótica de la emperatriz Eugenia ».
- « Vida anecdótica de Napoleón ».
- « Las brujas de Macbetz ».
- « El plano inclinado. El oro del Guadalquivir ».
- Martinez Sierra : « Canción de cuna. La sombra del padre. Don Juan de España ».
- « Tú eres la paz. Horas de sol ».
- « Granada. Cartas a las mujeres de España ».
- Mason : « Las cuatro plumas ».
- Maura, Julia : « Eva y la vida ».
- Méndez Herrera : « Sintonía en mar mayor ».
- Merimée : « Carmen. Colomba ».
- Meunier : « La leyenda dorada de los dioses y los héroes ».
- « Leyendas épicas de Grecia y Roma ».
- Milton : « El paraíso perdido ».
- Miquelarena : « El lenguaje del amor. Las mil y una frases peregrinas ».
- Molière : « El avaro. Tartufo. Las preciosas ridículas ».
- « Moralistas griegos ».
- Moratin : « Teatro completo ».

Giros y pedidos a Roque Llop
24, rue Ste-Marthe (Paris) (10)
CCP 13507 56

Noticario

Nina Kiradjieva, bailarina de la Opera de Sofia. Dice que en su país las entradas para la Opera son baratas aunque el espectáculo sea de primera categoría, lo que permite a los trabajadores cultivarse musicalmente, mejor que en los países donde la ópera es privativa de la burguesía.

Exposición del Libro en Barcelona a cargo de 53 editores de la ciudad. Mil ocho volúmenes expuestos, en su tercera parte escritos en lengua vernácula.

¿Sintomático? Muy cerca del Zoo barcelonés ha sido instalada una Biblioteca Infantil a cargo del Ayuntamiento.

«Un debate imaginario entre Carlos Marx y Miguel Bakunin» pasa actualmente por «Umanità Nova» de Roma traducido de la versión castellana publicada en estas páginas.

Repetimos que dentro de poco este notable trabajo de Cranston será servido en folleto por esta revista.

Epidemia de himnos. Tras el F. C. Barcelona, el Español, el Europa y el San Andrés, lo tiene ya la fábrica Hilaturas Fabra y Coats...

A Alfonso Paso le han representado en Bruselas «Usted puede ser un asesino», convenientemente traducido al francés.

Madrid. En el Calderón ha sido representada «La hermosa fea» de Lope de Vega remozada por Alfonso Paso y Julio Mathias. La Cia. Cecilio Valcárcel - Marisa de Leza dio «Esquina peligrosa», obra al baño sociológico tibio, traducida por el propio Valcárcel. En el Comedia se estrenó otra traducción del inglés efectuada por Alfonso Sastre, «Mulato», de Langston Hughes, buena de pasar. Por cierto que en ese estreno hubo incidente. El empresario Tirso Escudero abofeteó a un crítico teatral por rivalidades del oficio. Un argumento más...

Barcelona. Exposición de óleos y dibujos de Franciscó Todó en Galerías Gaspar, con dos murales, buena en su elemento escenográfico «extensivo». Max Veiss, escultor suizo, ha expuesto en la Virreina su arte «sabiamente dislocado», sin abstracción, pero del que uno contra su voluntad puede abstraerse. Hermosas y «vivas» esculturas de José Busquets en Sala Vayreda.

Dejemos constancia de una acuarela de José Ma. Bigas, pintor valdense, premiada en el IV Salón Nacional de la Acuarela celebrado en Bilbao. Se titula «Después» y es tema contrario a la guerra.

La Galería Griffé & Escoda ha presentado a Oscar Estruga, dibujante expresionista no exento de sentido clásico y en todo caso profundamente mediterráneo.

En preparación (en estos momentos) : el Salón de Mayo, el Concurso «Fortuny» (en Reus) y el II Salón Femenino de Arte Actual.

Al poeta José Hierro

LE cogieron. Le acusaron de esto y de lo otro. Ni siquiera quizá le acusaron. El juicio sería más tarde. La cárcel, ahora. Era un preso político. Algo peor: un preso político anónimo. Un muchacho. En el extranjero nadie conocía a este Hernández. En España, su familia obrera y veinte o cuarenta compañeros, vestidos con los jirones de un uniforme vencido.

Hernández conoció, en los primeros meses, los corrales de hombres, los gritos, la tierra en los ojos, el hambre, los patios húmedos, la soledad, el frío, el abandono, las descargas al amanecer, clamores de insultos, insultos callados, la sucia, escasa rueda de platos cuarteles, celdas de castigo, fusiles, gorras de plato, olor a cuero, noches sólo estrelladas en el suelo con blasfemias, llantos, ayes; sangre, culatazos, misas, obligatorios himnos de gloria en la miseria, centinelas, curas, garitas, alambradas, locura, miedo. Conoció el dolor creador, sin freno, que el hombre reserva al hombre.

Cuando despertó —le dolía atrocemente la cabeza— cayó en la cuenta de que era un preso y tenía un número: el 206. Verano, otoño e invierno habían pasado y una primavera se abría en el mundo detrás de la pared, tras la ventana alta, prohibida siempre. El olor de las hojas, del aire, se adentraban en la cárcel cuando podía. Empezó a mirar en torno suyo. Había hechos dolorosos que ya no veía ni sentía, ruidos dolorosos que no le dejaban oír la costumbre. Empezó a interesarse por su estado. Hizo un somero recuento de sus miembros, de sus huesos; aún tenía sexo, pies, manos, recuerdos, que, lentamente, se iban aclarando. Empezó a darse cuenta de que aún veía, de que era verdad lo que veía: la galería, el patio, la pared, los otros. Cayó en la cuenta de que era un hombre hecho, pero no por lo que antes pensaba que lo era. No podía amar. El que está de paso no ama. Esperaba siempre. Nada era suyo. Si algo de lo que sentía podía parecerse al amor, era para la manta, fea, gastada, como una piel ruda de animal viejo. Y para aquella especie de gitano grandón, cabal, que siempre veía, lejano, resignado, entero, al otro lado, en el pabellón de enfrente. Por los que estaban a su lado, no. Si algo le movía a hablar era ensayar el silencio, lograr, con palabras, no decir nada. Comenzó a interesarse por su estado, sí, pero siguió rebelde, friamente rebelde, toreando incesante al poderoso toro con lógica, miedo y burla. Aprendió a escurrirse, a callarse. Vio a los hombres hacerse traición, llorar, degenerarse, robar al compañero desnudo, adular, fingir, aburguesarse en la cárcel, como mujeres en un prostíbulo. No eran ya hombres; sólo eran presos. No tenían público ambiente, para ser hombres. Lo habían sido. Lo serían, quizá, algún día.

«Si él pudiera escapar! Recordó a Julio, el ciego, aquel chaval largirucho, quemado por una granada. «Si un día volviera a ver —decía— saldría corriendo por una calle, sin parar, hasta ahogarme; correría como un loco por veinte, treinta calles,

por Medardo FRAILE

sin detenerme.» Eso es lo primero que Julio iba a hacer. Era un muchacho. Atado por las sombras, que le obligaban a un paso lento, cauteloso, de viejo. Estaba condenado a ver primaria, pesadamente, con el tacto. El también, como Julio el ciego, saldría corriendo por veinte, treinta calles, hasta que los poros le segregaran libertad angustiosa, hasta que el corazón temiera al insaciable potro de la libertad, hasta que las piernas estuvieran sudorosas, duras, enardecidas, como las patas de un caballo. Y después de esta carrera, ¿qué? A ganarse el pan, a darse golpes con la escasez, la falta de trabajo, de dinero. Pero siempre —pensó— habría sol, aire, invierno y otoño de verdad —en vez de humedad o frío—, primavera y verano de verdad —en vez de sudor, deseos, tristeza bajo la luz—.



¡Ver un espino florecido, oler el clavel, la rosa, sorprender el beso de unos novios, poder acariciar una mejilla suave, oír una canción, chapuzarse a fondo en el agua, ver jugar a unos niños!

En el buen tiempo, aunque los días fueran más largos, se movía mejor y le habitaba el cuerpo una esperanza inexplicable; una esperanza íntima, quieta, sin voz, ojos, brazos, piernas; sin objeto. Se le ponía dentro y se quedaba allí acompañándole todo el día. Y él la dejaba, porque la notaba tan infeliz, presa y sola como él. Pero no la escuchaba. Pensaba en su pasado, en su futuro, si llegaba algún día, hasta que se dio cuenta de que le habían encerrado por temor a su sangre, al poder de su sangre, porque temían su presente, por estar vivo. ¡El vivo, encogido, borrado, tanto tiempo! En la cárcel, a veces, había sentido, había tenido, sin saber por qué, instantes de libertad. No por los demás, no porque se alterase lo que le rodeaba; porque sí, dentro de sí mismo. Y luego lo recordaba

extrañado: ¿no era yo libre en aquel momento? Y, sin embargo, aquel instante era un minuto de su condena.

Pensó en la libertad. ¿Qué es la libertad? Días y días insistió. La libertad estaba en la cárcel de mujeres. Era una presa, como su esperanza. ¿Podía echar a volar el hombre por sí mismo, zafarse de la enfermedad, vivir ciento cincuenta años, negarse a lo desagradable, apoderarse de lo agradable, andar desnudo por las calles, ni siquiera vestirse distinto a los demás? ¿Era libre el hombre cuando pecaba, cuando hacía el bien? El preso está libre de la mujer, de los hijos, del dinero, del patrono, de pensar, si quiere; de todos los prejuicios de la educación, de compromisos, de las corbatas, del agradecimiento. El que no está preso, sólo está libre de la cárcel. La tierra, los otros, les habían apartado a un oscuro hormiguero. Pero, ¿no son ejemplares, libres, las hormigas, pisadas con total indiferencia, derruidas con un ligero soplo, ahogadas en implacables diluvios? ¿Quién podía evitar el sentimiento de libertad en un preso, que en un hormiguero oscuro alguien fuera libre? El mundo, todo el mundo, era lo que veía: cuatro paredes, un patio, un pedazo de cielo siempre distinto, gente alrededor hostil o indiferente y días y noches. La vida iba por dentro y la libertad también.

Se irguió una y otra vez. Tenía empuñado el orgullo en su libertad. Daba los pasos largos, miraba lejos, hacía ademanes abrazadores, audaces, sueltos. Soltó poco a poco su risa. Le costaba salir y, muchas veces, era una risa larga, embustera, desesperada, rumorosa de apretados dientes. Sus bromas a los demás no eran soterradas, irónicas, sino movidas, rudas, con una inmensa pista para realizarlas, libres. Sus ojos no veían las paredes; miraban lejos y reían, a veces, con un paisaje que no veía nadie. Era como ese pájaro de jaula que nunca se bufa y permanece dueño, agudo, fino, como si el aire que no peina le adelgazara en un vertiginoso, gozoso, cielo alto. ¡Qué preso tan libre! ¡Cómo sacaba su libertad hasta los pelos, hasta las uñas! Se fugó así: siendo libre en la cárcel. ¿No era a eso a lo que el cura llamaba libre albedrío?

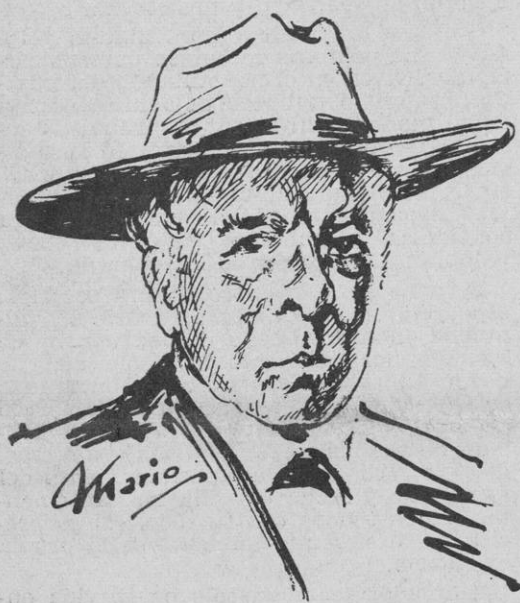
**

Cuando salió, con su alegría a cuestras, ganada al dolor gota a gota, con su libertad como un músculo bien formado, ejercida cerca de seis años, nueve años y un día sobre el papel, miró al mundo serenamente sin alterar la retina de sus ojos, sin graduarla por la distancia o la luz. Vio pasar a los libres y no pudo menos de sonreír. Tenían aire de presos. Ademanes cortos, aire cansino, voces gastadas, mirada vaga, triste, risa enferma. El exhalaba la libertad, era un yogui de la libertad, y le miraban todos con simpatía, con interés. ¡Claro! —pensó un instante— ellos no han tenido ocasión de ser libres como yo. Están encarcelados sin darse cuenta. Y anduvo con sus largos pasos, y se rió con su intensa, honda risa, y miró por encima de las casas, del mundo, y parecía que venía siempre de rendir a un sabio, a una mujer, a un caballo.

DESDE BUENOS AIRES

Cómo del mal brota el bien

por Eduardo ZAMACOIS



SI el Sumo Hacedor, luego de sacar el Universo de la nada, no hubiera tenido en qué ocuparse, seguramente se habría muerto de fastidio por ser la ociosidad lo más diametralmente opuesto a su inagotable prurito generador. La creación era un dechado: los sistemas planetarios funcionaban siguiendo las trayectorias que El les impuso; nuestro planeta ofrecía una redondez bastante graciosa, la luna alumbraba pasablemente y los mares y las estaciones se sucedían con ritmo absoluto. Después de seis días de trabajo el Padre Eterno debió decirse: —Y, ahora, ¿qué hago?

A lo hecho nada había que añadir, ni quitar, pues ni una hoja, ni un grano de arena, ni una gota de agua, sobraban ni faltaban, y la misma intachable perfección de su obra le obligaba a cruzarse de brazos. Y en tal momento el Divino Espíritu, en el que todo es infinito, seguramente conoció el infinito aburrimiento del que —por los siglos de los siglos— no tendría nada que hacer.

Pero Dios, que es esencialmente activo, no podía estarse quieto, y para tener en qué emplear sus energías, transcurrido cierto tiempo, inventó al Diablo; lo inventó sencillamente para pasar el rato. El Diablo, que enmaraña las cosas, que despierta los volcanes de su sueño, que desata las tempestades, que vigila la multiplicación de los microbios del tifus, del cólera, de la poliomielitis y del cáncer, llena nuestras almas de pasiones infa-

mes y enciende las guerras, es el juguete —el terrible juguete— con que Dios, oponiéndose a todo lo que el Maligno procura, divierte sus horas de tedio. El Diablo es a Dios lo que los «entrenadores» al boxeador profesional. Si el Diablo llegase a morir, instantáneamente la creación cambiaría de aspecto, desaparecería la noche, desaparecerían los incendios, las epidemias, las hecatombes y los temblores de tierra, cesarían de mortificarnos la envidia, la ambición, la ira, el amor dejaría de ser un pecado, los hombres se convertirían en Santos y el Sumo Hacedor, naturalmente, pasaría a engrosar el número de los «sin trabajo».

Pues, así como allá arriba, Dios necesita del Diablo para continuar siendo útil, parejamente aquí abajo la gente buena no hallaría ocupación ni tendría, de consiguiente, pan que llevarse a la boca, si no hubiese personas malas y de esas otras llamadas «pintorescas», que, por gastar más de lo que ganan, arrastran una existencia poco seria. Los ejemplos en pro de esta afirmación son numerosos. Citemos algunos: si no hubiese tramposos, ¿de qué vivirían los notarios, los abogados, los procuradores y todo ese mundillo que hormiguea en la sombra de los juzgados...? Si los rateros y los salteadores de Bancos renunciaran a su oficio, ¿no quedaría el cuerpo de policía expuesto automáticamente a la indigencia...?

Así se lo manifestamos a cierto cobrador que, con modales agresivos, trató de obligarme a liquidar una pequeña cuenta.

—¿No comprende, usted, insensato —le dije— que si yo, y todos los que andan tan derrotados como yo, abonásemos nuestras deudas a tocateja, la profesión de cobrador no existiría y usted y sus hijos se morirían de hambre? A los malos pagadores, sólo a ellos, debe usted su empleo. Medite en esto y sea agradecido.

Palabras que le impresionaron de manera que, sobre hacerle cambiar de actitud para conmigo, llegaron a granjearme su amistad.

Como la Vida resurge de la Muerte, el Bien brota del Mal. ¿Habría millonarios de no haber menesterosos prontos a vender su cerebro y sus músculos? ¿Qué sería de los cerrajeros y de los fabricantes de cajas de caudales si no hubiese ladrones? Y si en las mujeres no hubiese el deseo de mostrarse más lindas de como son, para cautivarnos, es decir, si no mintiesen —porque el maquillaje no es más que «un modo de mentir»— ¿no que-

daría en la pobreza el ochenta por ciento de los químicos dedicados a componer encañifas de tocador?

Y a propósito: el príncipe Bismarck aborrecía el maquillaje, como lo evidencia el siguiente episodio:

Un íntimo amigo suyo le recomendó a un individuo perteneciente al cuerpo diplomático.

—Quiero —le dijo— que le examine usted. Es inteligente y puede serle útil.

El canciller accedió, y la impresión que le produjo el recomendado, con quien sólo habló unos instantes, fue desastrosa.

«Nunca me fiaría de ese hombre —le escribía después al recomendante— porque se tiñe el cabello, y estoy convencido de que todo aquel que no quiere mostrarse según es, lleva dentro un traidor.»

Pero si matamos la Mentira, que es belleza en la mujer, y la Ambición, que es luz en la mente del sabio, y el Dolor, que es manatíal de progreso, habremos matado al Diablo; al eterno rebelde que nos proporciona... ¡gracias a Dios!... lo mejor de la Vida.



El profesor y el maestro

LAS sombras invadían lentamente la pequeña biblioteca en la cual nos hallábamos reunidos cuatro o cinco admiradores del maestro, escuchando su conversación alada.

Ya muebles y personas se desvanecían en la penumbra, sólo brillaban a la última luz de la tarde los dorados tejuelos en la librería del estante. Sobre una mesa tallada, en un florero de cristal, el ramo de rosas blancas que sustentaba, decía con su presencia, hablaba en su tenue perfume, del paso de una mujer. Era signo de amor en la hora y el lugar que parecían resumir la vida de un hombre de paz y de estudio.

Aquella estancia se antojaba apartada del mundo, suspensa en el espacio infinito, tales eran la serenidad y el silencio que la rodeaban. Apenas de vez en vez, cuando la voz de algún circunstante hacía un alto en la charla y sobre todo cuando en nosotros mismos enmudecían los pensamientos, el murmullo de fuente cercana a la isócrona advertencia de un reloj — corazón del tiempo — parecían atarnos a la tierra.

Se hablaba de muchas cosas, pero sin profundidad, no bien desflorados los temas, se abandonaban perezosamente; nadie osaba enfrascarse en discusiones, todos queríamos, sin previo concierto, que el maestro hablara, como era sólito en él, sobre algún motivo que de pronto surgía en la conversación atrayéndole en una forma apasionante.

Y aquella vez, como en otras ocasiones, el tema surgió. Alguien al comentar un suceso dijo profesor y maestro de modo tal, que parecía referirse a cosas diversas.

— ¿No son acaso sinónimos? — arguyó un joven filólogo, celoso del buen decir —. En el Diccionario de la Academia, los dos vocablos se refieren a personas que se dedican a enseñar una ciencia o un arte.

Todos nos volvimos hacia el maestro en una demanda silenciosa.

Y el maestro habló.

La sombra cada vez más densa, envolvió su figura. Se encontraba negligentemente sentado en una amplia butaca. Su barba florida, la melena nevada, el fulgor espiritual de los ojos, la mística expresión de su semblante, eran ya sólo una imagen realzada en nuestra mente por ligeros perfiles.

Pero así cobraba más encanto su voz, que era como una cosa viva, llena de matices, ajena a todo cuerpo, tal que si el silencio adquiriese de pronto personalidad y aliento y se hiciera verbo de profundos registros, de suavidades acariciadoras, de graves tonalidades, hermanándose con las ideas expresadas para darles vida y frescura.

— Las palabras, dijo, no pueden ceñir al pensamiento de tal modo, que sean por su propio significado, como una fiel vestidura. Yo diría que en realidad, no nos entendemos con palabras. Ellas son como notas, aisladas, significan una cosa, juntas en un acorde, son otra a veces muy diversa y cuando es un artista quien maneja las notas o las palabras, el acorde mismo, la frase inspirada, suscitan emo-

por el Dr. Lucio Mendieta y Nuñez

ciones y pensamientos que se apartan casi por completo de la significación estrecha del acorde o de la frase. Diríase que las palabras, como las notas, sólo son vehículos de que se sirve el espíritu del hombre para hablar en un lenguaje sobrehumano.

Si escogemos un conjunto de palabras felices de cualquier escritor artista y las descomponemos en el significado particular de cada una, veremos con asombro que así, aquel grupo de palabras quiere decir cosas diversas de las que hemos comprendido y sentido.

Cuando quien lee tiene el espíritu despierto y comprensivo, es como si entre el autor y el lector se entablara un entendimiento inmaterial.

El Diccionario es libro en donde están las palabras como mariposas disecadas. Sólo el pensamiento que las reúne en combinaciones innumerables, es capaz de vivificarlas.

Cuántas veces el alma colectiva se apodera de una palabra y le infunde a pesar de todas las academias, una nueva energía. Cuántas veces el significado de una palabra depende de elementos que le son ajenos: la modulación de la voz; un ademán, una mirada, una sonrisa...

No valen, pues, las palabras por lo que significan, sino por lo que con ellas queremos y logramos decir a nuestros espíritus que parecen escuchar y comprender, más allá de nuestras personas.

Así, los vocablos profesor y maestro, aun cuando en puridad, son sinónimos, tienen sin embargo, en nuestro lenguaje muy otro sentido.

Es cierto que acostumbramos a prodigar el tratamiento de maestro, pero lo hacemos por exageración afectuosa. Apurando el juicio, establecemos bien la diferencia entre el profesor y el maestro. La sola palabra maestro en su eufonía, en la manera como la pronunciamos, lleva la admiración y la veneración que constituyen el ánimo misma del concepto que encierra.

Profesor es el que enseña lo que dicen los libros, el que transmite los conocimientos adquiridos por la humanidad, es un eco, a veces inteligente, lleno de polifonías y de sonoridades, pero en todo caso, nada más que un eco.

El maestro es un sembrador de ideas florecidas en su propio numen, acrisoladas en su corazón por el dolor de la vida.

El profesor tiene alumnos, el maestro, prosélitos, porque mientras aquél sólo trasmite conocimientos, éste hace causa de sus creaciones, tiene un mensaje que decir.

Y sin embargo, no es la obra del maestro, obra de sugestión sino de convenci-

miento. No hace esclavos morales ni ciegos fanáticos, sino esclarecidos paladines del ideal. Tampoco es la suya acción oportunista, prédica deleznable que finca en el presente la meta de su esfuerzo. Las enseñanzas del maestro, siendo de gran valor en la hora misma en que se exponen, no mueren con ella, se proyectan hacia el porvenir, fructifican en las generaciones venideras, reflorece con la lozanía de las nuevas mentalidades y con el calor de los corazones nuevos.

No importa que no haga obra escrita, si hace de su vida obra perfecta de amor, ejemplo de sacrificio y desinterés.

Sócrates no produjo libro alguno y todavía sus palabras recogidas por sus discípulos, viven en el pensamiento del mundo. Jesucristo tampoco dejó línea escrita de su mano y, sin embargo, grabó sus enseñanzas de manera indeleble, en la esencia misma de la humanidad. A muchos siglos de distancia, cuando callan nuestras pasiones, en el silencio de nuestra conciencia escuchamos aún las claras palabras del sermón de la montaña.

Pero no es el maestro, figura seráfica, espejo de mansedumbre, fuente de humildad, hombre bueno que se aparta de los caminos para ganarse, sólo con no hacer daño a nadie, la bienaventuranza celeste. El verdadero maestro es hermano de los hombres, convive con ellos, participa de sus miserias y de sus grandezas, dice su verdad con el apasionamiento del iluminado y lucha por ella incesantemente, contra todo y contra todos, si es preciso hasta el renunciamiento de la propia existencia.

Animador fecundo, sólo en la vida encuentra su tarea, la arcilla humana para modelar en ella con el prestigio de sus manos, al hombre que algún día habrá de hacerse digno de su egregio destino.

Todos los pueblos han tenido maestros, en mayor número y de más valía, los más grandes y los más felices. En todos los tiempos la triste masa gregaria de seres humanos que se debate en dudas, ha necesitado la voz depurada del maestro para hallar el camino.

Y hay grandes maestros y hay maestros humildes, pero siempre el verdadero maestro lleva, en sí, algo de extraordinario, es como un lazo de unión entre la vida y el misterio. Aquéllos, cúspides del pensamiento humano, parecen resumir el alma de su pueblo, elevarse o intuir para señalar después con segura mano, los nuevos horizontes. Estos, en su pequeño radio de acción, como el oculto venero, fecundan cuanto les rodea.

Maestro quien deja con sus enseñanzas una huella luminosa en los espíritus, maestro el que con una máxima es capaz de cambiar el rumbo de una vida.

Pobre y triste el pueblo que no tiene maestros. Vil y miserable el que teniendo, o los desprecia, o los ignora, o los niega, uncido al carro de los vencedores.

La voz desfalleció en el silencio. A través del amplio ventanal del estudio, veíase a la noche, sobre los montes lejanos, levantando entre sus manos de ébano, el primer lucero.

México.



Verdades flamencas en la Sorbona

● Continuación y fin ●

CARMEN JOSELITO

SI la tradición del cante queda propiedad de algunos cantaores, la del baile flamenco posee una base más frágil aún, puesto que la Joselito puede considerarse como la única guardiana del baile sardo. Nacida en Cartagena, tierra bizantina, hija de la bailaora « La Berenguela » y del tocao Rodrigo Asencio, la Joselito, desde su nacimiento estaba predestinada para el baile. Su vocación se decidió a los cinco años, cuando actuaba en un teatro de Barcelona una compañía flamenca. A su cabeza se hallaban La Macarona, Niña de los Peines, Chacón, Manuel Vallejo. Para la pequeña Carmen Ascensión fue la revelación de la verdad flamenca la que entonces se apoderó de ella y ya no la dejó más. A los trece años, provocó los celos de una bailaora de treinta: La Fanguesa, que le dio un bofetón en la escena porque no aguantaba que una chica bailase mejor que ella. Carmen Joselito recorrió el mundo entero al lado de las más grandes glorias del arte flamenco, del cante, del baile y de la guitarra. Ramón Montoya, el hombre de severo carácter, tan avaro en felicitaciones, dijo entonces de ella: « La Joselito nació para el baile como el agua de un manantial para refrescar ». Durante la guerra civil española se hallaba cumpliendo una jira en Turquía, en Inglaterra, en Polonia y en Australia; luego decide fijarse definitivamente en Francia.

Carmen Joselito no hizo nunca una concesión ni al público ni al baile propiamente dicho. El arte del baile sardo es un arte terriblemente exigente; logró Carmen Joselito mantenerlo a su nivel superior, guardando su pureza y su fuerza originales. ¿Cuántas bailaoras, reputadas incluso, tienen tal exigencia? Prefieren ceder por debilidad y satisfacer las exigencias de un público que no se contenta siempre con ser profano. A la Joselito le gusta decir: « El artista es la garantía del gusto del público, en él reside y es él quien lo aporta ». Son las bailaoras mismas las que transforman y adulteran lo que crearon varios siglos de firmeza, de tradiciones y de disciplina artística. La incorporación a una danza de un simple paso « importado » basta para destruirla, pues Carmen Joselito, como fue el caso en la Sorbona, que dance farruca, alegría, seguiriya, taranta y zapateado, nunca viola la regla de oro que confiere a estos estilos su equilibrio y sus verdades. Esta regla de oro es la rigidez, el « compás y el respeto integral del estilo ». El ejemplo más patente a este respecto es el del zapateado que, después de ella, desaparecería, si se puede juzgar por lo que hacen ciertas bailaoras de renombre en la otra vertiente de los Pirineos.

Los contactos de Carmen Joselito con el público son demasiado raros, y por eso no podemos sino felicitarnos de su presencia en el cuadro de la Sorbona. Carmen Joselito consagra la mayor parte de su actividad a la enseñanza del baile, del cual puede pretender ser la maestra indiscutida. Forma discípulos que le debe-

rán un día su celebridad. Una de las más brillantes, Isabel Soler, puede considerarse, desde ahora, como la continuadora de su mensaje y de su arte. Perpetuar una tradición, fuera de las fronteras del país que es su crisol natural, no es una paradoja. Con la Joselito es una verdad.



JOSE NUNEZ MELENDEZ (Pepe de la Matrona)

Pepe de la Matrona es el decano de los cantaores. Nacido en el 1887, vivió la época del café cantante y de los tablados, donde conoció a Chacón, Tomás Pavón, Manuel Torres y otros muchos. Por eso le llaman tantas y cuantas veces se trata de volver a encontrar toda la liturgia de un cante en el cual es el maestro. Su voz es ruda, áspera, su estilo difícil de entender para el profano. Da a sus cantes una autenticidad raramente alcanzada, y que le sitúa inevitablemente en su contexto original. Según interpreta tal estilo o tal otro, se convierte en el campesino, cantando en el corazón de su tierra, o en el ministro de un culto oficiante desde su púlpito. Pepe de la Matrona no rechaza « a priori » la idea de cante chico y de cante grande, opinando que la expresión profunda del cante se halla ante todo en el sentimiento del cual es la emanación. ¿Cante grande, cante chico? Esa es una clasificación muy arbitraria para él. Cantes de la alegría, cantes de la pena. Eso, sí. En la clasificación que interesa a cualquier musicólogo, la soleá y la seguiriya son consideradas como las cabezas de fila de dos grandes familias. ¿Por qué? Porque ellas laboran la mayor parte del tiempo sobre bases puramente rítmicas o sobre similitudes de estructura que la notación reciente del flamenco no deniega. Si bien resulta imposible establecer una clasificación de los cantes a partir de estructuras rítmicas idénticas, nos dice Pepe de la Matrona que: « En lo absoluto, es la alegría, o la tristeza, la que se encarga

de clasificar, y finalmente, de definir el cante ». Una verdad lejana viene a corroborar y fortificar esta tesis: En la India, el cante representa la « Noción del Tiempo ». Esta difiere según se exprese durante el día o en la noche, al sol o en el crepúsculo. En el fondo de los tiempos el hombre expresaba su alegría con el sol, la noche era su miedo. La construcción mental de la línea melódica está siempre ligada a un estado emocional que define y crea las relaciones sonoras. Pepe de la Matrona lo acentúa por su doble definición del espíritu del cante, aquella que finalmente condiciona el « Duende ».

Pepe de la Matrona interpretó en la Sorbona: Tientos, soleá, seguiriya y martinete. La dimensión que dio a cada uno de estos estilos fue la de otra época, con todo cuanto tienen de rudimentario y de temeroso, porque nos los restituyó sin ningún artificioso adorno ni inútil arabesco. Su voz es como la quintaesencia de un alcohol. Cantó sentado, así como la tradición flamenca lo exige a veces, y como se hacía muy naturalmente ante la familia.

NINO DE ALMADEN

Hay que devolver a César lo que a César pertenece. De la familia de las malagueñas incluyendo: malagueñas, granadinas, fandangos, etc., así como los cantes dichos del Levante: tarantas y cartageneras, Niño de Almadén es el maestro indiscutido, cuando dice: « Conmigo irán a la tumba unos veinte estilos », piensa más particularmente en esos estilos de Málaga. Estilos de una dificultad extensa de interpretación a causa de la necesidad de usar de una realización especial. Si encuentran con Niño de Almadén a su intérprete ideal, es que, justamente, su vocalización, tan semejante a la de Chacón, que fue su maestro, le permite elevarlos a la cumbre de toda interpretación. Esos estilos muy particulares y que necesitan ya una iniciación más grande para que se capten sus secretos, reclaman a su cantaor una actitud dolorosa, sutil y casi llorosa. Niño de Almadén sabe contenerse por una sobriedad vocal que no conocen ni exigen otros estilos que se acomodan fácilmente a la libertad del grito. Niño de Almadén no es el depositario de esas malagueñas y esas tarantas de modo fortuito. Pasó el tiempo de su pequeñez en las minas de Romanillas y de Surcajo. Conoce la fatiga y el esfuerzo del minero para asegurar su escasa subsistencia. El cante por taranta que interpretó en la Sorbona, « Laura de nombre », muñeca atormentada y desgarradora, alcanzó aún una dimensión inusual, por una nueva creación del cante que él solo pudo permitirse. No es éste el único ni el menor cumplimiento que pueda yo hacerle. Sin un siglo de influencia bizantina, los cantes del Levante, de Granada, de Málaga, no serían lo que son. Es ella quien les aportó todo su bordado, toda su síncope, y sobre todo sus admirables disonancias melódicas.

Niño de Almadén es un hombre muy

Verdades flamencas en la Sorbona

exclusivo, como lo es todo gran artista. Sus exigencias en materia de cante se hallan a la medida de su talento y de sus interpretaciones únicas. Valen para él tanto como para los otros, y si se le ocurre cantar una seguriya, cambia, en reunión íntima o para el gusto de un amigo, es como el poeta que desgarró sus más bellas páginas después de leerlas. Este rigor y esta exigencia le permiten conservar intacta en sí una fuerza de creación siempre perpetua. Niño de Almadén piensa, y lo prueba él también, que no existen cantes menores sino interpretaciones menores. Dice: « Sola la interpretación clasifica al cante en su verdadera categoría ». Pero Jacinto Almadén no es solamente el intérprete ideal de la taranta o de la malagueña. En Madrid consiguió el milagro de cantar más de tres horas y media acompañado por dos tocaores, interpretando toda la gama de cantes de la antología flamenca. Su talento puesto aparte, estoy seguro de que fue gracias a su temperamento andaluz que salió bien con lo que nadie habría tenido el valor de emprender.

PEDRO SOLER

- El retrato de este guitarrista constó en la primera parte del presente trabajo ●

Pedro Soler forma parte de la generación actual de los flamenquistas de menos de treinta años. Es de aquéllos — ¿cuántos serán en realidad? — que no confunden el arte con el virtuosismo. Si a toda costa quiere quedarse en la pura tradición, es porque la experiencia le da prueba de que su actitud es provechosa en el plan de la realización artística pura. Pedro Soler no trata nunca de alucinar con un abuso de técnica y una velocidad que no tienen nada que ver con lo esotérico de su arte; lo que ante todo desea es conmovernos; esto es diferente, ¡y cuánto más importante!

Sin embargo, ningún dedeo le es ajeno, no se le escapa ninguna sutileza de este juego terriblemente complejo que representa la maestría de la guitarra flamenca. Su juego es muy « sostenido » gracias a la utilización del dedo principal (el pulgar) constantemente afirmado en las cuerdas, y permitiendo a sus otros dedos obrar gracias a este centro de equilibrio y de movimiento. Esta particularidad confiere a sus ejecuciones fuerza y seguridad, pero también una moderación muy deseable, moderación que, a mi parecer, es uno de los criterios de la expresión flamenca. Cada ejecución de Pedro Soler (en solo), como cada acompañamiento, es medido, encerrado en un compás estricto, y su línea metódica construida con las más bellas falsetas que recogió de su maestro Ramón Montoya. En una granadina ya famosa, que gravó en solo en el disco de acompañamiento de la Joselito, Pedro Soler ofrece su creación personal de arpeggios disonantes de una belleza extraordinaria y de un poder de sugestión raramente alcanzado por un tocaor de hoy

día. Aparte de su costumbre de acompañar a la Joselito y a Niño de Almadén (que es un cantaor difícil y exigente en cuanto a la calidad de su tocaor) fue la primera vez que, en público, en esta velada de la Sorbona, aportó el sostén de su guitarra a Pepe de la Matrona. Medio siglo (casi tres generaciones) les separaban, cincuenta años cargados de prestigiosos nombres.

Pedro Soler tiene consciencia del papel que tienen los guitarristas para estrechar de lazos entre todos los miembros de la gran familia flamenca. A su parecer, esta familia debe unirse codo a codo y olvidar sus susceptibilidades para sobrevivir y frenar, por lo menos, el proceso de decadencia en el cual se desliza a pesar de sí misma. Cuando su actividad le deja tiempo para ello, Pedro Soler, entre un ensayo, una clase o un viaje, se acoge a su guitarra e interroga en secreto al **Duende**.

**

Para concluir, quisiera decir que esas jornadas consagradas al cante y al baile jondo son, tal vez, el preámbulo de la fundación en París de una Academia de Arte Flamenco. ¿Quién sabe? No es imposible. La defensa de la tradición flamenca (incluso fuera de España) será una piedra fundamental para la conservación y la supervivencia del edificio que se agrieta cada día un poco más, por el tiempo, y también por todos los mercados de garbanzos y los pretendidos exégetas que gravitan alrededor del flamenco como si fuese una mina o un queso. En cuanto a mí, me alegro del extraordinario triunfo de estas jornadas hispánicas, organizadas por el Grupo de Estudios Españoles de la U.N.E.F., bajo la impulsión de Mr. Pa-

trick Charandreau, su delegado cultural.

La velada del 9 de marzo en la Sorbona tuvo lugar ante un público terriblemente receptivo y que no se halla próximo de olvidar el triunfo que reservó a la Joselito, a Pedro Soler, así como a todo el cuadro. Pero también es de recordar el gesto — ¡cuán emotivo y reconfortante! — de Jacinto Almadén y Pepe de la Matrona, que, al final del espectáculo cayeron en los brazos el uno del otro, en un abrazo fraternal e histórico.

Clemente Lepidis

París, marzo 1963.



Apunte retrospectivo

ASTELLANOS, de Soria, son los hombres que salen de sus casas para ocuparse en los penosos trabajos de la siega. También en el invierno partieron al comenzar la temporada de la olísea y moler en los trujales.

Ahora, como entonces, meten en las bizazas lo que han de llevarse, y como principal elemento defensivo el sombrero campero.

Cuesta un sacrificio la salida porque van a tierra extraña, dejando en la propia mujer e hijos, con otros intereses de los que duele separarse porque se aman. Del personal masculino únicamente ocian los viejos imposibilitados, de parada en los carascos.

El jornalero a la aventura busca acomodo donde la siega es larga a fin de ahorrar, lo cual que si la costa y albergue no entran en el ajuste, el segador lo pasa estrecho.

Aún hay

Esta función, hoy día la realizan las máquinas puntualmente, con economía de brazos y excusa de jornales, sino que no se habla aquí de ahora.

Los adelantos, efectivamente, son un signo del progreso, pero el progreso destruye al ser humano.

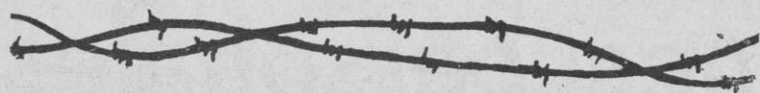
La vida cada día empeora y cada día gusta más.

El deseo de bienes no poseídos conduce al crimen o por lo menos a sus arrabales.

El hombre es otra máquina de matar. Ora mata por obediencia. Ora de « motu proprio », otra máquina.

Dialogan los abuelos en la solana amigablemente :

— El alcalde ha declinado sus funciones con carácter provisorio en el viejo más viejo del lugar, pues él parte a la siega por ser el pobre más pobre y necesitarlo.



Honras fúnebres para aquellos hombres muertos

El hermano José Martí lo ha dicho :
« Los que mueren dándonos ejemplo,
su tumba no es sepulcro sino templo. »

Y yo llevo este imborrable hachazo en la frente
como el despedazado rostro de la Esfinge
bajo los cañones de Napoleón,
como un insulto de todas las edades,
un reguero de lava ardiente en la conciencia
que quiero ahogar, cavando esta tierra
que no es mía, plantando en el alma
de los hombres libres
un árbol por cada judío muerto.

Aquí me quedaré hasta que el sol oscurezca,
sin que me hieran los latigazos de la escarcha,
hasta que Sidón, Babilonia, Gomorra y Petra
resuciten y los volcanes arrastren tanta igno-
[minia

en este paisaje en que navego a tientas,
ya sin brazos, sin ojos y sin piernas.

Hasta que se parta el firmamento
y se haga día la noche y escuche el bullicio
de los niños segados en este delirio del mundo.

A solas me encuentro, el corazón latiendo,
escuchando el fúnebre lamento de ancianos
madre y novias inmolados en el territorio
de nuestras almas como un himno lejano
de ternura que sacuda en esta encrucijada
la carga de muerte que echaron sobre mis es-
[paldas.

Aquí me quedaré, en este páramo desértico,
hasta que se desgarran las carnes de mi cuerpo,
cultivando lechugas, haciendo florecer mi
[huerto.

plantando árboles hasta cubrir el cielo
para esconder el horror del hombre que se pa-
[rece a mí

en este cementerio de la tierra
donde se ha inmolado a tanto judío bueno.

Quiero quedarme tendido sobre la azada
en esta tierra que cavo y con mi rastrillo
voy tejiendo los hilos del manto fúnebre
de este siglo negro.

Quiero cavar la fosa del juicio final
antes que se abra el chorro de vapor de nuevo
en los crematorios y campos de concentración
y la tierra se abra esperando el canto
de resurrección del nuevo día
que ahogue el llanto y las lágrimas
rieguen mi parcela con los abrazos
de los amigos y camaradas que no conocí.

Aquí me quedaré hasta que el rubor calcine
[mis huesos
y aunque la jauría infame escupa sobre mi
[tumba.

Aquí me quedaré para enterrar el nombre abo-
[minable
y quemar la bandera ensangrentada del horror
que arrastra consigo el llanto y cubre de vili-
[pendio

la fraternidad hacia el hermano caído,
hacia tanto pobre judío muerto
en este despedazado siglo de la esperanza.

Quiero avergonzarme del destino
y que mi nombre pague su cuenta dolorida,
la deuda fraterna que mi madre me puso en
[los ojos.

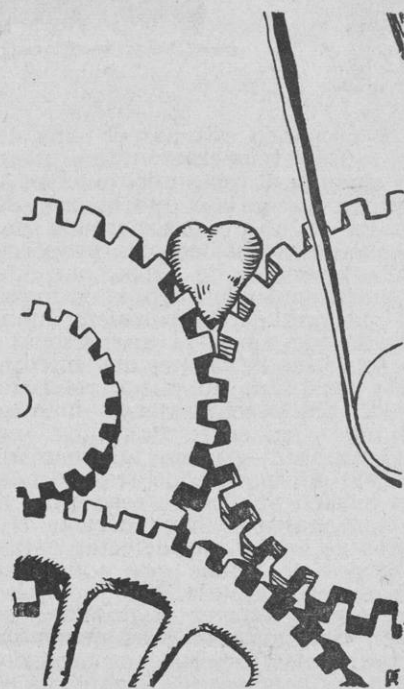
quiero, a falta de agua humana, que mis lá-
[grimas

rieguen con el dolor estos árboles y hortalizas
que planto con dolores de espigas
y tendones desgarrados

hasta que el firmamento se desplome
y que el peso de los niños me redima,
el abrazo de tantos hermanos me perdona

y el corazón calcine mi sangre,
Sin tregua removeré el vientre de esta tierra
donde sepultar condignamente, con un día de
[gloria,

el recuerdo de todos los judíos muertos.



Quiero rendir este humilde homenaje del si-
[lencio

al ejército de los cautivos que comieron tizones
y que en los antros de la infamia sucum-
[bieron ;

que salieron por las chimeneas de Mathausen,
Auschwitz, Belsen, Dachau, Buchenwald, Ca-
[tín

o fueron aherrojados con cadenas al suplicio
en la Plaza de Toros de Badajoz,

en la concentración de Oca,
en el Valle de los Caídos,
mientras los privilegiados dormían

y pedirles disculpas por haber tenido miedo
y no haber dinamitado las cárceles, trenes
y cámaras de gases deletéreos

estremecerme de pavor a los compases
de « Auscher Deutschland uber alles »
y « Cara al sol, con la camisa negra »

en las horribles melodías
para que los niños no lloraran,
ni las madres, ni hermanas ni abuelos

en esta ergía de dolor y de sangre
en que se contorsiona de pavor
la conciencia universal.

Aquí me quedaré sobre la tierra arrancando
[yuyos,
plantando flores, plantando legumbres, plan-
[tando árboles...

Comeré raíces y beberé mis lágrimas
hasta que la humanidad me olvide,
con mi frente y mi pala, la rabia y el horror,
con los cañones de fuego que saludan en mi
[pecho,

porque quiero redimir el nombre humano
que se dio a mi especie sumergida en la bar-
[barie

y decapitó a tanto judío muerto.

¡Libertad!

CAMPIO CARPIO

sol en las bardas

— A la oliva y a la siega fui de mozo
y de casado a saber las veces : Yo ni una
siquiera he sido rico, Gabino.

— Yo, con setenta años, ni para ir a la
cabeza del partido me he movido de aquí,
de modo que mis ojos sólo esto han visto,
Cesáreo.

— Ser pobre es una desgracia.

— Ser pobre es una suerte.

— ¡Hombre, qué ocurrencia!

— ¿Tendrías ahora que contar si pa-
sando trabajos no hubieras corrido mundo?
El que está quieto en un sitio y nada
más que bueno puede decir, que calle y
escuche.

— Aquí siempre ocurre igual, que es no
ocurrir nada. Castilla sumida en sepul-
cral silencio sólo bulle en la Historia. Este
pueblo castellano tiene siglos, mal color
y mala cara. Está resquebrajado, em-
pezando por la torre de la iglesia que del
reuma se tuerce y cualquier día con el

reloj y las campanas vendrá a tierra. La
cigüeña, ciudadana de esta villa, lo ba-
rrunta y por eso no viene.

— Los biznietos de tus biznietos no co-
nocerán tal cosa. El pueblo, amigo, tiene
buenas espaldas.

— Para mí que adolece del espinazo.

— ¿Qué, nos concertamos para segar?

— Somos viejos, lo que es otra suerte
como la que antes señalaste.

El simple de la localidad :

— ¿Son hoces con lo que siegan o ful-
gentes centellas? ¿Son segurejas de pla-
ta? ¿Son herramientas de jade? Dígalo el
que lo sepa y le regalaré un duro.

— ¿Falso o valiente?

— ¡Ja, ja, ja!...

Occiduo sol (aún lo hay en las bardas).
Los abuelos tornan a sus lares cabizba-
jos, recordando quizá las pretéritas cam-
pañas del óleo y del grano.

PUYOL



Las relaciones personales

por Max

ME proponen estudiar el tema de las causas temperamentales que produjeron el rompimiento entre Marx y Bakunin y confieso que la proposición me halla un tanto desorientado porque pienso en las considerables proporciones del tema, además de pensar en nuestra impotencia para adentrarnos en los secretos de la verdadera naturaleza humana, aparte de que tengo ya un personal concepto sobre las relaciones que hubo entre Marx y Bakunin. No puedo referirme al material inédito sobre Marx —manuscrito sobre todo— ni sobre Bakunin —cartas de la juventud—, como tampoco quiero ocuparme de la serie de trabajos de carácter médico publicados respecto a Marx y en los cuales se hace derivar el mal carácter de éste y sus defectos a las enfermedades continuas que aquejaban al autor de «El Capital». Los hombres que tienen algún valor y originalidad saben superar estas miserias y su personalidad; su organización especial, es producto de muchas influencias, no llegando a nuestro conocimiento sino una pequeña parte de ellas y esto mediante reminiscencias de todas clases. Pero el conjunto de sus ideas se amolda a la individualidad por un cúmulo de influencias, sea de ellas consciente el sujeto o no lo sea. Creo haber demostrado al referirme al origen de las ideas de Marx, Engels, Proudhon y Bakunin, que Marx especialmente fue ya desde el principio un elemento negativo desde el punto de vista social, que se sintió atraído por la tarea intelectual ajena con el objeto exclusivo de combatirla y destruirla, mientras que Bakunin fue muy receptivo y acogedor, decididamente interesado por un grupo de pensadores desde Fichte y Hegel a Feuerbach, desde el comunismo agrario y laborioso a la aversión al Estado por Proudhon. A todos fue agradecido, pero supo conservar su independencia, alimentando constantemente la propia ideología con nuevas impresiones. Entre él y Marx no pudo existir ruptura ni separación, porque esta presupone armonía anterior, concordia previa. Y no existió nunca esta armonía. Si hubo antagonistas de nacimiento estos antagonistas fueron Marx y Bakunin.

Fue Marx uno de esos hombres cuyo carácter y ambiente tienen predisposición autoritaria. Treves, tierra renana, era un viejo principado eclesiástico invadido por la conquistadora Francia, incorporado a Prusia por tratado inmediatamente posterior, y mientras Carlos Marx estaba en los años docentes su país nativo sostuvo diversas formas de oposición contra la nueva burocracia pedantesca prusiana pasando por una aspiración liberal templada —la del padre de Marx— y también por una predilección favorable a los sistemas franceses —de Napoleón o de Robespierre— y ocurriendo que una juven-

tud de pasiones vehementes como era la de Marx, crítico disolvente y humor demoleedor, comprendió con rapidez las debilidades de los moderados y de los neutros, no teniendo confianza más que en sí mismo. Esta confianza era una quitaesencia radical que sabía combinar la virtud de Robespierre con la fuerza de Napoleón. Mientras estudiaba Marx, su formación se debió en gran parte a la influencia de otro gran autoritario: Hegel. Era éste una especie de Napoleón del pensamiento y fundador de la doctrina estatal espiritual. No tardó en comprender Marx, siendo como era periodista político, que al preconizar como preconizaba el liberalismo, el sistema parlamentario y la repulsa contra la dictadura absolutista igual que la repulsa contra la dictadura popular, aquel liberalismo no era para él, para Marx, más que un callejón sin salida. Luis Blanc, el mismo que en París adoraba como se adoran las divinidades íntimas, a Robespierre y a Napoleón y proclamaba resueltamente la teoría estatal social y la necesidad de que el Estado organizara a los trabajadores, fue otro arquetipo, otro hombre modelo para Carlos Marx. Asistió éste al desarrollo inicial del maquinismo que arruinó a la pequeña producción manufacturera y concentró espesas masas proletarias en las fábricas. Sobre estos cambios producidos por el maquinismo consolidó Marx su concepto del carácter todopoderoso que atribuye a la forma de producir en la vida material, base sobre la que se edifican según él la conciencia humana y las formas políticas y jurídicas de la sociedad como una superestructura. Profetizando sobre estas opiniones igual que un Hegel que se propusiera organizar espiritualmente el Universo, queda ya congelado para siempre en su generalización, tan prematura y enormemente exagerada. Tiene necesidad de vivir en guerra perpetua con el resto de actividades no conformistas a pesar de seguir convencido de que tienen éstas valor cardinal, directo e indispensable. Pasa la vida elaborando una hipótesis primeriza, personal, y su temperamento desapacible facilita la tarea, aunque siembra en torno el dogmatismo, el sofisma, la mala voluntad, el virus antisocial y anti-intelectual como el desprecio de la ética a manos llenas.

Si el hombre es verdaderamente producto del utillaje, no se comprende cómo pudo desarrollarse éste y perfeccionarse al revés del hombre que evoluciona mucho más lentamente hasta el punto de darnos impresión de vivir de manera estacionaria, como el resto de los animales. Creemos que esta lentitud existió también para el hombre en las dilatadas épocas sin historia que preceden a los diez mil años más o menos históricos, mientras que en los últimos tres mil años y coincidiendo precisamente con el despertar del pensamiento, el progreso fue de ritmo más acelerado, vertiginoso en los últimos ciento cincuenta años si lo comparamos a la lentitud de los tiempos pasados. Ocurrió que el pensamiento de algunos hombres supo perfeccionar el utillaje de la producción, lo que aumentó las disponibilidades humanas y engendró progresos nuevos que se basaban en la observación, en la experiencia, en el pensamiento concen-

trado que sabe crear valores nuevos. Es deplorable que un hombre dotado como Carlos Marx se impermeabilizara a los veintiséis años ante el progreso de su siglo para esforzarse en verlo todo por el otro extremo y sin motivos variados ni matices.

Fue inducido también Marx por su espíritu autoritario para estrechar y reducir el socialismo, aspiración amplia y profunda, ideal inmenso que necesitaba como ningún otro, sin hablar de su fuerza revolucionaria, de un mínimo de comprensión y tolerancia, de cierta hostilidad atenuada por parte de todos, de la humanidad entera. Esto fue perfectamente comprendido por los primeros socialistas: Godwin, Robert Owen, Saint-Simon, Fourier y otros; no fue comprendido por los socialistas de la dictadura del tipo de Babeuf y Blanqui. Marx siguió la ruta de estos últimos. El tercer estado (burguesía) había acabado con el primero y con el segundo (clero y nobleza) y el cuarto Estado, el proletariado, tendría que acabar con el tercero. Pero para completar la analogía era preciso que el proletariado se perfeccionara a sí mismo, intelectualmente, higiénicamente y en organización, tal como la burguesía lo había hecho a través de los siglos hasta 1789, y esto no estaba en concordancia con los otros dos dogmas de Marx. Si la máquina esclaviza al proletario, ¿cómo se emancipará éste de su esclavitud? La máquina, en realidad, más que aumentar aquella servidumbre convierte al operario en una manivela, reemplazable en fecha próxima por una aplicación mecánica. En lo que atañe al punto de vista del maquinismo, no sólo permanece impotente el obrero para liberarse, sino que se transforma sucesivamente en inutilidad social y forma filas de millones de parados que la técnica ultraperfeccionada no necesita ya para sus fines.

Los esfuerzos revolucionarios de estas masas han de ser también impotentes, ya que las facultades y la eficacia no pudieron desenvolverse. Marx se vió reducido a aconsejar que se utilizarán los recursos todos del régimen presente para reforzar la capacidad activa del proletariado, lo que equivale al reformismo permanente y está representado por la socialdemocracia. No decimos que tales esfuerzos sean inútiles: por el contrario, saludamos cualquier avance que se manifieste en el terreno que sea; pero no es justo llamar socialismo a lo que no lo es, ni es justo tampoco excluir toda tendencia distinta con encarnizamiento, beatería y odio, frecuentemente con manifiesta mala fe empleada por fanáticos y sectarios, gente limitada de meollo, o por ávidos y crueles usurpadores de tipo bolchevique. La tarea de emancipación cultural quedó viada desde un principio por ir a la conquista política del Estado, tanto mediante la papeleta electoral (Luis Blanc) como mediante un golpe de mano (Blanqui). Los frutos se llaman colaboracionismo y dictadura. El espíritu socialista se atrofía y extingue con estas orientaciones mientras el falso socialismo es por doquier el pretexto para extremar la más feroz reacción.

Veamos lo dicho por Marx cuando en 1874 empleó unas semanas leyendo el li-

entre C. Marx y M. Bakunin

bro ruso de Bakunin « Estatismo y Anarquía »; leyéndolo penosamente, aunque con pericia y tenacidad. Veamos las anotaciones de Marx porque representan un verdadero diálogo entre Marx y Bakunin. Ambos se vieron muy raramente de 1844 a 1864. Sólo se encontraron con frecuencia en París durante el otoño-invierno de 1844-45. Se vieron también dos veces en 1848 (en Colonia y en Berlín) y una vez en Londres en 1864. Respecto a la correspondencia hay unas cartas de 1864-65 y otra carta de Bakunin al finalizar el año 1868, habiendo sido muy escasa la relación epistolar entre ambos. Vivían de manera correcta sin ser amigos en 1844-55. Disputaron en abril de 1848, reconciliándose en agosto de 1848 y por iniciativa de Marx en noviembre de 1864 volvieron a reconciliarse. Una carta amistosa de Bakunin en diciembre de 1868 refiriéndose a su actividad independiente sobre la Alianza pública suscito la cólera de Marx ya que éste consideraba la Internacional como de propiedad reservada para él, siguiendo la guerra abierta a partir de aquel momento. Es preciso entender como guerra abierta la solapada que por todos los medios declaró a Bakunin y que culminó en la expulsión de éste mediante voto de una mayoría servil en el Congreso de La Haya de 1872, dedicándose entonces Marx a deshonrar a Bakunin y a destruir su personalidad — según Marx creía — por el difamatorio libelo de 1873. Esta antipatía no fue obstáculo para que unos meses después se empeñara en leer Marx el mencionado libro de Bakunin escrito en ruso, lengua que Marx entendía con dificultad. Este libro en su versión castellana forma el tomo V de las « Obras » de Bakunin, edición de « La Protesta », de Buenos Aires, que contiene también una introducción histórica y un *post scriptum* relativo a las notas de Marx para poner al lector en antecedentes sobre el origen de tales escritos. Estas notas publicadas hace tiempo en « Letopis: Marksizma », de Moscú, por N. Rjasanov, están traducidas en parte en un folleto comunista publicado en París en 1935 (Karl Marx et Friedrich Engels : « Contre l'anarchisme »), donde se reproducen asimismo otros escritos del mismo género de estos autores, escritos que, por otra parte, son todos conocidos.

Sostiene Bakunin, por ejemplo, « que el llamado Estado popular no será más que la dirección muy despótica de las masas populares por una nueva y muy numerosa aristocracia de efectivos o pretendidos sabios. El pueblo no es erudito, lo que significa que será completamente libertado de las preocupaciones del gobierno, enteramente acorralado en el establo de los gobernados. ¡Bella liberación! » ¿No son estas palabras una anticipación de lo que había de ocurrir en Rusia? Gobernantes y técnicos imponen allí férreamente al pueblo la regulación del trabajo hasta en los menores detalles so pena de muerte para los negligentes y con favores graduados refinadamente para los que demuestran celo en su cometido.

Continúa diciendo Bakunin y prevé muy acertadamente la maniobra apologética que disfraza a menudo la férula brutal : « ...Los hombres se han dado cuen-

ta de esta contradicción (Marx) y reconocen que el gobierno de los sabios—¡qué ilusión!— (Marx), como el más pesado, odiado y despreciable del mundo a despecho de todas las formas democráticas, de hecho la dictadura efectiva, consolándose con la idea de que esta dictadura no será más que régimen transitorio y corto (no, caro mío, Marx), que la **dominación de clase** de los obreros sobre las capas del viejo mundo luchando con ellas no podrá durar más que el tiempo que tarde en ser destruida la base económica de la existencia de clases. Dicen que su única preocupación y su único objetivo será **formar y educar al pueblo** —políticos de cafetín— (Marx), tanto económica como políticamente hasta un grado tal que el gobierno no tarde en ser inútil y el Estado, desprendido de su carácter político, es decir, de su carácter de dominador, se transformará por sí mismo evidentemente en libre organización. » Añade Bakunin : « Si su Estado es verdaderamente popular ¿por qué destruirlo? Y si su destrucción es necesaria para la efectiva emancipación del pueblo ¿por qué se atreven a llamarlo popular? »

Con una correcta lealtad reproduce Bakunin las afirmaciones hechas por Marx, Engels y posteriormente por Lenin y otros respecto a que la dictadura no será más que cosa pasajera, y que la abolición del Estado y su desaparición serán estados sucesivos con el final de la anarquía **bien comprendida**, según aquellos autoritarios. Sobre estos puntos de vista basan a veces los exaltadores de la dictadura sus llamamientos a los libertarios para que se unan a ellos jurando que la dictadura no será más que una corta etapa, una píldora amarga, rápidamente pasada por el gástrico y azucarada con la seguridad de que no durará gran cosa. Los socialistas pueden leer antes en este trabajo la reproducción de puño y letra de Marx. Cuando Bakunin repite el concepto de la dictadura « transitoria y corta » intercepta Marx cínicamente estas palabras : « No, caro mío. » Así, pues, la dictadura ¿será durable y larga?

Para Marx, en efecto, el proletariado es sencillamente incapaz o menor de edad para desenvolverse. Así parece resultar de sus palabras de aquí : « Como el proletariado, mientras luce por el derrumbamiento de la antigua sociedad, actúa todavía sobre la base de esta misma sociedad, moviéndose dentro de las modalidades políticas que más o menos le son habituales, no ha podido alcanzar su formación definitiva en el transcurso de la lucha y emplea para emanciparse unos medios que han de ser suprimidos, conseguida la emancipación ».

En realidad, lo que hace Bakunin es insistir sobre la educación general y la experiencia producida por la solidaridad, las iniciativas y las actividades revolucionarias permanentes con objeto de hacer posible y apresurar la acción extensa capaz de acabar enteramente con el sistema estatal y capitalista. A esto llama Marx **no hacer absolutamente nada** porque Bakunin rechaza la idea de que el pueblo tenga que permanecer eternamente en el atolladero de las luchas electorales, sumiso a los jefes en la dictadura, periodo es-

Nettlau



te que aquellos jefes no tienen interés en abreviar (**no, caro mío!**), que decía Marx. Si en general comparamos las previsiones de Bakunin y las objeciones de Marx con la realidad rusa posterior en un período aproximado de veinte años, veremos que Bakunin presintió el daño que harían los marxistas en el poder mientras que Marx se columpia emitiendo las frases más ingenuas. Para Marx todo queda perfectamente bien si en vez de **gobierno** se dice **administración**. Se figura que los administradores y funcionarios serán todopoderosos, que dispondrán de un aparato estatal enorme, que serán tan inofensivos como los secretarios elegidos por un sindicato (trade union) o los gerentes de una cooperativa, los cuales hoy mismo tienen poder discrecional y directo equivalente a una dictadura no oficial que ya pesa actualmente sobre los trabajadores. Marx tenía una amplia experiencia de Inglaterra, sabía todo esto perfectamente y se fiaba muy poco de los líderes obreros ingleses.

Bakunin hizo siempre justicia a la tarea de crítica anticapitalista de Marx y no se mezcló en sus afirmaciones de economía política, ya que no pretendía Bakunin ser un especialista como Marx lo pretendía y aceptaba aquél la teoría del valor, etc. Malatesta dice que en economía política eran todos **marxistas** entonces; es decir, que se aceptaba la crítica marxista del capitalismo, la teoría de la plusvalía, etc., aunque sin deslumbramiento ni entusiasmo, más allá de toda medida. Los que no tenían conocimientos matemáticos respetaban las fórmulas de « El Capital »; los que no conocían la ciencia matemática, como Bakunin, se burlaban de aquellas fórmulas de Marx en « El Capital »; pero no todos comprendían que de un conjunto formado por unos cuantos libelos, unos cuantos libros y periódicos más un contingente de opiniones particulares muy acentuadas, hiciera Marx fortín socialista propio, adjudicándose el primer lugar en socialismo y la dictadura tanto intelectual como organizadora. Estas pretensiones no fueron conocidas ni creídas por cierto tiempo, no corrió por cierto, más que por unos cuantos habituales de la intimidad de Marx. Este sabía, por otra parte, manejar a todos y tener su compensación en la correspondencia ultra íntima que sostenía con Engels y otros. Poco a poco en el ambiente del Consejo general de la Internacional todos acabaron por conocer a Marx y paralelamente a la ruptura con Bakunin, que se acentúa en los últimos meses de 1868, hubo ruptura, cada vez más feroz con casi todos en Londres, y unos años después sólo trató Marx a Maltman Barrie, agente notorio del partido conservador cerca de los trabajado-

LIBROS

«Las raíces del espíritu»

POLVO y vida y polvo, tal sería el enigma hilativo de la imaginación en la poesía abstracta del interior de España.

Numerosos poetas del interior, buscando el pan del espíritu allende los Pirineos, nos ponen en un enigma que puede ser resumido por la simplicidad de un niño.

Poesía es todo lo que no es prosa y para llegar a embellecer hay que saber pensar y discernir en donde nuestro envoltorio mortal se encuentre. Así nuestros jóvenes poetas del interior deben buscar las raíces del espíritu en las ubres secas y escuálidas que amamanta la nación más desdichada de Europa, la que todavía oye las descargas del piquete de ejecución segando vidas de hijos del pueblo, y la que siente hasta la consumación de las generaciones de la guerra civil, las mordeduras de los perros del odio inextinguible, esc es la nación española.

«Las raíces del espíritu», de Mario Angel Marrodán ha sido publicado en la colección Rocamar, de Palencia.

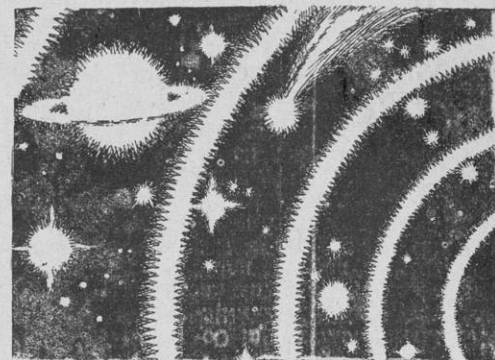
Marrodán, a pesar de ser joven poeta vasco como don Miguel de Unamuno, ha compuesto una obra fugaz y transparente donde se mira demasiado al cielo y muy poco en el misero e inseguro planeta Tierra, como si nuestras desdichas fueran obra de Dios, para beneficiarnos después de una vida eterna, en un paraíso de tiranos y conformistas. Por eso mismo las «Raíces del espíritu» deberían identificarse con los reflejos del espíritu que son para la vida y la muerte el alfa y omega de los conocimientos.

Para hacer poesía, amigos poetas españoles, hay que escuchar a los niños cuando llevan savia en sus reflexiones. Don Quijote de la Mancha no es más que un niño poeta con el prurito de extirpar de la Tierra, la raíz de todas las criaturas malvadas. Don Quijote era espíritu y ac-

ción y Sancho Panza era el reverso de la acción, pero genuino ibérico, era y es el héroe hispano en la tierra virgen, héroe de nuestro pueblo con sus verdades a la cara.

Mario Angel Marrodán nos habla en su libro del «dueño de esta raza» cuando la raza lleva en membrana geográfica, una conjugación de leyendas estrictamente populares, desde el Romancero del Cid hasta «La madre que no supo llorar»; tal es la membrana ibérica, cuyo núcleo guarda el secreto de nuestra sangre, ora mansa, ora tumultuosa en los torrentes de la Historia.

Nuestra raza no tiene que tener dueño. Hay... eso sí, inhibiciones de época, y ciertas contradicciones del carácter español; lo esencial es saber vivir ese tránsito amargo guardando siempre incólume nuestra dignidad, afin de expresar al mundo que nos ha querido enterrar, que los españoles somos como un grano fe- cundo con embrión aprisionado, en una



timos, nos dice que es un abrazo tendido al poeta desterrado desde el amor y el dolor de la infra España. El no duda quizá que por encima de las pasiones y del gusanillo de odio alimentado por el fanatismo cerril está el himno ibérico de un pueblo avasallado y en ese canto anónimo yace una juventud tendida en un inmenso charco de sangre. Una juventud que supo morir para que en España se tuviera derecho de sentir, de pensar, de llorar y de reír. Esa juventud puede resucitar un día animada precisamente por los cantos y los actos ya que por la acción las vacas de Helios mugían despedazadas en el asador, ante los ojos consternados de Ulises.

Viven ya en juventud eterna; García Lorca, el dulce pastor virgiliano Miguel Hernández, Vega Alvarez, el cautivo, serán imperecederos, porque esta juventud es trigo germinando en las entrañas mismas del dolor. Así saludamos a todos los poetas como Mario Angel Marrodán, afortunado autor de «Entrañas de himno» y entre otros poemarios, de «Las raíces del espíritu».

por VOLGA MARCOS

tumba de piedra; pero esperando siempre una luz propicia que venga a rasgar el envoltorio del silencio.

Marrodán escribe en muchas revistas de América Indohispana. Sus poemas son hechos con fragilidad de cristal y sinceridad de sueños. Hay verdades ambiguas en el semen del corazón. Sus frases tienen el sentido metafísico de una evasión, pero sinceras llegan a escocer. La poesía, para que se sienta, tiene que atravesar muros y tumbas. Su liquen tiene que trepar hasta los altos almenares de la lógica buscando siempre superficies de luz, afin de que nuestro pueblo lleve siempre su semilla invisible a los yermos desamparados del oscurantismo.

Gabriel Celaya cuando dice en «Corazón en su sitio» que «hay que llorar, hay que pensar, hay que mirar», hay que sentir porque siempre nos falta algo pequeño o algo grande, y es sin duda esa misma libertad de pensar lo que les falta a los poetas españoles. Celaya, como Marrodán, y tantos vates cohibidos en el atrio del cementerio, no tienen más arma que la metáfora y el corazón; por eso quienes estamos en el destierro tenemos que aprender a leer en las raíces de ese espíritu. Los poetas españoles colaboradores de pequeñas revistas como «Adarve», de Córdoba, «Alán», de Barcelona, «Agora», de Madrid y otras muchas que por índice alfabético pudiéramos enumerar hasta «Verita», de Granada, deben de meditar trasiego de generaciones pensando en la piel de toro cobijando cementerios y fosas comunes.

Mario Angel Marrodán es un creador de nimbos y de muchos poemarios y obras diseminadas fuera y dentro de España. En la dedicatoria, que profundamente sen-

Las relaciones personales entre Marx y Bakunin

res ingleses, habiendo ganado el agente a unos cuantos de ellos para venderse a aquel partido. Y por lo que respecta a Engels unos diez años después fue tratado casi únicamente por el doctor Aveling, de quien los demás socialistas recelaban con desprecio. Son estos hechos por su base de realidad los que ayudan a comprender que un hombre como Bakunin, experimentado con el conocimiento de los hombres desde 1835 a 1844, de Moscú a París no pudo hallar en Marx la substancia digna para hacer de él un amigo o un buen camarada. Marx, por su parte, debió de comprender desde entonces mismo que Bakunin no tenía el menor propósito de inclinarse ante él.

Max Nettlau

● Terminará en el próximo número ●

UMBRAL

Revista de arte, letras y estudios sociales

Giros: C.C.P. Paris 1350756
Roque Llop, 24, rue Ste-Marthe
Paris (X)

TELEFONO

Red. y Adm.: BOT 22-02

SUSCRIPCIÓN INDIVIDUAL

Trimestre 2 40 NF

Semestre 4 80 NF

Año 9 60 NF

Extranjero (año) 12 00 NF

Extranjero (por avión)

América del Norte 21 60 NF

América del Sur .. 26 40 NF

14 pequeños poemas

La mujer y el rosal

Cuando te miro lozana
rumbo a la ermita del valle,
parece que hasta la calle
repica como campana.
Madrileña o sevillana,
Giralda o Palacio Real,
torre o palma tropical,
no en vano hace tiempo sé
que hay que mirar por el pie
a la mujer y al rosal.

El acordeón del marino

En el brazo el acordeón,
canta alegre el marinero :
— El mar es mi compañero,
el mar tiene corazón.
Me acompaña en la canción
con un hondo sollozar;
si suelo desembarcar
con el acordeón al brazo,
cuando a mi novia me abrazo,
parece que abrazo el mar.

Frontera

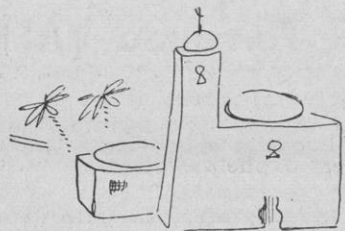
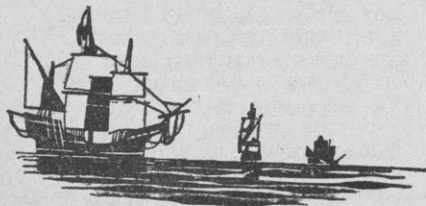
Junto al Xuarón, Vegadeo
oliendo a moza y maderas;
allá en la punta, Figueras
y en el horizonte, el Eo.
De frente al mar, Ribadeo
y el mar que sus rocas lima;
la vela que se aproxima,
rompiendo en la bruma el sol,
y a lo lejos, Castropol,
palacio y torre en la cima.

Fuga

Con su colmillo amarillo
de elefante, va adelante
la Luna, Luna en menguante,
y hunde en el cielo el colmillo.
De pronto pierde su brillo,
se hunde en la nube lejana;
huye de la cerbatana,
yo digo, al irse el reflejo :
Algún elefante viejo
dejó la selva africana.

Gozo

Antes que deje su huella
sobre la flor la babosa,
déjame gozar la rosa,
déjame gozar la estrella.
Déjame gozar de aquella
luz que rompe en el pinar;
sin soñar y sin gozar
la vida no es más que duelos.
¡Yo regalo un rascacielos
por una vela en el mar!



Al-Motamid

Corazón, entra en la lid
lanza en ristre y arremete
luciendo tu guantelete
y a caballo, como el Cid.
Como el Rey Al-Motamid
ama la rosa temprana,
mírala desde Triana
reiumbrar como un lucero;
¡pide su mano al hornero
y hazla en Sevilla sultana!

Sed

Ah, si no fuera por este vino
que nos ofrece Castilla,
¿quién soportara la trilla,
quién este sol de camino?
Aquí un viñedo, un encino,
la luz, la espiga dorada;
la nube congestionada
y el cauce seco del puente,
parece al sol del Poniente
toda Castilla incendiada.



Marea baja

Si hoy la marea está baja
y salir del puerto quieres,
no por ello desesperes :
cose la vela y trabaja.
No el árbol que se desgaja,
el que se pudre es lo grave;
que nadie te ponga llave
ni al corazón ni a la idea.
Cuando suba la marea,
vuelve a la mar con tu nave.

« Canela »

La « Canela » es una amiga
perra que hallé por la calle,
sola en la noche del Valle
lo mismo que una mendiga.
Sus cariños me prodiga,
no sabe en mi honor qué hacer;
ahora llego a comprender
que son más agradecidos
¡hasta los perros perdidos
que el hombre y que la mujer!

El indio

El indio... Sali a su encuentro
y pienso de esta manera :
el indio es suave por fuera,
pero muy duro por dentro.
El indio, firme en su centro,
camina, sueña, calcula
y aunque reza y disimula,
pese a la fe del bautismo,
sigue soñando lo mismo
pirámides en Cholula.

La horda

Deja que cruce la horda
con la grasa hasta el sobaco;
Don Quijote siempre es flaco,
Sancho Panza es el que engorda.
Contra el mal qu ese desborda
mas mi corazón se anima;
triunfador en todo clima
y afán buscando la nube,
¡yo soy el árbol que sube
desde el abismo a la cima!

Surco y vela

Dadme siempre, para ver
que aún hay sol y hay primavera,
en el campo una palmera
y en la calle una mujer.
Dadme en cada amanecer
un canto y un surco abierto;
un árbol en cada huerto,
pájaros en la enramada,
¡y una vela desplegada
que mire salir del puerto!

Voz

Voz que no admite el fracaso,
nunca me hallaréis conforme
con este mundo uniforme
que lleva el cerebro al raso.
Hoy me veréis en Pegaso
y mañana en Clavileño,
siempre con el mismo empeño
de lograr la vida plena;
pues no merece la pena
si no hay un poco de ensueño.

Del otro lado

No mires para otro lado,
sigue el camino adelante;
vive la vida radiante
hasta sentirte colmado.
Sólo el que no la ha gozado
a sus colodras se aferra;
tú cruza el llanto y la sierra,
corta la rosa granada.
Del otro lado no hay nada
más que dos metros de tierra.

ALFONSO CAMIN



MI FRECUENTACION

PERO volvamos a « Dorotea », es decir, al ideal de la mujer con que soñó Lope de Vega. Es evidente que el mayor encanto de la obra teatral de nuestro poeta reside en la variedad, hermosura y hechizo de sus personajes femeninos. En la más deslabazada de sus piezas teatrales — y muchas lo son, a causa del descuido y la ligereza con que fueron compuestas —, hallaréis siempre una escena y una mujer que valen por una obra entera de cualquier otro dramaturgo. Cierto que, en las comedias, insiste demasiado en la mudanza e inestabilidad del corazón femenino: « Quien dijo mujer dijo mudanza ». Mejor diríamos en su inconsecuencia, en su alogismo, que es acaso su mayor virtud. Ya Schopenhauer, tras profundas meditaciones, había llegado a la conclusión de que la belleza se origina al liberarse el artista del principio de razón suficiente, es decir, de la causalidad, de la lógica, del raciocinio. Lo bello es siempre nuevo, inesperado, sorprendente, imprevisible, porque es una creación de la vida y del genio. De donde, el azar, fruto sabroso de la libertad, es el mundo y la ley de la creación artística.

La mujer, pues, al liberarse de la lógica, al salirse de los caminos trillados de la razón pura, restituye al mundo el espíritu de creación, de innovación, y nos eleva de la realidad encadenada a la materia, a las regiones ideales del amor y la belleza. Vaya usted a medir con la vara del sentido común, propio de graves varones, los actos y sentimientos de una mujer, singularmente si es hermosa y está enamorada:

Por esto, y por lo que ves,
nunca crédito nos des,
ni crueles ni amorosas,
porque todas nuestras cosas
se han de entender al revés,

dice la protagonista de « El mejor Alcalde, el Rey ». ¿Experiencia personal o ancestral influjo hereditario de su abolengo vasco-cantábrico que tanto le envanece? Pues sabido es que Lope compuso su nombre saltándose a la torera varios de los apellidos para incorporarse el muy alejado de « Carpio », y blasonaba de ser hidalgo de casa y solar montañés, descendiente del vencedor de Roncesvalles. En razón de esta genealogía, incorporó a sus blasones las diecinueve torres del de Bernardo el Carpio, que dieron lugar a la sátira gongoriana recordada en estas conmemoraciones del Ateneo por Libertad y Morte:

Por tu vida, Lopillo, que me borres
las diecinueve torres de tu escudo,
pues aunque tienes mucho viento, dudo
que tengas viento para tantas torres.

Mas lo cierto es que ese venerable y antiquísimo pueblo vasco, cuya lengua encierra la clave de no pocos enigmas de la toponimia española, tuvo ya al decir de los eruditos la intuición lopedevaguesca de la enmarañada psicología femenina, al apellidar a la primera mujer Eva, que según el abate Lahetjizan, en un estudio redactado en el siglo XVIII, es

por Fernando VALERA

nombre vasco — ¿si resultará ahora que el vasco fue la lengua de Adán y Eva en el paraíso? —, formado por la combinación de las palabras EZ que significa no, y BAI que significa sí, para expresar de esta manera Ezvai, si-no, la contradictoria condición de la psicología femenina. Y la deliciosa Diana de « El perro del hortelano », que quiere y no quiere, ni quiere querer, ni deja que las demás quieran, después de haber abofeteado al pobre Teodoro, prueba de lo mucho que le amaba, regresa a interesarse por su salud y entabla con la víctima este diálogo:

— Teodoro. — Señora (¿entiendo a esta mujer?).
— Yo vengo a saber cómo te hallas.
— Ya lo ves.
— ¿Estás bueno?
Bueno estoy.
— ¿Y no dices : a tu servicio?

— No puedo estar más a tu servicio siendo tal el tratamiento.
— ¡Qué poco sabes!
— Tan poco que te siento y no te entiendo, pues no entiendo tus palabras y tus bofetones siento. Si no te quiero, te enfadas, y enójaste si te quiero; escribeme si te olvido, y si te escribo, te ofendo; pretendes que yo te entienda, y si lo hago, soy necio.

El gran amigo de Lope de Vega, el inmortal Quevedo, había expresado con su gracia habitual esta condición ilógica de la psicología femenina: « Si la besas, te embarras los labios; si la abrazas, aprietas tabillitas y abollas cartones; si la acuestas contigo, la mitad dejas debajo de la cama en los chapines; si la pretendes, te cansa; si la alcanzas, te embarazas; si la sustentas, te empobreces; si la dejas, te persigue, y si la quieres, te deja ».

Mas ahí consiste también el aspecto encantador, bello y agradable de la mujer, ornato de la vida, mentís de la razón y corrección de la naturaleza. Sin embargo, también, cuando se le antoja, contra toda razón y fuero y cuando menos el varón podía esperarlo, la mujer es firme como la roca al sentimiento de su honor, y entonces se transfigura en las obras de Lope en otro tipo de mujer inspiradora de una nueva forma de belleza más noble y severa, igualmente sorprendente e imprevisible, y en ella se funda el concepto sublime de la tragedia. Como en la preciosa obra de Tirso de Molina, « La prudencia de la mujer », hallaréis en el teatro de Lope esos tipos de la mujer española, leal a su amor y a su honor, por encima del dolor y de la muerte. Tales como la Casilda del « Comendador de Ocaña », la Laurencia de « Fuenteovejuna », la Doña Inés de « El Caballero de

Olmedo », la « Estrella de Sevilla », y tantas otras, cuya lealtad al amor y al honor es causa de las mayores tragedias.

En Dorotea, se resumen todos los hechizos, flaquezas y virtudes, tentaciones y encantos de la mujer de Lope de Vega. Su novela dramática o drama novelado, a la manera de « La Celestina », relata probablemente un episodio de la vida del poeta. El Don Fernando, es el propio Lope, y Dorotea es la revelación de su alma y la explicación de su vida. Sin « La Dorotea », a pesar de su genio, la inmoralidad de la conducta nos inspiraría asco; gracias a « La Dorotea », nos produce angustia, congoja, nos invita a la compasión e induce a la simpatía; porque Lope arrastró toda la vida, en el desequilibrio de una sentimentalidad atormentada, la llaga abierta de los grandes amores fracasados e imposibles en que el adolescente se había asomado al misterioso y sombrío imperio del Eros divino.

Tengo para mí que en Dorotea se cifran a la vez dos mujeres: Marfisa = Amarilis, y Filis = Dorotea. Acaso una tercera, que debió de morir en edad temprana. Tres amores prematuros cercenados en flor por la muerte. Así en su epístola a Amarilis, se confiesa y justifica Lope de sus extravíos:

Amor, que amor en cuanto dice miente
me dijo que a seguirle me inclinase;
lo que entonces me dio, mi edad lo siente.

El fracaso del amor le llevó al arte:

Mas como yo beldad ajena amara,
dime a letras humanas, y con ellas
quiso el poeta Amor que me quedara.

« Lo demás, preguntadlo a mi poesía ». A los 17 años, diz que se enamoró de Marfisa. Los padres de ésta la casaron con un hombre de edad, varón maduro, grave y docto en leyes: « El día de la boda, lo relata el poeta, lloramos los dos detrás de la puerta, mezclando las palabras con las lágrimas ».

Pocos años después, no ya adolescente, pero todavía mozo, acaecen sus amores con la bella, discreta, graciosa Elena Osorio, en la que todo llamaba al amor: La juventud, « el talle, el brío, la limpieza, el habla, la voz, el ingenio, el danzar, el cantar, el tañer diversos instrumentos, que todo me cuesta dos mil versos ».

¡Qué exaltado lirismo alumbró aquel « maridaje del rubí y del diamante » en el adolescente lacerado de su primer amor! Véase esta delicada evocación de Dorotea y este canto a sus hermosos ojos verdes:

Corría un manso arroyuelo
entre dos valles, al alba,
que sobre preñadas de aljófar
le prestaban esmeraldas.
Las blancas y rojas flores
que por las márgenes baña.
dos veces eran narcisos
en el espejo del agua.
Ya se volvía la aurora,
y en los prados imitaban
celosos lirios sus ojos,
jazmines sus manos blancas.
Las rosas en verdes lazos

DE LOPE DE VEGA

vestidas de blanco y nácar,
con hermosura de un día
daban envidia y venganza.
Ya no bajaban las aves
al agua, porque pensaban,
como daba el sol en ella
que eran pedazos de plato.
En esta sazón, Lisardo
salía de la cabaña,
¿quién pensara que a estar triste
donde todos se alegraban?
Por las mal enjutas sendas
delante el ganado baja
que a un mismo tiempo, paciendo,
come hielo y bebe escarcha.
Por otra parte venía
de sus tristezas la causa,
hermosa como ella misma,
pues ella sola se iguala.
Leyendo viene una letra
que a sus estrellas con alma
compuso Lisardo un día,
con más amor que esperanza.
Vióle admirado de verla,
y de unas cintas moradas,
para matarle a lisonjas,
el instrumento desata,
y por dos hilos de perlas
que dos claveles guardaban,
dio la voz al manso viento
y repitió sus palabras :

« Madre, unos ojuelos ví,
verdes, alegres y bellos,
y ellos se burlan de mí ».
« Las dos niñas de sus cielos
han hecho tanta mudanza
que ya el color de esperanza
se me ha convertido en celos.
Yo pienso, madre, que ví,
mi vida y mi muerte en vellos,
ay que me muero por ellos
y ellos se burlan de mí ».

« Quién pensara que el color
de tal suerte me engañara
pero, quién no lo pensara
cuando no tuviera amor.
Madre, en ellos me perdí,
y es fuerza buscarme en ellos,
ay que me muero por vellos
y ellos se burlan de mí. »

No creo que en la lírica castellana se
hayan dicho cosas más delicadas y lindas
a una mujer hermosa :

« Aquella cuyos ojos
verdes, de amor centellas,
músicos celestiales,
orfeos de almas eran,
cuyas hermosas niñas,
tenían, como reinas,
doseles de su frente
con armas de sus cejas.
Aquella cuya boca
daba lección risueña
al mar de hacer corales,
al alba de hacer perlas;
aquella cuyas manos,
de vivo azahar compuestas,
eran nieve en blancura,
cristal en transparencia;
cuyos pies parecían
dos ramos de azucenas,
si para ser más lindas
nacieron tan pequeñas.

Pero a la madre de la ninfa, le intere-
saban mas los ducados de don Francisco
de Perrenot, conde de Cantecroix y sobri-
no del poderoso cardenal Franvela, que
no los futuros laureles de un poeta des-
harrapado y famélico, aunque joven, gal-
lardo y enamorado, y con la ayuda de
Gerarda, la entrometida o alcahueta de
esta nueva Celestina, libera a su hija del
amor insolvente y la entrega a la opu-
lencia generosa de un amante rico. Amara-
mente el poeta había de escribir andan-
do el tiempo en una de sus comedias :

Nada me parece bien,
todos me son importunos.
— ¿Tenéis dineros?
— Ningunos.
— Pues procurad que os los den.

« Poderoso caballero — es don Dine-
ro », había escrito don Francisco de Que-
vedo. Y don Luis de Góngora : « Dineros
son calidad — verdad. Más ama quien
más suspira — mentira ». « Ducados
compran ducados — y coronas, majestad
— verdad ». « Todo se vende en el día, —
la corte vende su gala — la guerra su va-
lencia — hasta su sabiduría — vende la
Universidad, — verdad ».

En vano intentó Lope con halagos, dul-
zura y versos, salvar del naufragio a su
barquilla. Su barquilla, que es a la vez
símbolo de su amor y de su vida, identi-
ficadas en un solo bellissimo pensamiento
o imagen por la alquimia secreta del
verso :

Pobre barquilla mía
entre peñascos rota,
sin velas, desvelada
y entre las olas sola.

...Como las altas naves,
te apartas animosa
de la vecina tierra
y al fiero mar te arrojas.

...Dirás que muchas barcas
con el favor en popa,
saliendo desdichadas
volvieron venturosas.
No mires los ejemplos
de las que van y tornan,
que a muchas ha perdido
la dicha de las otras.
Para los altos mares
no lleves cautelosa
ni velas de mentiras
ni remos de lisonja.
¿Quién te engañó, barquilla?
Vuelve, vuelve la proa.

Y lo que sigue, que habría de recitarlo
todo. Y en otro romance vuelve a la mis-
ma imagen :

Para que no te vayas,
pobre barquilla, a pique,
lastremos de desdichas
tu fundamento triste.
Pero, tan grave peso,
¿cómo podrás sufrirlo?
Si fuera de esperanzas
no fuera tan difícil.

Prevaleció el interés sobre el amor, y la
codicia sobre la belleza. Ningún lopista

ignora la reacción desahogada del poeta,
viendo puestos en almoneda sus amores.
Fueron infamantes y hasta encanallados
los versos que echó a rodar en los menti-
deros de la maledicencia madrileña con-
tra su rival, el afortunado don Bela —
anagrama del apellido Granvela—, y con-
tra doña Ana Velázquez, la madre de Do-
rotea :

Anilla Velázquez es
antes puta que nacida,
puta antes y después,

contra la dueña Juana de Ribera, que
actuó de Celestina, la Geralda de su no-
vela, y contra la desventurada Elena Oso-
rio, Dorotea, que preciaba en más dine-
ros, joyas y almizcles del indiano rico,
que las galanterías del poeta pobre :

Chapines del valenciano
y barros del portugués,
abanicos del guantero
y cortes del milanés,
la tienen, lector amigo,
en el punto que la ves.
Y si no, prueba a buscarla,
con medio real que la des,
y llévartela ha su madre
cuando más seguro estés.
Estas son las tres que ensucian
el barrio de Lapaviés.

Las tres eran Ana Velázquez, Juana de
Ribera y Elena Osorio, es decir, Dorotea.
También es conocido el proceso por difa-
mación que le siguieron, el prendimiento
de Lope por la justicia del rey, su pri-
sión, el juicio y la condena a ocho años
de destierro de la Corte, más dos del rei-
no de Castilla, so pena de muerte si que-
brantaba el destierro del reino, y en ga-
leras al remo y sin sueldo, si el de la
Corte.

Era el 7 de febrero de 1588. Tenía Lope
a la sazón 26 años. Su despedida a Doro-
tea es una curiosa mezcla de ternura, de
amor, de celos, de desprecio y de encono,
de sentimientos contrapuestos y dispares,
como acaece siempre que el sentimiento
rompe el gobernalle de la razón :

Dices que contenta estás,
mas yo sé que, aunque lo doras,
que algunas lágrimas lloras
y que algún suspiro das.
Esto es arrogancia clara,
y no así me guarde Dios
que, aquí para entre los dos,
bien quisieras que te amara.
Los diez años, cumplirélos,
que bien los he menester
para poder entender
tus engaños y tus celos.

Y termina haciendo votos porque en-
cuentre otro hombre « que me haga bue-
no a mí », y asegurando que parte al des-
tiero,

consolado
en que, si soy desterrado,
al menos, lo voy de tí.

● Acabará en el próximo número ●

BREVE RESUMEN DEL CINE INGLÉS

HAY algunos que todavía mantienen apasionadamente que Gran Bretaña es la cuna del cine y que un inglés llamado Friese-Greene fue su creador. Tal vez sea así. Otros países tienen, asimismo, argumentos a su favor igualmente poderosos. Estados Unidos asegura que Edison lo consiguió primero; los franceses concederían ese honor a Lumiere. Por razones de índole práctica, parece más acertado iniciar la historia del cine inglés a partir de la época en que las películas mudas se hacen sonoras.

Nosotros no demostramos gran talento produciendo películas mudas. A lo más podían ser consideradas como un agradable pasatiempo. Las películas más prometedoras que podíamos ofrecer eran obra de dos jóvenes directores ingleses, Alfred Hitchcock y Anthony Asquith, el uno hijo de un pollero y el otro de un primer ministro. Ninguno de ellos era muy conocido; apenas se les nombraba fuera de Inglaterra. Pero los que hacíamos crítica de cine por los años veinte, estábamos seguros de que no debíamos perderles de vista. «Algún día lo conseguirán», dijimos, y el tiempo no tardaría en probar que un día lo consiguieron. Hitchcock, que dejó Inglaterra para ir a Hollywood poco antes de la Segunda Guerra Mundial, ha logrado la mayor fama. Pero Asquith, que permaneció en Gran Bretaña, ha hecho una colección de buenas películas. Tal vez lo más importante es que Asquith se ha convertido en el diplomático destacado de la industria cinematográfica inglesa, en el mediador entre empresarios y obreros más digno de confianza.

Las primeras películas sonoras llegaron a Gran Bretaña desde Hollywood en el otoño de 1926; pocos meses después, los estudios británicos estaban dedicados de lleno a seguir esa experiencia. Entonces Hitchcock tenía a medio terminar una película muda, del género policiaco, llamada «Blackmail» (Chantaje). Paró la producción inmediatamente. Consiguió un aparato sonoro de segunda mano perteneciente a una Universidad, que lo utilizaba como modelo experimental. Las principales escenas volvieron a ser filmadas con fondo sonoro y diálogo, aunque fue preciso doblar la voz de la protagonista, ya que ésta sólo hablaba correctamente alemán.

Hitchcock se aficionó al cine sonoro como el pato al agua. Durante la primera mitad de los años treinta produjo brillantes películas. Nunca utilizaba mucho diálogo en sus films por creer que el sonido, sirviendo como contrapunto de la imagen, es más importante aún. En «39 escalones», el grito de una mujer al descubrir un cadáver se mezcla con el sonido agudo del silbato de una locomotora. En «El hombre que sabía demasiado», el batir de los címbalos coincide con el disparo de una pistola, en la interpretación de una sinfonía en el Royal Albert Hall.

La fama de Hitchcock pronto se extendió más allá del Atlántico, y hacia 1938, las ofertas de Hollywood se hacen tan tentadoras que no pueden resistirlas. Se traslada a California con su familia y desde entonces no ha vuelto a dirigir ninguna película en Inglaterra. Pero por esa época

nuestra industria ya podía mantenerse en pie por sí misma.

En 1933, un hombre llamado Alexander Korda hizo la película llamada «La vida privada de Enrique VIII», con Charles Laughton en el papel principal. Korda era un húngaro que llegó a Inglaterra después de pasar por Alemania, Hollywood y París. Adoptó la nacionalidad británica y más tarde fue ennoblecido por sus servicios al cine inglés. Es imposible pecar por exceso al describir la influencia de Korda en la industria británica. Era, al mismo tiempo, un director y un hombre de gusto y cultura y dominaba cinco idiomas por lo menos, profundo conocedor de los clásicos de muchos países, un entendido en pintura y un gran coleccionista de arte.

Sólo lo mejor podía satisfacerle para sus películas, tanto en lo relativo a los guiones como a los actores, dirección, es-

POR C. A. LEJEUNE

cenario y música. En los años que precedieron a la última guerra, los estudios edificados por él en Denham se convirtieron en el lugar de reunión de todos los artistas. La relación de las películas de Korda es larga, rica y variada: tiene títulos tan memorables como «Enrique VIII», «Rembrandt», «Pimpinela Escarlata», «Las cuatro plumas» y el «Ladrón de Bagdad», que hubo de terminarse en Hollywood a causa de la guerra.

Cuando estalló ésta, se creyó durante algún tiempo que la producción británica iba a quedar interrumpida, pero, afortunadamente, para nosotros, no sucedió así. Comprendió el Gobierno que las películas podrían constituir una parte vital del esfuerzo bélico, y aunque la superficie de los estudios, la mano de obra y los materiales esenciales estaban severamente limitados, aprendimos a seguir trabajando con muy poco. Mantuvimos una producción que habría enorgullecido a cualquier pueblo en cualquier época. Aquellos fueron los días grandes de las películas documentales británicas. Fueron también los días aciagos para los artistas más apreciados; por ejemplo, Leslie Howard, que murió cuando el avión en que viajaba fue derribado sobre el Golfo de Vizcaya, después de pronunciar varias conferencias en Lisboa.

La guerra se aproximaba a su fin cuando Laurence Olivier, un famoso actor teatral especializado en la representación de obras de Shakespeare, que antes de enrolarse en el Ejército del Aire había trabajado con Korda en varias películas (incluida «Lady Hamilton», junto con su mujer Vivien Leigh), fue requerido para representar el papel de Enrique V en una película que sería una obra de prestigio nacional según se esperaba. Las esperanzas fueron plenamente justificadas. Raras veces hemos visto escenas de amor más deliciosas y delicadas, escenarios con mayor elegancia de formas o escenas de batallas más apasionantes que la carga en

Agincourt. Cuando George B. Shaw vio la película, dijo con su estilo característico: «Diez minutos de buen cine y el resto, Shakespeare». (Se equivocaba en esto. Los productores, con gran audacia, insertaron dos líneas del poeta Marlowe.)

El entusiasmo escénico de Olivier por Shakespeare fue agudizado con el éxito de «Enrique V». Cuando terminó la guerra hizo «Hamlet» y «Ricardo III». La película «Hamlet», en la que encarnó al Príncipe de Dinamarca y al Fantasma, está generalmente considerada por los críticos como la menos efectiva del trío, aunque la escena del duelo, en el último acto, es una exhibición de facultades.

Con la película «Ricardo III», Olivier logró su obra maestra. En todos los aspectos es un trabajo de madurez y de matiz, hermosamente dirigido, representado y hablado, con un uso del color y de la composición lleno de inspiración. Olivier no comparte la moderna teoría de que Ricardo el Jorobado era un individuo calumniado y mal comprendido. Representa a Ricardo III sin piedad, como Shakespeare lo presentó a su público. «Yo estoy decidido a ser un villano».

En los últimos años, el cine inglés ha abandonado el género dramático y novelesco para hacer películas realistas. La nueva generación de escritores y directores está interesada en las problemas modernos de las clases trabajadoras. Las películas de mayor éxito, entre otras, «Todo comienza en sábado», y «Un sabor a miel», que están lejos de relatar historias de reyes y reinas, fueron filmadas en fábricas y calles sórdidas, y los personajes hablan con unos acentos y expresiones que nada tienen en común con el lenguaje académico.

Muchas de esas películas modernas están basadas en novelas y siguen la presente tendencia literaria británica de escribir libros y obras de teatro acerca de la vida de la clase media baja y de la clase trabajadora. Los autores son jóvenes, principalmente, que han salido de esos medios sociales.

A pesar del dinamismo de la vida moderna, aquellas películas sobre Shakespeare hechas por Olivier, no han perdido nunca su efecto. Anualmente, durante los últimos cuatro años, en el Academy Cinema, de Londres, se ha ofrecido una temporada dedicada a «Olivier en Shakespeare». Cada una de sus tres películas ha sido exhibida inicialmente a lo largo de dos semanas y cada año la muchedumbre era tan numerosa que el programa tuvo que ser repetido por completo. Ahí está la repuesta a una afirmación de que Shakespeare llevado a la pantalla no proporciona buena taquilla.

Londres, 1963.



LUCIERNAGAS

1

LUIS FERNANDEZ DE ARDAVIN

HACE unos meses murió en Madrid Luis Fernández de Ardavin: un buen poeta y un mal dramaturgo, que, sin embargo, ganó gran renombre y mucho dinero como autor de obras de teatro. Estrenó, casi siempre con éxito, cuantos dramas, comedias y zarzuelas quiso. Fue el autor favorito de la gran doña María Guerrero, la mejoz actriz que ha tenido España.

Por cierto que dicha eminente comediante me hizo el honor de asistir, desde un palco proscenio del teatro Eslava, de Madrid, en compañía de su esposo, el buen actor don Fernando Díaz de Mendoza, a una de las primeras representaciones de mi tragicomedia «Santa Isabel de Ceres». Yo ocupaba en compañía de mi novia, la que hoy es mi mujer desde hace cuarenta años, el palco de enfrente. Al terminar el primer acto, doña María me miró con los gemelos, y yo la saludé con una inclinación de cabeza. Ella me sonrió. «Esa sonrisa —me dijo mi novia— ha sido una invitación.» «¿Una invitación a qué?» «A que vayas a su palco, a ofrecerle... tus respetos. Verás cómo te pide que le hagas un drama del estilo de «Santa Isabel de Ceres.» «Será mejor —dije a mi dulce novia— que cualquier día de estos vayamos al teatro de la Princesa y que en uno de los entreactos la saludemos en su camarín.» Y en eso quedamos.

Pero tardábamos demasiado en cumplir nuestro propósito. Habían transcurrido ya como dos semanas. «De mañana no pasa que vayamos al teatro de la Princesa, a saludar a doña María Guerrero», dije a mi novia. Ella estaba echando ojeadas al «Heraldo de Madrid». «¿Mañana, en? —contestó mi amor, con sorna—. Pues oye lo que aquí dice DE MANANA». Y leyó en voz alta: «Mañana, a las tres de la tarde, en el teatro de la Princesa, el dramaturgo Luis Fernández de Ardavin dará lectura de su nuevo drama «Prostitución» a la compañía de doña María Guerrero y don Fernando Díaz de Mendoza. Los ensayos comenzarán al día siguiente.»

«Prostitución», estrenada ocho o diez días más tarde, fue un fracaso. Yo lo sentí mucho, porque los periódicos de la entonces «Villa y Corte del Oso y el Mardroño», decían que el drama de Ardavin era una mala imitación de «Santa Isabel de Ceres». Uno de los críticos —creo que el de «A B C»— tranquilizaba a la digna señora esposa del autor con estas o parecidas palabras: «La señora de Ardavin debe tener la absoluta seguridad de que su esposo no ha pisado jamás una mancha.»

Ardavin fue, pues, el primer conocido autor dramático que me honró estrenando en el más importante teatro de Madrid y con la compañía más ilustre de España una obra «del tipo» de mi «Santa Isabel de Ceres». Y el último «imitador» que tuve fue nada menos que el glorioso don Jacinto Benavente, con su muy admirable «Pepa Doncel», de la que un crítico dijo: «No salimos de «Santa Isabel de Ceres».

por Alfonso VIDAL Y PLANAS

Pero yo hablaba de Ardavin, y se me fue el santo al cielo.

Escribí Ardavin, que gloria haya, una zarzuela titulada «Le Bejarana», con música del maestro Alonso. El éxito fue muy grande. En toda España se cantaban los versos de dicha obra, sobre todo estos:

Bejarana, no me llores
porque me voy a la guerra:
ya vendrán tiempos mejores
en que ordeñes la becerra
mientras yo cuido la tierra
para que tú tengas flores.

Esto de «ordeñar la becerra» es originalísimo. Nunca había ocurrido, ni volverá a ocurrir jamás.

Sin embargo, Luis Fernández de Ardavin era todo un señor poeta cuando no «dramatizaba». Tiene un poema que, a pesar de sus ripios, es genial y se hará perdurable. Ya figura en todas las buenas Antologías. Yo me lo sé de memoria desde que era joven. El arranque es grandioso:

Se ha de ver tu calavera, al final de este camino,
en las manos afiladas de un trapense o agustino...

Y donde hoy entran las locas alondras del pensamiento,

por la fuerza del destino,
ha de entrar mañana el viento...

¡Memento!

Vamos tras de las mujeres como si fueran eternas,

con la salvaje lujuria del hombre de las cavernas...

¡Y se pudren las mujeres, como se secan las rosas!

¡Se mueren todas las cosas, y hasta la Tierra se muere!

¡Miserere!...

2

LOS PRIMEROS VERSOS MEXICANOS EN ESPAÑOL

LOS más notables tratadistas de Literatura Mexicana —González Peña, Jiménez Rueda y otros— consideran como primeros versos, conocidos, de nuestra poesía en lengua española, los del villancico o villancete final del auto «Adán y Eva», representado en Tlaxcala en 1538; versos que rezan así:

Para qué comió
la primer casada,
para qué comió
la fruta vedada:
La primer casada
ella y su marido,
a Dios han traído
en pobre posada,
por haber comido
la fruta vedada.

La ingenuidad, el candor y la sencillez de estos versos dan la villancico final de «Adán y Eva» una exquisita fragancia de violetas estéticas.

3

DIEGO SAN JOSE

Confinado en Redondela, pueblo alejadísimo de Madrid, falleció en la miseria, a la edad de setenta y ocho años, el que en la España libre y digna, anterior a la Guerra Civil, era uno de los más populares escritores y poetas: Diego San José.

De gloriosa cuna, esplendente de humildad, pues su nonrado padre fue cochero de punto, Diego San José se encumbró a la fama como literato insigne, gracias a su talento y a la gran destreza con que manejaba la pluma. Como por gala, cultivaba el estilo arcaico, entre cervantino y quevedesco. Era deleite leerle, «tan fuera de su tiempo». Objetaban algunos: «Escribir ahora como en siglo XVI, es como ir de Madrid a Paris en burro, habiendo tan cómodos trenes». Sin embargo, aún en el tiempo actual, es «mucho más viajero» el que va de Madrid a Paris en burro que no el que va en tren o en avión. Los viajes, cuanto más «despaciosos», más placenteros. Los que viajan por negocios no pueden comprender que se viaje... ¡por recordar! «¿Por recordar?», extranan ellos. «Pues sí, por recordar, a la vejez, y poder referir a los nietos las aventuras sin fin del viaje a Paris en burro, desde muy lejos. Y mejor que en burro, a pie», se les podría contestar. Siendo yo muy joven, hice a pie el largo viaje de Madrid a Barcelona, por el diario de la Ville y Corte «La Jornada»: ¡Las cosas que conté en dicho periódico!... ¡Y la fruición con que ahora las refiero a mis jóvenes discípulos, en las aulas!...

Diego San José será siempre el autor de «La Niña de Plata», una magistral novela, y de «En el Devocionario de una Dama», un libro de versos muy bellos.

En «El Liberal», que era, en aquel tiempo, el más importante diario de España, escribía crónicas admirables, que competían con las de Joaquín Dicenta y con las de Pedro de Répide.

Como el ilustre periodista Javier Bueno y como el gran sonetista Pedro Luis de Gálvez, Diego San José fue condenado a muerte por Franco poco después de la caída de Madrid.

Javier Bueno y Pedro de Gálvez fueron «ejecutados», pero a Diego San José lo indultó el Caudillo, conmutándole la pena de muerte por la de cadena perpetua. Este acto de «clemencia» fue debido a una recomendación que Millán Astray hizo al generalísimo a favor de Diego San José.

Dicho ilustre escritor, después de haber pasado muchos años en presidio, fue puesto en libertad, con lo que se le empeoró la pena, pues los sindicatos verticales faiangistas no le dieron permiso para trabajar, y el pobre Diego sufrió durante lustros la inacabable agonía del hambre.

Luciérnagas

4

I.—Dicen ellos: «La dictadura es el lógico sometimiento de las masas bárbaras a la prudente voluntad de las minorías selectas, representadas por un férreo gobernante absoluto.»

II.—Si es así, las dictaduras son la vuelta a las monarquías absolutas del Medioevo. O al feudalismo. Franco, por ejemplo, es el señor Feudal de España desde hace más de cinco lustros. Y Rusia, en toda su dolorosa historia, no tuvo tan absoluto, despótico y cruel como Stalin.

III.—Y ¿quiénes forman las minorías sociales selectas? Innegablemente, las clases privilegiadas. Pero no hay privilegiado sin privilegio. Y ¿cuál es el privilegio principal de las clases privilegiadas?... Pues es el de no tener que trabajar duro, o el no tener que trabajar nada.

IV.—Y ¿quiénes forman las masas bárbaras que los antirregimenes dictatoriales «no tienen más remedio» que «meter bien en cintura»?... Pues las forman los que han de trabajar bárbaramente para ganarse una vida de privaciones.

V.—Y como estos auténticos trabajadores son inmensa mayoría en todos los países, y ellos, puesto que sostienen a los pueblos, aspiran a la consideración y trato sociales que merecen, es obvio que constituyen un serio peligro para las clases privilegiadas. Y, claro, estas clases privilegiadas o minorías selectas «se defienden» convirtiendo el país en cárcel, donde las masas bárbaras son los presos —uniformados de diferentes colores—, y los privilegiados los carceleros. que no es pequeño privilegio el de ser carcelero en un penal.

VI.—Las dictaduras, lejos de resolver el problema, lo empeoran. En un régimen libre, la Justicia Social va ganando victorias merecidas. Véase el magnífico ejemplo de los Estados Unidos de Norteamérica, donde el trabajador manual, sobre gozar de todas las consideraciones sociales y humanas a que tiene derecho, disfruta de un bienestar económico que para sí quisieran no pocos privilegiados de mi amada España. Dolorosa que, desde hace más de cinco lustros, tiene clavados en el pecho los siete puñales... El obrero de los Estados Unidos posee, por lo general, automóvil, casita, televisión, radio, teléfono, cuenta de ahorros... Puede viajar libremente por el país y por el extranjero. Puede residir y trabajar donde le plazca y en lo que le plazca...

VII.—Y en México, otro gran país modelo en muchas cosas, el proletariado ha obtenido, muy justamente, una concesión que Kennedy no pudo lograr para los trabajadores de los Estados Unidos: el Servicio Médico del Seguro Social. El Lic. Adolfo López Mateos «dio» con médicos mucho más humanitarios que los que se opusieron a la buena voluntad del Presidente de los Estados Unidos.

Más España negra

En España se está representando la película «Quatre vérités» (en cuatro partes); cada una realizada por un diferente director, siendo uno de ellos el español Luis Berlanga. «ABC» de Madrid ha rechazado la producción de su compatriota en malos términos, y a Berlanga lo defiende Jean Creach, en «Le Combat», de la siguiente manera:

La película «Cuatro verdades» se proyecta en Madrid hace ya unos días. Luis Berlanga presenta «La muerte del leñador» que provoca cada día un tumulto que los adversarios del cineasta tratan de explotar. Detrás de esta acogida a la película, se revela, una vez más, la intolerancia de la sociedad española y, lo que es más grave, una maquinación contra el autor de «Plácido». En efecto, gran parte de la burguesía no le ha perdonado sus críticas y, hoy en día, todo lo que Benavente llamó «los intereses creados», muy poderosos con el actual régimen, intentan arruinar la popularidad de Berlanga. El 13 de mayo, el periódico «ABC», que es el portavoz de los ultraconservadores, llegó a dedicarle un editorial con el título «Más España negra». Ve en dicha película una caricatura de España, y afirma: «Nuestro país no es lo que refleja esta película.»

No es preciso decir que tal agitación proporciona a la cinta la mejor publicidad. Pero es inquietante en la medida en que revela que una parte de la actual sociedad española sufre taras —intolerancia, ceguera estática, impotencia creadora— que son las mismas que esta «España Negra» pretende rechazar. Una frase del editorial de «ABC» va destinada a llamar la atención del general Franco y de los militares. Dice que, algunas veces, las insistentes protestas han estado a punto de provocar la suspensión del espectáculo.

Esta afirmación es pura calumnia; las

protestas en cuestión son limitadas y quienes las formulan son jóvenes amigos de «A B C». Este periódico dice también que los capitalistas españoles se desentendieron de Berlanga. Grave error, porque tales capitalistas contribuyen al éxito.

Pero detrás de este ataque aparecen motivos bastantes bajos: Berlanga se negó a confeccionar una película con argumento original del director de «ABC», por su falta de interés. Y ha rechazado también los que les presentaban otros directores de periódicos.

Por un lado, parte del alto personal de «A B C» posee importantes intereses en sociedades productoras de películas. Y estas gerentes no admiten que Berlanga les cubra de ridículo y que las películas de éste alejen al público de sus producciones y de su mediocridad.

Al atacar a Berlanga, lo que en realidad se ataca es la política de liberalización del régimen y la persona del ministro de Información. Todos sus esfuerzos tienden hoy en día a sugerir a Franco que le haga abandonar la cartera. Han obtenido ya un pequeño éxito contra tal política de liberalización: la censura acaba de prohibir a Luis Buñuel confeccionar su película con argumento de Pérez Galdós, «La Tristana». En el Certamen del Cine Católico celebrado en Valladolid, los españoles que se jactan tanto de su catolicismo, no obtuvieron ningún premio importante. La campaña que los conservadores españoles efectúan contra Berlanga demuestra que prefieren su orgullosa y humillante esterilidad a un ambiente de creación que les obligaría a reformarse y, sobre todo, a renunciar a sus privilegios.

No solamente «A B C» puede ocuparse —a su guisa— de la España Negra. En su número de julio, UMBRAL insistirá en el tema publicando un documento de época, muy impresionante y convincente.



VIII.—Pero en una dictadura, el proletariado no puede ganar victorias merecidas, porque no tiene derecho a librar batallas. ¡Bueno fuera!...

IX.—El pavoroso problema se resuelve razonando. Pero razonando como Dios

manda y no como manda el Diablo. Razonando así, en principio: «El que más derecho tiene a vivir bien es el trabajador. El trabajador que suda... agua bendita».

Alfonso Vidal y Planas



PRIMER AMOR

II

COMO seguramente Pablo Trelles notó en nuestros rostros cierta indolencia simulada fatiga, y él mismo se dio cuenta que recién había ingresado al tema central, que ya todos habíamos contado lisa y llanamente, el narrador, un tanto desorientado e indeciso, prosiguió en estos términos:

— Les ruego, queridos amigos, tengan paciencia unos minutos más. Voy a terminar en seguida, sin mayores preámbulos y detalles.

Y después de apurar unos colmados tragos de exquisito vinillo con que él mismo nos obsequia, como anfitrión pródigo y generoso, prosiguió así:

— El año que salí de mi pueblo, sucedió que me enamoré, pero furiosa y perdidamente, como era mi manera en todo, de una señorita que, aunque lindísima y guapa tenía fama de ser algo dada al misticismo y que, por nada del mundo pensaba en amoríos o cosas por el estilo. Claro que esto último lo supe mucho después de conocerla, y sólo me confirmé en ello cuando la ví muy pegada a la Iglesia y a todas las ceremonias del culto, aunque ella, también, muy pronto me diera señaladas pruebas de que su beaterio era, en el fondo, una careta social, algo así como una segunda personalidad, adherida e incrustada en ella a viva fuerza, tal como el famoso culto a las apariencias, que tanto predicaba entonces mi padre.

Volviendo a mi relato, yo no olvidaré nunca aquella mañana abrilena, borracha de luces y colores, cuando la ví deslumbrado penetrar en el templo, erguida y solemne cual una diosa, delgada, transparente, gallarda y provocativa, y me clavara. **para siempre**, en la parte más sensible de mi alma, esos sus enormes ojos claros, glaucos, de un verde primavera, inundados de ternura, que me envolvieron como un manto tibio y acariciador. Durante toda la ceremonia, a la que concurrí con mi padre, ella, arrojada todo el tiempo junto al confesionario, revolvió alguna vez hacia nosotros con cierta estudiada indiferencia. Pero fueron suficientes esas miradas lánguidas, afiebradas, magnéticas, para incendiar en mí la pasión que ardía ya en mi pecho, cual una llamarada viva y quemante.

Desde que la viera en el atrio del templo, yo noté que estaba fuera de mí. Que había nacido otro ser en mi alma y apenas sabía con fijeza que no sólo era desde ese momento su esclavo, sino que estaba dispuesto a realizar por ella cualquier cosa, incluso hasta matar, hasta matar a mi propio padre que, conforme a sus principios, en ese momento rezaba casi a voz llena sus piadosas oraciones, postrado y humillado como el más ínfimo siervecillo de Dios, en quien, bien sabía yo, no creía en lo más mínimo...

Pero mientras mi padre oraba fervorosamente, yo no apartaba mis ojos de esa diosa maligna y hechicera que me tenía fascinado. Contemplaba goloso su larga cabellera rubia y sedosa, que le caía hasta los hombros. Luego esos hombros anchos, macizos, desde los cuales se descol-

Narración de Federico Avila

gaban unos brazos bien contorneados, de una blancura láctea y rosada, que remataban en unas manos delgadas, marfilíneas, de dedos largos, perfectos, que yo siempre imaginé apenas acariciando el teclado del piano y sacando de él esas resonancias y acordes que toda ella iba haciendo vibrar en mi alma, antes tranquila y tediosa...

Pero, para qué os voy a cansar con describir esa hermosura perfectísima, esas formas inigualables, ese andar rítmico y excitante, toda ella llena de gracia como el Ave María, pletórica de seducción y de encantos, cual esas vírgenes de Rafael, aureolada de ternurosa poesía y de música inefable, como no he vuelto a encontrar en el dilatado y sinuoso camino de mi vida.

Como les decía, lo esencial es que yo me enamoré como un loco. Y tan loco estuve esa mañana que, apenas salimos del vasto templo, yo no sé qué mañas me di para escabullirme de mi padre y seguirla... La hubiera entonces seguido hasta el fin del mundo, hasta la consumación de los siglos...

Pero ese primer día sólo la seguí hasta su casa.

Jamás se me hubiera ocurrido ni siquiera pensar que viviera en una casucha como esa. Casi en los extramuros del pueblo en los arrabales menos frecuentados y sórdidos de la ciudad, donde yo antes ni siquiera me hubiera atrevido a poner los pies a la sola idea de que mi severo padre supiera por casualidad que yo estuve allí.

La callejuela no sólo era aislada y estrecha, sino repugnante e inmundada.

Yo sabía que por esos barrios, cerca del Tejar, a ambos lados de los sinuosos callejones, sólo vivían: o gentes muy pobres o muy alegres; pues, divisé, antes de llegar, algunas **chicherías** o mugrientos tienduchos, verdaderas cavernas mestizas donde el pueblo encontraba desahogo a sus miserias y penas.

Pero la casa de mi princesa azul no estaba todavía allí. Al llegar a la última esquina de los estrechos callejones, ya cerca del Tejar, a esa hora gratamente sombreados por las fraternas copas de los árboles, que extendían al caminante sus generosos brazos, con sus regueros de verdura y de gratísimas fragancias, ella dobló por la derecha e ingresó a una especie de zigzagueante senderillo que conducía a una pequeña pero bien cuidada huerta, cerrada por unos muros de adobe.

En la primera y única puertecilla, que había en todo el desierto callejoncito, donde triscaban unos corderillos rezagados, ella se detuvo, como para cerciorarse de que yo la seguía. Y apenas me miró, sacó una llave, abrió y desapareció en el huerto silencioso y fragante. Yo corrí como un desaforado para ver donde vivía, pues allí no había señales de casas y desde un año **churqui** al que lo **gré trepar**, ví primero un delgado sendero, rodeado de sauces y molles, y al fondo de un pequeño jardincito, una casucha enjalbegada, de un solo piso, con una

puerta central, varias ventanas y una puertecilla lateral. Aún tuve tiempo para verla perderse por el macizo portón, que dejó semiabierto.

Esperé largas horas, primero oculto en las tupidas ramazones del árbol, que había subido, luego rondando todo el callejoncito y más tarde, hasta internándome en la nemorosa y virgiliana huerta, penetrando por la playa, donde el callejón remataba. Pero nada. Ni un alma viviente. Ni siquiera el ladrido de los perros.

Como ese día era domingo, yo recordé que los campesinos suelen entonces abandonar sus viviendas y sus crios, y hasta los canes famélicos y hambrientos los dejan para que vayan a buscarse la vida por su cuenta.

Pero si esa luminosa mañana decidí no averiguar más, desde ese momento me convertí en algo así como el espía del barrio y de la casa. Pretextando mil cosas, me dirigí al sagrado lugar varias veces al día, a diferentes horas. Y aunque alguna vez encontré algunos zagales y chapacos que me saludaron risueños y expansivos, jamás tuve valor para averiguar nada.

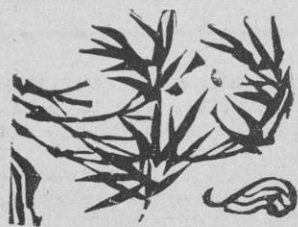
Ansioso, vehemente, esperé el próximo domingo. Ella apareció como de costumbre, pero ahora acompañada de una negrita graciosa y viyaracha. Esa mañana no pude seguirla, porque no hubo manera de desprenderme de mi padre, que me llevó en seguida a almorzar donde mi abuela, que ese año murió, dejándome parte de sus cuantiosos bienes.

Felizmente, dos días más tarde, logré encontrar a la negrita. Apenas pude sacarle que acababan de llegar de la Argentina, donde habían estado unos años, pero, habiendo fallecido su madre y quedando la señorita sola, no tuvo más remedio que venirse otra vez a sus pagos. Pocos días más tarde, supe que la señorita estaba en grandes necesidades, aunque un antiguo amigo de su padre, había prometido ayudarles; y otro día, esto que me dio valor y ánimo para todo: la señorita estaba por entrar de interna en el Colegio de las Anas...

Fue entonces cuando decidí jugarme el todo por el todo. Y después de deslizar mis ahorros de la semana, en manos de la negrita, pues mi padre era muy medido en todo, casi avaro, conseguí mi primera e inolvidable entrevista con la diosa y señora de mis sueños. Pero tímido y alocado como era entonces, en vez de proponerle que se casara conmigo y otras majaderías propias de la inocente e inexperta edad, pasamos casi toda la mañana, a orillas del río silencioso y taciturno, que se deslizaba con desgaire y tedio bajo la sombra verdegay de los sauces románticos y melancólicos: ella hablándome de su madre recién muerta y de sus arrebatos místicos, y yo, miedoso y ruborizado, leyéndole unos encendidos versos que había escrito, inspirado por ella, desde aquella inolvidable mañana que la viera ingresar al templo como una diosa, ya dueña y emperadora de mis destinos.

Tendría entonces unos dieciséis a diecisiete años y yo había cumplido apenas quince. Y como momentos antes de despedirnos ella accedió a darme su nombre, y apenas me preguntara el mío, al

PRIMER AMOR



oir el apellido, notara en su rostro cierta turbación y rubor, que atribuí a la diferencia de clases; cuando le pedí que me dejara visitarla al día siguiente, diciéndole que en este siglo democrático sólo mi padre estaba muy pegado a sus rancios blasones, recuerdo que me dijo más asustada aún :

— Sinceramente, yo lo desearía también, mucho... Pero usted bien sabe que vivimos en un pueblo pequeño, para mí desconocido y donde por encima de todo, hay que cuidar mucho ciertas cosas...

Recuerdo que yo la miré desconcertado, sin lograr por mucho tiempo salir de mi asombro e ingenuidad, incapaces de explicarse todas las hipocresías y beaterios, que yo dije, en tono suficiente y autoritario, estaba bien sólo para las pacatas gentes provincianas, pero nunca para una señorita bien educada llegada del extranjero. Entonces ella se apresuró a decirme, entre tímida y afectada :

— Yo sé que, fuera de pertenecer usted a una de las más encopetadas familias, su padre cuida mucho la elevada situación que ocupa en el foro y, nuestra amistad, quién sabe si acabaría por perjudicarle, y mucho más en estos momentos en que se asegura será designado presidente de la Corte...

Y con un ligero temblor en los labios, agregó, mordidoselos, casi con miedo, con paciencia :

— Además, dentro de pocos días ingresaré a las educandas como interna.

Aunque yo me apresuré a decirle que estaba dispuesto a considerar el mundo como una ostra, que yo sólo abriría, para derramar a sus plantas todas las perlas de la tierra, todo fue inútil entonces insistir más, y claramente recuerdo que regresé a mi casa con la sensación de los condenados a muerte. Y cuando recordé aquellas palabras suyas : « es necesario, en estos pueblos, cuidar mucho de las apariencias », tuve la impresión de estar oyendo la voz suave pero firme de mi padre, quien, precisamente, esa mañana, me esperaba nervioso e impaciente en su escritorio para decirme en el tono más patético y gemibundo, que le habían llegado ciertos informes que lo tenían realmente desolado. Me habían visto ya, varias veces, y a horas nada competentes, frecuentando ciertos barrios dudosos...

Como yo me apresurara a rectificar, sereno y altivo, que era la primera vez que había descubierto esos eglógicos barrios, y que no encontraba nada pecaminoso charlar con una señorita inteligente, instruída y nada remilgada y jesuita, cual esas damas almibaradas pero vacías y afectadas de alta sociedad, mi severo padre, ya fuera de sí, después de ensayar uno de esos largos sermones, para ir a parar siempre a su tema obsesionante, nunca oivdaré que ese día terminó diciéndome muy compungido :

— Yo espero, hijo mío, que todo esto no se repita. Porque si ello sigue así, no habrá otro recurso que viajes al extranjero a terminar tus estudios, aunque sea antes de concluir este año...

Y como dando por terminada la desagradable entrevista, agregó en el tono autoritario y despótico que solía usar en estos casos :

— Es necesario que sepas de una vez para siempre, que yo no consentiré jamás echar por tierra mis bien ganados laureles, por un absurdo capricho de niño mal educado y consentido por los excesivos mimos de tu madre. De manera que si no haces caso y dejas de ver a esa desconocida, que es capaz de perjudicar mi carrera y tu porvenir, ándalo sabiendo, desde ahora, que nada debes esperar ni de mí ni de la ilustre familia que nunca se resignará a ver barridos por los suelos sus preclaros y hasta ahora limpios e inmaculados blasones...

Con tan pavorosas amenazas yo dejé una semana de regresar a la casa de mi adorada. Pero como es sabido que la separación y la ausencia, en vez de aminorar, encienden más vivamente las pasiones, esos días creí desesperar y enloquecer.

Entonces fue cuando decidí escribirle. Y valiéndome de la negrita, que venía todos los días al mercado, iniciamos una larga y menuda correspondencia durante veinte días. Pero al final de ellos, yo sentía que esto no era suficiente. Quería volver a verla, a contemplar sus ojos ternurosos y lánguidos, a escuchar su voz aterciopelada y húmeda, acariciadora, arrulladora, cantarina y sedante. Sobre todo tenerla a mi lado, siquiera por unos minutos.

Cuando le propuse ir a verla, ella se negó terminantemente. Me dijo que seguiríamos encontrándonos en la iglesia, no sólo los domingos, sino que me indicó otros días en que ella acudía a la catedral. Allí, algunas veces, me acercaba tembloroso a ella, y detrás del confesionario desgranaba la cascada de mis palabras y la artillería de mis ternuras.

Pero a ella, esto no sólo le parecía algo sacrilego y pecaminoso, sino más aventurado y satánico aún que vernos en su casa. Y ante mis delirantes y apasionadas súplicas, compadecida y temerosa por los extravíos de mi creciente locura, me concedió ir a verla, pero una sola vez al día, de cuatro a seis de la tarde y siempre que así lo hayamos concertado previamente.

Desde entonces, casi todos los días eran para mí la gloria y el cielo. Con qué enternecedores detalles recuerdo ahora esas tardes, sacrificadas a mis estudios y otros quehaceres en que me entretenía antes, para saborearlas y ofrendarlas íntegramente con toda la sagrada devoción del caso, a la diosa única de mis creencias, a la virgen inmaculada y pura de mis sueños, a la musa inspiradora de todos mis versos apasionados y melancólicos, a esa personita deliciosa que disponía de toda mi existencia.

Ahora recuerdo las furtivas escapatorias, dos horas antes de la señalada, pues siempre me parecía que iba a llegar tarde, para dirigirme por distintos caminos, al punto único de mi felicidad.

Porque nunca fui tan feliz como esos días. Primero pasaba dos largas horas

tendido en el césped, ora leyendo el libro que había llevado para dejarle esa semana, bien subiéndome al tupido sauce desde donde contemplaba todo el valle con su infinita gama de verdes y matices.

Otras veces, después de haber recorrido por huertas y charcas, por campos solitarios y senderos bañados de refrescante sombra, por donde corrían acequias cantarinas, me sentaba en unas enormes piedras recubiertas de musgo al pie de unos nogales, desde donde dominaba la pintoresca vista de la vega, ya medio velada por las sombras grises del crepúsculo, y oyendo tan sólo, como se oye desde lejos, el mugido del río en creciente, los sollozos de una **quena** que traían el dolor largo tiempo contenido de unos amores desgraciados, o quizá la nostalgia ternurosa de una raza humillada y sufrida, por siglos de servidumbre y oprobio. Y la luna, esfumada con toques graciosos de acuarela, empezaba a redondearse, fina y suelta, sobre el celaje desmayado.

La majestad con que declinaba el sol, la radiosa belleza del cielo, cuyo zafiro claro se iluminaba de encendidas fajas de cinabrio; la cristalina resonancia de los ruidos del campo; la música no aprendida que comenzaba a regalarme la variada orquesta de los pájaros, cual empujados en deslumbrarme con sus inacabables sinfonías, que me parecía las ejecutaba sólo para mí; la serenidad y dulzura que flotaban en todo el ambiente místico y apacible, como un remanso de paz arcáica y de arrullos y de arrobamientos de égloga; a pesar de lo feliz que allí me sentía engendró de súbito en mi ánimo esa melancolía noble, esa tristeza reconcentrada y callada, que nos hace de pronto pensar en la agonía y en la muerte, en el indescriptible pavor a la Nada, en ese frío aterrante que nos desespera y angustia, por lo mismo que no sabemos precisarlo y definirlo bien.

Porque la verdad es que esas tardes otoñales, tan divinamente serenas y apacibles de mi tierra, engendraban en mi ánimo algo semejante a ellas, como pre-disponiéndome a la contemplación y como anunciándome horas amargas y crueles, sugeriéndome sólo pensamientos tenebrosos y desconcertantes, en medio de la infinita felicidad que yo vivía esos días inolvidables. Porque apenas aparecía, fulgurante y radiosa, mi adorada virgen, lánguida, delgada y pálida como el lirio, apenas veía sus ojos glaucos y reulgentes y oía el murmullo enloquecedor de su voz de maga y caía presa de todos sus embrujos de sirena, para mí era el delirio y el éxtasis...



LA PINTURA
NO-FIGURATIVA

La tradición y la pintura No-figurativa

1

El problema planteado por la supervivencia de algunos valores trascendentes en la pintura del pasado, nos lleva a considerar el papel de ese elemento que llamamos Tradición en el elaborar la obra de arte.

Si aceptamos que la tradición se establece a través de la instauración del gusto, tenemos que el artista opta por imponerse a sí mismo y, después, a los demás. Pero hay que comprender qué es lo que denominamos como gusto. Cuando se habla de éste en arte, nos estamos refiriendo a ese instinto formal y al poder intuitivo que convergen en la aprehensión de los estilos artísticos.

La intuición y el instinto que se dirigen siempre a la metamorfosis de las formas y transforman aquellas ya establecidas, son las que generan el gusto por ellas. Así es donde entra principalmente en juego la apreciación y el conocimiento estético de la cualidad o las cualidades trascendentes de belleza que pueda tener toda obra. En ese sentido el gusto es la valorización del estilo.

Tradición es todo aquello que dentro de una cultura rebasa los estrechos límites temporales y pervive, como un valor, en la gestación de otras obras. Es la forma en que se conservan y son aceptados aquellos valores creados por los hombres que nos muestran una significación del ser. O sea, lo humano que las diversas culturas y civilizaciones han exaltado. Las formas tradicionales nunca son materia muerta cuando proclaman valores humanos que puedan cimentar una estructura de formas ideales nuevos.

Además —en la pintura—, implica la capacidad de manejo y desarrollo de los medios técnicos, por medio de los cuales se expresa el artista. En toda tradición entran, como elementos constitutivos, dos factores inseparables: el espiritual y el material; puesto que es imposible la expresión objetiva del mundo creado por el artista sin el cabal conocimiento profundo de los medios materiales y técnicos que la hacen posible. La imaginación sin los medios que le servirán para realizar lo imaginado, nada puede y se queda en el vacío. La adopción de esos medios técnicos ha sido realizada, primero, por un lento conocimiento de sus facultades y virtudes, no es obra de la comodidad o del capricho; en la pintura, por ejemplo, la adopción del óleo como medio técnico ideal, ha sido consecuencia de arduas búsquedas y pruebas, siempre en base a los encuentros —ya sean éstos casuales o sistemáticos—, de los artesanos del pasado.

El goce psicológico y estético de los productos culturales que toda tradición amplifica y da a conocer, forma los conceptos sobre la belleza existente en la obra de arte. De ahí nacen equívocos que, más tarde, se constituyen en fundamentos de ciertas doctrinas filosóficas y estéticas que, en cada época, y de acuerdo a directivas meramente racionales y casi siempre desconocedoras del verdadero proceso creador, nos inducen a erróneas valorizaciones. Cuando no ocurre lo más común: examinar el proceso creador y la obra de arte desde el punto de vista de los valores

pseudocientíficos y oscuramente literarios y, a veces, políticamente interesados.

La misma tradición nos muestra que la verdadera esencia de la obra de arte no es la búsqueda a priori de la belleza, en base a un concepto ideal, sino el crear formas autónomas que nada tienen que ver con las interpretaciones ni con los preconceptos sobre lo representativo formal del mundo del arte.

Esto no quiere decir que realizar una renovación y metamorfosis de las formas precedentes sea desechar aquellas ya impuestas, sino que, precisamente, eso se lo realiza ahondando y desarrollando las características formales del pasado en un nuevo lenguaje acorde con el valor estilístico de una época. La verdadera dialéctica nos enseña también que toda renovación profunda se hace en base a una relación entre lo auténtico pasado y lo nuevo vital.

El rechazo o el desarrollo de las formas tradicionales no implica jamás su desconocimiento. Para que exista un rechazo —que es lenta metamorfosis—, es necesario antes que se acepte y examine lo ya existente y, en base a eso, recién se puede concretar una creación que, la mayoría de las veces, conserva algunos postulados estéticos del pasado.

Una obra de arte no puede nacer del vacío absoluto, y tampoco el artista nace por que sí. Una y otro están cimentados sobre un conocimiento de los medios expresivos que le sirven a éste para crear su obra. Ya que descubrir es siempre el segundo término de ese reconocer la intuición de una realidad que la imaginación evidencia en lo ya existente.

En la pintura no-figurativa el papel que desempeña la tradición es de servir como incentivo para el desarrollo de las formas existentes. Buscándose, en primer término, los caminos que esas formas iniciaron sobre una mayor pureza pictórica. Lo que no quiere decir que, necesariamente, se deba construir las formas nuevas partiendo de los resultados logrados por las que las han precedido; lo que se pretende es llevar a sus máximas posibilidades de expresión los contenidos estéticos y espirituales que concurrían en las obras del pasado a conformar valores artísticos.

por Federico Avila Echazú

Esto también significa alcanzar resultados positivos a todo aquello que es sólo entrevisto y no ha sido resuelto. La suma de varios pintores hacen a uno sólo que es el que logra sintetizar y conducir a sus últimas consecuencias lo proclamado o intuido por los que lo han formado como creador.

Cuando existe un rechazo de los valores evidenciados en los estilos artísticos pasados, sucede que la metamorfosis de las formas heredadas es realizada como un cambio de la significación que esos estilos nos daban sobre la realidad. La transformación de los significados y de los fines estéticos de esos estilos, encierra —como ya lo hemos visto— un rechazo de los valores a los cuales servían y expresaban. La pintura no-figurativa al crear un mundo autónomo plástico, ahondando las posibilidades estéticas entrevistas en las formas del pasado, transforma también sustancialmente la finalidad plástica de esas formas, no las niega.

En la tradición comprendida como un factor expresivo de los contenidos espirituales que se encuentran en los estilos del pasado, existen ciertas características psicológicas y éticas conformativas del concepto y conocimiento sobre determinada época.

Esas características han sido denominadas erróneamente productos específicos de un modo de pensamiento de un lugar y tiempo determinados. Nosotros sabemos ahora que, en el campo pictórico, no existen creaciones marcadamente geográficas o raciales. Esto porque el artista al recibir al mundo lo transforma y realiza una posesión más profunda de él, por eso su obra toma los caracteres de universalidad. Adentrarse en las puertas que la tradición nos abre, es desarrollar las posibilidades allí escondidas que los artistas contemporáneos deben retomar en el lugar donde fueron dejadas para llevarlas a sus fines apenas entrevistos.



FAMILIARIDAD CON LOS MUSICOS

Francisco Tárrega

QUIEN asciende la guitarra a la categoría de noble instrumento; quien emancipa a la guitarra —esa forma instrumental delicadamente femenina— del papel de acompañante, del latiguillo romero más o menos goyesco, de la esclavitud de la tasca y del romance de ciego, fue, sin dudarlo, el eximio Fernando Sor, revolucionario de la música y de la política, evadido de España a Francia para eludir las furias de Fernando VII, y barricadero en las calles del París de hace 130 años. Su acepción guitarrística de la música clásica causó asombro en la época, tanto en los ensayos propios como en la adaptación de maestros internacionales a su arte ejecutivo. No es, sin embargo, exagerada la afirmación de que Sor no fue un genio emisor de sonos eternos, un seductor irresistible de la Fama; pero es innegable que su novedad musical en caja de seis cuerdas pulsables a manos aportó a la Música otro valioso elemento de impulsión, basado — y esto es importante — en la producción inicial de este primer guitarrista, no desbordante de técnica, pero sí rebosando armonía y sentimiento. Esa belleza triste del arpeggio guitarrista; esa modulación discreta y ondulada del, en adelante, simpático y modoso instrumento; esas vibraciones que se disuelven, discretas, en espirales de dulzura, las debemos en gran parte al apasionamiento, al desbordante ingenio artístico de Fernando Sor, bohemio barcelonés que desconoció la tranquilidad burguesa, que huyó de la tiranía política y del conformismo doméstico, del « baf de carn d'olla », para vivir y morir rico en ilusiones y exhausto de dinero en un desierto parejo al que sufrimos nosotros y que en la época de Sor igual conoció Goya.

Asentado el principio de la guitarra, el mismo nunca más palidecería. Con la desaparición de Sor en 1839, otros apasionados del arte aparecerían, si no en fuerza dominante, en digno compás de espera hasta la irrupción, realmente cautivante, del castellanés Francisco Tárrega (1), que en su juventud, guitarra en mano y mujer joven en la otra, vino a establecerse en Barcelona, donde el recuerdo de Sor de vez en cuando aparecía en las salas de concierto. Está fuera de duda que Tárrega, aparte profesores ocasionales que tanto abundan en la melódica tierra valenciana, fue un voluntarioso autodidacta, un músico instintivo educado en el arte para mejor gloria del mismo, sin deberlo ni deberse a nadie. Se habla ya del misticismo del maestro dando la nota falsa del «San Francisco de Asís de la Guitarra», insinuando un realizador dependiente de la «voluntad divina», de un compositor e intérprete que no se debía a sí mismo sino al Mito que lo había elegido. Fantasías, indudablemente interesadas. Como todo artista vocacional, Tárrega era persona apasionada capaz de vaciar su Yo en el pentágono virgen, sin otro misticismo que el de sentir y crear, que el de «adquirir» y prodigar, sin apetencia de dinero, que nunca supo retener, porque su divisa era la belleza en vez del cálculo mercantil, de esa comesión de riquezas que malograron la posible inspiración de zarzuelistas y demás compositores dados a la fabricación de cuplets con previsión cuentaco-

rrentista. Tárrega no fue bohemio como Sor, ni nadie se opone a que fuese una bellísima persona; pero nadie negará tampoco que, entregado a su arte, la privación lo atrapó más de diez veces; como buen artista descuidaba el capitulo cuentas lanzándose a correrías artísticas de resultado incierto. Aun hoy, guitarra en ristre no se va por Europa a ganar dinero no llamándose Andrés Segovia, puesto que para tal menester las salas no despegan del vacío. Incluso Barcelona, cuna de músicos famosos y de gentes entendi-



das, los conciertos actuales, aunque no sean a guitarra, se exponen a pérdidas severas si no son subvencionados. El propio Liceo, único teatro operístico de España, cuéstate un pico al erario público. A fin de siglo y principios del presente, Tárrega corrió la aventura melódica en Don Quijote, en personaje de Mürger, no en bendito iluminado, o Poverello de Asís.

Estudiando la figura de Tárrega se le encuentra un fuerte parecido con J. Anselmo Clavé, el fundador de los coros catalanes. Anselmo se sirvió de la guitarra para serenatas juveniles, para eludir tormentos en la prisión de la Ciudadela, y para darse el sonido en cada apunte para canciones de masa. Fue un aliento, el de Clavé, parecido al de Francisco, con la salvedad de que éste quedó fiel al instrumento inicial, y cuanta miel de corazón pudo producir lo destinó a aquél, diríamos en sentimiento de abeja.

En su trayectoria artística Tárrega tiene bastante de Albéniz. Sus impresiones, sus partituras, reflejan estados de ánimo españoles, marcando características terruñeras. Más sensible que su antecesor — nos referimos a Sor — y con mejor suerte de vida que el maestro primo-ochocentista, tuvo acierto y años de existencia suficientes para construir una obra personal que permitió solidificar el albo trono de la hermosa y difícil guitarra. El alma mora — al parecer menos vanidosa y estruendosa que la cristiana — quedó perfectamente recogida en las improvisaciones tarreguenses, así como las expresiones amorosas y de cuna en sus particularidades regionales. Igual acierto para las transcripciones de los maestros románticos. Tristeza recóndita y no desdeñable, tal vez la haya en la obra de nuestro músico. Pero amabilidad y go-

ce, y «silencio susurrado», abunda en aquélla. Es lo bueno, lo infaltable que da la guitarra. Es la pulsación que no evitan sus continuadores (2) y la sensación «saudosa» (permitasenos este modismo gallego) que esperan los reducidos, pero fanáticos públicos de la guitarra.

Por cortedad — entonces — de años, no pudimos conseguir ni un solo concierto del maestro. El falleció en 1909, época en que nuestra pasión se encendía por todo lo ajeno al vulgo y en la cual no se tiene noción de cuanto se persigue. Fue en el año 15 cuando dimos con nuestro cuerpo en la calle barcelonesa de Gignac, donde se hablaba aún de un vecino rasguedor de guitarras. En efecto, Tárrega había habitado en tal calle, luego derruida en la parte donde se levanta la central de Correos. Tres años después, en los febriles días del Sindicato Unico, de la peste gripal y de las exacciones y malentendidos del policía Bravo Portillo, se nos dio ocasión de asistir a un concierto íntimo de guitarra (¿existe instrumento con más intimidad que éste?) que nos dio un ejecutor apasionado llamado Lleó Farré, catalán del Pirineo que llevaba en la entrada la voz misteriosa de la naturaleza, tan bien recogida por la guitarra. Farré habitaba una casa semi solitaria enclavada en el extremo marítimo de la calle de Aragón, siendo su elemento de vida una vaquería con bodega de licores en el lado opuesto del establecimiento. Enterado de nuestra simpatía por la guitarra (3) abandonó su tarea y nos obsequió con una copita de rancio para luego ejecutar, ensimismado cual se debe, tres piezas de Tárrega, entre ellas los imprescindibles «Recuerdos de la Alhambra». Un amigo circunstancial le pidió a Farré «El noi de la mare» en arregio tarreguense. El demandado se despachó y luego colgó en la pared la guitarra, en tanto decía: «Esta no tiene precio. Por nada del mundo me desharé de ella. Su registro es inmejorable, y me la regaló Francisco.» Era tan fanático de Tárrega que la música de éste le arrancaba lágrimas.

Farré era hombre fornido y la guitarra en sus brazos, más que una novia, parecía una niña en pañales. La cogía con amor y la arrancaba dulzuras. En sus descansillos nos había confiado: «Con Francisco recorrimos buena parte de América, una aventura en la que perdí cuantos duros poseía. Pero con él aprendí lo que sé y tocando de aquí allí para el criollo, el dinero volvió, permitiéndome regresar a Barcelona y plantar este negocio.»

Mientras así hablaba, su mozo de ayuda dejó de muñir para entregarse en un rincón a prácticas de guitarra, ante cuya actitud el dueño nos despidió amablemente para terminar él la tarea interrumpida por su ayudante. «El sabe que no le importunaré», nos dijo.

Esta es la mística de la guitarra, de la cual, en «tono menor», participamos.

JUAN FERRER

(1) F. T. nació en 1852 en Villarreal y falleció en 1909 en Barcelona.

(2) Llobet, Pujol, Fortea, Malats, Nogués, discípulos suyos.

(3) No resistimos la tentación de citar a Enrique Blanquet, buen compañero y melómano fanático, desaparecido sin dejar rastro.

Noticario

FESTIVAL PABLO CASALS

En Prades (Pirineos Orientales) del 26 de julio al 5 de agosto de 1963, con la participación de los artistas Karl Engel, Mieczyslaw Horszowski y Julius Katchem, *pianistas*; Ludwig Brandt, Jack Glatzer, Arthur Grumiaux, Michael Kuttner, Alfred Loewenguth, Martha Marshall, Zoltan Szehely y Sandor Vegh, *violinistas*; Denes Koromzay, *violonista*; Pablo Casals y Gaboé Magyar, *violoncelista*; Heinz Holliger, *oboe*. Cuarteto Húngaro; Orquestina de Cámara de Sandor Wegh. Dirección: Pablo Casals.

Nueve conciertos con obras de Bach, Brahms, Beethoven, Cimarosa, Couperin, Haydn, Haendel, Mozart, Schubert, Schumann y Valdi.

Para informes y localidades: Bureau du Festival, Prades (P. O.), France. Tel. 13.

En Córdoba, durante mayo se celebró una pomposa «fiesta mundial de la poesía árabe», con homenaje al polígrafo de época Aben Azam. En concreto, un número más para la atracción de turistas.

Madrid. Exposición de pinturas y esculturas al aire libre el 12 de mayo en la plaza de las Cortes, a los pies de la estatua de Cervantes. Doce expositores jóvenes, afanosos de subir la cuesta de la popularidad.

«Aplec» de grupos de danza catalanes en Montserrat, con colocación de la primera piedra del monumento a la danza comarcal catalana en el «Camí dels artistes».

El realizador español, Juan Antonio Bardem, ha ganado en Argentina el «Premio a la mejor película», año 1962, presentando su producción «Los inocentes».

Carlos Miguel Sanz y Pedro Fuertes Guío han planeado una película relatora de la vida de Manuel de Falla. Primera comunión, iniciación artística de sacristía, danzas del fuego, de las horas perdidas, etc., y nada de la fuga del maestro a Argentina para librarse de la pesadilla del franquismo, asesino de su amigo García Lorca.

Contradiendo su tradición, el Teatro del Liceo prepara una temporada de opereta para el próximo verano.

Pasan por los cines españoles unas «Estampas guipuzcoanas» con la indicación de «Itinerarios de Pío Baroja».

A imitación del Teatro de las Naciones de París, el Ayuntamiento de Madrid prepara un ciclo de teatro internacional.

LIBROS ★ LIBROS ★ LIBROS

SOCIOLOGIA
HISTORIA
LITERATURA
CIENCIAS



PEDAGOGIA
NARRACIONES
BIOGRAFÍAS
POESIA

Adquirirlos en UMBRAL, 24, rue Ste-Marthe, Paris (X), es ayudarlo

Servicio de librería

« La crise espagnole du XX siècle », Carlos Rama 24 00
 « La crisis española del siglo XX », idem 29 00
 « Le conflit Occident - U.R.S.S. », B. Lavergne 12 00
 « U.R.S.S. à l'heure K. », V. Alexandrof 6 00
 « Histoire d'Europe du XIX et XX siècles » (6 vols.) 390 00
 « Message de l'Enfer » (un journaliste juif dans la Roumanie d'aujourd'hui), Rulseb 9 00
 « La vie et l'œuvre de Francisco Ferrer », Sol Ferrer 15 00
 « Le cas Albert Camus », A. Durand 12 00
 « Blas Cendrar », J. Buhler 12 00
 « Michel Simon », L. Anska 12 00
 « J. J. Rousseau et Malesherbes », Croclaud 12 00
 « Malesherbes témoin et interprète de son temps », Croclaud 57 00
 « La démission des protestants », F. Hoffet 12 00
 « L'équivoque catholique », F. Hoffet 7 50
 « Que l'Homme soit », J. Cotereau 15 00
 « Concorde du Monde », J. Cotereau 15 00
 « L'affaire des enfants Finaly », M. Keller 18 00
 « Histoire de la Réforme en France » (De l'édit de Nantes à sa révolution), Vienot 45 00
 « Agrippe d'Aubigné » (3 vols), Garnier 90 00
 « Les grandes scènes historiques de 1620 », Tostorel et Perinsin 120 00
 « Salvador Seguí » 3 50
 « Crónica de un revolucionario », Dr. Vallina 2 80
 « Quinet », Felipe Alaiz 5 00
 « Tipos Españoles », Felipe Alaiz 5 00
 « Congreso de Zaragoza » 2 00
 « Socialismo autoritario y Socialismo libertario », Max Nettlau 1 00
 « El Pueblo », Anselmo Lorenz 1 75

« Ensayos y Conferencias », Pedro Gori 4 00
 « Un mundo feliz », A. Huxley 7 50
 « Conflictos entre la religión y la ciencia », William Draper 1 30
 « Excursión sobre los fundamentos históricos del anarquismo », de B. Cano Ruiz y George Woodcock, con una introducción de Victor Garcia 1 00

COLECCION « CRISOL » (Aguilar)

Lujosa encuadernación en piel. Papel biblia opaco. Precio de cada volumen, 6,00 frs.
 Kesselring : « Arsénico y encaje antiguo ».
 King, S. : « Si muero antes de despertar ».
 Kipling, J. R. : « La litera fantástica ».
 « Nuevos cuentos de las colinas ».
 Laercio, Diógenes : « Vidas de filósofos ilustres ».
 La Fayette, Mme. de : « La princesa de Clèves. La princesa de Montpensier ».
 « La leyenda de Fernán González ».
 Lamartine : « Grazi-ella. Rafael ».
 Larreta : « La gloria de don Ramiro ».
 Latorre : « Zurzulita ».
 Lawrence : « La mujer perdida ».
 Leblanc : « La mansión misteriosa ».
 León, Fr. Luis de : « La perfecta casada. Cantar de los cantares ».
 — « Poesías completas ».
 Leopardi : « Obras » (Cantos. Pensamientos. Opúsculos morales).
 Leroux : « Rouletabile y los gitanos ».
 Lesage : « El bachiller de Salamanca ».
 « Libro de los Salmos. Libro de los Proverbios ».
 Liermontov : « Vadim el jorobado. Hombre extraño ».

Giros y pedidos a Roque Llop
 24, rue Ste-Marthe (Paris) (10)
 CCP 13507 56

Noticario

Ha reaparecido en Madrid la antigua revista ilustrada «La Esfera».

En Córdoba se trata de instituir un premio literario previsto en 500.000 pesetas con motivo del XIX centenario de la muerte del filósofo Séneca.

En Ginebra, presentada por el Cine Club Universitario, ha sido favorablemente acogida la película «Balcón vacío», realizada en Méjico por refugiados españoles.

El típico patio del Zoco de Córdoba ha sido arreglado y declarado de primer interés para la atracción del turismo extranjero.

De Bonn comunican que ante el gran número de obras de las que son autores trabajadores españoles emigrados a Alemania, se han ampliado las salas destinadas a la pintura.

Manuel Ribé, ex jefe de la Guardia Urbana y ex jefe de ceremonial del Ayuntamiento de Barcelona durante 50 años, publica en «La Vanguardia» sus memorias de persona abjecta.

El cineasta Bardem ha ultimado el rodaje de «Nunca pasa nada».

Alfonso Paso ha estrenado en Madrid «La corbata», reportaje satírico de las costumbres actuales. La «corbata» de Paso es de plomo para las clases opulenta, media y desheredada.

Por su parte, y también en los madriles, J. I. Luca de Tena ha presentado «Las chicas del taller». El público salió de la representación pensando en «La canción del olvido».

En «Le Combat Syndicaliste» de París ha sido lanzada la idea de editarles un libro homenaje a cada uno de los escritores Angel Samblancat, Alberto Cursi y José María Puyol, los dos primeros fallecidos.

LA VIRGEN ROJA

VRONCOURT, provincia de Lorena en 1930. Ha nacido una niña que lleva por nombre Luisa Michel. Hacia ya algún tiempo que Lorena era famosa, cuando se la asoció al nombre de una fémica guerrera, piadosa y casta, heroína y mártir, cuando Juana de Arco, «La Doncella», rodó con su muerte a la historia y la leyenda.

Vroncourt: un pueblo pequeño, agreste, situado al flanco de una colina, como incrustado motivo de «nacimiento», la techumbre roja de sus casas lo hacen aparecer candente enamorado de un sol pródigo y quemante; su campanario y su iglesia obligan al viento a escribir interminables pentagramas. Un castillo vetusto y severo yergue su perfil de mausoleo al pie de la colina; en él, una niña, hija de la sirvienta Marianne Michel, fue educada como miembro de la familia Demahis. Marianne descendía de campesinos que un buen día adquirieron una biblioteca y demostraron a través de una preparación autodidacta, nobles y firmes aptitudes intelectuales. Tío Georges, molinero, asombrado con sus conocimientos de la historia, adquiridos durante innumerables noches de paciente estudio. La tía Victoire, de quien tal vez la Virgen Roja heredó la devoción por la prédica, era una exaltada defensora de la religión católica, a quien la memorización de algunos himnos y la disciplina a que vivía sujeta, convertían en vehemente y mística misionera.

Así, entre las enseñanzas de una mujer convencida de la verdad del catolicismo, y unos abuelos volterianos, transcurrió la infancia de Luisa Michel, aquella niña «hirsuta, salvaje y atrevida a la vez, tostada por el sol», que el tiempo y las circunstancias harían miembro prominente de la Comuna de París.

Suelen, durante la niñez, aparecer fugazmente en el panorama de nuestra existencia, los indicios de la vocación a que habremos de entregarnos más tarde de por vida; tal vez aquel niño a quien vemos languidecer, admirando la diversidad de colores en que la luz solar se multiplica al nerir la gota de aceite; caída en un estanque, llegue a la madurez, después de haber olvidado esa preterita emoción, y se acerque conmovido, en actitud de embeleso, para recibir la primera lección frente a «la Ronda» o «El hombre del caso», dos de las magistrales creaciones de Rembrandt. Quizá esa niña que interrumpió sus juegos, porque frente a ella la brutalidad y la injusticia de los hombres se ensañaba en un hombre, torne otra vez a su diversión interrumpida, y andando el tiempo dé éa luz un vengador, educado por ella para la acción heroica.

Reacciones apasionadas contra lo que no es justo, indignación pasajera frente a la frágil subestimación de la mujer, palabras dichas con prematura madurez, obstinación en la obra, en el juego infantil que no por trivial se abandona: todo, signos de que en esa pequeña que vive como «potro suelto», la vida ha depositado lo mejor de sus excelencias para distinguirla, cuando mujer, con el fuego del sacrificio personal que redime por igual a quien es débil y a quien es cobarde, y que conforta purificando la conciencia de



Luisa Michel

los hombres que no han sabido, o no han querido comprender el valor de una compañera, cuando ésta es honrada y es leal.

De cuánta nobleza y amor es capaz una mujer, dio Luisa Michel un conmovedor ejemplo cuando defendió a Pierre Lucas, su asesino frustrado, durante las exaltadas luchas del anarquismo proletario.

Cuando el reo, arrepentido de su acto, implora el perdón y la ayuda de la Virgen Roja, esta le escribe una respuesta admirable:

«Señor Lucas:

» Vuestra carta me produjo mucho gusto; demuestra, una vez más, que tuvimos razón de considerarnos víctimas de una alucinación y, por consiguiente, falto de condiciones para ser juzgado.

» Por lo demás estoy bien y mi mayor deseo es que se os devuelva a vuestra familia. Será justicia y esperamos que suceda pronto. Tened, pues, valor.»

Escribe también a un médico psiquiatra, para que intervenga y ayude al hombre que quiso matarla. Designa para su defensa un inteligente abogado, y hace absolver a Lucas. Semejante actitud — escribe Irma Boyer— debía por la fuerza producir sorpresa general. ¡No era, en efecto, un espectáculo del todo extraordinario ver en la Cour d'Assises una víctima reclamando, en nombre de la justicia, la libertad del que quiso matarla! ¡Y esta víctima que sobrepasa hasta los preceptos más puros del cristianismo, amando a su enemigo más que a sí misma, sacrificándose por él, indiferente a su propia herida, esa víctima que hacia revivir los actos de los santos antiguos por su caridad ardiente, era «atea y revolucionaria!»

Determinista sincera y lógica (escribe su biografía), que consideraba al hombre como producto de influencias distintas, Luisa Michel aplica sin cesar los métodos de investigación científica al dominio moral. En vez de juzgar, como la mayor parte de la gente, el efecto en sí mismo, empieza por escudriñar las causas que los expliquen.

En vez de odiar al perverso por la perversidad, como lo hace el vulgo, el determinismo busca la causa de la perversidad y la ataca. Considera preferible el suicidio a la prostitución, pero en vez de menospreciar, como por prejuicio suele hacerse, a la «chica de St-Lazare», en vez de arrojar la culpa de su degradación a la víctima, Luisa Michel reserva, con mayor espíritu de justicia, su indignación para la verdadera responsable: la sociedad.

Formada por reflexión, esta costumbre de juzgar a los demás con espíritu de veracidad y justicia, es tan honda en ella, que se convierte en una especie de instinto intelectual. Al producirse el atentado de Lucas, mientras sus amigos indignados tratan espontáneamente de aplicar al agresor la ley del Talión, con sangre fría o admirable ente ese coloso de frente testaruda y cara de bruto, la lesionada descubre de inmediato al fanático ignorante y grita: «¡Es un loco; dejadlo ir!»

Actitudes así dan pauta de la enormidad de quien las asume. La grandeza humana, que los mediocres confunden con la transitoria sobresalencia de los falsos héroes y de los impostores, radica en el alma, en la estructura moral de quienes buscan la ventura y la dicha ajena antes que la propia, y sólo odian cuando rasgan el velo del farsante para descubrirle en su inmundicia, en su maldad. Cuántos hay que tras la apariencia de finas maneras y elegantes palabras, abrigan el egoísmo canceroso que los convierte en traidores, traidores a todo, a la amistad, al amor, a la propia dignidad, y se llenan el alma de vergüenza y el corazón de envidia. Esas existencias estériles, que sólo saben del propio, del pequeño y mezquino mundo que les rodea, no pueden, jamás podrán comprender el alma verdadera de la mujer, cuando ésta, como Luisa Michel, son realmente grandes, y son, por sobre todas las cosas, amor y generosidad.

FERNANDO CORDOBA LOBO

OBRAS de Felipe Alaiz



«Quinet», tomo I.

«Tipos Españoles», tomo II.

10,00 francos los 2 volúmenes.

Pedidos: Servicio Librería, 24, rue Sainte-Marthe, París, X.

Giros: R. Llop, CCP 13507 56.



UMBRAL

París, Julio y Agosto 1963 ★ REVISTA MENSUAL DE ARTE, LETRAS Y ESTUDIOS SOCIALES ★ 1,60 frs. — Nros. 19-20

Elogio para Angel Samblancat

I

ANGEL SAMBLANCAT reencarna simbólicamente el alma de una España oprimida, cercada por tres mares, que se levanta entre una nube de polvo sobre los picachos de una nación que, con Italia y Grecia, tiene el sol más hermoso de la tierra. Con ese sol ha forjado sus cantares y lanzóse al encuentro de lo desconocido, en una carrera incesante desde el Renacimiento hasta hoy, en perspectiva de una revolución que no termina nunca. De esa inquietud y de ese naufragio en que se ha reconcentrado el espíritu ibérico le viene la angustia y la esperanza del desquite.

Detrás del Renacimiento quedaron el Cid y sus cuentos de viejas; los episodios de la unidad española que hicieron por diosa una historia creada para mejor suerte. Allí quedaron los juglares, el judaísmo y la morería, integrantes de dos razas que nos son queridas y cuyas células, trasfundidas en sangre cristianizada combatieron en Europa y América. Esas dos comunidades ibéricas urge al pensamiento libre de auténtica democracia restituir las con su dolor al hogar de donde no debieron haberse separado nunca.

Los libros de caballerías, «La canción de Roldán», los autos sacramentales de Calderón y sus antecesores, así como las cantigas de Berceo, no campear en la prosa y bien poco dejaron en la poesía clásica española como fuente de estudio a no ser su acento poético deformado por el sometimiento a la religión católica que todo lo ha corrompido. La edad media concluía y el espíritu desobediente de España llamaba a los hijos a redimirse por la acción de sus obras. Era la hazaña de pensar en los nuevos almirantes que izaran el pabellón de la libertad hecho jirones por los vientos y tempestades del mundo.

Así lo entendió Angel Samblancat que, como escritor español, pertenece a aquel período de cuatrocientos años atrás, cuando la insurrección de los valores reales, después de los grandes y universales planos del Quijote, que aparecían en Rojas, Gracián, Mateo Alemán, Quevedo y

el Arcipreste de Hita. Porque ellos son la adivinación. Con ellos aprendió España a hablar. Antes de su arribo, tartamudeábamos como los franceses y alemanes. Cuando estos genios llegaron a nuestro firmamento se rompió la corteza terrestre y abrieron los cielos al milagro del pensamiento que se dibuja en la vigorosa personalidad restauradora de las formas clásicas donde la palabra humana encierra toda la historia. Angel Samblancat ha permanecido fiel a esa tradición y obedeció ciegamente al llamado telúrico de su estirpe, amasando la palabra en formas para darle contenido de grandeza poética y de significado científico.

La palabra de Samblancat rompe con los cánones vulgares de lo ordinario para seguir por los nobles caminos del clasicismo, decadente en algunos, pero que él ha enquistado en el humanismo. Porque en él traduce y expresa el ideal del hombre, el hombre universo en sus maneras de pensar y de sentir las emociones, liberado de los formulismos de la civilización moderna. El lenguaje de Samblancat es la belleza en libertad, que se engalana con sus antiguos atavíos y aparece ante nosotros con su antigua canción.

Angel Samblancat advino a nuestro mundo poético con una época revolucionaria, con donaire y donosura en grado y para un viaje secular. Nutrido en un sufrimiento de fatiga, no alcanzó a realizar una obra metódica que quedara como modelo de forma. Ninguno de los grandes héroes de nuestro tiempo logró someterse a la disciplina de pensar y armonizar sus ideas. Samblancat, mago de la palabra como un Aladino, manejó las letras como armas de bondad y gentileza en todos los tiempos del verbo. Su prosa tiene mucho de campesina, manchega, aragonesa y catalana. En esas barricadas creó amores eternos en defensa de aspiraciones comunes por las que gime un pueblo oprimido. Y sus ojos ardieron, carbonizándose en el desprecio por la vida, pues, que, prácticamente, se agotó hasta el último suspiro.

Angel Samblancat ha vivido ese mundo de cuatro siglos atrás con las ideas sociales de nuestros días. Con el hecho de la



Angel SAMBLANCAT

historia, él cercenó hábitos y costumbres. Puso fuego lírico en sus creaciones y se posesionó del mundo para librar combate bajo guerras, revoluciones y destierros. La literatura de Samblancat, de acento barroco, pero con la agudeza, colorido musical y rica en imágenes impresionistas, se bifurca como dos grandes ríos a través del arte. Después de Galdós, Valle Inclán y Pío Baroja, es Samblancat el artífice de la literatura española contemporánea en sus líneas más puras, pues, sin habérselo propuesto, ni el propio Azorín ha conseguido escalar cumbres tan altas en el descubrimiento de creaciones contundentes y majestuosas como este aragonés ha sabido arrancarle.

II

Cada época tiene su definición en el arte y la ciencia, productos del saber. Es un eterno vaivén renovador. Lo que negamos ayer nos aparece hoy como verdad. Hoy tenemos detenido el tiempo en una literatura que nos habla de sufrimientos



4P 6755

Elogio para Angel Samblancat

y resignaciones, sobre todo en esa España herida y dispersada a todos los confines, opresa y maltrecha. En tal manifestación artística, las almas se marchitan y perecen. Las armas se enmohecen. Los poderes públicos estrechan alianza con la religión, en tanto el pueblo bajo, agobiado, húndese en la tierra esquilada que hace esclavos a sus hijos en vez de liberarlos.

Angel Samblancat ha vivido agobiado por ese dolor que coloca al hombre en lucha con el destino, obligándole a pelear en el mundo animal del materialismo como en remotas edades. Pero los dolores del pasado —en que todo resultó difícil— no deben sobreponerse a la luz del espíritu, a la comprensión, a la armonía ni al conjuro de aspirar a ser mejores. Los bienes de fortuna que estamos creando deben constituir el himno de alabanza a esta humilde e inocente profesión del arte para su inmortalidad.

Cierto que estos valores son comunes a todas las generaciones. De ellos nadie puede prescindir, pues entraña lo moderno de la propia juventud, de la primavera del mundo por la que la humanidad entera respira, se agita y mueve. Quien cierre los ojos a ese progreso constante de renovación, aniquila su función artística, se empeñe y diluye. Porque el arte es una representación humana. Ni el paisaje, ni el reino mineral, ni las especies animales representan algo sin el hombre. Por ello, entre lo antiguo y lo moderno existe sólo un concepto de tiempo y de forma: una ampliación del horizonte humanístico acuciado por la cultura que obliga a hacerse entender a través de figuras plásticas e imágenes con el menor esfuerzo y el mayor azuzamiento del ingenio. Todos los movimientos de renovación encuentran su dique aquí, que no es posible atravesar sin zambullirse en sus aguas cristalinas.

Samblancat no ha olvidado estos predicados. Jamás pudo desprenderse del maravilloso universo abierto a sus plantas en que apareció sumergido de por vida. El conocimiento de la cultura española y de las civilizaciones de la antigüedad representaban para él una vivencia, que lo iban empujando hacia acá. Ninguna de sus múltiples páginas en que fructificó tan deslumbrante inteligencia olvida el soplo divino de la grandeza que ha de animar el pensamiento y el arte.

La literatura contemporánea en su continente universal, sobre todo en Europa, no ha reaccionado en grado y medida de las esperanzas del siglo y de los sacrificios que está exigiendo. Dejemos de lado cuanto concierne a la España prisionera, que reserva sus energías para mejor ocasión. Pero se advierte un cansancio y desinterés propios de la derrota. En tanto, América se moviliza para crear gigantes que luchan por el gran cometido, el mundo europeo no puede salir de los temas de guerra y de la revolución industrial, esa aberración tan combatida por Samblancat, considerada como elemento del destino en que los dioses olímpicos juegan con la voluntad de los mortales. cuando el orden del día determina romper las cadenas opresoras del mundo en este momento trascendental de la historia con tan profundos abismos.

«La cultura está hecha por los hombres

y para los hombres. Defenderla contra ellos es trasformarla en ídolo, es sustraer al hombre su producto. Y si entra en juego el cañón y envía sus proyectiles», tengamos presente que «la cultura nunca ha sido defendida ni por los militares ni por los políticos», podría decir Samblancat. Lo que importa es conjugar en presente cuanto tienda a redimirnos, creando el instrumento humano adecuado que todavía la naturaleza ha olvidado, dotándolo de aquellos atributos morales que nos ha trasfundido la civilización moderna.

El hombre tiene un ancho campo para combatir. Y el artista, cualquiera sea su especialidad, no puede detenerse ante lo pequeño ni lo mezquino, cuando tiene delante monstruos que inevitablemente debe abatir. Este es el combate del siglo, dentro de un mundo dividido, donde el hombre es prisionero de un destino que forzosamente tiene que sacudir. El escritor actúa en el escenario público y sus creaciones tienen que sobreponerse a los defectos e imperfecciones de los espectadores. El genio y el ingenio, la destreza intelectual y el grado de una cultura de libre esencia humana, darán por resultado tan ambiciosa aspiración.

III

Una docena de libros y opúsculos coronan la obra impresa en volumen de este hombre insigne que fue Angel Samblancat. La labor periodística, en que ha quemado sus mejores ilusiones, le permitían mayor movilidad. Sa pluma iba vertiendo, a lo largo del papel, frases cortantes, chorreando sangre de mártires o lanzando alaridos frente a la injusticia circundante. El trabajo breve, tajante, macizo, apretado, exprimido de todos los jugos era el preferido. Porque permitía disparar sus cañones al alba o al peche del monstruo biforme que nos achata, aplasta y despedaza. Pero en cada frase, en cada línea campea una idea altruista, una imagen que salta disparada hasta los cielos o una figura que nos da la medida exacta de la intención que vanamente buscábamos en una palabra. Aquí tenemos a Samblancat. A ese amigo y compañero de todos que tan bellas páginas escribió para un sector de público que admira la estética de lo bello, donde la «palabra desollada y retorcida hasta el último hueso de su urdimbre néurica diese entera el alma y se desgarrara en gritos por la doliente boca de cada uno de sus poros», ha sabido admirar como este escritor hace «dejación de todas las grasas, linfas y hollejos, observando que la hoguera que encendió es todo brasa viva y ardorosa, sin humo ni cartuchos quemados. Ese lector anónimo que ha seguido a Samblancat a lo largo de sus años mozos y de los proyectos vio en su literatura el embeleso de una novia que, aunque algunas veces suelte la lengua para expresar sentimientos que «parezcan demasiado cáusticos, recuerden que las lágrimas más cordiales son las más acidulas; que las máximas efusiones de la vida se entreveran de gemidos».

Samblancat llegó a la casa Confederal por camino distinto a la gran mayoría de sus pioneros. Venía de los restos del fede-

ralismo que agrupó a Figueras, Pi y Margall, Salmerón y Cristóbal Litrán. este último colaborador inolvidable de la Escuela Moderna. De aquel plantel no podemos olvidar a Nicolás Estévez, ni a Riego, ni tampoco a los integrantes de menor nombradía que se precipitaron al abismo durante la segunda república española, que la primera se ha instaurado en Córdoba la morera, según testimonia el nunca bien recordado Gonzalo de Repaz. Angel Samblancat, cuando llegó a la C.N.T., ya traía un cargamento de faonanas periodísticas en **El Diluvio** y **La Campana de Gracia**. De allí en adelante, al integrar la familia confederal, se dio a la colaboración en prensa de la hermandad y en la afin, como lo fue aquella **España Nueva**, que en Madrid publicaba Rodrigo Soriano, enemigo a muerte del gran cazurro Blasco Ibáñez, que por muchos años fuera «imperator» popular de aquella insula del Cid. También colaboró en el diario **El Sol**, donde se han disparado certeros proyectiles al régimen, contribuyendo de ese modo al derrumbe del 13 e instauración de la II República.

Pero desde 1923 en que aparecieron sus áureas **Testas y tientos coronados** y **La cuerda de deportados**, la labor de Angel Samblancat se agranda con aquella inmolación de la palabra emotiva que nuestro idioma guarda desde todos los tiempos al recuerdo de los compañeros fusilados en Montjuich y abatidos en las calles de la catalana ciudad condal. El verso de Samblancat, el verbo castellano y el beso de España entera fueron recogidos en **El terror**, folleto de escasas treinta páginas que está pidiendo a gritos su reedición. Todas las luces ibéricas, las emociones y sustancia de nuestro hablar y sentir desde los tiempos de la formación del idioma hasta hoy, fueron volcadas por Angel Samblancat como flores inmarcescibles sobre el rostro y la cabeza de los compañeros sacrificados por el ideal. Toda la piedad que trasciende de nuestra literatura desde Garcilaso y Boscán hasta nuestro vate máximo que fue Maragall, corren como tibio aliento, como abrazo de novia tributando la última caricia a aquellos precursores de la buena nueva.

Y después de **El terror**, Samblancat no ha tenido sosiego ni residencia fija en ningún pueblo de España. Porque los detentadores del poder lo sacudían de un lugar a otro al leer cada una de sus crónicas, donde con su gracejo tan dulce de maño andaluz educado en la corte aragonesa, ponía patas arriba al más repintado obispo, general o ministro, así se llamara Romanones, Dato o Alcalá. Algunas veces ha tenido que huir hasta París, donde no podían alcanzarle los disparos del régimen. Samblancat y Unamuno fueron los dos desterrados más significativos de aquella generación.

Y después comenzaron a surgir **Jesús atado a la columna**, **Con el corazón extasiado**, **Barro en las alas**, **Ascensión de María Magdalena**, **El señor Esteve**, casi todos ellos bajo el signo de la editorial Bauzá, que tenía su laboratorio en la calle Aribau al ciento y medic, de Barcelona. Y más tarde fue **El aire podrido** que editó «Cenit» y que armó la gran podrida, pues hubo de refugiarse en Francia hasta la declinación de Primo de Rivera,

GARCÍA LÓRCA, poeta de signo grave

por Augusto Germán Orihuela

MAS que el nombre de los políticos que tuvieron participación directa en los acontecimientos, el suyo — Federico García Lorca — es un signo, grave signo de lo que ocurrió en España hace ya un cuarto de siglo. Toda una simbología de lo que puede ocurrir en un país cuando las pasiones se desatan y echan a correr por campos y caminos carseros y ciudades. Cuando un pueblo empieza a perderlo todo: sus hombres, sus obras, su arte, la tradición, la fe y la propia estructura material y anímica. La muerte violenta de García Lorca, en colapso de pujante y fructífera vida, cuando apenas llegaba a los treinta y ocho años, y empezaba a madurar su poder creador en el teatro, que siendo español era universal a la vez, es la muestra más cruda del declive alcanzado por un pueblo que se deja arrastrar por la violencia. Porque llega a cortar sus mejores voces, a borrar sus mejores pensamientos. Que es, como si dijéramos, segarse por sí mismo la corriente de la vida.

Fue Federico García Lorca la figura literaria de mayores atractivos en la España de sus años. Y aún hoy lo sigue siendo. Tal vez con más vigor al verse confirmados los presentimientos que con facilidad se encuentran en su poesía. Era la figura más atrayente de su época, no sólo porque poseyó como pocos el don divino de la simpatía, sino porque en él se cumplía mejor que en nadie lo que él mismo llamó, en una conferencia, la teoría y el juego del *duende*, ese « poder misterioso que todos sienten y que ningún filósofo explica », que no es el ángel



Federico García Lorca

ni tampoco la *musa*. Federico — como ya se le nombraba — a quien todos sus contemporáneos atestiguan como bondadoso y bueno, sin zalamerías y sin pedantería, con una sinceridad de niño y un proceder pulcro y hermoso, de artista verdadero. Aquel que habiendo nacido músico, poeta y pintor sabía encontrar en lo popular la fuente de su obra creadora. El que, graduado en Filosofía y en Derecho, se preparaba para obtener por oposición una cátedra de Literatura. El que escribía poemas a los niños. El de « La Barraca » que iba por España tratando de enseñar a su pueblo lo que era su teatro famoso del Siglo de Oro. El que ya producía su propio teatro: « Mariana Pineda » y « Bodas de sangre », « Yerma » y « La Casa de Bernarda Alba », para sólo nombrar cuatro de las trece obras que alcanzó a escribir. El Federico del « Romance gitano » y « Diván del Tamarit ». El del « Llanto por Ignacio Sánchez Mejías ». El Federico admirado por América y adorado por España hasta una madrugada de agosto de 1936, cuando llegaron los « niños de velado rostro »:

Por las arboledas del Tamarit
han venido los perros del plomo
a esperar que se caigan los ramos,
a esperar que se quiebren ellos solos.

Por las arboledas del Tamarit
hay muchos niños de velado rostro
a esperar que se caigan los ramos,
a esperar que se quiebren ellos solos.

Pero no esperaron, sino que los arrancaron y los quebraron. En ese amanecer tuvo el mundo la señal definitiva de cuanto estaba aconteciendo en España. Se había llegado a donde nunca se creyó, ni se soñó en diabólica pesadilla, pues jamás se pensó que la violencia alcanzara a tanto. Todos en España sentían como imposible que a Federico se le produjera la muerte de aquella forma. Por eso, una

vez su entrañable amigo y compañero Jorge Guillén, decía al padre del poeta, don Federico García Rodríguez, cuando ya soplaban vientos de fronda: « En caso de revuelta, si hay un solo español que se salve, será Federico ».

Tendría hoy García Lorca casi sesenta y cinco años. Ya habría traspuesto la madurez. Sería un anciano. Pero, en veintisiete años, ¿cuánto habría producido? Le llegó la muerte a los cinco años de proclamada la República Española. Y hoy, a los treinta y dos de ese hecho trascendental, hay quienes estén pensando en volver a la monarquía. ¡En estos tiempos! ¿Cuánto ganó España con su guerra civil? Por eso, cada día que pasa, la muerte de Federico García Lorca adquiere mayor significación. Para mí tiene todo el valor de un símbolo y toda la importancia de un aviso.

Soneto a Federico García Lorca

*Un día me contaste, con temblores de niño,
la escena horripilante. Pacía el buen cordero
bajo el sol de la tarde, soñando placentero
que todo el mundo en torno se vestía de ar-
[miño.*

*De repente, unos cerdos con feroz desaliño
destrozaron la carne virginal, y un reguero
de sangre inmaculada puso rojo en sendero,
y dejó el universo sin gozo y sin cariño.*

*Desde entonces, en todos tus versos infantiles,
ensombreciendo tus claros tamboriles,
un vahido de angustia convirtió la casida*

*de tu amor en salmodia de terror y de duelo.
Y al final, tu siniestra pesadilla cumplida,
una piara de fieras te mató, corderuelo.*

José Antonio Balbontín



Elogio para A. Samblancat

y su secuela Berenguer. Y de allí en adelante, en pequeña pausa hasta 1936, se ha repuesto del tráfico y tránsito forzados. Y desde Francia, pasando por los campos de concentración, hasta México, aparecieron Caravana nazarena, Hubo una Francia, Plumero salvaje y A caballo del Ande.

En el número 24 de «Reconstruir» se dice en elogio de Samblancat lo que falta aquí, el hombre que ha cumplido su deber y al que la naturaleza, según la palabra de Garcilaso, no podrá quitarle «el llanto del mundo todo, el desigual dolor ni el dolorido sentir. Cuán pocas obras en el mundo son hechas por tu mano. Creciendo el bien, menguando las congojas, el sueño dicte al corazón humano para que al despertar más se alegrase del estado gozoso, alegre y sano».

¡Loado sea!

CAMPIO CARPIO

Buenos Aires.

NOTA DE LA REDACCION : Existiendo el propósito de editar un libro homenaje a Samblancat agradeceríamos recibir adhesiones.



LA España Negra es una realidad de los días actuales en lógica sucesión de dramáticas negruras anteriores. Militares y religiosos españoles causaron terribles estragos en el cuerpo y la moral de cubanos, puertorriqueños y filipinos en la última década del siglo XIX en ocasión de la rebeldía preliminar, y luego abierta, de aquellos pueblos. El poeta y filósofo José Martí murió en la contienda antillana y el doctor José Rizal, no menos poeta y humanista que Martí, cayó fusilado en un castillo español de Filipinas. Simultáneamente centenares de anarquistas catalanes eran detenidos bajo acusación de terrorismo y noventa de ellos sometidos a tormento y a consejo de guerra en la hosca prisión del Castillo de Montjuich, de Barcelona. Pretexto justificativo de esta barbarie lo fue la bomba arrojada por un elemento provocador en la procesión del Corpus barcelonés a su paso por la calle de Cambios Nuevos. Tras las confesiones arrancadas por medio de terribles martirios, cuatro desdichados prisioneros fueron fusilados, uno de ellos alocado por los sufrimientos: Luis Mas. Los otros llamábanse José Molas, Tomás Ascheri y Antonio Nogués.

Disponiendo de un documento probatorio de las declaraciones hechas públicas por uno de los martirizados, Sebastián Suñé, no fusilado y al cual personalmente hemos conocido en su bondad, en su tenacidad y fidelidad a las ideas, resolvemos recordar a la opinión ese prolegómeno de la gigantesca carnicería de **reses humanas** consumada en la España de 1936-1963... a título de no se sabe qué Cruzada.

Véanse los datos aportados por el Sebastián Suñé citado:

« Preso el día 2 de agosto de 1896, fui conducido a Atarazanas, donde el teniente Portas me hizo unas preguntas sobre libros y folletos publicados. Después me trasladaron a los Docks y de allí al castillo de Montjuich. El día 10 me entraron en el calabozo Cero. El piquete de soldados me libró al citado teniente Portas, al cabo Botas y a los guardias Mayans y Parrillas. Únicamente Portas vestía uniforme. Luego de despojarme de la ropa, del tabaco, del pan, del dinero y otros efectos personales, me amanillaron. Bárbaramente con unas esposas de latón y me ataron los brazos con cuerdas.

« — ¿Sabes por qué estás aquí? — me preguntaron.

« No — contesté —. Tal vez por haber propagado ideas legalmente.

« Justo — contestaron —. Porque has propagado la anarquía.

« Entrado en el calabozo Cero me indicaron la reja y la luz, y señalándome una extensión de 4 a 5 palmos de ancha por unos 30 de larga, me ordenaron: «De la reja a la luz andando aprisa, sin descansar, y cuidado que te inclines a uno u otro lado!»

« Creyendo que se trataba de pura comedia y sin imaginar la suerte que me aguardaba, casi me lo tomé a risa.

Entró el guardia Parrillas, que vigilaba, y con una fusta en la mano me mandó que anduviera al trote. Procuré obedecer, y una hora después volvió a entrar Parrillas para descargar sobre mí tres fustazos.

« Paseándome así y recibiendo latigazos e insultos por toda alimentación, pasé de esta manera de 3 a 4 días de 24 horas cada uno, debilitado por el cansancio, la sed, el hambre y el sueño. Respondiendo a lo que me preguntaban interés al guardia que avisara al tenien-

La España negra no es una leyenda

te, puesto que juez no lo había. Presentóse Portas para preguntarme: « ¿Estás dispuesto a decir la verdad? » — No tengo por qué negar lo que he hecho —. « ¿Quién arrojó la bomba de Cambios Nuevos? » — Lo ignoro —. « ¿Quién te parece que pueda ser el autor? » — No puedo decirlo por no saberlo. « Sigue andando, pues. »

« Dos días después me presentaron el martirizado Nogués. Comprendí que tenía el papel bien estudiado. No nos conocíamos, pero Nogués afirmó que sí. « ¿De qué me conoces? », le pregunté. — De la noche en que yo, tú y Luis Mas fuimos a enterrar seis bombas Orsini en la calle de Córcega.

« No sabiendo de lo que me hablaba le pedí cuánto le pagaban para mentir de aquel modo. Fue Portas quien contestó: « Ya lo sabrás ». Entretanto, Nogués, inducido por las miradas de los verdugos, proseguía: « Si no las tienes piensa a quién se las has dado y dilo. Mira que no sabes lo que te espera. »

« Aquella terrible noche, Mayans y el cabo Botas, para obligarme a decir en qué sitio del solar de la calle Diputación esquina Universidad había escondido unas bombas, me llenaron de puñetazos el pecho, los costados y debajo de las mandíbulas. Tanta sed tuve que bebí el agua y aceite mezclado de un tarro que servía de lámpara; visto lo cual entraron los cabos Botas y Cirilo y me pegaron otra fuerte paliza.

« Se personó el teniente Portas y arrojóme violentamente sobre el jergón, mientras los verdugos me sujetaban las piernas. Estorquí, con una caña partida por el medio me retorcia los testículos, dejándome horriblemente acorchados. Mayans padre me amordazó con un trapo, y mientras me apuñeaba con furia en el pecho Portas gritaba: « ¡Duro, duro, a ese bandido, a ese estúpido, a ese pretencioso, me cago en la p... madre que le c...! »

« En otra ocasión, no pudiendo más andar, me dejé caer al suelo, y los guardias Carreras y Parrillas, hartos de darme con látigos, me quitaron los calzoncillos, y el héroe Carreras se entretuvo aplicándome la brasa de su puro en la punta del miembro viril...

« De nuevo me presentaron Nogués obligándole a que me pegara unos latigazos. Luego me sacaron del Cero para curarme, y al reintegrarme de nuevo al espantoso calabozo Cero los dientes me chirriaban y pasé dos días sufriendo un frío extraño. Cuando me había recobrado en algo volví a entrar Portas para ordenar que me hicieran trotar de nuevo, y al no poder yo hacerlo dado mi estado, me aplicaron otra tanda de latigazos, tan prolongada, que los verdugos tenían que relevarse, hasta que un golpe que me dio Carreras en la pierna derecha me hizo caer de memoria y perder el sentido. Lo que seguidamente ocurrió lo ignoro. Luchando entre la vida y la muerte me hallé en el departamento denominado La Artillería, tan débil, que ni el agua conseguía digerir. El cuerpo de arriba abajo me ardía. Las esposas se habían comido

la carne de las muñecas sujetándome los huesos; y cuando me las quitaron tuvieron que romperlas a lima. Yo mismo me arranqué la plantilla de los pies con la misma facilidad que se quita una alpargata. Todo ese calvario lo sufrí del 10 de agosto hasta el 26 de septiembre.

« Cuando presté declaración ante el juez instructor anhelaba contárselo todo; pero me cayó el alma a los pies cuando este señor, Marzo, súbitamente me trató de hipócrita, criminal y con otras faltas de respeto. Sin embargo, lo expliqué todo y negué el infundio de que yo hubiese enterrado bombas en parte alguna. Nuevamente careado con Nogués, al preguntarle el juez si Suñé había escondido bombas respondió que no. Pero en lugar de consignar su honrada declaración, Portas y Marzo le miraron inquisitorialmente y entonces el pobre hombre, temiendo nuevo suplicio, rectificó con un « sí » compungido. Algo por el estilo me ocurrió en careo con otro torturado y escogido para el suplicio final: José Molas. Ante tanta infamia no tuve voz para negar ni afirmar, limitándome al consabido: « No me acuerdo de nada », por lo cual Portas, en presencia de Marzo, volvió a vomitar a intención mía: « ¡Me cago en la p... que te c...! » Esperaba este salvaje que en vista de las afirmaciones de Nogués y Molas yo seguiría la corriente, y no siendo así, el cabo Botas me tomó por su cuenta atormentándome como mínimo diez días más... Siempre que entraba a verme era para golpearme la cabeza, hasta que el 26 de septiembre sus golpes me produjeron un derrame de sangre por la nariz, la boca y la oreja izquierda, formando un gran charco de líquido rojo en el suelo. En este punto prometí al cabo Botas que cuando volviera el juez le diría que sí a todo. Salí y regresé 30 minutos después con un botijo de agua, diciéndome mientras me lo entregaba: « Toma y limpia eso, que no quiero ver sangre de cochinos como tú. »

« En el nombramiento de defensor me pusieron dificultades, y al indicar que tenía testigos probatorios de que las acusaciones contra mí eran falsas, el juez Marzo me interrumpió: « No se admiten otros testigos que los que han declarado ya ». En la noche antes del Consejo de Guerra el teniente Portas me amenazó: « Mañana tendrás lugar de hablar ante los señores del Consejo; puedes decir lo que quieras, te autorizo; pero cuidado con decir que ha habido palos, ya lo sabes. » Durante el sumario Portas me obligó a leer un libro-ivectiva contra mis opiniones escrito por el cura Segundo Franco, de tendencia perdidamente reaccionaria. Ante el Consejo mostré las tremendas cicatrices que llevo en el cuerpo, documento probatorio de los martirios que por delito de opinión en el Castillo de Montjuich han sido infligidos... »

En efecto, Gana, Oller, Callís, Thiolouse y el propio Suñé tuvieron ocasión de mostrar tan gráficas **documentaciones** a médicos y periodistas, que les examinaron. Las heridas de los fusilados Mas, Molas, Ascheri y Nogués las pudriría la tierra...

Plumas perennes

El presente y nosotros

ESTA civilización mecánica y contradictoria es un triste enigma para quien no tenga ensordecida el alma por estridencias perforantes, rugir de fraguas, golpear de martillos; para quien no la haya acuñado a ritmos de « jazz ». A un espíritu atormentado, que no puede oír la voz armónica del cosmos ni calentarse al sol de la esperanza en una trascendental justicia y en una beatitud eterna, lo irracional en el tumulto sangriento y en obscuro grado, se le aparece a veces como un misterio sin dignidad, un horror sin enmienda. Sobre sí está el cielo vacío; a su alrededor, la vida zumba, silba, tizna, pringa, ensangrienta, ríe estúpidamente, y el hombre se le aparece cual sér que nace, reproduce y muere y la historia como una sucesión de generaciones que repiten fatigas de Sísifo, audacias inútiles, absurdos sacrificios y errores iguales a los pasados y probablemente a los futuros. Y le resuena, siniestra, la desesperada frase de Maquiavelo: « Me parece que todos los tiempos vuelven y que nosotros somos siempre los mismos ». No ya los usos y recursos de Vico, o sea un « volver atrás » que es una ascensión por el espiral del eterno progreso, sino un volar hacia las alturas con alas de ángel y un sempiterno caer a tierra para arrastrarse como culebra, o para esconderse en el cado como un topo.

Hay quien se refugia en la torre de marfil, y tras haber soñado una vida soleada y titánica cultiva rosas en el jardín de Epicuro, sigue un vuelo de golondrinas en el augusto cielo de un sentimentalismo trasnochado, o se entrega a estériles trascendencias cerebrales. Dejemos a los desertores sepultar los sueños generosos del corazón.

Aquellos a quienes va mi fraternidad de semejante, son los que intentan apuntalar la casa en peligro preguntándose si no sería mejor echar mano a la piqueta, los que, batiéndose por una bandera, no saben ya si ésta es lábaro o sudario; los que quisieran vivir la orgullosa hora del sacrificio que del más humilde hace un Sócrates o un Cristo, y están constreñidos a las dudas amargas que esterilizan e inficionan a los efectos generosos. Quien en las tinieblas de la duda, en el frío descorazonamiento, en el esfuerzo sobrehumano de ser hombre, se aboca sobre sí mismo para observarse, conocerse y sospearse, ese, tratando de llegar a héroe, se aproxima a santo.

El heroísmo del acto es el « milagro » que puede provocar rebrotes en una rama seca, o el vigor que brota de una natural lozanía, vital y entusiasta. La santidad es el heroísmo de una vida de hombre. Terencio Mac Sweeney, síndico de Cork que quiso morir por su país, hubo de escribir: « Es más difícil lograr una vida coherente que afrontar una muerte valerosa. Muchos hombres generosos sabrían recoger sus energías en un supremo instante y morir por una idea; mas es en la espera de tal momento, combatiendo con esfuerzo, que muchos han cedido. ¡Vivir es tan intrépido como morir! »

No nos confunda la palabra. El significado de este vivir es paralelo al de este morir, porque se sobreentiende parear lo



opuesto del heroísmo a la santidad. Y nosotros diríamos ahora, que vivir santamente es tan intrépido como morir heroicamente.

Nuestros tiempos no han liquidado enteramente al heroísmo, pero están matando la diafinidad de conducta.

Los sueños, los heroicos proyectos de muchos hombres entre los mejores, son como los viriles propósitos de enfermo que no sanará nunca. El culto al héroe

POR CAMILO BERNERI

señala la decadencia del santismo, precisamente porque nos soñamos héroes cuando no llegamos a ser maestros para regir nuestra propia vida.

El superhombre de Nietzsche es el mito de un hombre frustrado, signo de nuestros tiempos. Nuestra época vio a Napoleón, a Mussolini, a Hitler, a Stalin. Creó a Orsini y al Jacobo Ortis fosciliano. Mazzini ha quedado único y a Nietzsche lo sustituyeron Barrés y D'Annunzio. A Gandhi lo produjo la India misteriosa. Quedan pensadores y no filósofos, muchos literatos y escasos escritores; en música, nadie es Beethoven, y Edison nos ha ofrecido el caso del genio científico doblado de agente de negocios. No obstante este empobrecimiento espiritual, nuestra época es madura, igual a época de desarrollo, revolucionaria. Cuando desaparecen del cielo las estrellas el alba se inicia.

Si ningún católico se yergue contra el pontífice en el lenguaje de Savonarola, es porque los tiempos no son ya para excomunionen fulminantes y monitores proféticos. Si Croce no habla con el ardor de Bruno y no bebería la cicuta de Sócrates, es que la filosofía está tramontando, pues trascendidas la poesía y la religión, aquélla se propondría para ciencia, cuyo estado no le corresponde.

Como en la existencia humana toda edad señala el tramonte de dotes del

cuerpo y del espíritu y el surgimiento de otras nuevas, así toda época ve morir ciertas dignidades de historia y de vida y nacer dignidades nuevas.

Son los nuestros, tiempos de revolución irreprimible.

No hay, entonces, razón para desesperar. La desconfianza en el hombre es un veneno del que es menester desintoxicarnos referente a nosotros y a cuantos sea posible. La desconfianza es la justificación de nuestras presunciones engañosas, con las que intentamos sedificar nuestras vilezas y argumentar nuestro animal apego a la vida. Cuando se llega a decir: « Los hombres no merecen... », se renuncia a la dignidad humana; y se reniega del sueño justo y bello de nuestra generosidad, además de ser una renuncia a toda disciplina moral.

Si la humanidad no mereciera tu obra: ¿qué serías tú, que la menosprecias? ¿Si la madre, llorando por el hijo que desahoga de poder abrazar de nuevo no osa protestar por miedo a cerrarle aún más las puertas de la cárcel; si la viuda tranquilamente olvida; si los hijos no defienden al padre? ¿Y qué? ¿No has matado tú en la guerra por no haber aceptado las consecuencias de la indisciplina? ¿No has dejado sin vindicar al hermano? ¿No has dejado en abandono al amigo? ¿No has rehuido situaciones de conflicto? ¿Has hecho el bien cuando te ha sido posible? No te hablo de sacrificios supremos, sino de lo que el hombre normal puede cumplir en estado de conciencia y sin propósitos de heroísmo novelesco.

He conocido a seres llevando medio siglo de luchas a cuestas sin sentir cansancio. He conocido a otros que fueron traicionados y calumniados en el transcurso de su vida sin que llegaran a despreciar a sus semejantes. Y a cada encuentro con estos hombres justos me he hecho una íntima plegaria: « Trata en toda ocasión de ser como ellos ».

No lo he logrado, no consigo lograrlo, pero confío llegar al punto de no justificar mi cortedad, mi egoísmo, pretextando la miseria moral ajena. Es doloroso y humillante el escepticismo de los progenitores, de ciertos amigos, de muchas mujeres: « ¿Ves? Los demás nada hacen. ¿Por qué siempre has de ser tú quien se sacrifique? »

En la vida común los afectos familiares tienen tanta razón de ser como los afectos sublimes. Pero quien quiera que se plantee el problema de la propia santidad (¡oh, fácil es ironizar sobre esta palabra!) o del propio heroísmo, no puede sino establecer una jerarquía axiológica de sus afectos. No hay moralidad que no sea sentimiento de solidaridad humana. Y esta valorización es reclamada por los tiempos nuestros, que ven catástrofes y renacimientos grandiosos.

El porvenir amará y pensará tanto más y mejor hayamos amado y pensado nosotros. El porvenir no viene; es el presente que lo crea convirtiéndose en pasado con fruto. Pasado, presente y porvenir, son verdaderos como la muerte para el individuo, no para el pueblo.

Cada uno de nosotros actúa en la historia, verdad que muchos ignoran desviados por la historia bélica y por la concepción del progreso como obra de genios

EL PRESENTE Y NOSOTROS

escogidos. Cada cual de nosotros puede ser educador, aun sin ser padre ni maestro. Cada cual de nosotros puede ser influyente político sin escribir en los periódicos ni ser miembro de ningún consejo de partido. Por conducta, cada quien puede contribuir a la formación de la historia.

Nuestro grupo de libertad infinita está en crisis. Lo oigo decir. También yo lamento algo de eso. Pero miro en torno mío y me doy cuenta de que todos los movimientos y partidos están en crisis, y si aquí el nuestro se amodorra, allá está en lozanía. Y veo a los genuínos comunistas, a los más inteligentes y honestos liberales, acudir a nosotros, no en calidad de asociados, sino de participantes de nuestras conclusiones filosóficas, políticas y económicas.

El descrédito del sistema capitalista es universal o casi. La desconfianza en el socialismo de Estado se ha hecho grande incluso en marxistas. La experiencia de cinco revoluciones confirma nuestras críticas, previsiones e indicaciones.

El mundo abre siempre nuevos y más amplios surcos para entranar nuestra siembra. Los hechos conducen a una anarquía bienhechora, apoyando nuestra obra. No hay, entonces, lugar para un pesimismo corrosivo; ahora más que nunca el optimismo integral está justificado. Incluso el pesimismo actual es, en sustancia, optimista porque deriva en profundización, en sublimación del dolor humano.

Los tiempos actuales son nuestros. No significan un retroceso, sino un recodo. No veremos nosotros más que valles cubiertos de sombra y picos alejados dorados por el sol. Sabemos que está cercano el día en que la humanidad descubrirá, desde la cumbre que creyera la más elevada, otras cimas de inmensas cordilleras inexploradas. Pero creemos que no se despenará ya más en los abismos, que no temerá vértigos ni avalanchas. Podrá marchar y cantar, como el caminante que sigue camino llano y recto en pos de serena fatiga para un dulce y reparador sueño.

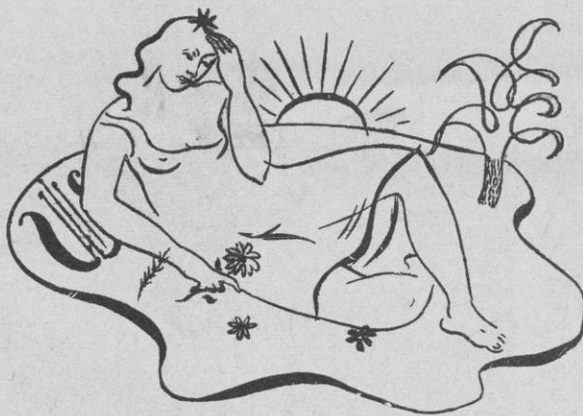
Un ejército inmenso vaga desbandado por el mundo. Los sin trabajo, inducidos al robo, a la prostitución, al suicidio, al mercenarismo policiaco o castrense, constituyen legión inmensa. Los lobos, solitarios y tímidos, se hacen, con el hambre, solidarios y agresivos. Aislados y vencidos, los hombres van en busca de la sopa filantrópica y de los tratantes de esclavos. Sobre quien reivindica el derecho a la vida, también esos desheredados lo señalan para el sacrificio.

La voluntad de los pueblos se ahoga en bochornoso crepúsculo. Algún resplandor de sol, un leve relámpago, alguna resonancia de bronce en breve paréntesis, en fuegos de paja dispersos. Ese es el aspecto.

Encerrarse en torre de marfil equivalente a un faro, es lícito y es un deber, ya que en el mundo hay necesidad de antorchas y asimismo de estrellas. Pero encerrarse en la torre como avaro para encandilarse a la vista de un oro que no vale lo que pierde la renuncia a la lucha

MUSA REGIONAL

Asturies y Catalunya Romance del «Catalán de les Estrelles»



¡Ay, Canigú, mió Canigú;
quien se golviera de ñeve,
pa mecese nel tu cuellu,
como neñin que se duerme...!

Vé casate a la mió Asturies,
«Catalán de les Estrelles»,
con Covadonga la brava
o Peña Santa de Biedes,
sempre vesties de blanco,
vesties de blanco sempre,
como mocones qu'esperen
que so galán les lliberte
de cazurros y morunos
que les endinen y ofienden...

¡Qué diría Don Pelayo
si rucitase y lo viesese?

¡Vé casate a la mió Asturies,
Catalán de les Estrelles!»

Direi al raitán del alba
que 'l so picu non lu piesye,
y a la calandria del prau,
y a la cenrica ena seve,
y al malvis del robledal,
y al reiseñor del ciprese,
y al xilguerín, que reblinca
enos floríos llaureles
pa coronate de gozu,
como tu bien lo merécies...

por un cacho de sol para cada hombre,
no, no debe hacerse.

Los tiempos requieren nuestra cultura revolucionaria. Hay un mito bolchevique, superautoritario, a despanzurrar. Hay un sistema capitalista en estado de quiebra, a pulverizar. Hay equívocos socialdemócratas a desvanecer. Y tantas otras batallas de ideas a sostener.

Y nuestras publicaciones, obligadas están a crear y sostener una corriente de ideas y sentimientos que corten los errores y la malogración de nuevas revoluciones, debiendo situarse a la altura de su noble y trascendental cometido.

NOTICIA SOBRE CAMILO BERNERI. Pensador anarquista italiano perseguido por Mussolini, y asesinado en mayo de 1937 por los comunistas en Barcelona.

¡Vé casate a la mió Asturies,
«Catalán des les Estrelles»!

Verás la guapa asturiana
de les floriaes madreñes
y pasinos de palomba,
ximielgando «les mamelles»
como un xiringüelu llocu
per el camín de la juente.
Lleva ferrá de castañu,
con ariellos rellucientes
y el caxilón de secretos,
pa que te quite la sede
el agua de los milagros
del manancial de Gobiendes,
que, según diz la mió güela,
—entendía en cosadielles
y reflanes de la tierra—
el que del agua bebiese,
si nón se casa en antoxu,

casarase pa setiembre
con tal de que tenga moza
y de qu'ella lu quisiese,
que' n esto de los milagros,
Dios nunca les fexo a medies...

¡Vé casate a la mió Asturies,
«Catalán des les Estrelles»!

..

Un carráu de tempestaes
pásate po la tu frente:
¡nin tan squiera una sola
la barratina te mueve!
Solu el Naranju de Bulnes
comparase con ti puede,
Canigú de lo cimero,
«Catalán de les Estrelles».
Que Asturies y Catalunya
son dos pueblos de valientes,
hoy con corona d' escayos
florece de llaureles...
Y el Maestro Pau Casals,
el mas buenu de los seres
que 'l Destín punxo nel mundo
pa que tóos lu veneren,
va tocando, va tocando,
co nun «son, son» que conmueve
la vega rosellonesa,
refuxu de sos quererres,
la «Nevna Sinfonia»
de Metomen, el doliente,
símbolu que ye d'amor
y de concordia ena xente
que tenga bona voluntá...
¡Que les Xanes i lo premien!

¡Vé casate a la mió Asturies,
«Catalán des les Estrelles»!

Yo, que soy tou asturianu,
sé que la mió Asturies, quiere...

¡Ay, Canigú, mió Canigú,
quien se golviera de ñeve...!

Emilio PALACIOS





TRES BIOGRAFÍAS

EN el transcurso de mi ya larga vida experimenté diversas y grandes emociones, pero pocas tuvieron la virtud de despertar los gratos recuerdos de una juventud risueña y turbulenta. Risueña, por estar dotado en aquellos tiempos de una memoria verdaderamente prodigiosa que facilitaba mis estudios, con los consiguientes halagos y regalos de la familia; y turbulenta, porque tanto en la calle como en las escuelas y colegios por donde pasé, dejé huellas imborrables de mi férreo y extravagante carácter, siendo el elemento más perturbador que imaginarse pueda. Discolito porque si, jamás pude admitir, ni tan siquiera tolerar, imposiciones de ninguna clase, hasta el extremo de que un día, en plena sala de estudios, cogí un tintero decidido a tirarlo a la cabeza de uno de los maestros si, como era costumbre en él, levantaba la mano para abofetearme.

En cambio un sencillo librito ha conseguido calmar mis nervios desde hace muchos años en tensión casi continua, inyectándoles, además, la placidez necesaria para que me concentrara de manera inconsciente horas, días y semanas, recordando escenas de mis años juveniles con sus juegos y travesuras, con sus alegrías y sinsabores, con sus satisfacciones y desengaños, con sus éxitos y fracasos. Con un entusiasmo sin igual lo he leído, deleitándome su forma sencilla, pero plástica de una exaltación fogosa y expresiva, digna de los mejores elogios.

La sucursal en Pollensa de la Caja de Ahorros de las Baleares, por lo que fue, considero oportuno abrir un concurso literario destinado a honrar a nativos ilustres, saliendo vencedores del difícil certamen, los jóvenes pollensines Francisco Bonnin Aguiló, en colaboración con Miguel Bota Toxo, Juan Vidal Isern y Bernardo Cifre Forteza, autores de las biografías de don Mateo Rotger Capllonch, don Lorenzo Cerdá Bisbal y don Juan Guiraud Rotger. Bernardo Cifre ha tenido la amabilidad que, de corazón le agradezco, de enviar un ejemplar a mi familia y ésta, conocedora de mis aficiones literarias y mi cariño por la « roqueta », de traspasármelo.

He exprimido el máximo mi cerebro para definir a través de sus nombres y apellidos la personalidad de Antonio Roselló, promotor del citado concurso; del prologuista Ramón Rebassa y de tres de los escritores sin conseguirlo, ya que uno solo se ha abierto camino en mi actual caduca memoria, y no por ser, precisamente, el autor de la biografía de un pariente mío, y sí por haber frecuentado en mi juventud con bastante asiduidad la casa de sus abuelos paternos y maternos: « C'an Garrit » y « C'an Oreanc ».

De los biografiados conocí y traté innumerables veces a don Mateo Rotger de « C'an Sopa », unido por una estrecha amistad con mis progenitores, solicitando siempre mis servicios de « monaguillo » para servirle la misa cuando a Pollensa llegaba a fin de disfrutar de merecidas vacaciones, dándome, la en aquellos tiempos fabulosa propina, de dos pesetas. En casa de mis mayores debe de haber aún la colección de su interesantísima « Historia de Pollensa », editada



MALLORCA. Panorámica de « La Foradada »

en folletos que leí y releí en muchas ocasiones. Igualmente a don Lorenzo Cerdá, excelente pintor y director de la Escuela de Bellas Artes, padre de mi buen amigo Lorenzo, uno de los muchachos más alegres y traviosos que pisaban en aquel entonces los pasillos del Instituto de la capital mallorquina. A quien no llegué a conocer fue a don Juan Guiraud, tío de mi difunto padre, fallecido en 1887 a la temprana edad de 25 años. No obstante, conozco al dedillo todo cuanto a él concierne, incluso « la pérdida de sus padres y desgracias domésticas seguidas de otras de fondo amargo y que le indujeron a dejar los estudios del bachillerato cuando poco le faltaba para terminarlo e ingresar en el seminario en octubre de 1881 », según escribió el insigne vate don Miguel Costa y Llobera en el prólogo del libro que de sus poesías se editó.

De dicho libro y prólogo se ha valido Bernardo Cifre para escribir su maravillosa biografía, impregnándola de un gran sentimiento y de una no menos grande admiración por el poeta. « El paisaje de Juan Guiraud es sombrío, brumoso; visión de unos ojos empañados de melancolía; suspiro de un alma repleta de nostalgias, como el flujo, quieto y silencioso, de la mar un día encapotado », dice Cifre, encerrando una hermosa verdad sus palabras, pero difiriendo mucho la realidad, de su pensamiento, al no haber analizado bien las causas por seguir, demasiado fielmente, la narración de Costa y Llobera:

« Cuando sobrevino precoz la edad de la reflexión, aquellas mismas desventuras se convirtieron en saludables avisos, y el joven inexperto, que por algún tiempo se había abandonado a la ligereza propia de

sus años, apareció transformado en ejemplo de aplicación, piedad y modestia ».

Ningún aviso fueron para Guiraud « aquellas mismas desventuras », pues, sólo la « imposición de ciertos parientes » — rotunda negativa a continuar sufragando sus estudios salvo los eclesiásticos — le forzaron, en momentos de desespero y de depresión nerviosa, a cambiar el rumbo de su vida:

**Encallat damunt l'arena
jau, tirada la cadena
d'una nau lo costellam;
de lluny sembla una ossamenta
que a treta la mar rebenta
remolcant-la en lo seu bram.**

**Tresca el pagés la ribera
i amb ma forta i falaguera
l'eina afica a sos costats;
amb durs cops lo pit li feren,
lo pit... que obrir no pogueren
los taurons afamagats.**

José, Alejandro, Jaime, Juan y Gabriel. Cinco hermanos pertenecientes a la pudiente familia de « C'an Liabrés », oriunda de Francia por rama paterna como indica su apellido. El primero y el cuarto mueren jóvenes, muy jóvenes. Pasemos un velo por lo que respecta al segundo y tercero. José, único que contrajo matrimonio, dejó al morir dos hijas y dos hijos. De éstos, uno sólo se casará: Alejandro, mi padre. Las dos niñas, Jerónima y Juana, perseguidas igualmente por el implacable destino que, en forma de hombre, tenía atenazada y maldita la mansión de « C'an Llabrés » de generación en generación como fatal ley de herencia, ingresaron una tras otra en una

MALLORQUINAS



Comunidad, mientras que mi padre forzado se veía a emigrar, instalándose en Barcelona, la hermosa « ciutat dels comtes, de riu a riu ja estesa », como cantó Mosén Cinto Verdaguer y en cuya fuente bebió su inspiración para sus versos místicos Guiraud. Unica superviviente : mi tía Juana, domiciliada en Pollensa.

Sí, Bernardo Cifre. En casi todas las poesías de Juan Guiraud encontramos la voz de protesta, de rencor. La melancolía que exhalan sus poemas no es fruto de un arrepentimiento o de una pregonada e inexistente timidez, sino que el desespero de encontrarse en un ambiente contra su voluntad y en contradicción completa con su forma de ser y sentir :

**Camps de mort sembla la terra
des que hi reina Lucifer,**

pero no el Lucifer bíblico, engendro de animal con cuerpo de hombre, cuernos y cola que nos pintan, destinado a inculcar el terror y la desorientación en los niños, y si al Lucifer de la familia, al « amo y senyó » que un día debía tirarse de cabeza por la ventana del « porxo » (desván) de la casa « pairal », única que, a partir de aquella fecha, no tuvo nunca más puerta ni persiana, ignorando si aun hoy continúa en el estado que conocí y dejé. Guiraud, en su famoso canto « Desolació » llega a expresar todo el dolor, toda la hiel que su corazón contenía :

**Ullada de Déu aspriva,
sembla forjar pensativa
cop de venjança mortal...**

con su grito desesperado de maldición sin fin :

Veü de llamp de Déu airada...

empezado con tono plañidero, de añoranza...

**Cors que'm deixareu
¿Perqué oblidareu
lo Monestir?
Planter de gloria,
¿ma bella historia
ha de finir?**

Y terminado contra todas las reglas, al ser preferible, como muy bien expresa Costa y Llobera, que no acabara esta elegía con aquella voz de trueno que se oye en la última estrofa, « ya que los versos cortos repetidos a cada final, son más propios de una dulce queja, que de una sentencia vengadora » :

**Cor que esbucares
i desolares
lo Monestir,
qu'el goig que'robes
jamai ne trobes
per tu morir.**

¿Por qué entonces escribió igualmente versos llenos de un misticismo encantador? Es necesario comprender lo que era entonces la vida familiar mallorquina y no ignorar que Juan Guiraud fue una víctima más de « su tiempo » arcaico y tenebroso. Luchó, luchó denodadamente para lograr vencer las fuerzas coaligadas

que le arrastraban hacia un mundo irreal, falso y engañoso. De esta lucha entre dos « deberes » salieron sus versos. Los unos, cantando su « Desolació », los otros, destinados a « satisfacer », demostrando su « conformismo » y... « resignación »:

Jo sols sé de l'amargura...

Por si acaso he espantado tus sentimientos e íntimas convicciones, permíteme Bernardo Cifre, terminar esta especie de intromisión en tu biografía transcribiendo el párrafo con que la finalizas, con el ruego de que lo estudies y analices detenidamente, dándole el sentido a tenor del « tiempo » en que vives y no el del ambiente en que, estoy seguro, te desenvuelves :

« La personalidad de Guiraud no se agota en 25 años ni en 25 poemas. Las líneas que escribió se prolongan en la mente de los que los leen, ya que todos añadimos a su dolor, nuestro dolor; a su tristeza, nuestra amargura... Pero también a su esperanza, nuestras ansias y deseos: Porque el dolor no puede extenderse indefinidamente. Llega un momento en que se ilumina de ternura, y entonces nuestras lágrimas — aquellas que empañaban el nítido cristal de los ojos, como la lluvia difuminando el color de la fiesta — empieza a endulzarse, y el alma se llena de consolación. »

**

Don Mateo Rotger era... el reverso de Juan Guiraud. Buena presencia, excelente hablador, sutil, simpático y con un gran empaque, características que revelaban al fino diplomático que fue. Escriben sus inteligentes biógrafos :

« En el número 5 de la llamada hoy calle del Canónigo Rotger, nació el niño Mateo Rotger Capllonch el primer día de enero de 1862: hijo de hidalgos o de « senyors », de la antigua y conocida familia de « C'an Sopa », propietarios de viejo arraigo en Pollensa, es casi seguro que su padre se hubiese complacido en colocar en la fachada de su casa abundantes ramas de encina, por ser varón, si esta costumbre no hubiera cesado algunos años antes. »

Habiendo sido con Costa y Llobera restaurador del convento de Motesión, destruido por los jesuitas en el año 1738, más tarde sede de los frailes Teatinos, se dirigía siempre a su templo, de estilo barroco bello y luminoso, para cumplir su misión religiosa cuando a Pollensa llegaba, no pasando jamás desapercibida al pregonarla con « bombas y platillos », énfasis en él peculiar. Uno de los primeros en enterarse era el firmante, pues según costumbre, debía por orden de mi abuela ir a saludarle y ofrecerle mis servicios que aceptaba complacido, pero siempre después de haber obtenido personalmente el permiso de mis padres, a cuya casa se trasladaba para obtenerlo al tiempo que saludarles. Una vez terminado el « trabajo » marchábamos juntos a su domicilio, donde nos era servido por su hermana una taza de espeso chocolate acompañado de una sabrosa ensaimada mallorquina.

Después de la siesta tenía de nuevo

por J. GUIRAUD

que rendirle pleitesía y allí en el amplio vestíbulo, sentados en cómodos sillones de cuero, debía recitarle los versos de Costa Llobera, Ramón Picó y Juan Guiraud, pero jamás uno suyo, y es que don Mateo dudo escribiera ni uno solo en lengua vernácula. Un día, con el descoco propio de la niñez, me atreví a preguntarle : — ¿Y usted, don Mateo, no hace versos? Respondióme : — Sí, pero en latín. Pollensa posee una trilogía de poetas famosos y a nada bueno conduce el perseguir quimeras. — ¿Modestia? ¿Orgullo? ¿Despecho? No me atrevo a juzgar, pero...

Dos obispos tuvo Mallorca : don Pedro Campins y don José Miralles, condiscípulos suyos, habiéndole el primero nombrado archivero diocesano y catedrático de Historia de Mallorca y Paleografía en el seminario. Si la popularidad no es conquistable con el latín, si la fama entre los bibliófilos, eruditos, obispos y cardenales, siendo fácil el colegir para quienes de cerca le conocieron que don Mateo perseguía un obispado. Me atrevo a hacer dicha afirmación porque, en la procesión de la Fiesta Mayor de Pollensa, entre otros disfraces, aparecen tres niños vestidos de obispo — a mí me tocó la «chita» dos años seguidos — recordando perfectamente las siguientes palabras pronunciadas por don Mateo en uno de los balcones de « C'an Costa » mientras contemplábamos el desfile : « Un obispo pollensín no estaría mal. »

Prueba su gran inteligencia el que no le fuera suficiente conocer perfectamente la sintaxis y la prosodia de la complicada lengua del Lacio, sino que se afanó en el dominio exacto de la métrica latina, escribiendo poesías no ya sólo en exámetros y dísticos, corrientemente usados desde el siglo XV hasta los comienzos del XIX, sino que, en un verdadero alarde de erudición clásica, escribió versos yámbicos, estrofas alcaicas, sáficas y asclepiadeo-glicónicas, feliz coyunda éstas últimas del griego Asclepiades y del romano Glycon, formas milenarias y propias de la poesía lírica inmutable.

Los jóvenes Francisco Bonnin y Miguel Bota nos cuentan que « don Mateo concurre a los Juegos Florales de Barcelona, consiguiendo un premio extraordinario por su trabajo histórico « Orígenes del Cristianismo en la isla de Menorca » y haber publicado dos monografías y diversos estudios así como algunos opúsculos », coincidiendo plenamente con los autores en que, « Pollensa nacida hija de Roma, con sus tradiciones que rezuman siglos y su belleza deslumbrante, viose altamente honrada desde el momento en que su electo hijo comenzó la tarea ingente de recopilar y ordenar los datos precisos para transformar en perenne realidad su obra capital, su « Historia de Pollensa » editada en tres preciosos tomos. »

Publicó igualmente « Carmina », « ramillete de poemas escritos en latín » y que don Lorenzo Ribes (Roque Guinart) tradujo de manera formidable al mallorquín :

Traducción mallorquina : ➡

TRES BIOGRAFÍAS MALLORQUINAS

En dolça pau conjugal
viuen en Marc i N'Agunda :
ell un gonella nial,
ella un poc massa iracunda,

i aboca les bastonades,
en sonora tempestat,
en les espatlles quadrades
de son marit erugat.

De cap a cap de carrer
les veinades acudeixen
i N'Agunda compateixen
qui ja ha mudat de paper,

i, tot plorant, d'improperis
reb el batent calabruix
del marit, que en tals desveris,
més li escauria el cambuix.

A la turba circumstant
diu ell, amb veu que retrona :
«A mula i dona arrogant
sols el garrot la fa bona! »

La gent pensa a tal sortida:
Ella plora en esclató,
i ell dona proves de vida
quan té batut l'escarpó.

Prueba esta poesía el gran humorismo de don Mateo Rotger y que poseen, generalmente la mayoría de pollensines.

Terminemos con el siguiente comentario de los dos excelentes biógrafos :

« No nos cabe duda de que el impacto que produjo su publicación (Historia de Pollensa) en hombres de la talla de Miguel S. Oliver, maestro en revivir el pasado y en el gran polígrafo español don Marcelino Menéndez y Pelayo, fue asaz poderoso. Ciertamente que éste último estaba dispuesto a proponer un premio para nuestro Rotger en la Academia de la Historia. »

..

« Precisamente al perfilarse la moderna pintura mallorquina, cuando estaba en todo su apogeo el arte del gran pintor palmésano Agustín Buades Frau (1804-1871) y apuntaban las dotes de Antonio Ribas Oliver (1845-1911), acaso el mejor y más completo pintor mallorquín del siglo XIX, y del notabilísimo Juan Bauzá Más (1844-1915), nace don Lorenzo Cerdá Bisbal en Pollensa — el 25 de mayo de 1862 — que tendría que ser prestigioso marinista », escribe en su importante y documentada biografía el autor de la misma, José Vidal Isern.

Tampoco él ha podido substraerse a la tentación de cantar loanzas a Pollensa y al paisaje mallorquín, el que, « con su magia luminosa y palpitante está embrujado. Y descifrar su enigma no es cosa fácil. Así lo hizo Joaquín Mir, si bien le costó caro el intento: perder momentáneamente la razón ante la grandeza abrupta del Torrent de Pareis, desesperado al no poder captar, al no poder apresar la luz clásica y única del vergel deslumbrante que es la isla. »

Muchos han sido los pintores que por Pollensa han pasado, por cuya causa se ha pretendido adjudicar a Hermen Anglada el título de fundador de la « Escuela de Pollensa » y que no pasa de ser una



entelequia, hinchada por gacetilleros y mentalidades vacuas. Alrededor de tan grandes artistas pululaba un sinfín de aficionados pollensines y no obstante tan sólo Lorenzo Cerdá fue capaz de sobresalir entre la pléyade pictórica de aquel tiempo, manteniéndose siempre en el reducto del academicismo, al no admitir las nuevas concepciones del « impresionismo ».

Traté mucho a don Lorenzo Cerdá por el motivo de estar la Escuela de Bellas Artes, de la que era director, al lado del Instituto y ser refugio de su hijo y mío cuando queríamos hacer « campana ». Un día tuvimos la mala suerte de que nos descubriera en uno de los tantos rincones fumando un « escanya-pits », cigarrillos capaces de tumbar al niño más valiente. ¡Y allí fue Troya! Como buen principio, unas sonoras y soberbias bofetadas de las que hacen época. Después, el encierro en una habitación lóbrega, llena de ratones, donde temblando permanecimos cerca de tres horas, pero sin que ni un grito saliera de nuestras gargantas en demanda de socorro, ni una lágrima implorando un perdón. Con una altivez y un descaro fenomenales pasamos por delante de don Lorenzo al venir a sacarnos del « calabozo », lo que nos valió dos fantásticas patadas en las proporciones carnosas y redondeadas de la parte trasera de nuestro engreído cuerpo, finalizando mi pleito « depositándome » en manos del cancerbero del Colegio de los Teatinos para « continuidad de la fiesta ».

Por lo descrito, alguien podrá pensar que don Lorenzo era un hombre terriblemente riguroso, inflexible en sus decisiones, como acostumbraban a ser muchos padres en aquel entonces. Pues no. El pequeño cuerpo del ilustre pintor albergaba un carácter apacible, sosegado, pero con reacciones diversas en las que imperaban más la bondad y comprensión que la severidad. Mas, al estar Lorenzo, su segundo hijo, en posesión de las múltiples cualidades de las que una sola es suficiente para sacar de quicio a la persona más equilibrada y yo que le iba a la zaga, no existía otro remedio que ponerse serio alguna vez a fin de imponernos el respeto debido y que con tanta frecuencia ¡ay! olvidábamos.

El gran pintor pollensin obtuvo homenajes y honores que nos describe con profusión de detalles el autor de su biografía: « En el año 1888, fue premiado con medalla en la Exposición Universal celebrada en Barcelona por su cuadro de gran tamaño « Honderos de Baleares », que lo posee el Museo de Edimburgo. Ha

obtenido medallas — sigue diciendo Isern — en la Exposición Nacional de 1904; en la General de Bellas Artes celebrada en Madrid en 1906; en la Internacional de Barcelona en 1907 y segunda medalla en la de Madrid en 1908. En 1925 fue nombrado socio de honor de la Asociación de Pintores y Escultores de España. Numerosas son sus telas diseminadas por el extranjero y por España, desde unos almen-dros en flor, en el Museo de Cuba, hasta una « cala » que adquirió el Estado en Valladolid y cuadros de gran empaque en el Círculo Mallorquín de Palma.

« Fue don Lorenzo Cerdá, durante muchos años, el decano de los pintores mallorquines en activo, porque en una prodigiosa y ágil ancianidad de nonagenario siguió pintando con afán, como en sus años mozos, saltando entre peñas, escalando acantilados abruptos a la búsqueda inagotable de temas deslumbradores.

« Muerto hace pocos años, casi centenario, le cupo el merecidísimo honor de, no acallados los ecos del justo homenaje de nombrarle Hijo Ilustre de Pollensa, el Ayuntamiento de dicha villa solicitó de los poderes públicos la Medalla de Alfonso el Sabio para su eximio pintor.

» En el Consistorio de su pueblo natal figura su autorretrato, pintado en 1953, junto al del insigne vate Mosén Costa y Llobera, que immortalizó el pino de Formentor en poesía que no tiene par. Dicha recompensa, caso insólito, le fue concedida en vida. »


Para el « viejo » amable, inteligente y bueno, que supo en mis años juveniles soportar mis diabólicas travesuras y comprender al « rebelde » que era yo, sin que nunca saliera una palabra de su boca para intentar cortar alas a mi pensamiento, todo mi reconocimiento y recuerdo perenne, lamentando sinceramente no haberse-lo podido dedicar en vida. « Viejecito », que la tierra le sea leve.

J. GUIRAUD

Elné, junio 1963.

MAURICIO CRANSTON

**UN DEBATE
IMAGINARIO**



ENTRE



Carlos Marx y Miguel Bakunin

Ediciones «UMBRAL»

Precio, 1 franco actual en esta Administración. Descuento del 15 % a los paqueteros.

Primer amor

III

AL llegar a este punto, Trelles, visiblemente emocionado y nervioso, se detuvo para tomar aliento y ordenar mejor sus ideas. Y luego de limpiar otra vez sus lentes empañados por las lágrimas, prosiguió de esta manera:

— Pero soñador y poeta como era entonces, sobre todo galán tímido y respetuoso, como el que ama por primera vez, a los quince años, temblaba asustado apenas se rozaban nuestros dedos, o cuando por casualidad, se encontraban nuestras mejillas, o sentía febricitante el cosquilleo de sus cabellos suaves y perfumados.

Sólo una vez, fue precisamente la víspera de un inesperado suceso que narraré en seguida que ocurrió entre nosotros algo realmente maravilloso e inolvidable.

Nos encontrábamos un lunes por la desierta playa, cuando las nubes, que momentos antes vimos deslizarse raudas y alocadas, cual si se persiguieran como niños juguetones y traviosos, cansados de correr, se habían arremolinado, densas y sombrías, cargadas de electricidad, caliginosas, tomando un color gris sucio, intenso y amenazador. Y, sin que nos diéramos cuenta, en un santiamén se habían juntado todas, atropellándole frenéticas, en una mansión oscura y tenebrosa. Y como por obra de encantamiento y ensalmo, en un cerrar y abrir de ojos, esas nubes, ahora cargadas de agua, se derritieron en nuestras cabezas y empezaron a derramar, no sólo goterones anchos y gruesos, como otras veces, sino que de golpe, sin consultarnos para nada, se vaciaron en rápidos y oblicuos hilos de agua colándose la tierra, doblando las yerbas, inundando los matorrales, colándose en las copas de los árboles y arrollando cuanto encontraban a su paso, comenzaron a escurrirse como raudales, con vértigos, con furia enloquecida y pertinaz.

Fue entonces que apenas acertamos a refugiarnos bajo los copudos sauces. Pero pronto el asilo fue inútil. El verde paraguas del ramaje cobijó un momento nuestros arrimados cuerpos, guareciéndonos del agua terca y porfiada. Pero en seguida comenzó la lluvia a correr por entre las ramas, filtrándose hasta el centro de la copa y buscando después su natural desnivel. La lluvia era ya tan fuerte, que mi compañera, sintiendo el copioso chorro en la nuca, trataba de defenderse con ambas manos, mientras la ducha regaba mi cabello, entonces ensortijado y brillante.

Pronto estábamos realmente sopados, empapados hasta los huesos, calados por el agua, que entraba a chorros por el pescuezo y salía a raudales por los pies. Nos miramos un rato mudos y expectantes para luego soltar la ruidosa y reprimida carcajada, pues estábamos en esa edad en que se ríe lo mismo de las venturas que de las calamidades.

Como el cielo no daba señales de tregua y los relámpagos zigzagueaban cegándome los ojos, y rayos y truenos se sucedían sin descanso, ella, exprimiéndose el falderín que lo tenía pegado a su cuerpo y tomándose luego de la mano me dijo:

— No hay más remedio, tienes que co-

por Federico AVILA

rrer y seguirme. Yo sé de un sitio seguro y hospitalario.

Y emprendimos la carrera, tropezando y levantando, siempre agarrados de la mano. Como el sitio parecía estar distante, tomamos aliento bajo un añoso muelle, donde el agua arreciaba más. Entonces, al verla materialmente empapada, me quité el saco y traté de utilizarlo como paraguas, cubriéndonos ambos bajo de él. Cada uno asimos una orilla del saco y cuando nos dimos cuenta, estábamos tan apretados y pegados el uno al otro, que nuestras barbillas mojadas se juntaron y, por primera vez, gocé el inolvidable perfume de su aliento virginal que aún me parece percibir.

Ella entonces insistió en el refugio y, resbalando por el enlodado sendero llegamos a un tupido matorral. Apenas penetramos en él, para ingresar luego a una pequeña cueva, que algún pastorcillo construyó, aprovechando la concavidad de un barranco. Aquel hueco parecía en realidad una rústica pero acogedora gruta, pues, tanto en la cresta del barranco como en los lados crecía tupida maleza que, al desbordarse por las frecuentes lluvias, estrechaba aún más la entrada de la excavación.

El sitio era húmedo, oscuro y estrecho, con olor de paja y macho cabrío, y yo sentí que mi cabeza, a pesar de habernos sentado, tocaba a cada rato con el techo. Nuestros rostros y mojados cuerpos estaban tan cercanos que sentí el aletear de mariposas de sus párpados y el cosquilleo incitante de sus pestañas sedosas. El calor mutuo de nuestros cuerpos, nuestras manos apretadas, me hicieron sentir una emoción hasta entonces desconocida en mí.

Y mientras afuera seguía cayendo con impetu la lluvia, nuestros cuerpos permanecieron largo tiempo juntos, tan juntos que sin darme cuenta, nuestros rostros estaban pegados uno al otro, mejilla contra mejilla, confundiendo nuestro aliento y nuestra jadeante respiración. Así permanecimos un buen rato, mudos, sin decirnos nada, hasta que en cierto momento, estrechados por el reducido lugar, nuestros labios se habían juntado también y yo sentí como si me desvaneciera en dulce e inefable sopor.

Media hora más tarde, dejé de oír el insistente gotear del agua y la cueva se llenó súbitamente de indecisa claridad y una bocanada de fragancia húmeda la inundó. Entonces ella, ruborizada, encendida casi en llamaradas de fiebre, se levantó bruscamente y bajando sus arrugadas faldas, echó a correr en dirección a su casa rogándome encaminarme en seguida a la mía.

Cuando salí de la gruta sentí el fuerte hálito de las flores y me pareció que toda la naturaleza se revelaba ahora más potente y lasciva que nunca, ostentando sus fuerzas genesiáticas con libre impudor. Se me dilataron los pulmones y mientras vi perderse a mi compañera, saboreé un buen rato la fragancia pegajosa de la tierra mojada.

Mientras me encaminaba a mi casa por el solitario sendero, ví que el cielo estaba ahora barrido de celajes y la atmósfera era diáfana y serena. El sol lucía otra vez su color radiante y sobre el replegado ejército de nubes se erguía, con inusitada limpieza y magnificencia, un soberbio arco iris. Y, a pesar de que llegué a casa empapado y enlodado, ese día tuve la sensación de lo que se llama la felicidad.

Cuando asomé a mi casa mi padre me esperaba furioso. Pero mi buena y santa madrecita me acogió como siempre, solícita y tierna, ayudándome a meterme en cama. Y aunque me hizo beber varios ponches y me dio unas fricciones y los remedios del caso, esa noche no pude dormir, vencido por la fiebre. Al día siguiente, casi al amanecer, ví a mi madre sentada al borde de mi cama, y junto a ella, al doctor Pacheco. La mirada grave de mi padre, la cara angustiada de mi madre, todo me reveló en seguida que yo me encontraba gravemente enfermo. Y así fue en efecto. Me había agarrado una fuerte pulmonía y cerca de veinte días permanecí en el lecho. Y, como después de ellos el galeno había recetado cambio de aire, fuerte alimentación y vida reposada, mi madre me llevó consigo a las haciendas del yermo donde permanecí cerca de tres meses.

y IV

Después de una ligera pausa, como seguro de habernos interesado, nuestro amigo Trelles prosiguió radiante y más animado:

— Cuando regresé de la propiedad, lo primero que hice fue dirigirme a la casa de Clotilde. Encontré sólo a la negrita, quien me informó, asustada por mi presencia, que la señorita hacía dos días no se encontraba en casa, ni siquiera en el pueblo. Yo regresaba desconcertado, cuando delante de mí ví caminar a dos garridas y cimbreadas lecheras en dirección a la ciudad, cada una con un colmado cántaro de arcilla en la cabeza. Oí que decía la una:

— Aunque usted no lo crea, comagre, anoche he güelto a ver salir de esa casa embrujada el fantasma... Iba vestido de negro, bien cubierto con un largo abrigo y llevaba un enorme sombrero alón...

Pero la otra contestó, sentenciosa y sabihonda, con cierta maligna irreverencia:

— No es que yo no crea en los fantasmas o aparecidos **cuma**. Pero el Celes dice que ése que sale de la casa de la **gringa** es un caballero de la **ciudad**. Que el otro **diya**, cuando se recogió del velorio de la Ernestina, se **topó** con él y hasta le regaló unos cigarros al Celes... Y aunque el socarrón de mi marido no ha querido decirme quién es, por las señas que me han **dau**, tengo mis **barruntos** y sospechas. Algún **diya** de éstos he de saberlo bien, **cuma**...

No pude escuchar más. Pero no necesitó mayores detalles para saber que se trataba de Clotilde, pues no ignoraba que por esos lares la llamaban la **gringa**. Y entonces me invadieron unos celos furiosos, una especie de locura mórbida de que, durante mi ausencia, mi reina recibía a otro y quién sabe si hubiera desaparecido con él.

PRIMER AMOR

Y ya dominado por mi obsesión, hasta llegué a sospechar que ese otro se encontraba con ella, quizá antes de conocerlos, pues, atando cabos como se dice, me extrañaron ciertas cosas harto misteriosas de la vida de mi adorada. Primero, su milagrosa pobreza, para dar casi al lujo ostentoso. Luego su orfandad, la manera extraña como vivía, sin amistades de ninguna clase, siempre reclusa en su estratégica vivienda, saliendo sólo los domingos y muy pocas veces a la semana, sólo para ir a la iglesia. ¿Y por qué ella nunca me había permitido entrar en su casa y por qué me recibía sólo determinados días y a horas siempre contadas? Y lo que era más extraño aún, ¿por qué cuando oyó mi apellido se puso pálida como la cera, y cuando le hablara de matrimonio ella siempre insistía en que se haría monja y que jamás se casaría? Y, de suposición en suposición, pues ahora recordaba incluso haber visto por esos barrios hasta un tío mío, bohemio y don Juan impenitente, llegué a forjar tantos dramas macabros, tantos novelones de folletín, que todas las hipótesis cruzaron por mi mente, torturándola y enloqueciéndola.

Pensé esos días consultar con algún amigo mi situación, otras veces hacerla confidente de mis amarguras a mi madre, pero siempre reservado y tímido como era, después de muchas noches de tortura, decidí averiguarlo todo y, desde ese momento, me convertí en avezado observador y en sagaz espía.

Como sabía que la casa de mi amada estaba en lugar esquivo y peligroso, sobre todo en las noches, que entonces eran oscuras y no ignoraba que en esos barrios menudeaban gentes dudosas y se habían producido hasta crímenes, me armé de una pistola, una linterna y no recuerdo qué otros aditamentos más, que los muchachos de esos tiempos, fanáticos lectores de las revistas policíacas, lo creíamos entonces imprescindible, pues en mi locura amorosa estaba resuelto a todo.

A pesar de que mi padre se recogía muy temprano y era muy severo para cerciorarse todas las noches, antes de retirarse a su despacho, donde suponíamos trabajaba hasta cerca del alba, de que la casa estuviera bien cerrada; con todas las precauciones, esa noche, después de vestirme sin el menor ruido, me deslicé descalzo hasta el zaguán, donde se colgaban las llaves y logré con éxito verme en la calle.

¡Con qué emoción avancé, por primera vez en mi vida, en la densa noche, por las callejuelas sinuosas, desiertas, oscuras y malolientes, donde, con felicidad, sólo me encontré con tal o cual borracho y unos canes hambrientos! Nunca olvidaré la angustia que me oprimía el corazón, cuando, después de salir de los últimos arrabales del pueblo, llegué primero a los amplios callejones, desiertos como cementerios y luego al senderillo sinuoso y doblé a la derecha para dirigirme al huerto donde estaba la casa de mi amada.

La puerta de entrada al soto estaba herméticamente cerrada y el silencio era, por doquier, sepulcral. Trepé al **churqui** como en la primera vez que la seguía y, con gran alarma ví que uno de los ventanales estaba iluminado. Hasta creí ver a Clotilde, vestida con una larga bata blan-



ca, asomar dos veces a la ventana semiabierta.

Pero como la noche era muy oscura y no había señales de vida, estaba ya decidido a dirigirme a la playa, para ingresar por allí al jardincito que rodea la casa, cuando la ví, la ví a ella, más radiante que nunca, asomarse a la ventana con la lámpara en la mano. Entonces la luz la iluminó de tal forma, que saboreé unos minutos su larga y despeinada cabellera como cascada de oro, su cutis de una blancura láctea y rosada, sus largos y delgados brazos, y hasta creí distinguir el relampaguear de sus ojos verdes y ternurosos.

Iba a gritar, vencido por la emoción, cuando los débiles rayos de la lámpara descubrieron a mis ojos, primero una sombra alta, un sombrero negro y alón, y luego ví que la puerta se abrió para dar paso al bulto del desconocido, que penetró en la casa cerrando inmediatamente el macizo portón.

Y entonces comprendí, recién, en todo su doloroso significado, las palabras de las mujeres del pueblo. No podía aquello ser fantasma, como hasta ese momento yo mismo lo suponía, puesto que Clotilde alumbró al desconocido desde la ventana y él debió haber ingresado a la huerta por la puertecilla única que yo, momentos antes encontrara vedada.

Enloquecido por los celos, el amor y la muerte, salté del árbol y me precipité, como un poseído, callejón abajo, hasta llegar a la playa. Por ella ingresé a la primera huerta, donde meses antes solíamos reunirnos y, saltando una pequeña tapia, llegué al jardincito que rodeaba la casa. Sin poder contener la angustia y sintiendo los repercutidores latidos de mi corazón, llegué al tupido rosal que trepaba cerca de la ventana iluminada. Valido de la oscuridad de mi acecho, yo podía mirar todo lo que ocurría dentro del dormitorio. Primero ví una amplia alcoba, pero en ese momento desierta. En el centro de ella aparecía una lujosa cama con espaldares y barrotes dorados y, en una silla descansaba un abrigo negro y un bastón. Luego la ví ingresar en el dormitorio, apenas cubierta con una larga bata blanca de muselina, en la que se transparentaban sus formas impecables, trayendo en sus manos unos lujosos pijamas de seda y unas zapatillas de género.

Cuando la ví tan cerca de mí estuve a punto de gritarle, pero felizmente ella desapareció y oí una voz enérgica de hombre, que me pareció la de mi tío, y luego sentí los ágiles y elásticos pasos de un sujeto que revelaba la fuerza de la edad. Luego oí que el caballero, aproximándose a la ventana, echó la colilla de su cigarro al huerto y, al sentir aquel perfume de tabaco tan especial, mi corazón latió violentamente, pues creía, casi con seguridad, que el fulano era mi tío Eduar-

do. Pero no pude reconocerlo, pues temeroso de ser descubierto, al sentir sus varoniles pasos, me oculté en las tupidas ramazones del rosal y hasta en ese momento estuve a punto de salir corriendo, dejando las cosas como estaban.

Después de todo, me decía desolado y casi seguro de que era mi tío, ¿qué más me da averiguar ahora quién era el que me había sustituido en el pérfido corazón de quien yo había adorado como una diosa? Pero mientras cavilaba hamletianamente en éstas y otras cosas, de nuevo se hizo el silencio y apenas oí que en la piecita vecina la pareja hablaba casi imperceptiblemente, a ratos se sentía el chocar típico de las copas de cristal y luego cierto susurrar y murmullo, ciertos crujidos leves y delatores de un sillón, que me representaba las escenas más enloquecedoras y torturantes y casi me dan valor para saltar la ventana y matar, como chacales infames, a los amantes que así destruían toda mi felicidad y daban inesperado destino a mi existencia.

Pero reaccionando en seguida, nuestro amigo Trelles se apresuró a decir con cierto rictus de amarga ironía:

— ¡En lo que habían venido a parar los remilgos místicos de aquella Clotilde tan adorada! ¡Y yo que pensaba en ella como se piensa en la Virgen!

Y luego de limpiarse nuevamente los lentes, dijo filosóficamente:

— ¿Por qué, joven, hermosa y casadera, creen ustedes que recibía así, tan furtivamente, a un hombre que, en seguida me di cuenta por el tamaño y el volumen, que no era mi tío Eduardo?

Y como nosotros calláramos, él agregó tristemente:

— Estaba yo sumido en éstas y otras cavilaciones, que me aclaraban tantas cosas, cuando de pronto oí que la pareja pecadora y satánica se dirigía al dormitorio. Apartando la mata de los rosales y aun a trueque de ser visto, logré dominar toda la escena. El caballero venía ahora ciñéndole el delgado talle, como un joven apasionado, cuando, al llegar ambos cerca del lecho, el desconocido volvió y, en el preciso momento que iba a apuntar con mi revólver, vi... ¿pueden ustedes imaginar siquiera lo que ví?... Pues ví nada menos que el rostro familiar y severo de mi padre...

Estuve a punto de caer desmayado, en loquecido, furioso, y no recuerdo bien si disparé con el revólver a la pareja libidinosa o contra mi pecho. Pero lo cierto es que, cuando sonó la detonación, desgajando unas ramas del rosal, caí al suelo y oí el espantoso grito de ella y luego sentí el agitado movimiento de luces y de pasos.

Inmediatamente me levanté de un salto y eché a correr por la playa. Oí voces y gritos a la distancia y apenas llegué a la cueva donde nos habíamos refugiado meses antes, recordé que había dejado en el sitio siniestro mi sombrero, el revolver de mi padre y la linterna. Pero era del todo punto imposible regresar. Yo estaba seguro de que mi padre y ella terminarían por reconocer el arma y mi sombrero, ya que éste, además, llevaba dentro del fundillo mis iniciales. Y como tampoco me atreví a amargar a mi santa ma-



«Orfeo» de Monteverdi

I

LA leyenda de Orfeo nació en el lejano tiempo, tal vez prendida en el caramillo o la zampona de algún viejo pastor griego, o acaso dictada por las aves y transmitida a los siglos por los pifanos del viento. Las escrituras helenas nos lo presentan como hijo de Apolo y de la musa Terpsicore, inspiradora de la danza y el canto. En todo caso su lira fue la más dulce y melodiosa de todos los tiempos, pues al escucharla los pájaros canoros dejaban de cantar acercándose de rama en rama para quedar encantados de sus notas melodiosas y todas las fieras llegaban a él para escucharlo atentos y pacíficos; tan prodigioso era el poder de captación que llevaba Orfeo en su lira, que los vientos volvían a los odres de Eolo dejando tranquilas las hojas verdicromas de los árboles, quedando todos los elementos calmados y silenciosos para escuchar la música y las canciones de Orfeo.

Cuentan las leyendas que, además de ser uno de los primeros compositores de todos los tiempos, pasó gran parte de su vida a estudiar la Naturaleza, inquiriendo en los secretos de la vida y la muerte, afición que no debió placer a los poderosos dioses del Olimpo al reservarles un final tan funesto.

Su tragedia ha sido transmitida, como hemos dicho, de un siglo a otro por los poetas y aedas de todos los pueblos. Virgilio lo cita en el libro VI de la Eneida y en el IV canto de sus Geórgicas. Ovidio también lo cita en sus hermosos poemas latinos, y varias centurias después, dos grandes compositores con más de un siglo de distancia entre ambos, le compusieron una ópera. Estos fueron Claudio Monteverdi hacia 1607 y Cristóbal Willibald Gluck en 1762.

El mito de Orfeo es curiosamente original, y no sabemos si contiene algo de verídico. En todo caso, los poetas dicen que su esposa Euridice murió de una picada de serpiente en el pie, en los Campos

Primer amor

dre, esa misma noche determiné salir del pueblo para siempre pidiendo desde la frontera los recursos necesarios de la herencia que me dejara mi abuela.

Y el amigo Pablo Trelles, visiblemente emocionado, terminó su extraño relato con estas palabras:

— Y ahora comprenderéis bien por qué desde entonces me haya hecho tan tímido con las mujeres, tenga una instintiva desconfianza de ellas sobre todo si son rubias y beatas, y no quiera, ni siquiera oír, de las consabidas hipocresías provincianas...

FEDERICO AVILA

Bolivia.

de Tracia, pocos días después del casamiento. Orfeo se estableció en aquellas tierras al volver de Egipto, donde estuvo en una expedición con los Argonautas.

Murió ella, picada por la venenosa serpiente se dice que a causa del pastor Aristeo que, retozón, la perseguía, y que fue enterrada cerca del lago de Averno. Orfeo no se convenció de esta muerte tan cruel, y persuadido del sonido melodioso de su lira, bajó a los Infiernos para que, enterneciendo a los inflexibles dioses de la muerte, le devolviesen a su compañera. Desde la entrada de la caverna insana descolló piadoso tañendo su lira, invocando a Plutón y su esposa Proserpina, gimiendo sus canciones con misericorde tremolar hasta las aguas del Aqueronte, donde el terrible barquero Carón lo escuchó atento y subyugado de compasión. Orfeo llega a las profundidades del Ténaro lanzando con las preces de su lira notas de dolor que, como flechas invisibles, se clavan en las entrañas ponzoñosas del odio, abriendo pétalos milagrosos de amor y ternura. Las tres cabezas del feroz Cancerbero quedan atónicas y confusas; Ixión detiene la rueda encendida que condenada está a tornarla eternamente; Sísifo, que lo escucha, se detiene y se sienta en la misma piedra, que también por la eternidad está obligado a subir por la falda de un monte para que, al llegar arriba la roca, baje rodando y de nuevo vuelva a subirla. Las Furias cesan de agitar sus antorchas y puñales, sus cabellos de serpientes paran de silbar; las cuarenta y nueve Danaides, que por haber asesinado a sus maridos el día de la boda están condenadas a llenar de agua toneles sin fondo, también se detienen para escuchar al divino artista, tal inesperado efecto causaba su lírica inspiración.

Orfeo, llegando a los Campos Eliseos, se acerca a los dioses de las sombras, Plutón, inmovible, lo escucha sin comprenderlo bien. ¿Qué desea este mortal tan afligido? Mucho tiempo le costó a Proserpina de convencer a su iracundo esposo; todo el infierno extasiado de la solitaria lira quedó suspendido a la voluntad del supremo jefe. Ea, dijo al fin éste, te devolveremos Euridice a condición de que no la mires hasta no haber pasado hacia la vida los límites del Infierno.

Euridice llega andando penosamente con el pie todavía herido por la mordedura del aspid. Orfeo estrecha a su esposa contra el pecho, volviendo la cabeza del otro lado. El calvario de la salida fue agotador a causa de los guijarros del camino interminable. Orfeo no puede volver el rostro para retener los pasos vacilantes y doloridos de su Euridice, y cuando una vez ésta caía de un tropezón en pedregoso declive, apenas levanta sus brazos para retenerla que no se apercibe de ningún cuerpo humano, sino de una sombra fugitiva. En vano volverá a invocar a las divinidades del odio y el amor, y como del árbol caído todo es leña, las ninfas de Baco lo mataron a golpes, arrojando al agua su cabeza y su lira. Las ninfas que Orfeo tanto sirvió deleitándose en los bosques con sus arpegios cristalinos. Se dice que las Musas recogieron del río la cabeza y la lira del infortunado para llevarlas a la isla de Lesbos. Tal es la le-

por Volga MARCOS

yenda griega. Ahora vayamos al ciclo de poetas y músicos que han formado unidad del drama, entre los cuales, Alessandro Estrigio, poeta italiano del siglo XVII, compuso la leyenda en cinco actos en versos puros de inspiración medular.

En la obra introduce coros de ninfas y pastores precedidos de la voz de la música misma: «Yo soy la música cuyo acento calma los corazones encendidos, y de cólera o amor inflamo los mansos espíritus.»

Escrita en su lengua original, dice:

«Io la Musica son ch'ai dolci accenti,
So far tranquillo ogni turbato core,
Ed or di nobil ira, ed or d'amore
Poss' infiammar le più gelate menti.»

A lírica tan pura no le faltó compositor que le diera las notas orféricas para perennizar la obra, titulándola «Orfeo favula in musica».

Claudio Monteverdi nació en Clemona, Italia, en 1567, y murió en 1643. Autor de las primeras óperas conocidas en la historia de la música: *Ariana*, *La coronación de Popea*, *La vuelta de Ulises*, de siete libros de madrigales y cantatas, y de su obra maestra, *Orfeo*. Este monumento musical tiene acentos gregorianos de cromáticos sentimientos. Monteverdi tenía 40 años cuando la compuso; es decir, la música de oratorio venía evolucionando desde el padre Tomás Luis Victoria, músico nacido en Avila en 1540, muerto en 1608. Así, la obra de Monteverdi fue para sus contemporáneos lo que la obra de Ricardo Wagner para suyos en el pasado siglo.

Monteverdi puso en el drama de Alessandro Strigio toda su inspiración, apartándose de la música tradicional religiosa para enlazar una tragedia griega de dioses mitológicos con notas suaves, labradas en finísima polifonía.

El 22 de febrero de 1607 una sociedad se reunió en Mantua para asistir a la primera representación de «La Favula in Musica», quedaron todos admirados del sentimiento emitido en las voces humanas e instrumentales, aunque cabe señalar que los instrumentos de la época se limitaban a un escaso número, como el arpa milenaria, la elegante citara, algunas metálicas trompetas medievales y pastoriles pifanos y otros lejanos del tiempo, acompañantes de la melodiosa voz humana, para llevar en unísono acorde, los himeneos felices de Orfeo y Euridice.

Monteverdi puso en esta tragedia parte de su propia tragedia moral y material, por las privaciones pasadas en su juventud.

El único protector fue su hermano Julio Cesario.

Orfeo, aún impregnado de liturgias, tiene un desarrollo pagano, como hemos dicho, y sólo los dramas sacramentales han sido siempre patrocinados por la Religión. Sin embargo, Monteverdi fue maestro de capilla en Milán, tocador de

«ORFEO» de Monteverdi

viola y cantor en la Corte de Mantua, donde estuvo veintidós años.

En 1627 Mantua fue puesta a sangre y fuego en una de tantas guerras de Italia, y la música de Monteverdi fue en gran parte destruída.

El estilo de Orfeo monteverdiano es floreado con ecuaciones vocales, requiriendo personaje, lugar y circunstancias, apartándose de la monotonía de los coros y tenores de capilla, desde las églogas campestres y bucólicas pastoriles, hasta las voces escabrosas de Averno sombrío.

Los artistas se apartan del oratorio anónimo, para brillar ante un auditorio atento a la música y a la acción dramática.

En todos los actos los sonidos siguen con fidelidad el verso, floreándolo para rublicar más el patetismo de la obra, concluyendo con los lamentos de Orfeo, respondidos por el Eco:

«Que las crueles penas han cambiado en ríos, no hay caudal para tantos males... Eco: males.»

«Y si tuviera los ojos de Argos y cada uno vertiera un Océano de lágrimas, ¡ay...! aún sería poco para mi dolor... Eco: dolor...»

«Eco: Bendita seas tú, que te prendes en mi duelo. Ahora que los acongojados ánimos me consumen, ¿por qué no respondes a mi amargura, sino por la última frase de mis quejas? Repite toda la frase, Eco, sin quedar en tu pecho las otras palabras.»

Así el Eco nos transmite en su pristina forma el acto postrero del drama aseverado a las leyes crudas de la naturaleza.

Lo que las trompetas abren levantando el telón del «Atto Primo», lo concluye el Eco emitiendo sus verdades ocultas y esféricas en el drama de los hombres. Los pastores cantan la vida, el refrán repite la oda, como una sucesión de edades en el corazón del tiempo como si los infortunios de Orfeo y Euridice fuesen los nuestros.

Los himnos resuenan luminosos y sombríos, con legendaria intensidad. De los coros de Monteverdi muchos compositores han bebido impregnándose del sabor colorido. Todos somos príncipes en el amor, pero cuando éste nos abandona no somos nada.

La naturaleza pródiga en acentos ha llenado siempre el ánfora musical de mutilaciones dolorosas. Orfeo lo comprende porque fue un panteísta embebido de ella. Cuando tañe su lira es para vencer tiernamente los espíritus del mal. El infierno es un símbolo mejor explicado en el Orfeo de Gluck, más panteísta por haber sido contemporáneo de los precursores de la Revolución Francesa.

Monteverdi es el iniciador del drama, un poco injustamente olvidado, merece ser más destacado en los programas de la actualidad. Su lenguaje lírico parece tristeza de lluvia al sonar el arpa llorando al artista sacrificado.

Orfeo es la vida arrancada a las fuentes y al murmullo de las notas colgadas en los sonidos de la Naturaleza. La música es como permanente cascada cuyas notas al caer no son percibidas no más que por los oídos sensibles y capaces de saber distinguir sus colores. Así es el drama puesto en música por Claudio Monteverdi: una cascada de sentimientos difíciles de saber interpretar, por que hay que llegar hasta las raíces del amor a fin de ganar con la esperanza los atributos perdidos. Hay muertes como la de Orfeo, que sólo la voluntad puede rescatar, como así veremos en la obra de Gluck. El Eco mismo nos lo transmite repitiendo la frase final con el patetismo exclamado al invocar un bien perdido.

Monteverdi ha humanizado el drama creado por algún pastor poeta heleno y tañido por alguna cítara milenaria, hasta llegar al auge magistral de los grandes maestros de la música.

VOLGA MARCOS

● Concluirá en el próximo ensayo ●



● Ver los números 17 y 18 de nuestra colección ●

Por su parte, Lope, ya desde entonces desafortunado y roto sentimentalmente para toda la vida, comienza a poner en práctica la terapéutica que años más tarde recomendará al duque de Sesa para curar con un nuevo amor las heridas de otro amor desgraciado. Y, arriesgando la cabeza, y quebrantando la pena de destierro, con el auxilio de su travieso amigo Claudio Conde, un auténtico gamberro del siglo XVI, penetra en la Corte y rapta a la honesta y enamorada doña Isabel de Alderete, que había de ser su legítima, santa y leal esposa, hasta la muerte de ella, modelo de virtud y constancia en la mujer, que Lope no merecía, y que le habría devuelto el equilibrio moral y sentimental, si el poeta, además de respetarla y admirarla, la hubiera amado.

Más no quiero entrar en la enmarañada selva de sus numerosos y complicados amores, que no amores. Detengámonos en el umbral de este sendero que habría de llevar a Lope de Vega como al Dante, hacia una selva oscura **che de la diritta via era smarritta**, que se desviaba del recto camino de la honestidad.

Apreciamos, para comprenderle y disculparle, el sentimiento de soledad que invadió su alma, la desolación moral en que le dejara el triple drama amoroso de Marfisa-Dorotea y acaso otra amada muerta que yo presentio en sus romances de la barquilla y que bien pudiera ser su primera esposa, Isabel, la Belisa de sus versos. Tres mujeres distintas y un solo amor verdadero, un eterno, profundo e imposible amor :

A mis soledades voy,
de mis soledades vengo,
porque para estar conmigo
me bastan mis pensamientos.

Y en otro romance :

Ay soledades tristes
de mi querida prenda,
donde me escuchan solas
las ondas y las fieras.
...¿cómo sin alma vivo
en esta seca arena,
o cómo espero el día,
si está mi aurora muerta?
O, ¿pediré llorando
la noche de su ausencia
que, pues ya viven juntas,
entrambas amanescan?
Pero saldrán las tuyas
y no saldrá mi estrella,
que, aunque de noche salen,
padece noche eterna.

Y más adelante :

Mas ya no me responde
mi dulce, amada prenda,
que en el silencio eterno
a nadie dan respuesta.

O también :

Oh luz que me dejaste,
¿cuándo será posible
que vuelva a verte el alma
y que esta vida anime?

frecuentación de Lope de Vega

Mis soledades siente...
mas ay, que donde vives
de mis deseos locos
en dulce paz te ríes.

Y en fin :

Esposo me llamaba,
yo la llamaba esposa,
parándose de envidia
la celestial antorcha.
Sin pleito, sin disgusto,
la muerte nos divorcia :
ay de la pobre barca
que en lágrimas se ahoga.

Ni el tiempo, ni la distancia, pueden remediar esa soledad interna que se identifica con el destino trágico de quien, teniendo una naturaleza inclinada a la ternura, a la amorosa compañía, se ve condenado a la eterna soledad. San Jerónimo había escrito: *coelum non animum mutant qui trans mare currunt*. Lope canta:

¿De qué sirve a mis desdichas
mudar de cielo y de tierra,
si en la tierra está la envidia
y en el cielo mis estrellas?
Ni la muerte ni la vida
vienen bien a mi tristeza,
la vida, porque me mata,
la muerte porque me alegra.

Y, sin embargo, sólo la muerte es remedio de una vida triste, cuando Dios lo quiera:

Mas ay, que no me escuchas.
Pero la vida es corta:
Viviendo, todo falta;
muriendo, todo sobra.

..

En la juventud, antes de que la pasión de la carne abrasara sus entrañas, diz que Lope había tenido inclinaciones, o más bien arrebatos místicos. Ya viejo, volvió en busca de consuelo y de paz, sin hallarla, hacia el sendero ascético. Y hasta se hizo sacerdote, no creo yo, como divulgó la malicia, por la mera congrua o el beneficio, sino por sincero deseo de ponerse al abrigo de sus turbulentas pasiones en el puerto seguro de la religión, «más de puro cansado que no de arrepentido», como dijera de sí mismo don Francisco de Quevedo.

Y quiso ser, lográndolo a cortos intervalos, cuando le dolía la conciencia, piadoso y hasta ascético sacerdote; mas los arrebatos de ascetismo eran pequeños oasis de piedad en el desierto ardiente de sus delictuosos amores con doña Marta de Nevares. La ceguera y locura de ésta, y el desvío y perdición de la hija de ambos, Antonia Clara, luz de los ojos del viejo poeta, fueron para éste el castigo cruel —y no digo justo, porque nunca la crueldad puede ser justicia—, de los muchos extravíos y pecados de su larga vida.

Aparte los discretos más o menos artificiosos de su estilo, es evidente que respiran sinceridad las angustiosas llamadas de Lope al cielo, como en el soneto

que empieza: «Vuelve los ojos a mi fe, piadosos».

Oye, Pastor que por amores mueres:
no te espante el rigor de mis pecados,
pues tan amigo de rendidos eres;
espera, pues, y escucha mis cuidados;
pero ¿cómo te digo que me esperes,
si estás para esperar los pies clavados?.

Y hay luego el hermoso soneto en que se reprocha a sí mismo sus constantes desvíos a la voz de la piedad cristiana y su sordera a las llamadas del cielo:

¿Qué tengo yo, que mi amistad procuras?
¿Qué interés se te sigue, Jesús mío,
que a mi puerta, cubierto de rocío,
pasas las noches del invierno oscuras?

Oh, cuánto fueron mis entrañas duras,
pues no te abrí. Qué extraño desvarío
si de mi ingratitud el hielo frío
secó las llagas de tus plantas puras.

Cuántas veces el ángel me decía:
«Alma, asómate agora a la ventana,
verás con cuánto amor llama a porfía.

¡Y cuántas, hermosura soberana,
«mañana le abriremos», respondía,
para lo mismo responder mañana!

Indudablemente —y ello da testimonio de la virtud operativa del rito y del ceremonial religioso en el alma del creyente—, cuando como sacerdote había de tener entre sus pecadoras manos las especies del Sacramento, le invadía la conciencia una auténtica atrición del pecador empedernido que era, la vergüenza de no saber ni poder llevar con decoro el hábito de su ministerio sacerdotal:

Cuando en mis manos, Rey eterno, os miro,
de la cándida víctima levanto, [ro,
de mi atrevida indignidad me espanto,
y la piedad de vuestro pecho admiro.

Tal vez el alma con temor retiro,
tal vez la doy al amoroso llanto;
que, arrepentido de ofenderos tanto,
con ansias temo y con dolor suspiro.

Volved los ojos a mirarme humanos;
que por las sendas de mi error siniestras
me despeñaron pensamientos vanos.

No sean tantas las miserias nuestras
que a quien os tuvo en sus indignas man-
nos.
vos le dejéis de las divinas vuestras.



por Fernando VALERA

Excedió Lope en la comedia. Vista por de fuera, su propia vida es la más interesante de las comedias de intriga y enredo salidas de su fecundo numen; pero, calando hasta las profundidades de su poesía, se nos revela como una tragedia escalofriante. Toda vida humana es siempre trágica, en cuanto que implica la lucha ineluctable de la libertad con la fatalidad, del espíritu con la materia, del bien con el mal, cuyo único desenlace digno es la muerte.

Quiero terminar recordando unas cosas que escribí y publiqué en España, en el año 1935, con ocasión del III Centenario de la muerte de Lope de Vega:

«Entre la multitud que nace y muere, descubre el alma humana realidades eternas, o al menos permanentes, durables. Interpretar la vida, evocarla, recrearla en el lienzo, en la piedra, en la escena, en la música: he ahí la gracia o virtud del ingenio. Fijar lo eterno en el cuadro, en la estatua, en el teatro o en el pentagrama: he ahí el don divino del genio. El ingenio expresa la vida; el genio, la eternidad.»

«En Lope de Vega no encontraréis las realizaciones del genio. No hay en él ni el humanismo de Cervantes, ni el sentido dramático de Calderón, ni la densidad y agudeza de Quevedo, ni la serena armonía de Fray Luis, ni la iluminación de Santa Teresa. Mas hay en Lope algo que le presta lozania, encanto, seducción, prestigio: ese algo es la vida. La obra de Lope es vida, en toda su variedad: lo bueno y lo malo, lo santo y lo pecaminoso, lo generoso y lo ruín, el amor y el odio, la verdad y el prejuicio, la fe y la hipocresía, lo pequeño y la inmensidad. No os lleguéis a él como al jardín cultivado en que las plantas ofrecen delicadas floraciones de exótico perfume y misterioso color; llegaos como al bosque inmenso de enramada espesa, tejida de lianas y enredaderas, nidos de jilgueros en las ramas y craquear de sapos en la tierra, flores silvestres entre espinos e insectos, el cielo en lo alto y la ciénaga a los pies.»

«No busquéis en él la miniatura, donde cada detalle es un prodigio de atención, sino el óleo vivo hecho a paletadas de color y de luz. No busquéis la perfección, la idealidad, el arquetipo. Buscar lo que puede daros: la vida misma, variedad monstruosa, multitudinaria y, sin embargo, bella de pasiones y de cosas.»

«Lope no es el genio, en cuanto no sabe remontarse a lo eterno, a la Idea; pero es el ingenio que acierta a recrear la vida, con tan extraordinaria fecundidad, que bien mereció ser llamado el ingenio por antonomasia, el Fénix de los Ingenios, como lo conoce el mundo, con un acierto de expresión no menor que aquél otro de «monstruo de la naturaleza» que le aplicara don Miguel de Cervantes y Saavedra.»

FIN

LA PINTURA NO-FIGURATIVA

La tradición y la pintura

II

EN la tradición existen elementos formales y expresivos de un sentir colectivo que el artista se encarga de transformar en valores culturales. Pero la afirmación de que hay un « arte eminentemente nacional », en el sentido de ser un producto específicamente racial, es totalmente falsa. El lenguaje del arte nunca está determinado por las fuerzas puramente sentimentales que los hombres elaboran en un tiempo. Está formado por los valores que una cultura hace trascendentes y por las visiones predominantes de la realidad.

Ese lenguaje — ciertamente — se ha originado en una sociedad dada, pero luego se ha enriquecido y se transforma por la acumulación selectiva de acentos y concepciones de la realidad que provienen de las socio-económicas y culturales que transforman también la constitución de las sociedades. Lo nacional puro no existe y la producción artística no es más que el desarrollo de los elementos constitutivos derivados de las diversas nociones estéticas.

Las creaciones del arte han sido realizadas por una reacción de estímulos exteriores e interiores. Dichos estímulos nunca han sido de carácter regional solamente. Las formas tradicionales no se refieren tan sólo a los elementos geográficos, son el patrimonio de una larga conquista encaminada a la creación de valores universales que pueden ser disfrutados y metamorfoseados por cualquier colectividad. Y en el arte principalmente por las individualidades creadoras que se sirven del espíritu colectivo y de la esencia comunicativa que ellas muestran para realizar sus obras.

Es preciso, por esto, deslindar estos dos términos conceptuales: tradición y nacionalismo. En las teorías estéticas románticas se encuentra el origen de un interés equivoco, producto del empecinamiento irracional que quiere hermanar términos contradictorios en beneficio de una interpretación intelectualmente caprichosa.

Según esas teorías, los productos artísticos se los ha realizado siempre sobre una idea interpretativa ya establecida de la cultura. Así: las manifestaciones culturales son una « sublimación de la realidad y un reflejo de ésta ». Cuando se empieza a crear de acuerdo a ese pensamiento, se tiene que elevar esa realidad a una estilización impuesta por lo « bello ideal » y respetando siempre las características raciales que deben ser patentizadas para que las obras adquieran calidad de belleza.

De esa manera se subordina al arte a no ser más que una manifestación del « alma colectiva » o del « espíritu telúrico ». Porque así como cada lenguaje tiene su específico modo de expresión en cada país, el arte « debe » tener una raíz única: el lugar en el que nace.

La teoría del arte nacionalista se basa en la ideología crítica de la filología alemana romántica. Esta encuentra en lo « popular » y en el folklore los elementos originales sobre los que fundamenta, en los grandes periodos de la historia, la

creación artística. El arte, para esos teóricos, sólo es un medio para un fin determinado.

A esa interpretación se unieron los primeros sociólogos de este siglo para reafirmar dichos postulados; confundieron el valor artístico con su equivalente sociológico. La historia y la sociología podrán aportar precisiones sobre algunas causas de las manifestaciones artísticas, pero no sobre las determinaciones que las hacen posibles; ahondan el sentido o los sentidos de una significación que poseen los valores que de ahí se desprenden, pero no podrán aclarar completamente su génesis.

La realidad que busca y encuentra la historia — y la sociología — es la que ha sido determinada por un espíritu de época y de lugar. Esa finalidad es la de reducir a sus orígenes los elementos de los que se sirve el artista para crear su obra; pero esos elementos pueden ser, y son a menudo, los mismos en diferentes obras contemporáneas que proclaman diversos valores del hombre.

Generalmente las características que declara el nacionalismo como ideales a conseguir — por las supuestas virtudes éticas que beneficiarían a toda una colectividad — son las que se hallan en una imaginaria Edad de Oro, por la cual hay que luchar en el campo histórico y social con todas las fuerzas posibles. Entre esas fuerzas se tomó al arte como a una necesaria idealización encaminada a ese fin. Sobre las virtudes regionales de un pasado remoto se debe basar la construcción idealizada de un futuro inmediato, superficialmente socoleado a gusto y antojo de las teorías políticas burguesas. Esta concepción no proviene más que del estado mental al ilusionismo romántico y refleja la inseguridad psicológica y también material en las propias virtudes de mando para detentar el poder de los ideó-

por Edgar Avila Echazú

logos burgueses contemporáneos. Esos grupos y clases que no tienen valores que construir — dentro de la evolución colectiva de las nacionalidades — siempre se refugian en un pasado del cual desconocen sus causas y determinaciones, y en un futuro el que todo va a ser el producto de una idealización que en nada se asemeja a la verdadera realidad que se está construyendo.

Ese mundo alegórico que nos presenta el romanticismo nacionalista, hace que el arte manifiesta una traducción de una idea abstracta; pero, como toda imagen, sólo es un reflejo pronto a esfumarse ante el choque con la realidad concreta. Además ya se sabe que en toda alegoría que procede de determinada imagen, existe un trasfondo psicológico y ético que se convierte en un proceso mental estático.

Por todo ello el nacionalismo es la afirmación — en el arte — de esa poca fe creadora que teme toda aventura del espíritu y descarta la búsqueda de formas nuevas que permitan al acto creador y al arte ser un proceso vivo y no un comentario donde hay que arrodillarse.

Por otra parte, todo nacionalismo procede de un concepto típicamente burgués de la realidad histórica. Es una interpretación basada en factores puramente psicológicos y sociológicos, de la cual nacen los equívocos y las mixtificaciones que informan ciertas teorías culturales. El espíritu burgués ve y juzga la realidad de acuerdo con las premisas que le muestran los « hechos » de sus circunstancias económicas; y éstos están determinados por la acción del tiempo y de los hombres. Por eso es que se encasillan al arte como un medio encaminado a un fin ya previsto.

Ese idealismo conservador que rechaza el dinamismo y se aferra a un concepto estático y mezquino del mundo, está traducido en la incapacidad creadora, e incluso crítica, que el nacionalismo miope muestra en sus manifestaciones artísticas. La ilusión sobre los « valores absolutos del sentimiento nacional », la carencia de medios expresivos dinámicos y la falta de inventiva, la repetición de los temas puramente sentimentales, propias de las colectividades que sufren una opresión espiritual, económica y cultural, hacen que el arte popular o folklórico — cuando se pretende agregarle un valor que no tiene, no ha tenido y ni siquiera pretenderlo tener — sea una manifestación demasiado pobre de la realidad.

Porque esa realidad está condicionada por una valorización abstracta del mundo perteneciente a las clases dirigentes. El folklore, como producto anónimo del pueblo, es decir, de las clases desposeídas que no pueden — por la fuerza de las circunstancias — elaborar valores y manifestaciones culturales de tipo universalista, no hace otra cosa que traducir las expresiones de sus sentimientos con los medios divulgados y aceptados por las clases superiores en grado cultural. Si lo que expresa deviene de una vivencia esencialmente suya, de una experiencia existen-



No-figurativa Panorama de la poesía española de postguerra

cial de la colectividad unida por su forma de vida y por sus propios intereses, su traducción en las formas artísticas está realizada por medio de los moldes formales aprendidos de las clases intelectuales dirigentes; aunque el estilo sea menos rígido en cuanto a una menor elaboración formal de acuerdo a esos cánones impuestos por los « de arriba ». El folklore se basa en que quiere, y lo logra, ser la expresión del sentimiento popular colectivo de los grupos sociales no dirigentes. Pero ese sentimiento — ya lo sabemos — se alimenta, muy a menudo, con un sentimentalismo derivado de la representación de las pasiones o emociones de los hombres. El cual refleja una valorización ética de la realidad social proveniente de aquellos valores morales impuestos por las clases dirigentes. Se cree que esas emociones y pasiones son lo más profundo y esencial de la colectividad, puesto que nacen en los instintos, pero solamente nos muestran emociones las más de las veces superficialmente anecdóticas sobre los sentimientos amorosos, sobre la sexualidad, la violencia, el dolor o la vanidad de la mujer y del hombre, como seres integrantes de una determinada sociedad: tales emociones devienen de la confrontación con la realidad concreta que esas clases sufren como una imposición, y de la cual desean liberarse: de ahí que encuentren en la creación artística una forma de evasión psíquica.

El verdadero valor del folklore hay que encontrarlo en que es una especie de testimonio colectivo del sentimiento general de la vida de determinado grupo social. Es una crónica informativa de las reacciones emocionales de una sociedad. Hay que comprender, por eso, que la tradición que no concite una evolución formal e intelectual, no será más que una reacción espiritual en todo quehacer cultural; como son los pseudovalores que se hallan en las teorías romántico-burguesas del nacionalismo.

Comprendido el valor de la tradición en el proceso gestativo de las obras de arte, podemos afirmar que si América ha sido capaz de producir culturas como las del Iahuanacu, la Incaica, la Maya y la Azteca, es que se podrá crear, en base a los contenidos espirituales que esas culturas nos han legado, un arte que tenga de aquéllos la misma intensidad y el profundo conocimiento de los valores puramente artísticos, además de la posesión de un estilo propio que eleve sus creaciones a un plano estético universalmente válido.

Esto no quiere decir — de ninguna manera — que se desee copiar el estilo de dichas culturas. Se trata de crear, no de imitar ni de traducir una significación del hombre que ha sido válida en determinada época y en circunstancias muy diferentes de las que ahora vivimos.

El hecho de que ellas hayan dado mayor valor a la esencia de las leyes que regían el universo por ellos conocido, por encima de cualquier concesión a la apariencia de toda realidad prefabricada y falsamente idealizante, y la voluntaria abstracción formal de sus creaciones, nos demuestra claramente que, para ellos como para nosotros el acto creador está

CON la brevedad que exige un artículo periodístico, intentaré exponer en estas líneas el desarrollo de la poesía en la España desde el final de la guerra civil, en 1939, hasta nuestros días.

PANORAMA INICIAL

El aspecto que ofrecía la poesía española al término de la contienda, puede resumirse así :

a) Poetas muertos en la guerra civil o en la inmediata postguerra :

Federico García Lorca, animador de la llamada « generación del año 27 » o de « la primera dictadura » (del general Primo de Rivera), que murió asesinado en Granada en 1936; Miguel de Unamuno, gran poeta, novelista y ensayista, fallecido en Salamanca a finales del mismo año 1936; Antonio Machado, asimismo viejo maestro de la generación del 98. muerto en el destierro, en Collioure, pequeño puerto pesquero francés, muy cercano a la frontera española, dos meses antes de que terminase la guerra con la victoria de las tropas del general Franco; y Miguel Hernández, muerto en la prisión de Alicante, en 1942.

b) Poetas en el exilio :

Entre ellos figuraban escritores de todas las edades : Juan Ramón Jiménez, nacido en 1881, y que había de recibir el Premio Nobel y morir en el destierro; León Felipe, nacido en 1884; Jorge Guillén, Pedro Salinas, Rafael Alberti, Manuel Altolaguirre, Juan Larrea, Emilio Prados y Luis Cernuda, más jóvenes todos y pertenecientes a la misma generación de Lorca, salvo Luis Cernuda. Todos ellos continuaron escribiendo en los países en que habían fijado su residencia, pero su producción poética del destierro no fue conocida en España hasta pasados varios años, al ceder algo la rigurosa censura sobre la importación y difusión de libros editados fuera del país.

encaminado hacia la búsqueda de lo absoluto que se sirve de lo efímero y lo fugaz para realizar una trascendencia formal de todo aquello debido a la acción, a los sueños, fracasos, visiones e ideales humanos que los hombres testimonian inconscientemente en todo momento de sus vidas, ya sea en lo exterior — en todas las cosas creadas por ellos que están destinadas a perecer o cambiar — o ya sea en sus mundos interiores...

Edgar Avila Echazú

Tarija, 1959-1962.

● Este estudio contiene un Apéndice que será publicado en el número próximo ●

c) Poetas que continuaron en España al terminar la guerra civil :

En este grupo cabe hacer una distinción entre aquellos poetas que, pese a no estar de acuerdo con el gobierno del general Franco, continuaron en el país (como son Vicente Aleixandre y Dámaso Alonso), y los que, conformistas o colaboracionistas con el nuevo régimen, siguieron escribiendo en medio de un vacío casi glacial (como Gerardo Diego, Manuel Machado, Eduardo Marquina y Luis Rosales, entre otros).

LA EPOCA DEL OPROBIO

La reacción de los poetas residentes en España en los años inmediatamente posteriores al final de la guerra civil, fue muy reveladora : Vicente Aleixandre y Dámaso Alonso, se encerraron en un mutismo evidentemente voluntario y por demás explícito, que no rompieron hasta 1944, con sus libros « Sombra del Paraíso » e « Hijos de la ira », respectivamente, libros que significaron el primer alabonazo en la conciencia adormecida o cloroformizada del público lector de aquellos años. Pero, por otra parte, poetas ya conocidos como Gerardo Diego, Marquina y Manuel Machado, a los que se unieron pronto los nuevos poetas surgidos en el bando vencedor y agrupados bajo el título de « Juventud creadora », se dedicaron a seguir las directrices señaladas por la Literatura Oficial o dirigida, y construyeron una literatura formalista e irreal, ajena por completo a los problemas sangrantes de un país en ruinas, de una cultura dispersa y aventada. Bajo la invocación de Garcilaso, poeta clásico del Renacimiento español, cuyo cuarto centenario de su muerte se había cumplido el mismo año de comenzar la guerra civil, cantaron temas « heroicos », « hazañas históricas », « églogas » y « bucólicas », totalmente fracasadas y sin contenido alguno, narrando en detestables poemas las glorias pasadas del imperio español.

LOS POETAS CELESTIALES

Tal literatura, falsa imagen de un país destrozado por una guerra fratricida y mudo espectador frente al drama espantoso de la Segunda Guerra Mundial, que descubrió a los ojos de los todavía incrédulos la verdadera faz del nazismo y del fascismo, poco podía perdurar. Pero los « poetas oficiales », abandonando el corte clásico de sus versos vacíos, se dedicaron a escribir un tipo de poesía religiosa, invocando a Dios a cada momento y por cualquier pretexto. Así nacieron los que hoy se conocen en España con el nombre de « poetas celestiales ». Su poesía fue tan falsa y hueca como la anterior, y ni tan siquiera respondía a unas creencias auténticas. Las palabras « Dios », v « Señor » se convirtieron en muletilla indispensable de los infinitos sonetos y tercetos encadenados que se escribieron por entonces.

→

Panorama de la poesía española de postguerra

PRIMERA REACCION : HACIA UNA REHUMANIZACION DE LA POESIA

Ya he indicado antes que, en 1944, a partir de la publicación de los libros de Alexandre y Damaso Alonso, y debido al conocimiento de la obra de los poetas desterrados, que poco a poco y clandestinamente se iba filtrando en el país, se inició un giro importante en el panorama de la poesía española: el paso del simbolismo y de la poesía de evasión hacia un tipo de poesía de actitud realista, poesía testimonial de denuncia de las realidades y angustias del pueblo español. Esta poesía rompió con el formalismo tradicional e introdujo, junto con un nuevo contenido, un nuevo lenguaje: el coloquial. Era, en frase del crítico literario Emilio Alarcos Llorachs, « la rehumanización de la poesía ».

LOS AÑOS DUROS

Entre los nuevos poetas que iniciaron este giro importante de la concepción y destino de la poesía, figuraban Gabriel Celaya, Eugenio de Nora, Victoriano Crémer, y posteriormente Blas de Otero, José Hierro, Angela Figuera, Carlos Bousoño, a los que se unieron también Leopoldo de Luis, Ramón de Garciasol, José María Valverde, José Luis Canç y otros. El tema de la realidad española se manifestaba en toda su dolorosa actualidad en la obra de estos poetas que, por entonces, comenzaron a ser conocidos con el nombre de « poetas sociales ». Debe tenerse en cuenta que la limitación en la expresión de la realidad que denunciaban se debió a la censura, que no permitía extralimitaciones de ningún tipo que « pudiesen poner en entredicho la actuación del régimen en cualquier aspecto ».

LA DECADA DE LOS AÑOS 50

El ejemplo valeroso de los poetas arriba citados y la mayor politización y rebeldía de las nuevas promociones, unido al hecho de un mejor conocimiento de la poesía extranjera (Quasimodo, Pavese, Spender, Elouard, Aragón, Neruda, Hikmet, Vallejo, etc.), y a la actitud fraternal y valerosa, aunque por desgracia distante, de los poetas españoles en el exilio que aún sobrevivían en la década 1950-60, produjo la aparición de un grupo de nuevos poetas, caracterizados por su lenguaje antirretórico, claridad de expresión, radical aprovechamiento de la realidad y conciencia de su responsabilidad como escritores en las tareas comunes de los demás hombres. Muchos de estos nuevos poetas, jóvenes todos ellos en la actualidad, son ya algo más que simples promesas: José Angel Valente, Claudio Rodríguez, Angel Crespo, Carlos Barral, Gil de Biedmal, López Pacheco, Gloria Fuertes, Angel González, Caballero Bonald y Carlos Sahagún, por citar solamente los más destacados.

MIRANDO HACIA EL FUTURO

La ligera distensión que en la sociedad española actual, a remolque de una situación mundial que exige un camino ine-

xorable hacia una sociedad más justa y mejor organizada, y pese a las enormes limitaciones de expresión política, ideológica y social que aún se mantienen en nuestro país, exige de estos hombres mucho más de lo que las circunstancias del momento permitieron expresar a los Damaso Alonso, Alexandre, Celaya, Otero... Los jóvenes poetas de esta España de 1963 han encontrado un camino abierto con el dolor y el esfuerzo de sus compañeros mayores, un camino que les devuel-

ve a la auténtica tradición de la literatura española de todos los tiempos: realismo histórico, sátira de los vicios de una sociedad anquilosada, rigor conceptual, hondura y humanismo, valentía.

Ellos tienen la palabra, y en sus manos está la antorcha del relevo, que habrán de entregar algún día, con la llama ardiendo, inmarcesible, a las generaciones futuras de una España en libertad.

José Agustín Goytiso

POEMAS

DE BLAS OTERO

DESCAMISADAMENTE IBERICO

PASAN días. España parece dormida, pero un pulso, una rabia tercamente palpita puja debajo de los trigos de Castilla, golpea por los puentes del Duero, descamisa el pecho, lucha, canta, entra en las herrerías, en los viejos talleres armados de pericia, asciende por los álamos esbeltos, ladea la cabeza junto a unos cerros, trepa el vasto Guadarrama, oscila cima a cima, se derrama en el cielo azul, clava la vista en el mar y amenaza con olas y con risas.

LA VERDAD COMUN

EL olvido Hemos vivido a tientas tanto tiempo. (El humo se deshace entre los árboles.) Hemos buscado, cada vez más cerca de la verdad común. (El mundo se modela con las manos sonoras que forjan, siegan, tejen y taladran.) El olvido dibuja un jardín blanco, pero cae una gota de sangre, o bien el hambre abre sus túneles horribles, y estalla y brilla la verdad común.

EL 21 DE MAYO

EL CIELO es verde delicado, té que tiembla tenuemente en tus pupilas. Las hojas de los sauces rozan suavemente tu blusa movida por la brisa.

Sueltos, los remos cabecean. Ladeas la frente hacia el alto Templo. Silba un ruiseñor. Sonríes intimamente, entimismada, tímida.

El cielo es sutil como la seda anaranjada de las sombrillas que van y vienen por La-Wan-Fu-Sin a mediodía.

EL BALLE

(Prokofiev)

ROMEO baila con el pueblo.

Pandereta y espada hacen fiesta en la plaza.

(Jazmín dorado, frágil, Julieta entorna los párpados...)

Mozas y mozos, saltando, riendo, en corro.

La Madonna mira arroyos de rosas y cintas.

Al fondo, la muerte muda, de negro y verde.

Romeo ríe, de verde y negro.



LUCIERNAGAS

1

EL ONCENO DE LOS DIEZ O LOGICA DE LOCOS

I.—EL ONCENO de los DIEZ MANDAMIENTOS dice así:

«Nada habrás de pagar por lo que Yo hice y te di, como el aire que respiras, el agua que bebes y la luz del Sol que ilumina tus días; pero pagarás el justo precio por lo que Yo no hice ni te di, como el pan que comes, las sandalias que calzas y el aceite de tu lámpara. Y si esquilares ovejas pacedoras, nada habrás de pagarles por la rica lana; que las ovejas pacedoras Yo las hice y te las di. Mas si esquilares ovejas humanas, deberás pagarles bien la rica lana; que las ovejas humana Yo nunca las hice ni jamás te las di.»

II.—Este raro y largo mandamiento onceno de la Ley de Dios, que se perdió, fue levantado del polvo del Olvido en que yacía por un loco torbellino que, al volar raudo y en círculos, lo lanzó desde muy alto sobre el patio de un manicomio, gritando (el loco torbellino): «¡Ahí va eso, compañeros!». Y uno de los orates que paseaban por el dicho patio, exclamó de pronto: «¡Oh, Dios mío! ¡El onceno! ¡El onceno!». «¿Qué onceno?», le preguntó el loquero, en oyéndole. «El onceno mandamiento de la Ley de Dios, que acaba de colarse en la cabeza», contestó el demente. A lo cual replicó el loquero: «¡No hay onceno! Los mandamientos de la Ley de Dios no son más que diez». «¡Seguro! —dijo el mocholes, que lo estaba de mate—: Vulgaridad grande sería que yo supiera el onceno, si los Mandamientos fuesen once. Pero saber bien el onceno cuando sólo son diez, ¿no es de veras maravilloso?». «¡Ciertamente! —expresó el loquero—: ¿Y tú sabes bien el onceno de los diez?». «¡Cómo no, si hace un rato me cayó dentro de la cabeza! Oígalos». Y lo dijo.

III.—Por el onceno mandamiento de la Ley de Dios sabemos los que contamos once en diez que hay dos clases de rebaños de ovejas: rebaños de ovejas pacedoras y rebaños de ovejas humanas. Los rebaños de ovejas humanas son los pueblos miseros, agachados, regidos con justicia de honda de pastor y sin derecho alguno reconocido a que se les pague la rica lana que producen.

IV.—Y los pueblos dan el salto de la ovejuna mansedumbre insensata a la dignidad y a la sensatez, cuando conocen y reclaman su derecho natural y divino a vivir erguidos y como sociedades humanas, y no agachados y como rebaños de ovejas de rica lana, destinadas a la esquila para enriquecimiento de rabadanes, mayorales y amos.

V.—Mas cuando los pueblos, fieles cumplidores siempre de sus duros deberes sudorosos, llegan a la conclusión incuestionable de que no son rebaños sino masas de seres humanos, y reclaman su indiscutible derecho a los derechos del hombre

trabajador, entonces bajan del cielo o surgen del infierno los dictadores: El dictador que baja del cielo es el providencial; y el dictador que surge del infierno es el satánico. Da lo mismo. Ambos dictadores tienen igual misión: la de meter a los pueblos en cintura, por peligrosos; que los rebaños «razonadores» saben tornarse tigres para comerse a los malos lobos que los pastorean, relamiéndose.

VI.—La verdad es que el dictador ni baja del cielo ni surge del infierno. El dictador sale de sí mismo: de la sima pavorosa de su ambición. Y es una gran tiniebla que cae sobre los pueblos infortunados, tal que inmensa plaga horripilante y desequilibrada de cadenas y camisas de fuerza. Al contrario que el dulce Jesús de Galilea, esplendente y glorioso como cien triunfales mediodías de domingo de resurrección, el tenebroso dictador siniestro no viene a salvar ovejas, sino lobos.

VII.—A las ovejas, el dictador las encadena o les pone camisa de fuerza para que «no vengan con exigencias de que se les dé la consideración social debida y se les pague a su justo precio la rica lana que ellas producen», como manda el ONCENO.

VIII.—El dictador se proclama SEÑOR DE LOS LOBOS, y éstos le lamen la mano y le mueven la cola en señal de acatamiento y de gratitud.

2

I.—Mi querido amigo y admirado compañero José Prado Rodríguez me dice en atenta carta: «En el número 11 de UMBRAL, de París, afirma usted que no cree, del todo, en las ideas. El sentimiento es su norma de vida y de pensar; y yo respondo a eso que no debe separarse el sentimiento de las ideas, y aquel que a las ideas no les injerta sentimiento es un hipócrita o un cínico. ¡Sentimiento e ideas! Con ambos no habría escritores falsos, y la luz de la verdad ardería bella y luminosa».

Sí, claro; pero yo no me refería a la idea no sentida, sino al sentimiento no pensado. La idea no sentida es, desde luego, insincera; y la insinceridad ideológica es propia de farsantes. Y no añado que de cínicos, porque yo admiro mucho a los cínicos: ¡aquel Antístenes, aquel Diógenes, aquellos hombres de veras que, varios siglos antes de Jesucristo, daban su riqueza a los pobres y se hacían como eremitas austerísimos de la VIRTUD!...

Me refería al buen sentimiento impensado: A ese buen hacer del que puede decir: «Yo hago lo que me sale del alma», queriendo expresar por «alma», no lo que en uno piensa, sino lo que en uno siente.

Es decir, me refería al buen sentimiento puro: al buen sentimiento que no puede injertarse en idea alguna, que lo hay, como hay música que no puede recogerse en ningún sonido y que hasta los sordos pueden oír, y como hay lenguaje que no

por Alfonso VIDAL Y PLANAS

puede decirse con la lengua y que hasta los mudos pueden expresar.

El sentir sin pensar es cosa muy diferente del pensar sin sentir. El sentir sin pensar eleva el sentimiento, en tanto que el pensar sin sentir envilece el pensamiento. (¡Un abrazo, don José!)

II.—Del Catecismo cristiano: «La guerra es el conjunto de todos los males, sin mezcla de bien alguno». Sin embargo, si hay guerreros inocentes, éstos no son los que matan por quitar, sino los que luchan por no dejarse quitar su suelo patrio, o su libertad, o su derecho, o su justicia. Porque el que guerra por quitar entra en batalla como agresor y como ladrón; y el que lucha por no dejarse quitar obra en defensa propia. Por eso, del «conjunto de todos los males, sin mezcla de bien alguno» que es toda guerra, sólo son culpables los que acometen como agresores y atacadores.

Pero en las guerras suele ocurrir que los agredidos y atacados pierdan y que los agresores y atacadores ganen, por ventajistas y, sobre todo, por mejor armados:

«Vemos que vibran victoriosas palmas
manos inicuas...»

Y entonces, los vencedores infames se proclaman héroes, y a los infelices vencidos, sobre haberles quitado todo, los declaran únicos «criminales de guerra». Mas, ¿de cuándo acá son criminales de guerra, por muy heroicamente que se hayan defendido, los agredidos y atacados?

III.—De Don Ramón de Campoamor:

En este mundo traidor
nada es verdad ni mentira:
Todo es según el color
del cristal con que se mira.

IV. Es mil veces preferible ser perdedor de buena causa que ganador de mala.

V.—Mejor hombre honrado con patas de palo que ladrón con buenas piernas.

3

El desconocido visitante parecía persona distinguida.

«¡Servidor, caballero! ¡Dígame!», le urgió, de pie, en mi salita de trabajo.

(Uno tiene siempre prisa cuando desconoce al visitante espontáneo.)

«Yo, señor, vendo libros —confesó, risueño—. No los traigo porque no soy librería ambulante; pero le puedo mostrar el catálogo. ¿Me permite?»

«¡Dispéñeme! —le rogué—. Estoy ocupadísimo.»

El caballero se inclinó para acariciar a mi gato, que dormitaba sobre el sofá:

«¡Perdóneme! —me suplicó, sin dejar caer de los labios la florecilla de la sonrisa—. ¡Adoro a los gatos!»

Festival Pablo Casals en Puerto Rico

EL Festival Casals en San Juan de Puerto Rico es un mundo creado por Don Pablo Casals hace ya siete años, en el que se dan cita los mejores intérpretes del actual panorama musical.

De esta manera el viejo y querido maestro catalán ha colocado la primera piedra sobre la cual Puerto Rico promete edificar una sólida y bien orientada educación musical. Magnífica visión de un idealista que ha dedicado toda su existencia al estudio, desarrollo y deleite de tan sublime arte.

El séptimo festival clásico-romántico, que comenzó el 31 de mayo, como en años anteriores ha tenido lugar en el teatro de la Universidad, sala de excelentes condiciones acústicas, con capacidad para 2.500 personas.

El primer Concierto estuvo dedicado a Brahms. Apenas apareció la pequeña pero aún ágil y erguida figura de Don Pablo, el público se puso de pie y lo ovacionó largamente. El maestro, de 87 años, con gesto tímido agradeció el caluroso recibimiento y rápidamente se sentó en su silla tomando casi al mismo tiempo la batuta para marcar con claridad y precisión el ataque de la sinfonía Número 1 en do-menor, y a partir de ese momento, enérgicos golpes de pie fueron un complemento en la marcación del ritmo. A veces dejaba el brazo derecho quieto para acentuar sólo con el izquierdo la expresividad de algún pasaje.

Desde el Allegro inicial, Casals fue ar-

mando la sinfonía con poderoso vigor, transmitiendo el robusto y lírico lenguaje de Brahms en su exposición más simple, natural y espontánea. Por supuesto que en los «Crescendi» había que pararse. Casals en su entusiasmo se levantaba y abría sus brazos en la culminación de un «fortísimmo».

Tampoco pudo impedir que su voz entonara las cálidas frases del segundo movimiento. Casals era feliz dirigiendo y haciendo música. La orquesta, como un solo instrumento siguió íntimamente y con calor humano el canto de amor de un gran maestro. Fue una versión que alcanzó dimensiones insospechadas, un entregamiento absoluto por parte de cada uno de los músicos.

Si alguien merece destacarse de un conjunto parejo y de calidad indiscutible es el oboista Harry Shulman, quien en el «andante sostenuto» cantó con voz dulce y expresiva uno de los temas más hermosos de la literatura brahmsiana. En la primera parte de este programa inaugural se escuchó el concierto Número 1 en re-menor para piano y orquesta, bajo la dirección de Alexander Schneider, actuando como solista Rudolf Serkin.

El pianista expuso una técnica impecable; sonido blando y carnoso y un fraseo magníficamente ligado, llevando la obra a su máximo poder expresivo. Fue una interpretación de una nobleza y sinceridad emocionantes. En cuanto a Schneider, su preocupación se limitó a acompa-

ñar al solista, lo cual no es justamente la fórmula que Brahms exige para sus conciertos.

A pesar del cuidado que puso el director en su labor técnica, no consiguió elevar la orquesta al nivel comunicativo del solista, quedando éste a menudo desamparado por la ausencia de un enfoque musical más envolvente. Aún en el segundo movimiento en el que el acompañamiento está tratado en la forma de un conjunto de cámara, la falta de unidad interpretativa dio por resultado una concepción fragmentada, a pesar de la excelente labor de los instrumentistas.

Schneider recién en el rondó final logró un buen trabajo de equipo, especialmente en el pasaje fugado a cargo de las cuerdas. Los miembros de la orquesta del Festival son en su mayoría solistas de las más cotizadas orquestas de los Estados Unidos. La calidad del conjunto por lo tanto es de primer orden. Sin embargo, estilo y flexibilidad son elementos que directores y orquesta irán pudiendo en próximas audiciones.

El sábado el segundo programa estuvo integrado por tres conciertos para piano y orquesta de Mozart en Re-mayor, la-mayor y en mi-bemol, mayor éste último para dos pianos. Los solistas fueron los dos Serkin, padre e hijo, y el director nuevamente Schneider.

Peter Serkin tiene sólo 15 años, pero una seria musicalidad y técnica bien trabajada, anuncian en él a un pianista de carrera promisorio. Peter hace cinco años que estudia en el Instituto Curtis en Filadelfia, bajo la dirección de Mieczalaw Horzowski y su padre.

Durante uno de los ensayos, comentó que una de sus preocupaciones es tratar de ubicarse en un estilo definido. Si éste va a ser igual o distinto al de su padre eso no le interesa, pero quiere llegar a sentir que se está expresando por medio de un lenguaje propio. Frente a la opinión de que los dos Serkin en un mismo programa estaban interviniendo en una competencia, el joven pianista aclaró que ellos lo consideraban más bien una colaboración musical y que tocar a dos pianos con su padre le resultaba una experiencia invaluable.

Son raros los intérpretes que logran transmitir la espiritualidad que Mozart supo volcar genialmente en su fácil escritura. Generalmente las versiones no pasan de un enfoque agradablemente prolijo. Rudolf Serkin en el concierto en La mayor alcanzó un grado de profunda inspiración poética y humana.

Naturalmente, la falta de madurez en Peter Serkin se hizo aún más notoria frente a una interpretación de tal calibre, pero aún así su versión del concierto en Re mayor fue hecho con frescura y un sorprendente concepto estilístico. Ambos intérpretes lograron más ajuste que diafinidad y encanto, en el concierto para dos pianos.

Alexander Schneider acompañó este programa Mozart con la calidad de un excelente músico profesional. También él se sintió más inspirado en el concierto en la-mayor.

JORGE REINER

● El Festival de Prades irá en nuestro nº 21 bajo la firma de J. Guiraud ●

Luciérnagas

«Ninguna virtud es perdonable —respondí, amablemente—. ¡Sólo son perdonables los pecados!... ¡Hágame el favor, caballero!: ¡Tome asiento!: ¡Está usted en su casa!»

«¡Oh, muy agradecido!» —expreso él, al tiempo de sentarse en la silla que yo mismo le había aproximado.

Luego me senté yo, frente a él, en el sofá. El gatito desperezó un bostezó placentero.

«A este catálogo que su gentileza me hará el honor de hojear, yo lo llamo «el Catálogo Irresistible» —dijo él, mostrándomelo—: Es sólo de grandes obras y...».

«No hay quien se resista a hacerle a usted algún pedido, ¡claro! —le interrumpí, correspondiendo, por fin, a su sonrisa—. ¡Guárdelo, por favor! Y no lo tome usted a desaire... Yo, ya casi no leo más que el Quijote...».

«¡Comprendo, señor!: ¡comprendo perfectamente! —aprobó él, con encendido entusiasmo—: Con «el Quijote» ocurre lo que con la novia, cuando el novio está ardientemente enamorado. Lejos de ella, o de él, el novio o el lector apasionado del gran libro de Cervantes, se aburre soberanamente.»

«En vista de eso —decidí conmovido—, tenga la bondad de anotarme tres «Quijotes»: Me urge hacer tres finos regalos.»

«¡Oh, muchas gracias! —expresó él, al tiempo de apuntar el pedido—: Tres «Qui-

jotes». ¡Anotados!... Por supuesto, señor: los tres «Quijotes» los recibirá usted en libros...»

«¡Hombre, claro! —le interrumpí con torpe y desafinada extrañeza—: ¡No esperaba recibirlos en figuritas de mazapán!»

«¡Perdone! —me rogó, riendo finamente—: Quise decir que tres «Quijotes», en persona, sería imposible que los hubiera en el mundo, porque no cabrían en la Tierra: ¡Ni en el Sol, caramba!»

«En vista de eso, anóteme seis «Quijotes» más. En ejemplares, ¡naturalmente!»

«¡Agradecidísimo! —contestó con gran alegría—. Anoto: Tres «Quijotes», más seis «Quijotes», son nueve «Quijotes»... ¡Ah, y le felicito con emoción y asombro!: Usted es un alto aristócrata. Su gran entusiasmo por el «Quijote» le da el más preciado pergamino de nobleza espiritual, que es la que vale.»

«Y yo le felicito a usted por buen vendedor de libros» —contesté.

«Gracias; pero yo no soy, verdaderamente, vendedor de libros, ni de nada —confesó el simpatiquísimo visitante—: Lo que yo soy es Doctor en Psicología; pero, a falta de cátedra, me dedico a estas cosas. ¡Perdóneme!»

Me puse de pie, con los brazos abiertos. Se levantó él, y nos abrazamos.

El gatito maulló un «¡miau! muy comprensivo.

Alfonso Vidal y Planas

IMPOSIBLE imaginar nada más bello que este prodigioso jardín saturado de silencio y bañado en una eterna claridad de amanecer. Cierra el lejano horizonte una sucesión de colinas maravillosamente teñidas de oro y de púrpura. Por todas partes macizos de flores, cipresales magníficos embozados en la solemnidad sacerdotal de sus frondas, sauces pensativos, arroyuelos serpenteantes que se alejan cuchicheando su canción de adioses. Estamos en el Paraíso. Todas las almas avecinadas allí visten de blanco y se expresan en español. Es el idioma oficial. Ordenes venidas de Madrid prohíben el catalán y el vasco.

Pacheco.—¿Cómo, usted entre nosotros? ¡Acabará usted de llegar!

Don Juan.—Llego en este instante.

P.—¡Ya! Porque su nombre no figura en la lista.

D. J.—¿Qué lista?

P.—Las de cuantos proceden del Purgatorio deben presentarse aquí antes de la hora meridiana. (Un silencio.) Perdóne usted. Creo no equivocarme. ¿Usted es don Juan Díaz Franela?

D. J.—El mismo, para servirle.

P.—Le reconocí apenas le vi entrar. Está usted igual que cuando andábamos por el mundo haciendo tonterías... ¿Se acuerda usted de mí? Soy Pacheco... Don Luis Pacheco, el padrino de Dorita.

D. J.—(Sorprendido.) ¡Ah, sí! Pero le encuentro a usted muy joven, porque ha-

Desde Buenos Aires

POST MORTEM

ce lo menos diez años que usted falleció.

P.—Once.

D. J.—El tiempo vuela.

P.—Aún no había cumplido los cuarenta. Como cadáver he sido un modelo de precocidad.

D. J.—¿Puede usted creer que la pasión que me inspiró su ahijada todavía me hace sufrir? (Suspirando.) Dorita era una de esas mujeres de las que no conseguimos olvidarnos ni aún después de muertos.

P.—Tenía un don de seducción irresistible.

D. J.—(Exaltándose.) Aquel cuerpo mimbreño, aquellos ojos, aquel espíritu incomprendido, eternamente insatisfecho...

P.—Es cierto. La pobrecita siempre necesitaba comprar algo. Cuando no eran unos zorros plateados era una pastilla de jabón.

D. J.—Sí, había nacido para favorecer el comercio. (Pausa.) ¿Qué ha sido de ella?

P.—Conseguí casarla con un norteamericano y es feliz.

Cogidos del brazo, Pacheco y Don Juan ambulaban lentamente bajo la sombra de los árboles. Un bienestar inefable, nunca

sentido, les invade.

D. J.—(Con curiosidad súbita.) ¿Qué hacen esos angelitos?

P.—Ya lo ve usted, regar. Las flores siempre tienen sed. ¿Y sabe usted con qué las riegan?

D. J.—Con agua, supongo.

P.—No, señor; con lágrimas de mujer.

D. J.—¿Qué me cuenta? ¿Y no se agotan?

P.—¡Jamás! Los amantes traidores, haciéndolas sufrir, evitan que el caudal se extinga. Luego le enseñaré los depósitos donde se recogen. Son inmensos. Sin embargo, a veces, rebosan.

D. J.—¿Y el llanto de los hombres?

P.—¿El nuestro? ¡Ja, ja, ja!... No me haga usted reír. El nuestro se guarda en unos barriles que generalmente están a medio llenar, cuando no vacíos.

D. J.—(Risueño.) No me sorprende. De mí sé decir que no he llorado nunca por ninguna de mis amadas, y he amado mucho.

P.—¿Qué mujeres le han interesado más?

D. J.—Las de mis amigos.

P.—También a mí. Es desolador. Salvo excepciones rarísimas a todos los hombres les ocurre igual.

D. J.—(Melancólico.) En mi vida sólo hubo una pasión, la que me inspiró su ahijada Dorita. Pero como usted se opuso terminantemente a nuestras relaciones...

P.—Me opuse porque sabía que usted no se casaba.

D. J.—Estoy cierto de que su intransigencia la hizo sufrir. Porque ella me amaba... ¡Oh, sí!... Me amaba. Recuerdo que la noche en que acudí a la «boite», donde yo la esperaba, me dijo: «Es la primera vez que hago esto».

P.—Dócil a mis consejos, a todos sus pretendientes, y no fueron pocos, les decía lo mismo: «Es la primera vez que hago esto».

D. J.—¡Y yo lo creí!... No cabe duda. Soy un asno.

P.—Cuando una mujer nos gusta la experiencia no nos sirve de nada.

D. J.—También recuerdo que esa «primera vez» iba vestida de blanco.

P.—Dorita era una ingenua y había que guiarla. Afortunadamente me obedecía en todo. El color blanco nos da una impresión de limpieza, de candor, de virginidad... y por eso yo le decía: «Siempre que pienses reunirme con tu último adorador, vístete de blanco.» Sí, Dorita fue una obra mía y mi experiencia la salvó de muchos peligros. Del de enamorarse de usted, por ejemplo.

D. J.—(Abatidísimo.) Acaba usted de asestarme una puñalada en el corazón. Me parece que voy a llorar.

P.—Para bien de todos apareció un norteamericano y pude casarla. A estas horas tienen dos niños que son para mí dos nietos. ¿Qué le parece? No comprendo que nadie hable mal de los yanquis.

D. J.—Amigo Pacheco: usted, que ya es un difunto antiguo, séame sincero. ¿Se sufre aquí, alguna vez, la pena de haberse muerto?

P.—No, nunca.

D. J.—(Suspirando aliviado.) ¡Menos mal!...

P.—Sí, de rato en rato, nos asalta una pena: la de haber vivido.

EDUARDO ZAMACOIS



LIBERTAL. Interpretación del artista Buldaín

Santiago Rusiñol

paisajista fáustico y primer transnochador

Los cofres fáusticos por excelencia son el azul y el verde. Colores de lejanía. Si en un paisaje vibran distantes el azul y el verde no es para marcar el confin fronterizo de ríos y sierras sino para borrarlo con suavidad, para diluirlo más bien, pero sosteniendo la distancia.

La campiña y el mar, el horizonte y el bosque, tienen habitualmente colores fáusticos, remotos como idealizadores opuestos al rojo escarapela, que es un color de mitín.

El azul y el verde en el paisaje entonan la distancia con más propiedad que esos vellones de nubes que se ven flotando a la deriva en el cielo de los cromos alemanes o formando manchas algodonadas en el pintura impresionista de principio de siglo. Spengler analizó con sus tías manos prusianas la química del azul y la química del verde como expresiones fáusticas, y les dió un destino huidizo tan fino que no se sabe a veces cuando se pierden de vista aquellos dos colores capaces de poner en compromiso grave a un pintor cargado de medallas.

Opuesto sentido de Rusiñol al verde y al azul de sus paisajes. En algunas ocasiones son estos paisajes convencionales, de receta; pero consigue en otras el pintor que sus azules y verdes vibren ante nuestra mirada sin necesidad de otearlos a distancia.

Son paisajes un poco húmedos. Tienen el verde más convencional de huerta, los cipreses menos secos, las paredes más recortadas de verde-tijera. Tienen un carácter de rincón, de retiro, de pequeño parque recién pasado por agua. Sus verdes y azules no entonan lejanías sino que nos aproximan con prontitud a la tela hasta advertir que está recién regada con aguarrás.

No busquéis en Rusiñol tonos rojizos, ni pajizos ni oces. Nunca os dará los ardientes colores de la estepa. Tampoco el verdeazul terroso y droguero del sulfato, ni los cambiantes de la llama, ni la puesta de sol disuelta en violeta vibrátil allá lejos, ni casi nunca las púrpuras otoñales que da el cierzo a las nubes, aunque sí pinta las que da el heliotropo. Rusiñol sabe pintar paisajes tristes de primavera y joviales de otoño. Siempre nos da el paisaje ensimismado próximo, solitario, cuadrangular y quieto.

El renacimiento, los prerrafaelistas, los flamencos, los primitivos y sus derivados en el cuatrocentismo de Cataluña y de Castilla, como los ingleses de la gran época, dan siempre el paisaje en segundo o tercer plano. Es paisaje visto a través de una ventana, al otro lado del zócalo o del puente. Forma una especie de contraste con la sequedad pétre de la bóveda. Sueño casi ajeno a la botánica, recuadro que ameniza el cuadro. Paisaje secundario, de acompañamiento. Desde el límite que los maestros fijan al plano inmediato, plano que contiene figuras y grupos como un escenario hasta el paisaje, hay una distancia muy difícil de salvar si no se coloca entre el escenario y el paisaje una cámara, una torre, un mirador, un claustro. Como en los tapices. Rusiñol nos acerca al paisaje empleando tonalidades fuertes y dándonos arbustos y macizos ya en primer plano como un escenógrafo que se ríe del dramaturgo, del director de escena, del apuntador y a veces hasta del público.

Los maestros españoles pintan paisajes maravillosos creyendo que son éstos esteparios y secundarios. Están obsesionados por la figura, que es lo verdaderamente secundario, estepario y mineral del cuadro. Goya parece no dar importancia al paisaje y sin embargo pinta paisajes que después de él no se pintaron con tanta gracia. El fondo de «La merienda» y el de «La siega» tienen tal estilo campestre que un contemplativo inteligente con presión arterial un poco subida sentiría alivio. Ni Virgilio ni Teócrito llegaron a dar al aire serrano una calidad tan portentosa, respirable y sana.

El Greco, medio cretense y medio toledano, es un maestro de colores dominantes aún hoy en cerámica toledana popular de cigarral, con sus severos azules, acres y verdes, cerámica del Tajo que pasa hondo. Por tierra talaverana como por tierra de Aranjuez, el Tajo pasa más asequible. Rusiñol era un apasionado de los jardines de Aranjuez, pequeño reflejo que los Felipes borbónicos trajeron de Francia. El verde Aranjuez es más húmedo que el de Toledo; y por lo que respeta a Talavera —tierra de cerámica, como Toledo, pero más industrializada— el húmedo verde plano que se vió en Aranjuez queda en Talavera reducido a uno de tantos colores como en Manises. Aranjuez es el verde húmedo. Toledo el verde tostado, Talavera el verde inseguro y variable entre grises. La cerámica segoviana de los Zuloagas es el amarillo casi quemado. La cerámica trianera es excesivamente exportable para monumentales chimeneas de rascacielos o de granjas californianas. La cerámica granadina se conserva ajena a la exportación porque es la más alegre del mundo en azules. Rusiñol no se inspiró en la cerámica catalana, que tiene un barroquismo admirable en la iglesia del Roser de Valls, sino que se inspiró en templetos románticos, arbustos en línea y albercas quietadas, dándonos aquellos valores no como escenarios secundarios sino como tela principal de las telas, como primer plano y como tonalidad.

El primer plano del paisaje lo esquiva con garbo Romero de Torres sirviéndose de las sombras tanto como de su buena sombra y no siguiendo siempre a Leonardo de Vinci porque hace a éste un poco cordobés, lo que es tan divertido como hacerse Romero de Torres un poco veneciano. Rusiñol se especializó en el paisaje inmediato y perspectivas de invernadero, empleando colores que los italianos llaman agradecidos y que en profusión de verdeacuática llegan a ser escandalosos.

Ahora, que el escandaloso está conseguido por Rusiñol valiéndose de su cachaza apacible y riente. El escándalo cede y apagando el furioso verde en la floración regada de un verde ciprés. Y las flores azules —en otro cuadro limitando un sendero que se pierde— nos reconcilian con Rusiñol. Hasta alivia un poco la sed aquella flora tan fresca, aquellas guirnaldas espesas y aquellos panoramas geométricos. Aunque parezcan a veces éstos de cementerio, nadie como Rusiñol supo dar alegría a los cipreses.

Los jardines del Generalife, únicos en el mundo por su disposición, verdadera matriz árabe de la jardinería romántica, tentaron también la paleta de Rusiñol, como la calma rigurosa de los jardines de Mallorca; pero ya sin el dominio del verde obsesionante, tan mojado por Rusiñol que a veces hace sentir el reuma latente que permanece adormecido en las articulaciones del que contempla una tela.

La jardinería española tiene tradición en las huertas árabes, no en el Le Nôtre versallesco. España no tenía jardines. Los que tuvo —construidos por judíos y árabes, no sólo por árabes como se cree, construidos también por españoles y por jardineros de toda procedencia y religión o sin religión, pero educados como huertanos en lucha contra la España ganadera y cerealista— fueron jardines chicos por lo exiguo de la tierra regable. El jardín español clásico es pequeño y tiene carácter señorial. En el siglo XIX y antes, en la última mitad del XVIII, los jardines españoles como la Alameda de Osuna cerca de Madrid, y la de Villahermosa en Pedrola de Aragón —digna ésta del pincel de Rusiñol por sus cipreses de belleza única—, se ensancharon buscando las proporciones del parque francés y de la cuidada pradera inglesa. El Romanticismo que trazó en Cataluña especialmente, Campos Eliseos municipales, volvió en general a reducir los jardines a límites caseros. De la misma manera la



carpintería mudéjar redujo la fronda barroca y espectacular a rosetones de madera en los paneles de las puertas lugareñas.

Rusiñol es el pintor de supervivencias jardineras árabes en el Generalife, francesas en Aranjuez, algo británicas en Mallorca, perdidas entre estilos en Cataluña, donde hay un Laberinto modélico del Romanticismo en Horta y unas roseteadas amaneradas de concurso en Pedralbes. En Montjuich hay babilónicos jardines colgantes con mal de piedra y allí tiene Rusiñol una estatua cautiva entre murallones.

Siempre tuvo tendencia Rusiñol al jardín rincón sin espacios amplios y sin contrastes entre masas verdes y suelo. Siempre se le ve aficionado al jardín chico intransitable para las muchedumbres. Su feo busto entre persianas y murallas entre unas cuantas flores de maceta es una irrisión.

El jardín de Rusiñol es propio a la intimidad y a la tertulia. Expresa con fidelidad la afición de trasnochador impenitente que había en Rusiñol.

Por buen gusto apartaba la zoología humana del paisaje. La figura hace secundario el paisaje y lo embadurna, lo mancha. El hombre es un ente molesto y pesado. Swift ya demostró la superioridad del caballo sobre el hombre. Generalmente hace éste un papel poco airoso comparado con un útil y esbelto pino, con un robusto roble o con un eucalipto que transpira generosamente en favor de su enemigo el hombre mientras éste suda, habla, gobierna, bebe y discurre para perjudicar a su semejante. Podría decirse que el hombre es todo lo contrario a un eucalipto.

Rusiñol apartó la enteca figura humana del paisaje. El cazador y el turista, ¿no son manchas en un claro paisaje como un estampido en una melodía? Los mismos pintores, ¿no deshacen muchas veces el paisaje en vez de hacerlo? Rusiñol era amigo de acercarse a los hombres a altas horas de la madrugada, que es cuando el hombre se pone más tonto, cuando se cree más importante y cuando para inspirar a un humorista dice más tonterías. Además es la hora única en que el español habla en voz baja, cansado de gritar durante el día como si le doliera el hígado o se dirigiera a sordos.

Vibrar ante un paisaje de Rusiñol a pesar de sus síntomas fáusticos es un poco difícil. Es un paisaje el de Rusiñol que carece de sol y de complicaciones. Se parece un paisaje a otro por sus melenas verdes. Un monumento de evónimus se parece a otro. Rusiñol no devora el paisaje sino que lo hace sentimental, muy poco apropiado para naturalezas dinámicas. Es un paisaje distinto del paisaje de Vayreda, que también tiene verdes detonantes, y del gris plateado de Martí Alsina. Parece un paisaje pintado para un contemplativo que esté en época de alivio de luto, no pintado para unos recién casados o unos afortunados de lotería. Sombras otoñales macizas, fuentes clásicas, arcos de flores, túneles de tierras, arboledas, césped algo crecido y

llorón. Si la primavera resulta antípoda es porque los colores de ésta son primerizos y sus verdes no están todavía chamuscados por el verano para darle un espaldarazo hosco, aunque riente. Lo fáustico y vibrátil no se ve suscitado por los paisajes de Rusiñol, sino que descansa en ellos bromeando.

Como coleccionista de hierros forjados en el Cau Ferrat, Rusiñol fué un artistazo. Anduvo en entrevistas diplomáticas para conseguir picaportes hechos a martillazos o hierros hogareños. El Museo especializado, que en España podía tener iniciación apropiada con la casa de Goya— apartándose a Goya del Museo del Prado, donde bostezan sus figuras en horrible promiscuación— fué comprendido por Rusiñol en principio al reunir hierros artísticos en Sitges, pero el propósito quedó excesivamente diluido entre materiales heterogéneos. El Cau Ferrat era el único Museo no provinciano de la península y quedó con montones de obras maestras pero no sólo de hierro, convertido en almoneda sin la tan necesaria especialización; quedó convertido en otro Museo provincial y con entrada de pago para más irrisión.

La forja tiene en España un valor poco conocido. Lo que podría reunirse en un Museo del Hierro no pueden ya reunirlos más que los trabajadores inteligentes, nunca el Estado ni un artista amigo del Estado como Rusiñol.

Siendo como era un hombre independiente y ganando como ganaba mucho más de lo que necesitaba para vivir; teniendo la posibilidad de vender sus obras con mercado siempre abierto, ¿qué necesidad tenía de recibir al rey, de ser un figurón oficial de Madrid ni de Cataluña?

¿Por qué Rusiñol no era libre por entero si libre por entero tenía derecho a ser y posibilidad de ser? Cuando « La lletja », caricatura desdichada de Luisa Michel, hubo una protesta popular en el teatro iniciada por Joanonus y la obra quedó en el foso. Debieron quedar otras obras. Rusiñol tiene un teatro insípido.

En las comedias de Rusiñol la insipidez irónica insistente en las caricaturas hasta dislocarlas, se baraja con el sentimentalismo, pero sin la brevedad salvadora de Courteline ni de Tristán Bernard. La actitud de Rusiñol es la actitud del hombre que puede tener lo que quiere y que a la vejez vivió a régimen, lo cual quiere decir que teniendo lo que quería, vivía con insistencia. Su ironía era también insistente. La ironía es sal para un plato no plato.

Si podía ironizar a su talante y el dramaturgo ironizaba con encarnizamiento, ¿no tendremos derecho a adjudicar a Rusiñol un superávit voluntario de distintas actividades voluntarias orientadas hacia la hipertrofia? El «Mistic» es un intento mesiánico y arrebatado, sin nivel, un triste deseo de individualizar el fanatismo deísta de los catalanes, siempre a punto de crear dioses aunque sólo sea por el gusto de crucificarlos y dejando a deber el entierro, que es el caso de Maciá.

El ingenio de Rusiñol es estridente y a veces evidente. «El bon policia» es un pequeño tratado ingenioso, compensación de las tremendas obras de Guimerá, siempre cargadas de fulgores y de muertos como un juzgado de guardia.

Escribió demasiado. Vivió en una época indecisa y algo lúgubre. Se burló de los Juegos Florales de Canprosa, que eran en su época unas fiestas organizadas en serio por gentes mucho más humorísticas que Rusiñol.

Circulan muchas anécdotas de Rusiñol. La más ingeniosa tiene que ver con la ocurrencia de un patriota circulante y campante que quiso dar lección de españolismo a Santiago Rusiñol y gritó ante éste:

—Ustedes, los catalanes, son particularistas, partidarios de pequeñas fronteras. ¡Viva España!

—Tiene razón, pero también me resulta usted particularista — replicó Santiago.

Y el patriota gritó para achicar a Rusiñol:

—¡Viva España!

—¡Viva Europa! — gritó Rusiñol.

Y encendió la pipa sin creer en nada más que en el humo.

● Del III tomo de las Obras de Alaiç en preparación ●

España como avanzada

por Víctor GARCÍA

VISTA la actual situación de la Península Ibérica, osar a plantear semejante tema es sentar candidatura de visionario o loco. Una Europa, la occidental en particular modo, despuntando a través de su Mercado Común como una verdadera tercera potencia frente a los dos mastodontes de Occidente y Oriente, es objetivo desmesurado para una España que vive actualmente bajo un régimen digno del medievo y mal podrían prestarse los países de Indoamérica para atribuirle a Madrid una embajada tendiente a representarlos a todos.

Empero, y porque existe una España peregrina, genuinamente progresista y que está deseando fervientemente dejar el deambular para volcar sus esfuerzos sobre aquella piel de toro curtida, es por lo que hay que atreverse a mirar alto y lejos para trazar senderos que no sólo incorporen a España en el curso de una civilización, sino para ambicionar, inclusive, el que sea portadora de un mensaje que América, la hispana, aún no ha tenido ocasión de ofrecer a Europa y a los propios Estados Unidos.

Aquella imagen unamuniana: «América está cansada de recibir, también quiere dar», tiene que empezar a cuajar en las mentes progresistas de Indoamérica, y la España irredenta y peregrina que en América se halla, debe plantearse seriamente la necesidad de abrazar una misión de heraldo que, tomando a una España libre y ya incorporada en la marcha progresiva de Europa como cabeza de puente, se proyecte sobre esta misma Europa para dar a conocer el pensamiento de lo que Vasconcelos ha calificado como «raza cósmica».

Porque España ha sido una mala «colonizadora». Porque fue incapaz, el español —y el portugués igual—, de levantar el valladar de la discriminación entre iberos y aborígenes. Porque su miscibilidad convertía al español en un ente más incorporado al clima, las costumbres, la vida y la familia aborígena de las nuevas tierras de América y no en «colonialista» racista, guardador de estrictas distancias, como la mayoría de aquellos países europeos que fundaron sus imperios en América, Asia, África y Oceanía. Porque debido a ello, junto con todos los defectos de época y de idiosincracia, el español llevará también en sus alforjas atributos positivos que arraigaron en el americano y, amalgamados con los suyos propios, crearán otros. Porque España es la única nación a quien sus ex colonias continúan llamando «madre patria». Porque España no destruyó, a pesar de la rudeza y hasta crueldad de los conquistadores, el acervo cultural del americano precolombiano, ni exterminó como los anglo-sajones en el Norte al genuino habitante del Nuevo Mundo. Por todo ello, la España peregrina puede esperar en el afianzamiento de los nexos hispano-americanos y hasta salir airosa del juicio que Domingo Faustino Sarmiento quería levantarle, y puede, en secuencia, vislumbrar una irradiación de América hacia Europa a través del prisma peninsular.

Indoamérica no ha dado su mensaje aún y una España, libre del franquismo, debe ayudarla, comprenderla, animarla a ello, al tiempo que se obligue a los orgu-

llosos, a los despreciativos, a los racistas, todos ellos por ignorancia y prejuicio antirrevolucionario, a darse cuenta de lo mucho que América puede dar y enseñar en este mundo presa de pánico y esclavo de una técnica amoral que lo subyuga cada vez más.

Es la necesidad de sacar las telarañas de las mentes perjudiciadas que creen en la inferioridad racial, una condición primera en esta tarea de aproximación. Concepto equivocado al que ayudaron a fortalecerlo el abate De Pauw y sus continuadores y cuando no, la ausencia de conocimientos sobre el particular: «Hay una leyenda más negra que la otra —dice el historiador mexicano Carlos Pereyra en su «La obra de España en América»—, y es la indocumentación de los que sin propósito de difamar, infaman.»

Es necesario también el consolidar un frente común de americanos e ibéricos que pueda hacer frente a otras leyendas negras las cuales, hallándonos divididos, se ensañan mejor contra unos y contra otros.

La mácula de la inferioridad no se limita al americano. El español también ha estado por debajo de las circunstancias y esta posición no ha sido adoptada solamente por los que nacieron en la parte norte de los Pirineos y en la parte norte de Río Grande. Sarmiento había públicamente lamentado el que la América hispana no hubiera sido conquistada por los anglo-sajones y Francisco Bilbao iba aún más lejos en sus improprios y su sorna no se limitaba a hablar de los «Estados Unidos del Norte y los Estados Desunidos del Sur».

Bueno es el recordar que otros historiadores no españoles supieron hacer justicia de una empresa tan desmesurada, para una España desangrada en economía y hombres por la guerra contra los moros en España y contra los otomanos en el Mediterráneo: «La exploración de las Américas por los españoles es la más grande, la más larga y la más maravillosa serie de valientes proezas que registra la Historia», dice Carlos Fletcher Lummis.

Bueno es que se diga que «echaron los españoles románticamente sobre hombros el imposible empeño de levantar una raza entera de miles de tribus bárbaras al pensar y sentir civil y religioso de la tradicional e intolerante Castilla», como lo señala el argentino Carlos Navarro Lamarca en su «Compendio de la Historia General de América», y bueno es que añada: «Si comparamos ahora estos resultados con los obtenidos por las demás naciones europeas de la época, nos veremos obligados a reconocer que la obra de los castellanos en el primer siglo de su dominación de América es de las más extraordinarias que la Historia registra en sus páginas.»

Bueno sería, también, tener presente lo que Quintana dijera al achacar los males que «crimen fueron del tiempo y no de España».

Todo ello para remontar un espíritu al que se trata de acosar por todas partes al extremo que hasta el descubrimiento se

le quiere discutir a España y ello debido a la presencia de una fe de bautismo genovesa perteneciente a un traficante de vinos de Porta Romana.

Sin discutir el mérito del Gran Almirante e independientemente de su verdadero origen que tan de cabeza trae a cuantos hurgan en su biografía, el mayor hincapié que cabe efectuar es el de sentar como decisiva la intervención popular en la empresa y ello desde los Pinzones hasta el último grumete de las tres carabelas. La leyenda oficial, falseando verdades, coloca a los Reyes Isabel y Fernando, especialmente la primera con el empeño de sus joyas, como factores determinantes en el éxito de la empresa, olvidando que no pudo haber empeño de lo que ya estaba empeñado y que el único aporte financiero, aparte el de los Pinzones, fue el de los Cristianos Nuevos a través de Santángel: Un millón de maravedises al uno y un cuarto por ciento de interés.

Desde el segundo viaje de Colón que dura casi tres años (desde el 25 de septiembre de 1493 al 11 de junio de 1496), América empezará a adquirir un elenco considerable de flora y fauna europea y en esta tarea continuarían los Pedro de Mendoza, Antonio de Berrio, Nuflo de Chávez, los hermanos Goes, los propios jesuitas, y una nómina que se haría interminable. Los españoles se desparramaban por todas las coordenadas geográficas americanas dejando lo bueno y lo malo de la época, repitámoslo, y no tan sólo del español. Carlos Pereyra añadirá que «se habían internado en todas las tierras a donde alcanzaban las naves de su patria. Se les encontraba perdidos entre los salvajes de la Luisiana o de la Patagonia, entre los semibárbaros del Yucatán y entre las tribus del Meta. Levantaban cruces en las islas polinésicas. Navegaban de Sur a Norte por el océano Pacífico y se entregaban a las corrientes que los llevaban desde el cabo Deseado hasta Tehuantepec. Antes de que levantara alguna de las ciudades que fundaron Cortés, Pizarro, Alvarado, Ayolas, Valdivia, Legazpi y Garay, la huella de los españoles había quedado grabada en veinte países tan distantes unos de otros como Francia de Rusia».

Al lado de todo este cargamento material que permitiera, con el tiempo, desplazar lideratos de producción como el de la caña de azúcar o la reproducción equina, llegaba también la espiritualidad y la característica educacional y moral del español que, debe insistirse en la redundancia porque es un distintivo frente a las otras culturas «colonizadoras», no era coto cerrado del español sino que tendía a la difusión hacia las capas aborígenes en las que el hispano-lusitano solía incorporarse.

A la escuela de Pedro de Gante, llegado a México en 1523, acudían un millar de alumnos. El virrey Antonio de Mendoza fundó el colegio San Juan de Letrán para mestizos nacidos de uniones ocasionales. Ya en 1551 se ordena la creación de las universidades de Lima y México. En 1537 se imprimía el primer libro de América. En 1728 México ya publicaba su primer periódico, «La Gaceta de Noticias».

No mandó España al Nuevo Mundo élités del saber y de la ciencia que poco

Europea en el Nuevo Mundo

abundaban en España. Añádese inclusive que uno de los objetivos más codiciados del español, cuando emprendía su aventura transoceánica, era el de acumular una riqueza lo antes posible que le permitiera regresar sin calzón remendado y poder encandilar a familiares y vecinos. Sin embargo, y debido al universalismo del español de antaño, la epopeya de América originó la presencia de verdaderos historiadores como no los tuvieron otros países en la época. Con el espíritu y la cultura se produce el mismo fenómeno que con la fauna y la flora que España desparrama en el Nuevo Mundo. La inmensa mayoría de plantas y animales, por no decir todos, arraigan y se desarrollan en tierras americanas con mayor facilidad y más lozania si cabe, que en Europa. De igual manera la imaginación del soldado-escritor, del aventurero-poeta, coge vuelos inauditos en un continente que le sorprende por su inmensidad y en el que los ríos son cien veces mayores que los españoles, las montañas dos veces más altas, los árboles mucho más desarrollados y frondosos.

Ya sabemos que el diario de bitácora de Colón es un endecho de literatura que puede figurar en tratados de antología, pero, ¿acaso las «Cartas de Relación», de Hernán Cortés, no son ejemplo del buen escribir también? El valor de «Náufragos», de Cabeza de Vaca, completado por los «Comentarios» de su escribano Pedro Hernández; las cartas de Núñez de Balboa a Fernando; de Valdivia a Carlos V. Las narraciones de Andogoya, Cristóbal de Mena, Sancho de la Hoz, Miguel de Estete; las de Carvajal, que fuera un **argonauta** de la selva, según expresión querida de Leopoldo Benítez, junto con Orellana; las del compañero de Lope de Aguirre, primer independentista de América, Francisco Vázquez, narraciones todas ellas de índole local, pero que sin las cuales no se podría confeccionar la narrativa de todo el Continente. Siguen las historias más completas debidas a las plumas de Bernal Díaz del Castillo, de Bartolomé de las Casas, de Cieza de León, de Gonzalo Fernández de Oviedo, de Pedro de Aguado, de Castellanos y, bajo el punto de vista poético, algo insólito y asombroso: «La Araucana», obra que Ercilla escribirá entre farrago y farrago de pelea contra la más indómita de las colectividades aborígenes del Nuevo Mundo: los Araucanos. El valor de «La Araucana» comprende, además de su rima, el hecho de sentar un precedente como dirá Valbuena y Prat en su «Historia de la Literatura Castellana». Ella permite: «la incorporación de los temas de Indias a la poesía, a la vez que si primer patrón regular de la epopeya clásica de la España del Renacimiento». Alonso de Ercilla sufre el impacto eclosionador de América y, al igual que aquellas semillas que se prodigaron más y mejor que en el propio suelo ibérico, la fibra sensitiva de Ercilla también encuentra en América el clima ideal para abrirse y florecer. De Ercilla añadirá Valbuena y Prat: «Si el tono de las batallas corresponde a la gallardía del soldado, no falta en Ercilla el estilo sentencioso del lector de Séneca, que en muchas ocasiones, especialmente al principio de varios cantos, enuncia una máxi-



ma o un consejo. Corresponde este tono apotegmático al espíritu reflexivo de la época, aunque muchos de los aforismos no pasan de lugares comunes, alguno es sugestivo, como este: «El miedo es natural en el prudente, y el saberlo vencer es ser valiente», que obedece al mismo sentido pesimista del valor que teorizará Schopenhauer en el siglo XIX y que coincide con algunos pensamientos de Calderón.

Por fenómeno de ósmosis iba penetrando en el criollo y el aborígen la hispanidad en lo que ella tiene de contenido telúrico y espiritual. Empezando por Garcilaso de la Vega como prototipo de esta clase de figuras que cristalizan una nueva raza, América empieza a desmontar como recipiente de lo español sin conformarse, por ello, a no provocar cambios y retos que al acervo peninsular que se le confía. El artesano aborígen, que nunca había conocido el hierro y que, sin embargo, lograra verdaderas obras de arte en la plástica escultórica, llegará a igualar y hasta aventajar al peninsular una vez haya entrado en contacto con ese metal. Los descendientes de aquellos mayas que nos legaran los frescos de Bonampak también asimilarán la técnica proto-renacimiento y renacimiento de la pintura española.

Cuando muchos años después la aureola de la cultura francesa hace irrupción en América y una campaña gala muy bien llevada consigue lenta, pero con paso seguro, afianzar el vocablo latino-americano que va desplazando el de hispano-americano y el de ibero-americano, ello obedece, su éxito, a este mismo sentimiento español, ya arraigado fuertemente en América de autocrítica minimizadora que ya Bartrina describiera en sus versos:

«... si habla mal de España
es español.»

Sin embargo, siempre han aparecido como exóticas y desplazadas de una cultura genuinamente americana, aquellas figuras que, como García Moreno en el Ecuador y Guzmán Blanco en Venezuela, se empeñaron en «afrancesar» América. El terreno estaba tomado y se había sembrado en él. Buena o mala, la semilla ibérica ya no permitía que otra simiente se ubicara en el surco. Se ubicó, esto sí, el vocablo latinoamérica, pero sin cambiar para nada la característica y la idiosincracia del iberoamericano.

América era definitivamente el receptáculo de la hispanidad.

El Nuevo Mundo se había incorporado a lo que se quiere llamar la civilización occidental y España había realizado la tarea falta de preparación, de finanzas, de hombres, de todo. Debido a ello la península pagó un elevado tributo que acabó con el equilibrio demográfico espa-

ñol, la laboriosidad en el suelo peninsular, la fuga hacia otros países de Europa de su dinero y hasta el abandono masivo del hogar paterno. Por ello dirá el padre Cabera, en su «Crisis Política» «... no tuvieron las ciudades y las villas de Castilla la quiebra que padecen en su población, si hubieran estado más cerrados los pasos y caminos de Flandes, Milán, Sicilia, Nápoles y las Indias.»

Carlos II recibió un Memorial en el que se decía: «Porque faltando con la ocupación el sustento a la multitud que en las artes se empleaba, cada uno siguió distinto rumbo, muchos se fueron a Indias, implicando con ello la despoblación.

«Análoga a la fuga con ocasión de las guerras —también dirá Comeiro en su «Historia de la Economía Política en España»— es la emigración de las gentes a las Indias, atraídas por el cebo de los descubrimientos y conquistas...»

Demográficamente España se empequeñecía a ojos vistas. Y si no bastara el atractivo del Potosí americano, allí quedaba, en España, el fanatismo religioso de los reyes cristianos que expulsan a los judíos y más tarde a los moriscos de la Península. Toledo, que tenía 80.000 habitantes en su época de irradiación cultural, pasó a 2.456 en la época de Felipe V. Aquella Sevilla del siglo XVI que tenía a 30.000 artesanos y trabajadores de la seda pasó a no ocupar, después de la huida hacia América, a unos 10.000 solamente.

En números redondos se estima que España contaba con 10 millones de habitantes en 1492. En 1713, cuando el Tratado de Utrecht, su población se estima en 4.500.000 solamente.

Ya en 1619, el Consejo de Castilla le indica a Felipe III que «la despoblación y falta de gente es la mayor que se ha visto ni oído desde que vuestros progenitores empezaron a reinar, de suerte que se va acabando y arruinando la corona».

Hubo, tanto para España como para América, otro aspecto tan trascendental o más que el demográfico, y fue la ingerencia extranjera encabezada por Carlos V y jalonada por los Fuffer y Welser en América, los cuales, con el prejuicio racial característico sajón, fueron creadores de verdaderos problemas en el Nuevo Mundo.

En España, por otra parte, la pululación de tanto cortesano extranjero alrededor del rey foráneo, soliviantaba a su vez a un pueblo que estaba acostumbrado a fueros de indiscutible soberanía popular en los que se le decía al rey que «Nos, valemus tanto como vos, y todos juntos más que vos».

Para los españoles, «dueños» de la mitad de la tierra por el trazado de Tordesillas, campeones de la causa del cristianismo por las derrotas infligidas a moros y otomanos y la expulsión de judíos y moriscos, la presencia de un rey extranjero tenía que acarrear consecuencias desastrosas. Carlos V, a su vez, desconoce la idiosincracia y el orgullo del peninsular e incurre en medidas tan contraproducentes como las de nombrar, como gran canciller de Castilla y arzobispo de Toledo a dos miembros de su corte flamenca.



Las relaciones personales

por Max

● II y último ●

LAS revoluciones populares europeas de febrero y marzo de 1848 quedaron paralizadas la noche misma de su primer impulso por los nuevos gobernantes y después del mes de mayo, cuando Blanqui y Luis Blanc fueron eliminados, no hallaron más que cárcel y destierro, derrotas sangrientas y asesinatos. Entraron en escena los dictadores nuevos, los Bonaparte y los jefes militares de la represión refinada, los Cavaignac y los Windischgraetz. El parlamentarismo que se les opuso fue impotente y quedó suprimido militarmente. Con la vida política pública que por espacio de unos meses puede manifestarse brillantemente disuelta en retórica que se evapora, junto a la fe ingenua en las nuevas vías parlamentarias que se abren, la demagogia y los recursos de la contrarrevolución, las conspiraciones no pueden prosperar ni las organizaciones abiertas pueden avanzar, acabando la reacción por suscitar incidentes como en París en las jornadas de junio, en Viena en octubre, en Dresde y en otras ciudades de Alemania en mayo de 1849, como Hungría después del verano de 1848, produciéndose movimientos insurreccionales de gran envergadura e intensidad, aunque tan precipitados, improvisados y no coordinados que las fuerzas militares los aplastan sistemáticamente, ayudándose mutuamente los Estados y concertándose los ejércitos de Prusia y Rusia en Alemania y Hungría, y los de Austria y Francia en Italia (Milán, Roma, Venecia).

Bakunin y Marx fueron igualmente activos desde el principio al fin de los años 1848 y 1849, siendo cortada rotundamente la actividad de ambos en el mismo mes de mayo de 1849, cuando Bakunin quedó preso y fuera de toda lucha hasta fin de 1861, en que salió de presidio yendo a Londres. Respecto a Marx, abandonó Alemania para vivir como emigrado en París y en Londres por el resto de sus días. Sin tener en cuenta las cuestiones nacionales que les dividían, su oposición en cuanto a tácticas era irreductible. Bakunin, que debió sentirse impresionado por Blanqui, era el hombre de la revolución viva, manifestándose por nuevas acciones expansivas preparadas en lo posible como conspiraciones, aunque apelando al pueblo en sí mismo, a obreros y campesinos. En resumen: la revolución no le asustaba, como tampoco los movimientos insurreccionales; deseaba aquella y éstos; quería quemar las naves, evitar el salto atrás, crear el hecho revolucionario, trastornar en tal proporción el orden establecido que fuera imposible volver a lo caduco. Este era el pensamiento que le

dominaba. A pesar de la extensión de sus relaciones, era un solitario. Sus planes no tenían un principio de realización. Pero no se aislaba y supo apoyar los esfuerzos briosos aunque estuvieran alejados de los suyos, entregándose por entero a la insurrección que estalló en Dresde.

En cuanto a Marx, que figuraba entonces a la cabeza de la sociedad secreta de los comunistas alemanes y acababa de lanzar el **Manifiesto del Partido Comunista** (unas semanas antes de la revolución de febrero), se convirtió en director del famoso diario de Colonia, **Nueva Gaceta Renana**, con poderes plenos para escribir con libertad. Era una época de relativa independencia periodística, pues de incoarse procesos, se resolvían con abolición de los encartados. Se entregó a la tarea cotidiana, si no él, su **alter ego** Engels o los otros íntimos. No puedo examinar otra vez la colección de la **Nueva Gaceta Renana**, pero conservo el recuerdo de que guarda la viva impresión de lo que sabemos del carácter de Marx y es, a la vez, el modelo, no superado después, de toda la prensa marxista.

Se dio cuenta Marx de que el socialismo de 1848 no tenía posibilidades de éxito si trataba de manifestarse como un movimiento insurreccional, y tuvo siempre una opinión mezquina acerca de las masas en revuelta semi-inconsciente. Creía que el pueblo no es capaz de hacer una revolución social espontánea y no veía en el pueblo elementos capaces para ejercer una dictadura revolucionaria sobre el pueblo. Según su opinión, la dictadura no podía ser más que su obra, pero comprendía que no era un revolucionario y que nada podría hacer fuera de una organización en la que por su talento acabaría siendo la primera figura (como en la asociación de comunistas alemanes y en el Consejo General de la Internacional), hasta que para los asociados de éste y aquella se convirtió en hombre insoponible. Puesto que nada hacía él, nada harían los otros, o si algo intentaban, tendrían que soportar su crítica. Así, pues, previó el medio de actuar estimulando a los socialistas para que se dedicaran a animar a los partidos más avanzados.

Esto fue lo que hizo el diario de Colonia con celo; pero el estímulo era para Marx castigar, vapulear con la más feroz de las críticas. Se dedicó esta crítica vehemente a los conservadores, a los liberales mansos y charlatanes, pero también a los demócratas más avanzados, que no quedaron convencidos y captados, pues creían que de ceder caerían bajo el yugo de Marx. Fueron lectores asiduos del diario los temperamentos malignos que gustan de ver cómo son arrastrados por el fango o ridiculizados los adversarios; pero lo cierto es que con tales procedimientos no se hace un partido de acción. Stefan Born y otros quisieron crear una nutrida organización obrera prescindiendo de Marx. En mayo de 1849 fue Born uno de los militantes más expuestos en Dresde, como Bakunin. Lasalle y otros hicieron lo posible en favor de una sublevación del pueblo renano. Engels se expuso también en su ciudad nativa y en la campaña insurreccional del Palatinado en el

ducado de Baden. No podía oponerse Marx a todos estos esfuerzos, pero, por su parte, a última hora no hizo nada. No podía vivir en lugares de reacción victoriosa porque ésta se hubiera vengado en él, y por ello va Engels a batirse al Sur, donde la insurrección resistía aún, mientras Marx se deja vagamente nombrar delegado de París y abandona con tal motivo su propio país. No podía ocurrir más que lo que ocurrió. Engels era un hombre de carne y hueso, por lo que se apresuraba a ir a pelear; Marx, a quien los humanos interesaron siempre tan poco, iba a explorar las causas económicas de los acontecimientos. Punto es éste de indudable importancia, cierto, pero que no encierra la solución total de los misterios de la vida. Puesto que según él las acciones humanas están determinadas por la economía, parece lógico que debió dejar en paz a los hombres, ser indulgente con ellos, con sus defectos y debilidades. Lo que hizo fue lo contrario: fue grosero y maldiciente para el adversario, incluso para el supuesto amigo. Y he aquí que cruzó por el año 1848, que fue llamado **la primavera de los pueblos**, como cruza el campo un fiero jabalí aplastando lo que pisa en su camino. Su diario no podía dejar de insultar groseramente a Bakunin, quien, por su parte, supo hacerse dar satisfacción.

Por entonces, desde 1849 a 1864 o poco antes, si Bakunin queda eliminado por ausencia forzada hasta 1861 y es absorbido por las cuestiones eslavas en 1862-63, puede decirse que los socialistas y los trabajadores organizados de todas las tendencias — exceptuando unos pocos como Proudhon, Pisacane, Dejacque, etc.—, no consiguen renovar las agitaciones y la fundación de la Internacional siguió de 1862 a 1864 el camino de Londres a París sin participación alguna de Marx, invitado como tantos otros a asistir a la sesión constitutiva y aplaudido como muchos otros miembros del Consejo central provisional. Bakunin permaneció en Italia e hizo un viaje a Suecia, pasando por Londres algunas semanas después de esta reunión. Había fundado su propia asociación privada o secreta en Italia en la primera mitad de 1864, lo que era ignorado por todos menos por los que se entendían con él para ser miembros de la misma. Marx creyó poder servirse de Bakunin en Italia contra Mazzini, que hubiera querido tener influencia en la Internacional sirviéndose de miembros de ésta adictos a él. Tanto Marx como Bakunin eran, con perfecto derecho, adversarios del antisocialista y deísta Mazzini, combatiente de siempre contra el socialismo y el libre-pensamiento. Ahora bien: a Bakunin no le convenía manipular a los hombres para que pasaran desde el mazzinismo al marxismo, de Scila a Caribdis, y sin dejar de interesarse por la Internacional, no se avino a secundar los propósitos de Marx. No habló a éste de su sociedad secreta, por saber que Marx estaba adscrito al concepto autoritario del socialismo y además que era todavía cabeza visible de la asociación comunista alemana secreta como en 1848, lo que ya no era cierto.

En el Consejo de Londres, aparte de algunos alemanes, antiguos socios de la

entre C. Marx y M. Bakunin

agrupación secreta, no tenía Marx adherentes directos; pero supo atraerse la simpatía de algunos tradeunionistas y demócratas sociales ingleses, como también la de algunos socialistas franceses y suizos, emprendiendo discretas luchas al principio contra los proudhonianos de París, socialistas revolucionarios y socialistas republicanos franceses, además de oponerse a los socialistas ingleses que tenían la tendencia de Robert Owen y Bronterre O'Brien. Quería nivelar las opiniones al rasante de la opinión propia expresada en términos moderados en todo lo que escribía para el Consejo en nombre de la asociación, preconizando un socialismo generalizado y bien formulado, como el que tenían en la mente los miembros que conocían imperfectamente su sistema; pero según él y Engels, proposiciones que implicaban claramente la formación de partidos obreros políticos con actividad electoral para conquistar el poder político. En pocas palabras, el marxismo de la socialdemocracia alemana.

En Inglaterra hizo lo posible Marx por impedir que la Internacional tuviera vida propia. Contaba ésta con miembros individuales y vagas adhesiones en bloque de **Tradeunions**. Razonaba Marx para su conveniencia que en la forma en que estaban las cosas convenía continuarlas con objeto de que los razonamientos competentes que se hicieran en una sección fueran conocidos del gran público, el cual se enteraría únicamente de lo que emanara del Consejo general en documentos redactados casi siempre por él mismo... Y aquí es donde las dolencias de Marx, sus terribles carbunclos y forúnculos, tienen su papel en el Consejo general de la Internacional. Sufrió Marx con sus dolencias y no podía asistir a las sesiones. El Consejo, en ausencia de Marx, tomó acuerdos independientes, más humanos y menos ásperos de lo que convenía al propio Marx, quien se sintió ofendido por ello. Cuando volvió al Consejo tuvo mucha tarea en puerta insultando a los camaradas por su pereza y haciendo revisar los acuerdos poco severos tomados mientras él había estado ausente. El desdichado Consejo de la Internacional se veía en pésima situación cuando a consecuencia de un irritado furúnculo de Marx, éste no podía sentarse sin tremendos dolores. Permanecía de pie por temor a sentarse y peroraba mientras duraba la sesión contra las estupideces de los miembros del Consejo. Se sabe todo esto por la correspondencia de Marx. El ambiente, tan favorable al principio de éste, fue siéndole hostil de año en año.

Para los socialistas independientes del continente este Consejo suponía poco. Para ellos los Congresos anuales eran ocasiones únicas de discusión de carácter internacional. En ellos se encontraban franceses, belgas y sobre todo suizos que trataban de ponerse de acuerdo sobre una base de socialismo libertario, tan enemigo del Estado y de la autoridad como del capital y el salario. En aquellas reuniones anuales se tiene por cada año menos noticia de las proposiciones y recomendaciones del Consejo general, cuidadosamente redactadas por Marx. Esta independencia culminó en el importante Congreso de Basilea (septiembre de 1869), al

que asistió Bakunin y también Rafael Farga Pellicer y Gaspar Sentiñón, éstos dos últimos por España. Después de este Congreso se agrió la ofensiva de ataques contra Bakunin, quien tiene los más vivos deseos de replicar, pero no sabe cómo hacerlo.

En la indecisión, Bakunin no publica nada hasta el mes de 1872, cuando en carta al **Boletín** jurasiano se negó con desprecio a hablar del libelo escandaloso sobre **Prétendus scissions** en la Internacional redactado por Engels con las firmas de todos los miembros del Consejo general que no sabían casi nada de nada. Pero desde 1869 (otoño) a mayo de 1872 existen esquemas y esbozos abundantes de manuscritos que entonces quedaron inéditos, cartas, etc. Todos estos documentos nos demuestran que Bakunin estaba impaciente por entrar en la lucha de los principios que se debatían en la Internacional, el principio de la autoridad y el de la libertad, además de desear un diálogo personal y directo con Marx. Dudó siempre sobre esto porque a pesar de todo no quería socavar el prestigio de Marx, de quien juzgaba que era útil, en grandes líneas, la labor que hacía contra el capitalismo, en favor del socialismo y de la Internacional. He aquí una delicadeza y una consideración incomprensibles en Marx. Cuanto más valor tenía un socialista, con más violencia se veía atacado y destruido — en opinión de Marx — por éste. Recuérdese la virulencia con que atacó a Proudhon, Stirner, Feuerbach, Bakunin y otros. Si se me objeta que Marx no atacó a Lasalle, a quien detestaba también profundamente — como se ve en la correspondencia de Marx con Engels —, puedo contestar que Marx sabía por experiencia que Lasalle contaba con todo lo que requiere una buena defensa. Una parte de su correspondencia lo atestigüa. En vano se buscará un rasgo generoso en Marx. No dudó éste incluso en sacrificar la Internacional en 1872, considerándola caduca y sin objeto desde el momento en que no estaba enteramente a sus órdenes.

Es muy lamentable que no siguiera Bakunin el consejo de Herzen en 1869 cuando éste le indicó que combatiera directamente a Marx en vez de emprender la ofensiva contra una figura secundaria de entonces, como era la de Hess, que había atacado a Miguel Bakunin. Pero los manuscritos y cartas de éste con el libro ruso de 1873 contienen aproximadamente todo lo que hubiera podido decir. Marx, por su parte, ha escrito trabajos al respecto y anotaciones como las mencionadas, una carta de su puño y letra, contándose con toda esta documentación además de contarse con sus actos (especialmente su actitud ante la Comisión del Congreso de La Haya) para suponer que su comportamiento en la pelea se hubiera calificado por un aumento de volumen en los sofismas y por un envilecimiento personal difícil de sobrepasar en incuria y en malignidad.

Por lo que podemos comprender leyendo lo publicado o discutido en la correspondencia conservada de Marx, Engels, Lafargue y otros sobre Bakunin, advertimos que todos aquellos estaban deficientemente informados o pésimamente ente-

Nettlau



rados de lo que era la personalidad de Bakunin. No siempre tuvieron ellos la culpa de esta deficiencia puesto que lo que pasaba en el verdadero ambiente íntimo de Bakunin, aunque éste haya dejado huellas escritas y nos sea conocido por recuerdos directos, no se divulgaba precisamente para llegar a los oídos de los adversarios. Lafargue removió el cielo y la tierra en 1872 en España y no pudo obtener más que una carta de Bakunin a Francisco Mora, cedida por éste a Lafargue después de meses y meses de solicitarla. Y conociendo que eran inexactas, parvas y equívocas las informaciones de Marx, Engels y Lafargue — éste, según su costumbre, con «el orgullo comunista de la infalibilidad», que dijo Marx — pretendieron montar una construcción de contraverdades y contrasentidos tenida aún por historia auténtica redactada por ellos mismos, sin que los autores marxistas ortodoxos se atrevan a declarar lo que es: un tejido de falsedades, absurdos y malquerencias.

No voy a insistir en detalles sobre la ofensiva de Marx contra la honorabilidad de Bakunin al producirse aquel ante la Comisión mencionada de La Haya el documento ruso de Netchaev, si bien, por una carta de texto conocido hoy, había sido prevenido Marx directamente sobre el documento, de valor dudoso. Los historiadores marxistas no han publicado este documento, que he visto alguna vez. No puedo darme cuenta de los millares de publicaciones editadas en Rusia y en otros países.

**

Quedan reseñados, al menos en resumen, buen número de hechos que ayudan a demostrar, a mi juicio, esta evidencia: entre un hombre de característica autoritaria y un hombre de aspiraciones liberales hay tal incongruencia que la relación amistosa es imposible aunque el objetivo de ambos tenga algún punto común y sean los dos desinteresados, como lo fueron Marx y Bakunin. El solo punto de coincidencia hubiera sido un poco de bondad; pero si prescindimos de la vida familiar de Marx y escapando como escapan a nuestro conocimiento las características de los allegados de Marx que no tenemos que examinar, la bondad parece un valor extraño en la persona de Marx. Se debió advertir antes de ahora que fascinados unos hombres por la autoridad y otros por la libertad, forman dos categorías netamente distintas aunque unidas por una serie de etapas intermedias, susceptibles de variados desarrollos hacia delante y hacia atrás. Una educación intelectual y ética que disminuyera los tipos autoritarios, será tal vez reconocida

Tendencias de la novela española

ANTERIORMENTE me ocupé de las tendencias actuales de la poesía en España, y de la fuerte corriente realista y social que parece dominar hoy con forzada brevedad, a las tendencias de la novela que recorren un camino en cierto modo paralelo al de la poesía. La evolución de la novela española en los últimos veinticinco años ha sido marcada, en efecto, por una vuelta al realismo, y un abandono casi total de las tendencias esteticistas e intelectualistas que caracterizaban buena parte de la novela española anterior a la guerra civil, en la época que Ortega definió acertadamente como la de la deshumanización del arte. De igual modo que los poetas españoles revelados al terminar la guerra civil del 36 se alejaron de todo hermetismo y del purismo minoritario que había caracterizado a la generación de García Lorca, los nuevos novelistas españoles han procurado alejarse de la novela intelectualista y lírica, y acercarse al realismo de la novela norteamericana o al neorealismo de la italiana. Faulkner, Hemingway, Steinbeck, Vittorini, Pavese y otros, han influido en los jóvenes novelistas españoles. Pero esa influencia ha sido puramente formal y más bien leve. Con una tradición tan rica de realismo como la de la novela española desde el siglo XVII, y aun antes, nuestros jóvenes novelistas no necesitaban inspirarse fuera del país; les



bastaba con observar lo que pasaba a su alrededor o lo que había pasado, y describirlo, pues la España de los últimos treinta años es una materia inagotable para un novelista. Una de las mejores novelas de la posguerra española, «El Jarama», de Rafael Sánchez Ferlosio, no es más que el relato fiel de una excursión de un grupo de muchachos y muchachas madrileños que pasan un día en las orillas del río Jarama, próximo a Madrid. La novela de Ferlosio ha sido juzgada como una novela objetiva, pero hay un abismo entre el realismo casi cinematográfico de «El Jarama» y las tendencias objetivistas de la nueva novela francesa, de un Robbe Grillet o de una Nathalie Sarraute. Es difícil encontrar entre los jóvenes novelistas españoles algún seguidor de las nuevas corrientes de la novela francesa. La razón es que el novelista español de hoy prefiere adentrarse en su tiempo histórico, en los problemas de la sociedad en que vive, reflejando en sus novelas esos mismos problemas, aunque la censura le obligue a no exponerlos en toda su crudeza. Por otra parte, la novela como testimonio de una sociedad no tiene por qué estar necesariamente inserta en el realismo. Una de las mejores novelas españolas de la posguerra, «La colmena», de Camilo José Cela, testimonio feroz de la sociedad madrileña en los años inmediatamente posteriores a la guerra civil, no puede ser definida como una novela realista. Camilo José Cela cultiva siempre un estilo deformador, que se acerca más a barroquismo desgarrado de un Valle Inclán que a la sencillez y espontaneidad de un Baroja.

Fieles, en cambio, a un cierto realismo histórico, se hallan dos novelistas que vienen intentando una novelización de la historia contemporánea de España. Me refiero a José María Gironella y a Alejandro Núñez Alonso. José María Gironella ha publicado ya los dos primeros volúmenes de una trilogía sobre la guerra civil española: «Los cipreses creen en Dios» y «Un millón de muertos». Estas dos novelas han sido best-sellers en España y parece que también en los Estados Unidos. Pero al pretender un enfoque neutral y objetivo de la guerra civil —más favorable, desde luego, al bando vencedor— no ha contentado a nadie: ni a los vencedores ni menos a los vencidos. Pero como documentos y testimonio de las luchas y horrores de la guerra civil, quedará sin duda en el recuerdo del lector.

En cuanto a Alejandro Núñez Alonso, autor de una serie de novelas históricas sobre el Imperio romano, acaba de publicar una novela, «Cuando don Alfonso era Rey», que es una acertada evocación de los años anteriores a la República española, concretamente de los años finales de la Dictadura del General Primo de Rivera. La atmósfera inquietada y prerrevolucionaria de esos años —1929 a 1930— está captada con viveza y realismo, pero

la trama amorosa que fluye atravesando el relato, es poco convincente y más bien perjudica que favorece a la narración. En todo caso, el fervor prerrepblicano que agitaba a la sociedad madrileña, desde la clase proletaria hasta los intelectuales, está bien captado por Núñez Alonso en su novela, aunque no pretenda en ningún momento ser testimonio acusatorio. La intención social se encuentra más bien en algunos novelistas jóvenes de la nueva ola, como los hermanos Juan y Luis Goytisolo, Juan García Hortelano —que ganó el Premio Formentor con su novela «Tormenta de verano»—, Jesús López Pacheco, autor de «Central eléctrica»; Armando López Salinas, con «La mina»; José Corrales Egea, con «La otra cara»; Jesús Fernández Santos, Ignacio Aldecoa, Carmen Martín Gaité y Ana María Matute, ambas ganadoras del Premio Nadal.

Quiero cerrar esta crónica con una referencia al Premio Formentor de este año, cuyas reuniones no han podido celebrarse en la isla de Mallorca porque el Gobierno español no ha autorizado al editor italiano Einaudi para entrar en España. El fallo se ha otorgado en la isla griega de Corfú, concediéndose el premio Formentor al español Jorge Semprún por su novela «Le grand voyage», escrita en francés, y que es el relato de su internamiento por los nazis en el campo de concentración de Buchenwald. El autor, hijo de un embajador de la República española, liberal católico, se exiló de España al terminar la guerra civil. La prensa española ha atacado fuertemente al nuevo Premio Formentor, acusándole de comunista, y apoyándose en un supuesto telegrama de don Salvador de Madariaga al Jurado del Formentor en que se mantenía tal acusación, telegrama que ha resultado completamente falso. La verdad es que Semprún no es comunista, sino liberal de izquierda, y desde luego antifranquista. Lo que explica el mal humor con que ha recibido el Premio la prensa franquista.

José Luis Cano

Las relaciones personales entre C. Marx y M. Bakunin

algún día como la primera tarea, como el primer paso y condición «sine qua non» de toda actividad socialista progresiva. Sin esta condición se exponen los hombres a ser en toda ocasión botín de los más rezagados, que son los más, pesan enormemente como fuerza bruta y se muestran en toda ocasión predispuestos a unirse bajo mando de tipos de su calidad, los dictadores. Peor todavía que sufrir esta invasión de bárbaros sería que nos deslizáramos hacia el relajamiento de la idealidad. Marx empobreció terriblemente el socialismo que los adherentes dejaron esfumar en manos de los jefes. ¡Que el pueblo construya por fin su socialismo de solidaridad y reciprocidad directa pasando sobre limitaciones y fronteras artificiales!

Marx es el pasado y Bakunin, el porvenir. No pueden ir juntos ni uno cerca de otro más que como la primavera sigue el invierno. El invierno huye y la primavera emerge empalmándose con el verano. Donde subsiste Marx, es que no pasó el invierno. Con la pléyade de los pensadores, desde Godwin y Proudhon a Bakunin, Reclus, Malatesta y tantos otros, el sol primaveral brilla sobre los hombres y no es posible que nuestras más bellas esperanzas sean siempre sueños.

MAX NETTLAU

● Estudio originalmente aparecido en «La Revista Blanca» de Barcelona durante la II República Española ●

Llévalo de amor

Siempre que haya un hueco en tu vida, ¡llénalo de amor!

En cuanto sepas que tienes delante de tí un tiempo baldío, ve a buscar el amor.

No pienses : sufriré. No pienses : me enganaré. No pienses : duraré. Ve siempre, diáfananamente, regocijadamente en busca del amor.

¿Qué índole de amor? No importa; todo amor está lleno de excelencia y nobleza.

Ama como puedas, ama a quien puedas, ama cuanto puedas; pero ama siempre.

No te preocupes de la finalidad de tu amor. El lleva en sí mismo su propia finalidad.

No te juzgues incompleto porque no respondan a tus ternuras; el amor lleva en sí su propia plenitud.

Siempre que haya un hueco en tu vida, ¡llénalo de amor!

Amado Nervo

Serenidad del campo y de la luz campestre

Yo voy por el sendero
 en la tarde de sol,
 al paso caminero,
 rozando flor y col.
 Mas fue que cierto día,
 junto a la misma fuente,
 hizome compañía,
 genial y prudente,
 un labriego encorvado,
 todo él mocedad,
 muy sucio, mal rapado,
 y enjuto de verdad.
 Nada hay como la tierra
 — dije al buen labrador —
 cuando hay paz y no guerra,
 ni siervo ni señor.
 Entonces de hito en hito
 miróme el aldeano,
 y en piedra de granito
 halló asiento llano.
 Oh, tú, sentado ahora
 que pacen vaca y buey,
 madrugas con la aurora
 y es que el trabajo es ley.
 Fluía su palabra
 ruda, pero concreta,
 que quien la tierra labra
 no precisa receta.
 La receta o el saber
 de agudos instructores
 en artes de aprender
 los métodos mejores.

Habló
 con la voz muy inflamada:
 atento entonces yo,
 escuchándole estaba.
 Largo fue su decir,
 y dijo lo que quise,
 aquel rudo sentir,
 claro, todo conciso.
 En resumen, señor,
 que el mozo labrador
 conocía la tierra
 como batalla y guerra
 contra los malandrines,
 y contra los falsarios,
 y contra los ruines,
 y contra autoritarios.
 Profundos sus pesares
 más que el surco al arar,
 póngolos en cantares
 y a modo de juglar.

Pero esta juglaría no requiere el eptasilabo metro, ni cualquier otra forma de versificación, sino que debe ajustarse al prosaico estilo, y entonces el poeta deje la vihuela o el laúd — vale decir, sea inarmónico — y en tan estrecho concierto inorquestal (1) observe lo aninado y lo inanimado para penetrar donde la marcha histórica abre camino a la observación meditadora.

He aquí la vida moviéndose alrededor de la muerte. La muerte en el hombre religioso no será muerte, será un tránsito a la supervivencia y nunca el aniquilamiento total. Quien cree, espera. La esperanza no tiene relación alguna con lo que daña; se espera el goce eterno unido a la eterna beatitud. Mas muchos que no creen, vacilan entre los arcanos de la duda, y si la vacilación no los lleva a la fe,

(1) Llamo orquestal a lo que tiene armonía, e inorquestal a su contrario, es decir, a lo que carece de ella.

los llevará a pensar que sería bueno que la vida no acabe con la muerte y que la luz que hay en el hombre no se extinga en las dimensiones y los vacíos infinitos sobre cuyo plano giran los planetas y soles cósmicos. Inquietó a Unamuno el sentimiento trágico de la vida y por exceso de talento — el talento excesivo puede orientarse hacia un solo punto y fanatizarse en él — se resiste a admitir que todo termina con la materia orgánica cuando ésta pasa a integrarse en las razones seminales de la tierra, según decía el estoico emperador Marco Aurelio. Un poeta aconseja ser fuerte para vencer a la muerte. Empero, ¿cómo se logra ser fuerte y cómo esa fuerza nunca desmaya? Otra interrogación surge de pronto, a saber, ¿cómo siendo la muerte una realidad podemos ignorar este hecho y convencernos de que todo sea un engaño? Es decir, que el morir no es morir, sino que pasamos por la muerte corpórea a fin de dar un vuelo eterno al alma inmortal. Estamos en la senda de los profundísimos contrastes y a cada contraste le corresponderá un sentido recto o un sentido variable según sea la idea que a entrambos los anime, que en uno de ellos puede devenir vaporosa, desarrollándose a través del arte, y ser expresión de las concepciones míticas sujetas a toda órfica armonía. Nadie desea vivir si la vida ha nacido en la miseria y se perpetúa en ella. El pobre piensa en lo que sufre y no en lo que se le promete. Puede la regla tener excepciones cuando la ignorancia y el hambre son méritos que conducen al goce en el reino nítico. Se le promete la felicidad **post mortem** (**post mortem, nihil est**), siempre que acepte la miseria y bendiga a quien se la dio de acuerdo con sus predestinaciones en el gran dolor del mundo. ¡Oh pobreza, pobreza! — exclamó Cervantes —, no sé yo con qué razón se movió aquel poeta cordobés a llamarte dádiva santa desagradecida. Al pobre le falta todo. Sobre él se cargan todos los trabajos. Abruman sobre él todas las iniquidades de una sociedad egoísta y perversamente corrompida. El egoísmo está en el rico avariento y puede estar en aquel que, sin ser rico, pero a salvo de penurias, niega todo socorro al que lo ha menester. Cualquiera rico pasa de largo para no reparar en el andrajo ajeno. Y este enlace de fuerza viva hacia la virtud. Sólo el rico invoca a la muerte cuando la vejez lo enfada o la angustia le dentellea el corazón. Sin embargo, contrasta con dicha ansia — y he aquí por qué el rico se arrepiente pronto de su anhelo — el miedo a suprimir un dolor y hallar otro de infernales proporciones ígneas. Entonces se apetece que el alma muera con el cuerpo, lo cual no ocurriría si en vez de la llama atormentadora, se esperase la luz de una nueva alborada, que era lo que el poeta imploró de Cristo al presentarlo como perdonador de injurias.

Dime que este espantoso horror de la agonía — que me obsede, es no más que mi culpa nefanda. — Que al morir hallaré la luz de un nuevo día — y que entonces oiré mi **levántate y anda**.

Realmente la muerte vino a ser como la puerta que dio entrada al mito. Se entra al mito por la muerte y de éste nace el arte que creó el alto Olimpo donde los

por J. Prado RODRIGUEZ

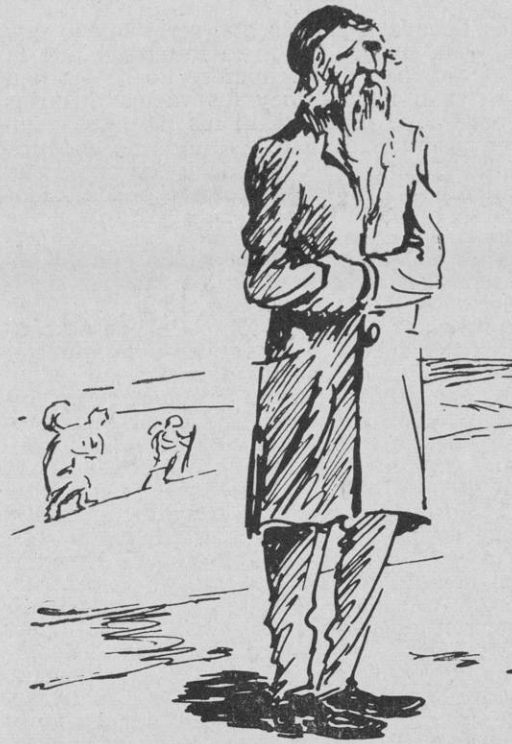
dioses y las diosas toman el néctar sobre mesas de oro y en vasos murrinos, cuya obra hicieron las doncellas de los divinos gineceos. Una introducción al libro «Mitos del héroe», escrito por Norma Lorre, empieza con estas palabras: Los mitos son literatura, son una rama de la literatura. (**Myths are literature, a branch of literature.**) Todos sabemos eso, y acaso convenga decir que según sea el mito, así será el vuelo de la fantasía sobre la tragedia cuando un Esquilo la embellece con el lenguaje armonioso y el discurso insigne. Púebles el aire de invisibles genios. Lejos del aire, si bien distinto del espacio sidéreo, imagínese un espacio que se sostiene en su redondez y gira entre la luminosidad del sol. Se llama el cielo de dios, o el cielo de los dioses inmortales. Nadie vio este cielo, y aunque existiese, a nadie se permitiría verlo. Los patriarcas del Antiguo Testamento no lo vieron y sólo Moisés «pudo» dialogar con Jehová —sin ver a Jenova— cuando recibía las Tablas de la Ley sobre la cumbre del monte Sinai. En cambio, los dioses gentílicos se manifestaban en la naturaleza, porque eran la naturaleza misma. Zeus resuena con los aquilones, y su cólera es grande, y su venganza terrible. Mas ya que hay dioses y diosas que gozan el éxtasis en tálamos de marfil, habrá discorcias, y entonces vendrá el genio homérico, o el genio de los trágicos, a encuadrar en la escena el choque de los rencores que se inflaman e incuban donde son las divinas alcobas. No rencores permanentes. A veces se eleva el mito a la virtud, y habrá algo en él que es justicia contra la autoridad despótica. Literatura son los mitos. ¡Y qué literatura sale de ellos! Su magnificencia está en el arte que los crea, y aun en la contemplación de la forma que fue creada.

Para llegar a este arte no basta imaginar lo desconocido, sino que es preciso extenderse sobre las realidades de la vida y arrancar de su seno los punzamientos entre la agonía y el dolor. Sentimos la agonía del dios en relación con nuestra agonía y condenamos los tiránicos impulsos de la suprema deidad por haberlos condenado antes en los hombres con idéntica autoridad tiránica. No le queda al opreso otro camino que el de mantenerse fuerte, y para conducirlo a este fin —que es un fin noble y de arte a la par—, el poeta trágico, luego que Ifestos clava las diamantinas cuñas y encadena a Prometeo, nos presenta al héroe como un gigantesco símbolo de la rebelión y lo obliga a exclamar: «Y con todo ello, ese Zeus, puesto que de ánimo tan arrogante, alguna vez ha de ser humilde... ¡Yo lo sé y de qué modo! Estése en su trono muy sosegado y seguro, confiese en el tronante estampido que retumba en las alturas; vibre en su diestra el rayo igniespirante, que todo ello de nada le servirá para no haber de caer con ignominiosa e irreparable caída.» Como en los bíblicos páramos, los helénicos crearon un dios redentor de hombres. Y este dios, sometido a suplicio, nos dirá, por medio del

Serenidad del campo y de la luz campestre

poeta, las causas de su inmoliación sobre la roca caucásica: —«Lo que voy a decir no es de queja contra los hombres, sino con el propósito de que se sepa cuánto les regaló mi buena voluntad. Ellos, a lo primero, viendo, veían en vano, oyendo, no oían. Semejantes a los fantasmas de los sueños, al término de los siglos, aún no había cosa que, por ventura, no confundiesen. No sabían fabricar con el ladrillo y la madera casas abrigadas de la lluvia e iluminadas del sol. Debajo de tierra habitaban, a modo de ágiles hormigas, en lo más escondido de los antros donde jamás llega la luz. No había para ellos signo cierto, ni del invierno ni de la primavera, ni del verano, abundante en frutos. Todo lo hacían sin tino hasta que no les enseñé las puestas y salidas de los astros. Por ellos inventé los números, ciencia entre todas eminente, y la composición de las letras, y la memoria, universal hacedora. Fui yo el primero que unció al yugo las bestias fieras, que ahora doblan la cerviz a la cabezada. para que sustituyan a los mortales en las más recias fatigas, y puse al carro los caballos humildes al freno, ufania de la opulenta pompa. Yo fui el que inventó esas naves de alas de lino que ahora surcan los mares. Y después que tales industrias inventé por los hombres, no encuentro arte alguno que me libre de este daño.» Es el drama de la vida, lo mismo entre los dioses que en los hombres. Pero, ¿viven los dioses? Viven en el mito y en aquellos que los veneran y temen. Así el mito será más o menos bello, según sea el grado de instrucción que alcancen las gentes agrupadas en una ciudad donde hayan establecido su escuela los poetas y los filósofos. O donde la democracia sea el asiento de la cultura.

Mas la democracia perteneció a Atenas. En realidad fueron los helénicos la democracia plena de sentido sabio, cuyo modo de ser se articulaba en la meditación filosófica y en el debate libre. Un orador habla exponiendo su criterio sobre cualquier asunto vital. Por ejemplo, sobre la guerra peleonense. Otro orador controvierte al primero, y de la discrepancia entre ambos se forma la opinión pública. No son, pues, los oradores quienes van a decidir, sino el pueblo reunido para el acuerdo unánime. Tiene el pueblo la soberanía y siendo soberano el pueblo, no quiere esto decir que cumpla siempre con la justicia, ni que acierte siempre en lo que falla. Puede el pueblo estar sordo y ciego, y sus



líderes pueden ser demagogos y hallarse en profunda sordera y ceguera profunda. Ya, sin pretenderlo, venimos a desembocar en el camino del arte y aquí se supone que si los espectadores estuviesen ignorantes de todo sentimiento artístico antes de ir al coliseo, este sentimiento vendría a ello cuando les tocase el dolor imitado por el aeda y participado por los coros. Convocada la multitud a una asamblea, escucha al que habla, o esos que hablan con astucia metafórica y elocuencia armoniosa. Se alborotan unos y otros, se agitan, se sosiegan según la intención y vibración que el orador ponga en las palabras. Empero, cambia la conducta del ciudadano, si éste fuere de carácter discolor, cuando acude al teatro y toma asiento en las gradas del hemisiciclo. Sus oídos entonces oyen y sus ojos ven. Ven al héroe en su agonía, y sufre con él y maldicirá al gran dios que se goza en la iniquidad, y sobre la tiranía asienta su poder despótico. Sosegadamente escucha el espectador, y el trágico hace del mito arte, y en el arte se cimantan las ideas que, al condenar la cólera entre los dioses, instruyen, de paso, a los hombres en la moderación y templanza. La civilización no avanzó con cualquier mito, sino con los ingenios que han sabido crear el mejor mito. Vale decir que los dioses míticos lograron una más noble morada donde la cultura abrió luz sobre la tierra y los espacios que están en ella.

Por el dios que se inmola para redimir a los mortales compondrá el trágico la tragedia redentora. Será como el guardián de su sabiduría. **Viendo, veían en vano; oyendo, no oían.** Aunque ciegos y sordos los hombres, hubo algunos que estuvieron atentos a la naturaleza y a las formas en ella manifestadas, e inventaron las artes con cuya lumbrer comenzarían a quebrarse las sombras que son densa oscuridad.

A orillas de una fuente ferruginosa, junto al río, meditaba yo sobre estas cosas cuando el labrador desunció los bueyes y los dejó libres sobre un pasto aledaño a la parcela de tierra recién arada. Entonces se vino a mi, tomó asiento a mi lado y dijo.

—Buenas tardes, amigo.

Respondíle en la misma forma o con idéntica salutación, y como yo tuviese un libro en la mano, añadí:

—Gran suerte debe de ser el saber leer. Siempre he deseado aprender las letras, pro nadie me ha instruido en ellas. ¿Es ese un libro de teología? —interrogó, mientras arañaba el suelo con una vara de avellano.

—No, le dije. Es una gramática para aprender el griego, que el griego es, con el latín, madre de nuestra lengua, de la que se habla en toda la península con sus distintas variaciones.

—Todo lo que sé —agregó el labrador, lo sé a mi modo, y si quisiera saber leer, sería para buscar con afán los libros que el cura de esta parroquia reprende en sus sermones, y dice de ellos que quienes los escribieron son impíos y no verán a Dios.

Pregunté al labrador:

—¿Crees tú en el infierno y en las llamas que arden sin consumirse?

Nada respondió al momento y en aquel su silencio parecía expresarse una honda incertidumbre.

Era el sol en plenitud de luz y había en los árboles un trino armónico de pájaros jilgueros. La fuente daba su agua y el agua abría un cauce sobre la hierba en flor. Iba lento el río cual si en su mansa corriente recogiese el cristal del cielo, todo traspasado de azul. Un airecillo aromado de bosque tembló en los chopos y la palabra del mozo irrumpió como un anhelo de poder alcanzar la verdad sobre los senderos de sombra y de luz.

J. PRADO RODRIGUEZ

● Termina en el próximo número ●

OBRAS de Felipe Alaiz



«Quinet», tomo I.
«Tipos Españoles», tomo II.
10,00 francos los 2 volúmenes.

UMBRAL

Revista de arte, letras y estudios sociales

Giros: C.C.P. Paris 1 3 5 0 7 5 6
Roque Llop, 24, rue Ste-Marthe
Paris (X)

TELEFONO

Red. y Adm.: BOT 22-02

SUSCRIPCION INDIVIDUAL
Trimestre 2 40 NF
Semestre 4 80 NF
Año 9 60 NF
Extranjero (año) 12 00 NF

Extranjero (por avión)
América del Norte 21 60 NF
América del Sur .. 26 40 NF

Noticario

Para ofrecer un margen de tiempo para vacaciones a los compañeros de la Redacción y de la Administración de UMBRAL, este número —de 32 páginas— corresponde a los meses de julio y agosto de 1963. No dudamos de la comprensión de nuestros lectores al efecto.

Error de fecha. El duende malo de la tipografía nos ha hecho poner el año 1930 para marcar la fecha de nacimiento de Luisa Michel en el escrito «La Virgen Roja», inserto en nuestro número 18. Se trata, cual el lector habrá interpretado, del año 1830.

A los amigos que nos escriben solicitando la base pedagógica de la Escuela Moderna fundada por Francisco Ferrer Guardia, les advertimos que próximamente dispondremos de una cantidad limitada de ejemplares del libro «La Escuela Moderna», escrito por el propio Ferrer a instigación de su colaborador Anselmo Lorenzo.

La edición de «Un debate imaginario entre Carlos Marx y Miguel Bakunin», en traducción Petrats, servida en estas páginas, está conociendo un éxito de venta apreciable. Precio del folleto: 1 franco actual.

Nuestro amigo y suscriptor, Jorge Soteras, presentó con éxito sus pinturas en una sala de exposiciones ginebrinas.

Falleció en Toulouse el doctor José Martí Fedec, muy conocido por su filantropía, por su lealtad al pueblo y a los principios del federalismo primargalliano.

En París dejó de existir, en edad aún temprana, el vice-presidente de Euzkadi, Javier de Landaburu. Era persona de ideas acrisoladas y, por ende, hombre de bien.

En una entrevista que le han hecho en Barcelona, el gran actor italiano, Vittorio Gassman, ha hecho declaraciones de tino izquierdista. A los «regimentales» franquistas nadie les ahorra disgustos.

En la celebración del milenario del poeta árabe Ben Hazam, en Córdoba, hubo recitales y confrontación de canciones pakistanies con el cante jondo, encontrándose aproximaciones. Hubo escasa presencia de intelectuales musulmanes. La horrible mutilación cristiana de la Mezquita degenerada en Catedral, los mantiene alejados de la ex ciudad de los califas.

La Academia de la Lengua Española ha aceptado la voz «metralleta» para sustituir la composición «subametralladora».

Pedro Armendáriz, el gran actor del cine mejicano, terminó voluntariamente sus días debido a un cáncer incurable. Error de Armendáriz lo había sido el abandono del cine autóctono para diluirse en el cine dolarista de Hollywood.

En Madrid se proyecta la construcción de un Teatro de la Opera.

LIBROS * LIBROS * LIBROS

SOCIOLOGIA
HISTORIA
LITERATURA
CIENCIAS



PEDAGOGIA
NARRACIONES
BIOGRAFIAS
POESIA

Adquirirlos en UMBRAL, 24, rue Ste-Marthe, Paris (X), es ayudarlo

Servicio de librería

« La crise espagnole du XX siècle », Carlos Rama	24 00	« Ensayos y Conferencias », Pedro Gori	4 00
« La crisis española del siglo XX », idem	29 00	« Un mundo feliz », A. Huxley	7 50
« Le conflit Occident - U.R.S.S. », B. Lavergne	12 00	« Conflictos entre la religión y la ciencia », William Draper	1 30
« U.R.S.S. à l'heure K. », V. Alexandrof	6 00	« Excursión sobre los fundamentos históricos del anarquismo », de B. Cano Ruiz y George Woodcock, con una introducción de Victor García	1 00
« Histoire d'Europe du XIX et XX siècles » (6 vols.)	390 00		
« Message de l'Enfer » (un journaliste juif dans la Roumanie d'aujourd'hui), Rulseb	9 00		
« La vie et l'œuvre de Francisco Ferrer », Sol Ferrer	15 00		
« Le cas Albert Camus », A. Durand	12 00		
« Blas Cendrar », J. Bühler	12 00		
« Michel Simon », L. Anskaka	12 00		
« J. J. Rousseau et Malesherbes », Croclaud	12 00		
« Malesherbes témoin et interprète de son temps », Croclaud	57 00		
« La démission des protestants », F. Hoffet	12 00		
« L'équivoque catholique », F. Hoffet	7 50		
« Que l'Homme soit », J. Cotereau	15 00		
« Concorde du Monde », J. Cotereau	15 00		
« L'affaire des enfants Finaly », M. Keller	18 00		
« Histoire de la Réforme en France » (De l'édit de Nantes a sa révolution), Vienot	45 00		
« Agrippe d'Aubigné » (3 vols), Garnier	90 00		
« Les grandes scènes historiques de 1620 », Tostorel et Perinsin	120 00		
« Salvador Seguí »	3 50		
« Crónica de un revolucionario », Dr. Vallina	2 80		
« Quinet », Felipe Alaiz	5 00		
« Tipos Españoles », Felipe Alaiz	5 00		
« Congreso de Zaragoza »	2 00		
« Socialismo autoritario y Socialismo libertario », Max Nettlau	1 00		
« El Pueblo », Anselmo Lorenzo	1 75		
		COLECCION « CRISOL » (Aguilar)	
		Lujosa encuadernación en piel. Papel biblia opaco. Precio de cada volumen, 6,00 frs.	
		Kesselring : « Arsénico y encaje antiguo »	
		King, S. : « Si muero antes de despertar »	
		Kipling, J. R. : « La litera fantástica »	
		« Nuevos cuentos de las colinas »	
		Laercio, Diógenes : « Vidas de filósofos ilustres »	
		La Fayette, Mme. de : « La princesa de Clèves. La princesa de Montpensier »	
		« La leyenda de Fernán González »	
		Lamartine : « Graziella. Rafael »	
		Larreta : « La gloria de don Ramiro »	
		Latorre : « Zurzulita »	
		Lawrence : « La mujer perdida »	
		Leblanc : « La mansión misteriosa »	
		León, Fr. Luis de : « La perfecta casada. Cantar de los cantares »	
		— « Poesías completas »	
		Leopardi : « Obras » (Cantos. Pensamientos. Opúsculos morales).	
		Leroux : « Rouletabile y los gitanos »	
		Lesage : « El bachiller de Salamanca »	
		« Libro de los Salmos. Libro de los Proverbios »	
		Liermontov : « Vadim el jorobado. Hombre extraño »	
		Giros y pedidos a Roque Llop	
		24, rue Ste-Marthe (Paris) (10)	
		CCP 13507 56	

Noticario

Hassan el Glawi expuso en una sala madrileña 28 guachas muy vistosas, conteniendo temas típicamente marroquies. Trata excelentemente el caballo árabe.

Concurso de Rosas en Madrid, concurrendo España, Francia, Bélgica, Holanda, Portugal, Dinamarca, Italia, Alemania, Irlanda, Inglaterra y EE. UU., Francia se llevó los dos primeros premios.

Film Chopin-J. Sand en proyecto en escenario de Valldemosa. Se titulará «Idilio en Mallorca», corriendo el papel de George Sand a cargo de la actriz Eleanora Rossi-Drago.

Falleció en Sevilla el poeta Fernando González Bermúdez, dado a la rima y al ritmo clásicos. Era ferviente de Rubén Darío. A su entierro acudieron escasas personas. Tal vez ahora que ha muerto, sea «descubierto» con fines funerarios-patrióticos.

El Festival Internacional de Cine de San Sebastián correspondiente a este año, pasó sin pena ni gloria.

Publicada una «Antología de poetas igualadinos» a cargo de Antonio Pous.

Novedades teatrales en Madrid: «Sangre negra», de Guillermo Sautier y Fernando Canela; dramón que enfoca por los caminos trillados. «Historias para ser contadas», de Osvaldo Dragún, autor argentino capaz para su modalidad realista, concreta, irónica. «Diálogos de un hombre solo», de Carlos Llopis, en un intento —malogrado— de renovación escénica. «Los salvajes de Puente San Genil», de José Martín Recuerda, en drama precipitado, brutal, sincero, dando un total de pesimismo irrefutable. «El cianuro... ¿solo o con leche?», una parodia de la desastrada vida moderna escrita por J. J. Alonso Millán; no despreciable. «La pechuga de la sardina», de Lauro Olmo, es una confrontación llana, casi sosegada, entre el pesimismo y la realidad ambiente. En traducciones hemos visto representar «La tempestad», de Shakespeare; «La extraña noche de bodas», de Edgar Neville; «Los constructores de imperios», de Boris Vian, y «Dos piernas, veinte millones», de Garinei y Giovannini. Alfonso Paso... de vacaciones.

En Barcelona tuvo éxito la traducción catalana de «La cena de los espectros», del autor anarquista Augusto Strinberg, representada en el Teatro Guimerá. En el Palacio de la Música Catalana actuó el Teatro Popolare Italiano del actor Gassman, dando una serie de cuadros distintos recogidos con el nombre de «El juego de los héroes».

Recibido de Eugen Relgis su último libro «Corazones y motores».

Aclaramos que Federico Avila y Edgar Avila Echazu son dos firmas distintas. Respectivamente, ambos colaboradores nuestros son padre e hijo.

LOS GUDARIS DE GARTXOT

Los días siguientes, hasta que la ciudad cayó en manos de los asaltantes, fueron unos días de infierno para Bilbao. El Gobierno había decidido retirarse hacia el interior, camino de Santander, y en la ciudad quedó una Junta de Defensa, formada por tres Consejeros y un general, encargada de adoptar las últimas disposiciones.

Mientras Galain se metía mar adentro, Gartzot y Sneko se retiraban con sus hombres y algunos batallones hacia la desembocadura de la ría, replegándose para llegar a Bilbao, en cuyos alrededores se luchaba en medio de un estruendo de locura.

Los batallones vascos, al amanecer el otro día, seguían ocupando las crestas de los montes Archanda y Banderas. A las siete de la mañana apareció de nuevo sobre el cielo de Bilbao la aviación alemana de bombardeo. Durante todo el día, hasta que oscureció, sin tregua alguna, volaron sobre las posiciones que defendían los gudarís. Los «Junker» y los «Heinkel» repasan sus líneas arrojando bombas, cuyas explosiones se oían claramente desde las calles de la ciudad, y levantaban nubes de polvo y montones de tierra y piedras. Cuando los aviones enemigos habían descargado todos sus explosivos sobre las posiciones de Archanda y Banderas, volaban sobre Bilbao, ametrallando sus calles y plazas. Entretanto, unos «cazas» pasaban a toda velocidad, una y otra vez, sobre las trincheras de los vascos, disparando sus ametralladoras. Y sólo cuando llegaba una nueva escuadrilla, los anteriores se volvían a sus bases para aprovisionarse de más bombas y cintas de balas.

Hubo durante el día dos pequeños descansos para los aviones. Los asaltantes, creyendo las crestas de Archanda libres de defensores, las atacaron con toda rapidez, pero los vascos estaban aún allí y rechazaron el ataque. Nueva acción violentísima de la aviación y artillería, y al cabo de unas horas, nuevo ataque de los rebeldes; pero los vascos seguían en su puesto, clavados a su tierra, a sus últimos metros de tierra, y volvieron a rechazar el asalto. Y llegó la noche, sin que ni la artillería, ni la aviación, ni los ataques de la infantería pudieran arrojar a los gudarís de sus posiciones.

El día siguiente amaneció con un estruendo terrible. Los asaltantes, no pudiendo disimular su ira por los fracasos de la víspera, rompieron contra estas crestas un fuego de artillería, intenso como nunca. Miles y miles de obuses y de bombas cayeron sobre Archanda y sobre Banderas. Estallaban los proyectiles deshaciéndolo todo. Desde la ciudad se veía cómo las crestas iban rompiéndose bajo aquella lluvia de metralla. No cabía suponer que en todos aquellos contornos quedase un ser humano.

Después de esa preparación destructora, el enemigo dispuso un asalto definitivo. Miles de hombres, precedidos de tanques, se lanzaron a la ocupación de esas alturas. Pero allí, entre los escombros, entre la tierra deshecha, estaban los vascos aún y rechazaron el ataque, obligando al enemigo, enormemente superior en número, a volver a sus posiciones.

Las baterías italianas volvieron a funcionar con furia, y los aeroplanos continuaron sus rondas trágicas. Nuevo asalto y nueva derrota. Una última vez, a la tarde, aviones y cañones enviaron, con

más intensidad que nunca, en mayor número que en las ocasiones anteriores, sus obuses y sus bombas; pero los objetivos que perseguían continuaban en poder de los defensores.

Cuando caía la tarde flameó al viento, en una pequeña altura, a la izquierda del monte Archanda, una bandera monárquica, de los rebeldes. Los vascos abrieron fuego contra ella, y desapareció.

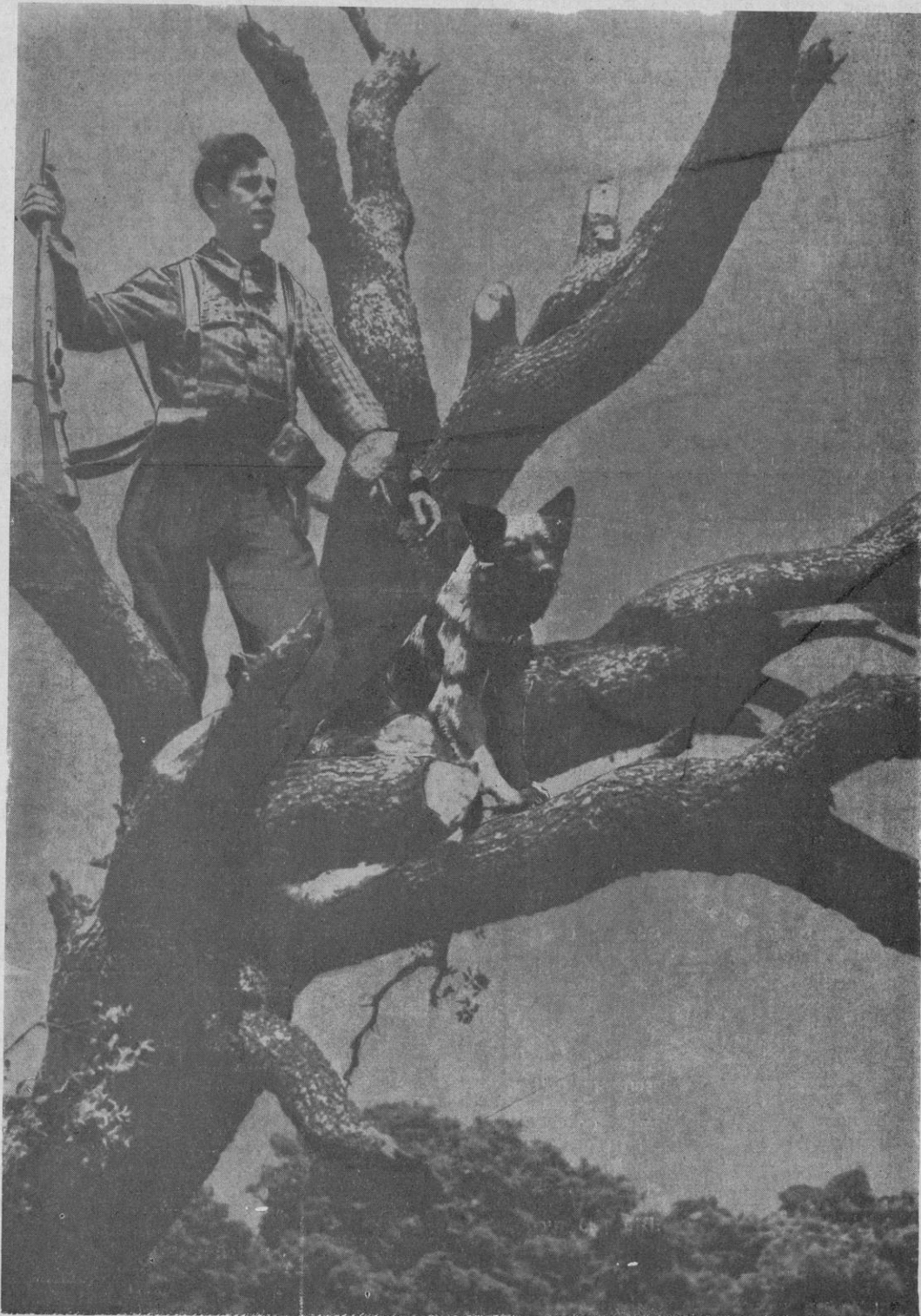
El edificio del Casino de Archanda comenzó a arder a primeras horas de la noche, y los atacantes consiguieron entrar en el edificio.

La mañana siguiente, los vascos, sin

más armas que sus fusiles, y sus bombas de mano saltaron de sus trincheras y volvieron a tomar el Casino y algunas alturas que habían ocupado los rebeldes durante la noche; pero ya no podían más. Extenuados, sin municiones, sin ningún apoyo, destrozados sus cuerpos, con varios días sin comer y sin dormir, soportando muchos miles de obuses y bombas, rechazando ataques enemigos, atacando a su vez... Era imposible rendir un esfuerzo más.

TELLAGORRI

● Extraído de «Tierra Vasca», de Buenos Aires. ●



EL ALMA MILENARIA DE LYON

por FONTAURA

BUEN trecho antes de llegar a la ciudad, destacan acá y acullá por las carreteras, carteles murales que invitan a visitar Lyon. Se percibe en ellos una vista del Parque de la ciudad, y otra en donde se notan los teatros romanos, uno grande y otro más reducido, situados en la Colina de Fourvière. Léese que hay varios museos y descuellos el «slogan»: «La plus moderne des plus anciennes villes de France».

Se cuenta la anécdota del turista, richón norteamericano, que al descender de su lujoso automóvil para entrar en un hotel de los de primera categoría, preguntó:

—¿Estamos ya en Aviñón?

—No, no —le contestaron—, ésta es la ciudad de Nimes.

En realidad, son muchos los que viajan tan sólo por el prurito de poder luego contar que han estado en una y otra parte; que han visitado esto y lo otro. Viajan, pero sin alcanzar a captar lo esencial, lo que define la psicología de las localidades, o de los lugares que visitan. Su sensibilidad no es para que retengan en su fuero interno sensaciones de belleza. Lo que estiman interesante es coleccionar las etiquetas de los hoteles en que se hospedan, procurando que destaquen bien en las maletas. De ahí que no sea cosa de extrañarse cuando se observan esos grupos de turistas que van por la ciudad a paso de carga; apresurados también cuando recorren las salas de un museo, mirando con expresión vaga aquello que les ha dicho el guía que es digno de admiración. Se comprende que así sea ya que, frecuentemente, tienen prisa, pues han de recorrer otras localidades de las que tienen marcadas en el itinerario turístico que fijaron antes de salir de casa.

Un escritor lionés decía, recordando esas visitas relámpago que hacen muchos nuevos ricos para quienes el visitar ciudades constituye algo así como un afán deportivo, que Lyon no es de las poblaciones a las que se las estima tan sólo unos momentos. Agregaba que, a quien cierra la maleta y marcha tras de una semana de estancia en la ciudad se le despiden sin pensar en volverle a ver. ¡Ah!, pero cuando se trata de alguien que ha vivido en Lyon uno o dos

años, se llega a la convicción de que ha de volver; de que el hechizo de la villa ha penetrado en su corazón.

Sabe el que llega a Lyon en plan turístico, a poco que haya hojeado una guía de las más corrientes, que la ciudad constituye a modo de una encrucijada; un punto de partida para dirigirse a Italia, a Suiza. Especie de enclave de carreteras que conducen hacia los Alpes, que se dirigen a París, que descienden hacia la Provenza y el Mediterráneo por el valle del Ródano. Sabe también que se trata de una capital de histórico abolengo, cuyo remoto pasado revive en sus monumentos, en las viviendas que pueblan las ca-

llejuelas, las arterias de barrios antiguos. Se le ha dicho al propio tiempo que se trata de una ciudad industrial; pudiendo mostrar a los forasteros la riqueza de las sederías; la actividad de sus industrias metalúrgicas. Se le ha puesto de relieve que, emporio comercial por excelencia, abre anualmente las puertas de su Feria de Muestras, una de las más importantes de Europa.

Ya con una vaga orientación de lo que puede ver en Lyon, el forastero, según su cultura, sus aficiones, o bien el objetivo que se ha propuesto, si es que va en viaje de estudio, así visita la ciudad. Según su modo de ser, o de sentir, pone, evidentemente, mayor atención en unos u otros detalles, desdeñando, o mirando de un modo superficial los que no se avienen a su peculiar sensibilidad.

Quienes estiman como factor esencial del progreso los adelantos de la técnica; el avance material en el orden urbanístico y en el desarrollo de las industrias, en el apogeo y riqueza del comercio, admirarán a tenor de todo ello, el impulso y sentido moderno de la segunda capital de Francia. Así les complace el poder visitar, el tener una idea de lo que son los grandes talleres Berliet, con su siempre acrecentado ritmo de producción de automóviles. Talleres situados en Venissieux, junto a la densa aglomeración lionesa. La casa Lumière (descendiente de los que inventaron la cinematografía) con su enorme fabricación de productos para la fotografía. Las modernas fábricas dedicadas al tejido de seda, situadas esas fábricas en la colina de la Croix-Rousse, que domina la ciudad. Luego la más importante fábrica destinada a la elaboración de seda artificial, y productos de ella: medias y telas en general, situada en la barriada de Vaise. La casa Rivoire et Carret, de mucha importancia en la fabricación de productos alimenticios. Y así otras diversas industrias de relieve.

Les complace admirar esos nuevos gigantescos bloques de viviendas, arquitectura cuartelera, uniforme, prosaica, en



LYON. Edificio medieval de la calle Juiverie.

40P 6755

EL ALMA MILENARIA DE LYON

donde viven centenares de familias, como los de Bron-Porilly, o la reciente aglomeración de La Duchère, donde se dice que han de residir un promedio de treinta mil personas.

Desde lo alto de Fourvière, la otra colina frente a la Croix-Rousse, puede contemplarse el vasto panorama urbano de Lyon, con sus anchas avenidas bordeadas de arbolado, con la nota gallarda de los « rascacielos » de Villeurbanne, la mole arquitectónica de la Casa de Correos, del Hospital Herriot, las puntiagudas torres de Saint-Nizier y de la Catedral. Y deslizando, con tono de acero bruñido, las aguas de los ríos Ródano y Saona que, a poca distancia uno de otro, atraviesan la ciudad, hasta juntarse los dos a la salida de Lyon. Luego recorren las arterias principales de la villa, admirando suntuosos comercios, comparando y comentando el valor y precios de lo expuesto en las vitrinas.

Ya después, procuran conocer algo de lo que queda como recomendable en el aspecto turístico.

Quienes tienen una percepción, un modo de ser soñador, imaginativo, romántico, observan la ciudad concediendo prioridad a lo que comprenden hay en ella de original; lo que la diferencia de las demás. Generalmente el aspecto urbano moderno de una capital varía poco del de otra. Ellos observan Lyon concediendo prioridad a sus matices históricos y arqueológicos; a sus valores artísticos o literarios; a lo que alcanza una acusada espiritualidad. De ahí que gusten el deambular por el viejo Lyon, por ese Barrio de San Juan, en donde se mantiene la herencia secular de la Edad Media y del Renacimiento en mansiones y detalles escultóricos.

Les place la visita al Palais des Arts, recreando la mirada en el recoleto jardín del mismo, donde flores y árboles guardan armonía con las estatuas en piedra y mármol, descollando entre ellas algunas del genial Rodin. Visitan las salas de Pintura y Escultura, donde a la par que las obras de artistas lioneses, se pueden admirar obras de los más relevantes pintores franceses antiguos y modernos, así como las de maestros de las escuelas flamenca, holandesa, española, italiana, etc.

Visitan el dilatado Parque, con su lago natural que le da un singular aire decorativo. Tiene rincones de maravilla por el contraste de colorido en el ramaje de

árboles distintos. Bellos matices de un aire silvestre que ofrecen ocasión a la reposada meditación, al sosiego sentimental.

Suelen entrar en esas importantes librerías de lance, como las que hay a orillas del Ródano y del Saona, donde guardan verdaderos tesoros bibliográficos, así como estampas y grabados de un singular valor artístico y documental.

A orillas del Saona y a lo largo de los altos de Fourvière, tras de visitar los restos romanos, ama perder la mirada por esos jardines solitarios de un aire melancólico. Ver las aguas del río que se deslizan lentas, y contemplar esas vetustas gabarras que diríase seestean a orillas del agua.

Mas todos esos detalles a la vista del que visita Lyon es menester observarlos una y otra vez. Tras de haber asistido a salas de conciertos, teatros, haber conocido el popular « Guignol », los diversos museos y exposiciones, retener la fisonomía de la villa, la sensibilidad va descubriendo nuevas facetas de su intimidad y poco a poco se le llega a querer, se le toma afecto al ir familiarizándose con su psicología ambiental.

LA PIEDRA Y LOS SIGLOS

Fue el año pasado cuando se celebró el bimilenario de Lyon. ¡Dos mil años en la vida de una ciudad! Ello motivó la edición de monografías históricas, conferencias, debates. Dio ocasión a que se despertara una corriente de opinión en favor de una acción urbanística encaminada a adecentar, valorizando a los efectos artísticos, todo ese conjunto de callejuelas y plazas que constituyen el famoso barrio de San Juan, al que se ha denominado « Museo viviente » y cuya extensión pasa de dos kilómetros.

Al parecer, como esa niebla espesa, tan frecuente en Lyon en las mañanas del otoño y del invierno; niebla que apenas permite distinguir los contornos de las cosas, así se hace difícil, según nos dicen eruditos historiadores, precisar con claros detalles los orígenes de la que fue con el tiempo floreciente capital de las Galias.

Se dice que en el año 43, anterior a la era presente, tras la muerte de Julio César, el Senado romano, temiendo que el lugarteniente de aquel, Lucius Munatus, uniera sus tropas a las de Marco Antonio, que estaba en rebelión contra ellos, le dio orden de levantar una ciudad en la confluencia de los ríos Saona y Ródano. Había ya allí quienes constituían una pequeña colonia de origen celta. Según cierta leyenda, en tanto los soldados romanos abrían zanjas para levantar las murallas de la ciudad, se abatió una gran bandada de cuervos sobre los árboles del contorno. Tomándolo como un presagio celeste, decidieron denominar **Lugdunum** (colina de los cuervos) el lugar de referencia y que actualmente los constituye la colina de Fourvière.

Poco es lo que al respecto de Lyon, en sus orígenes, han dejado escrito los historiadores. Las más de las veces ha sido para referir, tan sólo el paso por la ciudad de personajes de alcurnia en la vida galo romana. Así un relevante historiador como era Tácito no refiere nada del terrible incendio que devastó la ciudad en una noche. Se tiene noticia de ello por

una carta de Séneca a un amigo suyo, donde cuenta que con motivo del desastre acaecido en Lugdunum, Nerón hizo un importante donativo de dinero a la ciudad.

Del pasado de Lyon hablan los hallazgos de monedas romanas, las inscripciones en la piedra, los restos de sepulcros; cuanto ha podido recogerse en excavaciones hechas al efecto, como las realizadas en la colina de Fourvière, que pusieron al desnudo las piedras milenarias del Teatro Romano, de mayor amplitud que los de Arles y Orange; las ruinas de Odeón, que debió de ser sala de conciertos, así como las ruinas del Templo de Cibeles. Queda como recuerdo de la influencia romana en la villa todo el vasto conjunto de esculturas, piedras funerarias, ornamentos decorativos y mosaicos que atesoran las salas del Palais des Arts. De todo ello, así como de no pocas muestras del arte griego, greco-romano y galo-romano hay vestigios expuestos en los lindos jardines de Fourvière y de la Croix-Rousse.

Al ir tomando volumen de ciudad, Lugdunum fue extendiéndose, tomando toda la falda de la colina, poblándose como hormigueros los barrios de San Juan, San Jorge y San Pablo, levantándose viviendas en las orillas de los ríos, creciendo la ciudad más y más.

Sobre cimientos, bloques, emplazamientos de lo que debió ser la villa romana. Sobre lo destruido por la inexorable acción del tiempo y los avatares de guerras devastadoras, fue subiendo la ciudad medieval, ese viejo Lyon de ahora que, desde el punto de vista histórico y arqueológico es de lo más interesante de Europa, según el parecer de sabios y artistas.

Puede calibrarse la importancia de todo ello si se tiene en cuenta que se trata de un conjunto de calles y plazas en número cercano a las setenta, habiendo en cada una de ellas, en más o menos cantidad, viviendas, edificaciones que mantienen el carácter peculiar de cuando fueron construidas allá en los remotos tiempos de la Edad Media y del Renacimiento.

Una amiga artista italiana, me escribía desde Milán: « Son para mí inolvidables las horas pasadas deambulando por esas viejas calles de la antigua capital de la Galia. Guardo el encanto que me produjo contemplar ese conjunto de palacios, de mansiones medievales y del Renacimiento, conjunto único en el mundo. La agradable impresión recibida al recorrer calles como la de San Jorge, calle del Buey, Gadagne, Judieria, Doyene, Anticuarios, Bombarde. La de plazas como la de la Ballena, Plaza del Cambio, Plaza Nueva San Juan. De todas esas callejuelas que se entrelazan y cortan al llegar al río Saona y frente a los jardines de Fourvière. »

« Recuerdo la agradable sorpresa de hallarme ante un portal con bellos frisos grabados en la piedra; la vista de graciosas torrecillas de figura cónica, destacando sobre tejados y azoteas; el observar esas largas galerías de techo combado, sostenido por finas arcadas unidas entre sí; barandillas, rejas, picaportes, verdaderos modelos de arte en hierro forjado; cabezas de león esculpidas en piedra o en mármol. Ese buey, escultura atribuida a Juan de Bolonia, que sirve de insignia y que da nombre a una de las calles más interesantes del barrio. Hoteles del siglo XV y XVI, con sus patios, corredores, escaleras, pozos, insignias de artesanía.

OBRAS

de Felipe Alaiz



«Quinet», tomo I.

«Tipos Españoles», tomo II.

10,00 francos los 2 volúmenes.

España como avanzada EUROPEA EN EL NUEVO MUNDO

● Continuación y fin ●

España, a través de los procuradores de las ciudades, presentaron a Carlos V ochenta y ocho peticiones entre las que se pedía «Que no se dieran cargos ni prebendas a los extranjeros», «Que no se exportasen metales y equinos», «Que no se llevase moneda de España», «Que él aprendiera a hablar el castellano».

Carlos V juró todo lo que le presentaban por delante, pero no respetó gran cosa de su palabra de rey empeñada. Así, a la petición de «no dar cargos ni prebendas a los extranjeros» no halló mejor respuesta que nombrar como regente, durante su ausencia al cardenal Adriano de Utrecht, una de las causas, sino la principal, de la insurrección de los **Comuneros** con los Bravo, los Padilla, los Maldonado, los Zapata y los Guzmán como figuras de descolle y que lograra sofocar en Villalar el 23 de abril de 1521.

Parecidos orígenes pueden hallarse en las **germanías**, una verdadera anticipación a la lucha de clases moderna puesto que los humildes y los productores se enfrentaron a la nobleza lo que, en definitiva, permitió la entronización de Carlos V en España.

Los fueros de Burgos y ciudades fue-

El alma milenaria de Lyon

Todo obra del mágico cincel de artesanos con fervor de artistas.»

Y todo ello es cierto: El encanto, la fascinación que produce el recorrer ese barrio laberíntico, por sus callejuelas, que parece que nos hacen revivir siglos pasados; por el misterio de esas oscuras entradas de pisos, tras de cuyo zaguán nos sorprende un patio, redondo o cuadrado, con tres o cuatro entradas, cada una con su escalera de caracol que sube de tres o cuatro pisos, cada uno con sus viviendas. Nos sorprenden esos zaguanes de casas seculares, que atraviesan de una a otra calle. Nos admira el contemplar toda una profusión de edificios con un carácter de marcado estilo medieval, en tanto que otras ofrecen el detalle de transición de una a otra época. Por ejemplo: de la Edad Media al Renacimiento.

Más: hay un hecho en torno al cual artistas y urbanistas han llegado a un acuerdo. También los médicos con los arqueólogos e historiadores: Ha de procurarse por todos los medios que la suciedad, la insalubre y mefítica humedad, la roña de la acumulada incuria, resulten incompatibles con la belleza de las formas en escultura y arquitectura. Ha habido no poco abandono, negligencia en torno al particular. A la postre se nota una sana reacción, como se nota también en lo relativo al barrio del Marais, de París.

Es menester que se note la pátina de los siglos en la piedra, pero que ella esté limpia de inmundas basuras. Esto es lo que al parecer, piensan intensificar, con una labor de inteligente restauración, una denominada sociedad de Amigos del Viejo Lyon.

FONTAURA

● Terminará en el próximo número ●

por Víctor GARCIA

ron, de esta manera, burlados poco a poco y para muchos América se convertía como el único puerto de salvación o, como dijo Cervantes, «Refugio y amparo de los desesperados de España».

En tal forma, América se convierte, no solamente en el receptáculo de unas semillas que reproducirá con creces, de unos animales que se multiplicarán en forma mucho más prolija que en Europa, en una área inmensa en que un idioma común hermanará a sus habitantes; América se convierte también en el receptáculo de un germen revolucionario, popular, democrático que cargaban en el bagaje los supervivientes de los movimientos de las **comunidades** y las **germanías**. Más tarde, cuando los Tupaj Amaru, Tupaj Katari, los comuneros de Colombia se levanten en armas contra la corona de España, los historiadores interesados en escudriñar la trabazón entre los movimientos insurreccionales de la Península y los del Nuevo Mundo, podrán encontrar manifiestas coincidencias.

España se dio entera. No dejó nada en la trastienda como hace el perfecto «colonialista» que tiene siempre su reserva para en todo momento poder decantar el fiel de la balanza de su hegemonía política y cultural. Toda la hispanidad de la península, con sus múltiples defectos también, fue volcada sobre la generosa tierra de América y hoy vemos, en repetidas ocasiones, la imagen del pueblo español reflejada en muchos de los actos de Iberoamérica. Muchas veces son las fases negativas las que se ponen de realce, el fanatismo religioso, el caudillismo, la «hombria» mal interpretada. Fases negativas que otros tienen también mucho interés en realzar. Empero, ¿es qué todo fue negativo cuanto se desembarcó de España? No. Es que la pobreza en la que se está elaborando la «raza cósmica» no se ha sosegado aún, los ingredientes de Iberoamérica están sin sedimentar.

Es lo que trata —trata y logra— de explicar Waldo Frank cuando identifica al mestizo como al verdadero americano: «Cuando el mestizo haya creado su mundo, su naturaleza, que es una naturaleza de transición, habrá desaparecido. Ya no habrá mestizos, habrá nuevos americanos, en su lugar, tan sólo.»

Es lo que logra también Tamayo en ese mural del Palacio de Bellas Artes de la ciudad de México, en forma mucho más violenta y hasta despiadada, cuando la energía de su pincel nos pinta al conquistador arrollándolo todo y, muy cerca, la parturienta india alumbrando al mestizo, un ser mitad luz y mitad sombra.

Volverá a decir Waldo Frank: «El español no entendió la clave del mundo indio; por esto el edificio que levantó quedó, en realidad, muy lejos de su designio. Pero lo que al fin levantó es debido al profundo espíritu de bondad que había en su empresa. Este espíritu fue el que hizo a las colonias de España fundamentalmente distintas de las de Inglaterra, Holanda y Francia. Sólo España, con la sus-

tancia de una raza extranjera, creó el arranque de una cultura. Y no es culpa de España, sino ley natural, el que toda obra de creación empiece con el caos y en la intrincada transformación de un continente con un caos de generaciones.»

El caos es el comienzo, dice Waldo Frank. Queda para despuntar después la cultura, cuyo arranque —acudiendo de nuevo a la expresión de Frank— lo posibilitó el material ibérico y no «latino» como se empeñan los franceses, con André Sigfried a la cabeza y también los italianos.

Por mucho arrepentimiento que demuestren los anglo-sajones frente a la exterminación del piel roja del Norte, ya no podrán nunca salvar el mensaje que aquellos seres pudieran haber tenido para la humanidad. Tampoco, en el reverso de la medalla, lograron que la cultura del Indostán reflejara otros derroteros que los que ya le eran propios a través de su milenario acervo cultural. Triste destino el de un país colonizador «perfecto» que no puede amalgamar su cultura con el país que «colonializa».

O bien su bota es demasiado pesada y aplasta para siempre la cultura local que encuentra y hasta al propio aborigen, que lo hace desaparecer completamente, convirtiendo el país «colonizado» en una cursal a imagen y semejanza de la metrópoli, o bien se enfrenta a una cultura que será siempre extranjera, hostil, indiferente y, cuando se retire del país sometido, no habrá dejado el menor atisbo de su paso por allí salvo algún monumento de piedra o alguna obra edilicia.

Con razón decía William Henry Hudson —que tan bellos paisajes nos ha descrito de la América sureña—, que fue una gran suerte el que sus antepasados ingleses fracasaran en sus invasiones a la América Hispana porque de haber conquistado Indoamérica, la vida humana habría perdido mucho de su encanto.

«No —dirá a su vez Pedro Henriquez Ureña—, la más humana de las colonizaciones, y por esto la mejor, ha sido la de España y Portugal: es la única que de modo sincero y leal gana para la civilización europea a los pueblos exóticos.»

De las tres formas de transmitir una civilización, según señala Danilewsky, y que serían la «colonización», el «injerto» y la «fecundación», España escogió la tercera. Quizás los genes aportados no contenían las cualidades apetecibles y deseadas, pero cuando uno se da a una obra por entero, ésta refleja siempre aquella pasión y aquel amor que es lo que asomará en las tierras de América cuando terminen de sedimentarse los estratos aún revueltos en el caos de que nos habla Waldo Frank.

Esta entrega completa tenía que desangrar inevitablemente la Península y los años que siguieron vieron la deserción del campesino español del agro de la Meseta y los Monegros, de Levante y Galicia, de Andalucía y Extremadura; vieron el taller del artesano paralizarse y vieron todas las riquezas metalíferas de América escapar hacia las arcas de los Welser y los Fugger, los banqueros de Flandes y los sajones sin que nada quedara en el suelo ibero. El tratado de Utrecht en 1713

España como avanzada europea en el Nuevo Mundo

sella la inferioridad política de España frente a Inglaterra. La Revolución Francesa consagra a la Galia como el norte progresista del mundo. El siglo XIX sienta los cimientos de la mecanización, todo ello al margen de una España sojuzgada por los Carlos idiotizados o los Fernandos despóticos.

Sólo el espíritu mantiene enhiesta la idiosincracia española y en un arrebatado despreciativo Miguel de Unamuno acabará gritando: «Dejad que los otros inventen». Hay un sentimiento de desplazado en la Península frente al acoso maquinista y tecnicista que surge en el otro lado de los Pirineos. La única afinidad plausible está al otro lado de una gran zanja, el Atlántico, pero para darse cuenta de esta realidad fue necesario que América rompiera las ataduras de la despótica monarquía española. En plan de igualdad, las repúblicas de Indoamérica no titubearon en señalar a España como la «Madre Patria» y los hipanoamericanos se abren frente a España.

Fue también Unamuno quien dijo que «América quería dar; que estaba cansada de recibir solamente», y pasados los primeros tiempos, calmado el oleaje de Ayacucho, Indoamérica libre empezó a prodigarse sobre España, especialmente en las letras porque también permanecía ausente de aquellas extensiones la fiebre del tecnicismo y la mecanización.

Bello y Rodó, Sarmiento y Alberdi, el propio Bolívar, Jesús Galván y Lizardi, Varona y Martí fueron abanderados, con mucho más, de la riada cultural americana que vino a fertilizar a España.

Rubén Darío integró la generación del 98 y esta generación, tan decisiva para el giro humanista y liberal español del siglo XX, sufrió, al decir del propio Azorín, una de sus figuras más descollantes, y ello cuando aún se firmaba Martínez Ruiz, la influencia decisiva de un cubano: Emilio Bobadilla o Fray Candil. Esto es lo que deja entrever Azorín en su libro «Anarquistas Literarios», editado en 1895, es decir, tres años antes de la fe de bautismo de la mencionada generación, cuya definición, precisamente, fue obra del propio Azorín. De Emilio Bobadilla y de Menéndez Pelayo dirá que «son los dos hombres que resaltan por encima de todos». Añadirá que Fray Candil «es el representante de la crítica nueva», «un espíritu vigoroso, uno de nuestros más sanos y fuertes cerebrales».

El istmo que significa la vida de un hombre frente al gran océano de la humanidad y su historia no permite, cuando se observa someramente la situación, darse una exacta cuenta de la misma. Más de una generación es necesaria para que pueda verse el cambio y el impacto que el reflejo indoamericano tendrá que ejercer, cada vez con mayor intensidad, en el suelo ibérico.

Europa podrá llegar, y es de esperar, a formar sus Estados Unidos y crear una fuerza económica capaz de contrarrestar las imposiciones de los dos super-bloques del Este y el Oeste. Empero, lo que desea la humanidad: una verdadera «tercera fuerza» que vuelva a colocar la escala de valores en un sentido humanizado, es decir, en que el ser humano prime por encima de los demás valores, no refleja ser la finalidad de la Europa actual que corre

tras el espejismo tecnicista y mecanizado que esgrimen la URSS y los Estados Unidos como palanca imprescindible para el alcance de la hegemonía económica y política.

De lograr, Europa, la abolición de sus fronteras, el libre intercambio de sus trabajadores, sus estudiantes, sus intelectuales, la unificación de su moneda, la planificación de toda su economía, implicará, sin ninguna clase de dudas, la presencia de una fuerza de equilibrio frente a los dos bloques actuales que viven en constante guerra fría que a veces no lo es tanto.

Sin embargo, siempre se hará difícil la ubicación de España, de una España libre, se entiende, en el seno de esta planificación fría, metódica, tecnificada, de «los que inventan», como diría Unamuno. La convergencia hacia la que tienden Estados Unidos y la URSS según señala Pitirim A. Sorokin no significa que la nueva orientación eslava y anglosajona haya considerado la necesidad de reivindicar al hombre como rey de la naturaleza. La convergencia estriba en las concesiones que hace Rusia al sistema capitalista y las que hace Norteamérica a la economía y a la política planificada, léase dirigida, del marxismo. Son concesiones de índole económica tan sólo. No se discute para nada la necesidad de frenar la inmoralidad de la ciencia y el desplazamiento paulatino del ser humano por el robot.

La llamada civilización occidental, en decadencia como dijo ya Spengler, rompió hace tiempo sus amarras con el Pireo del helenismo de donde tuvo origen. Los griegos no descuidaban nunca el punto de apoyo supremo en toda especulación filosófica, económica y política: el hombre. Europa y Norteamérica, albaceas, junto con España e Indoamérica, de la cultura y la civilización que nos legaran los griegos, descuidaron este punto de apoyo y se convirtieron, en cierto modo, como el aprendiz de brujo que logra desencadenar las fuerzas sobrehumanas, pero que es incapaz de conducir las al redil nuevamente. Como un nuevo monstruo de Frankenstein, la ciencia se ha sacudido las ataduras mediante las cuales el hombre la conducía y se ha proclamado independiente merced a la ausencia de ética de los hombres de ciencia que la crean y se embriagan a cada nuevo descubrimiento sin medir las consecuencias. Esto hace que la metáfora de Elliot Curie —«Un cuchillo no es bueno ni es malo. Depende de quien lo maneje. Cuando está en manos de la mujer de hogar es algo útil para los quehaceres de la cocina, cuando está en manos de un criminal es un instrumento que causa la muerte»—, nos haga reflexionar hondamente en los criminales en potencia que se hallan en los puestos claves de las naciones y que disponen de depósitos tan inmensos de bombas atómicas que tienen en sus manos, prácticamente, el destino de toda la humanidad.

La Europa unida tampoco escapa a esta obsesión. Los políticos no ven otra manera de asegurar la paz sino armándose al máximo. La paz bélica representada por Kruschchev o Kennedy junto a un botón, que al oprimirlo desintegraría el Planeta, es la solución macabra de una humanidad presa de pánico.

Hay, empero, otra solución, la huma-

nista, y ella podría estar encerrada en el mensaje que Indoamérica tiene y que aún no ha dado al mundo.

De allí que España, puerto ideal, cabeza de puente de la América a la que se diera un día enteramente, pasara a ser la avanzada del mensaje que posibilitara a la humanidad el recobrar el equilibrio que no acierta a encontrar.

Este mensaje, utilizando el español como heraldo, no habría sido posible sin el arribo a América de la España peregrina, consecuencia de la entronización en la Península de un régimen medieval. La presencia en Indoamérica, desde Chile y Argentina hasta México, pasando por Venezuela, Bolivia, Brasil, Panamá y todas las repúblicas de ascendencia ibérica, de los refugiados españoles y de aquéllos que voluntariamente se exilaron de la España de Franco, ha permitido una comunión indisoluble entre el peninsular y el continental y a pesar de sus muchas fallas — nunca haremos nada perfecto los españoles — esta emigración, cuando regrese a España, recibirá el espaldarazo de embajadora de Indoamérica para, desde la Península, irradiar hacia Europa el mensaje del más taciturno de los humanos: el americano, el que lleva en sus carnes, junto con la sangre entremezclada de españoles e indios, la savia humanista de los Lull y los Vives, la esencia democrática de las Partidas de Alfonso el Sabio, de Medina del Campo, de Guernica, la individualidad antigregaria del habitante peninsular junto con la bondad y la generosidad de una tierra amplia en cuyas orillas, hace quinientos años, unos seres hospitalarios recibieron la semilla de una nueva raza: «la raza cósmica».

VICTOR GARCIA

OFRENDA A MANUEL DE FALLA

Lira cordial de plata refulgente,
de duro acento y nervio desatado;
voces y formas de una España ardiente
con sus manos de amor has dibujado.

En nuestra propia sangre está la fuente
que tu razón y sueños han brotado.
Algebra limpia de serena frente.
Disciplina y pasión de lo soñado.

Ocho provincias de la Andalucía,
olivo al aire y a la mar los remos,
cantan, Manuel de Falla, tu alegría.

Con el laurel y flores que ponemos
amigos de tu casa en este día,
pura amistad sencilla te ofrecemos.

FEDERICO GARCIA LORCA



El Corpus del Cusco

por José Uriel GARCIA

PINTORESCO y emocionante espectáculo, de origen colonial, que todavía se aferra del espíritu popular, en la medida en que subsiste el régimen económico de aquella época y su influjo en la cultura, es el Corpus cusqueño. Drama social, más que simple festividad religiosa, de ancestrales costumbres y supersticiones del paganismo incaico entramadas con las que trasladó el invasor de la España católica y feudal.

Pasado inmarcesible que año tras año sale a exhibirse por calles, plazas y campos, a recobrar su actualidad y reafirmar sus tentáculos en el corazón sencillo de estos pueblos, impotentes hasta ahora para derribarlo de una vez. Antes bien, lo reciben con júbilo, le yerguen monumentales altares de ocasión, queman en su honor irisados fuegos de artificio y le saludan con el estruendo de gigantescos castillos de pólvora; le festejan con sus danzas y canciones, no obstante su miseria y sus penurias, que cada vez aumentan, debidas precisamente a su pertinacia en seguir siendo la norma de lo actual. Pasado que sonríe satisfecho desde el semblante y el atuendo de las imágenes enjovadas que sobre sus andas magnificas son cargadas por sus parroquianos; se refleja cegador desde los espejos de los monumentales altares, fulgura en el cromatismo de los trajes de la abigarrada multitud y con la dulcedumbre voluptuosa de su presencia y desarrollo, enerva la voluntad y achata la mente. Por mucho de que, al correr del tiempo, allá se vaya despintando o se deshilache; que aquí, la roa la carcoma o sea oropel, en vez de oro auténtico, hojalata, en lugar de material argentífero, vulgar estameña por fino y costoso brocado.

Pese a los impactos del tiempo, la procesión del Corpus, desde hace siglos, sigue su curso alegre, pomposamente. Se sobrepone a todos sus desmedros, gana rebeliones y cambios políticos y al punto vuelve a ofuscar con su mágica lumbre a generaciones y pueblos.

La fiesta fue instituida por el virrey Toledo, en 1572, en sus célebres «Ordenanzas», dotada de ese vigor y movimiento, de esa luz y colorido con que nos ha llegado hasta la actualidad. Claro está que esas pragmáticas sobre el «Corpus Christi», que aquél dio, durante su estada en el Cusco, con detalles tan singulares, fue más por razones de gobierno que por simple espíritu religioso.

— «Que la víspera de la dicha fiesta, el corregidor aperciba a los indios de las parroquias para que limpien las calles y las tengan enramadas y entapizadas con lo mejor que en sus casas tuvieran.»

— «Que se junten en cabildo todos los mercaderes y oficiales de todos los oficios y se les obligue a que cada oficio saque su danza y auto de representación, examinado por el Ordinario.»

— «Que asistan a la fiesta del Corpus, Letanías, Jueves Santo y Votos de la ciudad y que se les explique por qué se hace esto, que reemplace a sus idolatrias.»

— «Que los caciques e indios que se hallaren en esta ciudad saquen de cada parroquia dos o tres danzas y sus

andas y pendones y vengan sacerdotes de ellas que procuren que la dicha fiesta se haga con la solemnidad debida.»

— «Que se obligue a los indios de las parcialidades a concurrir a la procesión para impedir las borracheras y que se prohíba que ninguna mujer esté en las dichas ventanas, por la parte y lugar que ha de pasar la procesión, porque de ir en la procesión hombres que tienen las dichas mujeres también parece que es inconveniente.» (1).

(Párrafos copiados, por el autor, del «Libro de Cabildos del Cusco», que en manuscritos originales existe en la Biblioteca Morgan, de Nueva York.)



Toledo pretendía extirpar las costumbres que en su visita al Cusco aún prevalecían entre los indígenas, como la de celebrar la fiesta del Sol o «Inti-Raimi» y conducir con tal motivo las momias de sus antepasados a la plaza mayor —al mismo sitio que ocuparían luego las imágenes del culto español—, para «mocharlas» y festejarlas, con sus danzas y canciones. Ceremonias y festejos que coincidieron con el Corpus católico, entre mayo y junio. A pesar del tiempo transcurrido, desde la toma del Cusco por los españoles, el autóctono no pudo deshacerse sin más de sus ritos y costumbres tradicionales.

A fin de aquietar el ánimo conturbado de los pueblos aborígenes, el emisario de Felipe II y representante de la Contrarreforma, con sutileza escolástica, hizo que el Corpus sustituyera al Inti-Raimi, aún con más pompa y boato que jamás y que los Patronos de las parroquias remplazaran a las Momias en la pintoresca exhibición procesional, junto con las danzas «taquíes» y demás tramoyas de la fiesta, para su ejecutoria espectacular.

(1) La letra fuerte de las predichas «Ordenanzas» fue en la parte que se refiere a las prohibiciones contra las borracheras y contra la concurrencia de las mujeres. «Las leyes se acatan, pero no se cumplen», decía el aforismo de la moral feudal. Y el Corpus, sin la concurrencia de las mujeres y sin el hartazgo en todo orden, no habría tenido la brillantez y sensualidad que constituyen su fama.

cular, acaso sin dejar de darse cuenta de que la ideología del catolicismo, de suyo abstracta y dogmática, caería en el realismo del espíritu popular, de aborígenes y mestizos, para cobrar resplandores de objetividad contraria a los fines religiosos. Pero los intereses económicos y políticos supeditaban cualquier consideración de orden simplemente místico.

Desde entonces, y con júbilo, en lugar de momias y de fetiches, el pueblo podría zarandearlos a su antojo, llevarlos en vilo, sobre sus andas joyantes, a todos los Santos del santoral católico, en sustitución de sus dioses penates. Podría ofrecerles las mejores dádivas, danzas y canciones en su homenaje, junto con sus tierras y su trabajo.

ES en la segunda mitad del siglo XVII que el Corpus cobra su mayor esplendor. Lo atestiguan los cuadros documentales existentes en la iglesia de Santa Ana del Cusco y las fuentes bibliográficas escritas al respecto. Aquella época marca la etapa ascensional del régimen explotador del país. Mayor enriquecimiento de la nobleza, lujo y vida dispendiosa de las clases altas, prepotencia del clero. Y al reverso, miseria y penalidades de los pueblos indígenas, que de vez en vez se sublevan contra sus opresores, clase artesanal cada vez más numerosa y empobrecida. Mas todos, miserables y potentados, nobles y plebeyos, acaso con más desprendimiento los de la base que los de la cúspide, concurren a darle magnificencia. Y hasta el sol invernal le es propicio, pues nunca como ahora resplandece desde un cielo de azul purísimo.

He aquí, en sus fases más importantes, cómo se desenvuelve el Corpus del Cusco, ayer acorde con el lujo esplendoroso de su sistema económico y de su ideología preponderante. Mas hoy, oropel antes que oro auténtico, en proporción lógica con el empaque colonial de nuestros días.

Puede que la descripción que va en seguida no corresponda exactamente a lo que es el Corpus en la actualidad. No obstante («en el carro del pasado, no andarás lejos», dice Gorki), por cualquier lado que extendamos la vista por nuestra serranía, la marcha del tiempo es tan lenta como el paso procesional de las santidades religiosas, que su rastro está apenas allí.

Terratenientes de la nobleza junto a humildes campesinos indios, vanidosos burócratas apretujados entre artesanos mestizos, señoras joyantes, de copete y sederías, a la vera de mujeres indias, no menos engalanadas con sus mejores trajes policromos, espectan o siguen el paso de las imágenes, plastecidas en cedro, que igualmente orgullosas se yerguen sobre sus andas magnificas y sobre los hombros de sus parroquianos. Son traídas para este día de las ocho parroquias en que Toledo dividió al Cusco, en número igual a la demarcación urbana de los tiempos incaicos. Masa humana y símbolos plásticos inmersos en el cromatismo de la gran plaza cusqueña, ahora foco de confluencia de todas «las luces de la ciudad» que en ella se reflejan. Ventanales y balconerías ornamentados con finos tapices;



EL CORPUS

monumentales altares, cuajados de plumes, orfebrería, espejos, gemas y demás obras de arte. La ciudad misma ostenta más que nunca el relieve de sus piedras decorativas, las tonalidades del afeite de sus magnas fachadas.

A la vanguardia de cada imagen, sea el Santo o la «Mamacha», camina el procerato parroquial respectivo. El párroco, los mayordomos, el alférez real de indios, disfrazado de «inca» —remedo del auténtico gobernante vencido, que hoy es simple mojiganga de Corpus—, los alcaldes, «varayoc» y demás optimates del barrio, del campanario. Todos risueños y arrebolados de ese calor de las sociedades feudales: el orgullo, la vanidad, la ostentación. Y todos prestos a la contienda, si es preciso, contra quien afirme que el mundo no termina en la colina del confín o que dude del poder milagroso de su prócer. Y el séquito de las cofradías de todas las advocaciones, desde la de «Las Once mil Virgenes» hasta la de «Las almas del Purgatorio» —formadas, en su mayor parte, por cholas opulentas, emperifolladas con numerosas polleras, que abultan más su corpulencia física y envueltas, además con mantones de luces, que acrecientan el cromatismo del concurso.

Murgas de músicos de todo jaez, desde los instrumentos de viento y percusión de la época precolombina, putuos, chirimias, trompetas, bombos y tambores de las bandas indígenas, hasta las estudiantinas de arpas, violines, charangos y guitarras. Y como la voz cantante e imperativa de la abigarrada multitud, que ondula por todos los confines, la algarada jubilosa de los numerosos campanarios que circuyen la ciudad, conjugada con el fragor de cohetes, bombardas y castillos de pólvora, con la mareta tumultuosa de la pasión popular, cargada de vehemencia pronta a estallar también.

El desfile de las imágenes, del día de «La Entrada», es la reproducción de costumbres de la sociedad feudal. Con las mismas preeminencias y vanidades de los hombres, transferidas a los símbolos antropomorfizados. Los Santos también, como los hombres de la clase dominante, se disputan el primer paso, la derecha, el mejor sitio, el traje y la joya que más deslumbren, igual que tienen parecidas ansias de poseer tierras y riquezas. ¿No lo hacen así doctores, jefes, terratenientes? Y la santa pugnacidad llega a veces a la contienda real, cuando San Jerónimo y San Sebastián o San Cristóbal y San Blas se disputan, a golpes de andas, la preferencia de la calle, de suyo estrecha, para pasarla antes. O se hacen venias y genuflexiones, de ceremoniosos cortesanos.

Rompe la marcha San Jerónimo, traído de su parroquia, distante dos leguas de la ciudad. Grandioso, grave el ceño, bajo un enorme sombrero campechano, de teja, rojo. De túnica escarlata, cubierta por un roquete de fina hechura monjil. Ostenta, en una mano, la pluma de la sabiduría doctoral y, en la otra, el libro con la llama de la Fe; todo de plata. Libro y pluma que para los sencillos habitantes de su parroquia son los símbolos que les recuerdan a los curiales de la aldea que con plumas de ave y libros de pergamino

los despojan de sus pequeños bienes cada vez más. Emerge la corpulenta figura del magno Doctor sobre unas recias andas de roble, que en la base y a ellas adherida tienen un descansillo. Marcha sobre los hombros de cien hombres fornidos, como el roble de las andas, con los carrillos hinchados por la coca, néctar de la fuerza, escorzados en expresión de pesadumbre y de avance, al son de pututos, flautas, bombos y tambores. Acaso así eran llevados antiguamente incas y curacas, fetiches y momias.

San Cristóbal, de proporciones plásticas agigantadas, envuelto en un rico manto de tisú, sobre una túnica de damasco anaranjado. Como el dogma que representa la vida del Santo no podría ser mejor explicado, al sencillo feligrés, que materializando la escena culmen de esa vida, he aquí el cuadro plástico que lo interpreta: la imagen tiene la actitud de atravesar un río —el «río» son unos espejos que exornan la peana, por donde «corren» unos «pescados» de cartón, recortados—. Sobre uno de sus hombros lleva al Niño, con la expresión de estarlo sosteniendo en su «extraordinario» peso y con la otra mano se apoya en el sostén de un «árbol», para no resbalar. Realismo ingenuo, para el pueblo de analfabetos.

San Sebastián, una escultura del artista mestizo Melchor Huaman, de fines del siglo XVII, con sus bruñidas saetas de plata, sobre su cuerpo desnudo y «atrinchado» al árbol de su martirio, árbol sobre cuya copa, cubierta por ramas frescas y auténticas, para la ocasión, se posan unos loros, asimismo reales, amaestraos para el caso por una matrona de la parroquia, que en el resto del año los mantiene con los frutos de las tierras que para este objeto fueron donadas por un devoto del Patrón. Locuaces trepadores que chillan por encima de la imagen y hacen santiguarse a las beatas de la comparsa con las interjecciones y blasfemias que lanzan, remedando el procaz lenguaje de sus cargadores, ya descontrolados por el alcohol y el entusiasmo. Loros «adivinos», además, ante quienes acuden los que sufren algún robo, para descubrir al ladrón. Hay en los indios que cargan sus andas, muchos de ellos auténticos descendientes de incas, una expresión de fiera agresiva. El alcohol que se bebe en cada descanso los encorajina más. Aman a su Santo como antes lo hacían con su «huaca» máxima y si antaño se nombraban, en nomenclatura totémica, «Inca-Rocas» o «Ayarmarcas», todos son hoy «donostiaras» o «sebastianos». ¿Habrà otro más fuerte que su Patrón? Que venga y verá, como verá San Jerónimo, que para concurrir a la ceremonia, desde una legua más allá, tiene que pasar forzosamente por las heredades de aquél, por más que sus parroquianos lo conduzcan, con sigilo, a media noche, para burlarse de sus rivales. En la contienda del Octavario saldrán los delanteros con las cabezas pero todos resistirán heroicos las acometidas del contendor. «Phosphus» y «Champas» mantendrán por siglos la rivalidad de las dos parroquias, fomentada por el régimen político eclesiástico, por las oposiciones económicas impuestas por los dominadores.

San Blas, el Obispo, con toda la comparsa de acólitos y monaguillos, en pintoresco grupo escultórico, ideado con ingenuo humorismo por un párroco de hogaño, luciendo sus finos guantes escarlata, por cuyo detalle motejarán a sus parroquianos de **yahuarmaquis** (manos ensangrentadas). En los primeros años de la República, cuando el país era objeto de constantes facciones, entre los bandos de los generales que se disputaban el poder, los «yahuarmaquis» serán afamados montoneros y adalides de las mesas electorales, que garrote en mano impondrán unas actas políticas. Y en todo tiempo, serán vehementes, aunque extraviados avizores de las tradiciones religiosas del Cusco.

Santiago, aquel «¡Santiago y a ellos!» de los conquistadores, que según creyentes cronistas, como Garcilaso, descendió del cielo a socorrer a los españoles sitiados por Manco II, con iguales ímpetus que en Clavijo. Mas al cabo, brujos y hechiceros indios lo hicieron su Patrón favorito, en sustitución del numen del Rayo y del Trueno, meteoros a los que, como buenos agricultores, adoraban en tiempo del inca. También lo creen padre de los leporinos. Avanza marcial, enhiesto, sobre su caballo blanco, que atropella a los «herejes» y embrazando la espada flamígera, cual un Pizarro —en la Colonia— o, posteriormente, cual un Mariscal de Ayacucho, pues el Mariscal Agustín Gamarra, uno de los próceres de aquella jornada emancipadora, obsequió a la imagen de sus preces militares. Entonces, a su conjuro, las facciones republicanas cambiaron el grito: «¡Mueran los chapetones!» Hogaño, el abandonado Patrón de las Españas, trajeado de «ayacucho», luce apenas unos mantos raídos y unas polainas y espuelas de cobre, como cualquier terrateniente venido a menos.

San Pedro, San Antonio, San José y cuantos otros «acompañantes» de las Virgenes, en el abigarrado desfile. Este último, cargado por los mozos casaderos, con la esperanza de que el Patrón les proporcionará con esta ocasión novias guapas, así sea solamente en matrimonio de «prueba».

A la zaga de los «caballeros», siguen las damas o Virgenes, más corrientemente llamadas por el vulgo «Mamachas».

Santa Ana y Santa Bárbara, traídas de sus parroquias aledañas; de modestos atuendos, como de damas aldeanas, «fuera de moda».

«La Candelaria», sobre sus andas de fina plata repujada y luciendo en los dedos de las manos y en sus regias vestiduras costosas joyas, que pueden rivalizar con las de la matrona más rica.

Y por fin, la Virgen de Belén o «Mamacha Belén», como la nombra el pueblo mestizo. Escultura que según la tradición pictórica existente en un cuadro del trascoro de la catedral, fue traída de España, como obsequio al Cusco del Emperador Carlos V, juntamente que la del Cristo de los Temblores. Acrecientan su ajuar trajes, coronas, joyas de todo orden, que representan inmensas fortunas, acumuladas en el curso de los siglos por constantes donativos de los fieles. Obras de arte colonial forjadas por los mejores artistas

del Cusco

El Dr. Juan Lazarte

de cada época. Acaudalados eclesiásticos y terratenientes, nobles de alcurnia como modestos devotos del pueblo, la hacían con frecuencia su «heredera universal», como si se tratara del deudo más próximo. «Mamacna Belén» y «Faitacha Temblores» son las imágenes a las que con mayor fanatismo profesa un culto especial, cierto sector del pueblo cusqueño. A aquella, de preferencia, la trabajadora de los mercados y del pequeño comercio doméstico, que por lo mismo tiene preeminencia económica sobre el varón de su clase e impone la imagen de su devoción como símbolo de sus rezagos matriarcales. A éste, como ya se ha dicho, le rinden culto artesanos y reaccionarios, igualmente como al símbolo de su respectiva influencia social. «Mamacha Belén» es casi un modelo para la chola ostentosa y elegante. Usa como ella zarcillos, «chupetes», «caravanas», anillos y broches de oro y pedrerías de recargado estilo «crespo», tan grato para el gusto popular.

Cientos de hombres, todos artesanos y hasta mujeres varoniles que los turnan, cargan las andas de la famosa escultura, la «Madre» de sus fieles. Claman cientos de voces: «¡a la derecha!», «¡a la izquierda!», ebrios de alcohol y de fanatismo, vomitando a ratos crudas interjecciones, que restallan en el ámbito saturado de mirra, avivada desde los plebeteros e incensarios por damas y monaguillos. Cargadores y fieles escrutan lo más recóndito de lo que en alguna forma pudiera comunicar la efigie. Si las andas están llevaderas, livianas —aquellas andas recubiertas con ingentes arrobos de plata forjada—, habrá abundancia y felicidad para todos. Si, por el contrario, pesan más de la cuenta y oprimen los hombros de sus cargadores, mal año se anuncia, habrá hambrunas y condenación eterna. Lo mismo si su semblante parece risueño o fruncido, alegre o penoso, pálido o sonrosado. En la deducción positiva, sol y lluvias, armoniosamente, fertilizarán las tierras, madurarán los frutos, se aplacará la miseria de los humildes y de los pobres. No obstante, si las lluvias son demasiado torrenciales y los aluviones anegan los sembríos con su copioso don o si, a su vez, el Sol es demasiado ardiente y contumaz para poblar el cielo de nubes preñadas de vapor de agua, falta que reseca la tierra y esteriliza las sementeras o si la tierra tiembla y se zangolotea el universo, entonces la volverán a bajar de su altar y la sacarán otra vez de su iglesia para que recorra las calles y la naturaleza se rectifique, de acuerdo con las necesidades colectivas, puesto que el campo se sigue cultivando con la técnica rutinaria del pasado.

En medio de la algarada infernal, difícilmente gana distancia la procesión, por la pugna estudiada de diestras y siniestras, de zagueros y delanteros que quieren detener el tiempo, mientras la imagen, con el Niño a cuestas y el angelote que por atrás sostiene el parasol, trepidan a su vez y se aferran a sus remaches, para no caer. Desaforados gritos, angustiosas exclamaciones que distraen a los devotos rezadores.

Teatral «entrada» de ingreso a la plaza mayor del Cusco de tantas imágenes

parroquiales. Y aún queda el remate de la sugestiva procesión. Las efigies se dividen en dos grupos: por un ángulo de la plaza hace su ingreso «La Candelaria», con el séquito de los Santos que la acompañan; y por el opuesto, lo hace «Mamacha Belén», con los suyos. Ambos grupos penetran sucesivamente, antes de llegar a la meta final, que es el atrio de la catedral, por los «descansos» o «salas», que son monumentales castillos de pólvora, que luego atronarán los aires con su espantable estallido. Allí cada mascarada ejecuta sus danzas y cada coro entona las canciones ditirámicas a las divinidades. Así, hasta emplazarse ordenadamente y «contemplar» el espectáculo de la quema de los castillos, sobre cuyos remates se ostentan fantoches o «fantasmas», con juegos de artificio por dentro, y que cuando se inicie la quema hacen por los aires piruetas y disloques estrafalarios, para solaz de la multitud. Esos fantasmas, muchas veces, representan la caricatura de algún personaje de la época, puesto en sátira pública. Alguna vez, la reacción clerical colocó allí la imagen de Bolívar.

Terminada esta parte del espectáculo, las imágenes ingresan al fin a la Catedral, bajo cuyas bóvedas quedarán por ocho días consecutivos, en sacro concurso. Después, cada Santo vuelve a su parroquia respectivamente, a reproducir semanal y alternativamente, la fiesta que se hizo en grande en la plaza mayor cusqueña, por casi todo el resto del año.

Alegres mascaradas, danzas y música por doquier. Jubiloso triunfo de la conquista, culmen de lo más nefasto del feudalismo colonial.

● Continuará ●



EN vida nada ruidoso, el compañero Juan Lazarte se nos ha ido en silencio. Los lejanos ignorábamos que estuviera enfermo de morir. Nos ha enterado la muerte misma. Mala mensajera.

En el cúmulo de dolores que colecciona nuestra limitada existencia, hay que agregar, de vez en cuando, un dolor nuevo. Se extingue el amigo de siempre y ninguna amistad nueva cubrirá su plaza. Es como el hijo que se nos muere entre seis hermanos. Ninguno de los restantes llenará el vacío que deja el ausente en el corazón de los padres.

A la presencia moral de Lazarte los europeos estábamos acostumbrados. Ni un retrato del amigo americano se nos ha puesto, jamás, al alcance de los ojos. Pero sus cuartillas caían en descenso de palomas sobre nuestra mesa de trabajo; imagen que acude sola por lo querida y cantada que es la paloma en el país de los gauchos, tan caro a Lazarte, a Luis di Filippo, a Santillán, igual que lo fue para Alberto Ghirardo, González Pacheco, Gilimón, Maturana, Florencio Sánchez, Raúl Carballera...

Palomita blanca, vidalita,
pechito encarnado.

Quando a nuestro Alaiz, tan ebrino, tan universalista, le daba por el momento de feliz inconsciencia que suelen experimentar los sensibles, masculaba algo como eso cual si le escapara de su pampa íntima, de su planicie interior libertaria.

El doctor Lazarte no daba en sus escritos idea de ser un agitado, un ruidista, un furioso caballero del desierto. Por éste andan los lingers, quedando Lazarte en su estudio, con sus enfermos, con sus meditaciones. Preparado a la sajona, no resultó agitador, sino deductivo. Sus trabajos sobre federalismo, sobre emancipación de las universidades, sobre medicina social, amplia y extensamente concebidos, pueden dar la medida de este Juan Lazarte que hemos perdido.

Desde Buenos Aires, Rosario o San Jenaro (Sta. Fe) desparramó por el orbe sus fundadas reflexiones, siempre conducentes a un mejor entendimiento entre las personas y su sociedad; siempre tendentes a la reconquista cordial y libertaria de los pueblos. El problema igualitario y de la moralidad social lo tenía absorbido, probando superaciones del mismo en «La Protesta» bonaerense, en ediciones de «Tierra y Libertad» de Barcelona, en «Solidaridad Obrera» de París, y en una multiplicidad de periódicos y revistas existentes o ya periclitados de la América central o sureña.

En cuadernos o libros le conocemos «La socialización de la Medicina», «La Reforma universitaria», «La locura de la guerra en América» y «La crisis mundial del capitalismo». Su libro mejor, el de su noble existencia, lo cerró para siempre el día 19 de julio de 1963, justamente en el XXVII aniversario de la máxima revolución española.

JUAN FERRER

Paris, septiembre 1963.

IDEAS FORMAS Y COLORES

Arte español en París



SI Roma fue en la antigüedad cuna y pezón del arte pictórico. París es actualmente su mejor escaparate. En todo tiempo y circunstancia, lo mismo en el famoso Museo del Louvre que en el típico Montmartre, en las humildes barracas del Sena como en la más recóndita estación de «Metro», se ven, en relieve, cuadros, diseños, postales y pintores de todo noble pelaje.

Al margen de la técnica y los temas, es indudable que la luz juega un papel «histórico» de primer rango en el particular universo de la pintura. Podrá haber luz sin cuadro, pero no un hermoso cuadro sin luz. Luz que lo mismo puede emerger del crepúsculo radioso, de unos ojos enamorados, que de la sedosa grupa de una yegua andaluza. Y, sin embargo, en París raramente se ve asomar el sol. Ni en invierno ni en verano. La luz brilla por su ausencia. «Ville-Lumière» debe de ser un título convencional que ostenta la capital de Francia en función de la magnífica geometría electro-publicitaria que ilumina, durante la noche, sus bulliciosos bulevares y sus monumentos históricos.

Bajo este signo ha nacido naturalmente la Exposición (en tres tiempos) de la «Asociación de Artistas e Intelectuales Españoles en Francia», instalada en la sobria Galería de la «rue Paul Cézanne». Desde el 17 de julio hasta el 14 de agosto ha ofrecido en sus muros y en sus ángulos valiosas obras de pintura y escultura originales de 25 artistas españoles, cuyos nombres todos nos abstenemos de citar por no incurrir en monotonía.

Nosotros hemos visitado la Exposición en su tiempo postrero que el programa oficial titula «3 Grupos», con obras de Arche, Llorca, Tito-Livio de Madrazo, Meurs, Quero Ortega, Ugarte, Conchita Benedito, Sebastián y Gallo.

En vitrina impresiona por su alegoría y color un lienzo de Madrazo. Este artista, por razón exclusiva de apellido, puede gozar de una ilustre aureola en el mundo ibérico de la pintura. Algo de ello lleva en su instinto y en su genio. El cuadro que tenemos delante forma parte de una serie completa elaborada con vistas a cierta exposición neoyorquina, y para la que el pintor tuvo que meterse desnudo en las aguas misteriosas y vitales de la obra poética de Federico García Lorca. Se trata de una gitana que baila sobre las llamas del instinto ancestral de su «raza», la danza de los deseos, la audacia, la lujuria, el embrujo y el miedo. La figura humana parece descomponerse en fragmentos de líneas y colores que luego se vacían en un charco de sangre y de ensueño como es, en esencia, la obra lorquiana. Los dedos de la bailarina parecen puñados de lagartijas sueltas en el aire ardiente de la música y los deseos. La falda se ondula, también, en contorsiones felices, y allá en lo alto del cuadro el rostro tostado y enjuto de la hembra que mira hacia...

«Un horizonte de perros
ladra muy lejos del río.»

y que no cesa en su empeño y en el ritmo biológicamente rituales hasta que el gitano pueda decir estremecido:

«Sus muslos se me escapaban
como peces sorprendidos.
La mitad llenos de lumbre;
la mitad llenos de frío.»

En un ángulo de la sala y en recatado pedestal vemos una escultura femenina que tira de nuestra atención y nuestra sensibilidad, La joven desnuda. Es el candor, la ingenuidad y la pureza hechas piedra. En arte resulta fácil hacer hablar, expresar ideas y emociones a la letra, al lienzo o al pentágono, pero es extremadamente complicado hacer hablar a la piedra. Por eso no abundan los Rodin, ni los Benlliure. Esta escultura modesta y candorosa, cuyo padre no conocemos, es digna de todos los elogios. Al menos moralmente y en orden a nuestros gustos personales, ya que desde el punto de vista técnico somos profanos en tan alta materia.

Hay otras figuras escultóricas de carácter abstracto, cuyas líneas y expresiones poseen, a simple vista, un valor efectivo, pero en cuya intimidad artística y simbo-

lismos nos prohíbe entrar nuestra tímida ignorancia.

La pintora Conchita Sánchez Benedito y Javier Sebastián, están abundante y atractivamente representados. Sebastia imprime a sus cuadros una atmósfera y una intención poética muy singulares. Conchita no le va en zaga, aunque su estilo camina por sendas más ortodoxas.

¡Bien por la «Asociación de Artistas e Intelectuales Españoles en Francia! Con esta Exposición ha puesto un jalón de valor artístico en los contritos caminos del exilio y por la exaltación de los valores culturales ibéricos. Unos valores que lo serán realmente en la medida en que la Asociación, sus obras y sus hombres permanezcan al lado del pueblo al que se deben, en sus costumbres, tradiciones, alegrías, angustias y en sus luchas tenaces por la Libertad y la Justicia. Como hicieron cada uno a su manera y en su tiempo Cervantes, Goya, Quevedo, García Lorca, Casals y Antonio Machado. Porque el arte sin la preocupación ética del humanismo es una faena estética de dudosa utilidad.

CONRADO LIZCANO

Paris, agosto 1963.

LOS

«La Revolución española, las Izquierdas

LA obra de Burnett Bolloten «El gran camuflaje», o como la intitulan los editores mejicanos: «Las Izquierdas españolas en su lucha por el Poder», parece estar condenada a ser mal traducida. Los editores españoles se han ensañado, dando al castellano una versión carente de toda honestidad. Las omisiones y las adulteraciones son múltiples; la deformación del texto original, flagrante. Esta desfiguración sistemática de la Historia obedece a justificar una acción político-militar injustificable. Quienes en este sentido operan, ponen precisamente al descubierto la fragilidad de las razones aducidas en favor de su causa. La versión española ha convertido en vulgar pamfletito una obra maestra en historia social contemporánea.

Actualmente el autor se encuentra en litigio con la casa editora. Quiriendo salvar su honradez intelectual, ha desautorizado públicamente dicha edición española, declarando, además, como sola edición castellana por él autorizada esta publicada en Méjico. La traducción efectuada por la Casa JUS es, sin lugar a dudas, fiel reflejo del pensamiento original, si bien hemos de lamentar algún error involuntario, de cuya involuntariedad estamos seguros.

Este notabilísimo relato de Burnett Bolloten es producto de veinte años de paciente y escrupulosa investigación histórica. Trata de restablecer dos aspectos de la revolución española, frecuentemente menospreciados por quienes se han ocupado de nuestra guerra, a saber: la revolución social realizada en el campo de las izquierdas, y la infiltración de los

comunistas en casi todos los puestos clave del Estado. Revolución social, como señala Bolloten, mucho más profunda que la revolución bolchevique desde sus primeros días. Transformación social llevada a cabo por el dinamismo arrollador del Movimiento Libertario, y no por decreto, sino por la capacidad constructiva de las fuerzas obreras. Y decimos arrollador, porque el espíritu revolucionario de la CNT-FAI arrastró a otras formaciones políticas y sindicales a la obra de la reconstrucción revolucionaria del país.

Con una documentación aplastante, Bolloten esboza en términos concretos las realizaciones efectivas de la revolución: incautación de fábricas por la clase trabajadora, la puesta en marcha de la economía de zona libre, tanto en la ciudad como en el campo, y como contrariamente a lo que tan burdamente se ha dicho, raramente se colectivizó por la fuerza. Señala también los progresos técnicos introducidos en las fábricas colectivizadas, el saneamiento de los locales, las mejoras para la clase obrera teniendo en cuenta las necesidades de la sociedad. Se tendía, además, a la socialización total, lo que hubiese subsanado ciertos errores de coordinación. Este aspecto de nuestra revolución se ha ocultado desde sus inicios de forma sistemática. Véase el papel jugado por Alvarez del Vayo, a la sazón ministro del Exterior, quien censuraba toda noticia sobre el particular.

Contra la revolución estaban desde los republicanos moderados hasta los comunistas, exceptuando la parte izquierdista de la U.G.T. En un dos por tres la clase media desapareció como fuerza rectora

El gongorismo en la Nueva España

EN tanto que don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza triunfaba en Madrid como poeta dramático, el gongorismo dominaba en México con su secuela de extravagancias y pedanterías.

Conviene recordar bien lo que era el gongorismo, conocido asimismo por cultismo o culteranismo. Derivado directamente del abuso que de la imagen y de la cita mitológica hacia la Escuela Sevillana, era un recargamiento tal de preciosismo y referencias al mito pagano, que se llegaba a ocultar el asunto o fondo de la poesía: algo así como si a una mujer bellísima se tratara de embellecerla aún más cubriéndole de joyas y galas el rostro y la suave gracia de sus naturales formas con un total disfraz de brillos y damascos primorosos. Y encima de todo esto, se quisiera justificar tan grave pecado estético alegando que la verdadera belleza de la mujer no es la mujer mismo, sino su adorno.

De la confusión reinante en las Letras Mexicanas (ya a comienzos del siglo XVII) da buena idea la curiosísima *Poética* del padre Bernardino Llanos, publicada en la capital de la Nueva España, en la que se enseñaban novedades tan absurdas como el centón, el pangramatón, el metronteleón, y pare usted de contar por no

hacerse interminable (como suele decirse cuando la cuenta es larga); que sólo de sonetos se citaban en dicha obra más variedades que de frijoles hay en las huertas.

Consistía el centón en formar con los versos de un poema famoso —preferentemente de Góngora— otro poema diferente, lo cual era suplicio tan refinado, que parecía invención del propio demonio. Y así ocurrió que el pobre licenciado Francisco Ayerra y Santa María enloqueció por lo menos en tres cuartos, si no en un entero, al tratar de sacar el centón de las obras completas del insigne cordobés.

Y el pangramatón se lograba, primero, con la ayuda de Dios, que buena falta hacía, y, después, naciendo entrar en un verso o línea métrica nada menos que todas las letras del abecedario. Y, en cuanto al metronteleón, éste se obtenía si el poeta lograba concertar en otro solo verso todas las partes de la oración gramatical. Y el conseguir un pangramatón que fuese, de añadidura, metronteleón, eso era como el sursum corda lírico, por decirlo de algún modo.

Pero no se estaba aún sino en el principio. Antes que gongorismo propiamente dicho, petulancia y genialidad de bisutería. México era tierra feraz para el brote

de estos líricos dislocamientos sin objeto, debido a que, en la Nueva España, la poesía, no solía producirse espontáneamente, sino que era fruto —más que flor— de la sapiencia universitaria. No había, en efecto, poeta que no fuese profesor o colegial. No habría sido necesario un Góngora hispano para que en México hubiera un gongorismo «sui generis». De todos modos, este afán de creación y de originalidad, aunque se lanzase por caminos de extravagancia, significaba mucho en pro de las Letras Mexicanas, que ya entonces eran la vanguardia de la Literatura Hispanoamericana.

La plena gongorización de la Nueva España ocurre ya bien entrado el siglo XVII (*La Poética* del padre Llanos había aparecido en 1605). El genio sin par del nuevo estilo paradójico —tan refulgente y, sin embargo, tan obscuro— es el poeta Luis de Sandoval y Zapata, en cuyo honor agitaron sus contemporáneos todo el gran bombo de los elogios. Se le tenía por muy superior al mismísimo Góngora. Parece que el libro de versos titulado «Poesías varias a Nuestra Señora de Guadalupe», de este Sandoval y Zapata, fuera el «non plus ultra» de la Lírica, por lo que de él decían. Sirva de muestra el siguiente soneto, entresacado de la referida obra:

(A NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE)

El astro de los pájaros expira
aquella alada eternidad del viento,
y, entre la exhalación del movimiento,
víctima arde olorosa de la pira.

En grande hoy metamórfosi se admira
mortaja a cada flor; mas movimiento
vive en el lienzo nacional aliento
el ámbar vegetable que respira.

Retratan a María sus colores:
corre cuando del sol la luz las hiere
de aquestas sombras envidioso el día.

Más dichosas que el fénix, morís, flores:
que él para nacer pluma, polvo muere,
pero vosotras para ser María.

Es innegable que en este soneto hay algunos versos muy bellos; pero la afectación y la obscuridad malogran la joya.

Este poeta publicó, además, un *Panegírico de la Paciencia* (1646), que sólo a fuer de pacienzudo podía leerse.

Figura Sandoval y Zapata entre los numerosos versificadores llamados del *Triunfo Parthénico*, por haber sido incluidos en la voluminosa obra del mismo título, confeccionada por don Carlos de Sigüenza y Góngora con las sesenta y ocho poesías premiadas, y algunas más, de las quinientas y pico que se enviaron al Certamen organizado por la Universidad, en 1682, en honor de la Inmaculada Concepción.

Y aquí vienen bien las sabias palabras de don Carlos González Peña en su notable «Historia de la Literatura Mexicana»:

«Por lo que toca a los poetas, semejaba la Nueva España, en el siglo XVII, una greguería de urracas disonantes. Mas he aquí que, de pronto, escúchase un gorjeo melódico. Era la *Décima Musa* la que contaba.»

Hemos llegado a Sor Juana Inés de la Cruz.

ALFONSO VIDAL Y PLANAS

LIBROS

y la lucha por el poder» (1)

del país. Y paradójicamente, el minúsculo partido comunista, erigiéndose en defensor de la legalidad republicana y de la propiedad privada, dio cabida en sus filas a la desamparada clase media para fortalecer su demedrado organismo. Unos combatían a la revolución alegando que era necesario no asustar a demócratas posibles auxiliares en la lucha contra el irranquismo, y otros por servir los intereses de Stalin.

Que los comunistas rusos pacten con Dios o con el Diablo, allá ellos. Lo que no se puede admitir es que en sedicentes defensores de la clase obrera, la traicionen en sus intereses para acrecentar los de la URSS. Pues, tal fue la actitud del Partido comunista en la guerra de España, sabiéndose hoy el porqué Stalin ayudó a la República española. Ayuda que bien cara nos costó. Su política era muy sencilla: prolongar la guerra civil a fin de enfrentar las potencias del Eje con las democracias para dirigir el peligro hitleriano hacia el Oeste.

La capacidad constructiva del proletariado español es un hecho innegable, holiendo las cantilenas pseudo-científicas que intentan demostrar que los obreros españoles no estaban maduros para la revolución. Si consideramos la dialéctica marxista como método de investigación, hay que reconocer que la toma del Poder por la clase obrera en Rusia era un contra-sentido, y créase que en España las fuerzas obreras organizadas eran más densas y revolucionarias que las de Rusia.

Admitamos que se cometieron errores, no siendo aquel sistema el propio paraíso



terrenal. Pero no es menos evidente que la clase obrera supo sentar las bases de una nueva sociedad en la que la libertad individual será respetada y que la organización económica sea obra de los productores.

Tales son las lecciones que la revolución española nos brinda. No se trata ni de idealizar ni de menospreciar, y hora es ya de que los compañeros se lancen al estudio y análisis de su propio pasado sin prejuicios de ninguna clase, para lograr la semilla fértil que nutra a las nuevas generaciones. Porque hemos de tener presente que hoy, cuando las diferentes escuelas del socialismo marxista, y en particular del bolchevismo, ya no satisfacen a quienes con angustia se preocupan del futuro social, la experiencia de la revolución española puede servir de máximo ejemplo.

Creo que no existe ya otra alternativa que la revolución por la base, o la estatificación de la sociedad.

PASAMAR

(1) Traducción del inglés por Carlos López, Carmen Downs de McGhee y Luis Sierra Ponca de León, Editorial JUS, S. A., México.

XIII Festival Pablo

V IERNES, 26 de julio de 1963. Día señalado para que de nuevo abra sus puertas la iglesia de San Pedro a los aficionados de la buena música. El «Festival Pau Casals», el «Festival de Prades», como anuncian ciertos irreducibles, está a punto de dar comienzo y al igual que todos los años me apresto a deleitarme con la interpretación de excelentas obras ejecutadas por artistas de fama universal. Vamos a renovar añejos conocimientos y escuchar por primera vez a otros consagrados en verdaderas y difíciles obras maestras de la música clásica y romántica y admirar, seguramente que como siempre, pese a sus ochenta y siete años de edad, a Pau Casals, cada día un poco menos nuestro Pau Casals, ayer nimbado por los aplausos, devoción y hasta veneración de muchos corazones amantes de un pueblo que veía en él al símbolo viviente de las grandes virtudes individuales, patrióticas y humanas y hoy iluminado, además de su prestigiosa carrera de intérprete y dirección, por la gloria de un «Pesebre» y por la condecoración recibida de alta personalidad política, enemiga acérrima de las libertades de nuestro país. Si estamos convencidos que volveremos a admirar en él, su también clásica energía excepcional, su férrea voluntad y su indomable tenacidad musical, aquella grandeza de alma alimentada por las mismas fuentes del exilio y que nos hizo depositar en él la más amplia, sincera y noble esperanza, difícilmente la encontraremos. Pero, como no vamos ahora a juzgar su obra de hombre y sí la de músico, concentrémonos en nosotros mismos, que el acto va a empezar y avanzando lentamente está la figura simpática del notable violinista, ya conocido nuestro, Arturo Grumiaux. Su arte depurado admite no importa qué comparación. Su dominio del violín y su facilidad de ejecución son admirables.

Recibido por el público puesto en pie, como muestra innegable de la admiración que por sus cualidades siente, Grumiaux ataca la «Partita» en «mi mayor para violín solo» del difícil maestro Juan Sebastián Bach. Estamos en plena «fuga». Con el «preludio», el artista da la medida exacta de su talento y de su gran sentido musical, tocando el «luré» con una facilidad, habilidad y sentimiento digno de encomio. La «gavota» y el «minué» dejan amplio margen a Grumiaux para, con toda tranquilidad, hacernos comprender las altas dotes que le adornan. Con la «giga» cierra, ante el entusiasmo del público, una interpretación sin falla.

Otro consecuente enamorado del «Festival» avanza decidido. Es Horszowski, el excelente pianista, dispuesto a deleitarnos con la «Sonata en re menor, Opus 108» para violín y piano, pieza magnífica de Brahms, en colaboración con Grumiaux. Si éste nos demuestra su fuerza musical con el poder de su sonoridad y sentido de los reflejos melódicos, Horszowski sienta cátedra nuevamente de pianista pletórico de inspiración. Se deslizan majestuosamente el legendario «allegro», el expresivo «adagio» y el emocionante y admirable final que dejan perplejos a los numerosos espectadores.

Casals, Horszowski y Grumiaux dan fin al primer Concierto con el trío en «mi

por José GUIRAUD

bemol mayor, Opus 70 número 2» de Beethoven, la que con sus cinco movimientos alegra nuestros oídos. Ejecución impecable, ofreciéndonos Pau Casals su meticulosidad proverbial y un exaltante vigor, como en sus años mozos. Sus facultades siguen en pie, cosechando un nuevo y gran triunfo. El «Festival Pau Casals» ha empezado bajo los mejores auspicios, augurando unos días de felicidad sin límites a los aficionados.

SEGUNDO CONCIERTO

Por no perder la costumbre, llegamos justo a la hora de empezar el segundo concierto. Casi nos da por pensar que incluso los dos grandes artistas, Horszowski y Grumiaux, retardaron de un minuto el comienzo de su magistral lección a fin de darnos tiempo para sentarnos más o menos cómodamente, poder pasear nuestra mirada por la sala —vulgo igle-



Pablo Casals en sus 30 años, según el artista Callico.

sia— y darnos cuenta de que sin Casals el lleno era imponente y de que personalidades tales como Pedro de Mónaco, prefecto del Departamento y sub-prefecto de Prades, no rehuían su asistencia al «Festival», dedicado esta noche a la música de Beethoven, gran aliciente para los melómanos que, partición en mano, esperan placidamente el comienzo de la «Sonata en re mayor, Opus 2 número 1», ejecutada con una limpieza, arte y virtuosidad formidables, penetrando con toda dulzura en nosotros el ardor y la elegancia de su «allegro», así como las embrujadoras notas de la «Sonata en sol mayor, Opus 30 número 3», ofreciéndonos Grumiaux en el «minué» todo su lirismo y pasión, acompañado de un Horszowski, en plenas facultades de arte y sensibilidad.

Y ahí va la famosa «Sonata en la mayor, Opus 47», conocida mundialmente

por la «Sonata de Kreutzer, al haber sido dedicada por su autor al violinista Rodolfo Kreutzer, obra la más genial de piano y violín escrita por el exquisito maestro de Bonn, y en la que es necesario ser «algo» como solistas, si se quiere salir invicto de las tres partes sumamente variadas de que esta compuesta: «Adagio sostenido», «presto andante» y variación excelsa, para un final «presto» también, describiendo el incesante combate del maestro contra su propio destino. Noche de gloria para los dos artistas, pues si Grumiaux y Horszowski interpretaron la «Sonata» en sus difíciles páginas con una cierta reserva, el primero lanzó en todo momento hacia adelante sus baterías en sensibles intervenciones, mientras que, el segundo, con una facilidad sin igual, nos daba pruebas tenaces de sus admirables condiciones para el piano.

Ahora a esperar el tercer Concierto con la aparición de Alfredo Loewenguth, violinista que viene a sustituir a Grimeaux, y que obligado por sus —dicen— numerosos contratos, se ha visto obligado a dejarnos. Loewenguth es otro de los antiguos participantes, pero del cual, a decir verdad, no nos acordamos. Casals suponemos nos deleitará con la «Pastoral» de Bach y con el trío en «Do mayor, k 548» de Mozart.

TERCER CONCIERTO

El tercer Concierto empieza con la aparición del insigne pianista Karl Engel con la joya musical de Beethoven, «Sonata para piano solo en mi mayor, Opus 90». Historia de amor, reconocida por el conde Lichnowski al que la pieza está dedicada, fue magistralmente ejecutada por Engel, pianista sumamente fácil y de juego expresivo, acompañado del violinista Loewenguth oiremos la «Sonata en re mayor» de Haendel. Tres excelentes movimientos: «Adagio», «Larghetto» y «Allegro» reflejan, vivamente el espíritu de los felices intérpretes. Su claridad y equilibrio, junto a una suave melodía, fueron transportados al público por los dos artistas de acuerdo con la inspiración del maestro Haendel de manera sobria y brillantísima, convenciéndonos plenamente Loewenguth, pero sin hacernos olvidar a Grumiaux.

Llegó el turno de Pau Casals, el que acompañado por Engel ataca soberbiamente la «Pastoral» de Bach, su músico preferido y en cuya ejecución no tiene igual. La pureza del canto humilde, expresado por la voz vibrante del violencelo de Casals, muy bien sostenido por la armonía del piano, dio a los oyentes la impresión indefinible de una placidez pocas veces conocida.

«Trio en Do mayor, K 548» de Mozart. El Maestro Casals, Loewenguth y Engel en el pupitre. Menos difícil, tal vez el más fácil de los cuatro tríos escritos por Mozart, fue ejecutado con un sello de dulzura y de belleza verdaderamente inexplicable, porque la facilidad de tan grandes intérpretes se reduce a no saber traducirla como se merece. Su gloria es bien digna de sus méritos. Inclinémonos humildemente ante tanta maestría.

Casals en Prades

CUARTO Y QUINTO CONCIERTOS

Ausente del Departamento los días 29, 30 y 31 inclusive, lamento no poder escribir el adecuado comentario del cuarto y quinto Concierto del «Festival Pau Casals». No obstante, al no serme desconocidas la mayoría de obras ejecutadas y con el sano intento de no decepcionar por completo a los lectores entusiastas de la música de cámara, entre los que se cuenta el compañero y amigo Juan Ferrer, melómano empedernido, procuraré dar un sucinto relato de aquéllas. Vayan por delante mis más sinceras excusas, si mi noble ilusión vése convertida en banal pretensión, al no conseguir el propósito perseguido.

Dos sonatas de Mozart en el programa: «K 379 en sol mayor» y «K 376 en fa mayor». Las dos escritas por el Maestro en provecho de sus alumnos. Carencia, pues, de estilo, pero encantadoras por su dulce y suave melodía, oyéndose con auténtica satisfacción piano y violín, en sus sonidos armoniosos, interpretando unos movimientos lentos, ligeros, llenos de elegancia y de una ternura deliciosa.

Fantásticas «variaciones» y «fuga» encontramos en el tema de Haendel, para piano solo, «Opus 24» de Brahms. Dificultades de ejecución innumerables, desde el momento que los dedos del pianista deben nacer oír, por ejemplo, en la quinta variación, el sonido del clarinete y en la que hace once, si mal no recuerdo, el fluido son de la flauta, con dúo flautador (éste último especie de oboe) en la doceava, todo con una monumental riqueza de orquestales sonidos.

El «Opus 17 para violoncelo y piano», variaciones de Mendelssohn, me es totalmente desconocido. Conociendo a Mendelssohn, me atrevo a decir que deben ser bastante menos dramáticas que las de Brahms e incluso con menos ciencia. Armonía, o sea, grata variedad de sonidos, medidas y pausas en el lenguaje, con cantos suaves, limpidos y claros.

«Recital del tercer Concierto de órgano» de Bach. No es difícil suponer que Pau Casals obtendría un gran triunfo, acompañado del pianista Engel. Es su música. Sin ritmo alguno, y con una melodía fácil de captar, al tiempo que ligeras vocalizaciones e inflexiones que aparecen cuando menos se esperan.

En el quinto Concierto el «Quatuor húngaro», uno de los más antiguos y famosos conjuntos musicales, interpretó el «Opus 64 número 5 en re mayor», apellidado «Alondra», de Haydn, el célebre compositor austriaco. Escrita fue en 1790, en los tiempos en que, ya viejo, habitaba en el palacio del príncipe Esterhazy, apellidándolo «Alondra», porque en el tema siempre ascendente del primer violín, en el «allegro-moderato», se ha querido encontrar el canto de dicha ave en el que se percibe en los cuatro movimientos pléóricos de un estilizado clasicismo.

El «Quatuor en mi menor, Opus 59 número 2» de Beethoven, dedicado al embajador ruso en Viena, conde Rasoumowski, existe una gran variedad de motivos junto a un sentimiento extraordinario, con un «presto final», verdaderamente grandilocuente.

Las «Siete fantasías para piano Opus 116» de Brahms, es una pieza lírica de gran belleza, con una gracia y soltura dignas del gran músico. Sencillez y heroica crudeza, con unos tiernos latidos de hermosa placidez y efectos.

El «Quinteto en mi bemol mayor, Opus 44» del extraordinario Schumann, es una pieza melódica sin parangón posible, con un diálogo verdaderamente precioso entre el piano y el grupo de cuerdas, persuasivo, angustioso con su ritmo terrible de la marcha fúnebre y el grave final. Todo muy propio y muy digno de Schumann, el gran Maestro alemán, verdadero mago de las melodías de exquisita e inigualable inspiración.

Esperemos que hoy, jueves, dificultad alguna no habrá que me impida asistir al sexto Concierto, dedicado a Brahms y Beethoven.

SEXTO CONCIERTO

Siguen las «fugas» y las «variaciones» obligadas a causa de contratos imposibles de rehuir. Loewenguth y Engel se han marchado, apareciendo Katchen, otro conocido del «Festival», virtuoso de gran talento y de una sensibilidad elevada al máximo.

Calor sofocante y que no ha impedido el lleno enorme. La iglesia de Prades se nos aparece rebosante de gentío de «alto copete» y con sus verdaderos «fanáticos» modestos. Ni una sola entrada en taquilla y, a decir verdad, son de compadecer los que, «retardatarios», no han podido asistir al insuperable Concierto, extansiándose con el arte de los portentosos artistas del «Festival», que hacen vivir a sus oyentes momentos de dicha inefable. (Sin exageración alguna.)

Primeramente Katchen, el brillante pianista, se presenta con las variaciones sobre un tema de Schumann, «Opus 9» de Brahms. Riqueza melódica inimaginable, con un ritmo portentoso y una variedad primorosa, siendo los motivos vivos, nobles, acariciantes, logrando Katchen de manera magnífica dar a cada uno, con su facilidad pasmosa, la gracia y sentido adecuados.

A renglón seguido la «Sonata en la mayor, Opus 100» para piano y violín, salida de la ilustre mente del mismo compositor. Szekely, el sensible primer violinista del «Quatuor húngaro», junto a Katchen. Una obra con todas las características del Maestro, tanto por su estilo, como por su fondo, con sus tres movimientos: «allegro amabile», «andante tranquilo vivace» y «allegretto gracioso», que reflejan a maravilla el romanticismo afectuoso, amable y tierno, sentido por el autor, rayando a gran altura los intérpretes con su ejecución impecable.

Vuelve a aparecer Katchen, interpretando los «Seis de Stucke, Opus 118» para piano, de Brahms. Conocíamos al pianista, pero jamás creímos pudiera alcanzar la meta de lo sublime. Dominio, ejecución expresiva enorme, amplitud sonora y penetrante. Con tales triunfos, fácilmente se comprenderá que las «Seis Piezas» se reafirmasen como un verdadero modelo de música de Cámara.

Con el «Trío número 11 en sol mayor, Opus 121» de Beethoven, aparece en el es-

trado Pau Casals. Como siempre, los murmullos hacen también su aparición. Sale acompañado de Szekely y Katchen, y allá van dispuestos a interpretar la última obra escrita para piano, violín y violoncelo por Beethoven, la que, sometida a variaciones basadas en un aire popular, se hace difícil, por no decir imposible, elegir como mejor, no importa cual de sus movimientos; como, por ejemplo: la «introducción», verdadero caudal de inspiración; el «adagio», lleno de una sensible y grave efusión o el «allegretto», pléórico de vida. Realizando la ejecución con una conjunción prodigiosa, sin que ninguno procurara tirar en ningún momento agua para su molino, los tres insuperables músicos nos dieron del genial Beethoven la medida exacta de sus enormes facultades.

Hasta el sábado. En escena, Horszowski, Holliger, Vegh y el Maestro.

SEPTIMO CONCIERTO

Que sentimos una verdadera admiración por las dotes artísticas del excelente pianista Horszowski, es innegable. Admiración que no es debilidad. Es que Horszowski, sin aspavientos ni gestos extemporáneos, sino que siempre justo y elegante, preciso y sensible, sabe captar de manera impecable el verdadero sentido de las obras que ejecuta e infiltrarlo en el auditor imperceptiblemente, pero con una seguridad y firmeza impresionantes. Así, en la «Sonata en re mayor K 284», para piano, de Mozart, nos da musical elixir. Si dicha «Sonata» fue compuesta en Munich, allá por el año 1775 para el barón Dürnitz, interpretada fue por Horszowski el 3 de agosto de 1963 en Prades, para un público ávido de buena música.

Los «vivos movimientos» son, con él, de una robustez formidable. Las «variaciones», detalladas con gran finura. El «andante» cautivador, y, el todo, ejecutado de forma seductora. He ahí, someramente expresada, la interpretación de Horszowski ante un auditorio numerosísimo, de la «Sonata» de Mozart, la sola que entre las seis puede ser catalogada de «Gran Sonata».

No disipados aún los efectos del gran prodigio al que acabamos de asistir, se presenta otro músico de calidad y fama universal. Nos referimos a Heinz Hollinger, dueño y señor del oboe, el que acompañado de Horszowski, va a descubrirnos aspectos inesperados del genio de Schumann, con tres romanzas para piano y oboe, «Opus 94».

Mientras que Horszowski va bordando todas las gamas con una dulzura fenomenal, el oboista Hollinger, hace cantar, cantar, sí, su difícil instrumento, enajenando a los espectadores. ¡Maravilloso!

Dúo para piano y violín en «la» mayor, Opus 162 de Schubert, con el infatigable Horszowski acompañado del violinista Sandor Vegh. Las infinitas modulaciones, arrojadas, venemencia, dulzura y crudeza, existentes en la música del compositor de Lichtenthal, creador de la canción musicada, son expresadas con la marca indeleble de los dos grandes ejecutantes. Be-

Festival Pablo Casals en Prades

leza pura en la tierna melancolía y delicado sueño del «andante». Espiritualidad alegre, encantadora, en los «allegros». Exuberancia y majestuosidad en el «scherzo». Perfección constante en la ejecución.

Si Haydn opuso algunos reparos al «Trio en Do menor, Opus 1 n° 3» de Beethoven, cuando fue estrenada en el palacio del príncipe Lucanowski, a cuya representación asistió como espectador, debe achacarse, indiscutiblemente, a la envidia que en todo tiempo ha reinado entre personajes de calidad, ya que la pieza es excelente, con su carácter inquieto y apasionado, reflejo fiel del arte de Beethoven. Casals, Horszowski —¡aún él!— y Vegh, dieron fin a la gran velada, interpretando los cuatro movimientos con la maestría en ellos acostumbrada.

OCTAVO CONCIERTO

Con Sandor Vegh, el excelente animador y sostenedor del octavo concierto del «XIII Festival Pau Casals», nos encontramos ante «todo un señor artista». Fundador en 1935 del «Nuevo Cuarteto húngaro», más tarde, en 1940, «Quatuor Vegh», conquista el primer premio en el concurso internacional de Ginebra. En Europa y América conquista laureles, reemprendiendo parcialmente en 1954 sus actividades de solista. Su conjunto actual, inyectado con savia nueva de alta calidad musical, va a recrear nuestros oídos y los del numeroso público asistente al concierto, con el «Divertimiento en si bemol mayor, K 137» de Mozart, con su «andante», «allegro molto», y «allegro moderato», movimientos influenciados en gran manera por el galante gusto de la época.

«Concerto en fa mayor por oboe y orquesta» de Bach, ejecutado impecablemente por el fino solista Hollinger. Mientras que, en la «siciliana» Bach juega haciendo disertar oboe y orquesta con excelente humor, los dos «allegros», los alimenta con brillantes trazos en los motivos confiados a solistas, a quienes responde magníficamente la orquesta. Hollinger estuvo inconmensurable con su endiablado y maravilloso oboe.

Haydn, con su «Concerto en Do mayor» para violín y orquesta va a continuación, con Sandor Vegh de solista, alegrándonos con el estilo y brio de la partición. Al brillante «allegro» sucede un recogido «adagio», especie de cantilena salpicada de emocionantes colores armónicos. De repente, irrumpe el final con ritmo endiablado, con una mezcla de gracia y humor que contrasta con la meditación a que le impulsa el movimiento lento.

Y vamos a oír la partitura de un músico francés, J. M. Leclerc, con el «Concerto en Do mayor para oboe y orquesta, Opus 7, n° 3». En 1867 y en Lyon nació Leclerc, llegando a ser profesor y compositor, así como primer violín del duque de Gramont. Por motivos que se ignoran, amaneció un día asesinado.

Mezcla de gracia rítmica y pizpireta conversación, no hace perder al «adagio central» su tono expresivo, marcando una limpia evolución que hace presentir el movimiento lento, muchas veces patético de las modernas y grandes sonatas, ju-



Pablo Casals en compañía del geólogo y escritor Alberto Carsí, presidiendo la fiesta folklórica que el Grupo «Terra Lliure», de Toulouse, dio en beneficio de Solidaridad Internacional Antifascista el 27 de abril de 1952, en el Teatro Municipal de Perpignan.

gando el oboe un papel preponderante que Hollinger interpreta como un verdadero coloso.

Como final de velada nos es servido el «Concerto en fa» para tres violines y orquesta de Vivaldi. Los tres «movimientos» de que ese compone dicha partitura, el «andante» es el mejor, anunciando uno de los violines un tema al que se juntan los dos otros para terminar con un «movimiento» de apasionado lirismo. La orquesta, bajo la experta dirección de Sandor Vegh, nos demuestra las grandes dotes artísticas que poseen todos sus componentes. Cuantos elogios pudieran hacerse de tales músicos y de tan brillante velada serían pocos.

NOVENO Y ÚLTIMO CONCIERTO

Antes de comentar el último concierto del «Festival Pau Casals», digamos que el pasado domingo por la noche, tuvo lugar, en honor de los músicos participantes al mismo, una brillante recepción en la Subprefectura de Prades, a la que asistieron, además de los homenajeados, el prefecto de Pirineos Orientales, señor Dubois, el subprefecto y el señor Jacquet, presidente del Consejo General, y otras personalidades del mundo político, de las letras y del arte. desarrollándose la fiesta en medio de risueño y alegre ambiente.

Terminado el obligado «Eco de Sociedad», continuemos con nuestra tarea comentando el noveno y último concierto del «XIII Festival de Pau Casals».

La iglesia de Prades registra hoy un lleno verdaderamente imponente, siendo difícil que nadie pueda olvidar las maravillosas veladas que nos han ofrecido los eminentes músicos que en el «Festival» han tomado parte, «Festival» que, digase lo que se quiera, es único en reunir tan alta calidad de participantes. Maestros todos del arte musical.

La graciosa y exquisita obra de Mozart con su serenata en sol mayor «K.525», va a ofrecer a Sandor Vegh y orquesta, nueva ocasión para extasiarnos. Repitamos que dicho conjunto es admirable en todas las acepciones de la palabra. Todo el ge-

nio de Mozart nos fue revelado con una exquisitez sin igual.

Seguidamente el «Concerto para cuatro violines y orquesta, en si menor» de Vivaldi y a continuación la «Sinfonía» del mismo autor, también en «si menor» nos fueron brindadas. Las dos piezas deben mucho a la fuga y entusiasmo e incluso al lirismo con que los ejecutantes la interpretaron, sin que equivalga a decir que las dos piezas carecen de envergadura, ya que poseen, en ciertos aspectos, no escasas cualidades.

La orquesta, en supremo esfuerzo de voluntad y devoción, se presta a acompañar al maestro Pau Casals en las «Cinco Piezas» en concierto de Francisco Couperin, el más ilustre de su familia, en su mayoría músicos de gran talento.

Los aún ágiles dedos de Pau Casals y su embrujador violencelo, van a embelesarnos con el «Preludio», «Siciliana», «La Tromba», «Queja» y «Aire del Diablo», obras que constituyen un soberano hechizo, servido por un artista de una sensibilidad y delicadeza excepcionales. Y ahora, el «Cant dels Ocells» va a desatar los aplausos frenéticos del auditorio que, con un fervor sin igual y una emoción difícilmente contenida lo han escuchado. Casals, emocionado también, se inclina y saluda... saluda... El público empieza a desfilar lentamente, pesaroso, como si un sentimiento incontenible le embargara, viendo finalizada tanta belleza, tanta y tanta dulzura y espiritualidad como nos ha proporcionado el festival que acaba de morir, el «XIII Festival Pau Casals».

¿Hasta el próximo año, maestro, en el Palau de la Música Catalana, allá en Barcelona, en aquella Cataluña cantada colosalmente también por el insigne Jacint Verdaguer?

¿Quién sabe! Aunque bien lo desearíamos. Y vos también, ¿verdad, maestro?

José Guiraud

Elne, 7 de agosto de 1963.

TRES AMIGOS

ANGEL SAMBLANCAT, escritor de fuerza poliglota, de pluma rajante y en flecha de síntesis. Demolidor y constructivo, nihilista y a la vez artífice. Tiene centenares de artículos escritos en el exilio que claman una selección a ofrecer, en ramillete áureo, a las generaciones presente y venidera.

ALBERTO CARSÍ, sabio naturalista, hombre de progreso, maestro popular, amical, honesto y sencillo. Lleva publicados unos cientos de escritos bajo el tema de su especialidad, muchos de los cuales han de ser recogidos en haz de sabiduría aunada de belleza, para recreo de espíritus selectos y agradecidos.

JOSE MARIA PUYOL, escritor de enjundia, alma cervantista perdida en este cautiverio del exilio. Promotor del homenaje de la España libertaria a Miguel de Cervantes Saavedra en la propia cueva argelina en donde éste estuvo escondido para una fuga.

A estos tres hombres caracterizando la intelectualidad exiliada que nos es próxima, hay que editarles —a cada uno— un libro homenaje.

Escribase al efecto a Juan Ferrer, 24, rue de Ste-Marthe, París (X°).

Humor de la copla española e hispanoamericana

A María Quiroga Vargas,
como especial homenaje.

por Víctor VARAS REYES

EN las múltiples aristas del kaleidoscopio anímico, despléganse las alas de mil pájaros coloreados, afanosos por horizontes ilimitados: tal el juego emocional en la dinámica afectiva. Como maravilla de expresión surge de allí la copla: anhelada sinergia a que se llega, conjugando sentir profundo con la chispa divina de la palabra, en una dinámica musical. Todo el sentimiento trágico unamunescos, con la innúmera maraña psíquica, importada sobre el placer y el dolor, con más acción telúrica diluida en las formas de vida, queda quintaesenciado en la copla, fórmula que nos viene desde que el hombre sintió el primer destello de inteligencia, capaz de hacer comprender su íntima agitación. Y, sin embargo del esfuerzo, la intensidad en sí misma, queda aún inédita.

Hay críticos, como Rafael Cansinos Assens, que atribuyen a la copla una bíblica ascendencia. El « Cantar de los Cantares » salomónico, en su profundidad, es un matizado cogollo. Igualmente ese cantar se vislumbra en Teócrito, el griego, y en Virgilio, el latino, así como en las primitivas manifestaciones poéticas del mundo occidental. Pero también, entre los amarillos, contamos con los *hai-kais*. Ese tamiz de las más cristalinas armonías del espíritu ha ido formándose, como el diamante, con el sacudimiento milenar de los mundos. Algo en la infinitud del tiempo, como el esfuerzo simbólico del ruiseñor en el mito de Wilde, el eterno.

Pero es en el alma hispana donde bulle por dentro de la herencia dejada en nuestro mundo mestizo, donde encontramos todas las crisis espirituales dichas en la copla: citamos como sillares, pena, alegría, amor, odio, tan contrarios, pero tan juntos, que en la dinámica térmica se vuelven uno solo por la divina gracia del Verbo y la influencia del espíritu en la tierra. Pacientes folkloristas y finos estetas, han recogido la copla con el mejor de los amores. Exégetas zahories la nan interpretado. Es una y múltiple, pero la misma. Toda ella nos habla con esfuerzo de contención. Toda ella, al partir de España, de Andalucía, que canta sus propios dolores y baila su tragedia, con la vehemencia propia de la vida española sólo concebible como ímpetu apasionado, con geografía que incubaba constante heroísmo, implica resentimiento concentrado por centenares de años, pues en Tarteso, en el país de los Geriones, nadie ha prolongado — de padres a hijos — su propia existencia. Diversas razas sucedieron en la zona, anulando a los autóctonos. Y en España toda, religiones, costumbres, leyes civiles, en desesperante rotación, se han superpuesto. El pueblo de pastores ha pasado por fenicios, griegos, cartagineses, semitas, árabes, romanos, bárbaros. Por su parte, las diversas regiones hispánicas son conservadoras de lo suyo y mantienen dentro de la nación, sendas resistencias, difíciles de vencer para fundirlas en un carácter común. Duelo permanente se trasunta así en la literatura popular, igual que en la culta. Y nosotros, no sólo heredamos raza, lengua, religión y prejuicios, sino que hasta la

geografía nos marca la misma ruta, resultando como ciertas medicinas que tanto curan como envenenan.

Al compenetrarse en la potencia expresiva de la copla creada, cultivada por el pueblo, los poetas, con ansia de efectiva inmortalidad, que es refundirse en lo eterno que hay en el meollo popular, la han revivido con su inspiración y se consideraban afortunados con que lo suyo se mezclase con favorable destino en la confidencia de ambas corrientes. Así se le dió su ejecutoria.

Refiriéndose a España y a los españoles, Karl Vossler dice: « Todos están convencidos de que el espíritu de sus antepasados se conserva mejor en el alma que en los libros ». Y agrega: « La pasión se baila y se canta más que se declama o que se lee y se prefiere improvisarla a escribirla ». Es una cara de la medalla. Mas, no nos engañemos, si hemos de pensar que lo relativo a la copla brota única y exclusivamente del alma anónima en su forma oral. Con parte de razón, por el reverso, dice Charles Lalo que « lo que constituye la poesía popular, es la tradición infiel de obras de poetas que pueden haber sido literatos de oficio ». En nuestro país, por diversas influencias, también hemos tenido poetas-copleros, sin dar a esta expresión el signo menospreciativo con que se les calificara alguna vez. Acordémonos, si no de:

Quando sucumba
paloma mía
sobre mi tumba
no has de llorar,
porque tu llanto
lleno de encanto
hace a los muertos
resucitar.

(Félix Reyes Ortiz)

No hay prosperidad durable
en esta inconstante vida:
rápido el deleite vuela,
cansado el dolor camina.

(De Chuquisaca: « Cantarcillo popular », registrado como tal, en « El Censor », Sucre, 18 de febrero de 1891).

Y en la verba chapaca se evidencia:

Pa castigar la soberbia
nu hay como la sepultura.
Cómo hay durar la soberbia
cuando ni la vida dura.

Pero vale resumir lo siguiente: Coplas hay en el pueblo, con su lenguaje, fonética y sentido telúrico, expresando su mundo interior y deber es recoger como han venido, desprovistas de galas artificiales. Las hay también, como dijimos, de origen superior, concebidas por elemento cultivado. La inmediata perfección es discutible, porque la copla, como el mundo, como la vida, es un constante hacerse, en

presente fugaz, hasta encontrar cierto límite que hable por sí de la perenne armonía de la eternidad.

EL HUMORISMO EN LA COPLA

Pero no queremos ni soslayar esta vez, el alcance enorme de la copla en su polimorfo existir. Hemos buscado una faceta más o menos amable, y es la del humor que esta divina « química » trae consigo. Sabemos que el humor es efecto del choque de sentimientos contrarios. Excavando en las zonas ocultas del subconsciente anímico, la risa, el chiste, son recursos inventados por el rubor humano para ocultar la desnudez del mundo interior. No deben saber los extraños, hasta qué punto es cierta la alegría y desde dónde empiezan las notas graves del dolor. Ya el alemán semita Enrique Heine, manifestaba que « con sus grandes pesares hizo pequeñas coplas ». Y además, que « hasta después del llanto más sublime, siempre acaba uno por sonarse ».

Grave cosa es escarbar la interna corriente. La apariencia amable, alegre, oculta desencantos de la animalidad humana. Y mientras mayor es el desequilibrio, la liberación o recuperación sale colada en la sonrisa o torrentosa en la carcajada. El aventurero hispano que trajera consigo su tragedia de milenios, al fundirse con hambre y mundo americanos, llenos de misterios por su parte, podría preguntarse más tarde, estupefacto, si realmente conquistó él o lo conquistaron. La dulce mente de las Américas también ha contribuido a la complejidad de varios duelos ancestrales sedimentados en el espíritu ibero.

Cortando requilorio, haremos breve desfile de algunas muestras.

DE PIROPO

La sal, la gracia andaluza predominantemente maniéstase comedita ante la presencia de la « eterna perseguida ». Así el coplero colombiano insinúa:

Desde que te vi venir
le dije a mi corazón:
¡Qué bonita piedrecita
para darme un tropezón!

Pero también bulle su sangre tropical:

Las pantorrillas rosadas
que me provocan morder,
están que dicen: ¡coméme!
y a gloria deben saber.

Y esta otra:

Esta calle para arriba
la voy a hacer empedrar
para que pase mi negra
vestida de militar.

El alma andaluza, por boca del chileno, expresa:

A la que está bailando
echarle rosas,
porque se lo merece
por buena moza.

Humor de la copla española e hispano-americana

El cuyano, con cierto sentido realista, propone :

A deshoras de la noche
vengo a pedirte un favor :
que me pongáis de hortelano
en tus jardines de amor.

AMOR SATISFECHO

¿Se acuerdan de la comedia italiana de estudiantes, titulado « Adiós juventud »? Pues allí, como en tantas otras de la misma índole, como hasta en el inmortal Quijote, resulta que no siempre los que se ufanan de sus conquistas, es verdad que las tengan. Tan divina fantasía humanizada es Dulcinea como la Duquesa de la comedia citada. La posibilidad humana es grande. El refundirse de las almas es ley. La eterna caza — si hay suerte — tiene compensación. Así el gaucho dirá :

¡Qué lindo es ver una moza
cuando la están pretendiendo!
¡Se agacha y quiebra palitos,
señal que ya está queriendo!

Por las tierras del « roto » y del « guaso » oiremos, al compás de la « cueca » :

Lo que la chilena dice :
« lo dicho, hecho ».
Y le gustan los guaynas
de pelo en pecho.

El tropical colombiano ufanarse de su humana continuidad :

Volví a ver a la fulana
al pasar por Maripi,
y me dijo que el niño
se parece mucho a mí:

Y el desconsolado, vencido, exclama :

Ensillando mi caballo
ella se puso a llorar,
y yo llorando con ella,
lo volví a desensillar.

El alma andaluza, fundida con el hombre de las pampas argentinas, sabrá aconsejar sobre el amor convertido en pecado:

Si tu marido es celoso
dále a comer chicharrones
y verás con la manteca
qué suavito se te pone.

MUNDO DE IRONIA

Volvemos a tocar el aspecto en que antes incidimos : el afán de embozar cruel pesadumbre y resultar, por malabarismo mental, la angustia que cosquillea trocada en sonrisa. Así, en el Perú de los vireyes cantarán esta copla de los antepasados hispanos :

Cada vez que considero
que tengo un amor ingrato,
no sé cómo no me tiro
contra un colchón y me mato.

El mismo espíritu andaluz exclamará al salir de la « cortina de humo » de la adolescencia :

Cuando yo era chiquitito
todas me querían besar,
ahora que estoy grandecito
todas se hacen de rogar.

El colombiano expresará luego :

Las mujeres son el diablo,
parientes de Lucifer.
Se visten por la cabeza,
se desvisten por los pies.

Suavemente, cuerda disculpa querrá
disfrazar algo no logrado :

La mujer chiquitita
es un regalo;
más vale poco y bueno
que mucho y malo.

Por los pagos de Mendoza, se oye mucho proclamar :

De balde te has de extender
como verdolaga de huerta
si a la larga o a la corta
has de correr de mi cuenta.

BURLA. SUBE EL DIAPASON

Nos encontramos con coplas con las que se disimulan finamente ciertas intenciones. Se entiende bien que algo no prospera como debiera. Hay razones para ello, porque la razón es incansable. Oigamos a los hispanos :

En mi casa hay un patio
tan particular,
que en lloviendo se moja
como los demás.

Esta noche y anoche
y esta mañana,
antes de levantarse
estaba en cama.

O también buscarán esquivarse, desahogando con alguien que nada tenga que ver con su problema :

Siempre verán a las viejas
sentadas en los rincones,
disimulando la risa
por no mostrar los raigones.

Pero veamos una salida esencialmente femenina :

Me ronda un lechuguino
de tanta gracia,
que se parece a un mono
que hay en mi casa.

El chacarero argentino dirá acerca de los hombres de color :

Me gusta ver a los negros
cuando se mudan camisa...
Parecen gallinas negras
revolucionadas en ceniza...

Me gusta ver a los negros
cuando van a enamorarse...
Les relumbra la frente
como piedra de tutaniar.

La solitaria

PARECE inverosímil que en esta época de masas en rebelión — y tan revolucionaria en muchos otros aspectos de la cultura —, haya rebeldes que puedan experimentar una sensación de soledad. Pero debemos aclarar este problema, aparentemente poco lógico, empezando por determinar los términos del mismo, pues las generalizaciones suelen ser tan vagas, imprecisas, como engañosas. Al margen del pensamiento científico y de sus elaboraciones técnicas, y en parte como secuela de éstos, la rebelión en auge es de naturaleza política; pero los rebeldes de nuestro tema no son los políticos sino los artistas que cultivan las ahora llamadas artes visuales; por analogía podríamos referirnos a ciertos literatos y filósofos a los cuales es sólitamente agrupar en la familia de los intelectuales. Como la rebeldía de estos seres no participa de la naturaleza vulgar propia de la acción política, sino que por lo contrario es refractaria a la misma, nace de esta falta de simpatía recíproca la soledad del rebelde inconformista. Pues se da la situación paradójica de que los revolucionarios en política son conservadores en arte; los presuntos innovadores sociales son anacrónicos defensores de los estilos envejecidos, los activistas políticos que aman la dinámica revolucionaria son pasivos y estáticos adoradores de estilos que obedecen a cánones tradicionales. Se habla mucho de arte comprometido, de arte para el pueblo, de arte popular, de un arte que debe estar sujeto a una realidad histórica que los sociólogos designan con el nombre técnico de sociedad de masas, concepto político que trasciende su ámbito originario pretendiendo abarcar los dominios extrapolíticos del arte. Este problema polémico sobre el cual hay abundante literatura teórica y no menos profusos ejemplos prácticos, puede ser discutido en diversos planos y se presta, por lo mismo, a no pocos enroques. La discusión teórica resulta esclarecedora cuando la desarrollan los filósofos y los científicos, que son los menos; pero es demasiado proclive a la confusión y a la dialéctica sutilmente maliciosa cuando la desarrollan los sofistas, que son los más. Para no transitar demasiado el camino teórico y no dejarse embriagar por las seducciones abstractas de sus ejercicios sofisticados, quizás sea lo mejor atenerse a los datos de la experiencia, a los ejemplos concretos, los cuales iluminan también ellos con los hechos verificables, el campo polémico. Para entrar en este terreno realista, por otra parte capaz de nutrir especulaciones teóricas necesariamente abstractas, hay que empezar por aclarar un concepto que es premisa de otros importantes: el arte no es una cuestión de gustos. Si así fuese, todo arte adocenado tendría preeminencia sobre la creación original; la tiene desde el punto de vista de su acepción vulgar, pero no la tiene necesariamente desde el punto de vista cualitativo del juicio crítico que se fundamenta en otras exigencias menos emotivas y menos subjetivas. Si el gusto colectivo fuese elemento principal de valoración estética, los afichistas — que los hay excelentes — serían para el dictamen popular los héroes de las artes visuales. Pero no hace falta llegar a estos extremos. Como el gusto es algo hecho, pro-

rebelión de los artistas plásticos



ducto de una elaboración previa, de una tradición, de una sensibilidad heredada, de una educación o domesticación cultural, todo cuanto signifique reaccionar contra el gusto imperante resulta de mal gusto, raro, excéntrico, incomprensible, desdeñable. El actual arte de los plásticos revolucionarios no nos gusta, no gusta a la masa. (Decir masa no implica, como pretenden ciertos políticos, determinar una clase social, sino una **forma mentis** de la que participan capitalistas, burgueses, clase media y proletariado). Se trata de un arte revolucionario cuyo espíritu y cuyo estilo no coinciden con la política de masas ahora en auge. Y como se presenta otra revolución, que no es la revolución de los políticos de izquierda y de derecha han oficializado, esta revolución de los artistas resulta un escándalo. Desde el punto de vista de los dogmas revolucionarios políticos, la rebelión de los artistas es una herejía y como tal en muchas partes se la denuncia; donde es posible se la condena. Se trata de un escándalo completo, por que participa tanto de lo que podríamos llamar una irreverencia estética como de los que se considera una aberración social, por donde el pecado que los artistas cometen es superlativo.

La sociedad de masas no tolera ninguna suerte de independencia en el orden de las organizaciones que constituyen la compleja vida social, en el orden de la cultura oficial y mucho menos en el orden individual. La sociedad de masas quiere uniformidad, por eso es dictatorial en sus tendencias políticas, dogmática en sus esquemas doctrinarios, conformistas, en cuanto crea un poder acorde con su

mentalidad y con sus ilusiones. Apenas el espíritu revolucionario de raíz política asume el poder, se instala de tal modo en él que ya no se concibe ni tolera ningún otro movimiento que quiera superar los límites ya fijados, las metas teóricamente determinadas; se hace conservador. Conservador implacable, como si con el hecho de haber conquistado el poder e impuesto la disciplina que la conservación del poder exige, se hubiera clausurado la dinámica revolucionaria convirtiendo en superfluas cuando no en contrarrevolucionarias, todas las revoluciones posibles e imaginables que no figuran en la ortodoxia oficial. Anatole France dijo, alguna vez, irónicamente, que el revolucionario de hoy es el conservador de mañana. Claro, vive de su revolución, se aferra a ella, termina por adorarla como a una divinidad, considera, entonces, una herejía abominable que se la quiera transformar o destruir. Las revoluciones de masas, desde las comunistas a las fascistas, instalan un Estado absolutista en cuyo mapa, compacto de uniforme geografía, desaparecen las islas, los oasis; el paisaje es gris, monótono; los caprichos de independencia y libertad que quieren romper con sus disonancias la igualdad disciplinada del todo, son actos de rebeldía individualista que el poder castiga y la masa adicta rechaza. Lo que parece lógico en los dominios de la política también lo es en los dominios del arte, porque éstos dejan de ser autónomos, pues de la política dirigida se pasa a la economía dirigida y de aquí a la cultura dirigida en un proceso incontinente de absorción. Todo en el naber, nada fuera del poder, ésta es la mística autoritaria. Croce creía que el arte es independiente de la moral, de la política, de la religión y de la sociedad; era una ilusión de su filosofía liberal. Si el arte fue independiente, ha dejado de serlo; y si conserva algunos rudimentos de independencia, éstos no son otorgados por el poder, ni consentidos por la sociedad; son, apenas, cultivados por los artistas rebeldes a costa de sacrificios y de no poco heroísmo, cultivados como un desafío a los poderes visibles y a los invisibles que les hostigan dándoles la acre sensación de soledad. Entre los poderes un tanto arbitrariamente considerados invisibles, están los comerciales. En las sociedades donde el poder político todavía no está organizado para dictar normas en forma imperativa e inexcusable al artista, la presión que ejerce el gusto del público, de la masa, es un poder equivalente con sus propias sanciones. No nablemos de la presión de quienes se consideran entendidos y aptos para juzgar, pues esta entraña una actitud polémica legítima por cuanto puede ser admitida como autorizada. Los artistas rebeldes no tienen siempre razón por el hecho de ser rebeldes. Una cosa es el valer artístico y otro el valor moral. Pero como no somos críticos de arte y desde ahora declaramos que no nos gusta cuanto aparece a título de audacia innovadora, sólo deseamos destacar y valorar el sentido ético de la actitud rebelde y desde este punto de vista considerarla plausible y no condenable. El otro sentido, el estético, no es problema de gustos y, por lo tanto, reconocemos honesta y humildemente que nuestro juicio carece

por Luis di FILIPPO

de importancia. La desdeñosa soledad a que se autocondena el artista rebelde no impunemente, entraña una afirmación de su libertad responsable y de la autonomía de su faena. Es un desafío a la sociedad y de paso una renuncia voluntaria y honorable a los beneficios económicos que podría reportarle una actitud contraria; también es una renuncia a los halagos de la popularidad, tan fácil de obtener cuando el que los apetece sabe conformarse al gusto vulgar. No sabemos si este arte incomprensible para la mayoría es, en verdad, un gran arte; si permanecerá o tan sólo tendrá la efímera transitoriedad de una reacción gratuita; esto lo dirá el tiempo, pues la experiencia demuestra en la historia del arte que muchas audacias presuntamente efímeras cuando aparecieron, hoy figuran entre los clásicos. Pero lo que sí podemos afirmar es que la actitud del artista rebelde es afirmación de un ideal añejo y permanente. Afirmación de su libertad, de su autonomía, doblemente valiosa en momentos en que los términos libertad y autonomía parecen condenados, ellos también, a la oscura soledad de un vocabulario en cuyas páginas estas palabras son cada vez menos consultadas por falta de uso, como si sobrasen para las urgentes necesidades del lenguaje que articulan los hombres actuales. Tener personalidad es una carga que entraña el ejercicio de la responsabilidad personal; ejercicio pesado y molesto; mucho más cómodo es descargar ese peso en los hombros impersonales del caudillo. Nadie quiere vivir de sus peligrosas decisiones. Las decisiones son masivas, que es como decir irresponsables. A esta manera de vivir suele llamársela el reino de la igualdad. A la otra, el reino de la libertad; pero este trono de la libertad está casi vacío, sólo algunos artistas osados se atreven a ocuparlo con los propios riesgos de tan insólita hazaña. Melancólica imagen la de este reinado cada vez más angosto y cada vez más huérfano de súbditos dispuestos a tributarle reverencias.

UMBRAL

Revista de arte, letras y estudios sociales

Giros: C.C.P. París 1 350 756
Roque Llop, 24, rue Ste-Marthe
París (X)

TELEFONO

Red. y Adm.: BOT 22-02

SUSCRIPCION INDIVIDUAL
Trimestre 2 40 NF
Semestre 4 80 NF
Año 9 60 NF
Extranjero (año) 12 00 NF

Extranjero (por avión)
América del Norte 21 60 NF
América del Sur .. 26 40 NF

El doble número de UMBRAL correspondiente a los meses de julio y agosto ha sido muy bien acogido por lectores consuetudinarios y otros ocasionales. La importancia de los escritos igual que la variedad de los mismos, han atraído el interés unánime de nuestros comentaristas. Asimismo, las ilustraciones con que el tal número se engalana han placido a nuestros afectuosos críticos. Todo lo cual no es motivo para que nuestra satisfacción se encrespe hasta el grado inútil del orgullo. Cumplimos sencillamente un encargo y ahí está fijo el resultado originado por todos: redactores, colaboradores, lectores y coparticipantes en el esfuerzo administrativo. El éxito de UMBRAL es el éxito de todos.

“Orfeo” de Gluck

CRISTOBAL Willibald Gluck nació el 2 de julio de 1714, en Erasbach, pueblecito de Baviera. Hijo de guardabosques será por antonomasia uno de los más grandes genios musicales, legando al mundo óperas de incomparable valor como Orfeo y Euridice, Alceste, Aamide, Ifigenia, etc. Viajero infatigable desde su tierna infancia, estudió la música a fondo, se perfeccionó en Italia, se domicilió primeramente en Viena y de 1774 a 1779 en París, donde conoció a los grandes precursores de la Revolución Francesa, quienes influenciaron como veremos a continuación, el panteísmo racionalista de sus obras.

Si se ignora la primera formación musical de Gluck es porque seguramente sus estudios fueron autodidactas. A los 23 años estudió composición en Milán con Sammartini, que fue también profesor de Mozart. A los 27 años compuso su primera ópera en italiano, « Artaterse », cuyo éxito le llevó rápidamente a la celebridad. En 1754 fue intendente general de música en la corte imperial de Viena, donde enseñó el canto a los miembros de la familia del emperador, entre los cuales María Antonieta (reina después de Francia, guillotizada en 1793).

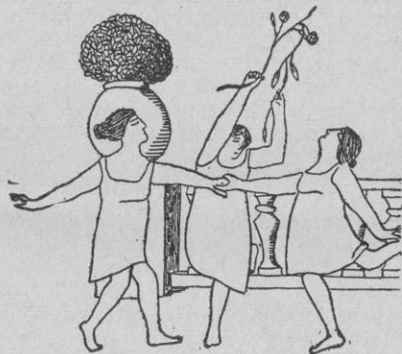
Gluck nació, pues, en un siglo nuevo, coincidiendo con la muerte de Luis XIV. El siglo de los grandes enciclopedistas que abrieron los ojos a los pueblos. Tenía Gluck 14 años, Voltaire andaba en los 20, Diderot contaba 12 meses de edad, Rousseau 2 años y a Kant le faltaban dos lustros para nacer. Una simiente de hombres nuevos iba a cambiar el sentido de la razón, dando al cerebro de la humanidad la luz que le tenían vedada la religión y el Estado.

Habiendo, pues, vivido Gluck el siglo incipiente de la emancipación, puso a sus obras el simbolismo conceptual substituyendo a los dioses del infierno por otros atributos más lógicos para su época. En Orfeo ha escarbado por las ramículas subterráneas para aflorar en la superficie del sentimiento un dolor secular, sin omitir la recia animosidad del contenido y el paisaje de la vida; patente realidad en oposición a las tenebrosas cavernas infernales. No obstante, Gluck evita el bíblico abismo para dar a Orfeo un sentido más metafísico; de lo contrario, Voltaire, lince de la crítica, le hubiese reprochado como solía acostumbrar con las obras sacramentales de Calderón.

Las nuevas teorías no podían abstraerse de la evolución en los dominios artísticos, siendo los grandes enciclopedistas la vanguardia del pensamiento. El músico alemán se había ya ganado las simpatías de los filósofos y escritores franceses, conquistando entonces ese París que nuestro querido Mozart no pudo convencer. La obra de Gluck es de 31 óperas de libretos italianos, 17 óperas u óperas cómicas sobre libretos franceses, « ballets », sonatas y algunas oberturas.

En los postreros años de su vida se retiró a Viena, donde, parcialmente paralizado, el 15 de noviembre de 1787 murió a los 73 años de edad.

Gluck, como dijimos, quería componer un nuevo Orfeo con instrumentos más modernos que el de Monteverdi, sin quitarle a éste ningún mérito, pues el maes-



tro italiano le puso la voz melodiosa y tremolada con todo su patetismo inicial y sus coros agradables al oído. Gluck tenía los ojos y su frente hacia el futuro, quería componer una obra llena de jugo musical enhebrando los sentimientos profundos de un amor desdichado. Sólo le faltaba un libretista que no tardó en hallar en el poeta Raniero Calzabigi. Ambos se pusieron de acuerdo para dar a la obra una realidad más tangible logrando así su primer éxito en Viena en 1762, aunque este éxito debió de ser una ilusión de los autores solamente.

Gluck, sin desmoralizarse, quiso «remi-tir la música a su función esencial, la poesía a la expresión de los pensamientos», frase que le aseguró el odio de sus enemigos.

La obra fue representada a los parisenses el 2 de agosto de 1774, siendo acogida con delirante entusiasmo por su contenido musical y perfecta unidad de acción, respondiendo las ideas a la realidad del siglo XVIII al exponer en su argumento principal un amor más conyugal que divino, cuyo desenlace se va deslizado entre conceptos y atributos que no corresponden a la mitología sino al pensamiento puro de los mortales ante la muerte. Un fluido tierno y profundo se comunica de un acto a otro, amplio de paisaje, ameno al auditorio, cuyas expresiones tienen la sencillez profunda de los dramas de Lope de Vega. Los instrumentos son variados según el lugar, alternando la voz humana con el arpa, el coro con la orquesta principal, representando en síntesis los murmullos de los arroyos y el canto de los pájaros. Las danzas representan demonios y personajes secundarios del sombrío imperio. Estos personajes son las Furias y sombras felices de los Campos Eliseos. El primer acto representa un bosque sagrado donde puede verse la tumba de Euridice, rodeada por un grupo de pastores y pastoras y ninfas de la esposa malograda.

La obertura es, al parecer, alegre y energética con ringoragos bien sonoros, como si fuera la fuerza dominadora del destino, satisfecho de guardar Euridice en el seno de la Tierra. El coro canta con piadoso sentimiento: «Ah, en este bosque tranquilo y umbroso. ¡Euridice!, si tu sombra nos oye...» Orfeo gime: «¡Euridice!...» El coro sigue cantando: «Sed sensible a nuestras penas si ves las abundantes lágrimas vertidas por tu muerte cruel, ten piedad del desgraciado, que suspira y gime quejándose de su destino, cuan ena-

morada tórtora siempre tierna y fiel, así suspira Orfeo de dolor.»

Orfeo replica: «Vuestras quejas y sentimientos aumentan mi suplicio; a los manes sagrados de Euridice rendirles sus honores, cubriendo de flores su tumba.»

Tanto sentimiento en las notas no se puede explicar: parece llevarnos a las regiones misteriosas del más allá de las sombras, para olvidarnos que somos efímeros seres de la móvil superficie.

Orfeo invoca a los poderosos infranaturales para que le devuelvan la vida de su esposa o que se le lleven a él; pues, ya dijimos una vez que la vida es un paisaje continuo de plasmas donde muere y vive cuanto se mueve, y vive en el recuerdo amoroso quien por un amor quiere morir. No se desgasta con la muerte la gloria de los héroes desdichados como Orfeo, y al ser la muerte de éste un viaje de recuerdos, abre de par en par la poderosa fuerza de la persuasión para convencer a la muerte con el llanto metálico de su divina lira. Nunca se ha podido imaginar una ópera tan fina y melodiosa como Orfeo y Euridice. Tan sublimes son los cantos del tenor acompañado de la lira o del arpa, que nos transporta más allá de la leyenda griega en el alba de los tiempos. Cantada en francés la poesía es llana, pero cuajada de metáforas de oro. Es imposible volver a crear una obra de tanta magnitud lírica como la de Gluck, sin menospreciar la de su antecesor Monteverdi.

Orfeo no suplica a los dioses, sino a la Naturaleza. Nombra a todos los elementos destructores del cuerpo humano, incluso a los gusanos demoleedores del físico envoltorio del alma. Quiere convencer a todos con el acento de su lira y con el milagro de su voz, llegando estos ruegos a las entrañas del Amor, que viniéndole a socorrer y condolidos de sus lágrimas le promete devolverle Euridice, a condición de cumplir la voluntad de los dioses amos de la tierra y los infiernos. Para que los acordes de su lira hayan calmado la inflexible rabia de los tiranos infernales le darán su esposa, pero... ojo con mirarla hasta no haber salido de la terrible mansión. Orfeo no está seguro de poder cumplir esta voluntad: salir con su esposa querida sin tener derecho a mirarla, íbale a ser extremadamente duro.

En el segundo acto, se resalta la gravedad del lugar, el lúgubre aposento, tiene un sonido de roca fría, de ecos lúgubres producidos, naturalmente al unísono por la orquesta, que al enmudecer aparece la lira de Orfeo encantando, con sus notas cristalinas, Furias y Demonios. ¿Quién es el audaz que no tiembla al penetrar en el antro del dolor?

Orfeo, imperturbable, responde al coro: «Espectros, larvas, sombras terribles, dejaros conmovir por mis llantos.» El coro, insensible, se niega a escucharlo. Orfeo sigue cantando melodías tan tristes, que hasta las piedras se crispan de sentimiento: «Hay ondas para transmitir mis quejas. ¡Oh! esta llama que me devora; cien veces más cruel todavía que los tormentos del infierno.»

A estos diálogos entre el coro y el solitario mortal, procede siempre la orquesta dando el decorado cromático de todo al rededor, a medida que avanza Orfeo, dispuesto a convencerles a todos con su irre-

por Volga MARCOS

Sumario analítico de la

sistible música. Cantos dulces y penetrantes, vulnerando los corazones de piedra. Los espectros se apartan para dejarlo avanzar al interior de la Tierra. El segundo cuadro representa los Campos Elíseos con sus bienaventuradas sombras. (Hasta en el infierno hay privilegiados.) Orfeo contempla el paisaje, embelesado de su belleza. Oyése el murmullo de los arroyos y de los pájaros saltando de rama en rama. Una sombra dichosa canta un alegre estribillo respondida por el feliz coro. Orfeo entra con los acordes infatigables de su lira, respondiéndole los suspiros del zéfiro. Su voz suave y más melódica que nunca penetra en el alma de las sombras, llenándolas de compasión. Todo se calla a su paso, sólo se oye el murmullo de las hojas mecidas por la brisa y el son de la lira implorando a la esposa perdida. El coro de sombras responde: «El destino comprende tus quejas, has llegado a enternecernos a todos.»

Euridice le es devuelta, pero ésta no sabe las condiciones impuestas para rescatarla.

Así, no comprendiendo nada de la extraña actitud de Orfeo de no mirarla durante el tráfago trayecto, Euridice reprocha su indiferencia; diálogo cantado en incomparable dúo. Tan acentuados son sus razonamientos, que el infortunado, al querer contemplarla una sola vez, se le muere de nuevo. Orfeo sabe que ha perdido su Euridice arrebatada por las inexorables exigencias de la muerte.

«J'ai perdu mon Euridice
Rien n'égale mon malheur;
Sort cruel, quelle rigueur
Je succombe à ma douleur.»

El drama difiere con Orfeo de Monteverdi, con la llegada del Amor personificado en una sombra de mujer con el rostro iluminado, infundiendo otra vez las esperanzas perdidas. Euridice le es devuelta, Orfeo agradece con énfasis este inolvidable favor, y la música en forma de fugas bordadas de alegres acentos, rubrican el ambiente con majestuosa maestría. El último acto concluye con el jubilo triunfo del amor.

«El amor triunfa, y todo lo que respira sirve de imperio a la belleza, su cadena es preferible a la libertad.» El amor responde: «En las penas y las lágrimas, hago a veces languidecer los corazones, pero en un solo instante, mis encantos hacen olvidar las tristezas.»

Gluck termina su obra como ya dijimos anteriormente, satisfaciendo las exigencias de un siglo amante de innovaciones, poniendo el raciocinio y la lógica, allí donde la cruel leyenda era demasiado cruda para interpretarla literalmente. Algunos poetas del siglo XX también han intentado mistificarla poniendo en sus delirios cubistas un Orfeo tragando tierra, tragando tigres, tragándose a sí mismo.

Nada en sus extravagancias de época disonante podrá remplazar estas dos catedrales líricas levantadas con la inspiración y el sentimiento de Claudio Monteverdi y Cristóbal Willibald von Gluck.

Rueil, 6 de junio 1963.

La mujer comprende mejor que el hombre a los niños, pero el hombre es más infantil que la mujer. — NIETZSCHE.

I. — LA CREACION ARTISTICA Y LA PINTURA NO-FIGURATIVA.

La creación artística se origina en la expresión de un concepto sobre la realidad. — El estilo es la forma de esa expresión. — Las formas poético-estéticas que trascienden vivencias colectivas, constituyen una nueva dimensión de las realidades visuales y son una evidencia de que expresan sólo puede mostrarse a través de ellas. — El conocimiento y la transformación de las circunstancias humanas, se convierten en elementos de toda trascendencia hecha un lenguaje universal. — La búsqueda de las formas artísticas nace en la aceptación o el rechazo de las ya existentes. — Esas formas —válidas en sí— son una realidad diferente a la que se observa, y expresan una significación de las vivencias artísticas. — Los diferentes estilos son las significaciones de determinada visión. — Son también la expresión de los caracteres de una época. — Cada estilo es una noción referente al acto creador. — El arte expresa el espíritu dialéctico de las transformaciones temporales, prefigurando —además— los valores a los cuales tienden esas transformaciones. — Solamente en una sociedad donde exista una comunión de ideales sociales y donde se hayan rechazado los medios expresivos que expresan nociones diferenciadoras de la cultura, existirá una producción artística que exprese cabalmente sus valores. — La pintura No-figurativa evidencia un rechazo a toda valorización del hombre ya pasada. — En toda búsqueda de un estilo autónomo se encuentra un instinto sublimado de intemporalidad.

La obra de arte es un fin absoluto y un imperativo categórico por el valor específicamente estético que sustenta. En anhelo fundador de la creación se encamina a crear nuevas relaciones entre las cosas del mundo. En la pintura las facultades cognoscitivas se convierten en medios de expresión. La pintura es una posibilidad que fundamenta una trascendencia de la acción intelectual creadora. En la posesión voluntaria y continua de los significados que los hombres elaboran sobre sí mismos. El rechazo de las formas del pasado implica un examen subjetivo sobre su validez estética y una confrontación objetiva sobre los valores a las cuales sirven. La posibilidad de expresión de una realidad es el valor de toda obra de arte. Esta tiene una existencia propia, ineludible. El lenguaje específico de la pintura contiene el poder de su existencia irrevocable. El concepto con que actualmente se encara la creación evidencia una dignificación que se quiere entregar al productor de la obra de arte. Implica también una revalorización del hombre, contrapuesta a aquella sustentada por las élites burguesas. Equivale a un no-conformismo con los valores culturales — éstos debidos a la metafísica dualista occidental. Los factores psicológicos, éticos y económicos condicionan la visión de la realidad, pero no determinan su expresión. Todo creador cambia esa visión: la profundiza. El esquema determinista de la historia ha sido mal aplicado en el examen de la producción artística. La aceptación y el rechazo de los valores culturales tiene su grado de influencia en

la visión de la realidad que los artistas desean hacer patente en sus obras. Lo que explica, en cierta forma, las diferentes concepciones sobre la función de la obra de arte en la vida social. El conocimiento intuitivo rebasa los límites interpretativos de la realidad propios de la psicología, de la filosofía y la economía, sin desdenarlos. En la relación subjetiva con esa materialización del tiempo en las cosas, el artista manifiesta un nuevo plano de dimensiones de la realidad. La pretendida «deshumanización figurativa» de la pintura No-figurativa, expresa una actitud subjetiva auténticamente revolucionaria ante las circunstancias impuestas a los hombres. La labor «destructora» de la pintura contemporánea con respecto a los conceptos culturales interesadamente mantenidos por las minorías claudicas representa una impugnación de la realidad a las que ellas se adhieren.

**

La experiencia, el conocimiento y desarrollo de las capacidades intuitivas, hacen que el artista cree un organismo vivo, paralelo al que contempla en la naturaleza. La imitación es el primer paso del nacimiento de un artista, pero no la imitación de la naturaleza, ya que ésta se descubre a sus ojos por medio de la contemplación de las obras artísticas. El sentimiento es un medio expresivo. El arte es un medio del conocimiento. La pintura no busca tan sólo la expresión plástica de la realidad, sino la creación de un mundo libre de toda imposición sensorial. Crea sus leyes propias, que se muestran en el espacio plástico. Desea expresar al tiempo, la vivencia del tiempo, en ese espacio. La reducción de las particularidades a su aspecto esencial, es el origen de una abstracción auténtica. Al desecar el desequilibrio originado en la confusión subjetiva de lo aparente, la pintura No-figurativa crea una objetividad plástica en sí. La silenciosa búsqueda de los esquemas individuales creadores nabra de convertirse en un lenguaje de hondas vivencias colectivas. El sentido de toda creación cultural se encuentra en la conservación de toda fuerza activa del pasado que aún genere nuevas dimensiones de la realidad. La entidad interior de la expresión crea las formas que dan nacimiento a las realidades plásticas. El equilibrio entre la intuición y el instinto, es lo primordial para crear las formas plásticas. Las formas determinan el espacio en el cual se organiza su equilibrio expresivo. El contenido poético de los acentos formales del color, determinantes del espacio en el cual las formas adquieren su propia autonomía, se da a través de una construcción que obedece a leyes interiores en el artista. La gramática plástica se la aprende a través del instinto estético organizador de las formas. El goce estético conmueve ciertos contenidos espirituales y psíquicos que han tenido cierto grado de influencia en la creación. La premeditada tensión dramática de los elementos plásticos se dirige a rechazar las actividades estéticas del pasado. Y a alcanzar un ámbito estético con sus propias leyes. El informalismo del expresionismo abstracto manifiesta una impugnación romántica de la realidad; sus formas expresan el derrumbe de toda tradición formal en el arte. Pese a su deseo

pintura No-figurativa

de orden y equilibrio, la pintura contemporánea no puede dejar de ignorar la tensión entre las fuerzas comunicativas espirituales y aquellas que se les oponen, porque no es un escape de la realidad humana. El arte expresa esa realidad a través de sus propios medios. El ritmo plástico es el que maneja y dirige la integración armónica de los valores plásticos e impide el estatismo. El ritmo pictórico es la expresión de la esencial ley universal del equilibrio. La fuerza expresiva immanente de las formas pictóricas es trascendida por su organización estética en valores puros.

II. — TRADICION Y LA PINTURA NO-FIGURATIVA

El instinto formal y el poder intuitivo dan nacimiento a lo que se denomina en arte el gusto, por medio del cual se establece la tradición. El gusto es la valorización del estilo. La tradición es todo aquello que pervive como un valor en la gestación de las obras de arte. Es una significación del ser y una cimentación de nuevas formas. Los conceptos sobre la belleza se forman a través del conocimiento de lo tradicional. De ahí nacen los equívocos pseudofilosóficos referentes a la creación. En ellos existen muchos puntos de vista puramente literarios especulativos y, muy comunmente políticamente interesados. Para realizar toda renovación en arte hay que partir de un ahondamiento y desarrollo de las características formales del pasado. La creación artística busca llevar a sus máximas posibilidades de expresión los contenidos estéticos de las obras del pasado. La metamorfosis de las formas implica un cambio de la significación sobre la realidad. El sentido de universalidad es negado por la noción primariamente nacionalista sobre la función del arte.

**

En la tradición existen elementos formales expresivos de un sentir colectivo que el artista metamorfosea en valores culturales. La producción artística evoluciona a través del desarrollo de los elementos constitutivos derivados de las concepciones estéticas. Las teorías estéticas románticas hermanan definiciones contradictorias sobre la creación. La sociología ha confundido también el valor de la obra de arte con su equivalente sociológico. Los elementos, reducidos a sus orígenes, que sirven para crear son los mismos — a menudo — en diferentes obras contemporáneas que proclaman diversos valores humanos. El nacionalismo es sólo una idealización literaria del arte. El romanticismo burgués contemporáneo procede de un concepto estético de la realidad. Es un idealismo conservador. El folklorismo tiene valor como expresión del sentimiento colectivo de los grupos sociales no dirigentes; pero el arte no está hecho solamente con sentimientos. El sentimentalismo de las formas folklóricas refleja una valorización ética de la realidad que pertenece o se origina en los valores impuestos por las clases dirigentes. La creación pictórica americana actual tiende a servirse de las formas tradicionales como un punto de partida para desarrollar el espíritu conformativo de una significación del hombre y evidencia la formación de un estilo propio con valores estéticos universales.

Edgar Avila Echazú, Bolivia.

¡Aún España!

*« No hagas caso de lamentos
ni de falsas emociones,
Las mejores devociones
son los mejores pensamientos.
Y puesto que, por momentos,
el mal que te hirió se agrava,
resurge indómita y brava :
Antes que hundirte cobarde,
estalla en pedazos y arde...
Primero muerta que esclava. »*

F.G.L.

Pero alcanzó tu cordura
el dardo de un yugo abyecto
y sangra bajo tu aspecto
de solapada impostura
el rubí de la locura.
El mal que te hirió te hiere
y tu carne yerma muere
en soledades sombrías.
¿Qué habrás hecho de tus días
que tanta noche prefieres?

Tu escogiste los lamentos
para curar tus heridas.
Heridas así lamidas
no secan jamás los vientos...
Y ve tú que sin alientos
el pueblo español espera
un relumbro en la quimera
y un rescoldo en el rocío.
Tu corazón tiene frío.
No volvió tu primavera.

Y las falsas emociones
desgarraron tus entrañas
y alimentaron patrañas
la carne de tus pasiones.
No curarán las canciones
la tristeza que te asola
ni el delirio que desola
el campo de tus blasones.
Ni curarán los cañones
que apuntan contra tí sola.

Te ahogaron las devociones
en fanguizales ritos
y se infectaron de mitos
tus absurdas tradiciones.
No hay santo que no pregones
en angustiado misterio
mientras se abre el cementerio
sin más promesa que sombras.
Las libertades que nombras
no son más que cautiverio.

De los grandes pensamientos
te apartaste, y engañosa,
te fuiste, supersticiosa,
por los claustros y conventos
para perder tus alientos
en palacios y cuarteles...
Ahora revientas tus hieles
en amargas soledades.
Ya escribirán las edades
de qué mal mueren tus fieles.

Que el mal que te hirió persiste
para renovar tus plagas
y tienen tus miembros llagas
de cristos que nunca viste.
El toro negro te embiste
y mientras sangras, cogida,
cada renuevo de vida
se consume cuando nace...
En tu rojo fango yace
el estertor de la vida.

Resurge indómita y brava.
Despierta de tus cenizas.
Haz de tus miserias trizas
y espárcelas como lava,
puesto que el dardo que clava
el volcán de tus entrañas
hiere sólo las marañas
de tus falsas pretensiones.
Que broten tus rebeliones
denunciando las patrañas.

Que si cobarde y hundida
has visto quemar tus brotes,
no es necesario que agotes
la esperanza en tu guarida.
Te está llamando la vida.
Bésala en la boca y muerde
lo que al negarse se pierde,
lo que al besarse se gana.
Y verás qué luz galana
pinta tus campos de verde.

Primero muerta que ardiendo
en espantosa agonía.
Tú agonizas todavía,
todavía estás perdiendo
el fruto que das gimiendo.
Estalla en amor y luces
para no mirar más cruces
que aquella que yo estoy viendo.

No hagas caso de gemidos
ni de emociones falaces.
Mira sólo lo que haces
con tus amores floridos
y pon tus cinco sentidos
en buscar un pan eterno.
Porque vestir con un terno
la miseria, es arrogancia,
y hambrear en la ignorancia
es vivir en el infierno.

Olvida, pues, tus lamentos
y toma por devociones
con sinceras emociones,
la acción de tus pensamientos.
En tus resecos sarmientos
el mal que sufres no lava
tu corazón y se agrava.
Y antes que seguir vendida
rompe en mil trozos la brida.
que te sujeta aún esclava.

Abarrátegui

Francia, 1963.



Noticiario

El Ayuntamiento de Arenys de Mar (Barcelona) niega todo permiso para instalar en su territorio municipal tabernas, tablados, « patios » y otras flamenqueras propias para engañar al turismo en ambiente catalán-helénico.

Tatiana de Venezuela, bailarina de clásico que ha aprendido el baile español a guitarra, ha declarado recientemente: « En el flamenco es una la que baila, en tanto que en el ballet se representa un papel. »

Regresada de Argentina, la actriz Aurora Bautista rodará en España el primer papel de « La Tía Tula », conocida novela de Unamuno.

Campaña en Barcelona para evitar que el Gran Teatro del Liceo, único coliseo operístico de España, quede definitivamente cerrado. Ahora son las vacaciones; pero para la próxima temporada de invierno no hay programa preparado.

Se cita el contraste de una Barcelona 1920 con 750.000 habitantes, sosteniendo seis teatros de lirico más uno de ópera, dos salas de concierto, más las mananás musicales de varios teatros (por ejemplo, las del Eldorado) y las audiciones de temporada a cargo de la famosa Banda Municipal en plaza pública, en tanto que hoy, con el doble de habitantes, Barcelona no puede sostener en firme ni un solo teatro lirico ni una entidad de conciertos.

El « Orfeo Euric Morera » de S. Just Desvern (Barcelona), ha efectuado una gira de conciertos por Pamiers, Perpignan y Toulouse.

Juan Antonio Bardem ha presentado en el Festival Cinematográfico de Venecia « Nunca ocurre nada ». Critica de la vida reclusa, agusanada, de una villa típica española, con deseos de rotura del círculo vicioso de las tradiciones. Según la crítica francesa, esta película peca de defecto intelectualista.

El propio Bardem va a lanzar al mercado otra producción suya, « Los inocentes », lograda en coparticipación con los medios cineístas hispano-argentinos.

En la « Fiesta de la Viña » de Dijón (Francia) ha sido galardonado con el « collar de oro » el grupo folklórico de Valencia (E.).

En un « Festival de la Nova Cançó Catalana » se ha llevado el premio José María Espinás, autor y cantor de « Vora la nit ».

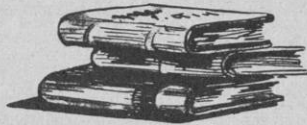
Mercedes Ruibal se le asemeja en Sala Prisma, pero con giro, a veces, de pesadilla.

La formación flamenca de Luisillo ha actuado en el Teatro Campos Eliseos de París, con éxito de crítica y regular de público. Fortísima ovación la arrancó con un zapateado colectivo sin otra música que el ritmo punteado de la danza.

Estreno de « La Bestia » de Mussot y Segovia en Madrid, a cargo de la compañía de Néida Quiroga. Comedia tremendista: inadecuada, por tanto, para los efectos hilarantes propuestos.

LIBROS ★ LIBROS ★ LIBROS

SOCIOLOGIA
HISTORIA
LITERATURA
CIENCIAS



PEDAGOGIA
NARRACIONES
BIOGRAFIAS
POESIA

Adquirirlos en UMBRAL, 24, rue Ste-Marthe, Paris (X), es ayudario

Servicio de librería

COLECCION AGUILAR

Lujosa encuadernación en piel. Papel biblia opaco. Precio de cada volumen 6,00 francos

- Ossendowski : « Bestias, hombres dioses ».
- « Geishas del Japón. El halcón del desierto ».
- Ostrowski : « Teatro escogido ».
- Ovidio : « Las heroidas ».
- Palacio Valdés : « La hermana San Sulpicio ».
- Palen : « El demonio blanco en el mar Negro ».
- Pardo Bazán : « La sirena negra. La piedra angular ».
- « Los Pazos de Ulloa ».
- Pemán : « Las Musas y las Horas » (Antología poética).
- Pereda : « Peñas arriba ».
- Pérez Galdós : « El amigo Manso ».
- « La familia de León Roch ».
- « Casandra. »
- « El audaz ».
- « La Fontana de Oro ».
- « Tormento ».
- « Realidad ».
- « Miau ».
- « La incognita ».
- « Torquemada en la hoguera. Torquemada en la cruz ».
- Petrarca : « Rimas en vida y en muerte de Laura ».
- Pierre Loti : « Ramuncho ».
- Pin y Soler : « La familia de los Garriga ».
- Plauto : « Comedias ».
- Poe : « Fantasías humorísticas ».
- « Poema de Mio Cid ».
- Prevost : « Manón Lescaut ».
- Frieto, J. : « El socio ».
- Puschkin : « Eugenio Onieguin, Boris Godunov, Mozart y Salieri. La ondina ».
- Quevedo : « Vida del Buscón, Sueños y discursos ».
- Quiroga, Horacio : « Cuentos escogidos ».
- Racine : « Británico. Berenice. Bayaceto ».
- Ramón y Cajal, Santiago : « Charlas de café ».
- Refranero español.*
- Reyes, A. : « Verdad y mentira ».
- Riber, Lorenzo : « Marco Valerio Marcial ».
- Rivas, Natalio : « Anecdotario histórico ».
- « Tórreros del Romanticismo ».
- Rojas, A. de : « El viaje entretejido ».
- Rojas, F. de : « La Celestina ».
- « Romancero del Cid ».

- Rostand : « Cyrano de Bergerac. La princesa lejana. Chantecler ».
- Rubén Darío : « Azul. Cuentos y poemas en prosa ».
- « Los raros. Cabezas ». (Pequeñas biografías).
- Rueda, Lope de : « Pasos completos ».
- Rueda, S. : « Antología poética ».
- Ruiz de Alarcón : « La verdad sospechosa. Los pechos privilegiados. Ganar amigos. Las paredes oyen ».
- Ruiz Contreras : « Memorias de un desmemoriado ».
- Rusiñol, Santiago : « El pueblo gris ».
- Rusell, Dora Isella : « Del alba al mediodía ».
- Saavedra Fajardo : « Corona gótica ».
- Saint-Simón : « La princesa de los Ursinos ».
- « De duque de Anjou a rey de las Españas ».
- Sainz de Robles : « Historia de las Universidades españolas ».
- Salaverría : « La afirmación española ».
- Salgari, E. : « Sandokan. La mujer del pirata ».
- Saustio : « La conjuración de Catalina. La guerra de Yugurta ».
- San Juan de la Cruz : « Poesías completas ».
- Sarmiento Facundo : « Recuerdos de provincia ».
- Sassone, Felipe : « La canción de mi camino ».
- Scott, W. : « Lucía de Lammermoor ».
- « Ivanhoe ».
- Schiller : « Maria Estuardo. La doncella de Orleans. Guillermo Tell ».
- Séneca : « Tragedias completas ».
- Sevigné, Mme. de : « Cartas ».
- Shakespeare : « Hamlet. Macbeth ».
- « Otelo. El mercader de Venecia ».
- « Cuentos de invierno. La tempestad ».
- « Romeo y Julieta. Los dos hidalgos de Verona ».
- Shaw, Bernard : « El carro de las manzanas ».
- Shelley, M. W. : « El doctor Frankenstein ».
- Giros y pedidos a Roque Llop, 24, rue Ste-Marthe, Paris (10) C C P 13 507 56, Paris

Noticiario

También en la capital del oso y del madroño, en el coliseo Marquina. Primera de « El sueño de unos locos de verano », realizado en comunidad por Coll, Uve, Ruiz Castillo y Moreno Buendía, éste último musicista de la obra. « Insomnio » de agrado que en la escena se justifica con las esculturales presencias de Charo, Elena, Emilia, Goyita, Maité, Mara, Pilar y Silvia. Sin comentarios.

En el Cómic madrileño, Gérard Tissot y sus « Jeunes Comédiens de Paris » pusieron en escena la versión original de « Britannicus », de Jean Racine.

Manifestación internacional pictórica en Barcelona, denominada « Arte de América y España ». Todos los temas, todas las perspectivas y géneros atacados por 195 artistas de ambos continentes.

Sebastián Méndez ha expuesto simbolismos y otras fantasías de buen relieve en la Sala Toisón, de Madrid.

Carmen Galparsoro y Francisco Aparicio en su exposición primera, la más ilusoria. Ella dibujante, él dado a la escultura, ambos con la preocupación de delinear y esculpir de un solo trazo, con la menor carga de materia. Elia, algo barroca, él, pulido. Ambos con puerta abierta... para la lucha.

Expone, también en los madriles, la pintora Maria Antonia Dans, ya fogueada en Paris. Toda la ternura gallega en su pincel para figuras femeninas.

Hallazgos arqueológico-romanos en excavaciones efectuadas en las calles Gracia-Clavé, de Mahón (Menorca).

El Festival de Cine de Venecia ha distinguido la película de Luis Berlanga, « El verdugo », de argumento seriamente anti-dictatorial, tratado con humor y acierto notables.

En nuestro poder la narración «La Vendimia», de nuestro colaborador Federico Avila, de Bolivia. Empezaremos a insertarlo en el número próximo.

El ensayo «Serenidad del campo y de la luz campestre», original de nuestro amigo Prado Rodríguez, de EE. UU., no lo terminamos en este número como prometido. Lo haremos en el número venidero.

Nuestro cordial colaborador, Alfonso Vidal y Planas, de Tarija (Méjico), nos ha obsequiado con su reciente libro de poemas Cirios en los rascacielos. Lo comentará el compañero Campio Carpio en UMBRAL del cercano octubre.

También nuestro colaborador Eugen Regis, de Montevideo, nos ha hecho el regalo de *Corazones y motores*, manojos de «poesías del hombre en el mundo de las máquinás», como él los califica.

Se dan los últimos toques al III tomo de las obras de Felipe Alaz, segunda parte de Tipos Españoles. Será puesto a la venta al precio de 5 F.

Serenidad del campo y de la luz campestre

• Ver el número anterior de UMBRAL •

ENTRE sombras iba el labriego que en la tarde de estío se sentó a mi lado y quería descubrir la verdad sobre los caminos de la luz. ¿Qué verdad? Sin embargo, en la sombra también hay camino y aun la noche abre camino a la aurora. Principalmente le interesaba saber si la verdadera en los libros que el cura de aquella parroquia tenía por impios y satánicos.

La luz que viene del sol alumbraba nuestros ojos, pero no disipa nuestra interior tiniebla. Si en el ignaro es profunda la sombra, puede, de idéntico modo, ser profunda en aquellos que se ilustran para creer a ciegas e imponer su raciocinio como norma de razón. **Hoc volo, sic jubeo, sit pro ratione voluntas.** Muchos llamados doctos se resisten a examinar otras culturas que contradigan a la que ellos profesan. O si entran en el examen, entrarán con la fe, y la fe conduce al dogma cuyo centro descansa sobre un punto de completa inmovilidad. Quien se juzgue diestro, emplee su agudeza en escuchar al simple y cuando hable con él use la locución clara, adaptando su oído al oído ajeno. Para que se percate del sitio donde se encuentre, le diríamos que sería locura pretender instruir como en la cátedra educa el maestro al sondear los arcanos de la ideación anímica, o emprender el vuelo hacia determinadas esferas de la estética trascendental. La extensión del aula tiene un límite y en ese límite se mueven el pedagogo y los alumnos. Que se ha de saber que no alcanza la categoría escolar a la multitud de gentes esparcidas por el planeta. Aun el alfabetismo acorta su acción ilustrativa en las tierras alfabetas, pues en ellas no se aprende a leer con el ansia de producir el concepto analítico, sino por el beneficio que la letra presta a la máquina productiva en la amplia longitud en que el monopolio capitalista ejerce su imperio sobre las masas proletarias. Jamás algún filósofo silogístico abandonó el aula decidido a buscar lejos de ella todos los rumbos de la humana vida. Se desenvuelve en un teatro donde las sensaciones e ideas se condicionan al aparato dialéctico, mientras la clase toma notas y forma el vademécum académico. En la cátedra oí yo a los filósofos, ¿y qué sacaría de su doctrina si me pasase a la teorización de los términos y dijese al labrador que los planos que se pretende distinguir en la vida orgánica no se diferencian de la vida, sino que son la vida misma? ¿O que el subjetivismo existe en el hombre y el objetivismo en la naturaleza? ¿O que la materia pensante es, a su vez, objeto y sujeto de reflexión? ¿O que el fenómeno precisa lo extenso y lo extenso no necesita el fenómeno, o sea, lo que gira y en su propia órbita se sostiene? ¿O que en las formas experimentales se coordina un conjunto de proposiciones totalmente enciclopédico? El labriego nada entendería y como nada entendiese, se sentiría inmóvil en su torpeza, pensando, acaso, que no podría salir de ella por haberle sido negada la instrucción.

Yo vine a este sitio en busca de la libertad del campo. Sólo vine a él y ahora me acompaña el mozo labrador. Oí decir a los filósofos que la historia es el curso

por J. Prado RODRIGUEZ

de la libertad, o lo que conduce a ese fin, que es como el punto omega de toda aspiración humana. Mas puede acontecer que la libertad signifique un concepto abstracto y no una evolución política aplicable a los individuos y las sociedades. Casi todos los caminos de la historia desembocan en la fuerza y ésta nunca fue ley de justicia, sino injusticia en la ley. La libertad raras veces se encuentra en los caminos de la historia, que son caminos trillados por los invasores y los opresores. Parece que la libertad se ajusta mejor a la extensión del campo que a las limitaciones donde son las pequeñas ciudades y las grandes urbes metropolitanas. También en el campo fue restringida la libertad — y acaso abolida del todo — cuando en el perímetro terrestre erguía sus almenas y su adarve la mansión ducal, como aquella que encontró don Quijote y le cortaba el aire libre de la llanura. Entonces, al volver al aire libre, hubo de exclamar: « La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida ». Todos los agentes de las tiránicas formas eran lejos de mí. Ni aun estaba cerca el cura rural, y a mi vera sólo estaba el mozo labrador, quien apreciaría la tierra por el fruto que sale de ella y no por el espectáculo de sus albas y sus puestas de sol.

Dos clases de estudiantes se aposentan en Lugo — dijo el campesino. Unos son seminaristas; otros van para bachilleres. Pero el seminarista se corre al campo cuando llega mayo y comienza la siembra. Acostados sobre el yerbajo, hacen allí su estudio con el libro abierto. ¿Por qué no estudian en la posada? Y si el día no les llega, que estudien a la luz del velón.

Yo le respondí que aunque me viese con el libro en la mano, en mí jamás se dio esa costumbre. La traigo conmigo por casualidad, y cuando estoy aquí contemplo

la ondulación del Miño entre las colinas y el verdor de las praderas.

— Pues yo de tanto ver el Miño no hallo en él cosa nueva. En sus canchales armo la red, porque muchos peces tiene el río, y todos son sabrosos — apostilló el mozo, aspando en semicírculos la vara de avellano.

— Sí, muchos peces tiene el río — respondí — y nadie viene a pescarlos con anzuelo y caña. Así los pobres no pasarían sin ellos y serían menos duras sus hambres. En cualquier remanso donde la linfa se clarea, nadan despaciosos y saltan sobre el agua si sobre la corriente zumba algún insecto volador.

— Canallas hay que les dan la coca — remarcó el campesino — y envenenados flotan en la espuma. Yo vi a quien los envenenó, que eran dos señoritos traviesos y tan malos debían de ser, que un cierto día encendieron lumbre cerca de un agro de pan cuando eran muy grandes las voces del viento y se extendía la llama que hacen los incendios grandes.

Hablaba el labrador con indignación contra estas gentes, ociosos vástagos de señores que, como ellos, fueron crueles, bruscos y despóticos. Mas la crueldad parece ser ley de herencia en el ruedo ibérico. Es tradicional la furia loca, y cada uno lleva en la sangre el salvaje impulso. Se puede presenciar ahora aquel circo donde Azorín encuadra las capeas según las ofrece al mundo el poeta Arriaza luego de abrir un ángulo taurómico sobre la vía polvorienta y en la tarde iluminada con el fuego de los estíos. — La corrida va a comenzar. Hay un grande alboroto; se oyen voces de « vaya y venga el boletín ». Todos muestran ansias por sentarse precipitadamente en los tablones. Aparecen algunos soldados montados en rocines. Suena de pronto un clarín. Simón, el pregonero, se pone en medio de la plaza y principia a vocear: Manda el Rey. De pronto surge un torazo tremendo, iracundo, con los cuernos en alto. Se produce en la multitud de mozancones un movimiento de pánico; se retiran todos hacia las talanqueras... — Continúa informando el poeta y Azorín sigue tomando notas. Notas literarias, de intensa emoción dramática. Entonces nos dirá Azorín que « se adelanta un mozo que presume de ligero, zafio, torpe, soez, más traza tiene que de torero, da mozo de cordel. Con precauciones se acerca al toro. El toro parte furioso contra él y corre desparovido el truhán. Voces, carcajadas, silbidos. « Corre, que te pilla », le grita uno. « Detente, bárbaro », vocifera otro. El mozo, perseguido por el toro, no vuelve a salir a la plaza. Otra vez se encuentra solo el toro. Se llega luego hacia los carros y las vallas. Desde allí, tímida canalla, que se llena de valor estando a salvo, se ensaña bestialmente con el toro; le descargan tremendos garrotazos sobre la cabeza; le pinchan con moharras y navajas; le detienen cogiéndole por la cola. Los anchos y tristes ojos del animal miran despavoridos a todas partes » — Para estos espectadores la valentía está en el mejor modo de atormentar al toro desde un rincón seguro. Será que la crueldad ofusca la razón y contradice todo animo tranquilo.

• Terminará en el número de octubre •



**LA ESPAÑA
NEGRA**

Manifiesto de los intelectuales españoles

UN centenar de intelectuales, artistas y profesores universitarios españoles, dirigieron al ministro español de Información y Turismo, señor Fraga Iribarne, el siguiente escrito:

«Excmo. Sr.:

En correspondencia al diálogo entablado con V.E. sobre determinados hechos que nos produce una viva inquietud como españoles, nuevamente tratamos de interesar la atención de V.E. ya que, según el testimonio de espontáneos corresponsales que quizás se dirigen a nosotros en nuestra calidad, pública y visible, de intelectuales que han manifestado en más de una ocasión su postura humanista, se están produciendo en Asturias, hechos como los siguientes:

1.—La muerte del minero RAFAEL GONZALEZ, de 36 años, a consecuencia de los malos tratos recibidos el día 3 del actual mes de septiembre en la Inspección de Policía de Sama de Langreo. La responsabilidad de este y de otros hechos de los reseñados a continuación se atribuye al capitán de la Guardia Civil don FERNANDO CARO, de 28 años, natural de Melilla, destinado a aquella Inspección hace aproximadamente un mes, y al cabo Pérez, hoy ascendido a sargento, y desde hace tiempo residente en la citada localidad de Sama de Langreo. Se dice que el citado capitán CARO viste un traje de deportes durante los «interrogatorios».

2.—En el mismo día y lugar, a las 4 de la tarde, se produjo la castración del minero SILVINO ZAPICO, que tuvo que ser hospitalizado. A su esposa se le cortó el pelo al cero.

3.—Al minero VICENTE BARAGANA, de la barriada de Lama (Sama de Langreo), le han sido quemados los testículos.

4.—Un minero llamado ALFONSO, vigilante de primera del Fondón, retirado por silicosis y actualmente cobrador de la Previsora Bilbaina de Seguros, fue maltratado por el hoy sargento Pérez, el cual le había amarrado previamente. Como quiera que esto se hacía en presencia de la esposa de ALFONSO, ésta se arrojó sobre el sargento, con objeto de impedir que continuara; el cual la golpeó y cortó el pelo al cero, operaciones que se realizaron a la vista de su marido, cuyo cuerpo fue después abandonado en el exterior y recogido por un compañero suyo, de nombre SENEN, que lo transportó a su casa de Lada. Avisado un médico, «cuyo nombre se oculta por razones de seguridad», éste manifestó que «no sabía por dónde empezar», tantas eran las lesiones que presentaba el cuerpo de ALFONSO.

5.—El minero ALFONSO ZAPICO, de Lada, fue maltratado hasta producirsele

una fractura de pómulo, boca reventada, etc. Fue hospitalizado (puede tratarse del caso anterior).

6.—Los mineros JERONIMO FERNANDEZ TERENCE (casado, un hijo) y JESUS RAMO TAVERA, como otros diez que con ellos están en la cárcel de Carabanchel (Madrid), fueron objeto de malos tratos.

7.—EVERARDO CASTRA, casado, con tres hijos, sufre desequilibrio mental como consecuencia de las torturas, y está internado en el Manicomio Provincial «La Cadellada». Fue detenido cuando escribía un letrero —«El pueblo se vengará»— en una tubería de la Duro Felguera.

8.—CONSTANTINA PEREZ MARTINEZ («Tina»), de la Jocara, y ANITA BRANA, de Lada, fueron maltratadas y se les cortó el pelo al cero. El marido de TINA está en la cárcel desde las huelgas anteriores.

9.—JUAN ALBERTI, de Lada, y otro minero cuyo sobrenombre familiar es «CHOCOLATINA», fueron obligados a golpearse entre sí, en la Inspección de Sama de Langreo. Como realizaron un simulacro de pelea, fueron golpeados brutalmente, después de lo cual les visitó el capitán CARO, que comentó: «¡Qué buros sois. Cómo os habéis puesto!»

10.—Una mujer, cuyo nombre se desconoce, fue golpeada en el vientre, cuando ella trató de hacer valer su estado de embarazada para evitar sus malos tratos. El capitán CARO replicó al golpearle: «Un comunista menos». El hecho se dice sucedió en la mencionada Inspección de Sama de Langreo.

Son hechos, Excelencia, que, de ser comprobados, cubrirían de ignominia a sus autores, ignominia que también nos cubriría a nosotros en la medida en que no interviéramos para impedir que tales vergonzosos actos se produzcan.

Es por lo que, respetuosamente, rogamos a V.E. interese de las autoridades competentes una investigación sobre las presuntas actividades de dicho capitán CARO y sobre todos estos presuntos hechos en general, asimismo que solicitamos de V.E. la pertinente información sobre todos ellos. Ruego que elevamos a V.E. sin otros títulos que los que nos confiere nuestra condición de intelectuales, atentos a la vida y a los sufrimientos de nuestro pueblo.

Atentamente saludan a V.E.

Vicente Aleixandre, académico de la Lengua.

(Pasa a la página 9)



Manifestación en Bruselas contra la barbarie fascista.

4P 6755

Una figura de la revolución mexicana :

Ricardo

NO se manchó con oro ni con sangre. Creyó que el mundo podía organizarse a base de conciencia y de respeto, que cada hombre debía conocer primordialmente sus deberes para ejercer sus derechos sin necesidad de que ninguna autoridad le exigiera los primeros y lo amparara en los segundos.

De ascendencia indígena oaxaqueña como Juárez, tuvo como él, acendrada fidelidad a sus principios y no se dejó doblegar por la adversidad. La vida comunal de las familias indígenas que pudo observar de niño, debe haber influido para formarle el concepto de que el hombre es susceptible de dominar su ambición y puede vivir hermanablemente con los demás.

«Sostengo la abolición de las fronteras, lucho por la fraternidad universal del hombre», decía en una carta a Nicolás T. Bernal, porque él no podía aceptar que hubiera regímenes distintos para distintos pueblos. El hombre tiene en todas partes los mismos sentimientos, las mismas necesidades y las mismas esperanzas. Entonces, ¿por qué no tendernos las manos como hermanos por encima de todas las barreras?

El mundo es la habitación que nos ha dado la naturaleza y todos debemos ocuparlo en las mismas condiciones, no debe estar en poder de unos cuantos. Vivir en paz, gozar de lo que se tiene en el mismo plan que los demás, no perjudicar a nadie ni ser perjudicado, era el credo de ese hombre que decía de sí mismo:

«Cuando muera mis amigos quizá inscriban en mi tumba «Aquí yace un soñador» y mis enemigos «Aquí yace un loco»; pero no habrá nadie que se atreva a estampar esta inscripción: «Aquí yace un cobarde y traidor a sus ideas».

No llegó su vida al medio siglo, no obstante lo cual fue fecunda en ejemplos de lealtad y de convicción y escribió mucho, expresó sus ideas claramente, probándolas con su valor y su pobreza.

Nació en San Antonio Eloxochitlán, el 16 de septiembre de 1873. Sus padres fueron Teodoro Flores y Margarita Magón. Tuvo dos hermanos, uno mayor, Jesús, y otro menor, Enrique. A pesar de la modesta posición económica de su familia, la madre hizo un gran esfuerzo para que sus hijos pudieran estudiar y los trajo a México. Ricardo llegó hasta el tercer año de Leyes.

Fue por primera vez a la cárcel, aunque pronto quedó en libertad, en 1892, cuando tomó parte en una manifestación que hicieron los estudiantes de México para protestar por la reelección de don Porfirio Díaz.

En febrero de 1893 entró a formar parte de un periódico opositor, «El Demócrata», que fue suprimido antes del tercer mes de su aparición, y aunque casi todos los redactores fueron detenidos, él, en ese caso, logró escapar. Su destino ya estaba decidido. Tenía que luchar. Dejó sus estudios y luchó contra la dictadura del general Díaz. En 1900 publicó el primer número de «Regeneración», con ayuda de su hermano Jesús, y en torno de ese periódico se agruparon los núcleos anti-porfiristas, reconociendo en Ricardo Flores Magón la superioridad del talento y la energía.



Práxedes G. Guerrero

Siempre las dictaduras consideran más peligroso a un hombre de cerebro y voluntad firmes, cuando es contrario al régimen, que a un delincuente del orden común. Por eso la persecución contra Flores Magón fue constante.

En febrero de 1901 se celebró en San Luis Potosí un congreso de los Clubs Liberales de todo el país en el que los delegados asistentes no se atrevían a abordar abiertamente el problema para el que se habían reunido. Sólo Flores Magón expuso la miseria del pueblo y denunció los actos atentatorios del gobierno. Desde entonces fue el más firme apoyo del Partido Liberal.

En mayo del mismo año los dos hermanos Flores Magón fueron arrestados como medida para impedir que saliera su periódico «Regeneración», pero el periódico salió. Se los amenazó con asesinarlos en la cárcel; alguien se dirigió a su madre para que influyera sobre ellos y depusieran su actitud, pero la heroica mujer contestó que «prefería ver a sus hijos muertos antes que ser causante de su claudicación». El 14 de junio de ese mismo año murió doña Margarita Magón, sin que se permitiera a sus hijos verla en sus últimos momentos.

El encierro de los Flores Magón en la cárcel de Belem duró hasta abril de 1902. Había terminado la primera época de «Regeneración» y a partir de esa dura prueba Jesús Flores Magón cansado de las persecuciones se retiró de la lucha, en la que lo sustituyó más tarde su otro hermano, Enrique.

En realidad, toda la vida de Flores Magón es huir, trabajar en la sombra, entrar y salir de la cárcel. Se necesita una extraordinaria convicción y una entereza poco común para soportar esa inquietud constante, esa existencia que no se concede a sí misma ni un instante de dicha. En varias ocasiones demostró que no le importaba su vida; si se defendía y se ocultaba era para poder salvar el volcán que llevaba en la mente y en el espíritu puestos al servicio de los oprimidos del mundo.

La persecución alcanzó también a los Clubs Liberales, lo que obligó a los grupos de oposición a actuar clandestinamente.

En 1902 apareció «El Hijo del Ahuizote», en el que colaboró Ricardo Flores

Magón, quien tomó por su cuenta el periódico junto con sus hermanos. En ese mismo año fueron a la cárcel Ricardo Flores Magón y sus colaboradores Evaristo Guillén y Federico Pérez Fernández. Salieron en enero de 1903 y siguieron luchando no solamente desde el periódico mencionado, sino desde otro órgano de oposición, «Excelsior», dirigido por Santiago de la Hoz. La policía entró en el local de «El Hijo del Ahuizote» y arrestó a todos los que estaban allí, periodistas y trabajadores de la imprenta. Ricardo y Enrique Flores Magón fueron de nuevo a la cárcel. Más tarde se prohibió la circulación de cualquier periódico escrito por Flores Magón.

Los hermanos Flores Magón y algunos rebeldes más, resolvieron salir de México y continuar la lucha en los Estados Unidos. En 1904 se reanudó en San Antonio, Texas, la publicación de «Regeneración». Pero la persecución llegó también allá. Un individuo pagado por el Gobierno de Díaz trató de asesinar a Ricardo Flores Magón en la misma imprenta. Enrique lo rechazó y por eso fue llevado a la cárcel y obligado a pagar una multa. Después de esto, en febrero de 1906, «Regeneración» fue trasladado a San Luis Missouri.

En 1905 se constituyó la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano, de la que fue presidente Flores Magón. Esa junta debería residir en el extranjero para evitar los atentados que ya habían sufrido aquí los enemigos del gobierno de Díaz; pero éste logró que volvieran a ser detenidos en Estados Unidos y confiscadas las oficinas de «Regeneración».

Cuando salieron libres los hermanos Flores Magón volvieron a la lucha. En febrero de 1906, en San Luis Missouri, salió de nuevo «Regeneración» y el movimiento revolucionario tenía más adeptos y cundía gracias a la actividad y a la fe inquebrantable de Ricardo Flores Magón. En ese mismo año fue el asesinato de los mineros de Cananea, por pedir un salario mejor y condiciones más justas de trabajo.

Ricardo Flores Magón, que había ido a Canadá huyendo de la persecución de que era objeto, regresó a la frontera de México con los Estados Unidos, cuando se enteró de los acontecimientos que tenían lugar por el descontento del pueblo. En Ciudad Juárez fueron arrestados varios de sus compañeros, pero él logró huir a Los Angeles.

El descontento cundía más cuando mayor era la represión y aun en el extranjero se formaron comités que simpatizaban con los liberales mexicanos y condenaban abiertamente el mal trato y las largas condenas o la muerte que esperaban a los enemigos del general Díaz.

En 1907, en Los Angeles, Flores Magón publicó el periódico «Revolución», en que puso todo su esfuerzo mientras huía de una ciudad a otra para no ser deportado por la policía norteamericana, en vista de que el presidente Díaz había solicitado su detención, que se realizó en agosto del mismo año, en la expresada ciudad, junto con Librado Rivera y Antonio I. Villarreal. El gobierno de Díaz había ofrecido 20.000 dólares por la captura de Flores Magón y se trataba de trasladar a los prisioneros a México; pero esto se pudo evitar y estuvieron presos hasta el 3 de

Flores Magón



por Leonor LLACH

agosto de 1910, reconocidos «culpables de violar las leyes de la neutralidad».

Flores Magón desde la cárcel seguía dirigiendo el movimiento libertario de México. Se comunicaba con su hermano Enrique y con los amigos de más confianza para que no decayera el espíritu de lucha y estuvieran todos listos al llegar el momento preciso. Se había fijado el 25 de junio de 1908, la fecha de levantamiento, pero alguna traición impidió que las cosas se hicieran como estaban planeadas y sólo hubo esfuerzos aislados, choques en que los liberales fueron derrotados y los supervivientes tuvieron que huir a las montañas.

Al salir Ricardo Flores Magón de la cárcel de Arizona en agosto de 1910, fue a Los Angeles. El partido socialista organizó un mitin monstro para recibirlo y en el mismo se recaudaron 414 dólares, que permitieron que «Regeneración» volviera a la vida.

El lema «Tierra y Libertad» aparece en los llamamientos que en esa época hace Flores Magón al pueblo y se arraigó en la conciencia de los luchadores. Surge después en las banderas de Zapata y encierra en forma precisa el anhelo de nuestra revolución.

El 20 de noviembre de 1910 estalló el movimiento maderista, que tenía como bandera la antirreelección. Flores Magón recomendó a sus partidarios que aprovecharan el movimiento maderista para levantarse en armas, pero que tuvieran en cuenta que a ellos no les importaba cambiar de aros, sino lograr la total transformación social que debía dar al pueblo disfrute de libertades y de bienes.

Del libro de Ethel Duffy Turner, «Ricardo Torres Magón y el Partido Liberal Mexicano» (pág. 253), copiamos estas palabras con las que Fremont Older, editorista del «San Francisco Bulletin», define el programa del Partido Liberal:

«Mucho se ha escrito acerca de los maderistas, poco acerca de los liberales mexicanos. Los liberales, que en realidad son socialistas, están luchando por la redistribución de la tierra. Los maderistas son revolucionarios políticos, los liberales son revolucionarios economistas.»

Flores Magón no estuvo de acuerdo con Madero porque éste no realizó la transformación con la rapidez que él consideraba necesaria y respetó el orden institucional existente. En diciembre de 1910 hubo levantamiento de liberales empeñados en realizar la transformación social por la que venían luchando de tantos años atrás.

Cuando quedó como Presidente de México Francisco I. Madero, la mayoría de los revolucionarios y de los partidarios del antiguo gobierno se unieron a él, pero Flores Magón y los suyos, y por otro lado, Zapata, siguieron luchando.

En 1911, Madero envió emisarios a Los Angeles, a Flores Magón, para que cesara en su actitud, cosa que no aceptó. Después de esto fue encarcelado junto con algunos de sus compañeros, pero lograron salir en libertad bajo fianza.

Flores Magón insistía en su principio: «La libertad política sin independencia económica es una farsa», y fiel a su ideal no pactó con nadie y siguió luchando cada vez más solo porque sus compa-

ñeros habían caído en la lucha o la abandonaron decepcionados.

No hay que olvidar en esta gloriosa aventura del Partido Liberal Mexicano a Práxedes G. Guerrero, el fiel y valiente compañero muerto en Ciudad Juárez en 1910.

Se ha acusado a Flores Magón y a sus partidarios de estar conectados con un movimiento separatista en Baja California. Es una calumnia que ha tenido eco durante mucho tiempo. El Partido Liberal consideró desde 1906 el valor estratégico de Baja California donde las garantías federales eran pequeñas y a donde podrían escapar los revolucionarios en caso de ser derrotados en Sonora. Además varios súbditos norteamericanos eran dueños de grandes extensiones de terreno en la península, comprados al Gobierno de Díaz a diez centavos el acre. Los grupos magonistas empezaron la lucha en Baja California y se unieron a sus filas algunos extranjeros simpatizantes de sus ideas. Los enemigos de Flores Magón, que eran muchos y poderosos, hicieron este movimiento como encaminado a segregarse Baja California del territorio nacional y se aprovecharon del afán de publicidad de un aventurero, Dick Ferris, para ridiculizar el esfuerzo del Partido Liberal y hacer aparecer a ese individuo como el presunto presidente de la nueva república y como millonario que auspiciaba el movimiento liberal. Cualquiera que estudie las ideas y los actos de Flores Magón no puede tomar en serio esa farsa urdida por quienes sabían que el triunfo de los liberales tenía que perjudicarlos en sus intereses.

El proceso iniciado en Los Angeles contra Flores Magón en junio de 1911, se celebró el 25 de junio de 1912 y tanto éste como su hermano Enrique, Librado Rivera y Anselmo L. Figueroa fueron condenados a 23 meses de prisión en la isla de Mc Neil, Edo. de Washington.

A pesar de esto «Regeneración» siguió saliendo con enormes dificultades y con irregularidad, redactado casi totalmente por Antonio de P. Araujo.

En enero de 1914 salieron en libertad, pero Anselmo L. Figueroa murió en junio del mismo año estenuado por la vida de prisión.

Al salir Flores Magón de la cárcel, en México luchaba Carranza contra Huerta.

Al estallar la primera guerra mundial, en 1914, Flores Magón clamó ya no solamente por el proletariado mexicano, sino por todos los hambrientos del mundo que luchaban sin saber por qué.

El 28 de febrero de 1916, Ricardo y Enrique Flores Magón fueron procesados nuevamente en Los Angeles por los artículos que escribieron y el correo empezó a poner dificultades para la circulación de «Regeneración» que al fin quedó fuera del registro postal. Enrique Flores Magón fue condenado a tres años de cárcel y Ricardo por su mala salud, a uno. Se unió a ésta una nueva condena del juez de San Francisco, Cal., pero al fin Alejandro Berckman y Emma Goldman lograron conseguir el dinero para la fianza, que permitió a los hermanos Flores Magón quedar de nuevo en libertad.

El 15 de agosto de 1918 Ricardo Flores Magón y Librado Rivera fueron condenados a 20 y 15 años respectivamente en la

cárcel de McNeil. Ricardo llegó a la cárcel enfermo y después de 15 meses de permanencia en ese lugar, solicitó su traslado a Leavenworth, Kansas, donde pensaba que podía ser mejor atendido. Librado Rivera logró acompañarlo unos meses más tarde. La salud de Flores Magón no mejoró y además contrajo una enfermedad de la vista.

El gobierno revolucionario de México acordó una pensión en su favor, que él rechazó, fiel a sus principios.

Deseaba la libertad porque le horrorizaba la ceguera y sabía que en la cárcel no podía curarse, pero la única forma de lograrla era la claudicación. Las gestiones que hicieron sus amigos para salvarlo no obtuvieron ningún resultado favorable.

El 20 de noviembre de 1922 fue hallado muerto en su calabozo de Leavenworth.

Indudablemente en las ideas de Flores Magón influyeron mucho las obras de Gorki, Marx, Kropotkin y otros. Luchó por los principios que todavía son un ideal de superación y de igualdad humana y porque todos tengan derecho a poseer algo. La mejor distribución de la riqueza del mundo debe ser una obsesión para aquéllos que no pueden aceptar que la riqueza se convierta en ofensa y el poder en abuso. Su alto sentido de la dignidad humana le hacía rechazar al funcionario soberbio que ovida al pueblo de donde viene y es sordo para el clamor de ese pueblo, que desea la adulación y paga los elogios porque, aun sabiendo que son falsos, le halagan. Gran defensor de la libertad humana no podía admitir en la organización política nada que fuera servilismo y falta de decoro. El gobierno como poder, como fuerza y como riqueza en que los intereses del pueblo quedarán a un lado, era para él una monstruosa profanación. Consideraba sagrado el derecho a la felicidad de todos los seres, en un mundo en que no hubiera más vallas que las de la conciencia recta de los hombres y su sentido de solidaridad, en donde todos tuvieron un sitio que ocuparan sin temor de perderlo, una sociedad en que el derecho fuera una derivación lógica del deber; un mundo que para muchos es utópico, pero que debemos ver como el ideal de la organización humana. Nunca se aprovechó de su popularidad. En los momentos en que podía haber estado a la cabeza del movimiento triunfante, no hizo más que sostener sus principios y recordar a los demás el compromiso contraído con ellos mismos. No aceptó el cargo de Vicepresidente que se le ofreció junto a Madero. Detestaba a los caudillos, aunque en realidad lo fue por las fuerzas de sus convicciones y su limpieza moral. No claudicó nunca, no lo hicieron vacilar ni el dinero ni la altura, ni siquiera la libertad, que amó tanto y por la que sacrificó siempre la suya propia.

Su obra como escritor, precipitada, hecha con la inquietud de que no llegara a los que debían conocerla, es característica de esta clase de literatura de lucha. Dice las cosas duramente, sin rodeos. No hay elegancia en su estilo, pero sí una gran sinceridad hiriente y una extraor-

R. Flores Magón

dinaria fuerza de convicción. Sus palabras parece que golpean, son más ciertas, expansivas y seguras que las balas.

De sus cartas a Gus Teltsch, entresacamos estos párrafos:

«Sueño con un futuro en que el hombre pueda tener libertad para expresar sus opiniones... el día en que una humanidad más justa y más inteligente, estimule en vez de acobardar al libre pensamiento... Veo los escritos de los que bebieron la cicuta; oigo el jadeo de los que dieron el último suspiro clavados en la cruz; veo la agonía de los que fueron quemados en la hoguera; escucho el clamor del alma que hiere el aire a través de la noche de la Historia por el derecho de la libertad de hablar».

«La Justicia viene a nuestro planeta. ¿Cuánto tiempo retardará su aparición entre nosotros los mortales? Es una pregunta difícil de contestar; pero estoy satisfecho con saber que ha decidido hacer su viaje a la tierra. De cualquier modo, ella pondrá sus pies en esta miserable tierra tan pronto como la densa neblina de la superstición, los prejuicios, las tradiciones y las costumbres hayan desaparecido de las mentes de las masas, y las mentes, lenta, pero seguramente, están disipando esa niebla.»

«¡Es tan rara virtud la solidaridad!... La solidaridad es fuerza. La solidaridad es progreso, pues la vida significa evolución, y la solidaridad es condición de vida. La solidaridad es armonía, cooperación entre los seres humanos, gravitación para los cuerpos celestes. ¿Qué es la luz solar? La solidaridad de los siete colores del arco-iris.»

En palabras proféticas se explaya la angustia de toda su vida firme en la lucha, valiente, perseguida, no por el infortunio, sino por la garra certera de la incompreensión y de los intereses afianzados en lo que más desequilibra a los hombres: la riqueza y el poder.

BIBLIOGRAFIA

«Ricardo Flores Magón y el Partido Liberal Mexicano», por Ethel Duffy Turner.

«Ricardo Flores Magón», por Diego Abad de Santillán.

«Ricardo Flores Magón. — Epistolario revolucionario e íntimo».

Ricardo Flores Magón : «Sembrando Ideas».

Ricardo Flores Magón : «Verdugos y víctimas».

Ricardo Flores Magón : «Tierra y Libertad».

«Práxedes G. Guerrero», Ed. del Grupo Cultural «Ricardo Flores Magón».

«El Magonismo en Baja California», por Pablo K. Martínez.

«Ricardo Flores Magón, la Baja California y los Estados Unidos», por Agustín Cué Cánovas.

OBRAS

de Felipe Alaiz



«Quinet», tomo I.

«Tipos Españoles», tomo II.

10,00 francos los 2 volúmenes.

EL CORPUS

LA multitud, tensa y compacta horas antes, se desparrama y afloja por todos los ámbitos de la inmensa plaza. O se condensa en grupos más afines en torno a las nuevas y no menos tentadoras atracciones: Los altares y los puestos de fiambres, bebidas y frutas tropicales.

A pesar de todo, nada más fantástico y original que estos altares del Corpus cusqueño. Monumentales paramentos, erguidos por encima de los tejados y en reto a las iglesias de piedra de los contornos. Alzanse sobre troncos de árboles, fijados bajo el subuselo y de seis a ocho metros de altura, entramados unos con otros. Exornan a estos altares, tapices de seda y felpa, lechuguillas, banderines, alternados con espejos de todo tamaño y traza; arcos, pilastras, hornacinas, cornisas. Tabernáculos, frontales de plata, cornucopias, imaginería y pinturas renombradas, que hacen sus complementos. Todo lo que hay de más valioso en los joyeleros de templos y de mansiones particulares se traslada, para la decoración del altar. Demostración pública de arte, al mismo tiempo que el lujo ostentoso de una sociedad que vive a expensas del pueblo trabajador, en los campos de cultivos, en las minas, en el taller del artesano, en las fabricas de tejidos, de aquellos productos que pudieran hacer competencia a la industria de la Metrópoli. Entre las manifestaciones de arte, que ornamentan al monumento, deben resaltar las pinturas y escenas que expliquen al pueblo los «milagros» de los Santos, los Infiernos, Resurrecciones, Juicios Finales, en forma asequible para la mentalidad de las masas de analfabetos. Dogmas teológicos, «explicados» por medio de la forma y el color o por medio del volumen, como en el caso del grupo escultórico de «Cenas» o de «Nacimientos»; dogmas que al verse, así, plásticamente, pierden su sentido recóndito y confuso para ganar en concepto patente y claro; pero, a la postre, deformado, irónicamente risueño.

Lo más original del altar es la profusión de espejos que le decoran, lo destacan en su gigantesca perspectiva y le hacen más llamativo. Con sus reflejos se proyecta el altar por todos los ámbitos o en sus tableros de cristal azogado se reproducen, en espectrales imágenes, cosas, multitudes y hasta las montañas de los confines. El espejo, tiene algo de primitivo. En la plástica popular, religiosa y civil, su empleo era frecuente, como lo atestiguan los interiores de tantas iglesias del Cusco y de otras regiones. Además, el espejo es el instrumento amatorio del indígena, cuando con él le enfoca sobre los ojos, allá en la aldea, a la mujer que ama, en el momento de salir de misa, para provocarle su sonrisa o su chacota. El espejo del altar del Corpus realiza función parecida.

La visita a los altares es el espectáculo que, después de la procesión, ansia más el pueblo. Allí coinciden y se encauzan los gustos colectivos. El del artista plástico, sean pintores, escultores, orfebres o santeros, que no hace sino traducir los gustos populares, con el del cargador de las andas, del que ingiere con deleite el plato de picante, bebe chicha y licor hasta la embriaguez, a la vera del altar, o de la chola que merca sus fiambres y lan-

za una blasfemia al mismo tiempo que se santigua e invoca a la imagen de su devoción.

Y no es sólo recreo visual durante el día; delectación contemplativa de esta patética faz de la historia colonial, del arte religioso hispano, opacado y esclarecido, al mismo tiempo, por el arte de sus vástagos, por el arte de los desposeídos que en esta vez supedita al de los poseedores en su valor social. En el transfondo del altar, bajo un cobertizo exprofesamente hecho, está su corazón, su conciencia recóndita y su verdad precisa. Al reverso de sus reflejos sugestivos.

Tan pronto como cierra la noche, se instalan allí los retablos para las diversiones populares, costeadas por los mayordomos. El tinglado está protegido contra el viento y el frío invernal, por los faldones de suaves felpas y sederías que se cuelgan del altar. Allí pantomimas, títereos, mascaradas de danzantes, parodistas, cada grupo toma turno. Risueñas farsas, imaginadas por actores indígenas bajo el modelo de los «Autos» del teatro eclesiástico español, como aquella escena que todavía pudo ver en Arequipa Flora Tristán, representada en el atrio de la iglesia de la Merced, en 1834. Sainetes de marionetas que en su trama ingeniosa aluden, muchas veces, a la vida cortesana de las clases dominantes o reproducen aspectos del campo, corridas de toros, idilios pastoriles, etc. Parodistas, encaramados sobre algún escabel, que hace de púlpito, que en lengua vernácula **sermonean** al público, remediando al doctrienero, con crítica mordaz. El «sermón» del parodista, que puede ser un indio ladino o un mestizo no menos que aquél, es la revelación pública de todo lo que el chismorreo lugareño dice a media voz. Muchas veces, la vida íntima del togado que horas antes conducía el palio y se golpeaba el pecho; la del bigardo moralista que hace azotar en el rollo de la plaza al mitayo que por costumbre ancestral vive «a prueba» con su compañera; en fin, la del corregidor rapaz que obliga al indio a comprarle medias de seda para sus pies habitualmente desnudos o anteojos para su vista de cóndor. Ironía de la rebelión sorda o también proclama de algo que ahora sólo hace reír.

El entusiasmo sube de grado a medida que la noche avanza y se enciende más la pasión popular con el alcohol, con la música, con la jarana. Se vierten a raudales la chicha y el aguardiente. Urgen a la orgía murgas de los instrumentos musicales entrañables. El frenesí estalla y se aplaca, se reanima y se sosiega alternativamente. Y el altar se estremera con la orgía general. Sus banderas y cortinajes se abaten también a los vientos nocturnos como los pañuelos en la jarana. Las imágenes sagradas se tambalean a su turno sobre sus peanas, como si quisieran bailar; un vaho de alcohol envuelve a todas con su energética fumarada.

Ya un escritor eclesiástico del siglo XVIII se dolía de estos festejos. «El día de Corpus — dice — es todo grandeza, pero ¡qué infelicidad prevenir un día tan santo con una noche de sumo libertinaje! Noche en que es insultado con la mayor insolencia el mismo que a la mañana siguiente es adorado en aquellos ricos al-

EN EL CUSCO



por José Uriel GARCIA

tares y llevado en triunfo por las calles.» (1).

Del altar se pasa a otra faz no menos pintoresca que tiene el Corpus y que satisface necesidades asimismo vitales para el pueblo. Son los puestos de venta de fiambres y de bebidas, para este otro hartazgo y sensualismo que significa la fiesta.

Por todos los contornos de la gran plaza, a los flancos de los altares, entre las portalerías y pavimentos, se exhiben, tan llamativos y pintorescos como los altares, los puestos de venta de comidas frías, propias del día, y de bebidas de diversos colores, composición y grado alcohólico. También hay plasticidad y sentido del color y de la forma en estos mercados, porque no solamente incitan al gusto, sino también la vista, por su presentación. El plato característico del día es el «Chiri-Uchu» o «Alatar Uchu», una mixtura compuesta por múltiples comestibles: presas de gallina sancochada, chorizos de cerdo, queso tierno, cochayuyo, huevas de pescado lacustre, tortillas de calabazas, maíz tostado y quien sabe qué otras exquisiteces de la cocina popular. Y como remate más sabroso y a la vez más decorativo de la fuente que contiene aquellos comestibles, el famoso cuy cusqueño, al horno, recostado, por encima de todos los mantenimientos, que para mayor delicia del paladar y recreo de la vista lleva embutido, en la boca, un vistoso rocoto, de vivas tonalidades — rojo, verde, amarillo — que se armonizan con el cromatismo de la fiesta, y el cual, a su vez, está relleno de mixturas cocidas. Aún más: sobre el lomo del dorado conejillo, yerguese el mástil de un banderín de papel, con el lema: «Viva la Virgen de Belén» o cosa por el estilo. Plato apetitoso y excitante, el «chiri-uchu» es el fiambre propio de la temporada, que lo gusta en su mesa el señor de campanillas, como, tras los zaguanes y en cuclillas, al pie de los altares o en plena calle, el hombre del pueblo.

Para este estómago vigoroso de nuestro pueblo, aún hay, en las fiestas del Corpus parroquial, otros potajes que constituyen la originalidad de su cocina de barrio. Los chicarrones o «toctos», exquisita fritura de cuero de chancho, cortado en pedazos y cocido en peroles de bronce, que el gremio de los porqueros y cargadores de las andas de San Antonio ofrece a sus parroquianos, el día correspondiente. La «la hua» o sopa de quinua y otros condimentos que se sirve en el Corpus de la parroquia de Santa Ana. La salsa de cebollas o «salsa arrecha», como se llama en la jerga de la picardía, que se ofrece en San Sebastián.

Cerca a los fiambres, como su obligado complemento, se ofrecen también en abasto público, variedad de bebidas alcohólicas. Chicha morada, blanca o amarilla, en variado grado de fermentación. Aguardientes y vinos, procedentes de los valles tropicales donde benefician, que en ventruados odres y barriles se tienden al sol por todas partes. Junto a los altares, descansos y portadas por donde debe pasar la procesión. Son como pilas volta-

cas que deben alimentar la corriente del entusiasmo público.

Otro moralista de fines del siglo XVIII, condenaba de su parte este nuevo aspecto de las costumbres coloniales, a propósito del Corpus. Sobre estos «campamentos de la embriaguez», el autor se pregunta compungido: «¿De qué sirve que los costados estén adornados de paz, con suntuosísimos altares, arcos, colgaduras, para que por ellos pase la Majestad Divina, si en el centro están los morteros y canchales de las vasijas de licores que les están haciendo cruel batería?» (2). Mas el capitán de Dragones, Pablo José Oricain, autor del parrafo transcrito, que con su oportuno tecnicismo militar critica las costumbres fomentadas por sus mayores no tuvo en cuenta que la industria alcohólica, ejercida en gran escala por los dueños de cañaverales, incluso por la Orden de Jesuitas, era una de las mejores fuentes de ingresos públicos y particularmente, como hasta ahora. Sin el Corpus y otras fiestas de motivación religiosa semejantes, no habría este copioso consumo de alcohol, esta fácil e indigna forma de enriquecimiento de trapicneros y, por ende, este dulce oído del pueblo por sus reivindicaciones más urgentes. El licor que manaba de las «cruelas baterías» servía, a su vez, para consolidar la conquista y el dominio de santos y de cauquillos de todos los tiempos.

Toledo, Castro, Oricain y otros predicadores se santiguan por la gula de las masas populares, mientras al mismo tiempo se fomentan los incentivos del vicio que se condena.

MODELO de festividades religiosas por su pompa y lujo deslumbrantes, es pues ésta, que se realiza anualmente sobre la gran plaza cusqueña, en sustitución del anti-Raime incaico.

Por todo el Sud-Perú, en la aldea más humilde como en la ciudad provinciana, el Corpus, al margen de su mero sentido religioso, repasándolo, incluso, fue la expresión de los sentimientos populares. Boato y ostentación para la clase dominante; alegría e impulso creador, para las masas.

Crisol de mestizaje peruano, que significa, en lo hondo, acción liberadora, de aborígenes y mestizos, hacia una nueva unidad nacional. Acción liberadora democrática de parte del pueblo, contra la opresión reaccionaria de los descendientes y mantenedores de la Conquista. No será erróneo sostener que en fiestas como la del Corpus contienden hasta ahora dos corrientes de la concepción o del sentimiento del mundo: el realismo popular, de antecedentes precoloniales, que es anhelo de objetividad sencilla, clara y precisa, y el idealismo escolástico y dogmático de la cultura española del siglo XVI, prolongado hasta ahora. Pugna del pueblo por encontrar la felicidad humana en lo real, justo y concreto e imperio del «hispanismo» en lo que tiene de explotador y teológico.

Toledo intuyó sutilmente y pensó que fusionando ambas corrientes, en el dramatismo procesional con que se presen-

tan, no sólo los símbolos sagrados, sino toda la Colonia, como régimen político y económico, el pueblo quedaría absorbido por el espíritu invasor y consolidado su sistema. Eso mismo piensan hasta ahora todos sus legatarios; se ilusionaron siempre de que el Catolicismo había ganado a la Idolatría. No obstante los desmentidos del Padre Ignacio de Castro, de Oricain y de otros.

Mas no. Por mucho que el Corpus tienda su manto encubridor sobre poseedores y desposeídos, vierta la miel de su falacia sobre naciones aborígenes y clases sometidas y conjugue, por el momento, bajo el mismo eslabón al idólatra y al fanático, al siervo del campo como al hacendado, del fondo abisal del alma popular surge, entre el resplandor flamígero del festejo, la rebelión creadora. Rebelión del pintor cholo (indio o mestizo), que precisamente para el día de Corpus exhibe, desde los faldones del altar, sus «Mamachas» de labios bezudos y sus «Taitachas» de piernas gambadas; sus panfletos a propósito del «Juicio Final», de «La muerte en la casa del Rico» (muerte violenta, en medio del festín) y de «La muerte en la casa del pobre» (muerte tranquila, entre sus familiares); para que el pueblo expectante se divierta. Rebelión del altarero y del parodista; del danzante que remeda gestos de togados y generales; del jaranero, que sobre las barbas del Patrón, canta la copla de su huaino o baila la zamacueca.

El mestizaje social, fomentado por festividades de motivación religiosa, fue, durante el régimen colonial, un boquete abierto para la liberación, paralelamente, como su opresión económica provocada, sublevaciones de campesinos contra sus corregidores, incluso las guerras por la emancipación política. Secular campo de contienda entre el sentimiento popular y nacional, de doble raíz, y la persistencia del régimen opresor — antipopular y antinacional, por tanto —.

Pero ahora, los medios de liberación no pueden encontrarse solamente en fiestas religiosas de supervivencia colonial. Pues la antigua «encomienda», que en cierto modo dio origen al Corpus, y la «hacienda», desprendida de aquélla, se hacen cada vez más baldías y sobrantes, porque ya el arado a tracción animal, que, en su tiempo, concurrió a enriquecer a encomendadores y hacendados, no puede satisfacer debidamente a la producción y al consumo moderno. El brazo del aborigen se detiene con más frecuencia porque su salario «colonial» no le abastece y a él mismo la rinde menos que antes. El antiguo artesano, el dichoso cargador de andas y el fanático cofrade, se quedan a la zaga del obrero de las fábricas, por mucho que éstas acrecienten miseria. Otra conciencia social ya tiene el campesino

● Pasa a la página 8 ●

(1) Ignacio de Castro, «Relación de la Fundación de la Real Academia del Cusco y de las Fiestas con que celebró este honor». Madrid, MDCCXCV.

(2) «Compendio breve de Discursos varios, etc.», por el capitán Pablo José Oricain, 1793. En el volumen «Documentos para el alegato peruano».

Los libros

«Cirios en los rascacielos», de Vidal y Planas

PARA este libro de Vidal y Planas escribio Cansinos-Asens un preámbulo. Preámbulo y prólogo tienen idéntica interpretación adicional, aunque no sean idénticos en la raigambre etimológica, y, sin embargo, cada uno de ellos pudiera acomodarse a una definición distinta. Según sea el ansia del escritor, así será el juicio que los vocablos le inspiren. Tanto como el plano gratisimo al poeta se precisa conocer el plano en que el prosista se mueve, y esto quiere decir que la prosa puede ser no menos ilustre que la palabra versificada, en cuyo caso prevalecerá sobre la forma rígida la estructura de la forma libre unida a la luminosidad de la cadencia trascendente.

Yo no llamaría preámbulo, ni prólogo, ni aun isagoge, al adorno estético con que Cansinos-Asens engalana toda la extensión sonora. Le llamaría entrada al camino. Un camino que comienza entre flecos de luz rosada y se acaba en luz de oro al cerrarse su vibración espléndida. Esta imagen carece de sentido en su fase última porque no se cierra el camino ni cesa la vibración que se levanta sobre el áureo polvo en el limpio sol del bello día. ¡El camino! Aquellos que no están en él, están contra la verdad y la vida. Jesús de Galilea colocó el camino antes que la vida y la verdad, que a entrambas se llega caminando, unas veces lentamente, otras veces con el rápido vuelo del espíritu hacia las latitudes donde giran los soles luminosos o perdura la tiniebla del caos inmenso. Vuelvo a decir que el preámbulo no indica camino, sino la entrada al camino. La entrada puede ser un ornamento al cual conviene el más insigne arte, como si quien describe el paisaje interior quisiera advertir que todo fulge con luz de claro cielo sobre la fuerza de la vida y el crespón enlutado de la muerte.

Ya el poeta está en marcha sobre el camino. Sobre este camino irá solo el poeta. Pasará entre las gentes y se quedará firme en su soledad. Al emprender el viaje por el mundo encontrará, años más tarde, al amigo peregrino, y en la salutación tornan a los recuerdos viejos, enlazándose a éstos un cándido decir: «Tú no buscabas el cielo en los artesonados de los palacios, pero el cielo bajaba hasta ti y te envolvía como una aureola.

Camina el poeta por el mundo y aun percibiendo las punzadas del dolor, no se detiene en la marcha, y todavía parece sentirse fuerte y valeroso. Antaño caminó por los ibéricos predios y un día en que la tierra se quemó sobre el volcán del odio, hubo de confundirse en el éxodo con los muchos otros que a otros cielos se acogían y donde acaso la cruz fuese más suave y menos brutal el atropello de los esbirros y verdugos. Pero si el tiempo pasa, el recuerdo no se mengua. Nuestros primeros pasos, la puericia, la mocedad, alumbrólos distinta luz y las palabras tuvieron otro sonido y la esperanza otro ensueño. La gente era buena. Muy buenos en su bondad resentida por todos los infortunios, eran esos que trabajan de sol a sol, y no consiguen pan, ni vestido, ni calzado para los pies endurecidos con las arenas del sendero árido. ¡Eran buenos los que trabajan! Junto a ellos tomó descanso el poeta y fue entonces cuando España se metió más en él, desde

el monte a la llanura, desde el palacio del príncipe a la choza del pastor. Inicuos los privilegios, inicuas las castas. Y el clero, ¿en qué clase de iniquidad está su obra? Don Quijote tuvo un rasgo de sublime locura en aquel instante en que al deshacer el entuerto clerical, o al ir a deshacerlo, dijo a los religiosos de la Orden de San Benito: «Para conmigo no hay palabras blandas, que ya os conozco, fementida canalla.» A pesar de todo esto, existe algo muy hondo y muy profundo que va con el emigrante y con el desterrado peregrino, y a cualquier parte donde llegan, temiendo morir en suelo extraño, se desgarran en el mismo llanto que el poeta vierte como lágrimas caídas en el fuego del desierto:

Enterradme en España cuando muera
(¡por caridad, hermanos, en mi España!),
si herido de su amor en tierra extraña,
desangrado en suspiros, me muriera...

Mas a este inclito poeta que se llama Vidal y Planas, lo obsesiona la muerte y la espera sin temerla. Está la muerte muerte hay el descanso de la agonía y de las dolorosas miserias. Suponed que la vida no ha estado en la agonía del dolor ni en el trance de la gran pobreza, entonces pudo ser tranquila entre la luz del ensueño que alumbraba la idea y queda como el grano en la espiga de oro. Vive la idea y ninguna muerte viene a apagar su gloria. Ella será divina lumbre sobre el salmo ritual y en los versos de inimitable cadencia acustica:

Yo no temo a la muerte;
yo no la temo, hermano;
la hoz de su guadaña
bendita sea en el tragal dorado
de mi existencia, ubérrima de espigas,
en que abulta ya el grano...

Al morir se sobreviven algunos hombres a la muerte. Sobrevive quien hizo de sí mismo un genio creador y volcó sobre la belleza los iris de la mañana y el destello de la más suave aurora. Algunos hombres excepcionales han estado en el mundo y en los caminos del mundo. No sólo han sentido su propia angustia, sino la angustia ajena. Y entonces la sublimaron en la tragedia y el pensamiento filosófico. O en otras formas esclarecidas entre cuya urdimbre siempre sería la mejor la que floreció al borde del camino si ya la floración no se pasó a ser segura y caer sobre el sendero en un desmayo de vida y de ansiedad menesterosa.

¡El camino! Vidal y Planas jamás se salió de él y una noche en que iba por las calles obnubiladas bajo el nosco cielo, vio que



por J. Prado RODRIGUEZ

un pobre perro ciegucecito
en la calle se moría.
La lluvia cruel de la noche
¡cómo le caía encima!

Y después:

Era un perro abandonado,
tan sólo porque tenía
(¡pobrecito, pobrecito!)
apagadas las pupilas.
Los borrachos le pegaban
patadas y se reían.
¡Ja, ja, ja!... ¡Qué feo chucho!
Y el perro no se movía:
¡tiritaba, tiritaba!...
Era todo lo que hacía.

Aquí el poeta se levanta en un santo anhelo de sentida lástima hacia los animales maltratados por los hombres. ¡Qué bárbaros son los hombres! Pero no todos son bárbaros y muchas gentes practican la barbarie porque no conocieron el amor ni les enseñaron la acción misericorde. Más hermoso es triunfar por la virtud que por la cólera —dijo un creador de sentencias—, y cuando Cristo se subió al monte, la luz era diáfana e inmóvil el brio de los vientos: Oisteis que fue dicho: Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo. Mas yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen y haced el bien a los que os aborrecen... Aprendan a hacer el bien los que arrojan piedras al perro ciego, envuelto en la lluvia y el fango del arroyo. O los que abrasan de la vaca el testuz y la ponen en ceguedad:

La vaca corre encendida,
el infierno en la cabeza,
que en las astas ensartado
lleva un haz de ardiente leña...

Hombre, ama a tu hermano y llama hermano al lobo. Me desagradó Nietzsche —y acaso sentí contra él repulsión— cuando en boca de Zarathustra refunde unas palabras audaces, que fue el decir que no le agradaban los misericordiosos, aquellos que se complacen en su piedad. Se le antojaron individuos faltos de pudor. Luego pregona que si ha de ser compasivo, no quiere, al menos, que le achaquen esta flaqueza; y si lo fuerzan a serlo, que lo sea a distancia. Os amonesto que esa misericordia que se cumple por orgullo, no es misericordia. La misericordia está en el corazón, y sólo el corazón áspero, ajeno al raciocinio prudente, maltrata al perro ciego y coloca sobre la becería el haz de leña en llama como en una orgía de barbarie y de feroz salvajismo.

¡Cirios en los rascacielos! Estos cirios que arden al principio del camino, debieran encenderse al fin de la jornada. No agrada Nueva York al poeta y tiene razón el poeta. Nueva York es una ciudad egoísta, inhóspita. Quien se pierda en ella, no pida ayuda al transeúnte, porque éste, no yendo a ninguna parte, siempre va de prisa. La sombra está sobre Nueva York, no sólo por los rascacielos, sino por la bruma que viene del mar y trae en su onda la oscuridad densa. Así

El teatro de Arniches

por José BERGAMIN

CON un grandísimo éxito de público y de crítica entusiasta y ditirámica ha vuelto a representarse en Madrid una comedia de Arniches, « Los Caciques », estrenada en 1920 y a la que su autor denominaba : « farsa de costumbres políticas rurales », y ahora, al reaparecer en los carteles, nos simplifican su denominación más sencillamente con la de « farsa política », lo que nos parece muy acertado. También lo es, para nuestro gusto, el de su dirección escénica de José Luis Alonso, que hace muy poco había escenificado admirablemente el drama « Soledad », de Unamuno. Ambas obras teatrales se representan en el antiguo Teatro de la Princesa, desde hace muchos años. « María Guerrero », de Madrid. Teatro ahora nacional, dependiente de la Dirección o Ministerio de Información y Turismo, al que corresponde, como es sabido, el ejercicio de la censura pública, que en su ejecución ministerial, paradójicamente, es secreta : o sea, que se hace por la autoridad competente, o incompetente, de manera irresponsable y anónima.

Me dicen que esta « farsa política » de « Los Caciques » no fue autorizada para su representación hasta ahora. Como toda autorización o prohibición de la censura es inútil preguntar por qué. En este caso supondríamos que por la actualidad o actualización con que pueda interpre-

«Cirios en los rascacielos»

Nueva York viene a ser una metrópoli de cirios. Alumbrada como los catafalcos, el poeta se sintió muerto en sus avenidas, y se acordó de España y pidió que lo enterrasen en la tierra amada. Mas llegó el poeta a Tijuana y cambió de idea. He aquí su confesión: «En Tijuana, donde hasta los cementerios me sonrien, como disputándome amorosamente la gaceta de restos mortales que lleva auestas mi alma, declaro conmovido y con la lengua del corazón: Mis pies, llagados y adoloridos de tanto hacer las duras marchas del Infortunio, sienten piadosa y blanda esta bendita tierra mejicana, que alfombra de vendas y flores las leguas finales de mi camino. Tijuana, que desde hace más de diez años me tiene abrazado maternalmente, me pondrá mañana su noble mano abierta para que, desde la palma, se lance el ave inmortal de mi espíritu al vuelo glorioso... ¡Tierra leve y bien mullida la mejicana para el eterno reposo de mis huesos, tremendamente rendidos...!»

Poeta del éxodo que comenzó en España después que aullaron los lobos que no eran franciscanos: yo me deleité en la lectura de vuestros dulces versos. Versos de incomparable belleza. Versos de la vida y de la muerte. Versos de la piedad santificada por las buenas obras. Los versos del camino que, a veces, chocan con la rabia de los fariseos.

JESUS PRADO RODRIGUEZ

Estados Unidos de América.

tarse la farsa arnichésca, teniendo en cuenta su vivaz y veraz fuerza satírica de una realidad española. La graciosísima y perspicaz « farsa política » de Arniches ahonda en la entraña de un fenómeno muy característico español : el caciquismo rural. Era éste en los pueblos españoles, más que un vicio endémico, cuyos avatares sobreviven todavía, la expresión viva, inevitable, de una realidad social y política más bien agravada que mejorada con el tiempo. Hasta tal extremo, que hoy podríamos decir que la « farsa política » de Arniches tiene mucho más amplia y profunda realidad española que cuando se escribió. Y que la denominación de « farsa política », que la generaliza al sacarla de su especificación rural, es exacta.

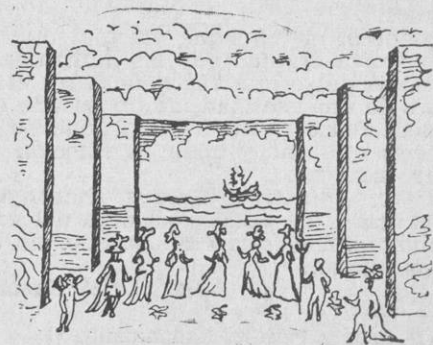
Ese pueblecito imaginario de Villalgancio, aparentemente situado en algún rincón castellano o aragonés, se agranda, se agiganta en la « espaciosa y triste España » que simboliza o representa. « Hoy — decía a mi oído un espectador malicioso la noche de su triunfal estreno — toda España es Villalgancio ». Y en un cierto sentido, es verdad. Pese a las apariencias espectaculares de una realidad muy distinta, lo hondo y vivo de aquella realidad es lo mismo. Si no lo fuera, el público de hoy no hubiese comprendido — sentido, compartido tan fácilmente y con tan entusiastas manifestaciones de aprobación — esta farsa de ayer. De un ayer que es casi medio siglo. La lección es feliz para el arte popular, tan vivo y verdadero, del teatro de Arniches, pero desdichada, dolorosa, para la realidad española que grotescamente satiriza y desenmascara.

El teatro de Arniches resucita, nos dijeron, al día siguiente del estreno triunfante de « Los Caciques » en Madrid, casi todas las gacetillas periodísticas informativas del acontecimiento teatral. Los críticos firmantes de esas gacetillas coincidían en el juicio favorable al arte dramático admirable de Arniches. Los más imprudentes apenas osaron sugerir si aquella realidad, que la farsa arnichésca evoca con tan viva expresión grotesca, pasó y es de otro tiempo, o si, por el contrario, sigue siendo actual y actuante como estímulo moral y como ejemplo aleccionador, hoy como ayer lo era; y hasta más que ayer pudo serlo, que es lo que nosotros pensamos. El público que llena el teatro se ríe y se divierte presenciando las graciosas escenas de la farsa. Y siente, para sus adentros, que todo aquello que fue verdad, aún lo sigue siendo, aunque hayan cambiado con el tiempo los trajes de sus máscaras. No ha cambiado su voz : la voz viva del poeta dramático aristofanesco que nos habla ahora como entonces con tanta verdad viva. Y que al hacerlo, no es pesimista, ni sombrío, pese a la raíz amarga de su sentir humano, de su dolorosa expresión del mal, de la injusticia, del egoísmo... Porque la animación fabulosa de su juego, su teatralidad auténtica, transparenta luminosamente otro sentir más hondo y más fuerte : de amor, de piedad humana, de afirmación confiada y esperanzadora en la personalidad del hombre.

Arniches en su farsa grotesca de « Los Caciques » nos enseña, sin hipocresía ni disimulo, una realidad triste, amarga, injusta, cruel, de España; pero a la par, y con ella misma, nos revela otra que es clara, abierta, luminosa, diciéndonos que hay que luchar por ella. Y esta moralidad, « envuelta » — como dirían nuestros clásicos barrocos teatrales del XII — « en su fabulosa enseñanza », hace, al fin, que el espectador de hoy, como el de ayer, su público de hoy, como el de ayer (un ayer, repito, que dista de nosotros casi medio siglo) se sienta estimulado por la risa, fortalecido por el humor, por la ironía, por la sátira, por la saludable, purgativa tragedia grotesca, en la que se mira y se ve (espejo y escuela de costumbres es ese teatro) a sí mismo representado.

El teatro, la teatralidad de este Arniches, es catártica (y perdónese la pedantería, no encuentro modo de decirlo mejor), porque le da a su público, al de hoy como al de ayer, conciencia de serlo. O dicho de otro modo, lo hace pueblo de veras. Sabido es que Arniches con su teatro, como Galdós con sus novelas, inventó un pueblo madrileño. Este pueblecito español de su « farsa política » de « Los Caciques », puede, como decíamos, parecernos España entera. Pero también, por eso mismo, puede volver para nosotros a esa España entera en un pueblo vivo de verdad. Vivo de verdad y no sólo de hambre y de miedo a la verdad.

Es curioso que al señalar algunos críticos de ahora, como cuando esta farsa de Arniches se estrenó, su semejanza o analogía, por su asunto o fábula, por el armazón aparente de su intriga, con « El Revisor », de Gogol, afirman, ahora como entonces, que no tiene nada que ver, sin embargo, con la famosa comedia del gran ruso esta farsa grotesca de nuestro gran autor español. Es para mí indudable que Arniches no conoció, al menos directamente, nunca, la obra de Gogol. Su coincidencia, a mi parecer, es mucho más voluntaria y profunda : es la de su verdad popular; coincidencia de corazón. La de esos dos pueblos tan distintos — el español, el ruso — y tan íntimos o íntimamente cercanos en esa, y por esa misma — diciéndolo en ruso — intimidad de su lejanía.



Serenidad del campo y de la luz

● Continuación y fin ●

No maltrataría los bueyes el mozo labrador, porque los necesitaba en la faena. Sabía, además, que son bestias de carne y hueso, y el golpe que sobre ellas descarga aquel a quien enfurecen sus venenos, debiera ser delito ante la ley. Pero Iberia es tierra de agujijones, de navajas y cuchillos. Navajas sevillanas, navajas de Albacete. Todo cuchillo tiene agudo el corte y fina la punta. El jinete que iba por el sendero polvoriento y se emparejó al Amargo vendía cuchillos de plata y solía decir que « cortaban el cuello como una brizna de yerba ». Cuchillos y navajas jamás le placieron al aldeano mozo. Que no le disgustaban los cuchillos que a la mesa se ponen — donde hay mesa y manteles —, ni tampoco los cortaplumas para limpiar la bardoma entre uña y piel. Aquí le expuse que esos que buscan el ataque pueden hacer daño valiéndose de cualquier otro instrumento, un garrote o una hoz de segador. Mirad vos adonde veáis los mesones, y si nunca os habéis enterado, os dijera yo ahora lo que dijo otro acerca de las ventas, que fue aquel contar que a cada una de ellas « va unido un crimen terrible, espantoso; uno de esos crímenes que se comentan largo tiempo, años y años, en un pueblo; crímenes cometidos con un hacha que hien de el cráneo, con una piedra que machaca el cerebro » (1). Porque tú eres bueno en tu buena sangre, aborreces la crueldad, y acaso ésta se menguase si la justicia social prevaleciese en el mundo y fuese todo del trabajo obrero y no de las oligarquías parasitarias.

Un poco más allá de la fuente ferruginosa, remontando la colina verde, se ve la casa del mozo labrador. La casa tiene solana, con escalera de piedra. Sobre un barandal de cedro cuelga el arambel. Luego una parra, quizás en pámpanos nacientes, trepa hacia el techo de losa y sus sarmientos se abren en un desmayo de vida como si imploraran la luz del cielo, todo engalanado con celajes cual hilos de oro. Algo separado de la era donde se hace la majada y se criba el grano de cen-

El Corpus en el Cusco

● Viene de la página 5 ●

que deja el tirapiés tradicional y contiene con la máquina. Y hasta la riqueza y opulencia del pasado, que dieron lugar al boato y al lujo, dependen ahora de furiosas fuerzas extremas del capitalismo moderno y en vez de acrecentar la fortuna de templos y conventos se vierte por otros mundos.

Entonces, el empaque colonial que todavía cursa erguido por las multitudes y se refleja entre altares, viene a ser el espectro de una realidad, de un pasado que ya debe fenecer. Ha perdido aquellos incentivos que enriquecían la emoción popular creadora.

Altarero, pintor de Corpus, charanguista, cargador de andas, cocinera del «chiriucho»; «En el cerro del pasado, no andaréis lejos»...

José Uriel García

(« Pueblos y Paisajes Sudperuanos »)

teno, esparcen su sombra los árboles de peras verdilargas y de manzanas reinetas. Aroman los membrillos. En el agosto, al igual que todas las casas aldeanas, fulgen al sol las mazorcas de maíz puestas a dorar sobre un travesaño de madera rústica, y cuando el sol da en ellas, semejan un adorno aurino contra el respaldo de la alquería. Bermejo era el coadjutor de la Tolva. Recio señor despótico de aquel dominio, solía visitar esta casa del mozo labrador, porque desde la solana podía otear los sembrados y las praderas, y el río reflejando los chopos en su lamina de cristal.

Don Saturno — que a dicho nombre respondía el coadjutor — tenía la fuerza de un jayán. Corpulento y hercúleo, se producía severo cuando vociferaba anatemas contra los libros impíos y los descreídos en la existencia de Dios. Sin embargo, en él, como en otros clérigos, una cosa era predicar y otra dar trigo. Fue siempre avaro y su castidad quebrada al agarimo de una barragana, moza de ojos brillantes y fúlgido pelo rubio. Este tonsurado tomaba todos los junios el tren de Rábade para asistir a la fiesta de Baldomar. El parroco de aquella iglesia había sido su condiscípulo en las aulas semina-riales y lo invitaba a ser diácono en la solemne misa del rito litúrgico, cuyo fin iba dirigido a implorar del santo patrono una protección veterinaria hacia el ganado vacuno y las piaras de cerdos. Jamones, tocinos, cacholías saladas (2), chorizos y longanizas son ofrendas del altar. Otra vez en que se celebraba esta farra romera, cierto labriego, excesivamente supersticioso, metió un becerro dentro de la ermita, estando muy abierto el portón del atrio y mientras el cura predicaba el sermón evangélico. Violo éste cuando los devotos, asustados y espantados, hacían sitio a la bestia, cuyo fue un manso mugir, e iracundo ordenó con rabia fiera: **Saca o xato d'a igrexia, e faino axina, pois si en facelo te esquences, baixareime d'o púlpito pra fenderche o bandullo, cabrón.** Obedeció el bausán, y el becerro, a la vez que seguía a su amo, dejó sobre las losas la boniga, llamada mejor bosta en el vernáculo léxico galaico. Repartidas las ofrendas entre los oficiantes, tocaría una buena parte al coadjutor y como eran tantas, podía dar algunas a sus deudos, aposentados en las aldeas comarcanas.

Bautizado fue el mozo con el nombre de Agustín. Nombres hay que quien los llevó, en ellos se honraron y en acciones ilustres se sobresalieron. Este analfabeto aldeano supo decirme que el español lo mismo sirve para ser idólatra que para acostumbrarse a la tiranía. Hermano campesino: ¿por dónde esas palabras son en ti y cómo de tu boca ha podido salir tan suave aliento? No conoces las vocales, pero conoces la iniquidad entre los hombres. Yo le respondí entonces: no sólo el español acepta la idolatría, sino que aguanta las hambres y la pobreza. Con rapidez descalzóse el mozo y enseñóme las medias llenas de remiendos. ¡Ay, no son mejores las mias ni más limpios que los tuyos los sudores de mi cuerpo! — le dije. Y todavía tus almadreñas son más

por J. Prado RODRIGUEZ

útiles que mis zapatos porque protegen el pie contra las arenas del camino, al paso que estos borceguies tienen torcidos los tacones y gastada la suela hasta el enfranque (3). Tiranía e idolatría ibéricas marchan juntas, y el aire que pudiera ser puro se corrompe con la emanación de las letrinas. La letrina más profunda se forma en los estercoleros de los palacios y en los suelos costrosos de las basilicas. Buen estiércol el que entra al surco y en el surco se purifica. Lo hicieron otra clase de cerdos — el cerdo en su especie y género — y alimenta la semilla que será fruto para ser guiso odorante en los banquetes del príncipe y del rey.

Aún son arriba, manteniéndose firmes a través del tiempo y de los vaivenes históricos, los amos de los vasallos. Oyó decir Agustín que había naciones donde las tierras estaban repartidas y no eran del latifundio ni aforadas. Mas también oyó decir que allí ni se conocían los zánganos que se llevan la miel y son los dominadores de la colmena humana. Fue en este punto cuando vino a mi memoria aquel discurso de Platón que aplica a los zánganos alados y a los zanganos de dos pies. Se ha de saber, empero, que los zanganos alados consiguen su merecido, y en la diferencia entre unos y otros cabe distinguir la diferencia entre las colmenas. Las sociedades son imperfectas. Con propósitos nobles se lucha a diario y la liberación se retarda. Imperfectas las sociedades desde que en ellas avanzó la cultura, nunca se alcanza el término de la pobreza, que es el supremo anhelo, y al constituir los pobres una gran fuerza revolucionaria, no se aprovechan de ella, cuya pasividad abre ancho espacio a las oligarquías y fortalece el imperio de todas las formas despóticas. En nuestros tiempos podría cualquier filósofo fijar su pensamiento en los contornos de la dimensión global, y si el observador era ecuánime, vale decir, contrario a la mentira y al fraude, suscribiría este lenguaje del sabio helénico: « Es verídico que en toda sociedad donde viereis mendigos, veréis en ella ladrones, rateros, cortabolsas, sacrilegos y pícaros de toda laya y arte ». ¿Roba el hombre si lo que está frente a sus ojos no le turba la visión ni le proporciona ventaja alguna? Cualquiera pobre en andrajos puede robar los andrajos de otro pobre, y esto indica que la pobreza jamás será tan desnuda que no tenga algo con que tape su lacería, o que el andrajo será tan andrajo que no exista en él cosa que sea ajena al hurto. La miseria aumentó antaño en las oligarquías, y hogaño aumenta en las repúblicas que se dicen prósperas y democráticas, sobre todo cuando la industrialización despliega lujos que al gran número no se le permite satisfacer, y aunque pueda vivir sin ellos, los ambiciona, porque son muy contadas las gentes que entienden aquello que advertía Sócrates cuando mirando a los escaparates de Atenas, dijo: « Cuánto hay que no necesito ». Entre los avisos

(3) Voz que en algunas partes usan los zapateros para designar la parte más estrecha de la suela hasta el talón.

(1) Azorin: «Castilla».

(2) En Galicia la cabeza del cerdo.

campestre

que Publio Siro ofrece a modo de máxima impercedera, se anota ésta: « Si no se da a la necesidad lo que pide, lo arranca ». Dígase entonces que en una república perfecta — la república del bienestar común — no estarían justificados ni la rapiña ni el robo, pero habría los robos y el ladrón.

La fuente dice su santidad y en la fronda trinan los jilgueros. Por la carretera que bordea el Miño pasean los reumáticos que aspiran los vapores sulfurosos en el balneario de Olga. No todos son afligidos por el asma. Con los señores viejos transita la hija en mocedad. Todos llevan lento el pasc, y, de vez en vez, descansan sobre el pretil de la cuneta lateral. Agustín los miraba con cuidado. Me refirió el mozo que estando el sol entre las dos líneas de montes por cuya angosta hondura corre el Miño, vio venir al obispo en compañía del portacolas. La sotana episcopal fulgía en aquella luz como un espectro luminoso contra el confín de alargado silencio. Abierta era la cancela en el cerco donde pacía la vacada. Entonces una vaca berrenda, aguda de cuernos, fascinada por el purpúreo brillo del talar, fue hacia él, y gracias a la diligencia de Agustín, que la paró golpeándole el testuz con un recio palo de roble, pudo evitarse la tragedia entre el trino de los jilgueros y el sofleo del viento en los árboles extendidos sobre carreros de sombra. Aquel obispo increpó con dureza al mozo, quien luego se deshizo en pesares por su ligereza en salvar al déspota que iba a ser corneado en la paz bucólica del camino.

Murmura la fuente y en colores se da el cauce de agua ferruginosa. Siente el aldeano repulsión a las sotanas y a las becas de colegial. El aldeano ha visto a los veraneantes y se le representaron como la carroña del solar ibérico. Muy nobles palabras me dijo el mozo y mientras los grillos aflautaban sus élitros, yo puse el colofón a las ironías de la vida y al embrujo que ejercen tantas obras protervas. Convengo contigo — le advertí en asenso lógico — que muchos clérigos son truhanes y arcas de ignominia. Convengo contigo en que sobran conventos y seminarios, y añado que sobran catedrales, iglesias y parroquias, porque todas concentran una aglomeración de tonsurados cuyo magisterio no se enlaza con la doctrina de Cristo, sino con las sinecuras y el apego a las simonías. Contigo convengo en que esta tierra, de uno u otro modo, está tan soterrada en sus negros trabajos supersticiosos, que ellos le han puesto negro el espíritu y no se acomoda a ninguna luz que a las tinieblas se sobreponga. Las procesiones religiosas por las calles son paganas y, al verlas, se puede decir que el Africa comienza en los Pirineos, y en el Africa moran los rifeños, los congoleses y los zulúes. Convengo contigo en que el pueblo debe ser piadoso con quienes practican la piedad, pero no con aquellos que lo avasallan, lo empobrecen y lo someten a la férula de tiránicos poderes. Ni la aristocracia prevalezca, ni los señoritos nos denhonren. Los coroneles y generales, rudos y cuarteros, llevando alforja y jalma, aun pudieran ser confundidos con los lobos, y jalma y alforja serían en ellos un ornamento de blasón. Convengo contigo en

Manifiesto de los intelectuales españoles

● Viene de la primera página ●

Pedro Lain Entralgo, académico de la Lengua y ex rector de la Universidad de Madrid.

Valentín Andrés Álvarez, catedrático y ex decano de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas de la Universidad de Madrid.

José Luis Aranguren, catedrático de Ética de la Universidad de Madrid.

Enrique Tierno Galván, catedrático de Derecho Político de la Universidad de Salamanca.

José Luis Sureda, catedrático de Economía de la Universidad de Barcelona.

Ángel Latorre, catedrático de Derecho de la Universidad de Barcelona.

Paulino Garagorri, profesor de la Universidad de Madrid.

José Bergamín, escritor.

Gabriel Celaya, poeta.

Antonio Buero Vallejo, dramaturgo.

Alfonso Sastre, dramaturgo.

Fernando Baeza, editor.

José María Castellet, crítico literario.

Antonio Saura, pintor.

Francisco Fernández-Santos, ensayista.

Carlos Barral, poeta y editor.

Ángel María de Lera, novelista.

Juan Goytisolo, novelista.

Mateos, pintor.

José María Moreno Galván, crítico de arte.

Ángela Figuera Aymerich, poetisa.

Manuel Arce, novelista.

Francisco Rabal, actor.

Fernando Fernán Gómez, actor.

Juan García Hortelano, novelista.

Ángel González, poeta.

Luis Goytisolo, novelista.

Gabino Alejandro Carriedo, poeta.

Antonio Ferrés, novelista.

Carlos Muñoz, dramaturgo.

José María de Quinto, novelista y director teatral.

Rodríguez Buded, dramaturgo.

Juan Marsé, novelista.

Ángel Crespo, poeta.

Armando López Salinas, novelista.

Pablo Serrano, escritor.

Juana Francés, pintora.

Jesús López Pacheco, poeta y novelista.

José Esteban, poeta.

Manolo Millares, pintor.

José Manuel Caballero Bonald, poeta y novelista.

Manuel Ortiz Valiente, pintor.

Benigno Quevedo, novelista.

José Antonio Parra, escritor.

César Santos Fontenla, crítico cinematográfico.

Consuelo Bergés, escritora.

Daniel Sueiro, novelista.

Patiño, director cinematográfico.

José Ares, profesor de la Universidad de Madrid.

José Ares, profesor de la Universidad de Madrid.

José Ares, profesor de la Universidad de Madrid.

José Ares, profesor de la Universidad de Madrid.

José Ares, profesor de la Universidad de Madrid.

José Ares, profesor de la Universidad de Madrid.

José Ares, profesor de la Universidad de Madrid.

José Ares, profesor de la Universidad de Madrid.

José Ares, profesor de la Universidad de Madrid.

José Ares, profesor de la Universidad de Madrid.

José Ares, profesor de la Universidad de Madrid.

José Ares, profesor de la Universidad de Madrid.

José Ares, profesor de la Universidad de Madrid.

José Ares, profesor de la Universidad de Madrid.

José Ares, profesor de la Universidad de Madrid.

José Ares, profesor de la Universidad de Madrid.

José Ares, profesor de la Universidad de Madrid.

Pedro Dicenta, maestro.

Juan Eduardo Zúñiga, escritor.

Lauro Olmo, novelista y dramaturgo.

Ricardo Zamorano, pintor.

Alfonso Grosso, novelista.

Manuel Calvo, pintor.

Ricardo Domenech, crítico teatral.

Francisco Pérez Navarro, ensayista.

Ramón Nieto, novelista.

Julián Marcos, ayudante cinematográfico y poeta.

José Duarte, pintor.

Fermin Solana, escritor.

Jorge Campos, escritor.

Ángel Fernández-Santos, escritor y crítico literario.

Francisco Moreno Galván, pintor.

Marcial Suárez, dramaturgo.

José Ayllón, crítico de Arte.

Jaime Gil de Biedma, poeta.

Daniel Gil, pintor.

L. G. Egido, crítico cinematográfico.

Angelina Gatell, poetisa.

E. Sánchez, poeta.

José G. Manrique de Lara, poeta y novelista.

Eloy Terrón, profesor de la Universidad de Madrid.

Pablo Martí Zaro, dramaturgo.

Fernando Chueca, director del Museo de Arte Contemporáneo.

Faustino Cerdón, científico.

Leopoldo de Luis, poeta.

Díaz Caneja, pintor.

Ramón Garciasol, poeta.

Ignacio Aldecoa, novelista.

Cortijo, pintor.

Adán Ferrer, pintor.

Arturo Martínez, pintor.

F. Álvarez, pintor.

José Agustín Goytisolo, poeta.

Joan Oliver, ensayista.

Joaquín Horta, editor.

Jordi Carbonell, poeta y ensayista.

Oriol Bohigas, arquitecto y crítico de Arte.

Joaquín Molas, escritor.

María Aurelia Capmany, directora de teatro.

Ricard Salvat, director de teatro.

Joan Triadó, ensayista.

Francesco Valverdu, poeta.

Salvador Espriu, poeta.

Manuel Sacristán Luzón, profesor de la Universidad de Barcelona.

Alfonso Carlos Comín, escritor.

Josep Fontana, profesor de la Universidad de Barcelona.

Joaquín Jordá, ayudante de cinematografía.

Román Gubern, ayudante de cinematografía.

Román Gubern, ayudante de cinematografía.

Román Gubern, ayudante de cinematografía.

Román Gubern, ayudante de cinematografía.

Román Gubern, ayudante de cinematografía.

Román Gubern, ayudante de cinematografía.

Román Gubern, ayudante de cinematografía.

Román Gubern, ayudante de cinematografía.

Román Gubern, ayudante de cinematografía.

Román Gubern, ayudante de cinematografía.

Román Gubern, ayudante de cinematografía.

Román Gubern, ayudante de cinematografía.

Román Gubern, ayudante de cinematografía.

Román Gubern, ayudante de cinematografía.

Román Gubern, ayudante de cinematografía.

Román Gubern, ayudante de cinematografía.

Román Gubern, ayudante de cinematografía.

Román Gubern, ayudante de cinematografía.

Román Gubern, ayudante de cinematografía.

Román Gubern, ayudante de cinematografía.

Román Gubern, ayudante de cinematografía.

Román Gubern, ayudante de cinematografía.

Román Gubern, ayudante de cinematografía.

Román Gubern, ayudante de cinematografía.

Román Gubern, ayudante de cinematografía.

Román Gubern, ayudante de cinematografía.

Román Gubern, ayudante de cinematografía.



asociarme a la tarea de luchar contra las injusticias, y ahora declaro que mientras todo se imponga por la fuerza — religión, hábitos y costumbres — España estará en polvo fúnebre, igual que las cenizas de un holocausto.

Un mirlo silbó entre las zarzas cargadas de moras y entonces recordé aquella frase de Epicuro que, como ejemplo, era en la gramática griega: **epantos tou algountos upesairesis**: El grado más grande de la felicidad es la carencia de todo dolor.

LO QUE EL PUEBLO ESPAÑOL SE VE FORZADO A IGNORAR

España

Desde que, en 26 de septiembre de 1953, quedó firmado por el general Franco y el Gobierno de los EE. UU. el «Defense Agreement» por el cual se establecían bases militares norteamericanas en territorio español, han venido ocurriendo acontecimientos de índole técnica e internacional que han de obligar a introducir modificaciones en aquel acuerdo, a los diez años de su puesta en vigor, según los términos del tratado. Las armas atómicas han sido perfeccionadas, su empleo ha variado, otras nuevas más poderosas han aparecido, las relaciones internacionales han cambiado; todo ello ha de ser objeto de estudio, pero hay dos hechos de vital importancia para el pueblo español de que éste no ha tenido hasta ahora ninguna información. Uno es la aparición de la bomba de 100 megatonnes y otro lo han constituido las declaraciones del mariscal Malinofsky y del presidente Kruschef del Gobierno de la U.R.S.S., de las que parece deducirse que estas bombas están especialmente dedicadas a la destrucción de las bases militares norteamericanas en España.

El viernes 23 de febrero de este año, 1963, con ocasión de celebrarse en Moscú el 45 aniversario de la creación de las Fuerzas Militares Soviéticas, el mariscal Malinofsky dijo en su discurso en nombre del Gobierno que: «el

mantenimiento de las bases norteamericanas en territorio español constituiría un peligro mortal para la propia vida del pueblo español, porque la U.R.S.S. estaba dispuesta y decidida a aniquilarlas». Igual amenaza había expresado el presidente Kruschef unos días antes en una entrevista a un periodista mejicano, ambos citando las bombas de 100 megatonnes como el arma de que dispondrían para esta finalidad.

Estas amenazas, que el pueblo español ignora, no se pueden considerar como simples «bravatas» para atemorizarle, si se tiene en cuenta que, por efecto del poderosísimo armamento atómico y nuclear de las bases americanas en territorio español, España queda convertida en un revólver aplicado a la sien de la U.R.S.S. y ésta, por instinto de conservación, ha de procurar aniquilarlo antes de que el dedo americano apriete el gatillo. El hecho de que la U.R.S.S. elija estas terribles bombas en lugar de otras de menor potencia, pero suficientes para anular el poder ofensivo de las bases militares sin destruir a la Nación en que están asentadas, se explica por el deseo de provocar por este primer ataque termo-nuclear en la mayor masa realizable actualmente, un tal sentimiento de horror en el mundo entero que la idea de una guerra atómica sería universalmente desechada. Nuevamente España sería sacrificada para obtener enseñanzas de orden estratégico aprovechables para las demás naciones.

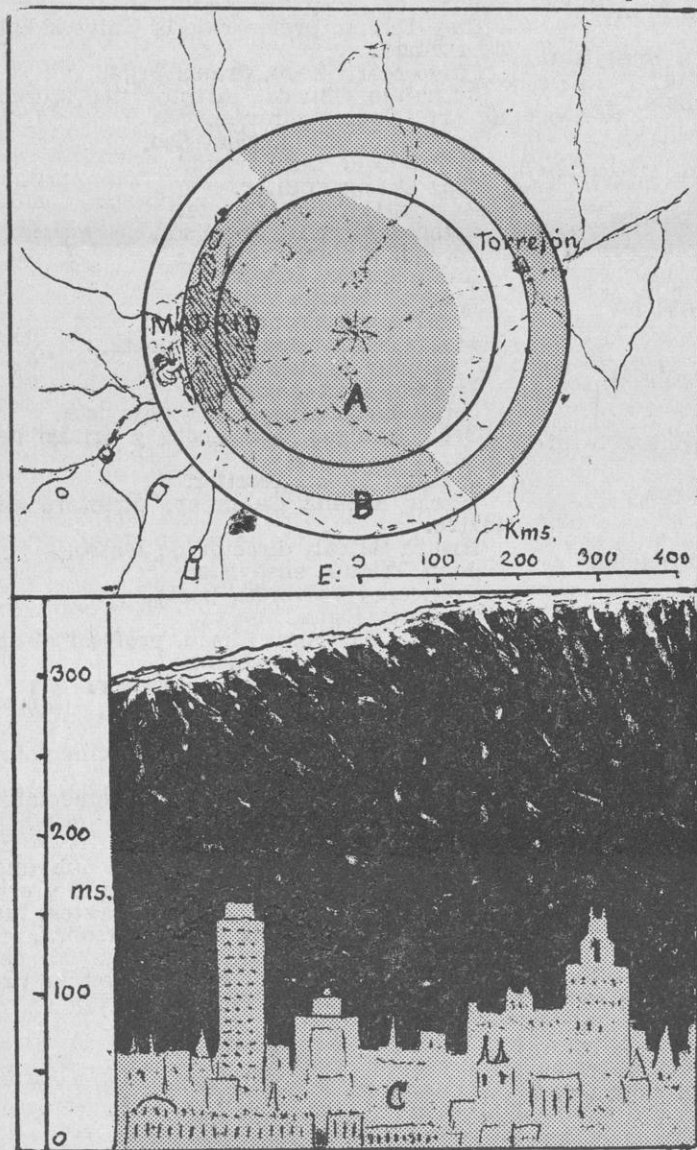
Ahora bien, ¿qué son estas bombas de 100 megatonnes cuyo empleo anuncian los rusos para destruir a España convertida en un arma mortal para ellos?

Hasta ahora no sabemos más que, según las declaraciones antes citadas y confirmadas por el periódico «Krasnaya Zvezda» («Estrella Roja»), del 24 de septiembre 1963, en los arsenales rusos hay un depósito de estas bombas, de una potencia destructora equivalente a la de cien millones de toneladas de trilita (o lo que es aproximadamente igual, de dinamita), 5.000 veces superior a las de las bombas atómicas americanas de Hiroshima y Nagasaki, pero no sabemos nada sobre su constitución: si se trata de gigantescas bombas A, de Uranio 235 o de Plutonio, H de Hidrógeno, Deutorio o Tritio, o del tipo «fotónico» basado en la aniquilación de la materia por la anti-materia; sólo conocemos su potencia que es de 100 millones de millones de kilocalorías, de 4,2 millones de millones de millones de millones de ergios, de 42,8 millones de millones de toneladas y de 115 mil millones de kilo-watios hora.

Además de esta enorme cantidad de energía mecánica, térmica y eléctrica destructora, la bomba de 100 megatonnes produce una radiación radioactiva capaz de causar la muerte instantánea de millones de personas u originarles enfermedades mortales o incurables.

Por un cálculo simplista podríamos deducir que en la explosión de 100 millones de toneladas de dinamita sobre una población de 30 millones de habitantes, corresponderían a 3,3 toneladas de dinamita por cabeza, pero, afortunadamente, la acción destructora de la explosión no se limita solamente a los habitantes, sino que se extiende a todo el país. Aún en este caso, correspondería una explosión de un kilo de dinamita por cada 5 metros cuadrados de superficie del territorio español, también suficiente para aniquilarlo. El efecto probable de una sola bomba de esta potencia lanzada sobre España no puede ser calculado con exactitud por carecerse de datos referentes a explosiones de esta potencia, pero podemos extrapolar los datos deducidos de las explosiones menores que se han realizado para determinar el orden máximo de destrucción que se obtendrá con una bomba de 100 megatonnes.

Como en toda explosión atómica o nuclear, la de 100 megatonnes debe producir instantáneamente una temperatura de varios millones de grados, originándose una gasificación de toda la materia próxima en forma de onda esférica en cuya superficie (frente explosivo) se condensa la casi totalidad de la energía desarrollada, algo así como un muro de presión que avanza con una velocidad superior a la del sonido. La densidad de energía en este frente de explosión va disminuyendo a medida que avanza, por dos causas: primera, por la superficie



● Ver «Formación de cráter» en la página siguiente ●

- 1a. A: Cráter producido por la explosión de una bomba de 100 megatonnes.
B: Cresta montañosa alrededor del cráter.
C: Madrid sepultado bajo la cresta montañosa.

EN LA ESTRATEGIA ATOMICA MUNDIAL

creciente de la onda que hace que la densidad de energía disminuya en razón inversa del cuadrado de la distancia (o sea del radio de la onda), y segunda, por la energía que va perdiéndose en los efectos destructores que se van desarrollando. Si estos efectos destructores fueran realizados por la totalidad de la onda explosiva, la disminución de densidad de energía (o sea de efecto destructor), sería inversamente proporcional al cubo de la distancia, pero siendo sólo una pequeña parte de la onda la que va naciendo efectos destructores (la que está en contacto con el suelo), la disminución del efecto destructor no será tan rápido y estará comprendido entre la razón inversa del cuadrado y del cubo, según la energía de destrucción que vaya causando el frente explosivo en su avance. En la imposibilidad de tener datos precisos para hacer el cálculo, hemos extrapolado los contenidos en las obras: «The Effects of Atomic Weapons» por la Comisión de Energía Atómica y el Departamento de Defensa Norteamericano, «Fall out» por J. M. Fowler y «La Bombe H» por W. Laurence, en las condiciones de obtener el máximo efecto destructor, bajo cada uno de sus aspectos, que una bomba de 100 megatones puede realizar.

Efectos de la explosión de una bomba de 100 megatones

Estos efectos pueden clasificarse en: Mecánicos (conmoción sísmica, formación de cráter, presión y depresión del aire y soplo), Térmicos (bola de fuego, radiación de calor), Luminosos (intensidad de la luz proyectada), Radioactivos (radioactividad inicial, secundaria y permanente). Cada uno de estos efectos es a su vez causa de una acción destructora que vamos a determinar.

EFFECTOS MECANICOS

Conmoción sísmica

La energía de la bomba de 100 megatones, que es de un billón de billones de ergios, corresponde, en la escala simológica de Richter, a un terremoto de orden 2, de magnitud 7,5, calificado como «major earthquake», de una intensidad como nunca se ha registrado en España, pero sus efectos destructivos desaparecerán ante los producidos por las otras causas mucho más destructoras.

Formación de cráter

El tamaño del cráter formado depende de la altura o de la profundidad de la explosión de la bomba con relación al suelo. Si ésta se verifica a más de 500 metros de altura no se producirá cráter, sólo se levantará una nube de polvo calcinado radioactivo, pero si la bomba es lanzada en trayectoria balística planetaria de modo que haga explosión después de haberse enterrado en el suelo a 15 metros de profundidad, se producirá un cráter en forma de casquete esférico de 17 kilómetros de diámetro y 570 metros de profundidad, rodeado de un anillo montañoso de 360 metros de altura y 27,2 kilómetros de diámetro exterior, donde quedarán sepultadas las ruinas de los edificios situados cerca del cráter.

Presión y depresión del aire

El aire calentado por la explosión, unido a los gases desprendidos, formarán una masa gaseosa a una enorme presión acumulada en el frente explosivo que avanzará seguida de una zona de depresión que, para esta bomba, puede llegar hasta a una presión cero. Todos los obstáculos que encuentre este frente explosivo sufrirán un empuje violentísimo seguido de una succión cuyos efectos destructores pueden ser aún mayores que los de aquél.

El soplo explosivo

El viento desarrollado en los primeros momentos por la explosión, que debe alcanzar unos 300 kilómetros por hora, producirá la destrucción total de los edificios hasta 61 kilómetros de distancia, si la explosión ha sido en el aire, y a 20 si ha sido en agua o en tierra.

por Emilio HERRERA

EFFECTOS TERMICOS

La bola de fuego

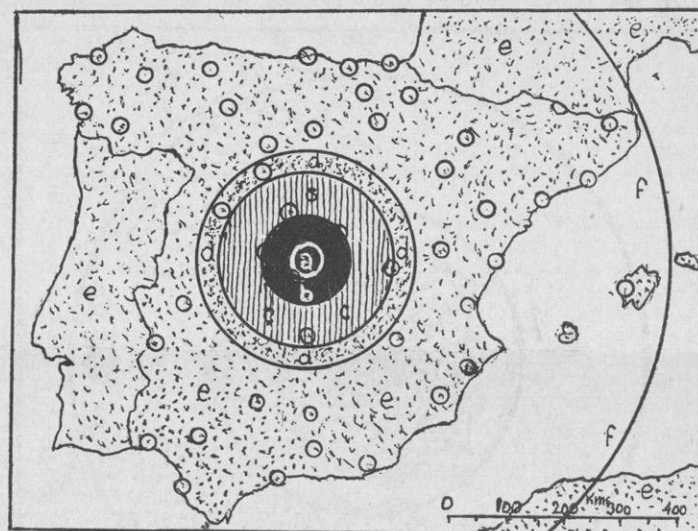
La energía térmica desarrollada, de cien millones de millones de kilo-calorías, es capaz de elevar de 0 a 100 grados mil millones de toneladas de agua y su primer efecto es de crear una bola de fuego cuyo diámetro va aumentando a medida que se eleva, con una temperatura interna uniforme de 300 000 grados C., alcanzando su brillo máximo con un diámetro de 462 ms., que seguirá aumentando hasta 4 600 ms. en que la bola se disolverá en una nube radioactiva arrastrada por el viento en la estratosfera. Esta bola de fuego subirá con una velocidad de unos 45 ms. por segundo y se forma en una diezmilésima de segundo.

Radiación de calor

La energía térmica acumulada en el frente explosivo irá quemando sucesivamente a medida que avanza, todo lo que encuentra a su paso. A los 130 kms. de distancia habrá producido incendios destructores de todos los edificios, la sombra de las víctimas quedará marcada en blanco en las paredes y a 150 kms. se producirán quemaduras de tercer grado en las personas. A mayores distancias quedarán marcadas en la piel según la transparencia luminosa de los vestidos.

Efecto luminoso

La bomba de 100 megatones producirá un efecto luminoso concentrado en la bola de fuego en su máximo brillo que, vista a una distancia de 640 kms. ofrecerá un efecto deslumbrador cien veces superior al del Sol visto desde la Tierra. Este efecto producirá la ceguera a todo el que lo sufra directamente, sin protección.



- 2a. a: Cráter.
 b: (Negro) Zona de destrucción total.
 c: (Rayado) Zona destruida por incendio. Quemadura de 3a. clase para las personas.
 d: (Punteado espeso) Zona de 50% de muertos por radioactividad.
 e: (Punteado) Zona contaminada a más de un roentgen por día.
 f: Intensidad luminosa de la bola de fuego superior a 100 veces la luz del sol.

EFECTOS RADIOACTIVOS

Radioactividad inicial

La reacción atómica o nuclear que origina la explosión produce la emisión instantánea de neutrones, electrones o partículas beta, partículas alfa, radiaciones gamma y diferentes isótopos radioactivos, unos de corta o cortísima vida y otros de larga o larguísima vida, como el Uranio 235, que tarda 100.000 años en perder la mitad de su radioactividad. Todos estos cuerpos atacan los tejidos del cuerpo humano inmediatamente produciendo daños proporcionales a la intensidad de la exposición radioactiva que producen, cuya unidad de medida es el «roentgen». Una exposición de 4.000 r. por día, que en una bomba de 100 megatones se verificaría a unos 45 kms. del punto de explosión, produciría la muerte casi inmediata.

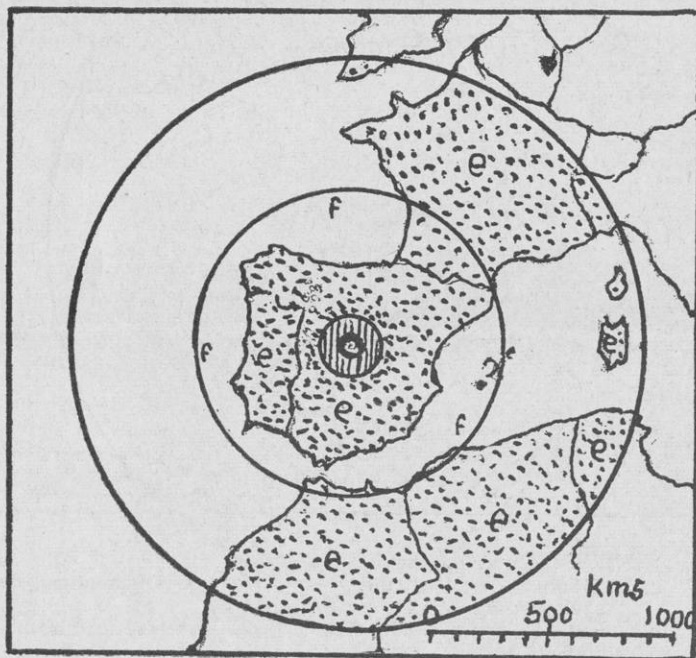
Radioactividad secundaria

Cada una de estas sustancias radioactivas iniciales, por su acción sobre los cuerpos que van encontrando, los convierten a su vez en isótopos radioactivos que atacan también al cuerpo humano, como el Calcio, el Estroncio y los restos de Uranio y de Plutonio a los huesos y a su médula, el Yodo a la glándula tiroides, el Manganeso y el Cobalto al hígado y el Cesio y el Carbono a todo el cuerpo, produciendo enfermedades que acarrearán la muerte en el 50% de los casos (400 r.) a 160 kms. de distancia. Las enfermedades más importantes contraídas por la acción de esta radioactividad secundaria, además de la calvicie, ceguera y otros síntomas, son el cáncer, la leucemia, la anemia, acortamiento de la vida e incapacidad genética.

Radioactividad permanente

Además de la acción radioactiva de los isótopos creados por la explosión en la nube radioactiva, en el agua de manantiales y de lluvia, y hasta en el aire, el suelo mismo queda contaminado permanentemente después de muchos años a partir de la explosión, haciéndose peligrosa la vida en él, si su radioactividad excede del valor de un roentgen, cantidad que el cuerpo humano no puede resistir durante muchos días seguidos. La bomba de 100 megatones dejaría contaminado el suelo en esta proporción hasta una distancia de 1.200 kms., con el peligro de contraer las citadas enfermedades.

En las figuras 1, 2 y 3 hemos representado el caso de una bomba de 100 megatones que explota a una profundidad de 15 metros bajo tierra, lanzada por trayectoria balística planetaria desde una base soviética, haciendo impacto en un punto situado entre Madrid y Torrejón. La figura 1 representa el cráter en el que quedarían enterrados Madrid y la base de Torrejón; la figura 2 presenta las zonas de destrucción total, de destrucción por



3a. e: (Punteado) Zona contaminada a más de un roentgen por día en Europa y África.

1. f: Intensidad luminosa de la bola de fuego superior a 100 veces la luz del sol.

el fuego y de peligro mortal por radioactividad, y la 3 indica la extensión del área contaminada que cubriría la totalidad de España y de Portugal y gran parte de Francia (hasta París) y de Marruecos.

La participación de España en la estrategia atómica mundial seguramente ofrece importantes ventajas económicas y militares inmediatas, pero posiblemente en el porvenir podría someter al pueblo español a peligros de que es necesario esté enterado para tomar las medidas preventivas posibles.

EMILIO HERRERA

Ingeniero aeronáutico

Laureado de la Academia de Ciencias de Francia

Miembro de la Academia de Ciencias de España

● Artículo que, enviado por su autor a la prensa de España, no ha logrado ser publicado. ●

TESORO CERVANTINO

ESQUIVIAS

ESQUIVIAS, tranquilo lugar de la Mancha, cuna de doña Catalina Palacios Salazar y Vozmediano, cónyuge de Cervantes. Calle de Doña Catalina y placita de Cervantes hay en Esquivias. La data de la dedicación a propuesta de algún edil cervantista de aquel Ayuntamiento, o del propio alcalde, no importa.

Pueblo de viñería que hace bastante vino, fuera de esto, un burgo toledano sin importancia. El Toboso, por la alfarería, por la fabricación de monstruosos tinajones, tiene más movimiento. Con tinajas del Toboso son la mayoría de las bodegas manchegas. Tierras blancas de pan llevar, menos que glaucos majuelos: azafrán, en mayor o menor escala, sí cogen.

La Mancha es una llanura poblada de vides y de molinos de viento, cuya ilimitada planicie cansa y angustia.

En Esquivias conocería Miguel de Cervantes a Catalina Palacios, contraria a salir de su pueblo y de su casa para ver otras tierras. Quizá no pisó Madrid de soltera, ni siquiera la imperial Toledo, ni otras localidades de la merindad confinantes con la suya.

Familia acomodada de propietarios en pequeño, mas lo habido, eso sí, horro de cargas y a todas luces sano.

La casa dispone de corrada y estala, cava con rancios caldos, horreo con acervo de trigo candeal, matanza al oreo, uva de cuelga, ciruelas diapreas empapeladas, melones de año, adobos, arropias, quesos, pan de una semana...

Los Palacios, nada liberales, prietos, rara vez dan un chavo al pobre de pedir y, a pesar del hijo cura de la casa, con un «dios le ampare» le despiden.

¿A quién conoce Cervantes en Esquivias, que con tanta frecuencia viene a este pueblo andando, las árguas al hombro, desde la Corte? ¿Habita algún compañero de armas en Esquivias? ¿Están ligados con la campaña de Italia estos viajes? «¡Oh, la vida libre de Italia!», acendrada *saudade* del autor del Quijote, digna de apreciarla los italianos.

Interés para un artista Esquivias no ofrece ninguno. Pueblo arcaico, carente de atractivos, sin paisaje (cepas cubriendo el verdeante suelo lo que alcanza la vista: térreas viviendas y terruñeros habitantes: comarca con alma de esponja seca y gusto de chacina; atmósfera del siglo XVI propiamente. El lugar vale un tesoro por Cervantes.

A los Palacios Miguel, sin un cuarto, les parece un bicho raro y habrían preferido a uno de los Ugenas para novio de Catalina.

¿Lo que por el Manco de Lepanto ella siente es amor o lástima? Consintiendo los suyos a estos amores, tal vez ella los habría rechazado, pero no compartirá una vida o salto de mata, y por escasez de luces y sobra de sentido práctico querría que el novio deje la pluma y gestione un destinejo (está para ver la luz «La Galatea», su primer parto).

¿Qué habría ocurrido teniendo esta gente la evidencia de la inmortalidad, de Miguel de Cervantes? ¿Qué es para estos señores lo que no figura en el catastro? ¿Qué es la inmortalidad?

En esta hora desdeñosa, el personaje alcalaino tuvo precisión de anteojos. «Con la experiencia del penoso cautiverio y de los amargos tragos posteriores...!»

Casado Cervantes con Catalina, no encontró en su mujer ni siquiera compañía.

Sin ella en Andalucía. Sin ella en Castilla. Sin ella en todas partes.

¿Habéis puesto en un platillo de la balanza a Catalina Palacios y en otro a Andrea Cervantes? Pues no digo más.

El sino de Miguel es no ganar para disgustos, el dogal de la desgracia siempre consigue.

Mientras anduvo de ceca en meca y de zoca en colodra, como él dice, valiéndole la cobranza de los apremios excomuniones y cárceles, no se le puede considerar como casado ni como soltero. Amargo, sin darlo a entender a nadie por hermético de sus males...

Depues de enumerar mi padre los enemigos de Cervantes y de aplicarles duros, pero merecidos calificativos, pregunta:

—¿Y ahora...?

Respuesta de mi ocurrente y saladísima madre:

—Ahora: la cebada al rabo.

PUYOL

EL ALMA MILENARIA DE LYON

● Continuación y fin ●

SENSIBILIDAD LITERARIA

Mucho se podría escribir con referencia a quienes, con destacada personalidad en artes, ciencias y letras, han vivido en Lyon. Han realizado en esta ciudad buena parte de sus obras. Nos queda lo que han dicho al respecto del ambiente, de la por así decir, psicología lionesa, diversos escritores de renombre. Un poco de todo ello creo puede tener lugar adecuado en este breve ensayo en torno al valor estético y material de una gran ciudad.

Partiendo del Renacimiento, pueden citarse cuatro figuras de relieve que vivieron en Lyon. Cuatro humanistas, cuya memoria perdura y perdurará a través de los siglos: Erasmo cita a Lyon en sus «Coloquios». Manifiesta uno de los personajes que se trata de una apacible ciudad donde se come bien y las sirvientas son amables. Rabelais ejerció la Medicina en el Gran Hospital de Lyon; siendo de los primeros que hizo demostraciones acerca de la anatomía humana empleando el cuerpo de cadáveres. Al propio tiempo, de acuerdo con los más importantes impresores de la ciudad (dicho sea de paso, tras de los ensayos y realizaciones en el arte de imprimir, de Gutenberg y sus discípulos en Alemania, Lyon fue de las primeras localidades de Europa en donde se conoció el arte de imprimir), dirigió Rabelais la impresión de importantes obras de medicina, jurisprudencia y arqueología. Consiguio que se le imprimieran también en Lyon sus celebradas obras: «Gargantúa» y «Pantagruel». Miguel Servet, antes de pasar a Suiza, donde el brutal fanatismo de Calvino hizo que le quemaran vivo en Ginebra, estuvo en Lyon, encargado de la impresión de una «Biblia», de esmerada edición. Servet, sabio de conocimientos enciclopédicos en su época, puso atinadas notas marginales al texto público, enmendando, con criterio racionalista, apreciaciones absurdas del **Libro Sagrado**. Ello motivó el que los teólogos de la Sorbona pusieran el grito en el cielo, escandalizados. Posiblemente, en evitación de lo que de adverso pudiera ocurrirle, abandonó Lyon y la Francia, bien ajeno a lo que después le iba a ocurrir. También en Lyon ejerció las artes de la imprenta otro sabio, Etienne Dolet, que más tarde, acusado de herético, fue quemado vivo en París.

Poetas y poetisas de exquisita sensibilidad, como Joachim Du Bellay, Clement Marot, Louise Labé, Maurice Scève, Marceline Desbordes-Valmore, vivieron en Lyon, donde se inspiraron para trazar algunas de sus mejores poesías. De un soneto, del primero de los poetas citados, son estos versos:

Je vey ce beau Lyon. Lyon que tant je
[prise.
Son estroite longueur, que la Sone divise,
Nourrit mil artisans, et peuples tous di-
[vers:
Et n'en desplease à Londre, à Venise, et
[Anvers,
Car Lyon n'est pas moindre en fait de
[marchandise.

Rousseau fijó en las páginas de sus «Confesiones» el recuerdo de una noche pasada en un jardín de Lyon, a orillas del Saona. Dice que sea cual fuere el azar

de su vida, siempre ha de guardar el anhelo de volver a gozar de las bellas impresiones que Lyon le deparó.

Chateaubriand, en «Memorias de Ultratumba», manifestó que Lyon le produjo un intenso placer; glosando el haber admirado las obras de los romanos y las embarcaciones fluviales a lo largo del Saona.

Michelet, en su obra, «Nuestra Francia», estudió el origen y desenvolvimiento del misticismo y de las consideradas herejías que en la época medioeval tanto trastorno ocasionaron en Lyon, encomiando la que llamó: «grande y amable villa de Lyon».

Stendhal ha dedicado páginas en donde afea, del ambiente de Lyon, su espesa niebla, que entristece y borra los objetos. Pero, en otras partes hace resaltar matices estimables. Particularmente al hablar de los acueductos romanos de Chaponost, contiguos a Lyon.

Daudet, a quien era familiar el ambiente de Lyon, por haber residido en la ciudad y haber desarrollado buena parte de su popular novela, «Le Petit Chose», en ella, decía que «sus alrededores, dorados y montuosos, igualan en esplendor a los de Florencia».

René Benjamin, aludiendo a la Plaza de Bellecour y a la estancia de Honorato de Balzac en Lyon, escribió: «Me imagino a Balzac, que conoció allí, del brazo de la señora Hanska, una de las horas más ardientes de su vida. Contempló a su amada en un rayo de luna de esta plaza, que posiblemente es la más noble de Francia, llevándose fijada la imagen para el resto de su vida.»

Ya es sabido que Herriot, que fue alcalde de la ciudad durante muchos años, la amaba de todo corazón. Había en él, junto al político destacado, una recia personalidad intelectual. Complace leer sus libros cuando, situándose al margen de la política, daba curso a su vena de «hombre de letras», poseyendo vasta cultura y depurada sensibilidad. En un breve opúsculo, titulado: «Sederías», escribió: «El lionés es colorista. La atmósfera natal le ha acostumbrado a distinguir todos los matices del cielo. Esa luz de Lyon que tan pronto alcanza la dulzura de un horizonte de la Umbría, como el húmedo encanto de un cielo de Venecia, exalta sin orgullo la belleza de las cosas. Ella acostumbra a nuestros pintores a una sinceridad de tonos, a una pureza de colorido cuya exactitud no se encuentra en otro lugar del mundo.»

De su libro «Geografía sentimental», transcribo unas líneas de Alexandre Arnoux por su realidad evocativa: «Se ha escrito mucho acerca de los misterios de Lyon, de sus heréticos, de sus capillas ocultas, de sus agrupaciones de metapsíquicos, de sus kabalistas y espiritistas, para que yo me refiera ahora a ello. De todos modos son cosas que me merecen poco crédito, tengo mi particular criterio al margen de Huysmans. Parece que algunos despreocupados han querido abusar de ciertas tonterías. Pero nuestra ciudad induce al espíritu a replegarse, a una íntima fantasmagoría y al misterio de la clandestinidad. Lo obscuro de sus monumentos, la estrechez pegajosa de sus antiguas calles, lo profundo y angosto de esas casas de escaleras complicadas, el laberinto de corredores, de las «traboules» que atraviesan sombríos conglomerados de

por FONTAURA

muros, su clima variable, sus brumas y sus agobiantes soleadas, sus plateadas nieblas de invierno, sus antiguas viviendas con sórdidos patios, sus tabernas escondidas, angostas, sus ahumadas iglesias, la taciturnidad de sus habitantes, esos aires de fantasmas que ofrecen los transeúntes en las noches lluviosas, todo ello exalta las imaginaciones folletinescas. Y me extraña que Lyon no haya servido de cuna a generaciones de aficionados a los relatos policíacos, como Londres, con la que tiene no poca semejanza.»

Y voy a concluir esta concisa serie de apreciaciones en torno a Lyon con estas palabras de Louis Pize: «Lyon, capital de contrastes, ciudad de encantos imprevistos, villa de piedras antiguas, de ríos y de jardines, no es posible dejar de amarla cuando nos ha dejado descuorir su alma.»

RAFAGAS DE REBELION

Resultaría incompleto lo dicho acerca de Lyon, con miras a ofrecer una somera apreciación general del pasado y presente de esta ciudad si quedara en el olvido lo que a su historia social se refiere. Tiene en lo concerniente a las luchas de emancipación proletaria, lugar preeminente entre las localidades que en Europa más han destacado al respecto. Tendremos una idea de ello si examinamos algo de lo más relevante que han ido anotando en sus investigaciones los historiadores que han escrito en relación a Lyon.

Hablan las crónicas de las luchas que en la antigüedad experimentó Lugudunum entre galos y romanos. Las pugnas motivadas por concepciones distintas en el orden jurídico o religioso. Unas veces se combatía por un espíritu de independencia, como en el caso de la invasión árabe, que destruyó parte de la ciudad. Otras veces se trataba de un levantamiento popular contra los anhelos de hegemonía de tal o cual jerifalte y sus secuaces. Escasos son los casos que se poseen. De ahí que sea difícil poder adivinar los aspectos verdaderamente civilizadores y de justicia social que podían alentar en tales pugnas sangrientas.

El primer movimiento de envergadura, de tipo social, de que se tiene noticia brotó en Lyon, fue el fundado hacia 1170 por un ex-comerciante llamado Pierre Valdo, o Valdez, del que provino la secta de los «valdenses» que, no obstante la tremenda masacre que de ellos tuvo lugar en el siglo XVI, un pequeño número logró pasar a Italia, estableciéndose por los valles del Piamonte, guardando sus usos y costumbres hasta fines del siglo pasado. Los «valdenses» se denominaban también los «pobres de Lyon». Fue el suyo un serio movimiento de rebelión, particularmente contra el poder de la Iglesia. Reprochaban a los jerarcas del clero sus riquezas, sus despilfarros e inmoralidades. Predicaban la vida sencilla y la fraternidad humana. La Iglesia, todopoderosa, los persiguió por herejes, buscando por todos los medios su destrucción.

En el año 1320, tras de un siglo de luchas contra el poder feudal, así como el eclesiástico, el pueblo de Lyon logró conquistar el derecho comunal a regirse por

El alma milenaria de Lyon

propia voluntad. Consiguieron el derecho a elecciones a base de asambleas populares, al margen de intervenciones por parte de la nobleza o el clero.

En 1529 tuvo lugar en Lyon una importante sublevación popular. La acción fue contra la clase pudiente y los acaparadores ya que se atravesaba un año de intensa miseria para los trabajadores en general; ofreciendo un tremendo contraste a la vida opulenta que llevaban los ricos. Las autoridades prometieron conceder al pueblo toda suerte de facilidades para los viveres indispensables si los sublevados calmaban su pasión. Pero, una vez el pueblo pacificado, el rey mandó, de acuerdo con las autoridades locales, gran número de fuerzas armadas. Y dio comienzo a una terrible represión. Se levantaron horcas y se anorco a cuantos se consideró habían tomado parte activa en el movimiento insurreccional. De ello tomó pretexto la reacción para suprimir los gremios de oficios.

En 1744 la clase trabajadora de Lyon efectuó otro movimiento de huelga reivindicativa que puso en un brete a las autoridades, las cuales cedieron a las demandas que se les hacían; hasta que buscaron ocasión de venganza con medidas represivas. Otro movimiento reivindicativo ahogado en sangre, fue el del año 1786.

Podría nunciarse de la influencia de las logias masonicas en Lyon, del eco que hallaron en la villa las ideas de los enciclopedistas, de las lucnas que hicieron sucumbir a la monarquía francesa en el 1789. Preferible es el detenernos un tanto en la insurrección que iniciaron los tejedores de la Croix-Rousse, los «canuts» en el 1831.

Los días 21 y 22 de noviembre de 1831, en número superior a treinta mil, los tejedores de seda iniciaron la lucha contra la introducción de los telares mecánicos Jacquard, tras de haber asaltado los puestos de gendarmería, arrebatándoles las armas. A los «canuts» que habían descendido de la Croix-Rousse se agregaron los demás obreros de Lyon. Las tropas abandonaron la ciudad y la clase obrera se hizo dueña de ella. Dícese que fue el primer movimiento revolucionario en Europa, organizado y desarrollado con previo acuerdo y control, en evitación de desmanes de elementos aprovechando lo de «río revuelto».

Los revolucionarios enarbolaban banderas negras, en donde se leía en letras rojas: «¡Vivir trabajando, o morir combatiendo!». Una vez más la buena fe de los productores fue burlada. Y la represión llegó tras de las jornadas revolucionarias. Pero el ambiente estaba caldeado. Pasaron los años y otros movimientos reivindicativos tuvieron lugar. Anarquistas de renombre internacional, como Bakunin y Kropotkin, en Lyon hallaron fraternal ambiente.

Mucho se ha escrito y se puede escribir en torno a Lyon. Sean unas u otras las apreciaciones que se tengan con referencia a esa ciudad milenaria, nadie puede dejar de reconocer la influencia que ha tenido en las luchas que en el mundo se han sostenido y se sostienen en favor de la fraternidad y la justicia social.

FONTAURA

Los Templarios

NO soy historiador, a pesar que siempre he sido amante de leer y estudiar profusa y detenidamente, narraciones de acontecimientos pasados y mis autores preferidos, don Modesto Lafuente y don Alfonso Moreno Espinosa. Aquel por haber sido el primero a quien leí, ya que en la formidable biblioteca de mi familia, apenas balbucear, me encontré con sus catorce o quince tomos dedicados a desmenuzar la historia de España y el otro, por ser sus libros elegidos como obras de texto por don Gabriel Llabrés Quintana, catedrático de Geografía e Historia del Instituto de Palma de Mallorca en mis tiempos de estudiante. No obstante y no sé por qué, a medida que voy adentrándome en la edad madura, siento nostalgia por la tierra donde vi la primera luz. ¿Acaso será verdad que, al ir sumando años ¡malditas matemáticas! se asienta la cabeza hasta el extremo de obligarte a rememorar y referir? De ser así, me veo forzado a maldecir la cuenta, porque a la contrariedad de constatar que mi cabeza se va tiñendo de un color que, a decir verdad maldita la gracia que me hace, y mi cara llenarse de unos pliegues aborrecibles antes no conocidos, se une la de recordar lo que no quisiera y no por miedo de sentir desfallecer mi ánimo, y si por acumularse en mi mente recuerdos y sentimientos considerados, aún no ha mucho por mí, de improprios de un hombre.

Pero, recorriendo éste verano la famosa «Côte Vermeille» francesa, el excelente amigo y compañero que me acompañaba me habló de los Templarios, iluminándose sus ojos mientras iba explicándome. Colliure, antigua plaza fuerte y puerto mediterráneo, se los recordaba; el viento, le traía a la memoria su vida; la lluvia, sus hazañas; el firmamento, su grandeza; la tierra, su mezquindad, y, a mí, la impresión de haber estudiado algo sobre la orden militar y religiosa con relación a Pollensa, mi pueblo natal, encontrándome de nuevo, sin buscarlo y sin quererlo metido en el berenjenal. Y al cabo y al fin, ¿es un crimen añorar y referir? No lo creo. Entonces, inconveniente no existe para satisfacer mis ansias, viviendo unas horas —las que voy a emplear en escribir— de morfinómana placidez.

Sé, si libros sabios no me han engañado que una vez conquistada Mallorca por Don Jaime I, dividióse su territorio en ocho distritos, quedando en poder del «Conquistador», cuatro. En uno de ellos, iba, precisamente, englobado Pollensa, así como la porción que pertenecía a Guillermo de Montcada por su padre Raimundo, a Ramón Alamany, a Guillermo de Claramunt y a la Orden de los Templarios. Magnánimo, el rey repartió el vasto territorio como es costumbre en los monarcas: Como le dió la realísima gana, con lo cual la mayor parte fue a parar a los Templarios. Exceptuadas algunas alquerías reservadas a los pobladores, todo el término pasó a ser pertenencia de la famosa y no menos poderosa Orden Militar-Religiosa.

Toda esta «merienda de negros» hizo que, siglos después, cada manso tomase, generalmente, el nombre de sus propietarios. Por ejemplo: **Aben-Casim**, obtenida de los Templarios por Pedro Serra,

se llama **C'an Serra. Castel**, de Grua, pasó a ser el **castell d'en Grua** y hoy simplemente, **Son Grua**, etc.

Del reparto del distrito de Pollensa resultaron varias jurisdicciones: 1a, la del Rey, la del Infante de Portugal, la de los Templarios y la del obispo de Mallorca. Como vemos, en aquellos tiempos las reparticiones se hacían estupendamente bien. Los «Grandes» se apoderaban de todo, sin notoria diferencia a como se procede hoy en la materia. Pero, continuemos para decir que la misma naturaleza divide el término en valles, repliegues de la gran cordillera al terminar en el extremo norte de la isla. Descienden unos, entre vertientes pobladas de viejos olivos, de frescos y deliciosos frutales o de espesos bosques de encinas para desplegarse en dilatada llanura, interrumpida tan sólo por alguna colina que llega hasta las arenosas playas de la espléndida bahía. Otros se desarrollan en risueñas cañadas en el seno mismo de la cordillera, que a manera de muro, defiende la comarca de los frios huracanes del norte y que estrechándose en forma de lengua, avanza mar adentro hasta el coloso cabo de Formentor. La costa norte es bravía y acantilada, accesible por mar únicamente en días de calma. En el fondo de cada valle corren las aguas pluviales, formando torrentes que desembocan en el mar.

Ocupa Pollensa el centro de su término, a cincuenta kilómetros de la capital y seis de la playa, confinando al S. E. con Alcudia; al Sur con La Puebla; al S.S.O. con Campanet y al O.S.O. con Escorca. Revelan gran antigüedad sus calles estrechas y tortuosas y las fachadas de sus casas ofrecen alguna portada de medio punto que hace dudar si tiene más de resabios románicos que de albores de renacimiento, lindas ventanas coronelles y otras muchas del gótico decadente que se usó hasta fines del siglo XVI. Junto al pueblo hay una colina llamada El Calvario. En frente la mole del Puig; alrededor la azul llanura interceptada por algunos picos o asomada por cima de ondulantes colinas y en varias direcciones fértiles valles. En el montecillo **d'en March**, al pie de la sierra de Lluch, levantaron los Templarios el fúnebre aparato conocido por **Les Forques**, como signo de su jurisdicción, mero y mixto imperio que pretendieron sobre la villa de Pollensa.

Catalana fue la raza que pobló la ciudad, villa o lo que fuere. Caballeros y soldados de Tortosa, constituyendo las caballerías las casas que forman la ayer calle de Artusa, hoy de Juan Guiraud. Los hombres de Gerona, favorecidos en el reparto con dos alquerías, fijaron en ella su residencia juntamente con los de Lérida, quienes habían adquirido a su vez otra en el mismo distrito lo mismo que los de Barcelona.

La costumbre adoptada de unir el nombre de pila al del pueblo de donde procedían los nuevos habitantes nos da noticia exacta de la comarca que dejaban para constituir nuevo pueblo. Los apellidos de Boada, Castelló, Fortuny, Garraf, Garriga, Llobregat, Martorell, Massanet, Monistrol, Montblanch, Perelada, Reus, Sitjes, Ullastret, que a la mitad del siglo XIII tenían los habitantes de Pollensa, indican otras tantas villas, aldeas o puntos de Cataluña y los de Arsach, Blanch,

EN POLLENSA

por J. GUIRAUD

Bonet, Bosch, Cerdà, Companys, Domènech, March, Serra, Vives, Sifre, etc., demuestran claramente su procedencia genuinamente catalana.

La Orden militar-religiosa de los Templarios, al realizarse la conquista de Mallorca, se encontraba en estado muy floreciente. Aunque el motivo de su fundación, en 1118, fue defender — yo creo más bien expoliar — a los peregrinos que visitaban Jerusalén y demás sitios parejos de la llamada tierra santa, al ir los musulmanes ocupando regiones de Europa, no tardaron en ofrecer su espada a los reyes que iban reconquistando sus Estados, por ser mayor negocio.

Aragón y Cataluña, ya en tiempos de Berenguer el Grande y Alfonso el Batallador, les abrieron sus puertas y tal fue el ascendiente que llegaron a ejercer en el ánimo de aquéllos que, el primero, antes de su muerte tomó el hábito de la Orden, mientras del segundo le señalaba por herederos de su reino, herencia que no se atrevieron a aceptar, y cuya renuncia les valió verse recompensados por el primer Príncipe de Aragón y Cataluña, Berenguer IV, estableciéndoles en 1142, en pública y formal autorización en sus estados, entregándoles ciudades, tierras y castillos.

Los Templarios, con los vastos dominios que les donó Jaime I, instituyeron una Encomienda y el Comendador gobernaba y dirigía, de acuerdo con el resto de freyres cuanto pertenecía a la Orden en toda la isla. Como casi todo el término de Pollensa era de su propiedad, fijaron en él una residencia que se denominó **Casa del Temple**.

El Comendador, que residía en Palma de Mallorca, la capital, nombró para la jurisdicción pollensina un **Bayle**. A éste funcionario, se sometían las causas promovidas contra los desgraciados en los territorios de los Templarios. El era quien fallaba y decía arreglar las desavenencias

entre sus súbditos, oído el parecer de los prohombres y jurados, teniendo también sitio designado — ¡cómo no! — para levantar el patíbulo común. Toda la catedral de católicos, apostólicos y romanos, se las ha arreglado siempre para dejar de cumplir los preceptos que ellos mismos se han dado, hasta el punto de ser los más feroces partidarios de la pena de muerte, en desacato del quinto mandamiento de la ley de su dios: « No matarás ». El lugar elegido para cometer sus crímenes y como colmo de los colmos, fue precisamente a la sombra de la efigie del crucificado, es decir, en el montecillo llamado **Puig del Temple**, en la actualidad « El Calvario », donde hay dos miradores desde los cuales se disfruta de una vista panorámica verdaderamente fantástica.

Faltaba únicamente a los Templarios el poder eclesiástico para ejercer completo dominio sobre Pollensa, no tardando en lograrlo con la supeditación del obispo de Mallorca, don Ramón de Torrella, el que, cuatro años después de haber sido construida la parroquia o iglesia, la cedió a los tales caballeros. Dicha entrega fue aceptada por el comendador Fray Dalmaçio de Fonollar ante el notario público Bernardo de Arters en instrumento de ocho de las calendas de agosto de 1240.

A fin de aumentar los Templarios su colosal fortuna, daban en arriendo parte de las rentas que tenían en Pollensa, a saber: Los censos de trigo, legumbres, aceite, lino, cáñamo, hortalizas, ganado y... dinero. Para su depósito cedieron a los arrendatarios las necesarias dependencias de la casa del **Temple**. Bajo su exclusiva y directa administración tenían el cobro de los censos de gallinas, el producto de los hornos públicos, el derecho del vino que tenían sobre el **Rafal del Temple** (La Rafal), como también los **aldios**, entradas y **faticas** de los predios y censos del lugar y el derecho de curia.

Gozaron, pues, los Templarios, juntamente con los pingües réditos que les producían tan vastas propiedades, de jurisdicción civil y eclesiástica sobre los habitantes de Pollensa. Así las cosas, cuando la Orden Templaria estaba en su más alto apogeo y los cuantiosos bienes que disfrutaba le aseguraban larga y brillante existencia, fueron acusados sus individuos ante el Papa de apóstatas, herejes y hombres abominables.

Ocurrió la grave acusación, como ya es sabido, en 1305. El Gran Maestre de la Orden, Jaime de Molay, en 1306 se trasladó a Aviñón, en donde residía el Papa, y éste le entretuvo hasta la Conferencia de Poitiers, celebrada el año siguiente con el rey de Francia, Felipe el Hermoso, que ambicionaba las fabulosas riquezas de los Templarios y en la que se acordaron las medidas convenientes para suprimir la Orden.

Al tener noticia de ello, el Gran Maestre suplicó al Jefe Supremo de la Iglesia se sirviera informar sobre los enormes crímenes que se le imputaba y como resultado del informe, catalogado como defectuoso, cursado en 13 de octubre de 1307 el Gran Maestre, con sesenta caballeros fue arrestado en París. El 22 de noviembre mandó el Papa que todos los soberanos de Europa dictasen las órdenes oportunas contra los Templarios. Trece días

después de haberles detenido en Francia, el rey Felipe escribió al monarca de Aragón Jaime II, participándole cómo se había acordado que los Templarios eran reos de varios delitos y le exhortaba a que detuviera a todos los de sus dominios, como lo había efectuado él, con los de su reino.

La respuesta fue que « extrañaba mucho los delitos manifestados »; y después de hacer grandes elogios de los que estaban en sus dominios, manifestaba que « de ningún modo procedería en contra suya hasta que tuviera la certeza de sus crímenes o se lo mandase el Papa ». Este le escribió « constriéndole a que efectuara su captura y con todo sigilo, que hiciese inventario de sus bienes; que se cultivasen a expensas de la Orden sus heredades, quedando todo bien custodiado para restituirlo a los mismos si eran inocentes o para aplicarlos a la Tierra Santa en caso contrario. »

La detención de los Templarios en Mallorca, al igual que en Cataluña, se llevó a cabo en 1307, nombrándose el 10 de mayo de 1308 por el lugarteniente del rey, administrador general de sus bienes en Pollensa a Bernardo Saig, habiéndose procedido en Mallorca con mayor rapidez que en Aragón, tal vez obligado por el rey de Francia, del cual en cierto modo dependía por sus condados del Rosellón y Cerdeña.

A pesar de todo, en 1309 el rey de Mallorca pidió al de Aragón que fuese trasladado a su isla el lugarteniente general del Maestre en Aragón y Cataluña, Fray Raymundo Zaguardia, quien, después de haberse rendido en el castillo de Miravet, había quedado preso en él, más tarde conducido a Lérida, de allí otra vez a Miravet y por fin a Barcelona. Pedida por el rey de Aragón licencia al Papa y consejuda, accedió a la petición del rey de Mallorca, fundado en que había sido Comendador de **Masdeu**, encomienda del Rosellón y por ello perteneciente a su reino.

Entretanto se evacuaba el informe contra los Templarios, aunque no con la celeridad que hubiera deseado Clemente V y aún más el ambicioso rey francés Felipe el Hermoso, gran instigador y promotor del famoso complot contra la Orden Templaria, por lo cual se aplazó para el año 1312 la celebración del concilio viennense. Durante este concilio, en consistorio secreto del día 22 de marzo del año dicho, el Papa suprimió la Orden, disponiendo la incorporación de sus bienes, derechos y privilegios en el reino de Francia a la Religión del Hospital de San Juan de Jerusalén (Hospitalarios). Los poseídos en Castilla, Aragón, Portugal y Mallorca, quedaron reservados a la disposición en la Santa Sede. ¡Buen reparto!

Así acabó la jurisdicción sobre Pollensa de la célebre Orden de los Templarios, después de ochenta años de erigida la Encomienda de Mallorca, sin que haya quedado en la isla ningún vestigio de su dominio, ni tan siquiera relatos legendarios de sus hazañas. Desaparecieron sin pena ni gloria con el siguiente y único comentario:

« **Fonc deposit l'ordre dels Templers e moriren la major part a mala mort e degollats, por lo gran pecat que ab ells era.** »

UMBRAL

Revista de arte, letras y estudios sociales

Giros: C.C.P. Paris 1350756
Roque Llop, 24, rue Ste-Marthe
Paris (X)

TELEFONO

Red. y Adm.: BOT 22-02

SUSCRIPCION INDIVIDUAL

Trimestre 2 40 NF
Semestre 4 80 NF
Año 9 60 NF
Extranjero (año) 12 00 NF

Extranjero (por avión)

América del Norte 21 60 NF
América del Sur .. 26 40 NF

LA VENDIMIA

I

ESE año la cosecha había sido un magnífico presente del cielo. Y cuando Natura da, no se para en chicas, además de la abundancia de los frutos regaló a los viñateros del geórgico valle de San Juan con unos días espléndidos y unas mañanas gloriosas, mejores que las de verano, para las alegres faenas de la vendimia, que era la producción fuerte de esas vegas eglógicas y patriarcales.

Desde que don Braulio Almaraz, con infinitos sacrificios, compró la hermosa huerta del **Majuelo**, la generosa tierra de sus mayores le había respondido, siempre con creces, al apasionado culto que el esforzado viñatero le rendía, solícito y amoroso, como si se tratara realmente de algo humano y carnal, cual si ella llenara todas las ilusiones y esperanzas de su ya no joven existencia.

Es cierto que, con ternura de padre, con amor de novio, como un sacerdote que oficia un sagrado ministerio, convencido de que realizaba una misión elevada y trascendental, se había entregado al cuidado de la viña, que, para él era al mismo tiempo su madre, su esposa y su abnegada amante. Es cierto que, tanto su mujer como sus hijas, seguían llenando, en cierta medida, sus ideales hogareños y sus más caras esperanzas de labrador afortunado, y, aunque le trajeron días amargos y contrariedades de todo orden, con todo, le regalaron, también con impagables y duraderas horas de felicidad y le colaboraron todas en el duro trabajo del pegual.

Pero, mirándolo bien, sólo la madre tierra, cual una hembra que no engaña nunca, no lo había traicionado, y siempre, a manos llenas y generosas, derramó todos sus dones y preces, cuando él no se descuidaba en atenderla. La prueba terminante era que ahora, sólo la vendimia le iba a producir una pequeña fortuna, con la cual él pensaba solucionar los problemas más apremiantes de la familia, que tanto amargaban su existencia.

Y aunque el rudo campesino, a veces se daba cuenta de que su vida estaba trunca, que su mujer, en vez de regalarle la numerosa y selecta prole que él había soñado, le dio generaciones deformes y malditas, que una de sus hijas estaba mal casada, la menor era idiota y muda, y su hijo político, el aborrecible Cosme Huanca, le había traído sólo la **cuenchería** a la casa; al recordar la bendita cosecha del año y mirar que las vides, agobiadas por el peso de sus racimos, rojeaban unas y otras amarilleaban en las parraleras, cultivadas en andenes, precipitándose cual cascadas de púrpura y oro viejo hacia el hondo cauce de la playa, el viñatero se reía para sus adentros al pensar que sólo la vendimia le daría unas doscientas botijas de vino, fuera del mosto y del «singani», para lo cual se había preparado debidamente, comprando y alquilando todas las vasijas y cubetones que pudo.

Y como la recolección había sido fijada para esos días, el afligido anciano concentró todas sus energías en la esperada y alegre empresa, que él bien sabía iba a



resolver el problema que más torturaba y deprimía su sensible corazón de padre.

Nunca se había visto una cosecha más bendita que la de ese año.

Sólo las plantaciones de las laderas del río, demandaron dos días seguidos, con quince peones y jayanes, fuera de que tomaron parte en la recolección, el yerno de don Braulio, su mujer, la Rosita, esposa del Cosme Huanca, la Hermelinda, que era el principal motivo de las angustias paternas, y numerosos chiquillos y rapaces de las cercanías.

Casi todos los vecinos acudieron a la brega, como era costumbre en esos arcádicos valles donde aún subsistían viejas tradiciones en las que era fácil distinguir la supervivencia de un primitivo comunismo agrario y una verdadera y auténtica confraternidad y donde todos participaban, por turno, de los gratuitos servicios y obligaciones que se pagaban a su debido tiempo en la misma y noble moneda del trabajo.

Además de la abundancia, la uva estaba reventando de dulce y ambrosiaco jugo. Cada grano, remaduro, parecía un repleto odresillo henchido de meloso almibar pletórico de zumo azucarado y cordial. Y los colores, en los purpurinos como en los retintos, en los dorados y amarillos como en los blancos, intensos y muy iguales.

Jamás se habían visto racimos así, tanto en los tamaños como en la deslumbrante belleza de las formas, en el azucarado jugo como en el delgado epicarpio, que tenía una pegajosidad de terciopelo exhalando un perfume capitoso y embriagante.

Don Braulio, más que contento y orgulloso, no cabía en sí de hombría y vanidad, de haber sido él, sólo él, quien recolectaba en todos esos contornos, cosecha más abundante y selecta. El sabía muy bien que había puesto en esas parras de las laderas y en los barrancos próximos al río, ganados con tantos sacrificios a las crecientes, no sólo su sabiduría y experiencias de afortunado viñatero, sino todas sus ternezas de agricultor y el tibio cariño de novio con que había cuidado su huerta que, para él, más que su esposa y su madre, era su rendida y generosa amante. El la había cultivado con ternura de padre, con calor de nido, con arrullos de églogas y la bondadosa **Pachamama**, le había respondido, una vez más, con creces y regalos tan pingües que él nunca había soñado si quiera.

Porque si los parrales de junto a la playa habían crecido como si fueran cuidados por mano de hada, los racimos que colgaban de los añosos molles eran la admiración y la envidia de cuantos los vieron y pesaron. Algunos daban hasta dos libras y media. Y la uva mollar y moscatel, la uva huevo de gallo, enorme y pesada, la uva reina, redonda y menuda, pero dorada, habían madurado como nunca.

Faltaron los enormes canastos arrobeos y escaseaban los brazos, para terminar la recolección de las parras que, enroscándose voluptuosamente en los troncos de los molles y chañares, parecían añosas serpientes búdicas, cargadas de racimos pletóricos.

Cientos de colmenas, repletas de melosa miel, se encontraron en los huecos de los nogales, en los troncos de los sauces, en las quiebras de los peñascales, donde habían aprovechado para formar sus admirables repúblicas, « las solícitas y discretas abejas » que participaron también como nunca, del colmado premio de los dioses generosos y pródigos. Y el sol de gloria de esos días, secos y ardientes, más encendidos y limpios que los del verano, para aquella faena otoñal, hicieron no poco para que esa vendimia fuera la más alegre y sabrosa que se vio desde muchos años atrás.

El vino de la cosecha pasada había corrido abundante y generoso, sin tasa ni medida cual si el dueño se hubiera propuesto acallar muchas cosas y ganar por anticipado todos los corazones. Y peones y jayanes, viejos y muchachos, hombres y mujeres, hasta los niños, pronto sintieron los efectos del mosto cordial que, al calentar los corazones y treparse a las cabezas, hizo el milagro de que los viñedos de don Braulio adquirieran de súbito los caracteres y contornos de una fiesta griega, donde se rendía culto, al mismo tiempo que al Dios Pan y a la Hera generosa, al Dionisios lascivo y sensual, así como a la Venus ardiente y erótica.

Porque al acercarse el mediodía las geórgicas viñas del Majuelo, siempre encendidas y dionisiacas, pletóricas de vida y animación, de alegría contagiosa y primaverales, esos memorables días de la vendimia, parecían realmente una fiesta de la antigüedad pagana, donde tuvo nacimiento la tragedia griega, haciendo pensar en los tiempos arcádicos, en las esplendorosas edades bíblicas, cuando ese patriarcal abuelo, barbudo y lascivo, como un fauno, que se llamó el padre Noé, dice la sagrada leyenda, inventó el gran arte de fabricar el néctar de los dioses que alegrando el corazón de los efímeros y encendiendo su inteligencia, cual otro Prometeo, los elevó, gracias al milagro del jugo divino, a la altura de los inmortales.

Pero más que en estas cosas, las alegres huertas del Majuelo hacían pensar esos días en una animadísima y bien disciplinada colmena, donde se entonaba, en todas las formas, el sacrosanto himno del trabajo.

Desde la casa de don Braulio hasta las más lejanas parraleras, situadas casi a orillas del río San Juan, durante el día por amplios y polvorientos caminos, por

NARRACION

de HUMBERTO GUZMAN ARCE

sinuosos y estrechos senderos, por medio de melgas y alfalfares, por chacras y sembradíos, iban y venían los jornaleros cual infatigables hormigas y laboriosas abejas, para encontrarse todos en el lagar, donde, después de vaciar las uvas en el gran patio, otros expertos las seleccionaban.

Allí todos tenían el premio de la colmada jarra del tinto, que les daba nuevos bríos y ardentías para continuar la dura lid, seguros de que, al cerrar la tarde, vendría, también, la otra tarea del amor rústico, sensual y primitivo, como las vegas voluptuosas y ardientes, de cuyas entrañas emanaba siempre un vaho capitoso y embriagador, un hálito de vida henchido de gérmenes, un olor a sementera, a mujer pubescente, a macho cabrío, cual si todo el valle fuera una invitación al ayuntamiento y a la cópula, como si toda la naturaleza, puesta de pie entonara la eterna canción de la vida, concibiendo sin pausa y sin medida.

Al medio día todos trabajaban cantando. Y eufóricos y achispados, enfervorizados por el calor, el vino generoso y el crudo pero alegre trabajo, aprisionándose mozas con rapaces, chisporroteando el ingenio de los unos y festejando otros los avances de los más osados, mientras los más fornidos subían en sus hombros los sestones por las cuestas verticales de la ladera, los más débiles y ancianos, desde los molles entregaban las canastas más pequeñas a las zagalas y rapazas para encontrarse todos en el lagar, donde, tres robustos peones desnudos, cual los parieron sus madres, pisaban las distintas uvas en otras tantas enormes y ventruadas tinajas, mientras la ronda pánica bailaba al compás de una orquesta delirante y frenética, borracha sólo con el penetrante olor del jugo sagrado de las vides.

Como don Braulio lo había previsto todo, ese año había contratado los más vigorosos y veteranos peones para trasladar la cosecha, desde los viñedos más distantes, que maduraban en las playas ganados recientemente al río, hasta la enorme bodega, cerca de la casa.

Los zagalones, cargando en sus macizas espaldas enormes canastos, agobiados por el peso de los racimos, al trepar y encender lentamente por fragosas cuestas y peñascales por pendientes y laderas, trasudaban como bestias silenciosas, anhelosa la respiración, vencidos por la fatiga, tensos los músculos y las arterias hinchadas, próximas a reventar.

Sudaban, también, la gota gorda, los jayanes contratados para pisar la uva, cual si se derritiesen, chorreando a raudales los humores humanos que, entreverados y mezclados con el jugo de las uvas, salían confundidos y hechos un solo líquido, denso y capitoso, que se escurría a raudales por los agujeros de las tinajas.

Las mismas mozas y zagalejas, hundidas en sus variadas y vistosas polleras, echaban también la gota gorda de su pellejo, con el calor y el tráfago, con el constante ir y venir, cargando enormes y pesados cestos.

Y nada digamos del meneo incesante, del pisotear rítmico e inscruono, acompañado de músicas y de cantos apropiados

de los jayanes que, con sus firmes y rítmicas pisadas, nacían reventar las uvas y exprimían el jugo sagrado que, por un enorme agujero de las tinajas, se escurría, rauda y copioso, cual un capitoso y embriagante chorro de sangre numana, para ser en seguida transportada a los enormes cubetones de la amplia bodega del Majuelo. Todos, hasta el mujeriego y lascivo del **Huarmi-Cusichi**, hasta la débil y enfermiza mudita, hasta los rapazuelos que la seguían, habían estado a las alturas de las circunstancias, pues la faena fue dura y sin igual en muchos años.

Es cierto que aquellos mocetones cinteños, hechos al laboreo paciente y recio, desde los inmemorables tiempos del reinado de los incas, eran veteranos probados, tanto en las ásperas lides agrarias, como en el aguerrido valor para repeler una injuria, y son capaces de pasarse, días de los días, bien encorvados en el duro trabajo o ya exhaustos, pero sin desmayar, en las danzas interminables donde la resistencia india es proverbial.

Es cierto que esos bravos hombres eran capaces de subir, no diré los cestones colmados de uva, sino otras cargas más pesadas por los resbalosos peñascos aun sabiendo que al menor descuido, el paso menos certero, podía precipitarlos con sus pesadas cargas a las profundidades del río, que ese año, también, había crecido y aumentado como nunca.

Pero para eso estaban sus cuerpos vigorosos y escultóricos, sus fuerzas musculares, hercúleas y titánicas, sus nervios de hierro, sus pies firmes y encallecidos, cual si echaran raíces donde se posaban, conjugando con sus voces desentonadas y viriles, con sus manos anchas y macizas, tendidas siempre hacia la faena.

Pero no era menos cierto que la rapidez y el éxito de la vendimia se debían, también en gran parte, al mágico efecto del continuo beber sin tasa, sin límites, por cuencos, por mates, por **virquis**, por jarras que hacían circular, alegres e infatigables, las mocitas más agraciadas y donairoas de los contornos, exprofesamente contratadas por don Braulio, quien, bien lo sabía, sin el vinillo generoso, no era posible empresa alguna en esas regiones, donde el agua sólo servía para bañarse y regar las sementeras y donde nada y a ninguna hora, se hacía sin la previa jarra del tinto.

Además, el viñatero, sabía que sagrada obligación del dueño de la casa era dar el néctar de los dioses, al talante y discreción de los trabajadores, quienes, sólo con el previo medio litro de vino entraban en calor y forma para cualquier esfuerzo. Don Braulio también sabía que, fuera del yantar de la tarde y de la copiosa merienda del mediodía, había que añadir la parva de aguardiente al desayuno de leche terciada con el más puro y fragante de los singanis, apetitosa bebida que en esos contornos se conocía con el simbólico nombre de **diana**. Y, todo el día, a todas horas, mientras duró la vendimia y las otras labores anejas a ella, dijérase que otro río de sangre de Cristo corrió por las reseca gargantas de los peones, para transmitir su vigor a las venas y salir hecha secreción viva por los poros abiertos de todos.

Porque era rito sagrado en esas regiones no dejar vestigio alguno de la cosecha pasada y acabar primero las enormes y panzudas cubas, gloria y orgullo de don Braulio Almaraz, trasegando los vinos ociosos para dar cabida a los nuevos. Y como no faltaban nunca los sedientos perpetuos, pronto, no sólo se advirtieron las considerables mermas en los enormes cubetones, sino que hubo necesidad de comprar nuevas provisiones para esos hombres, con vientres insaciables cual el pozo de las danaides...

Y como el efecto del continuo libar no sólo transmitía vigor a las venas y músculos de los jayanes, sino que despertaba por igual lubricos y ancestrales apetitos, haciendo bramar a la bestia, siempre alerta, que llevamos todos, después del mediodía y pasado el succulento yantar, bien abiertos, también, los poros de la concupiscencia y la lascivia con las copias intencionadas, los pellizcos y excitaciones constantes, el manoseo descarado e impúdico, la continua libación, fueron otros tantos incitativos y aperitales para mozos garridos y rapazas tentadoras, provocativas. Y por eso, en la hora del descanso, mientras pasara el bochorno de la canícula, las parejas fueron perdiéndose en chacras y alfalfares, en melgas y sembradíos, en barrancas y totorales de la playa, en húmedas quebradas y al pie de añosos robles por donde corrían aguas cristalinas para entregarse todos, desenfrenados y violentos, a la otra faena del amor agreste y rural que, si bien no tenía ninguna de las delicadezas y refinamientos de las ciudades, era inigualable por sus franquezas rústicas y su primitiva sinceridad eglógica y campesina.

Y así como la cosecha del año fue inolvidable, la proliferación de hijos de la vendimia, fue igualmente bendita y abundante...

● Continuará ●



Precio, 1 franco.

Noticario

El rodaje de la película «Yerma» (argumento de García Lorca) ha sido suspendido definitivamente. Entre el hacer y el no hacer se llenan columnas de periódico.

En el Museo del Prado se ejecutaban obras para abrir dieciséis nuevas salas expositivas.

Una marca americana va a producir una película anticomunista sobre Fidel Castro. Se titulará «El infiel». Infiel lo será también el plan geográfico, puesto que el rodaje «cubano» se realizará en el litoral malagueño.

Monumentos y construcciones arquitectónicas antiguas de Madrid se desmoronan por la acción del tiempo. Los relieves de piedra el viento y la lluvia los están borrando. Se estudia el remedio para salvar a esa piedra noble.

Los arquitectos barceloneses se disponen a concurrir al II Congreso Arquitectural de Venecia. Como novedad, se les presiona para que presenten el horrendo castillo de Montjuich adaptado a Museo del Ejército.

Los críticos de Prensa, la Radio y la Televisión de Barcelona, han declarado «West Side Story» la mejor película del año 1962. Ello ha sido pretexto para una cena extraordinaria.

Hallazgos arqueológicos en Santa Coloma de Somoza (León): vestigios fenicios y romanos; sepulcros, estatuas cartaginesas, monedas de Trajano, pendientes también cartaginesas y cerámica celta. Además, un supuesto escudo de Anibal.

Publicado en París (Nouvelles Éditions Latines) el libro «Homage à Gregorio Marañón» a cargo de veintiséis autores españoles y franceses.

Premios de Literatura catalana «Victor Català» (narraciones, 25.000 pesetas); «Josep Ixart» (ensayos, 15.000 pesetas), y «Aedos» (biografía catalana, 25.000 pesetas). Informará para los dos primeros: Editorial Selecta, Ronda de San Pedro, 3, Barcelona; y para el tercero: Editorial Aedos, Consejo de Ciento, 391, 3º, Barcelona. Adjudicación de los premios, el 25 de noviembre.

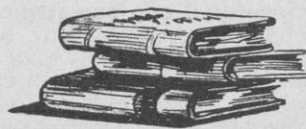
La casa Juan Flors, de Barcelona, ha editado una relación americana de Santos Beguiristain titulada «A caballo sobre los Andes», título demasiado semejante al del panfeto de nuestro querido y malogrado Angel Samblancat: «A caballo del Ande».

En Gerona se va a levantar un monumento a la Sardana, danza popular ampurdanesa, más que catalana. Se piensa emplazarlo en la Devesa.

Regresado de México, el académico Antonio Millán Puelles ha dicho en Madrid que los españoles que viven exiliados en aquel país «han realizado una gran labor en el orden técnico de las respectivas profesiones, consiguiendo una consideración muy alta y el

LIBROS * LIBROS * LIBROS

SOCIOLOGIA
HISTORIA
LITERATURA
CIENCIAS



PEDAGOGIA
NARRACIONES
BIOGRAFÍAS
POESIA

Adquirirlos en UMBRAL, 24, rue Ste-Marthe, Paris (X), es ayudarlo

Servicio de librería

COLECCION AGUILAR

Lujosa encuadernación en piel. Papel biblia opaco. Precio de cada volumen 6,00 francos

Siri : « Anécdotas del gobierno del conde-duque de Olivares ».
Sófocles : « Tragedias completas ».
Stevenson : « La flecha negra ».
— « La isla del tesoro ».
— « Novelas de pavor y misterio ».
Strachey, Lytton : « La reina Victoria ».
— « Isabel y Essex ».

Suárez de Figueroa : « El pasajero ».

Swift : « Viajes de Gulliver ».
Tácito : « Historias. La Germania ».

Tarikngton, Booth : « El cuarto mandamiento ».

Tasso : « La Jerusalén libertada ».
Terencio : « Teatro completo ».

Tertuliano : « Apología contra los gentiles. Exhortaciones a los cristianos. Libro de la paciencia ».

Thackeray : « El libro de los snobs ».

Tirso de Molina : « El burlador de Sevilla. Don Gil de las calzas verdes. La prudencia en la mujer ».

— « Los cigarrales de Toledo ».

Tolstoi : « Infancia. Adolescencia. Juventud ».

Tres clásicos argentinos (M. Cané, J. G. González, J. Groussac).

Tres épocas de Buenos Aires (Lucio V. López, Alberto María Rossi y Arturo Cancela).

Turgueniev : « Humo. Primer amor ».

— « Un rey Lear en la estepa. En visperas ».

Unamuno : « Niebla. Abel Sánchez ».

— « Por tierras de Portugal y de España. Andanzas y visiones españolas ».

Undset, Sigrid : « La orquídea blanca ».

— « La zarza ardiente ».

Valera : « Juanita la Larga ».
Valle-Arízpe, A. de : « Virreyes de la Nueva España ».

Vasari : « Vidas de grandes artistas ».

Vega, Lope de : « La estrella de Sevilla. Peribáñez y el comendador de Ocaña. El caballero de Olmedo. Fuenteovejuna ».

Vega, Garcilaso de la, y Boscán, Juan : « Obras completas ».

Vélez de Guevara : « El diablo cojuelo. El asombro de Turquía y valiente toledano. El ollero de Ocaña ».

Verdaguer, Jacinto : « Antología poética ».

Verlaine : « Obras poéticas ».

Vicente, Gil : « Teatro y Poesía ».

Villaespesa, F. : « Teatro escogido ».

— « Novelas escogidas ».

Villalón : « Viaje de Turquía ».

Vinci, Leonardo de : « Tratado de la pintura ».

Vital Aza : « Comedias escogidas ».

Vives : « La mujer cristiana. De los deberes del marido. Pedagogía pueril ».

Wallace : « El arquero verde ».

Wells : « Doce historias y un sueño ».

Wilde, Oscar : « Cuentos ».

— « Un marido ideal. El abanico de Lady Windermere ».

Wodehouse : « Señorita en desgracia ».

— « Samuel brusco ».

— « La suerte de los Bodkin ».

Zielinski : « Historia de la civilización antigua ».

Zorrilla : « Don Juan Tenorio. Traidor inconfeso y mártir. El puñal del godo ».

Scott, W. : « Lucía de Lammermoor ».

— « Ivanhoe ».

Schiller : « Maria Estuardo. La doncella de Orleans. Guillermo Tell ».

Séneca : « Tragedias completas ».

respeto de los profesores mexicanos». Y en buen vaticanista ha reconocido igualmente que « En México hay un clima de desecristianización en las esferas oficiales que tiene su reflejo en las altas instituciones universitarias ».

En « ser consciente » el escritor y actor Adolfo Marsillach ha dicho en Barcelona que hay que ir « contra los que aceptan que se les den las cosas hechas, contra los que no quieren darse cuenta de que la mayoría de las bases de nuestra sociedad son absurdas, que sólo la costumbre nos hace creer en ellas ».

Se exhibe por los tablados de España, por recomendación oficial, una « escenificación » de « El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha ». El atrevimiento lleva la firma de Pedro Sanz Felguera.

La Escola d'Art Dramàtic «Adrià Gual » se ejerce actualmente en la Cúpula del Coliseum con las piezas « Leonci i Lena », de Geog Buchner i « Dos quarts de cinc », de Maria Aurelia Campmany.

Alejandro Casón, de nuevo en España, presidirá la representación de « La barca sin pescador » en Barcelona y « Los árboles mueren de pie » en Madrid. Tiene en preparación una « Vida de Quevedo », « La casa de los siete balcones », y una ópera, « Don Rodrigo », musicada por el maestro argentino Ginastera.

El autor Bueño Vallejo debutó como actor en su obra « Aventura en lo gris ». Tal aconteció en el Recoletos, de Madrid.

Carencia de originalidad : Próximamente se inaugurará en la capital de España el « Lido madrileño », copia servil del Lido de París.

Teatro en Madrid.

Alfonso Millán ha estrenado en el Cómico « El ex Presidente », obra de una comicidad remarkable. Alfonso Paso, el inagotable, nos asegura en su nueva comedia que « Vivir es formidable »; alegato de abogado humorístico. Emilio Romero nos da unas « Historias de media tarde » en el Reina Victoria; varios monólogos que pretenden ser diálogos, varios discursos ante el respetable, no una composición teatral lograda. « Susana quiere ser decente » es una creación de Jorge Llopis. Susana es decente ambicionando no serlo; no lo es; y resulta que lo es en definitiva. Suerte del humor nato del autor si el público se interesa por esa contradictoria Susana.

Falleció en Caracas, a los 77 años de edad, el periodista y refugiado español Francisco Graciano, dado en vida a las actividades cinematográficas. Introdujo en Venezuela las películas de vanguardia italianas. Antes de la guerra civil española escribía teatro sevillano, era poeta excelente, y conversador de amenidad extraordinaria. Fue espíritu selecto y amante de la libertad a toda prueba, habiéndolo demostrado no queriendo regresar a España pudiendo hacerlo.

Giros y pedidos a Roque Llop, 24, rue Ste-Marthe, Paris (10) C C P 13 507 56, Paris

Humor de la copla española e hispanoamericana

(Continuación y fin)

DESPECHO

En el cancionero colombiano encontramos buenas muestras de expresión de despecho masculino. Mucha claridad, con énfasis **increcendo**:

Ayer me dijiste que **hoy**,
y hoy me dices que **mañana**,
y más tarde me dirás:
¡no quiero, no me da la gana!

Subiendo esta cuesta arriba
con un manojo de iraca,
creyendo que era mi novia
le dije adiós a una vaca.

Mi mujer y mi caballo
se me murieron a un tiempo:
¡qué mujer ni qué demonios,
mi caballo es lo que siento!

Es en el mismo cantar colombiano que descubrimos acre censura a la exageración de la «silueta», agravada con cierto mal gusto en el vestir:

Las muchachas de este tiempo
todas visten de amarillo;
y al véseles las canillas
parecen velas de a cuartillo.

En el folklore poético de Trujillo (República Dominicana), encontramos una copla con variación de la misma que se canta en Tarija:

El amor de las mujeres
es como el de la gallinas,
cuando falta el gallo grande
cualquier pollo se les arrima.

Venezuela expresa por boca de su pueblo:

¡Ah, malhaya, si me viera
contigo en el aposento,
que se perdiera la llave
y el herrero hubiera muerto!

Los cuyanos expresan su contrariedad, diciendo:

Yo también me conchabé
en la casa de la que amaba.
El destino que me dieron
que fuera a cuidar las cabras.

Estaba una vieja un día
jugando con una rosa,
daba un suspiro y decía:
¡Ahijuna!... ¡Quién fuera moza!

Pero la estrofa de la Madre España suavizará el rencor lancinante:

Cuando me dieron la nueva
de que ya no me querías,
hasta el gato de mi casa
me miraba y se reía.

CRUELDAD

Suman a millares las coplas en que por la hondura de la herida surgen versos muy fuertes. No estamos animados para sacarlas del sombrío rincón donde están en depósito. La exageración de los defectos, la cólera que estalla sin freno,

han esparcido tremendas reacciones. Aquí presentamos tres muestras de las más inofensivas, propias del cancionero andaluz, cuyano y chapaco, trino y uno:

Yo le dí unos huascazos
y ella lloraba...
¡Costumbre de mujeres
llorar por nada!

Mire usted con la gracia
que mira un tuerto,
con un ojo cerrado
y el otro abierto.

Del árbol sale la flor,
y de la flor sale el fruto;
si de chico eres tan bruto
¿qué serás cuando mayor?

Que a los hombres no les creas,
tal vez que tengas razón,
pues en todas las mujeres
el seso está en el talón...

COSAS DE LA BEBIDA

Cuando, según el Génesis (IX-20-21-22), después de la salida del arca, Noé plantó una viña y en su tiempo, al beber su vino, acometióle la primera embriaguez de la Historia, durmió la borrachera completamente desnudo y Cam, el hijo menor, contara con zumba el hecho a sus hermanos, sembróse el efugio para toda humana explosión hostil, aunque se la mostrara con felina amabilidad. Primero encontramos al colombiano con su culpa:

Anoche dormí en la arena
y anteanoche en la montaña,
¿eso quién tiene la culpa?
El aguardiente de caña.

El «roto» dicharachero y de resignación alegre alabaré al elemento líquido que le lleva fuera del mundo de los problemas, diciendo:

Póngale chicha al cacho
y aguardiente a la cantora,
porque el que muere curao
va como cohete a la gloria.

Un borracho se murió
y dejó en el testamento
que lo entierren en la viña
para chupar el sarmiento.

BURLA DE LA MUERTE

Entramos a lo macabro y espeluznante, ¿eh?... Pero haya paz y sosiego. ¿Cómo, tratándose de la copla hispanoamericana no soslayar siquiera el motivo que tanto ha hecho trabajar a las musas, espectro enlutado de la guadaña ante el cual el pueblo sabe disimular el consabido miedo? Veamos cómo se expresa el mexicano:

Por aquí pasó la Muerte
con su aguja y su dedal,
preguntando si aquí vive
la Reina del Carnaval.

La Muerte todo lo acaba
y a mí no me deja nada;
si se muere mi mujer,
¡me caso con mi cuñada!

por Victor VARAS REYES

Ya te vide, calavera,
con un diente y una muela;
saltando como una pulga
que tiene barriga llena.

Pero todo queda «para siempre en paz», dice la copla del «roto»:

Al que muere, lo entierran,
con tierra queda tapado,
olvida lo que ha querido
y lo que ha pedido fiado.

DETERMINISMO ECONOMICO

Antes que el diabólico genio de Tréveris atacara al «Capital» frontalmente, dividiendo a los hombres en explotadores y explotados, el espíritu hispano, por intermedio del Arcipreste, destacaba el valor del dinero y de la calidad de la justicia divina y humana, movidas por tan decisivo factor: «Mucho faz el dinero, mucho es de amar — al torpe face bueno et home de prestar — faze correr al cojo et al mudo fablar... — Si tovieres dinero habrás consolación, — Placer e alegría e del Papa ración, — Comprarás paraíso, ganarás salvación...». Es muy natural que la copla también tome su desquite. Así el gaucho, como su congénero, el chapaco, contarán:

Los hombres son el demonio
parientes del alacrán;
cuando ven la mujer pobre
paran la cola y se van.

Pensando sacar ganancias
pusi mi amor a vender,
capital y ganancialis
tuito se me echó a perder.

El alma popular colombiana tiene arranques especiales cuando del dinero se trata:

Por un beso que me diste
me cobraste cuatro riales:
malhaya el beso tan caro
poniendo mis materiales.

Tres cosas hay en la vida
que cuestan mucho dolor:
el vivir en casa ajena,
deber y tener amor.

El enamorado y pobre
de continuo anda diciendo:
me han de pagar unos reales,
julano me está debiendo.

Por Venezuela se oye:

Dos cosas hay en el mundo
que no sirven para viajar,
la plata, por lo que pesa,
y el no quererla gastar.

Los andaluces dicen:

Al que camela sin plata
con título de «buen mozo»,
a ése llaman las mujeres
la carabina de Ambrosio.

B.D.I.C.

Humor de la copla española e hispanoamericana

Y en un sentido de protesta, el minero exclama:

No se asuste usted, señora,
que es un minero el que canta,
que del polvo del camino
tiene seca la garganta.

Es natural que el «parné» traiga grandes satisfacciones, ¿verdad? Así, resulta que

Pájaros con muchas plumas
no se pueden mantener;
los escribanos con una
mantienen moza y mujer.

Los mendocinos justifican su desconfianza:

Me aconsejan que me case
y eso es lo que no han de ver,
que yo dé plata al fraile
pa que otro tenga mujer.

Repetimos y concluimos: La copla, a través de siglos, razas y pueblos, es sumum alquitarado de los mil y un vericuetos espirituales, con más la influencia terrígena. Es la expresión múltiple de motivos que ofrece el juego de pasiones. En el mundo americano, ¡con qué deleite se escucha la gráfica síntesis popular, en relación directa con el medio circundante, con la tradicionalidad con que marca su respeto! En nuestro atolondrado tiempo, contrastando, ¡cómo han prosperado canciones bailables con letras a menudo chocarreras, vulgares, huérfanas de un gusto en función de perennidad! Sólo persiguen momentáneo aturdimiento. En cambio: ¡cómo vibra el espíritu al oír de labios populares, coplas saturadas de sentir profundo! Ellas son hijas de la ocasión. Son flores de perpetua gracia, belleza, picardía, intensidad. ¡Cómo, en contadas palabras, saben decir musicalmente, la gama afectiva!

Por todo ello, cabe reverenciar la copla y recogerla tal como es y se escucha en los medios sociales característicos. Los estudios folklóricos han avanzado tanto, que ahora no convienen las generalizaciones precipitadas, a veces cuajadas de segunda intención, sino el trabajo paciente, sistemático y semejante de botánicos, floristas, físicos, matemáticos, que después de silenciosa labor y de madurada meditación, concluyen dando cumplimiento al precepto bíblico: «Dar al César lo que es del César».

VICTOR VARAS REYES

BIBLIOGRAFIA

- RAFAEL CANSINOS ASSENS.—«Evolución de los temas literarios». Ediciones Ercilla. Santiago de Chile, 1936.
- KARL VOSLER.—«Algunos caracteres de la cultura española». Espasa-Calpe. Buenos Aires, 1942.
- CHARLES LALO.—«El arte y la vida social». Editorial «Albatros». Buenos Aires, 1946.
- FERNAN CABALLERO.—«Cuentos y poesías populares». F. A. Breckhaus. Heipzig, 1874.
- SERGIO ELIAS ORTIZ y LAURENCIO ORTIZ.—«Cantores del Departamento de Nariño». Publicaciones del Instituto «Juanambú». Pasto. Editorial Cervantes, 1946.

AMERICA Y CERVANTES

por S. GUASCH

BALBOA en Daricu, Hernán Cortés al Norte, Pizarro al Sur, son quienes descubren la vieja Europa atónita, todo un mundo nuevo.

El pensamiento teológico que en aquellos tiempos era motor de lo que hemos dado en llamar opinión pública, enjuició cabalmente el acontecimiento: Toda la historia de la Humanidad «ab aeterno» estaba concebida en tres tiempos, tres episodios: la creación por Dios Padre, la Redención por Dios Hijo y el descubrimiento del Nuevo Mundo por gracia del Espíritu Santo, por ser obra de sabiduría y fortaleza.

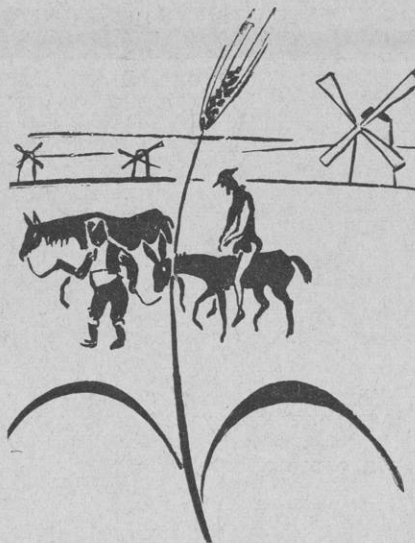
En el plano humano, pues, la Trinidad celeste se proyecta sobre España con luz deslumbradora. España es verdaderamente la Tierra de predilección, la nación que la Providencia ha elegido para ser héroe de las más sublimes gestas.

Esa interpretación providencial del magno acontecimiento es un aspecto indispensable y aún decisivo para la comprensión del cambio radical que se opera en el siglo XVI en la mentalidad castellana, que de democrática (el calificativo tiene el valor relativo a la circunstancia

histórica) se convierte en imperialista. Todo contribuye a afianzar esa concepción providencial imperialista, que Hernando de Acuña plasmará en estrofas lapidarias: «Una grey y un pastor sólo en el pueblo», «Un monarca, un Imperio, una Espada». La misma rota de los comuneros por las tropas imperiales, no era acaso el «digetus Dei est luc», el dedo de Dios señalando a Castilla más anchos derroteros? ¿No era acaso Carlos Guiabo el emperador providencial para tan altos designios? Y conforme avanzan los sucesos y surge la Reforma, esa concepción de la historia se acrecienta y afianza. En la mente teológica y en el espíritu teocrático de la época aparece con claridad meridiana que la coincidencia del término de la cruzada de ocho siglos contra el infiel con el descubrimiento de un nuevo mundo era clara prueba de la altísima misión que Dios en sus arcanos había confiado a España por gracia especial. España estaba predestinada a proseguir ahora su cruzada secular contra el hereje. Para ello acababa de recibir de la Providencia inmensas riquezas.

América, patrimonio de la Corona, es el rico tesoro que permitirá costear tamaña empresa. Pero esa cruzada que lleva aparejados el derecho y el deber de intervenir con las armas allí donde la ortodoxia se ve amenazada o combatida, imponía a España en guerras sin fin, abismo insordable que engulle cuantas riquezas vienen de las Indias Occidentales. A la muerte de Felipe II la situación financiera es desastrosa. Los apremios del erario incitan a mayor explotación de las colonias, y así el fracaso financiero se complica con la enorme sangría demográfica que provoca la emigración y que la expulsión de los moriscos agrava en proporciones verdaderamente alarmantes. ¿Quién será empero, ese «espíritu valiente» que invocara el serio, el clarividente Quevedo, que tuerza Castilla del camino emprendido? En menos de un siglo el providencialismo hazañoso ha parado en inercia. La Corona sigue necesitando capitanes para los campos de batalla de Flandes, Italia, Alemania y colonos para América. Se despuebla el Sur de España, Castilla se empobrece pero la ambición no decrece. ¿Qué castellano será tan apocado (y aún para estos hay iglesias y conventos) que se resigna a pasar estrechez cuando las Indias abren las puertas de par en par a la aventura? Pero en esa vorágine, ¿qué harán los desventurados, los acuciados por la miseria decrepitos ya para nuevas empresas, los desesperados? Para ellos caen unas migajas de la mesa de la Corte. A las Indias podrán ir, si tu rucuesta es atendida, con algún cargo de la Corona, porque las Indias son también en frase de Cervantes «Refugio y amparo de los desesperados de España».

¡Pobre Miguel de Cervantes, pobre hidalgo genial, aun ese refugio le fue rehusado!



- JUAN DRAGHI LUCERO.—«Cancionero cuyano». Best Hermanos. Mendoza, 1938.
- ORESTE PLATH.—«Baraja de Chile». Empresa Editora Zig Zag. Santiago de Chile, 1946.
- OCTAVIO QUINONES PARDO.—«Botiquín folklórico de Boyacá». Revista de América. Bogotá, febrero 1948.
- VICENTE T. MENDOZA.—«El culto de Mictlantecutli y la Danza de las Cortes de la Muerte». Revista «Filosofía y Letras». Número 21. Imprenta Universitaria. 1946.
- ROMULO GALLEGOS.—«Cantaclaro». Espasa-Calpe. Buenos Aires, 1946.
- FELIX COLUCCIO.—«Folklore de las Américas». Primera Antología. Editorial «El Ateneo». Buenos Aires, 1948. Coplas colombianas dictadas por José Piñero Corpas. Cesáreo Rocha: «Castilla del folklore tolimense». Bogotá. s/f.



UMBRAL

Paris, Noviembre 1963

★ REVISTA MENSUAL DE ARTE, LETRAS Y ESTUDIOS SOCIALES ★

0,80 frs. — Núm. 23

SOBRE UN TEXTO DE ORTEGA

EL próximo año se conmemorará el cincuentenario de la publicación de «Meditaciones del Quijote», primer libro de Ortega. Esta circunstancia no podrá ser desatendida.

Si algo existe, actualmente, susceptible de ser llamado «filosofía de lengua española», ese algo nos conduce, de un modo u otro, al quehacer meditabundo del desaparecido filósofo español, iniciado justamente con «Meditaciones del Quijote».

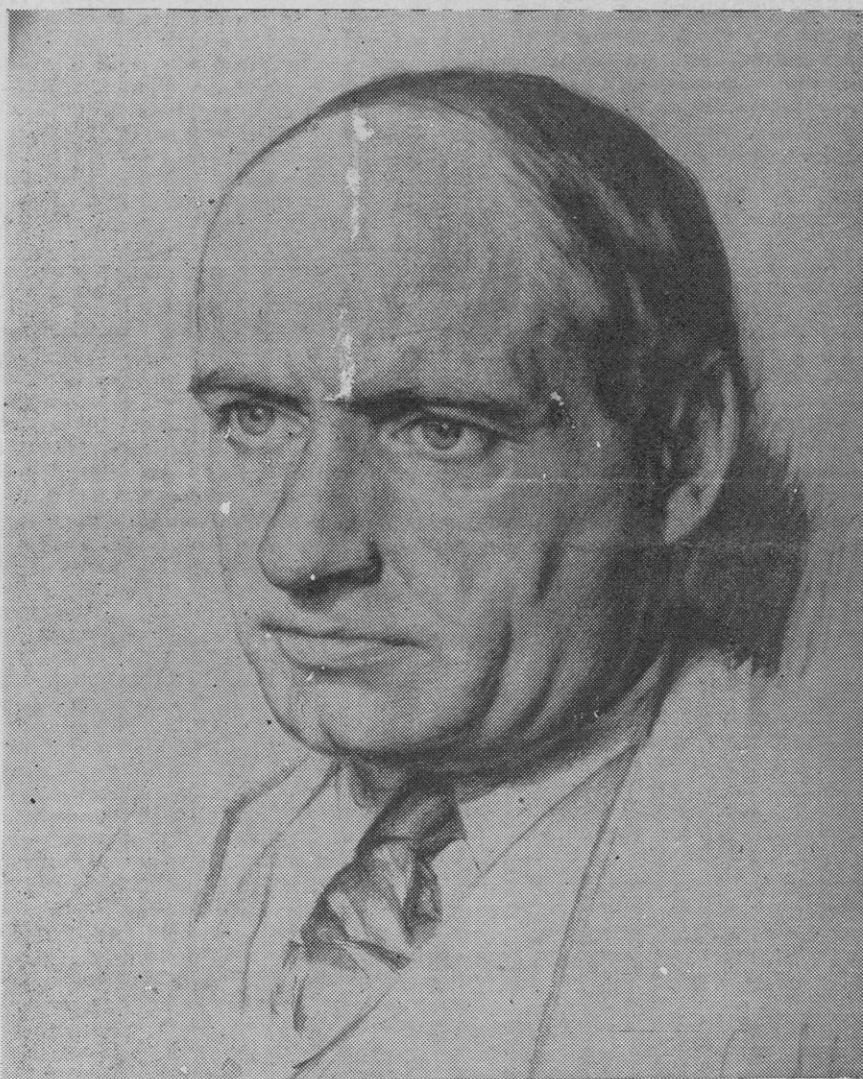
No obstante ser uno de los libros de más honda quilla intelectual de este siglo, durante largos años ha pesado sobre esta obra de Ortega una situación bastante escandalosa. No se trata sólo de que no haya sido inmediatamente comprendido —situación pudiera decirse «normal» tratándose de una obra filosófica—, sino que ha sido blanco de voluntarios malentendidos, próximos a la patología intelectual que florece cada vez que la estupidez se suma, imperialmente, a la relativa incapacidad del hombre para comprender aquellas ideas que apuntan hacia un futuro incierto.

Fue desde esta situación del primer libro de Ortega que, hace unos años, Julián Mariás realizó la ingente labor de ir anotando, casi línea a línea, el texto de «Meditaciones del Quijote», cumpliendo así una tarea discipular que se había propuesto en 1950, al escribir: «El primer libro de Ortega, «Meditaciones del Quijote», es de 1914. Pienso que todavía no ha sido leído en serio por más allá de media docena de personas. Algún día me propongo hacer una edición con lo que llamaban los humanistas **comentario perpetuo**, a razón de dos o tres líneas por cada una de texto; y es posible que provoque algún rubor al mundo intelectual de lengua española.»

Este propósito de Mariás se tradujo en unas doscientas páginas de comentarios al texto orteguiano, donde se dan cita necesaria los más variados textos de la filosofía actual, como asimismo las pistas que pueden conducir al lector atento a un conocimiento riguroso del pensamiento expuesto y propuesto por Ortega.

En 1932, prolongado una primera edición de sus «Obras», Ortega llamó explícitamente la atención sobre los alcances innovadores de «Meditaciones del Quijote». Refiriéndose a su idea de la vida como «realidad radical», puntualizaba Ortega: «Hoy han descubierto esta verdad en Alemania, y algunos de mis compatriotas caen ahora en la cuenta de ella; pero es un hecho incontrovertible que fue pensada en español hacia 1914.»

El mismo año, en una larga nota colgada a «Pidiendo un Goethe desde dentro», señaló cuáles eran sus efectivas relaciones con Heidegger, el descubridor alemán de muchas de las verdades expuestas por Ortega en «Meditaciones del



Quijote», trece años antes de la publicación de «Sein und Zeit».

Como esta nota ha sido numerosas veces publicada, estimo ocioso transcribirla, pudiendo, eso sí, ser completada con una cordial referencia al pensador alemán en el curso de las discusiones que siguieron a su conferencia en los «Encuentros Internacionales» de Ginebra de 1951, donde, una vez más, señaló, sobriamente, su prioridad sobre Heidegger en más de un punto radical de la filosofía.

Pero al fin de cuentas, este es un problema que, en último trance, no es un problema. Al menos, cuando se atiende al hecho de que tanto Heidegger como Ortega —al igual que Jaspers y Marcel— pertenecen a una misma generación histórica y, por ende, sus reflexiones están circunstanciadas por un mismo contexto

histórico-espiritual que explica, en cierto modo, el paralelismo de sus filosofías.

Por último, recordamos que «Meditaciones del Quijote» fue explicado por José Gaos en el curso de un seminario que dio en la Universidad Central de Madrid, poco antes del año trágico de 1936, y que luego compendió en su artículo «La Filosofía en España», publicado en «Letras de México», en 1939.

En este artículo, se lamentaba Gaos de la radical incompreensión que ha pesado sobre «Meditaciones del Quijote», libro ante el cual la gran masa de lectores hubieron de sentirse despistados «por el tema aparentemente literario», sin atinar a descubrir en su texto el inicio de una nueva navegación filosófica.

Martín Cerdá

476255

¿Es un mito el progreso de la

¿HASTA dónde llegaron las injurias hechas hace veinte años en las proyecciones que sobre la población hicimos? En nuestras omisiones, al anticipar la espectacular reducción en la mortalidad, el mayor principio de error ha sido casi el más universal. Y se ha transferido al mundo moderno. Por ejemplo: En el cuadro de vida de los Estados Unidos, en 1959, una niña tenía mejores oportunidades de llegar a los 60 años que las tuvo de alcanzar los 5 de 1900 a 1902.

Las recientes reducciones, en la tasa de mortalidad, en las áreas subdesarrolladas, son mucho más espectaculares, aunque están en condiciones mínimas de vida, en sanidad y cuidados médicos. Cuesta creer, pero es verdad, que la crudeza de la proporción mortal de Ceilán, Singapur, Taiwan, y muchos países de América Latina, es más baja que la de Inglaterra y Francia.

Por lo demás, su salud no es la mejor, y los riesgos de la muerte, etapa por etapa, se reducen a menor proporción. Pero sus poblaciones son mucho más jóvenes que las de Europa, y los riesgos de la muerte, en esos países, han declinado espectacularmente. Igualmente en la India, donde los esfuerzos en el campo de la salud pública son escasamente más extendidos, la perspectiva de vida, sobre el nacimiento, ha levantado un promedio de los veinte a los cuarenta en los últimos 20 años. En situaciones médicas más avanzadas, tales como las de Ceilán, Singapur y Taiwan, las esperanzas de vida son ahora de unos 60 años, o sea, aproximadamente el mismo promedio que tenían los Estados Unidos hace un cuarto de siglo.

En el campo de la fertilidad, nuestras equivocaciones fueron de diferente aspecto. Las predicciones sobre las áreas subdesarrolladas técnicamente fueron bellamente exactas. Las mayores dificultades ocurrieron en los países desarrollados, donde la mayoría de los proyectos, incluyendo el mío, consistieron en que la proporción del nacimiento fue suficiente para ocasionar un período de lenta progresión.

En la Europa del Oeste, después de la separación motivada por la guerra, la

proporción de nacimientos ha levantado muchos niveles de donde estaban en el período pre-guerra. En Estados Unidos, Canadá, Australia y Nueva Zelanda, también los niveles se levantaron y permanecieron sustancialmente, por encima de los de pre-guerra. En efecto, la experiencia de la post-guerra, en Estados Unidos, ha probado la idea de que las poblaciones que regulan su fertilidad, por aplicación voluntaria, no pueden aumentar.

Es en el sur y el este de Europa, la U.R.S.S. y el Japón, donde las poblaciones han aumentado más lentamente de lo que se esperaba. Cuesta admitir que la Unión Soviética, cuya proporción de nacimientos antes de la guerra era más del doble que en los Estados Unidos, ahora tienen aproximadamente la misma. Igualmente es costoso admitir que en toda Europa solamente Alemania tiene una proporción superior de nacimientos a la de Norteamérica, y que Hungría, y Japón, ahora están entre los países del mundo de más baja fertilidad.

Indudablemente que el enlace de aspiraciones elevadas, entre poblaciones urbanizadas y educadas, por un lado, y las difíciles circunstancias económicas, por otra, ha sido el factor que ha declinado el aumento. No existe la más ligera indicación de que la capacidad fisiológica de la población, para reproducir, ha limitado en algo la prosperidad. Tal vez la evidencia indica que esto es el resultado de preferencia personal en la condición de la familia.

El resultado neto de esos errores, en las proyecciones de la población, hace 20 años, ha sido entender ampliamente la llegada del aumento, unido a los futuros problemas de la producción agrícola.

Sucedió, sin embargo, que la posibilidad de ayuda en la producción agrícola también fue subestimada. El resultado ha sido que en los pasados veinte años, el auxilio de los alimentos, para la población del mundo, no ha desmejorado, pero, probablemente ha aumentado poco.

Y bien. Otra manera de decir la misma cosa es que, por el aumento en las proporciones del contenido humano, el espectacular aumento en la producción agrícola ha sido mayormente absorbido por las necesidades de la población adicional, más que por el progreso en las condiciones de nutrición. Hemos evitado la mayor tragedia pero, a despecho de los milagros de la producción, todavía estamos afrontando un mundo en el cual frecuentemente, la gran mayoría de la población está hambrienta y siempre mal nutrida.

A la luz de la experiencia de la post-guerra ¿qué perspectiva ofrece el aumento del futuro? Exceptuando el holocausto nuclear, por todas partes existen razones que hacen augurar un rápido y continuo aumento de la población. Los indicios son, que hasta fines de siglo, quizá haya una constante proporción anual superior al 2 por 100. De ser así, podría haber aproximadamente 4.600 millones de personas en 1980, y 6.900 millones en el año 2.000.

Desde Río Grande, en América del Norte, Oceanía, Europa, y la Unión Soviética, se espera que el aumento será fácilmente rápido, coincidiendo bastante en

esas regiones. Sin dejarse sentir, tales complicaciones declinarán en Norteamérica y en la Unión Soviética, mientras en Europa se notará un ligero aumento. La elevación de prosperidad tendrá sus efectos en la parte del mundo donde la fertilidad, ahora, está más íntimamente bajo control.

Para los continentes que probablemente estén técnicamente bien desarrollados, he aquí las sumas que el curso de los acontecimientos nos da para el año 2.000: Europa, 627 millones de habitantes; la Unión Soviética, 406; Norteamérica, 392; Oceanía, 33. Esto nos da un total de 1.500 millones de habitantes, en un área que en 1960 contenía menos de 900 millones.

América del Sur, desde Río Grande, es la región del mundo donde más rápidamente se desarrolla el mayor aumento. Ahí hay algunas de las más elevadas proporciones y, si bien la salud está progresando, hay motivos para una ulterior reducción en las proporciones de mortalidad. He deducido que la proporción de aumento alcanzará, desde este momento, de 2,7 a 3,0 por 100 antes de 1980, en América Central, y de 2,4 a aproximadamente 2,8 por 100 en Suramérica.

Difícil es imaginar que el aumento continúe muy largo tiempo, en tan extremadamente altas proporciones, en una región que es lentamente urbanizada y rápidamente modernizada. Verdaderamente, en Argentina, Uruguay y Chile, la tasa de nacimientos está lejos del máximo. Sin embargo, en el futuro, la regularización intermedia de la fertilidad será mucho más aceptable y efectiva que ahora. Por eso supongo que las proporciones de aumento sufrirán rigurosamente después de 1980, y llegarán al 2 por 100 en el año 2.000. Esto puede proporcionar a la América Latina una población de 600 millones, tres veces más de lo que tenía en 1960.

En África, por otra parte, se supone que la organización de los problemas obstaculizará el rápido desenvolvimiento para limitar rápidamente, algo, las proporciones de la muerte, enfocado desde un punto de vista de interés familiar. Hemos supuesto que la proporción de aumento puede elevarse de 2,0 por 100 en 1960, a 2,5 en 1980, y a 2,7 en el año 2.000. De este modo, el total de la población pasará de 254 millones en 1960 a 676 en el año 2.000.

En Asia, el curso de aumento esperado es diferente al sugerido por cualquiera para América Latina o África. En cuyo caso, si el 2 por 100 actual sube un poco, hasta el 2,5 antes de 1980, a continuación adquiere un sutil descenso de 1,7 hacia el año 2000. Implícitamente, en el ascenso que Asia puede alcanzar a la terminación de siglo, su agricultura puede desarrollarse tan rápidamente como su población. Las proporciones de aumento han sido elevadas a 2,5 por 100 para 1890, con la esperanza de un sustancial aumento en la salud, más bien que por una pequeña reducción en los nacimientos. La supuesta reducción en la tasa de aumento de 1,7 por 100 en el año 2000, está basada en el hecho de que en ese continente, densamente poblado, el rápido aumento de la población es, acaso, el mayor obstáculo al desenvolvimiento eco-



alimentación para los pueblos?



por Frank W. NOTESTEIN

Es probable, también, que la proporción de nacimientos, en su reducción, pueda efectuarse más rápidamente de lo que aquí ha sido supuesto. No puede ocurrir automáticamente, pero la perspectiva aparece tan buena, que de ahí es probable surja un aumento de realizaciones en las regiones afectadas, con ardientes esperanzas de progreso que regularicen y cambien la fertilidad.

Ciertamente que sería irresponsable, por mi parte, indicar que podemos planear, para el año 2000, un mundo con mucho menos de 7.000 millones de habitantes.

El sentido de la situación se me presenta claro. Cualquier razonable relación para el futuro, de este género, debe conducirnos a planear técnicamente, teniendo en cuenta la proporción de aumento en las áreas subdesarrolladas, donde la población es muy pobre. Nuestros planes pueden basarse sobre esa proposición. Pero igualmente es importante tener en cuenta, que las oportunidades de éxito, en su desarrollo, pueden ser muy estimables si las proporciones de nacimiento fueran pronto reducidas. Sin embargo, puede concederse alguna confianza a las cifras aquí expuestas, relacionadas con la futura población, pero es difícil prever algo capaz de alterar cualquier conclusión.

Aquí tenemos los dos problemas de mayor importancia que pueden examinarse.

Uno es la forma en que personas e instituciones, interesadas en la población y la agricultura, puedan lograr que sus actividades sean complementarias. Sabido es, que con frecuencia, sus actividades son opuestas. Muy pocos agricultores comprenden que son innecesarias las reducciones a la proporción de aumento de la población, ya que un procedimiento ideal sobre la aplicación de la existencia puede producir una imprevista abundancia de alimentos.

Por otra parte, unos cuantos entusiastas del control de nacimiento sostienen que una reducción en los nacimientos puede hacer que la prosperidad sea superior a las necesidades de la población.

Lo cierto es que la verdad completa no está en ninguno de ambos campos. El evidente progreso de la producción agrícola necesita del tiempo necesario para que se reduzca la natalidad, y esa reducción puede ser esencial, si no minimizamos el riesgo de un fracaso en el desenvolvimiento económico. El ataque a la pobreza no requiere solamente grandes aumentos en la producción, sino, también, una pronta reducción al aumento de la población.

La evidencia final es que siempre terminamos hablando alrededor de un movimiento entre el mundo humano y el mundo de los alimentos indispensables. El hecho real difiere. Y tal razonamiento hace el problema saludable, tanto para los presentes momentos aciagos como para el remoto porvenir. Aciagos, porque representan mínimas aspiraciones en sentido de supervivencia, y remotos, porque puede transcurrir mucho tiempo antes

que el mundo tenga más gente que esa mínima parte que puede alimentar, con un modesto conocimiento aplicado a proteger la vida.

El problema es mucho más importante e inmediato. La esperanza de que toda persona pueda asegurar la adecuada salud, la educación, y ausentar la pobreza, poniéndose a salvo de la autosuficiencia del campesino en la agricultura, tranquiliza. Deberíamos confiar en el moderno conocimiento técnico, y en un eficaz uso de sus recursos. El hombre no puede obtener, de ningún modo, otro sistema de vida decente para la actual población, ni ensayar nada de lo que corresponde a las muy amplias poblaciones del próximo futuro.

La transacción a la modernización técnica no es fácil. Requiere grandes inversiones para la salud, para la educación y producción de equipo. Los costos son elevados. Y son pesados, particularmente, cuando han de reunirse afrontando el costo requerido por el aumento de la población.

Por otra parte, esa combinación de los costos del aumento y de la modernización, han de afrontarlos sociedades que son muy pobres, cuyos ahorros representan duras penalidades.

Todos esos problemas no están distantes; corresponden a las próximas décadas, y nos invitan a situarnos más allá de nuestras fantasías. Por consiguiente, déjenos tralucir nuestro pensamiento, como si sólo estuviéramos tratando de evitar una distante hecatombe de miseria. Nuestros signos deben ser más elevados. Debemos asegurar la transacción a un mundo de salubridad, educado, y de gente productora capaz de hallar las mejores venturas para la vida. Nuestros proyectos, para alcanzar éxitos, podrían ser ampliamente incrementados, si en las próximas dos o tres décadas consiguiéramos reducir la fertilidad, y la carga de la población que aumenta.

Este problema es inmediato y urgente. En sus soluciones bien podemos depositar todas nuestras otras esperanzas.

(Traducción del inglés de S. Campos)

UMBRAL

Revista de arte, letras y estudios sociales

Giros: C.C.P. Paris 1350756
Roque Llop, 24, rue Ste-Marthe
Paris (X)

TELEFONO

Red. y Adm.: BOT 22-02

SUSCRIPCION INDIVIDUAL
Trimestre 2 40 NF
Semestre 4 80 NF
Año 9 60 NF
Extranjero (año) 12 00 NF

Extranjero (por avión)
América del Norte 21 60 NF
América del Sur .. 26 40 NF

nómico. Esto ya está reconocido por los gobiernos de Pakistán, India, Japón y Corea, por lo que la intención de regularizar la fertilidad es evidente en Ceilán y China nacionalista.

La posición de China comunista no está completamente clara, pero ha habido bastantes tentativas defendiendo el interés en el control de nacimientos, alegando urgente dicha práctica. Este curso de acontecimientos puede elevar la población de Asia de 1.700 a 2.700 millones en 1980, y a 4.200 en el año 2000. O sea, 2,3 veces la población que tenía en 1960.

Si el curso de aumento sigue nuestras conjeturas, los continentes subdesarrollados —América del Sur desde Río Grande, Africa y Asia—, cuyo contenido era, en 1960, el 71 por 100 de la población total, podría alcanzar 5.500 millones en el año 2000. O sea, el 79 por 100 de los 6.900 millones de población que con toda probabilidad habrá en el mundo.

Debe advertirse que estas conjeturas presentan un caso optimista, puesto que ellas implican, rigurosamente, descenso en la tasa de aumento al finalizar el siglo, tanto en América Latina como en Asia. Tal descenso está previsto tanto en las reducciones de los nacimientos como en el aumento de la salud. De cualquier modo el aumento es tremendo; pues hacia fin de siglo, la población de los continentes puede ser aumentada en un promedio de 2,3 por 100, comparada en 1,3 en los continentes normalmente desarrollados, y alcanzar dos veces y media lo que era en 1960. Desarrollar economías apropiadas, en el curso de este tiempo, puede resultar tarea difícil.

Mientras tanto, ¿dónde y cómo situarnos con semejantes problemas?

Es posible, además, que hayamos sido demasiado optimistas, suponiendo que la producción agrícola pueda aumentar al menos tan rápidamente como la población, hasta fines de siglo. Tal vez, también, el contagio sea menos fácil controlarlo de lo que hemos supuesto, y, quizá, los disturbios políticos puedan romper, por los estrechos márgenes, lo que ahora protege la salud pública. Con todo y eso, para proteger la salud disponemos del mejor plan que el mundo ha producido. De no ser por la salud, nadie de nosotros espera que el desarrollo económico pueda ser colmado.

Réplica de los intelectuales españoles

La primera carta suscrita por 102 intelectuales españoles pidiendo una información sobre algunas de las represalias ejercidas con ocasión de las huelgas asturianas, fue contestada por el ministro de Información y Turismo no al conjunto de los firmantes, sino personalmente a don José Bergamín. Desmentía una parte de los hechos denunciados y se servía, tratando de desacreditar a los denunciantes, del aprovechamiento hecho por las radios y por la prensa comunistas de dichos hechos. Mas lo grave del caso es que, después de reconocerles calidad representativa y dialogal, el propio ministro hizo que la prensa y las radios del Régimen se desataran sañudamente contra los intelectuales españoles independientes y él mismo, en un discurso pronunciado en Valladolid, ha abundado en la descalificación y en el ataque. La respuesta merecida es la siguiente:

«Excmo. Sr. Don Manuel Fraga Iribarne.
Ministro de Información y Turismo.
MADRID.

Excmo. Sr.:

Durante las pasadas semanas algunos de los firmantes de la carta que se dirigió a V.E. con motivo de los presuntos malos tratos y sevicias infligidos por miembros de la fuerza pública a mineros y mujeres de la cuenca asturiana, en ocasión de las recientes huelgas, han tenido comunicación oficial de su respuesta a don José Bergamín. Ulteriormente, parte de la prensa española ha reproducido ambas cartas.

Ante todo, hemos de manifestarle nuestra extrañeza por haber V. E. personalizado en don José Bergamín el escrito de referencia. Consideramos que las circunstancias biográficas del señor Bergamín son por completo ajenas al asunto planteado y que corresponde a dicho escritor contestar, como así lo ha hecho, en la forma que considere oportuna, a las imputaciones de que V. E. le hace objeto en su carta.

Por nuestra parte, deseamos limitarnos a las informaciones de V.E. con respecto a los supuestos malos tratos y violencias, y, acoñándonos respetuosamente a la invitación al diálogo que V. E. dirige al señor Bergamín, invitación que hemos de considerar extensiva al resto de los firmantes, hacer las siguientes observaciones:

1.—En su respuesta, V. E. reconoce como posible que se cometiese la arbitrariedad de cortar el pelo a Constantina Pérez y Anita Braña, agregando que, de resultar cierto semejante acto, «sería realmente discutible aunque las sistemáticas provocaciones de estas damas a la fuerza pública las hacían más que explicables», pero cuya «ingenuidad» no deja V. E. de señalar. Es evidente que el hecho de cortar el pelo a dos mujeres difícilmente puede conciliarse con el calificativo de «ingenuidad» que V. E. añade a guisa de comentario. Un acto de tal naturaleza nos parece a todas luces infamante y motivo suficiente para que en cualquier país civilizado y libre se exijan responsabilidades criminales a sus autores. Por otra parte, parece muy poco probable que este acto de violencia física y moral no fuera precedido o acompañado de otros malos tratos y coacciones.

2.—El reconocimiento del hecho anterior legitima la sospecha de que se haya empleado, asimismo, la violencia física con detenidos del sexo masculino. Pensar lo contrario constituiría una falta de lógica: ¿por qué los autores de los presun-

tos delitos habrían de emplear violencias sólo con las mujeres, que no han participado ni participan directamente en las huelgas?

3.—La utilidad de nuestra anterior solicitud a V. E. queda evidenciada en su respuesta al señor Bergamín, pues gracias a la misma quienes no escuchamos habitualmente las emisiones de «Radio España Independiente» u otras emisoras del exterior, hemos podido tener noticias fidedigna de diversas detenciones de carácter político. Ello es tanto más perturbador y alarmante cuanto que, según parece, esas detenciones han sido difundidas a través de la mencionada emisora y otros medios de información extranjeros.

4.—Al final de su escrito, V. E. hace referencia a la «mendaz utilización» de las informaciones transmitidas por «corresponsales espontáneos». No escapará a la rápida comprensión de V. E. que esa «mendaz utilización» caso de que existiera, tendría únicamente su origen en la falta de información pública que padece el país, hasta el punto de que de un hecho tan importante para la vida económica, social y política española como el de las huelgas del Norte no hemos tenido ni tenemos noticia regular y suficiente por la prensa y la radio nacionales, y hemos de enterarnos de las circunstancias de esos conflictos del trabajo, bien a través de la prensa y la radio extranjeras, bien mediante «corresponsales espontáneos» y ocasionales. A este respecto, es sobremedera expresivo lo que declaran los sacerdotes de la cuenca del Nalón sobre los conflictos laborales en Asturias en un escrito de agosto del año actual, anterior por tanto a los presuntos hechos consignados en nuestra primera carta:

«A la luz de estos principios (contenidos en los textos pontificios) tenemos que lamentar que no se haya dado la importancia debida al problema (los conflictos laborales asturianos), ni en su magnitud ni en su objetividad, una vez que al tocarlo, se relega a un último plano, no se da una información completa y no se orienta para la solución del mismo; sino que se le rodea de un silencio pernicioso y culpable, o se le da una orientación tendenciosa como fácilmente se ha podido observar, o no se hace eco de las repetidas reclamaciones y aspiraciones de la clase obrera.»

(Acompañamos a V.E., como anexo, copia del referido escrito.)

5.—Como prueba de esta falta de información, nos permitimos significar a V.E. que, gracias a diversos corresponsales es-

pontáneos y servicios informativos del extranjero, hemos tenido noticia de la reciente detención y procesamiento por motivos políticos de varios intelectuales entre ellos los señores Pradera Cortázar, Sánchez-Mazas Ferlosio, Sánchez Dragó, Ferrer Sama, Matezari, Sánchez Gijón y De Lucas Matilla.

6.—Observamos que en la carta de V.E. dirigida al señor Bergamín, se omite toda mención al capitán de la Guardia Civil don Fernando Caro, como también al sargento Pérez, a quienes en nuestra carta anterior se señalaba como presuntos autores de las violencias en ella enumeradas. No obstante, de fuentes no oficiales aunque solventes, se nos informa que los susodichos capitán y sargento se encuentran en situación de arresto, por motivos y en condiciones no precisados. En vista de ello, nos permitimos acogernos al buen talante y disposición para el diálogo mostrados por V.E. rogándole nos informe sobre las circunstancias que concurren en ese arresto y sobre su relación con las violencias consignadas en nuestra carta, dos de las cuales, cuando menos, parece reconocer V. E.

7.—Cuanto antecede justifica nuestra actitud como intelectuales y como ciudadanos en este caso y constituye una sólida base para nuestra gestión informativa, resultando por tanto absolutamente innecesaria y fuera de lugar, para nosotros a tal gestión, toda supuesta maniobra de carácter partidista o publicitaria. Entendemos que la misión del intelectual en toda sociedad libre, máxime si dice inspirarse en los principios cristianos, es promover el esclarecimiento de la verdad y contribuir a la formación de una conciencia pública. En consecuencia, nuestra actuación se ha guiado y se guía por un estricto concepto de la responsabilidad; y, de acuerdo con éste, juzgamos que ninguna autoridad gubernativa en un Estado libre y de derecho se halla titulada para fijar las normas que han de regir los deberes del intelectual con respecto a la conciencia pública, deberes de carácter eminentemente privativo y moral.

Por todo lo expuesto, volvemos a dirigirnos a V. E., para solicitar que interese de los poderes públicos la formación de una comisión de juristas, integrada por abogados del Ilustre Colegio de Madrid, designados por su decano, comisión que se trasladaría a los lugares de los presuntos hechos a fin de llevar a cabo una investigación detenida sobre los mismos.

Agradecemos nuevamente a V. E. la ocasión que nos brinda para proseguir el diálogo entablado, dándole seguridad de que por nuestra parte este diálogo mantendrá con la mayor deferencia personal hacia V. E.

Le saludan muy atentamente,

(Firman 21 catedráticos y profesores; 91 escritores, poetas, dramaturgos y editores; 21 artistas de teatro y de cine; 27 médicos, ingenieros, arquitectos y abogados; 13 pintores y escultores; 4 religiosos, y 6 de ocupaciones diversas. Total, 188.)

N. B.—Las nuevas firmas que suscriben esta carta se hacen solidarias del escrito anterior dirigido a V. E.

Madrid, 31 octubre 1963.

LA VENDIMIA



II

por Humberto Guzmán ARCE

SOLO al anochecer, los cantos de las vendimiadoras hacíanse menos gozosos y provocativos de lo que fueron durante el día. La queja clásica, regional, las saudades y amarguras de la raza triste y querrellosa, descubrió, bien pronto, el inevitable cansancio de la jornada.

Había, sobre todo, una zagala que, en vez de prolongar los ritornelos de las coplas y huayños nativos, como las otras, parecía diluir en su canto interior, sin palabras, no sólo el lloro de la nostalgia y la melancolía ternurosa de la raza, abatida y pesimista, sino toda la tragedia de su vida incompleta, desventurada y mal-dita.

Ya durante la vendimia, todos los jóvenes y rapazas habían notado que la hija menor de don Braulio, si bien al comienzo había acudido a la faena de buen talante y con toda la energía de su cuerpo de formas esculturales y perfectas, sólo sus grandes y aterciopelados ojos de Chascañahui, gritaban de su tragedia muda. Y sus ademanes desvaídos, sus maneras y andar aflojados, sus movimientos y pasos inseguros, delataban a las leguas a la tontuela e idiota, pues todos sabían que la pobrecilla se había quedado alelada y muda, desde el sustazo que le diera el rayo, del cual salvó milagrosamente, decían todos, gracias a la oportuna intervención de la Silca, la vieja adivina y hechicera que, no pudiéndola curar, había vaticinado para ella y los suyos tantas desgracias y calamidades, que ahora eran la comidilla de todos los vendimiadores.

Ya durante la recolección, al ver a la hija menor de don Braulio, apocada y malhumorada, deambulando de aquí para allá, sin ton ni concierto, sopada y semiperdida, como una sonámbula, los peones y mujeres no se cansaban en sus comentarios sañudos y perversos, olvidando que el padre les pagaba y obsequiaba tan espléndidamente. Y mientras desgajaban los colmados racimos o recibían de los jayanes las repletas canastas, corría como el vino, la murmuración, en torno a la inexplicable y nueva enfermedad de la mudita.

— Dicen que a la hija de don Braulio la embrujó la vieja Silca, haciéndole traer las infectadas aguas de la Malmisa, llena de renacuajos y otros **vi-chus** que, al crecer en el vientre de la Hermelinda se han **convertiu** en enormes sapos y culebras que le han **jinchau** la barriga de ese modo...; había comenzado a decir doña Juana Arraya, conocida por sus chistes malévolos y perversos.

Pero otra vendimiadora, la Engracia Tunales, famosa por sus liviandades, y despechada sin duda porque la hija mayor de don Braulio le había quitado al Cosme Huanca, agregó en tono diabólico y misterioso :

— Ustedes no sospechan siquiera lo que le ha **ocurriu** a la aopadita. Lo que dice doña Silca que pasa con ella, es que ese **diya** del rayo, que casi la mata, la **imilla** le apuntó con su dedo al **cuichi** y por eso dicen que el arco iris se le ha **metiu** en la barriga... Aunque otras malas lenguas **ajirman** que el **cuichi** no es sino otra de las habilidades y **malejicios** del Huarmi-

Cusichi de su **cuñao**, que la tiene embrujada a la mocosa, como la embrujó **antis** a la Rosita y **agora mesmo** a la vieja libertina de su **magri**...

Pero doña Anastasia Cortadorina, que era pariente de la mujer de don Braulio, indignada por la maligna especie de la antigua querida de Cosme Huanca, se apresuró a responder :

— A las leguas se huele que habla por tu boca la envidia y el despecho. ¿Hasta cuándo se te acabará la **pereversidá ché**, Engracia? ¿Acaso no **sabis** que los **medicus** del pueblo, a quienes ha **consultau** don Braulio, **ajirman** que la mocosa tiene en el vientre una enorme solitaria y que, apenas pase la cosecha, don Almaraz la va a llevar al **poblao pa** que le hagan arrojar el **vienu** del **diantre**, que dicen que sale **solitu** con sólo tomar infusiones de granadina y otras pildoritas que dan en el Hospital?

Pero Ruperta Quispe, que se las daba de médica y comadrona, interviniendo en la conversación, se apresuró a decir :

— La **comagre** Eufrasia, cuando la hemos **llevau** a la **imilla** con la Rosalía, después de examinar las hojas de la coca y **chnuclir** el estómago de la Hermelinda, dice que probablemente la aopadita se ha **dormiu** al pie del molle **embrujau** que hay cerca de la playa, **donce** dicen que mora el espíritu del Supay, quien, como demonio y diablo que es, dicen que **li ha dau** un **malejicio** a la chica y por eso es que en cada día le crece más la barriga...

Y como en ese momento asomara entre las vides la bonachona y socarrona cara del Cosme Huanca, el afortunado tenorio o alegrador de mujeres, razón porque más se le conocía con el certero apodo de **Huarmi-Cusichi**, que en la onomatopéyica lengua nativa, significaba « el endulzador de las mozas », el don Juan campesino, cortando los malignos comentarios, se apresuró a decir :

— Hembras y víboras habían tenido que ser ustedes **pa** ocuparse así de una pobrecita que carga con tanta resignación y **pasensia** sus males. Han de saber ustedes que los doctores del pueblo dicen que la Hermelinda tiene ese mal que se llama **epilepsia**, y que, quien lo hereda no lo hurta, pues recordarán que el otro hijo de don Braulio nació tullido y mudo, también, como la aopadita. Dicen que el mal está en la sangre. Y como yo soy **interesau**, el otro **diya**, cuando **fuide** al **poblau**, **hey pagau** mis **riales** a ese doctor **Inschauste**, quien jura y rejura que una impresión **juerte** le volvería el habla a la mudita y que su **enjermedá** puede aliviarse, como se curará de la tenia y el tumor que le hace crecer cada día más la panza...

Pero la Engracia Tunales, no pudiendo reprimir el despecho y la ira que se pintaban en su rostro, al oír las últimas palabras de su antiguo amante, como salida fuera de sí, mordida por la avispa de los celos y la envidia, desafiante y sañuda, dicen que agregó :

— No **ti nagais** el zozno, Huarmi-Cusichi. Algún **diya** **destos** labios saldrá **tuita** la **verdá** que yo nomás me sé. ¿Acaso no **sabis** vos, **desgraciau** de mierda, que por ahí andan diciendo que el **cuichi** que se

ha **dentrau** a la barriga de tu cuñada, se lo has **metiu** también vos, que sois un sinvergüenza y un canalla, que no respetáis a las opas ni mudas, y la prueba está clara que las **empreñau** también a la Melchora, sin respetar siquiera que es mi prima y es idiota y tullida como la hermana de tu mujer?

Iba a armarse en ese momento una tremenda trifulca, a consecuencia del cetero sopapo que tendió en el suelo, bañada en sangre a la Tunales, cuando, por obra de la providencia, asomó don Braulio en persona, cargando una enorme canasta de uva. Pero, como el anciano llegara a oír las últimas palabras de la antigua querida de su yerno, y hacía tiempo que a él le torturaba la angustia de su hija menor, serenados ya los ánimos con su conciliadora intervención, a medida que el buen hombre se alejaba, sendero abajo, camino al lagar, una idea martirizadora, obsesionante, volvió a incrustarse, como una espina dolorosa y quemante, en su aturrido cerebro.

Hacia ya tiempo que don Braulio, desconcertado, había venido notando la inexplicable enfermedad de su hija. Al comienzo, apenas empezaron a llenarse sus carnes, antes enjutas y casi pegadas a sus huesos, todos creían, a pie juntillas, que la aopada y mudita, cuando apacataba los rebaños de don Braulio junto a las insanas aguas de la laguna Malmisa, había bebido de ellas y con ellas los bichos inmundos que crecían en su vientre. Pero como el virgineo abdomen de la rapaza fue creciendo y abultándose, cada día más, al igual que todas sus carnes mórbidas y pletóricas, y tampoco la pequeña podía explicar nada, dada su muerte, se forjó primero la leyenda de que se le había entrado en el estómago el arco iris y también el aire. Sólo muchos meses después, cuando la cosa era más seria y misteriosa, a muy pocos se les ocurrió la explicación consoladora de que era la solitaria.

Pero cuando la esposa de don Braulio le había referido que fue a ver a la vieja Silca, y la bruja, después de palpar el abultado vientre de la chica, dio a entender que el espíritu maligno de Supay se había internado en las entrañas de su hija, y la hechicera juró que en pocos meses más se aclararía todo, el gañán, que era avispado y socarrón, como todos los campesinos del lugar, comenzó a injertar en su dura cabeza la maligna idea de que, a lo mejor, genios maléficos y espíritus satanes la habían empreñado a la mudita, como dijeron le había ocurrido a la Melchora Infante. Pero cuando don Braulio se acordó de que de lo de la Melchora, al final, no resultó embrujamiento sino que el tenorio de su yerno la había hecho parir, sin respetar su tullimiento e idiotez, una idea perversa, endemoniada, absurda, comenzó a zumbar en el cerebro del buen hombre como un abejorro fatídico y monocorde :

— ...Y si el maldito del Huanca, que es capaz de todo, se hubiera atrevido... Y él, él había sido el más empeñado en llevar a su casa al incorregible Huarmi-Cusichi, quien, hasta a su mujer la tenía ahora cambiada y embrujada con sus maleficios...

● Continuará ●



LUNERIAS

EN la época de Babilonia se hablaba ya de la existencia de una luna invisible a la que, por esa razón, se denominaba «luna negra». Téngase en cuenta, para que nada de esto cause extrañeza que la antigüedad contaba con muchos y sabios astrónomos. Los tuvo Babilonia, los tuvo Egipto, lo fueron los Mayas y, en general, todas las civilizaciones grandes que ha conocido el mundo.

Los Mayas precisamente sostuvieron una creencia semejantes siglos más tarde. Un sabio cuyo nombre resulta ya más familiar, Galileo, expuso la posibilidad de que la Tierra tuviese algún satélite más, aunque no hubiera sido descubierto.

Se había considerado posible lo que era una realidad. Posible, no ya sólo por intuición, sino por estudios como los de Newton y Lagrange sobre el movimiento elíptico de dos cuerpos celestes y sobre la atracción y la gravedad, estudios que probablemente habían tenido procedencia, aunque lo ignoremos en cálculos de sabios antiquísimos cuyos frutos se perdieron en el caos de los tiempos.

Kordylewsky, un astrónomo polaco, empezó en 1948 ciertas observaciones en busca de un hipotético segundo satélite de la Tierra.

Examinando la teoría de Lagrange respecto a un triángulo equilátero, con sendos cuerpos en cada vértice, el sabio polaco tenía dos puntos fijos, la Tierra y la Luna, y buscaba en otro satélite el tercer vértice de un triángulo.

Más de diez años siguió aquella búsqueda, sin fruto. No se descorazonaba, sin embargo. Su telescopio seguía escudriñando el espacio con una perseverancia digna del premio que al fin iba a obtener.

Fue el verano de 1959. Era una noche muy oscura, sin luna. Igual que había hecho cientos y cientos de otras noches, Kordylewsky apuntó con su telescopio hacia aquella zona exacta del cielo donde debía hallarse en tales momentos el satélite número 2, caso de que fuese realidad aquel cuerpo celeste.

De improviso sus ojos alcanzaron a ver una sombra difusa, algo así como una nebulosa que se desplazaba lentamente, pero de un modo preciso y justo sobre el eje orbital que había previsto para el caso de que su existencia fuera cierta.

Fácil será comprender la intensa emoción que debió experimentar en aquellos minutos el anciano sabio. Sobreponiéndose al alborozo que le desbordaba y conteniendo los latidos de su corazón, se mantuvo quieto en su sitio siguiendo durante dos horas, el desplazamiento de aquella nebulosa que escasamente iluminada era apenas perceptible en la inmensidad del espacio sombrío.

Después de aquellas dos horas invirtió el resto de la noche escribiendo una relación detallada del magno acontecimiento.

Tuvo que aguardar con nerviosa impaciencia diecinueve noches para ver de nuevo la luna «negra» que acudió con puntualidad matemática a la cita. Entonces se disiparon todas las dudas que le habían inquietado en aquella larga espera.

A pesar de tener ya la certeza, siguió el astrónomo sus observaciones, consiguiendo, en abril de 1961, fotografiar por vez primera al satélite recién descubierto.

Otra gran sorpresa le reservaba aquella ocasión. Descubrió entonces que el satélite se hallaba compuesto de dos cuerpos distintos, mediando entre ellos una distancia de unos diez kilómetros.

Ninguno de esos dos cuerpos podía tener más de quinientos o seiscientos kilómetros de diámetro, o sea mucho menos que la Luna, que mide casi tres mil.

Ya seguro de las características de su descubrimiento, lo comunicó Kordylewsky a la Academia de Ciencias polaca en los primeros días de septiembre y ésta le dio poco después su convalidación anunciando a todo el mundo el hallazgo.

Des aquella fecha todos los observatorios astronómicos pudieron localizar con relativa facilidad las dos nuevas lunas y la Prensa publicó la noticia. A pesar de ello existe hoy un número incalculable de personas a las que si se preguntan cuántos satélites tiene la Tierra, responden que uno, a no ser que entiendan se habla de los artificiales lanzados por rusos y americanos.

Esos no cuentan en este caso. Se trata de satélites naturales, y la realidad es que tenemos tres. Los astrónomos antiguos que hablaron de una «luna negra», no andaban muy lejos de la verdad.

Una pregunta acude en seguida a los labios de cualquiera: ¿Por qué no vemos estos satélites?

La respuesta es sencilla: hallándose situados a una distancia de la Tierra igual que la Luna, o sea cuatrocientos mil ki-



lómetros en números redondos, y siendo mucho más pequeños que ésta, con una luminosidad bastante más baja a causa de las nubes meteóricas que los envuelven, es difícilísimo apercebirlos. Pero cuando les hieren de lleno los rayos solares, resulta posible incluso distinguirlos a simple vista, salvo si sucede, como suele suceder, que lo impida la luz de la Luna.

Los dos satélites aparecen como más

TIPOS DESCONOCIDOS

"ELVIRI"

ACUDIA a la estación con el cochecillo a la hora de los trenes para llevar a los viajeros de comercio a su fonda. Esta fonda y un parador es lo que hay en la localidad en cuestión de hospedajes.

La fonda del Cojo no tiene vista, el parador de Foro conserva su típico aspecto y es con un portón tras la colegiata y una mesa a la hora de la verdad que competir puede con la del romano Apicio.

El fondista vierte sal gorda en sus chabacanas y algo soeces gracias, que el vulgo celebra. Es renco. Por San Antón suele hacer el payaso dando las vueltas redor de la iglesia asnalmente.

Telesforo es un hombrax serio, que ni da vayas ni permite confianzas. No sale a los trenes con carruaje: los viajeros que saben del regalo de la casa por su pie vienen.

La diferencia entre la fonda y el parador es sensible. Varian en la pulcritud, el orden, la comodidad, la abundancia, la cocina, el servicio, el precio...

El neogcio de « Elviri » tiene parte de fonda del sopapo, el de Telesforo es una perfecta hospedería, independiente del personal errátil acogido en toda posada. La gente del trote los días de mercado acude con sus mercancías a vender en la plaza, come de jota por su cuenta y pernocta en el santo suelo en sacos de paja.

Los Bazos, padres de « Elviri », tuvieron siempre tocinería. El despacho corría a cargo de la madre, nada escrupulosa tocinería en lo de dar cerda por cerdo. El padre estaba especializado en la matanza y descuartizamiento de cochinos y con tan prosaico fin de muchas casas le llamaban.

Fonda no hubo nunca en la histórica villa hasta la de la Amistad, debido a la escasa afluencia de viajeros, habituados los dueños de comercios a efectuar directamente las compras. Pero los viajeros empezaron a acudir como moros a pasas y, a partir de aquí, el cogitrancó cambió el oficio de cosario por el de fondista.

Los notables de asiento, tales como el médico soltero, el regente de la farmacia casadero, el organista mozo, el cronista misógino, el teniente de la Guardia civil malcasado, hospedábanse en el parador, y « Elviri » no sabía cómo arreglárselas para hacerse con ellos.

Su defecto físico era muy visible, pues cojeaba de igual traza que cierto político muy conocido, siendo éste un tanto mefistofélico y « Elviri » bastante crostrático.

...En todos los pueblos hay un payaso que es la risión de la gente.

PUYOL

grandes que las mayores estrellas, pero son opacos.

Hay que añadir una segunda pregunta que también les ocurre a muchos: ¿cuál es su composición y naturaleza?

La respuesta es más difícil, debiéndose limitar a hipótesis. Probablemente, están formados de masas meteóricas, pero la densidad de esos cuerpos no ha sido aún calculada con exactitud. — E. S. P.

Los bárbaros no eran tan bárbaros

por Luis di FILIPPO

MUCHO antes de que la industria del cine descubriese como motivo de explotación comercial los episodios más salientes de la historia, sin mucho ni poco respeto por la verdad, ya se escribía la historia con tal desaprensivo criterio novelesco que resultaba cinematográfico « avant la lettre »... Merced a la ausencia absoluta de seriedad científica con que los fantasiosos narradores gustan recrear hechos y personajes para excitar la imaginación del público tejiendo « historias » que muchos suelen considerar verdades, abundan los juicios erróneos y las imágenes absurdas convertidas, a través del tiempo, en lugares comunes. La pereza mental se adormece en los relatos que se le brindan muy complacida con ellos, y se resiste a rectificaciones molestas y a inquietudes críticas. A menudo nos gusta mas un personaje o un episodio vistos por la fantasía del biógrafo o del cronista que como fue en realidad tal personaje o tal episodio. Es el necizo del arte; y deseamos que, en verdad, la naturaleza imite al arte como afirmaba con aparente seriedad Oscar Wilde, maestro en el artificio ingenioso de las paradojas. Las historias fantásticas, tan mendaces como seductoras, ora apuntan a la exaltación, ora a lo contrario; y como los términos medios equivalen a los colores grises apagados, entonces hay que destacar los extremos con pinceladas violentas, agresivas, luminosas. Al prescindir de los matices en homenaje de los colores firmes, el pintor fantasioso en trance de historiador cuando se enfrenta con un personaje nos lo da como santo o como demonio; a veces nos brinda un personaje híbrido de héroe demoníaco, ya que no de santo diabólico porque también la fantasía tiene sus pudorosos límites. Y con el mismo criterio se discurre sobre un pueblo, sobre una nación, sobre toda una época. De este modo cuando se habla de los bárbaros y de la barbarie, al punto vemos con la imaginación excitada nardas de seres hirsutos y bestiales que bajo la jefatura de un Frankenstein físico y moral arrasan los países cultos y civilizados pisoteándolos con sus caballos bajo cuyos cascos no volvía a crecer la hierba, como suele decirse de Atila. Esta imagen que pone los pelos de punta no deja de ser romántica como puede serlo la noche densa sin luz de estrellas ni de luna, noche adecuada para escenas de horror. Y al mismo tiempo que infunde pavor estremeciendo el ánimo, despierta un sentimiento de piedad hacia los países que soportaron tan tremendo flagelo de bestialidad triunfante. Por si la imaginación de los lectores fuese incapaz de concebir con la necesaria exactitud la presencia de tales hordas, el cine se encarga de darnoslas en imágenes plásticas — panorámicas en colores — de tal modo que las películas de suspenso y de horror resultan anécdotas policiales pueriles comparadas con esos relatos fastuosos de muertes y de sádicas destrucciones. Tan sólo algunos documentales sobre Hiroshima fulminada por la bomba atómica empalidecen las hazañas de Atila y sus semejantes, sin duda para que no caiga en el descrédito la idea del progreso que tanto nos enorgullece; porque el progreso no es unilateral, también se manifiesta como aptitud para retroceder cuando po-

nemos empeño en ello. Alguna vez escribió Pio Baroja esta afirmación maliciosa: « Poned a un americano al pie de un árbol y en seguida se sube ». Dejemos lo de americano como vanidad de europeos y digamos que ese riesgo simiesco lo puede correr cualquier hombre en cualquier parte del mundo en todo momento. Parece que hay en el subconsciente humano una contenida nostalgia de las cavernas y en cuanto uno descuida el manejo de sus propios frenos instintivos se remonta al lejano pasado, el cual, después de todo, cuanto más remoto más cerca debiera estar del paraíso terrenal que ha sido el comienzo de nuestra aventura humana más o menos independiente. Pero estos problemas de los orígenes nos sumen en gran confusión, pues no sabemos cómo explicar lógicamente este retorno a la bestialidad que estaría tan cerca del retorno a la pueril pureza primigenia...

Dejemos que los sabios disputen estas cuestiones sobre las cuales tanto se ha discutido en otras épocas sin llegar a ningún acuerdo. Y volvamos a los bárbaros destructores de una civilización cuya vitalidad estaba tan agotada que no pudo oponer eficaz resistencia al empuje ofensivo de las hordas implacables. Nadie osaría asumir la defensa de aquel alud humano irreverente diciendo que no eran bárbaros sino una especie de ángeles exterminadores que llegaban a Europa para castigar los vicios de un imperio decrepito. Pero en cambio es fácil demostrar que no pocos bárbaros evidenciaron serlo mucho menos que sus víctimas civilizadas. Es fácil demostrar también, que con la misma facilidad con que los bárbaros adquirían las costumbres de los países cultos conquistados incorporándolas a su modo de vida, muchos civilizados hacían propias las costumbres y las ideas de los bárbaros. Siempre ha ocurrido que conquistadores y conquistados terminasen por fraternizar en el contacto prolongado e inevitable de la lucha. Son como esos matrimonios a la fuerza, que terminan convirtiéndose, impensadamente, en matrimonios de amor. Más de una vez los bárbaros dieron a los cultos y civilizados adversarios lecciones de sabiduría y de humanidad, demostrándoles que no eran tan bárbaros como sus desdeñosas víctimas suponían con un orgullo no siempre bien fundado. Tomemos un ejemplo entre cientos que una historia veraz, exenta de prejuicios, puede ofrecer a quien hojea sus páginas con paciente atención. Allí por el año 523 dominaba parte de lo que hoy es Italia un bárbaro auténtico, de origen ostrogodo. El imperio tenía su capital en Constantinopla, donde Justino ceñía su corona y vestía su manto fastuoso. Este emperador, que no podía mantener la unidad política de sus vastos dominios, aspiraba a algo más difícil: a imponer la unidad de la fe, sin duda porque mediante esta unidad espiritual creía factible la otra. Religión y política se daban la mano en aquellos tiempos, y no obstante la autoridad espiritual de los papas más pesaba aún en cuestiones de fe, la autoridad fuerte de los monarcas, que

siendo cristianos se sentían divinos como si fuesen paganos. El caso es que como la unidad religiosa no se lograba por persuasión en medio de ese confuso y gárrulo conflicto de herejías proliferantes, el emperador, más papista que el papa, quería imponerla por la fuerza, a sangre y a fuego; método éste muy poco civilizado para un emperador que luchaba contra los bárbaros. Justino hacía y deshacía en materia de fe, con piadoso furor unitario; pero ya se sabe lo que terminan siendo quienes proclaman la unidad política o religiosa con mucha vehemencia: factores de nuevas divisiones. Lo que ocurre hoy también en el orden político ocurría entonces en el orden de la fe. En este sentido no hay innovaciones; Justino quiso someter al bárbaro ostrogodo Teodorico a su pasión unitaria considerando, sin duda, como emperador romano, que si bien podía tolerar a ese jefe bárbaro como un súbdito inconveniente, no podía tolerarlo como hereje rebelde a sus particulares conceptos sobre la interpretación de los dogmas cristianos. Y como el emperador ejerciese excesivas presiones sobre el soldado triunfante en Italia, este rey bárbaro le envió al culto emperador el siguiente mensaje: « Pretender el dominio de la conciencia es usurpar la prerrogativa de Dios. Por la naturaleza de las cosas el poder de los soberanos se limita al gobierno político; no tienen derecho a castigar sino a aquéllos que turban la paz pública. La herejía más peligrosa es la del soberano que se separa de parte de sus súbditos porque no comparten sus creencias ». El bárbaro Teodorico razonó como un filósofo, no como un soldado. Al final de cuentas, su sereno mensaje equivalía a recordar el prudente refrán: « Zapatero a tus zapatos ». Claro que el concepto tan moderno de separar los intereses de la política de los intereses de la fe, esta idea de que el Estado, no es la Iglesia, no podía compartirla un emperador como Justino, que se consideraba tan político como teólogo. Y esa lección de prudencia y de tolerancia que le daba el bárbaro tampoco podía compaginar con su afán unitario por la sencilla razón de que no puede haber unidad sin intolerancia. Para Justino su pasión unitaria no implicaba usurpar una prerrogativa divina, porque él se consideraba un legítimo instrumento de la divinidad. Claro que, a la postre, estos conflictos teóricamente imposibles de solucionar o armonizar sólo se liquidaban prácticamente de una manera: tenía razón el más fuerte. Bárbara ley ésta que no inventaron los bárbaros, que tampoco la perfeccionaron, y que desaparecidos los bárbaros sigue siendo si no una norma moral válida, una ley histórica siempre actuante. La barbarie se ha civilizado dicen unos; otros piensan que no hay tal, que la civilización se ha barbarizado. Pero como el orden de los factores no altera el producto, no vale la pena entrar en la disputa de las dos opiniones sólo aparentemente divergentes. No faltará quien piense que no vale la pena disputar por paradojas; pero hay que convenir en que las paradojas de la realidad histórica si no son tan brillantes como las paradojas literarias son, empero, más efectivas y permanentes aunque nos parezca que no brillan tanto.

COMENTARIO A

EN el prólogo a « Quinet » dice José Peirats que con la muerte de Alaiz, ocurrida en 1959, el anarquismo ibérico perdió uno de sus hombres más extraordinarios y uno de sus mejores escritores; juicio crítico que ya emitiera otro gran escritor anarquista, nuestro inolvidable Roberto González Pacheco, en su « cartel » sobre Emma Goldman, en donde dice: « Felipe Alaiz, nuestro mejor escritor »...

« Quinet » justifica ampliamente aquellos juicios, pues a través de sus magistrales páginas palpita y vibra, intenso y fecundo, el pensamiento maduro de un filósofo revolucionario social, profundo observador de la vida, de fina penetración psicológica para captar las acciones y conducta humanas en los estratos de la sociedad, y con gran sensibilidad a las bellezas de la naturaleza y la vida. De humorismo y gracejo típicamente español, cáustico y burlón, es su crítica a la estulticia y mediocridad ambiente, pero siempre inteligente, pedagógica, y animada de un profundo amor a la libertad, la justicia y la solidaridad humana. Verdadero hombre libre, no sabe someterse a disciplina de arriba ni de abajo, y así lo dice: « El autor no ha sido, no es ni será jamás súbdito de nadie ». « Se necesita tanto desprecio para demostrar a los mandones como a los obedientes. » Su ética libertaria la sintetiza en un aforismo que dice « he creído que la anarquía no es un régimen, sino que es una conducta en cualquier régimen. »

De su vigorosa personalidad anárquica, fluye como de una fuente viva, su estilo pleno de vida y sinceridad, lejos de la técnica y dialéctica rutinaria y amanerada, por dar más importancia a lo que dice que a la manera de decirlo, que así se nos muestra a lo largo de las interesantes páginas de « Quinet », dignas de ser leídas y meditadas.

El libro, escrito en la cárcel, como el incomparable « Quijote » del Manco inmortal, está dividido en cuatro partes de varios episodios cada una, formando otras tantas radiografías, aguafuertes y acuarelas en la descripción de tipos, escenas y paisajes del campo y de la ciudad matizado de sabrosos diálogos, reflexiones y juicios críticos sobre los más variados tópicos, tratados con hondura y capacidad sociológica y psicológica.

Su protagonista Quinet es hijo de un médico rural, y de Isabel hija de médico también, mujer inteligente de gracia coherente, virtudes raras de encontrar en las señoritas de la clase media saturadas de prejuicios y ñoñerías.

El padre, fervoroso por las ideas de la Enciclopedia, educa al hijo en las ideas pedagógicas del « Emilio » de Rousseau, a quien admira. Decía « que tan criminal es a veces dar una vida como quitarla y que algunos hijos vivían huérfanos a pesar de tener padres ». Le enseñó a mirar y amar a la naturaleza y la vida en el estudio de los fenómenos físicos y biológicos, sin la seca y deformante petulancia de las aulas. Así creció sano y libre en cuerpo y alma, desarrollándose su inteligencia al calor de la ternura materna! y el ejemplo moral de la conducta austera y libertaria del padre. Que no es en las palabras sino en los hechos

donde radica el fundamento de una verdadera educación.

El padre solía discutir con el párroco del lugar, pero los sólidos razonamientos y la conducta moral del médico sembraron de dudas y confusión la fe del cura y éste optó por no volver a discutir, temeroso de caer « en la sima negra de los descreídos ».

Poco después fue trasladado de parroquia, y en su lugar aparece un curita intrigante y político, dado a formar sindicatos obreros católicos, o lo que es igual, « amarillos », que alternaba con los amos de la tierra olvidándose, como muchos, que nació en choza campesina.

Con la muerte del padre sufre Quinet su primer gran dolor en su vida, que la madre con su delicada ternura va mitigando poco a poco. Se trasladan a la ciudad y allí, durante algún tiempo, viven felices madre a hijo; pero como no existe dicha duradera, Quinet al serle arrebatada su querida madre por una epidemia que asola al país, un nuevo y doloroso desgarramiento sufre. Sin embargo la vida se impone con su poderoso instinto de conservación, y poco a poco Quinet sale de su anonadamiento, y solo, de frente



a la vida, resuelve seguir sus estudios y entra a la universidad a prepararse en derecho. « El aprendiz de mirar », al contacto de profesores amanerados e ignorantes de textos que considera « tontías edificadas, justificación del gatc para la rapiña y el arañazo », que esto es el derecho, resuelve estudiar libre. « Se emplea menos tiempo para ser abogado que para ser cerrajero, y Quinet a pesar de la universidad continúa siendo inteligente ». La enseñanza oficial es deformadora de la inteligencia natural al encerrarla en el lecho de Procusto de sus textos y programas autoritarios y dogmáticos con su ciencia envasada y moralidad de clase.

En la ciudad Mudéjar, conoce Quinet a esos típicos letrados a comerciantes representantes de « las fuerzas vivas », que peticionan al rey y dicen a los periodistas que ahora « la ciudad va a entrar en una era de gran desarrollo y que el rey comparte muy tiernos sentimientos ». Y como siempre, en el mercado político todo termina entre banquetes y patrióticos

discursos; fenómeno común en estas repúblicas latinoamericanas, en donde se suceden partidos políticos y programas que pasan, pero la miseria y la injusticia quedan. Se encuentran también los cómicos doctores que prometen resolver los problemas sociales a la manera de aquel fantástico de Tirteafuera, « teniendo por soberanos a los pobres a condición de escamotearles los platos ».

Quinet conoce a Castro Sama, un rico burgués propietario de casas, campos, acciones, títulos y que posee una biblioteca « indudablemente virgen ». Dedicado a amontonar dinero no puede tener tiempo ni ánimo para lecturas. Magnífica radiografía del prototipo burgués que en su mediocridad está orgulloso de su riqueza material por ignorar su pobreza espiritual. Su esposa es flor de invernadero hecha a ese ambiente social artificial, y sus dos hijas con sus respectivos maridos cazadotes, viven la vida fácil e inútil de los parásitos a costa de la bien repleta bolsa paterna.

Sospecha Quinet que la política no es más que capricho de vanidad y deseos autoritarios de esposa, madre, suegra y zalemas de queridas; que esos son los famosos secretos de la política, recordando que B. Russell les hizo el cargo a las escuelas políticas de desafecto para la pedagogía y la economía del trabajo: las dos fuerzas decisivas del mañana.

Con varios amigos va a la tertulia en el paseo a mirar pasar jovencitas y matronas, tenientes y señoritos autoseducidos por sus calcetines y corbatas. Más allá observan a los obreros que hablan del mitin del domingo y ve cosas más profundas; de estos artesanos que construyen todo lo que los gaceteros gozan y manchan; ellos dirán que son destructores.

« Azul » es un bello poema a la magia de luz y color que el crepúsculo vespertino derrama sobre la ciudad, la que enciende de júbilo el espíritu sensible de Quinet, haciéndole sentir « que la santidad no está más allá de las cosas, sino en la integridad de las cosas mismas ». En ese momento llega el rico C. Sama a felicitar a Quinet por su licenciatura, pero éste, eufórico de poesía, sólo piensa, habla de la belleza del « milagro azul »; el otro, cree como muchos, en milagros sobrenaturales pero jamás vio ni oyó hablar del real y positivo milagro azul. Es que la belleza como el bien están en nosotros mismos.

En jugosa y medular carta a su amigo Lecina expresa reflexiones, dudas y escepticismo sobre diversos tópicos, así sobre la eficacia de la jurisprudencia en la regulación de la justicia; piensa que « el Estado no ejecuta el derecho, sino al Derecho ».

No entiende la plétora del dinero más allá de lo necesario para desenvolverse; « la suma produciendo más suma y no destinada a producir más cultura y más bienestar ».

La caridad es para la pobreza lo que el amoníaco para el beodo. Es preferible — dice — evitarlos y no perpetuarlos. Le cuenta el discurso que pronunció el deán sobre la reconquista, exaltando la civilización católica sobre la barbarie del Islam; deformación de la verdad histórica que le hace decir: ¡pobre idea la que tiene el deán de la cultura de la media luna! Cuando en Muriel los alfareros

«QUINET» de Felipe Alaiz



moriscos sostenían la bella industria de los azulejos, en el pueblo sólo había tres cristianos « viejos », un escribano, un clérigo y un tabernero que representaban —dice irónicamente— la civilización contra la barbarie de los alfareros. Sostuvo el deán que los sarracenos eran la negación de la familia, « lo que en labios de un célibe, eso de negar la familia, a título de reproche tiene cierta gracia ». El voto de castidad contradice al famoso « creced y multiplicaos », sin cuya vigencia no hay posibilidad de continuidad de la vida.

De bello colorido son los romances, como el de basquiña de María Antonia, con sus cuatro colores y sus flores bordadas « que así nació de encendió el campesino Pompadour de Aragón ». El de Rosa Vaquera; el del río y su barquero con sus dichos y agudezas, que causan el humor del río por el color de sus aguas, y que al ver la procesión con el cura a la cabeza que van en busca de agua por la seca, sospecha que beben ron, según regresa el cura con el bonete ladeado. El de la familia campesina, oprimida y angustiada por impuestos y enfermedades, cuyo padre recuerda la canción, del gorrion que vive libre y feliz sin penas ni agobios de amor, jueces y alguaciles. Está la rica viuda con sus graneros, repletos de los granos que no tienen sus segadores y que cree en la eternidad de la servidumbre. El del niño que salta la tapia del huerto de Quinet en busca de frutas, a quien éste por todo reproche le dice: ¡Mira, te dejas las mejores! Piensa que a los niños les gusta la fruta y que no saben de tapias, ni dueños, en lo que hacen bien. De patética crudeza es la escena del segador muerto de insolación en plena faena, que arranca al dueño por todo responso la orden al capataz: « A ver si el año que viene me traes segadores que sean más hombres ». En la psicología del propietario un trabajador tiene menos valor que la herramienta que empuña.

Amor al pueblo que trabaja y sufre y fe en sus reservas morales se manifiesta en las escenas que describe y así dice en « Mortijuelo »: El pueblo conserva su fuerza creadora. Falla, músico de gran inteligencia enriqueció su producción musical con las tonadillas y danzas populares; y del pueblo salieron los azulejos, los imageros, Goya y Cajal. Señala la orfandad de la escuela oficial, digna representante de un Estado que gasta en instrucción la décima parte que Nueva Zelanda. Es de notar que en los países donde domina el catolicismo es donde

se encuentra el mejor porcentaje de analfabetismo, índice elocuente de cultura nacional bajo el dogma católico y reaccionario, enemigo de la libre evolución mental racional y consciente. Nos muestra la plaza con el palacio y la herrería frente por frente, « el palacio domina a los hombres, la fragua al hierro retorcido ». Dos antagónicas formas de vida: la política y el trabajo. « Arroyo claro, fuente serena », cantan las niñas sus canciones favoritas que si al oír las se leyera un gran poema, se cerraría el libro, ¡Qué poema mejor que el niño, vida nueva, esperanza que florece y al que tenemos la obligación de prepararle un porvenir mejor, digno de ser vivido, desterrando toda crueldad, violencia y rapacidad! Imposible comentar como se merecen los cuadros que se suceden, como los escarceos amorosos de Quinet, que se considera desengañado sin haber amado aún, y le hace decir que « el amor es envolvente y pérfido ». Describe su llegada a Madrid y cómo se enamora por vez primera de la sin par Julieta, hermosa e inteligente muchacha que vive libre y feliz ganándose el sustento trabajando de mecanógrafa, que ama a los niños, y como no los tiene, se inventó uno con el que sueña y juega. Requerida por Quinet accede a entrevistarse y acude a la cita, iniciándose el romance con paseos, diálogos, nuevas citas y diaria correspondencia.

Quinet se siente eufórico y bajo esa sensación nueva para él, escribe: « El amor es una cosa privada y distinta para cada ser ». « Es la selección privada de dos. » « El amor libre no necesita de ninguna proclamación para entrar en vigor y las mujeres como los hombres capaces de ser libres lo son. » El feminismo es despecho, el antifeminismo miedo. La mujer que vota es tan absurda como un elector. Casas y zapatos se hacen sin votar. ¿Qué es lo que se resuelve votando? Y concluye con gracia castiza: Que algunos ciudadanos se pongan a comer y otros a rascar.

Poco dura el optimismo de Quinet, cuando Julieta para poner a prueba la calidad de su amor le confiesa paladinamente que tiene un hijo. El estupor paraliza al enamorado galán y golpeado por los celos no sabe elevar su amor sobre rancios prejuicios virginales, se deja derrotar y huye dolorido diciéndose que « el amor es envolvente y pérfido ». Confía su desencanto al inteligente y buen amigo Rodela, quien le echa en cara su cobardía y prejuicio diciéndole: « el único pecado original es la tontería ». Si Julieta te ama como dices, aunque tenga un hijo, no comprendo tu absurda actitud, tus celos retrospectivos que son « la espuma de siglos vanidosos, ignorantes y crueles ».

De natural y helénica belleza es la escena que ofrece la sin par Julieta bañándose en la fuente, con su casta desnudez y el marco del follaje con el buen árbol a cuya sombra se acoge al salir del baño, y tomando una fruta se queda con ella en la mano soñando sus ansias maternas las que le hacen verse rodeada de bebés que jugaban, escondiéndose o volando par alcanzar el fruto materno. Canto a la vida intensa y fecunda, que fue captada en su simbolismo por el inteligente dibujante Shum cuya alegoría de trazos armoniosos y alados adorna la portada del libro.

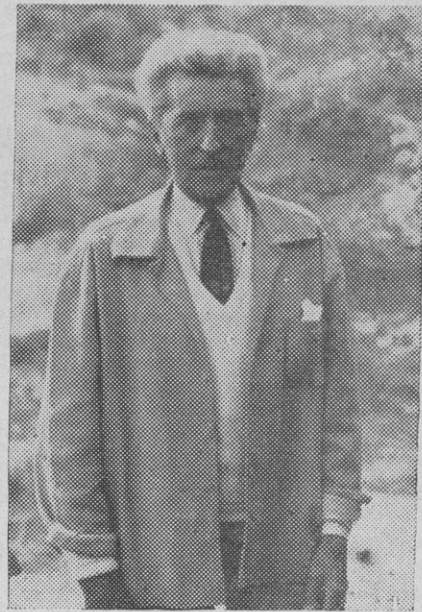
« El aprendiz de mirar » no supo poner

en acción su pasión amorosa fracasando en su idilio, y así queda gimiendo su frustración, en tanto la desdichada Julieta, símbolo de la vida y del amor « apuñalado por una turbamulta de vanidosos, ignorantes y crueles, queda cara a la muerte... » Libro profundamente aleccionador en su alegato lapidario contra todo régimen de tiranía y servidumbre, fealdad y tristeza que oprimen y deforman los fundamentos biológicos, sociales, éticos y morales de la vida humana, y con un mensaje a la juventud, invitándola a luchar arduosamente superando irracionales prejuicios teológicos y bajos apetitos de mandón y propietario, para entregarse al amor y a la vida con pasión generosa, única manera de fecundarla y hacerla florecer en nuevas primaveras de justicia, amor y libertad.

JOSE N. TORRES.

● De la revista « Reconstruir », de Buenos Aires ●

JEAN COCTEAU



Constancia de la desaparición de este hombre de letras y arte. Nació en Maisons-Lafitte hace 74 años y se ha extinguido solitario en Milly-la-Forêt, no muy lejos de París. En 1909 publicó « La lampe d'Aladin », habiendo seguido « Le prince frivole » y « La danse de Sophocles » (poemas). Sucesivamente dio « Le Potomakú », « Plein-Champ » (poesías), « Les enfants terribles », « La voix humaine », « L'aigle à deux têtes » (teatro), « La Belle et la Bête », etc. Escribió mucho para el cine, algo para « ballets », estudios cual el « Ensayo de la crítica individual », dibujó, pintó, decoró y coleccionó con fortuna.

Goloso de originalidad tuvo palabras y gestos de pose, lo que no le dio consejo para ayudarnos en la tarea de liberar al poeta C. Vega Alvarez, habiendo podido hacerlo. En su hora negra, lamentamos no poderlo elogiar al respecto.

Los cuentos de Don

I

INSISTO en gritar desde el tejado que los famosos cuentos de Quevedo, que el necio vulgo celebra a risotadas, no son sino bárbaras patrañas que así tienen que ver con el gran escritor y poeta del Siglo de Oro como un cascanueces con un arpa (pongo por caso).

En San Francisco, California, donde hay muchos españoles (¿dónde no los hay?), fui invitado a comer, hace ya como cuatro lustros, en casa de mi compatriota el carnicero Serafín Madrigal, con motivo del cumpleaños de su distinguida señora Paquita, de la que me dijo el esposo, al presentármela: «Ella es de Cantimpalos, como los buenos chorizos.»

Eramos varios a la mesa. Todos, con muy buen apetito y excelente humor.

Bueno; para no hacer el cuento largo, como suele decirse, iré cuanto antes al grano.

Ya comíamos, bebíamos y charlábamos, si lo primero con ganas y lo segundo con alegría, lo tercero con cordial franqueza.

«¡Hombre, Alfonso! —me dijo, de pronto, Blas, el sastre, otro de los invitados—. Tú tienes cara de saber muchos y muy buenos cuentos de Quevedo. ¿Por qué no nos cuentas algunos?»

(Diré, entre paréntesis, que Blas, el sastre, tenía perfectísimo derecho a tutearme, porque me había hecho un traje gratis. Por lo menos, eso suponía yo, y, naturalmente, no pensaba pagárselo.)

«Perdona, Blas querido —le respondí—, pero Quevedo no tiene cuentos. O, por lo menos, no tiene cuentos de Quevedo.»

«Los tiene estupendos —me aseguró Blas—. Oid éste.»

Y contó uno, lépero, que nos hizo estornudar de risa a los hombres, como si hubiésemos pescado un resfriado en la vergüenza, y que escandalizó un poquito a las damas, tirándoles pellizquitos en el pudor. Claro que Blas, por respeto a ellas, puso taparrabos a los más crudos chistes y traje de baño a las asperezas de la barbaridad por él contada; que nunca jamás ha habido sastre que no fuese persona más o menos fina.

Y así que Blas hubo terminado, Antolín, un pintor de brocha gorda, que era, por lo buenazo, lo que se dice un alma de Dios, expresó:

«¡Qué bruto de tío ese Quevedo! Es una montaña de gracia. Tiene cuentos formidables, que hacen que uno haya de agarrarse a algo para no caerse de risa. Bueno; cuentos los llaman, no sé porqué; pero son sucedidos que a él mismo le pasaron.»

Y contó uno escatológico, por fortuna breve. De todos modos, yo hube de pedir a Paquita, la de Cantimpalos, que perfumase un poco el comedor. «Es que lo escatológico huele muy mal», dije, risueño, por no ofender a nadie.

«Ahora me toca a mí», reclamó el anfitrión, o sea, el carnicero Serafín Madrigal.

«¡El de la reina coja!, ¡el de la reina coja!», pidió anhelosamente Paquita.

«Pues ahí va el cuento de la reina coja, a petición de mi muy estimada consorte



y como homenaje con motivo de cumplir hoy los cuarenta», accedió Madrigal.

«¡Bandido!, ¡embustero! : ¡los treinta y cinco!», aclaró, colérica, la paisana de los famosos chorizos.

«¡Perdona, vieja!: fue un error numérico. Y lo celebro, porque pienso regalarte un papiro de los de a diez por cada año cumplido. Me ahorro cincuenta dólares... Y bueno, voy con el cuento de Quevedo, que tampoco es cuento, sino pura historia de España.»

«Como todos mis cultos oyentes saben muy bien, en tiempos de Quevedo la reina de España era coja. Ahora no recuerdo bien si se trataba de Isabel la Católica o de Isabel II. Para el caso es lo mismo. Lo importante es que la reina era coja. Y Quevedo, que era un gachó de muchísimo ingenio, apostó con sus amigos una opipara cena a que él se atrevería a llamar coja a la reina de modo que ella, no sólo no se enfadara, sino que no tuviera más remedio que darle la gracias.»

» Conque Quevedo y sus amigos se fueron derechos a palacio, no sin antes haber comprado el primero dos soberbios ramos de flores: uno de claveles, y el otro de rosas.

» Llegaron, y Quevedo, aunque era Quevedo, no tuvo más remedio que hacer antesala, con sus amigotes. ¡El protocolo!... Pero la reina, al saber que uno de los que deseaba verla era Quevedo, dijo al duque que hacía de introductor de visitantes:

«—¡Pero, hombre!, ¡desgraciado!: ¿A Quevedo te has atrevido a hacerle guardar antesala? ¿No sabes que la gracia es también soberana?... ¡Anda a pedirle perdón, y que pase en seguida, con todos sus acompañantes!... ¡Ah, y que no vuelva a ocurrir, porque te ceso en el acto!»

» —Dispense Su Real Majestad —imploró el duque de marras, haciendo una gran reverencia. Y salió.

» En seguida entraron en el salón del trono, donde la reina se encontraba, Quevedo y sus amigotes.

» —¡Hola, Quevedo! —dijo la reina, muy campechanamente—. ¡Perdona al bruto del duque, que te hizo esperar!: ¡a ti, que eres la sal y pimienta de España!... Bueno, pídemela la gracia que quieras, aunque

estoy bien segura de que más gracia me puedes hacer tú a mí, que yo a ti.

» —Señora —respondió Quevedo, mostrándole reverentemente los dos ramos de flores—: La sola gracia que hoy os pido es la de que, entre este ramo de claveles y este otro de rosas, Su Majestad es-coja.

» Y la reina, dijo, muy agradecida:

» —¡Qué fino eres, Quevedo! No sabes cómo te agradezco tanta amabilidad... Bueno, pues, escojo los claveles, porque soy castiza. Las rosas llévaselas de mi parte a la Virgen de la Paloma, Patrona de los Madriles.

« Y así fue como Quevedo ganó la apuesta de llamar coja a la reina de las Españas, no sólo sin que ésta se diera cuenta de ello, sino logrando, además, que Su Majestad le diese las gracias.

» Conque, desde palacio, Quevedo y sus amigos se fueron andando a la mejor casa de comidas que había en Madrid, y, al llegar, dijo Quevedo al hostelero: «Prepara la mejor cena, que yo no soy el pagano.»

«A lo que contestó el hostelero, por tirarle a Quevedo de la lengua:

» —¿Cenar dice su mercé?
¡Si son las tres de la tarde!...
Pero, en fin, les serviré.

Y Quevedo le replicó en el acto :

» Oiga el lírico hostelero,
atrevido y majadero:

A buena cena,
toda hora es buena
para el que traga
lo que otro paga.»

II

Ni que decir tiene que la sarta de graciosas barbaridades que, a guisa de cuento de Quevedo, nos sirvió Serafín Madrigal, fue todo un éxito. Los comensales reímos a más no poder.

«Ahora me toca a mí», reclamó Paquita.

«Sí, mujer —dijo su esposo—. Cuenta el del azote, que tiene más sal que un arenque. ¡Andra, preciosa!»

«Pues ese es el que voy a contar, porque es cortito, y yo no soy oradora. Empiezo...»

Y la guapetona consorte de Serafín Madrigal espetó, muy salerosamente por cierto, el ingente disparate que sigue:

«Pues, señor, como nadie ignora, si es persona culta, el gran Quevedo, que puso de moda para la posteridad los anteojos llamados también quevedos, se pasaba casi todo el día en el Palacio Real de Madrid, pues los reyes lo querían mucho, porque él, con sus chistes y ocurrencias, les hacía la vida feliz.

» Debe saberse que Quevedo tenía derecho, por Real Decreto, a hacer en Palacio todo lo que le diese la gana, siempre y cuando la cosa tuviera verdadera gracia.

Francisco Quevedo Villegas

por

Alfonso VIDAL y PLANAS

» Conque una tarde iba Quevedo por un pasillo oscuro de la real mansión, cuando vio salir de cierto cuartito reservado a una persona, la cual se dirigía muy de prisa hacia la salida del corredor. Quevedo, andando de puntillas para no hacer ruido, aceleró el paso todo lo más que pudo, hasta llegar al alcance de la persona de referencia; y, entonces, le propinó por detrás un fuerte azote.

» El azotado se volvió, rápido, gritando airadamente: —¡Traición!; ¡traición! Has osado, infeliz, profanar con un sacrilego azote las meras nalgas sacras del rey de todas las Españas.

» Era el rey, en efecto.

» Quevedo ni se alteró. Por el contrario, sonrisa en labios, dijo serenamente:

» —¡Dispense Su Majestad! **Creí que era la reina.**

» El rey soltó una carcajada, y expresó luego:

» —¡Hombre, qué grande eres, Quevedo! Me has azotado y, encima, no tengo más remedio que reconocer que **la cosa tiene verdadera gracia.** ¡Creías que yo era la reina!... Cuando se lo cuente a ella, se va a tronchar de risa. Bueno, oye: en vez de mandarte a la horca, te voy a conceder una condecoración. ¿Cuál quieres?.

» —Depende —dijo Quevedo—. Si la condecoración es intransferible, quiero la gran cruz de caballero de Calatrava; pero, si es transferible, se me antoja un cencerro de cuelga.

» —¿Un cencerro de cuelga?, extrañó el monarca.

» —Sí, Majestad —respondió Quevedo—: un cencerro de cuelga de los que hacen «**Ta-lán!**, **¡ta-lán!**», cuando el buey anda, pausado.

» —Y ¿a quién piensas transferírselo?, preguntó el soberano.

» —Al jefe de la policía del reino, señor, porque es bicorne y manso.

» —¿Te consta eso?

» —¡Como hay Dios!

» —Pues, ¡concedido el cencerro de cuelga!

» **Y sanseacabó el cuento.**

Se sentó Paquita, conmovida por los aplausos calurosos de los comensales.

«Ahora te toca a ti —dijo Blas el sastre, apuntándome con el índice—. ¡Anda, profesor!; ¡cuéntanos un cuento de Quevedo, pero que sea muy divertido!»

Me puse de pie, y agradecí, primeramente, la distinción que se me hacía:

«¡Qué gran honor para mí, profesor universitario de Literatura, contar un **cuento de Quevedo** a tan entusiastas y gozosos **contadores de cuentos de Quevedo** como son ustedes! Confieso que me siento emocionado y apocado, como un pobre tartamudo entre **Castelares**. **¿No haré el ridículo?...**»

«¡Bah, hombre!; no seas tan modesto!», me gritó Blas el sastre.

«Pues bien; oigan el siguiente **cuento de Quevedo**, que es auténticamente **quevedesco**. Lleva la dedicatoria que reza así:

» **En Memoria inmortal de don Pedro Girón, Duque de Osuna, muerto en la prisión.**

» Este Duque de Osuna al que Quevedo dedicó el **cuento** que voy a tener el honor de **contar**, fue un gran español que realizó por su patria gloriosas hazañas fuera de ella, y al que España pagó metiéndolo en la cárcel, donde el desventurado finó en-

tre ratas. Debo añadir que Quevedo fue secretario particular y leal amigo, así en la fortuna como en la desgracia, de dicho Duque:

» Y voy con el **cuento**. ¡Atención! Dice así:

Faltar pudo su patria el grande Osuna, pero no a su defensa sus hazañas; diéronle muerte y cárcel las Españas, de quien el hizo esclava la fortuna.

Lloraron sus envidias una a una con las propias naciones las extrañas; su tumba son de Flandes las campañas, y su epitafio la sangrienta luna.

En sus exequias encendió al Vesubio Parténope, y Trinacria al Mongibelo: el llanto militar creció en diluvio.

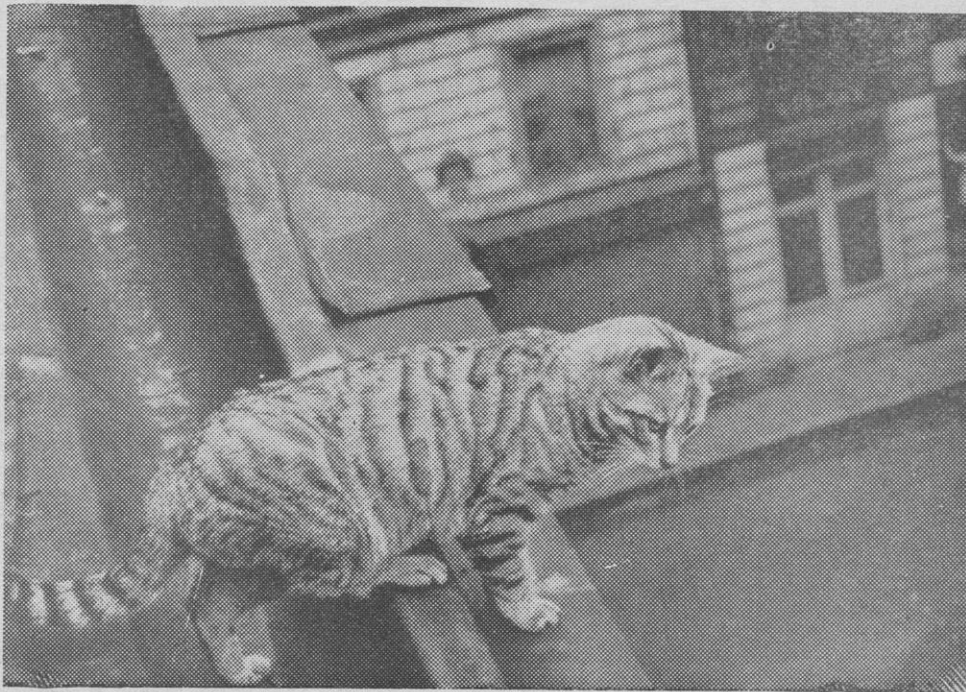
Dióse mejor lugar Marte en su cielo; la Mosa, el Rin, el Tajo y el Danubio murmuran con dolor su desconsuelo.

» Y aquí acaba el **cuento**.

Y me senté, en medio de un profundo silencio de velatorio, que decía no recuerdo qué autor de folletines.

«Pero bueno, —protestó Serafin Madrigal, el carnicero—, eso que usted acaba de declamar, más que un **cuento de Quevedo**, ha sido una **tomadura de pelo rimada**.»

«Es que yo no sé otra clase de **cuentos de Quevedo** —dije, risueño y en tono amabilísimo—. Lo que acabo de recitarles es uno de los mejores sonetos de la Literatura Española, y su autor es don Francisco de Quevedo y Villegas, la figura más gloriosa de nuestras Bellas Letras después de dos Miguel de Cervantes Saavedra.



Familiaridad
con los músicos

Pablo Sarasate Para el poeta



ESTE brujo del violín, como en su tiempo fue calificado, tiene monumento en Pamplona, caracterizado por sus proporciones ridículas. Cierto que la estatura personal de Sarasate era poco elevada; pero darla en figura de pigmeo en plaza pública, revela mezquindad conceptiva o instinto de venganza.

Porque Pablo Sarasate, aparte ser gran músico y compositor notable, era de un liberalismo opuesto al integrismo comarcal pamplonés que asfixia el modo de ser de la mayoría ciudadana de la propia Pamplona. Curtido por todos los aires del mundo, emancipado de la estrechez clerical de la provincia, este Pablo del violín, como el otro Pablo del violoncelo, engalanó su carácter, superó su temperamento, con ideas empapadas de universalismo. Sin perder estima por su predio navarro, Sarasate quebró el círculo de la gazmoñería, rechazó suave, sonriente, la presión interesada que los curas hubiesen querido marcar en su arte. Y como gloria regional no la hay mejor que la suya, el recuerdo que la Pamplona abierta quiso erigir grande, la Pamplona cerrada lo redujo a menuda estatuilla. Pero ahora la estatua se va a agrandar: Pablo Sarasate, el músico mayor de Navarra — con tener Navarra bastantes y buenos músicos — dentro de poco será honrado con una magnífica reproducción de su figura en la más magnífica de las vías pamplonesas. Es la venganza a largo plazo de lo grande contra lo mísero. A la verdad del tiempo no hay puerta que la resista.

Pablo Sarasate nació en Pamplona el 10 de marzo de 1844, cupiéndole una infancia poco afortunada. En sus cortos años sólo un juguete musical le interesaba: el violín, pasatiempo que sus padres le iban renovando a medida que el anterior se le estropeaba. Por desgracia de Pablo y su madre, el padre y marido murió a los siete años del niño, quedando ambos vivientes en la miseria. El arte naciente de Pablito no entusiasmaba. Dio en su tierra algún concierto prodigioso, pero aparte algún notable de la música, lo que aplaude, elogia y sostiene, le fue negado al naciente maestro. Pamplona no había comprendido a su genio.

Viendo las condiciones excepcionales de su hijo, la madre decidió probar fortuna en la vecina Francia, refugiándose en Bayona, lugar que supuso más cercano a la comprensión del arte. Concertó el pequeño igualmente en Biarritz, Pau y Burdeos, no desdendiendo, madre e hijo, dirigirse a San Sebastián, Barcelona y Madrid, en cuya última ciudad Pablo ejecutó ante Isabel II, ganándose de ésta una bolsa de estudios para París a la edad de 11 años. Por encarnizamiento de la desgracia, el precoz virtuoso perdió a su madre un año después en Bayona, víctima del cólera. ¿Dónde ir en sus doce años una criatura tan necesitada de cariño y de cuidados, tan aislada en un mundo egoísta y sin defensa de nadie?

La adolescencia de Pablo fue dura, abundante de angustias y problemas insolubles. Para ayuda suya, un mecenas, llamado Ignacio García, convencido del valor artístico del joven navarro, le costeó estudios formales en la capital francesa, saliendo esta vez del Conservatorio un violinista capacitado, desbordante incluso para lides de ejecución y fantasía. En este instante Pablo se lanzará a la conquista del mundo arco en ristre. Su presencia en las salas, en casos sorprenderá desagradablemente a los públicos; mas aquel hombrecito, de un metro 55 centímetros, logrará imponerse ya a los primeros acordes. En el siglo pasado, como en el presente, se ha usado mucha saliva y mucha tinta encomiando a Paganini, considerándolo maestro único. Pero sin tratar de oscurecerlo, Sarasate hizo que la balumba melómana olvidara un brillante pasado para gozar un feliz presente. Porque, en efecto, para el violín de Pablo no existían secretos y la resistencia del ejecutante no conocía el cansancio, viajando de una capital a otra, de un continente a otro, derramando sobre las almas sensibles, de donde fueran y en donde fuere, las más puras — y aumentadas — bellezas de las Siete Musas. La lástima es que, falta de discos idóneos, la contemporaneidad se vea obligada a oír de segunda y tercera mano las piezas complicadas, cálidas y ricas en melodía, legadas por Pablo a la posteridad que dura más que los monumentos. La lástima — y ésta más profunda — es que piezas de grandes maestros no podamos oírlas interpretadas de manos de Sarasate. Es la fortuna que hemos perdido quienes vinimos al mundo demasiado tarde.

Pablo Sarasate quedó impregnado de melodía sudamericana, de aires de Bohemia y de ritmos de Andalucía. Su «zapateado» para violín es muy conocido y siempre celebrado, su dulce y picante «Habanera» nos arrulla repetidamente desde las Radios, y sus danzas eslavas y húngaras sorprenden por la fidelidad de un occidental a un país que se asoma al oriente. Este pamplonés de élite no dejó herencia musical copiosa, pero la que legó es de signo imperecedero.

Pablo Sarasate se extinguió el 20 de septiembre de 1908, en Biarritz, habiendo legado su Stradivarius al Conservatorio de París, donde puede ser contemplado.

J. COLL DE GUSSEM

QUERIDO Alfonso: Tengo, abierto ante mí, en la mesa de trabajo de mi casa del destierro, que más que casa propiamente dicha es sala de espera, tu libro de poemas «Cirios en los rascacielos». Es al mediar la tarde, una tarde de otoño que diríase de invierno, con lluvia, viento y frío. Acabo de regresar del campo, donde pasé, como todos los años, mis tres meses de reposo. ¿De reposo? De reposo, no. Yo no sé reposar. Ni quiero saber. Cuando me vea obligado a saber — a la fuerza ahorcan — me moriré de asco y de rabia. Cuando la vida, robándonos la bella capacidad de trabajo, nos dice: Váyase usted a reposar, es como si nos mandara a la basura. Y la basura, no. La basura, jamás.

Mis tres meses de reposo lo han sido, en realidad, de trabajo — dos obras de teatro, que no sé cuándo se estrenarán; la continuación de una «Historia de mi vida y mis fantasmas», que no sé cuándo se publicará — en el recoleto asilo de una masía en la montaña, rodeado de amigos fieles y, por fieles, queridos.

Me había llevado, con otros tu libro. Lo que no me llevé, por pereza, por no andar cargado con un bulto más, fue la máquina de escribir. Y como mi caligrafía es endiabladamente mala — hay veces que ni yo consigo descifrarla —, no podía continuar mi colaboración en UMBRAL ni podía escribirte a ti.

Ya sé que me perdonas, por amigo, mi tan largo silencio. Un simple conocido, un indiferente, un cualquiera tal vez no lo perdonaría. Tú, sí, porque eres procer catedrático en la más humana y difícil de las ciencias: la amistad. Saber ser amigo es don que no recibe todo el mundo, virtud que no alcanza todo el mundo. Saber ser amigo es vencer al tiempo y al espacio, pues la amistad puede prescindir de lo vecino y lo inmediato, tan caros, por regla general, a los que no son amigos de nadie y se dicen amigos de todo el mundo. Saber ser amigo como de La Boétie lo fue Michel de Montaigne — un alcalde que en nada se parecía a los que me tocó en suerte o en desdicha conocer — es saber comprender, saber ver en el trasfondo del hombre. Y es saber perdonar, cosa, esta del perdón, facilísima — sólo los mediocres, los tontos, prisioneros de todos los prejuicios y reglas y tiquis miquis de su tontería, no saben hacerlo —, pues si del amigo se puede esperar el error, fácilmente perdonable, no se puede, en cambio, esperar lo imperdonable: la infamia, la canallada, la traición.

En el retiro de la masía montañesa, decíanme, pasmados, los que, sin yo desearlo, venían a verme o, lo que es peor, a visitarme:

—Pero usted, siempre metido en casa, siempre escribiendo, siempre leyendo, sin frecuentar el baile y el cine y la tertulia en el bar, ¿no se aburre?

¡Imbéciles! ¿Yo en el baile? ¿Yo en el cine y con los films que a ellos, por imbéciles, les gustan? ¿Yo en el bar, aguantando su chinchorrería, su mentecatez? ¿Yo, que puedo darme el gran lujo de no compartir la vida pobre de los pobres imbéciles? No comprendían — ¡qué van a comprender! — que cuando de veras me aburriría sería al verme entre gentes que

Alfonso Vidal y Planas, en Tijuana

nada tienen que decirme y a las que nada tengo que decir.

No, no me aburría. Tenía tu libro, de tan excelente trato, y tan excelentemente acompañado de otros: Erasmo, Quevedo y Ausias March, que fueron este año mis compañeros de vacaciones. Te busqué, como ves, buena compañía. No podrás quejarte.

Tu libro, Alfonso, es muy hermoso. Alguno de sus poemas me lo parecen tanto como tus **Luciérnagas**.

En mis paseos por el bosque, al atardecer, cuando la tarde se hace noche para sacudir la presencia del veraneante vowingero y superficial y en el cielo aparecen los primeros luceros y en la broza se encienden las primeras luciérnagas, no podía dejar de pensar en las tuyas, de papel, tan vivientes como las del bosque. Otros poetas tienen ángeles con alas, sirenas con canción. Tú, querido Alfonso, querido Abel de la Cruz, te quedaste con las luciérnagas, sin duda por la gota de luz que hay en ellas. Gota de luz verdiblanca. Gota de luz — la de la luciérnaga u otra cualquiera — sin la cual el hombre que no es un fantoche presuntuoso y ruin no puede vivir.

Fue en uno de los paseos por el bosque cuando leí tu libro, tan bellamente, tan emocionadamente prologado por Rafael Cansinos Assens, uno de los más finos, de los más lúcidos espíritus de la crítica literaria española. (Mándale a Cansinos un abrazo mío por el bien, tan merecido, que ha sabido decir del hombre y del poeta Vidal y Planas). Cuando terminé la lectura, tras el enrejado de los troncos del bosque, el cielo crepuscular encendía sus cirios: rojos — toda la gama del rojo, del rosa al granate — amarillos, verdes, azules.

¿De qué color eran los tuyos, los que encendiste en el bosque de los rascacielos de Nueva York? Si, amedrentado por la noche que te envolvía, los encendías por tu ánima, por tu alma de niño grande, tenían sin duda llama dorada, que es el color del alba que nosotros amamos y esperamos. Oro de luz de los niños y los locos — todo es uno y lo mismo — contra el oro hecho moneda de los rapaces que amparándose tras las caretas con mayúscula: Orden, Justicia, Libertad, y vestidos de uniforme o de paisano y con las patas encima de la mesa, están convirtiendo el mundo — que no olvidan nunca decirnos que es obra de Dios — en un muladar. Los cirios de esa gentuza, que ya no los usa — más civilizados que tú, han arrinconado los cirios y sólo se sirven del neón — no serían como los tuyos, de llama en lucero del alba. De cándida y falaz blancura cuando los compraron, se convertirían, al clavarlos en lo alto de sus rascacielos insolentes, en cirios de cera y llama negra, en cirios de luto. Luto por la decencia, por la justicia, por la bondad, que ya, como el reino de Dios, no son de este mundo. Cirios negros en la noche negra del mundo.

Dices, o más bien sollozas:

Tierras llenas de vida
me parecen desiertos;
ciudades populosas,
cementerios inmensos.

¿Pues qué te figurabas? ¿Qué esperabas? Es la noche negra del mundo, propicia al engaño, la infamia y el crimen. Pero no te apures, que ya vendrá el alba, obra de los locos contra los tontos, contra los de la tonta sensatez. Huyamos, por higiene intelectual y moral, de los sensatos.

Federico cantó, también con sollozos en la voz, la ciudad de los gitanos. ¿Y la de los poetas? La ciudad de los poetas puede ser París, Viena, Florencia, otras cualesquiera. Pero no puede ser Nueva York, cosa que, claro está, a los todopoderosos de Nueva York les tendrá sin ciudadano. ¿Para qué quieren ellos los poetas, seres insurrectos y comprometedores por lo general?

América — me refiero a la del Norte y no a México, Cuba, Argentina, Uruguay, Chile, Colombia, etc. — es la nación más civilizada del mundo, el cogollo, el « no va más » de la civilización, la que tiene mayor número de automóviles, de aparatos de radio y televisión, de neveras eléctricas, de cocinas eléctricas, de molinillos

por Luis CAPDEVILA

eléctricos, de planchas eléctricas — lo de las planchas está dicho sin el menor asomo de ironía, que conste — de eléctricas máquinas de afeitar. Todo esto, puesto al servicio del hombre, está muy bien; todo esto, que pertenece al dominio de la mecánica — del que, según aconsejara Hermann von Keyserling, no se debe abusar — es civilización. Pero si se deja de contar con el mundo del espíritu, superior por esencia y potencia, no es toda la civilización. Ni mucho menos. En el sentido espiritual de que aquí se trata, un campesino castellano puede ser más civilizado que un multimillonario de Wall Street. El dinero, que a veces huele muy mal y está muy sucio, no es siempre civilización. Y el hombre que, por rico que sea, pone las patas sobre la mesa y se ríe con la gracia y la finura de un hipopótamo — suponiendo que los hipopótamos serían — no es un ser civilizado.

La civilización es cosa muy distinta. La civilización es no fiarlo todo al confort mecánico y contar con el espiritual. Edgar Poe, Walt Whitman, Mark Twain, sin necesidad de tanta maquinaria eléctrica, fueron, ni que decir tiene, mucho más civilizados que el bruto que las posee todas sin dejar de ser un bruto.

La civilización es saber sonreír — y reír, siempre que sea con mesura — no poner los pies en la mesa; hacer que el dinero no sea insolente y evitar que colabore con la fuerza bruta; eliminar, por ética y por estética, al racista; no mentir al socaire de la libertad; no poner la fuerza y el dinero al servicio de la tiranía.

Entonces, dígame usted: ¿no existe el americano correcto, comprensivo, civilizado? Si existe, claro está, y yo conozco algunos y su amistad me honra. Pero... Pero cuando no se les permite a los negros el acceso a los colegios y a las universidades de los blancos, a los trenes y a los hoteles de los blancos; cuando se les

persigue, se les acorrala y se les lyncha no hay civilización. Ni espíritu cristiano.

He aquí por qué el poeta, cuando llega a Nueva York, en vez de cantar al rey del petróleo, del carbón o de otra porquería cualquiera, canta el dolor de los negros en su **Oda al rey de Harlem**:

¡Ay, Harlem! ¡Ay, Harlem! ¡Ay, Harlem!
— No hay angustia comparable a tus rojos oprimidos, — a tu sangre estremecida dentro del eclipse oscuro, — a tu violencia granate sordomuda en la penumbra, — a tu gran rey prisionero con un traje de conserje.

Y canta Rubén:

Casas de cincuenta pisos
servidumbre de color,
millones de circuncisos,
máquinas, diarios, avisos
y ¡dolor, dolor, dolor!

Y cantas tú, Alfonso, después de encender tus cirios en los rascacielos, **El tatuaje de Harlem**, cobijo de la pena y la pobreza, que los poetas prefieren al lujo instantáneo de la Quinta Avenida y a la instantánea riqueza de Wall Street:

Porque tenéis el alma
blanqueada de cal viva,
y porque las estrellas
brillan en el espejo
de vuestra dentadura
cuando reís
con tanta confianza
y con tanto candor,
perdidos en la oscura
selva de vuestra piel.

Los poetas son gente peligrosa, insatisfecha, amiga de buscarle tres pies al gato y de reirse, por no llorar, como Larra, del Orden y de la Ley — dos cosas tan serias, tan importantes, tan respetables — y de meternos, gracias a tan irreverente actitud, en uno de esos lios de los que siempre se sale con la cabeza rota y las narices a la funeraria. ¡Mueran, por insurrectos y perturbadores de digestiones, los poetas más amigos de los negros y de los gitanos que de los millonarios!

Tú, Alfonso, Abel de la Cruz, que con el alma colmada de piedad amaste siempre a los pobres, a los tristes, a los vencidos, a los malditos de la tierra; a los gorriones del Prado, a los golfillos de Cuchilleros, a las desdichadas busconas de la calle de Ceres; tú, que nunca fuiste indiferente al dolor del mundo, esta bola podrida, amasada con lágrimas, sangre y fiemo; tú, amigo de los negros, ¡y qué mal debiste pasarlo en Nueva York!

Tan mal como Federico, amigo de los gitanos. Es decir: peor, pues Federico tenía dinero y no llevaba, como tú, la etiqueta de « refugiado político » que los imbeciles y los canallas adinerados o sin blanca, consideran signo infamante, y los que saben llevarla como es debido: con la cabeza muy alta, muy señera, convierten en ejecutoria de dignidad. Dignidad de ser hombre total y de veras contra los que sólo lo son nominalmente; dignidad de saberle decir no a la injusticia, a la vileza, a la roña moral; dignidad de saber cargar — humildemente, púdicamente

Niños negros de Alabama

¿Dónde salen, de dónde salen esos niños negros que van tomados de la mano por la calle, que van formando un cortejo de cientos de niños negros, que van cantando sus ingeniosos himnos con la melodía llena de una visión de nubes blancas y de dioses benévolos, y que de pronto, en el paso de una calle a otra, son atacados por la policía que echa sobre la musical manifestación infantil sus bárbaras mangas de riego y sus perros de presa amaestrados en la crueldad? ¿Salen, acaso, de un patético capítulo de alguna novela de Richard Wright? ¿Salen de algún poema doloroso de Langston Hugues? No señor: salen de una calle real asentada en una ciudad real incluida en el mundo real que es nuestro mundo contemporáneo. Estamos en el Estado de Alabama. Estamos en mayo de 1963. ¡Por ahí vienen! Se oye primero un murmullo. Se distinguen después los pasos y las voces. Se ven después los pequeños rostros negros en los cuales la boca abierta de la canción pone una O redonda de la que sale inocencia. Vienen cantando aquella canción —¿canción o plegaria?— que escribió hace medio siglo James Weldon Johnson, con el nombre de «Los trombones de Dios»:

No lloréis, no lloréis,
ella no ha muerto;
descansa en el pecho de Jesús.

Eso es una estampa del problema negro. Cada una de las novelas de Richard Wright y cada uno de los poemas de Langston Hugues nos presenta otra estampa, cada una más trágica que las otras. Pero cuando en la soledad silenciosa de la lectura nos abren las páginas esos cuadros de dolor humano, nos cabe, en nuestro infinito egoísmo, la escapatoria de sospechar en el autor un toque excesivamente duro en la factura del aguafuerte que nos pone ante los ojos. Ahora no. ¿Quién nos presenta ahora el aguafuerte violento? No es el novelista negro de Mississippi ni el poeta negro de Missouri: es

la propia prensa norteamericana. He aquí la fotografía del ataque de los perros contra los niños, he aquí otra en la que un automovilista blanco lanza su vehículo contra los condenados hijos de negra. Ni novela ni poesía, formas —dicen— de la ficción, sino noticia escueta, información directa del hecho real, sanamente real.

En los días de Lincoln, se le ocurrió a un hombre del bando abolicionista preguntar: ¿Somos una democracia o una esclavocracia? En los días de Lincoln unos hombres abogaban por la primera fórmula mientras otros estaban dispuestos, como después lo demostraron con las armas, a perderlo todo: vidas, hogares, haciendas, con tal de que la Unión fuera si no una esclavocracia, al menos una democracia que no renegara de la esclavitud. Los años han pasado desde entonces y un siglo ha transcurrido desde aquel momento —1863— en el que un hombre alto, huesudo, de porte desgarrado, que dejaba una impresión de rusticidad y de torpeza, tomaba la mano para firmar una proclama que daba a los negros de su país la libertad. Desde todos los rincones de la inmensa nación, todos los ojos estaban puestos en aquel hombre cuyos brazos eran demasiado largos o cuyas mangas eran demasiado cortas. ¿Firmará? ¿No firmará? El rústico ha tomado la pluma, se ha inclinado sobre la mesa, ha acercado la mano al papel que, como toda nación, espera. Y ha firmado con pulso firme. Después con la sencillez que enmarca a todos sus actos, va a decir: «Nunca en mi vida he estado tan seguro de obrar bien como al firmar este documento.»

Ahora se han cumplido cien años de aquella escena. ¿En vano? Eso depende del sitio donde clavemos nuestra mirada y de la clase de mirada que seamos capaces de clavar en la realidad de la que, de una u otra manera, formamos parte. ¿Miraremos hacia un gran centro urbano e industrial, miraremos hacia Chicago? Aquí el noventa por ciento de los esco-

por Antonio APARICIO

lares negros están obligados a asistir a escuelas primarias dedicadas exclusivamente a los hijos de la población de color. ¿Miraremos hacia Alabama, hacia Mississippi, hacia Carolina del Sur?

Tenemos, sin embargo, embajadores negros, nos dirá la voz que quiere a toda costa restarle al problema su satánico patetismo. Es cierto: dos o tres embajadores negros entre los noventa y tantos embajadores americanos repartidos por el mundo. Tenemos —insiste la misma voz— Estados en los que la educación escolar no separa al niño blanco del niño de color. Es cierto: en Tejas, el Estado más liberal en lo relativo al problema racial, un dos por ciento de la población escolar negra alcanza el privilegio de sentarse en los mismos pupitres de los escolares blancos. En cuanto a los adultos, hay cifras que encierran otras tantas acusaciones: el seis por ciento de la población negra puede votar en Mississippi. En Alabama puede votar el nueve por ciento. En Virginia, en Georgia, en Arkansas, negro y voto suelen ser, con precarias excepciones, términos contrapuestos.

Se pueden amontonar cifras estadísticas, informes favorables o desfavorables, literatura cargada de dolor negro, toda una hinchada bibliografía entre cuyos millones de páginas queda apresado el problema negro en número y en opiniones que chocan entre sí, que se contradicen, que se persiguen, que se confunden y nos confunden. Pero a veces buscar la luz en los números que nunca definen es renunciar a encontrarla dentro de nosotros mismos. Más fuerza que las cifras y que los informes, tiene la realidad que habla por sí sola. Esa realidad que hoy nos sobrecoge con el cuadro de esos grupos de niños negros atacados por la policía y por los perros casi tan brutales como la policía uniformada. Una vez le pregunté a Langston Hugues algo sobre el problema negro. Langston era entonces, y debe seguir siéndolo hoy, un niño negro que había cumplido cuarenta años, que sonreía como niño, que hablaba como un niño y que cantaba como un niño. Langston fue a responder, pero al parecer no encontraba la respuesta concreta para la pregunta concreta. O acaso pensó que un problema humano no cabe en una pregunta concreta y en una contestación. Sonrió entonces. Y dijo, entre recitando y cantando, unos versos suyos de cuando el Langston niño era todavía más niño que cuando yo le conocí:

Una vez estuve en Menfis,
es decir, en Tennesi.
Una vez estuve en Menfis,
digo Tennesi.
Pero tuve que dejarla, porque
nadie era bueno para mí...

Al poeta Alfonso Vidal y Planas

te, sin darselas de mártir — con la cruz del sufrimiento, de la añoranza y la miseria; dignidad de ser, contra viento y marea, contra todo y contra todos — o casi contra todas — PERSONA DECENTE; dignidad de ser secretario del Luce-ro del Alba — que no nos debe un solo sueldo, pues diéndonos la paga cuantiosa y elevada de la propia estimación — en vez de ser secretario de un ministro ladrón.

Alfonso Vidal y Planas, querido poeta, querido amigo de los viejos tiempos, más jóvenes y limpios que los actuales, caducos y pútridos: tu libro es muy hermoso porque, además de belleza, hay en él piedad.

Un gran escritor francés, León Bloy, pobre como tú y más desdichado que tú porque no tuvo junto a sí el rayo de luz que para tí es Elena, decía estas nobles palabras: «El libro en el que no hay amor al pobre merece un escupitajo».

El tuyo es un gran libro porque no falta en él ese amor, que abrasa todas sus páginas. Y es un libro de joven — para el hombre de alma elevada la huella de los años es inexistente — puesto que junto al lamento de la piedad hay el grito tremante de la indignación. ¿Sabes, querido Alfonso, cuando seremos viejos de veras? Cuando ya no sepamos indignarnos contra lo torpe, lo ruin, lo canallesco.

Cirios en los rascacielos es libro de joven y por serlo ha hecho revivir en mí los años jóvenes de nuestra vida, cuando en nuestro Madrid — ¡tan querido, tan añorado! — tu voz de hombre bueno fue la primera en saludarme con emocionante, con cálido, con inolvidable afecto de hermano.

Gracias te sean dadas, Alfonso, por haber escrito un libro tan hermoso.

LUIS CAPDEVILA

«IN MEMORIAM»

Hace sólo unos meses dejó de existir en Méjico a la edad de 83 años, el eximio escritor, pintor y guionista español refugiado, Ceferino Palencia, de cuyo deceso dimos breve noticia.

Hoy, para dejar constancia en UMBRAL del valor literario de la pluma del amigo desaparecido, reproducimos uno de sus artículos titulado «In Memoriam», precisamente.

NO, no son sólo los crímenes en cuerpo cometidos por Franco los que habrán de tenerse en cuenta cuando llegue la deleitosa fecha del implacable pero sereno juicio. También habrá que tener presente, llegado ese momento de la aplicación de la ley, los infinitos asesinatos cometidos en alma, por el perjuro, innoble español, e indisciplinado militar. Crímenes esos de los cometidos en el espíritu los más condenables por ser ataques dirigidos al auténtico hombre de acción. Nietzsche ha sentenciado: «El que crea, el que medita, el que piensa, he ahí el precursor del que actúa.» Y entre tales hombres de acción, ¿cómo olvidar a esos orientadores y constructores de la opinión pública cuya responsabilidad se renueva, no cada día, sino a cada hora y según el momento y la circunstancia! Hombres para los que por lo fugaz de su cotidiana labor la masa, el Señor Todo, no pone mientes sino en el instante transitorio en que en ellos posa sus ojos. El gran cronista español Mariano de Cavia decía que, el periodista era «ese ser que nace todas las mañanas para morir todas las noches». Y en ese fenecer y renacer de cada día está el valor y el mérito de esas vidas entregadas a la sucesiva formación de la historia contemporánea. A ese ser en eterna lucha y constante brecha es al que aludimos al recordar los crímenes nefandos, cometidos contra el espíritu por el más deleznable de los entes.

Durante los años, no sufridos, sino gozados en el exilio —qué goce y de los más gustosos es el no haber podido, ni sabido, soportar la opresión soldadesca

que padece la desventurada España actual—, han desaparecido del mundo de los vivos, en lugares diversos, y de la España periodística, hombres ejemplares, cruel, ferozmente lesionados en lo más puro de sus ideales y en lo más elevado y sincero de su pensamiento. Y por esas lesiones producidas en lo íntimo de su ser rindieron sus existencias, generosamente donadas a la excelsa labor de fortalecer ánimos, cuando los hechos iban minando las esperanzas y destruyendo los afanes de liberación y justicia de un pueblo entero.

Llegará un punto en que para esos hombres abnegados, sin otras armas que lo limpio de su pluma y lo impoluto de su papel, se tenga el imperecedero recuerdo de todo lo que fueron y supieron hacer, y con ese recuerdo elevemos para ellos un monumento en el que cada uno de nosotros pongamos el íntegro caudal de gratitud a que los somos acreedores por lo mucho que nos alentaron en los fatales e inolvidables instantes de la traición y el asalto. Cada uno de esos caídos en la lucha tuvo su firme y decidida personalidad. Cada uno aportó al periodismo español el tesoro inapreciable, ora de sus ingeniosidades de hondo contenido, ora el de sus profundas sentencias, o el de sus amplios saberes, o el de sus sabios consejos, y cada uno de ellos supo autodelinearse con la donosura de una gorja de la que transcendía siempre una docta enseñanza, o con la gravedad de una advertencia, o con la claridad de una visión futura, o con el previsor aviso ante el peligro presentido y sagazmente advertido y prevenido. De entre los que supieron flagelar con su sonrisa eterna de año al Marcial de estos tiempos, el satírico poeta Luis de Tapia, maestro en frases de intención picante y dueño de una musa en apariencia alegre y pizpireta pero plena de sentimiento y dolor por todo lo que quería evitar y corregir, y como, Luis Bagaría, el plástico comentarista del suceso diario de todo género, dibujante genial y humorista imponderable, periodista con el diseño, tan elocuente y agudo, cual hubiera podido serlo el más irónico y agresivo en palabra escrita contundente y definitiva. Tanto el uno como el otro fueron dos extraordinarios malabaristas de la risa, pero de una risa abroquelada tras una constante amargura y una provechosa idea. El uno y el otro como el inmortal «Figaro» baumariano «reían por no llorar» y con su risa o su sonrisa, disimularon todo lo escéptico que en sí reservaban por la contemplación de la farsa en torno. Otro maestro. Roberto Castroviejo. Don Roberto, como le llamábamos los que tuvimos la honra de trabajar junto a él percibiéndole hora tras hora rezumar enternecido amor a su pueblo, de cuya vida y costumbres supo entresacar lo más evocador, peculiar y característico. Fue don Roberto mientras le tuvimos entre nosotros, y para enseñanza de cuantos trajinamos por entre la bobina y platina, un copioso y documentado arsenal de la España del siglo XIX, sabiduría que derramó en innumerables páginas, y a las que habrá que acudir cuando sería y minuciosamente pretendan reconstruirse las últimas etapas de la anterior centuria hispana y las



Luis de Tapia

primeras de la que corre. ¿Y cómo no recordar entre tanta voluntad en activo acecho a «Heliófilo», Félix Lorenzo, cuyas «Charlas al Sol» enriquecieron durante años las columnas de aquel diario «El Sol» que vino a renovar con sus luces el concepto y sentido periodístico que hasta su aparición se había tenido? Félix Lorenzo, cronista admirable, de pura cepa, nos hizo ver día tras día en aquel su breve comentario la vibrante nota del momento que fue como un latido, como una palpitación de la vida española. Y en la madrileñísima y pimpante hoja nocturna: «La Voz», Enrique Díez Canedo, sensibilidad finísima, poeta de emociones puras e imágenes de delicadeza infinita. Hombre bueno, bueno, íntegramente bueno, poseedor de una vastísima cultura, hábil, maravillosamente aplicada y utilizada en bien de las artes literarias en las que Díez Canedo dejó una imperecedera huella. En «La cena de las burlas» el poeta y sagaz observador recogió, cotidianamente, el suceso, el dicho, el acontecimiento nacional o extranjero con sutileza de temperamento elegido. Por sus conocimientos, por su rara condición de ser pulcro y cortés, por su trato social, la República hizo agente suyo diplomático y en los altos y diversos puestos que ocupó fue modelo de discreción y mesura en sus actuaciones. Llevaba muy en él el espíritu de justicia que, por cierto, bien supo demostrarlo en sus críticas teatrales, jamás hirientes pero siempre equilibradas, para que la tragedia provocada no influyera en sus emociones y percepciones. Falleció vencido por el desengaño, por la noble desesperación del que se debate ante lo inevitable de una fuerza bruta. La pena le llegó al corazón y herido en él, sucumbió. Luego Manuel Benavides, el republicano hasta las cachas, quien se proponía componer, en su detalle, por modo valiente y audaz el proceso de nuestra accidental derrota. El acopio que atesoraba de pormenores de la política y nuestra guerra civil diéronle ocasión a penetrar en lo más recóndito, más que de la política, de la politiquería, que no es lo mismo, en la tramoya de la escena que Benavides fue descubriendo con



Luis Bagaría

« IN MEMORIAM »

inusitado heroísmo. Ya su libro: «El Pirata del Mediterráneo» le había situado como hombre poco dado a transigencias y cubileteos histriónicos. Cuando altas autoridades disimulaban sus temores con transigencias y actitudes de vista gorda, Benavides se lanzaba quijotesca mente contra los gigantes escondidos tras sus molinos. Nadie como él supo cantarles la cuarenta, como vulgarmente se dice, al cínico bandolero que puso cuanto había robado al servicio de los traidores y salteadores de la República española: de esa República que no tuvo en contra de esos viles más que el pecado de su debilidad.

Manuel Benavides, en este México acogedor, había comenzado a realizar la reconstrucción de las causas internas de nuestro transitorio vencimiento. La ira, una ira lógica y disculpable, fue repudiándole la sangre e invadido de indignación se dejó caer a impulso de un terrible mal. En sus libros queda, en parte, escrita la marcha de nuestra lucha fratricida y cruenta. Su forma literaria se nutría de una ironía amarga y tras el cendal de lo impalpablemente burlesco ocultó una inconsolable pena, la amargura del que se vale de la verdad escueta para dar salida al tormento de su profundo dolor. Otra víctima de su sano ideal, don Antonio Zosaya, el periodista cultísimo, el hombre del ensayo grave y meditado, el cronista de la razón mesurada, el republicano, más que republicano, el ácrata de buena fe, de fondo diáfano, el obseso de toda reivindicación justiciera, el encastillado en sus convencimientos y en la fortaleza de su conducta rectilínea. El dado a lo filosófico y como filósofo en perenne busca y predicación de lo cierto, y como él don Francisco Villanueva, el liberalísimo de «El Liberal» que es decir toda una época, todo un período de liberalismo español. «El Liberal», que era como decir campo abierto al más elevado principio democrático, a toda tendencia noble, a toda lucha leal. Ser director de «El Liberal» era como recibir el espaldarazo de republicanismo, era ser la autorizada voz de la sagrada voluntad del pueblo. Si recc-



giésemos ahora, en este conciso apuntamiento, la lista gloriosa de las plumas que enriquecieron las columnas de aquel periódico mañanero cuyo nombre, tradición y propósito extendió por las principales provincias españolas, la suma de los nombres sería inacabable y en esa suma quedaría condensado el sentir hispano, en lo que tuvo de más avanzado y alentador. La garantía de lo que don Francisco Villanueva supuso para el periodismo español lo da eso que acabamos de consignar: el haber sido director reconocido y por todos respetado de aquel diario, cálido y vibrante en sus defensas políticas, y eminentemente literario a un tiempo, para el que el magnífico pueblo progresista tuvo el más ardido de sus acogimientos. Y aun nos falta por recordar al último de los sacrificados. Enrique Fajardo «Fabian Vidal», el andaluz agudo que no tuvo en su vida otro fin que el de ponerse a diario en contacto con la nutrida masa de sus lectores. El periodista que, en avideces de periodismo, habíase hecho en las grandes convulsiones mundiales. Supimos de los aciertos y volanderas visiones literarias de este admirable cronista, allá en la fecha de la guerra del 14. Entonces fue cuando realmente se descubrió don Enrique Fajardo, descubriéndonos sus imponderables cualidades de informador de hechos internacionales y guerreros. Ser de una emoción en vibración constante, durante nuestras últimas contiendas sufrió ferozmente. En las postreras épocas barcelonesa y valenciana nosotros, que estuvimos junto a él percibiéndole en sus tribulaciones y terribles presentimientos, le compadecíamos en la sinceridad de sus sufrimientos y en la verdad de sus tristes profecías. «La gente joven — nos decía con frecuencia — tendrá el goce de la revancha, pero yo ya soy viejo y no podré disfrutar el deleite de ese futuro». Llegado a México la fluidez de su forma periodística encontró cobijo en uno de los principales diarios y una de las más importantes revistas de la capital. En las columnas del periódico y del hebdomadario fue anotando, con su conocimiento y sus corazonadas, también de magnífico presentidor, el curso de la desgarradora y última guerra internacional. Sus escritos se enriquecieron, en esta su final etapa de periodista, con la misma lozanía con que afloraron los que le dieron a conocer, pero afirmada ya esa lozanía por el aposo de la meditación y el riquísimo caudal de todo lo visto, vivido y estudiado durante muchos años. En definitiva todos estos incansables luchadores no fueron, felizmente para ellos, más que unos enervados románticos. Unos románticos no sólo porque eran, sino porque supieron ser, porque lo más puro que en sí reservaban, íntegramente lo entregaron a su República, y aquella República que habrá de tornar más consciente de sus obligaciones y menos mansa en sus deberes, entre otro, tendrá como uno de los más sagrados e ineludibles el de recordar por siempre y en imperecedera forma a todos estos hombres que, sin un punto de titubeo, la entregaron sus vidas, arquetipos todos de virtud, abnegación y trabajo.

CEFERINO PALENCIA



Como el campesino

Tu exilio y el mío,
español,
van por el mismo
camino.

Sudoroso. Pardo su rostro
como la misma tierra
el hombre del campo
otea el incruento.
¿Dónde estás deseada,
dónde estás nube que no llegas?
Está seca la tierra
y se agostan los trigos
y está pendiente la vida
del agua que se niega.
— ...jarre mula! ¡Condená, vira...!
Siempre el mismo tema
escrito sobre la misma tierra.
Cansancio, hijos, mujer,
arado, sol, impaciencia...
— Surcos abiertos
como bocas sedientas —
— ¡jarre mula! ¡Condená...!
— ¡Espera labrador
no te desalmes!
¡Quién sabe...
quizá mañana...!
Allá a lo lejos
en el pico más alto
— si estos ojos míos
quemados de tanto sol
no mienten —
hay una nube
que se va agrandando.
Mañana...
y así, hervida en sudor,
salpicada de mendrugos,
día a día,
mascamos,
rumiamos,
esperanza.

SIN ODIO

Barcelona, 1963.



De mi calendario

Literatura del subconsciente

por Eugen RELGIS

NOCHE de insomnio. He releído una novela corta de Selma Lagerlof: *Munkytan* (La mansión embrujada). Tanto me había impresionado en mis lejanos años de estudiante que la he traducido al rumano para una colección de autores extranjeros. Esta vez me quedé convencido de que el gran arte de un escritor no consiste en la « técnica literaria » — según la opinión de ciertos fabricantes de novelas en serie — sino en el don de descubrir lo eternamente humano bajo sus más bestiales o idealizadas apariencias.

En esta obra, la escritora sueca ha puesto en evidencia sus dotes artísticas por la sencillez de la forma y la profunda intuición del alma. Todo es simple y natural en ella. Esta naturalidad espontánea nos asombra a veces a nosotros, los « modernos », que anhelamos sensaciones raras y acontecimientos extraordinarios. Su narración se desarrolla, imprevisible, en episodios y paisajes que se perfilan en trazos precisos y vigorosos, como una cadena de montañas en el horizonte. Ya no nos gustan los anticuados efectos melodramáticos; pero — en esta narración — experimentamos, sin equivoco en su tumba y la alegría del loco, atemorizado por cabras, cuando recupera la salud.

Aquí, lo fantástico está encuadrado en la más firme realidad. Sin duda, Selma Lagerlof pudo comprobar, por algún campesino de Dalecarlia, la verdad de su « cuento ». Lo que presta consistencia y aun una base positiva a esta delicada trama animica, es su substracto — hay que decirlo — científico. El problema que se desprende de la narración (problema que, por cierto, la autora no pensó plantear como un caso clínico) es éste: la curación de las neurosis, que en « literatura » se llama curación o salvación de las almas, mediante un simple método psicológico.

Y eso, antes de la boga mundana del psicoanálisis. Freud, su fundador, aplicaba el mismo método a sus « neuróticos »: la reeducación del Yo por la reeducación de la memoria. Selma Lagerlof, al llevarnos a los reinos del sueño por el laberinto de sutiles sensaciones y de la imaginación librada de los frenos de la duda, nos ha revelado, sin alarde de erudición, algunos misterios del subconsciente, de ese cerebro humano en el que se agitan tantos excesos, extravíos y contraposiciones de la vida. Así, ella ha levantado un poco el velo que cubría las « milagrosas » potencias del corazón que ama y que sabe descubrir finalmente la causa del mal y ahuyentar las sombras del Terror.

24 de abril.

Junto a la literatura sueca la noruega mantiene su prestigio en el mundo, gracias a sus precursores: Ibsen, Bjornson, Knut Hamsun, Pohan Boyer. Los nuevos traen con sus obras ese « aire de familia », que hace de Escandinavia una sola región cultural en el mismo marco de una naturaleza imponente, con sus nevadas, ventiscas y tormentas en torno a las lagunas y los fjords. Andreas Haukland, por ejemplo, nos transpone con sus narraciones reunidas en *Vértigo*, en el mismo mundo a la vez real y fantástico de Selma Lagerlof. El es, por excelencia, el pintor de las soledades polares, las estupendas noches boreales y de los espejismos de los blancos desiertos. De sus

páginas se desprenden con alucinante precisión imágenes de esos páramos hostigados por huracanes, de florestas sombrías, de torrentes en el fondo de las quebradas, de costas roídas por oleajes. Los hombres que viven aislados en aquellos parajes salvajes, terminan muy a menudo en una especie de locura mística. Los colonos en los altos bosques del Norte — dice Boyer en el prólogo — « están incorporados en el mismo paisaje que las montañas, los animales y las fabulosas noches de los inviernos helados. Todo está íntimamente integrado en la naturaleza: el lobo, el hombre, el sol de medianoche, las tardes glaciales cuando las fieras aullan de hambre ».

En esta extraña atmósfera se desarrolla la narración titulada « El delirio de las nieves ». Niklas, un alto y fornido joven y su amigo Benoni están enamorados de la misma mujer, de Brunhilda, inconstante y apasionada. Los dos huyen, en su desesperación, dejándola con un violinista jorobado en medio de una banda de lapones histéricos. Estas figuras, apenas esbozadas, ejercen una misteriosa atracción; parece que en ellas están tomando cuerpo las fuerzas brutas de la naturaleza. Niklas, el gigante, erra por las vastas soledades del eterno invierno. Poseído por un terror pagano, persigue algunos ciervos hasta que — una noche clara y como vibrando en su propia blancura — él se detiene, petrificado, ante una visión. Vislumbra las pequeñas casas de su estancia abandonada. Si, no cabe duda, él ve cómo se elevan, flotan y se mecen en las alturas nubladas del cielo...

En otra narración, « La Visionaria », se trata de una muchacha que padece esa rara facultad que se llama doble-vista. Una vez, en la iglesia, ella percibe la agonía de su madre en la casa lejana, y corre locamente para recibir su última mirada. Otra vez, en un bote en alta mar, tiene la visión de un naufragio y, realmente, logra evitarlo. Sus presentimientos atemorizan a Andrés, su amigo, que huye lejos, a otros parajes. Un día, mientras estaba recolectando moras en la floresta con un compañero, ve a su padre cayendo en el huerto de su finca. Todas sus visiones cobran el sello de la realidad. Finalmente, un día de invierno, ve que su marido está apresado en un torbellino de nieve, junto con su caballo, en el fondo de un bosque. Ya no espera que se verifique el hecho. Sabe que sucedió así. Se desploma en el patio, dejándose cubrir por los copos de nieve, más y más, enterrada en sus padecimientos sin remedio.

25 de abril.

Para esta noche he buscado en el montón de libros de mi atrasado « servicio de prensa », una obra que no fuera psicopatológica como las anteriores, de los escritores escandinavos. La literatura del subconsciente parece que está de moda, y hasta se torna insoportable si el autor no es por lo menos un iniciado en lo que suele llamarse « vida interior ». Como L. Charles Boudouin, por ejemplo, un psicólogo notable, promotor del Instituto de Psicología, que no sigue en sus estudios todas las normas del psicoanálisis freudiano.

« Despertar del alma » (L'Éveil de Psyché, edit. Rieder, Paris) es el título de una de las novelas en la que es condensada, de una manera discreta, su ciencia de investigador del alma infantil. En esta obra de puro análisis, se nos revelan las impresiones confusas, perdidas en las sombras de la conciencia elemental. Los capítulos se suceden en una muy lograda progresión del despertar de un alma, día tras día, desde el segundo hasta el séptimo año de infancia. Exposición minuciosa, como las imágenes de una película, intercaladas de observaciones que sugieren lo que podría constituir el substrato teórico del psicoanálisis. Boudouin pone de manifiesto sus dones de poeta que sabe evocar los recuerdos, y su destreza de novelista que construye con los elementos de la realidad. Esta armoniosa conjunción de dos cualidades: evocación y análisis, ha determinado a algunos críticos ingleses (la novela salió primero de Londres) a hacer un sorprendente paralelismo entre la obra de Boudouin y la de Marcel Proust. Este último es inimitable. La estructura, la frase extensa, la tonalidad matizada de la monumental construcción literaria que se llama « A la búsqueda del tiempo perdido », pertenecen a Proust y no se renuevan en otros. Boudouin, al contrario, tiene la frase breve, directa y clara. Su estilo es también un instrumento de investigación del subconsciente, firme y penetrante como el bisturí de un cirujano, y que saca luego, a la luz del día, sin vacilar y sin equivocarse, los secretos del alma humana.

26 de abril.

Mientras algunos escritores se empeñan en exponer en centenares de páginas — como en la ya mencionada novela « Despertar del alma » — las más menudas manifestaciones psíquicas y mentales en un niño que descubre el mundo circundante, las realidades sociales nos ofrecen « hechos » increíbles que superan en su monstruosidad los dominios de investigación de la psicología normal.

He aquí un recorte de diario, viejo de cuatro decenios, que ofrecemos a los moralistas y pedagogos que podrían atribuir el hecho señalado a la imaginación pervertida de un escritor en trance de llenar una página más de su novela.

« Un caso de rara bestialidad materna sucedió hace pocos días en Budapest. Una señorita de la « alta sociedad » trajo al panadero Hammler, en un molde, un pan amasado, para hornear. Ya que la señorita no volvió más para retirar su pan, y de éste empezó a desprenderse un olor insoportable, lo rompieron, y ante la estupefacción de todos, encontraron dentro el cuerpo quemado de un niño recién nacido. La policía está averiguando »...

Y sin embargo, un recién nacido en un pan — podría exclamar un esteta aficionado de símbolos — ¡qué expresión plástica de la creación, de la fecundidad, de la abundancia! Horrible es sólo la hazaña de la señorita-madre, intoxicada de « ficciones morales ». Como tantas otras desgraciadas, podía abandonar el fruto involuntario de sus amores en el umbral de una casa-cuna o en el nicho especial de algún instituto de beneficencia o ayuda, en vez de engañar de una manera tan siniestra a un panadero, representante — quiéralo o no — de la sacrosanta e implacable justicia de una sociedad que se dice prohíbe el homicidio en nombre de la solidaridad y la dignidad humanas.

Antología temática de la poesía francesa contemporánea

por Volga MARCOS

La mas grande realización que pueda llevar un editor, es sin duda la prodigiosa colección en treinta volúmenes de La Enciclopedia Poética, por ser la poesía alimento espiritual, aunque dura y precisa en el alma de los pueblos, como el zafiro y el diamante; pues es ella la fuente de todas las canciones y a flor de metáforas y estribillos le nace siempre una verdad. El II tomo dedicado a la Naturaleza contiene obras de 305 poetas contemporáneos con 28 páginas de notas biográficas y 33 ilustraciones. Genios infranaturales como Jean Cocteau, poeta de abismos ultraterrenos, escrutador de enigmas insondables y domador sublime del lenguaje. Cocteau ha pasado hace pocos días ese umbral diáfano y silencioso que él tanto resentía, arrumándose en el navio inmortal junto a Edith Piaf, que siempre admiró. Genios en flor sagrados ya monstruos de la naturaleza como Minou Drouet, cuyo duendecillo de la inspiración susurra :

Rivière, c'est aux plis de ta jupe
que si souvent ma myopie
vint découvrir la féerie
des astres que rien que pour moi
faisaient l'école buissonnière.

Nos ha presentado a poetas españoles expresados en francés como Ventura Gasol en « Magnolia », y algunos extractos de nuestro poema « Pluie sur Paris ».

« L'Encyclopédie Poétique » dedicada a la Naturaleza, es un universo de esencias, una oda dedicada a la Tierra vertebral paradisiaca o cavernaria, caprichosa y hermosa con sus vorágines sirenas, rítmica, inmutable en sus inexorables leyes, cromática con sus paisajes efímeros y eternos. Tal es esta ingente realización de la catedral lírica elevada por el canto de 305 poetas.

Jean Grassin ha editado más de 500 poemarios de todos los matices en pocos años, donde todos los poetas pueden expresar sus inquietudes en « Sequances », sin miramiento de ideal con tal que éste sea noble y humano al servicio del hombre. De las últimas obras que nos han dedicado cariñosamente sus autores, retenemos por su alto valor literario, « Fibras de Vie », de Janine Fuchs. Nacida en Ginebra (Suiza) el 27 de febrero 1957 hizo estudios universitarios de letras y arte dramático en Ginebra, París y Roma. Crítico de arte, corresponsal del periódico « La Suisse » en París, ha publicado muchos poemas en diversas revistas.

« Fivres » est un ramillete espiritual y panteísta con dulce expresión de acentos emotivos de todo cuanto nos rodea en el universo exterior de las sensaciones, en la grandeza de la vida, y en el universo interior de nuestros sentimientos.

Janine ha dado muchas conferencias, y hace dos años organizó un recital poético en honor de la poesía contemporánea española.

El segundo libro cordialmente publicado por la autora, Thérèse Poyas, lleva por título « Fernando Villalón ou l'Eternel Visage de la poésie sur les rives du Guadalquivir » (Collection Poètes Etrangers).

Fernando Villalón nació en Sevilla el 31 de mayo de 1881 y murió en Madrid el 8 de Mayo de 1930.

Thérèse Poyas conocedora del español y el francés a la perfección, diseña una vida ejemplar más bien de noble corazón que de título, pues el genio llama a las puertas del espíritu preclaro para depositar la semilla de la creación sin distinción de raza ni situación social.

Villalón podía haber visto su día primero, en un establo o en cualquier humilde morada del pueblo. Quiso el destino que rodara en marfil y oro su cuna como hubiese dicho don Luis de Góngora.

Venido al mundo entre vastos latifundios y toros de lidia, podía haber sido garrochista de mando en grupo, dejando descender una vida desgarrada e inútil en el chulerío de toros, mujeres, manzanilla y dinero. No fue así el hijo de Navarra, conde de Miraflores de los Angeles; nació poeta de plétórico acento de la vida y de los cromáticos campos. Buen jinete andaluz descendiente de la poesía andaluza en hispalense rama, el Guadalquivir fue su hontanar de inspiración. Aun educado por los jesuitas y terminando felizmente sus estudios de Derecho, no se sintió nunca en su rango familiar; de niño jugaba con los mozos del cortijo, de joven admiraba y alternaba con los poetas de su tiempo. Poeta de la jugosa generación de Juan Ramón Jiménez seguidos de pocos años por García Lorca, Torres Bodet, Luis Cernuda, Pedro Salinas, Gerardo Diego, Vicente Aleixandre, Dámaso Alonso, Rafael Alberti, y Jorge Guillén.

A su hacienda venían a visitarle sus buenos amigos Joselito, Belmonte y el diestro inmortalizado por el « Llanto » de Federico: Ignacio Sánchez Mejías.

contemporánea

Debía sonarle mejor el nombre de Villalón con el apelativo de poeta, que conde de Miraflores. El era otra cosa que Conde, era el hombre sensible y humano, el que protegió una vez al legendario Pinales y defendió a los « bandidos de raza », jinetes de la vida harapienta, inadaptados a las perennes injusticias de la Sociedad.

Thérèse Poyas, al presentar en francés a este gran poeta sevillano describiendo con límpido lenguaje una vida ejemplar, ha honrado la memoria de toda la poesía española tejiendo así los sentimientos y las inquietudes de la tierra del cante jondo.

Los versos de Villalón transversados al idioma de Victor Hugo por Thérèse Poyas, son estrofas de oro dedicadas a las tierras andaluzas. « Andalousie la Basse » un ramillete de emociones hispalenses, « L'Ame des Chansons » o sevillanas, malagueñas, alegría y panderos, la bulería, « Le chant de la Giralda », serranas, etc. « La Toriada » y « Romances 800 ».

Villalón, como García Lorca y Garcilaso, tenía el gozo de vivir, respirar el aura suave a pulmón lleno labrando de la naturaleza un nimbo alado de concepciones realistas, éticas y metafísicas, penetrando la muerte por diferente umbral para converger al mismo fin, el polvo, la nada, dejando a las generaciones de tránsito, el recuerdo parenne de lo que fueron.

Jean Grassin esta realizando con estas valiosas publicaciones un tesoro imperecedero, temático y universal de la poesía de expresión francesa.



Noticario

En Barcelona se proyecta elevar un monumento a Narciso Monturiol, inventor de la navegación submarina mediante su buque-pezo « Ictineo ».

Asimismo será establecido un Parque de Cervantes con estatua del autor de « Don Quijote », en la parte superior de la Diagonal barcelonesa, confluyente con la carretera de Fogás de Tordera. Superficie total de los jardines : ocho hectáreas y media.

Se supone el hallazgo en Málaga de una tela de Velázquez con tres personajes evocando la cena de Emaus. Los supositorios se basan en coincidencias.

El Palacio de la Música Catalana ha sido de nuevo hollado : En él ha sido celebrado el XXX aniversario de la fundación de la Falange.

En un paraje marítimo de Callella se está rodando el film cómico « Ramón y Dalila » a cargo del actor Enrique Guitart.

La actriz Nuria Espert ha triunfado en Sevilla con la representación del drama de O'Neil « El deseo bajo los olmos ».

Ciclo de teatro catalán a cargo del « Experimental Català » en la temporada de invierno. Se desarrollará en el Romea, de Barcelona, inaugurándose con el estreno de « Calç i rajoles », de Joan Brossa, que el autor dedica a la memoria de Ignasi Iglesias.

Se han dado dos representaciones de « Jeanne d'Arc », de Peguy, en Madrid, con Denise Bose y Robert Marcy.

« Platero y yo », el libro poemático de Juan Ramón Jiménez, será interpretado al cine a cargo del adaptador americano Edward Mann.

La escena madrileña. A. Buero Vallejo ha estrenado «Aventura en lo gris» en el Recoletos, servido por la formación Corroto - Prendes. Un esfuerzo loable para reamoralizar la sociedad destacando el idealismo positivo y la ética humana por encima del burdo egoísmo y la lógica atrasada. La estructura de este drama es perfecta.

« Aprobado en indecencia » es una obra concebida por Luis Peñafiel para que la represente Luis Peñafiel. Es una escenografía preparada a la medida de su autor y ejecutante.

Añadiremos que es un ensayo inteligente. Se da en el Lara a cargo de la tropa Peñafiel y Pepita Serrador, que es su madre. Juan Ignacio Luca de Tena ha estrenado una farsa peruana hilvanada con gaje, para mantener el interés de los espectadores. Además, el maestro Moraleda le ha puesto música adecuada, que ha cantado graciosamente la escultural Nati Mistral. Imposible regatear aplausos.

La Compañía de Tamayo ha obtenido un resonante triunfo representando el drama épico de Alberto Camús : « Calígula », en el Bellas Artes.

LIBROS ★ LIBROS ★ LIBROS

SOCIOLOGIA
HISTORIA
LITERATURA
CIENCIAS



PEDAGOGIA
NARRACIONES
BIOGRAFÍAS
POESÍA

Adquirirlos en UMBRAL, 24, rue Ste-Marthe, Paris (X), es ayudario

Servicio de librería

COLECCION AGUILAR

Lujosa encuadernación en piel. Papel biblia opaco. Precio de cada volumen 6,00 francos

- Siri : « Anécdotas del gobierno del conde-duque de Olivares ».
- Sófocles : « Tragedias completas ».
- Stevenson : « La flecha negra ».
- « La isla del tesoro ».
- « Novelas de pavor y misterio ».
- Strachey, Lytton : « La reina Victoria ».
- « Isabel y Essex ».
- Suárez de Figueroa : « El pasajero ».
- Swift : « Viajes de Gulliver ».
- Tácito : « Historias. La Germania ».
- Tarikngton, Booth : « El cuarto mandamiento ».
- Tasso : « La Jerusalén libertada ».
- Terencio : « Teatro completo ».
- Tertuliano : « Apología contra los gentiles. Exhortaciones a los cristianos. Libro de la paciencia ».
- Thackeray : « El libro de los snobs ».
- Tirso de Molina : « El burlador de Sevilla. Don Gil de las calzas verdes. La prudencia en la mujer ».
- « Los cigarrales de Toledo ».
- Tolstoi : « Infancia. Adolescencia. Juventud ».
- Tres clásicos argentinos (M. Cané, J. G. González, J. Groussac).
- Tres épocas de Buenos Aires (Lucio V. López, Alberto María Rossi y Arturo Cancela).
- Turgueniev : « Humo. Primer amor ».
- « Un rey Lear en la estepa. En visperas ».
- Unamuno : « Niebla. Abel Sánchez ».
- « Por tierras de Portugal y de España. Andanzas y visiones españolas ».
- Undset, Sigrid : « La orquídea blanca ».
- « La zarza ardiente ».
- Valera : « Juanita la Larga ».
- Valle-Arizpe, A. de : « Virreyes de la Nueva España ».
- Vasari : « Vidas de grandes artistas ».
- Vega, Lope de : « La estrella de Sevilla. Peribáñez y el comendador de Ocaña. El caballero de Olmedo. Fuenteovejuna ».

- Vega, Garcilaso de la, y Boscán, Juan : « Obras completas ».
- Vélez de Guevara : « El diablo cojuelo. El asombro de Turquía y valiente toledano. El ollero de Ocaña ».
- Verdaguer, Jacinto : « Antología poética ».
- Verlaine : « Obras poéticas ».
- Vicente, Gil : « Teatro y Poesía ».
- Villaespesa, F. : « Teatro escogido ».
- « Novelas escogidas ».
- Villalón : « Viaje de Turquía ».
- Vinci, Leonardo de : « Tratado de la pintura ».
- Vital Aza : « Comedias escogidas ».
- Vives : « La mujer cristiana. De los deberes del marido. Pedagogía pueril ».
- Wallace : « El arquero verde ».
- Wells : « Doce historias y un sueño ».
- Wilde, Oscar : « Cuentos ».
- « Un marido ideal. El abanico de Lady Windermere ».
- Wodehouse : « Señorita en desgracia ».
- « Samuel brusco ».
- « La suerte de los Bodkin ».
- Zielinski : « Historia de la civilización antigua ».
- Zorrilla : « Don Juan Tenorio. Traidor inconfeso y mártir. El puñal del godo ».
- Scott, W. : « Lucía de Lammermoor ».
- « Ivanhoe ».
- Schiller : « Maria Estuardo. La doncella de Orleans. Guillermo Tell ».
- Séneca : « Tragedias completas ».
- Sevigné, Mme. de : « Cartas ».
- Shakespeare : « Hamlet. Macbeth ».
- « Otelo. El mercader de Venecia ».
- « Cuentos de invierno. La tempestad ».
- « Romeo y Julieta. Los dos hidalgos de Verona ».
- Shaw, Bernard : « El carro de las manzanas ».
- Shelley, M. W. : « El doctor Frankenstein ».
- Sarmiento Facundo : « Recuerdos de provincia ».
- Sassone, Felipe : « La canción de mi camino ».
- Giros y pedidos a Roque Llop, 24, rue Ste-Marthe, Paris (10) C C P 13 507 56, Paris

Noticario

Realizado el I Salón de la Imagen, en la capital catalana. Un motivo para estrenar la película hispana « Los tarantos », exhibir mujeres de precio (léase preciosas), y practicar ejercicios de refectorio.

El pintor Cortijo ha inaugurado la Sala Quixote de Madrid con buen acopio de pinturas realistas. Presencia angustiada de los campesinos guadaireños, tema de la tierra andaluza sedienta de agua para sí y de justicia para los esforzados que la trabajan. Cuidado con tu revolución, Cortijo.

Guaches en « Los Madrazo » firmadas Nicolás Ortiz, un artista que tiene la visión llena de Africa, sabiendo interpretarla en tierras y personajes.

Estreno afortunado en el Romea barcelonés de la obra « Don Joan », de Ferrán Soldevila.

Según se afirma, el dramaturgo Alejandro Casona ha decidido fijar su residencia en España, aunque piense pasar temporadas en Buenos Aires a causa de las relaciones que allí tiene establecidas.

« España es deficitaria tanto en estudiantes de enseñanza media como en universitarios » — conlleva el órgano falangista « Arriba ». Y añade : « En esta última será preciso crear 100.000 puestos, y en aquella unos 700.000 para 1967 ».

En Tenerife se celebró el V Congreso Panafricano de Prehistoria. Lo preside el profesor barcelonés Luis Pericot.

En Bilbao hay unos 2.000 esperantistas en activo. Pero se calcula que existen otros 4.000 en actitud « pasiva ».

En Villanueva de los Infantes se ha inaugurado un monumento a Quevedo.

Pero el monumento a Quevedo en la plaza de Alonso Martínez, en Madrid, se deshace. Agustín Querol lo labró en piedra de Sepúlveda. El tiempo puede con ella.

Drama. En España reside el 40 por 100 de las monjas de clausura que hay en el mundo.

La prensa francesa, realizando los últimos éxitos obtenidos en el teatro y en la Radiotelevisión Francesa por Germaine Montero, cita a Marthe Regnier y Elvira Popesco. Y uno de los periódicos, con títulos a tres columnas, destaca que fue discípula de Federico García Lorca.

Estados Unidos dedica a la enseñanza de sus hijos 108 dólares por individuo y año; Rusia 104; Francia 35; Bélgica 39; Japón 13 y España 3. Lo dice López Rodó. Sin comentarios.

Falleció en Gerona la bailarina gitana Carmen Amaya.

Ofrecemos a nuestros lectores postal-felicitación Año Nuevo. Beneficio para los ancianos.

LOS LIBROS

B.D.I.C



«La guerre civil d'Espagne», de Georges Roux

La bibliografía de la guerra de España cuenta con otro libro, lo que no quiere decir que — éste — contribuya a esclarecer la historia de nuestra contienda. Admitamos que difícilmente se puede ser objetivo. El historiador es hombre, y como tal no puede evitar el inclinarse, aunque sea ligeramente, hacia un bando. Comúnmente se acepta una dosis de parcialidad; empero, lo lamentable, lo que nada tiene de honradez intelectual, lo imperdonable es un escritor cuya alta misión consiste en informar, enseñar, hacer pensar; lo imperdonable, repito, es deformar los hechos, tergiversar la Historia, pretender, en suma, hablar de lo que se ignora. «La guerra civil de España», de G. Roux, pertenece a esta categoría de libros.

Nuestro autor ha tomado lo peor de la obra de Hugh Thomas, unas cuantas fechas históricas, algún que otro dato económico y estadístico, todo ello de dudoso origen, sin tomarse la molestia de confrontar y verificar su autenticidad; y sobre tan pingüe material ha tejido la tela de araña que titula «La guerra civil de España». No falta la salsa de expresiones pseudo psicológicas tan caras a ciertos intelectuales bien-pensants, que conocen los artilugios literaturescos para tocar las fibras sentimentales del lector. No vale, señor Roux, hacer trampa cuando se quiere hacer historia.

Vayamos al grano. Entre otras lindezas nuestro autor se ocupa de la rectitud de espíritu de nuestro zanquilargo Alfonso XIII (que nada de sabio tuvo) de su liberalidad y otras virtudes regias. Sin duda Roux desconoce — y aquí sí que cabe perdonarle — el sentido de la palabra **borbonear**, sinónimo de zancadilleo. En lo posible, este Borbón acorralaba primero a la víctima, y una vez ésta imposibilitada dábale el puntapié, que de esta suerte se deshacía nuestro monarca de quienes no compartían su criterio.

Nos dice Roux que el rey se retiró para redactar la despedida al pueblo español y evitar de esta forma una guerra civil. En primer lugar, no se retiró para redactar este documento, escrito por Maura; no trató de defenderse porque el Ejército no respondía. Añade el autor que el Ejército no se opuso al advenimiento de la República, y que ésta con su reforma militar mutiló al Ejército, reconociendo posteriormente que la oficialidad española era numerosísima, más que no importa que Ejército de Europa diremos nosotros, y cuyo presupuesto militar español lo devoraban los «peces gordos» que en 1931 no se opusieron a la República por no encontrar general con agallas para formar Gobierno con el rey. De los tímidos pasos de la República vale la pena señalar que ésta reformó a la Guardia Civil, Cuerno, según Roux, creado por los Reyes Católicos, y que viene manteniendo el orden desde hace quinientos años. Orden de palo y tente tieso, porque otra forma de persuasión le es totalmente desconocida. Tiene, el guardia civil, «alma de charol», como dijo el poeta. Pero no es eso a lo que íbamos. La Guardia Civil fue creada

en 1840 por González Bravo en sustitución de la Milicia Nacional, y aun el señor Roux pasa por alto la participación del «disciplinado» Cuerpo en la sublevación de agosto de 1932. Nombra a Sanjurjo y omite mencionar a la «Benemérita».

También afirma Roux, sin dar datos serios ni citar fuente de información alguna, que Franco solicitó ayuda de Francia e Inglaterra y que sólo ante la negativa de ambas naciones acudió a Italia y Alemania. Sostiene, además, que Mussolini intervino tras la participación del Gobierno francés en la ayuda a la República española.

Seamos serios, señor Roux. ¿Usted ignora las traspisondas de los monárquicos españoles con los fascistas italianos, y las promesas de ayuda ofrecida por estos últimos? Son datos que se deben conocer cuando se quiere escribir sobre historia y más cuando se pretende ser enterado, imparcial y veraz. ¿Acaso los aviones italianos no fueron facilitados a Franco a partir del 29 de julio para transportar tropas de Marruecos a la Península? Antes de fin de julio también la ayuda alemana era efectiva, en tanto que la ayuda del Gobierno Blum se veía disminuida y con muchísimos impedimentos antes de llegar a puerto.

El libro de Roux es una telaraña en la que atrapar lectores desprevenidos. Abundan en demasía, en sus páginas, las descripciones de crímenes, barbaridades y torturas inevitables en toda guerra, máxime cuando ésta reviste carácter político tan acusado como la interior española. Los escritores como el señor Roux experimentan suma predilección por estas atrocidades; se percibe en su prosa un deleite morboso, sádico, para llegar a la conclusión de la inutilidad de toda lucha de avance.

Así por el estilo podríamos enumerar cantidad de majaderías, valga la expresión, y consabidos lugares comunes en torno al Movimiento Libertario. Sobre éste reconoce que, con los ideológicos puros, se dan la mano los peores criminales, los antiguos delincuentes, etc., etc.; que los anarquistas emergen por primera vez en la historia de España en 1931; y ya que de ellos se trata recojamos lo que dice de la muerte de Durruti, «asesinado probablemente por uno de sus propios compañeros, hartos de su sanguinaria tiranía», como de la deformada participación del «general Cipriano Mera» en la defensa de Madrid. Estos errores, que a simple vista carecen de importancia, son, junto a otros de mayor volumen — y sobre todo en la forma que nuestro autor relata los hechos — de suma importancia, pues evidencian el desconocimiento del autor con referencia a nuestra guerra. Hay más, y casi podríamos aventurarnos a decir que se trata de una obra escrita por encargo. Constantemente trata de eludir la responsabilidad de Franco y mostrar la fidelidad religiosa de los sublevados, tesis ésta defendida por los historiadores del Opus-Dei, y que cada día tienden a reivindicar con mayor fuerza,

con objeto de borrar el carácter fascista de los orígenes de la contienda.

Afirma Roux que el bombardeo de Guernica fue obra propia de los nazis, ejecutado sin consentimiento del alto mando franquista. Por si dudara de la responsabilidad franquista, existen multitud de bombardeos de ciudades españolas decretados por Franco, acreditando la destrucción de Guernica por orden de los jefes sublevados.

Pero el colmo de la «veracidad histórica» lo hallamos cuando nuestro autor nos habla de la persecución de religiosos: 15.000 sacerdotes o religiosos «degollados». La metedura de pata no podía ser más irresponsable y antihistórica. Según la «Guía de la Iglesia en España» publicada en 1954 por la Oficina de Información y Estadística de la Iglesia, murieron en la guerra de España 4.317 sacerdotes seculares, 2.489 religiosos, 283 monjas, 240 seminaristas; es decir, un total de 7.338 personas, no sin señalar que algunas de éstas fueron contadas dos veces: por ser señaladas en la diócesis en que murieron y en la diócesis a que pertenecían. Además de esta versión, otra obra de la Iglesia existe escrita por el Padre Montero: «Historia de la persecución religiosa en España», Madrid, 1961, en la que da cifra de 6.832 personas sacrificadas, exceptuando los 15 sacerdotes vascos asesinados por los franquistas en 1937, ni los franciscanos Revilla y Antonio Bombín, asesinados en Burgos y en Rioja, respectivamente.

Por si todas estas informalidades no bastaran, Roux nos cita unos versos de Claudel («Poème aux martyrs espagnols») escrito a guisa de prefacio para un folleto de propaganda franquista editado en París. Los cita a medias y mal: «**Quinze mille martyrs et pas une apostasie**», atribuyéndolo a Bernanos. Se sabe que Bernanos era católico, habiendo quienes tienen interés en olvidar la posición antifranquista e incluso la oposición de Bernanos al catolicismo español. Bernanos se burló de lo que los católicos españoles denominan «cruzadas». Los dardos de Bernanos contra la Iglesia española fueron tan certeros, que aun hoy los católicos de allende el Pirineo no se lo perdonan a pesar de su cristianismo.

Sí, señor Roux; tarde o temprano la verdad se hace camino, como usted dice. Mas no será ayudada por obras como la suya.

PASAMAR

OBRAS
de Felipe Alaiz



«Quinet», tomo I.

«Tipos Españoles», tomo II.

10,00 francos los 2 volúmenes.

« Encrucijadas »

Cuadernos — París

Se puede afirmar que Botella Pastor es uno de los novelistas españoles emigrados más interesantes del momento... Esta convincente novela pertenece al ciclo de la huida... en una dramática carrera contra el tiempo... Botella Pastor está cumpliendo el ciclo histórico-literario al que pertenece. Su obra prefigurada abarca lo que el escritor español emigrado — que no quiere renunciar a su condición de tal — puede relatar; la guerra, la huida, la emigración, la nueva cara del mundo en una continuada circunstancia trágica.

La Dépêche du Midi — Toulouse

El carácter de ese pueblo (los españoles internados en los campos) se halla admirablemente pintado. Son hombres dignos que en medio de la miseria conservan su valor pensando en cuanto defendieron. Tan pronto optimistas como llenos de indignación — sobre todo los jóvenes —, con el «sentimiento trágico de la vida» y el sentido del humor a la vez. Ese humor amargo, cínico, «negro», engendrado por las injusticias sufridas, ¡cuán español es! «El exilio es mi protesta, — dice un personaje —. La verdadera derrota sería volver y aceptar esos «viva la muerte», esos «muera la inteligencia» de vuestra España imperial...» Botella Pastor nos hace vivir una larga serie de escenas realistas, trágicas, o humoristas, siempre llenas de interés, sobre todo desde el punto de vista documental, ya que sentimos en cada línea que el autor ha vivido esos momentos terribles de la «encrucijada».

España Libre — Nueva York

La huida, la angustia del escape hacia el exilio vuelve a recobrar presencia. «Reencontrarse», «lograrse», es el tema fundamental del libro. El realismo de la vida se impone en manchas vividas, ágiles... como en los capítulos de Mumús y en una extraña complacencia erótica en París, el trópico, o alta mar...

Ibérica — Nueva York

El autor combina con habilidad la realidad y la fantasía... procedimiento técnico que encierra grandes dificultades, pero que Botella emplea con destreza... Tengo noticias fidedignas de que las novelas de Botella, por su valor documental, han suscitado un gran interés en la juventud española a través de los ejemplares que han llegado clandestinamente al «interior».

Política — París

«Encrucijadas» revive la guerra de España, el éxodo, cada cual con su equipaje, minúsculo el visible, profundamente dramático el del alma. Personas, seres, como los que sería Unamuno; de carne y hueso... Se lee «Encrucijadas» con mantenido interés, se reconocen en sus páginas a personas que hemos conocido, no porque Botella conociera a las mismas que el lector, sino porque por ser de carne y hueso en un escenario en que circula el aire, en ciudades por las que hemos pasado, son realidades a las que cuadran muchos nombres... Esta es la facultad superior en el novelista... Por eso en Botella veo un novelista... ¿Elogio? No he buscado ninguno; para mí lo es el que leyendo a Botella el nombre de Galdós haya venido a mi recuerdo.

República

Estimo que «Encrucijadas» es la mejor de las tres novelas que V. Botella lleva publicadas sobre nuestra tragedia inicial y el éxodo consecutivo. Es mucho más densa de pensamiento y más fluida de estilo... Grandes cuadros realistas a través del libro impregnado además por un perfume delicadamente poético revelan al gran novelista que es V. Botella Pastor... Sobre todas las cosas encuentro en este libro, como personaje oculto que dirige la acción desde la sombra, la tragedia de todo un pueblo digno de mejor suerte.

El Tiempo — Bogotá

«Encrucijadas» trata un tema lleno de humanidad y de significación histórica... Su estilo le permite acusar los rasgos más inmediatos a la realidad humana. El diálogo, cortado y vivo, lleno de naturalidad y cargado de pasión y de concepto va expresando la acción, más que la narración misma. Las descripciones son rápidas y certeras, ambiente y personajes se integran con asombrosa sencillez de natural y espontánea realidad... En esta última novela de Botella Pastor su arte alcanza espléndida madurez.



NOVELAS DE LA GUERRA Y DEL EXILIO

V. BOTELLA PASTOR

RESUMEN DE CRITICAS

Acción — Montevideo

Tengo ante mí los tres volúmenes del gran novelista de la emigración, V. Botella Pastor. Los títulos son «Porque callaron las campanas», «Así cayeron los dados» y «Encrucijadas». A través de sus páginas he tornado a vivir algunos de los trozos más apasionados de mi existencia... V. Botella escribe la página más gigantescamente cruel y tenebrosa de la Historia de España. Los personajes caminan paralelamente al cauce de los sucesos históricos. Contemplamos éstos como desde nuestras vidas. El espectador se inerta en la Historia... Por el río de las tres obras fluyen grupos de españoles que van desde la guerra al destierro... Uno de sus méritos cardinales es el de ser leales, sinceros, lo que añade un gran valor ético y de testimonio ante el futuro a sus bien labradas páginas. Les auguro por eso largos triunfos... Libros de honda y noble verdad que mantienen viva la protesta.

Cenit — Toulouse

Los españoles no se preocupan como debieran para que sus ideales, sus gestas y su tragedia vayan más lejos que su existencia... Botella Pastor es una excepción honrosa... que merece la consideración entusiasta de toda la emigración española, de todos los desplazados de la Tierra... El que tuviera gusto y poseyera el arte de reflejar con el lápiz o el pincel el cuerpo y alma de cada persona de los libros de Botella obtendría una colección de «siluetas» de primera magnitud, «alto-relieves» de la más típica humanidad.



La narrativa española fuera de España — Editorial Guadarrama — Madrid.

El esquema de su trayectoria novelesca es verdaderamente interesante y muestra a un escritor español arraigado a su tierra y a la circunstancia emigrada. De este modo, intentando conjugar ambas situaciones... abarca el pasado y el presente bajo ámbito español... «Porque callaron las campanas» novela sobre la guerra civil... serena, meditada, justa y consciente, nos revela a un escritor con innegables dotes narrativas. La obra prende en el lector... La figura de Mágina, el encontrado amor de Ignacio, forma con éste una pareja hondamente humana, y las últimas páginas del relato, donde la pareja se encuentra en una Barcelona acorralada, son sencillamente magníficas, así como la desbandada final, sobrecogedora.

«Así cayeron los dados» es un magnífico exponente de los campos de concentración con situaciones y desfiles de tipos humanos impresionantes... forman un conjunto inolvidable, uno de los mejores testimonios entre los ya abundantes que existen sobre el tema... Botella Pastor puede convertirse en uno de los narradores más importantes de la emigración.

El Tiempo — Bogotá

A la rica tradición de la mejor novela española aparece ligado V. Botella Pastor, quien, con vigoroso acento, ha publicado ya tres obras de toda una serie que puede calificarse de los episodios nacionales de la España de la guerra y del destierro... Es probablemente uno de los méritos más considerables de Botella Pastor haber hecho de los españoles del éxodo asunto central de las dos novelas «Así cayeron los dados» y «Encrucijadas».

Umbral — París

El amigo Botella se nos va convirtiendo en el cronista mayor del exilio... Sus tipos los halla en la realidad nuestra, hechos reproducidos... aunque merezca todo un arte de escritor reproducirlos... Los libros del destierro con que nos obsequia Botella Pastor saben más de realismo que de esperanzas...



UMBRAL

Paris, Diciembre 1963

★ REVISTA MENSUAL DE ARTE, LETRAS Y ESTUDIOS SOCIALES ★

0,80 frs. — Núm. 24

El odio a la cultura catalana

UNO de los derechos naturales de cada pueblo es el de usar sin restricción de los beneficios de claridad, facilidad y armonía de su lengua respectiva. En Cataluña como en Castilla, en suelo autóctono como en los antipodas.

Mas este derecho —civilizadamente indiscutible— lo repugnan cordialmente los tiranos. Cuando las tropas totalitarias en 1939 invadieron Cataluña, tras el brutal sacrificio de hombres, su segundo ahinco fue el de destruir todo vestigio de cultura de los vencidos. La escuela imperialista de la reacción clásica española se aplicó, una vez más, al nordeste de la península, ya que su caro imperialismo hace tiempo está desvencijado en ultratierras y ultramares.

En 1931, en Cataluña se publicaban una veintena de diarios e innumerables semanarios, revistas y hojas quincenales u ocasionales en lenguaje del país. El cine regional se ilustraba en su propio idioma, así como rótulos y nomenclaturas callejeras. Sin desdeñar la cultura castellana, ateneos y demás centros educativos, cultivaban y desarrollaban el venero de su cultura para goce propio y enjundia de la cultura en general.

Pues todo esto, tan loable y prometedor para la elevación moral e intelectual de clases y multitudes pereció bajo las atiladas patas del franquismo. Ni un solo diario ni otra publicación cualquiera (excepto «Serra d'Or», autorizada por Roma merced al Concordato que la coloca por encima de El Pardo) no tiene vigencia en Cataluña merced a la prohibición, que ya dura 25 años y que desde Madrid ejerce la reacción más zafia del universo. Incluso la sardana, esa inocente expansión popular de tanto crédito en la parte de Gerona, fue declarada subversiva por la insubordinación militar triunfante, quedando la edición de libros catalanes igualmente prohibida. Y en las escuelas, si algún maestro osara aleccionar a los pequeños catalanes en su lengua materna, sería inexorablemente depuesto, procesado y encarcelado. Se necesita una fuerte dosis de incivilidad —hay palabras más duras y exactas aplicables al caso— para loar la paz de Varsovia, o de los cementerios que reina en España, cual lo ha hecho el ministro Fraga Iribarne, añadiendo, para mayor escarnio, que la sardana es de nuevo «tolerada» y que libros en catalán se han publicado más de mil bajo el régimen franquista. Salta a la vista que de buen grado no se concede esta «licencia», sino bajo presión de los Pen Club y otros centros intelectuales de Europa y resto del mundo, escandalizados por la demostración de canibalismo moral emanado y mantenido por las autoridades

franquistas. El folklore catalán se permite... y explota con miras a un buen efecto causable en el extranjero, y libros dejan publicar a la proporción de uno por cien en originales hollados y cribados y para público reducido y por ello inapto para sostener esfuerzos editorialistas que bajo un aurea de libertad resultarían desahogados. En cuanto a la rotulación en idioma no castellano, es permitida en francés, inglés, alemán y a capricho, pero jamás en redacción vernácula. Las escuelas, ésas prosiguen cerradas a cal y canto a la «intrusión» catalana...



Modosamente, desde hace años el intelecto catalán se manifiesta mediante intentos educacionales y certámenes poético-literarios, en todo caso intervenidos por una clerecía mendaz o por la animalia de un poncio venido de Madrid para probar fortuna particular y demostrar que el palo sigue predominando por encima de la bondad y la inteligencia. Los Juegos Florales arrastran la cadena de un premio importante de glosa al régimen, y otro también mayor rípiando la virginidad de María y el florecimiento de José tal como se viene haciendo, «originalmente», desde hace mil y un años. El cuidado y evolución del habla maragalliana sufren asimismo —cual hemos indicado— presiones y opresiones de un Poder rebosando malignidad y atraso. Considerando excesiva la misérrima publicidad literaria concedida a Cataluña, el gobernador civil —más propiamente incivil— de Barcelona ha hecho asaltar, registrar, desvalijar y clausurar el Omnius Cultural de la capital catalana, entidad destinada a la protección y difusión

de la lengua vernácula, sacando —la policía— certificación de un delito de lesa patria... franquista, al darse cuenta de que el Omnius sostenía correspondencia con centros catalanes y gentes de letras exteriores. La aberración y la cerrazón mental de ese «españolismo» extraña y risiblemente admitido en la UNESCO, se comprende inmediatamente al saber que este Omnius Cultural atacado y probablemente disuelto por la barbarie elpardina, no era constituido ni alentado por anarquistas (esa planta humana tan común en Cataluña), marxistas, republicanos de izquierda ni siquiera por catalanistas militantes. Contrariamente, el Omnius Cultural era constituido por literatos, catedráticos, artistas, médicos, ingenieros, comerciantes, industriales —varios de estos en calidad de mecenas— perfectamente silenciosos en referencia política. La tarea de esta agrupación, **no dimanante de la Iglesia** cual dimana de la misma el esfuerzo montserratino, era la de impulsar el «Institut d'Estudis Catalans», ayer oficial, hoy privado; de desarrollar el teatro, la música (con sus respectivas formaciones orquestistas y corales); exhumar para la modernidad los simples cuán emotivos bailes comarcales de antaño; favorecer la poética y la novelística, y conducir el habla lugareña siempre a un mayor grado de perfección y belleza. Pues todo este cuerpo de alta cultura, con un golpe seco de espada —razón suprema del franquismo— ha sido, inaplacablemente, decapitado.

A estas alturas ello parece mentira, pero no lo es. Así como el franquismo se vio obligado a contemporizar con los Estados dichos democráticos (que la prensa de Franco tanto ridiculizara cuando Hitler era imponente), para no dar sensación de ser un organismo marginal en el concierto de las sociedades civilizadas, dicho franquismo simuló disposición tolerante con las letras, las artes y las costumbres catalanas —de libertades no hablemos—; pero el odio, la enemiga implacable hacia un pueblo al que sólo necesita para oprimir y exprimir, lo ha contenido a duras penas para esconder dientes y cola de lobo ante un exterior no hitleriano, pero capaz de ceder dólares, libras, francos y taparrabos para esconder la porquería del totalitarismo nazifascista que al franquismo estigmatiza.

La moralidad franquista es un mito endeble, tanto como la etiqueta democrática y justiciera que se irrogan las naciones que, incalificablemente, prohijan al franquismo, esa esclerosis de la civilización moderna.

¡Hermanos salvajes!

JOAN DEL PI

4p 6755

Dos libros de Puig y Ferrerter

por J. GUIRAUD

CONTRA viento y marea, el editor catalán José Queralt, continúa « navegant a tot vent », es decir, dirigiendo con mano firme las « Ediciones Proa », dispuesto a dar cima a la obra verdaderamente imponente que un día se comprometió a llevar a término. A pesar de ciertas defecciones, incompreensiones y envidias, en las que el tan cacareado « seny català » no se ha dejado sentir más que con ligeras intermitencias, insuficientes para valorizar una editorial catalana en el exilio, aparecen las obras de antemano anunciadas con una pulcritud y puntualidad dignas de encomio.

Por causas ajenas a mi voluntad, tuve que interrumpir mi habitual comentario al hacer su aparición « La traició de Llawaneres », noveno libro del ciclo de doce novelas « El Pelegrí Apassionat » y último de la serie correspondiente a « Els Drames », del malogrado y combatido escritor Joan Puig y Ferrerter, reanudándolo salido a la calle hace ya unos meses « El Penitent », primer tomo de « Els Desgreuges ». Heme aquí, pues, como siempre en la brecha y frente a un verdadero dilema y no precisamente por considerarme falto de facultades para dedicarles el debido artículo crítico y sí por el especial empeño del autor en desmenuzar problemas reputados de personalísimos sin consideración alguna ni para los más íntimos. Todo es pasado por el tamiz de su fantástica imaginación y poder creador, sirviéndose a las mil maravillas de su pluma para analizar la llaga que le tortura, escarbarla, eliminar el detritus y dejarla limpia completamente de las mismas que, según su criterio, en ella se encuentran.

A medida que el lector va adentrándose en la compleja trama, percibe la satisfacción del « cirujano » convencido de haber logrado y con creces el objetivo perseguido, mas también el error del novelista, al olvidar que la vida es cosa muy distinta. El trabajo realizado sólo le ha servido para poner al descubierto una cantidad enorme de humores purulentos que, pese a su habilidad y maestría no extinguió, sino que acrecentó hasta el extremo de contagiar al autor poniéndole en peligro de muerte. Como se dice vulgarmente : « El remedio ha sido peor que la enfermedad ».

Existe en « La traició de Llawaneres » un capítulo, el V, titulado « L'ensopegada », que me ha hecho reflexionar y más cuando arrastrado el protagonista por la pasión que le tiene agarrotado, llega, para disculparse de la estupidez que va a cometer, a parangonarla con la llevada a cabo por Leopardi, el exquisito creador de « L'infinito », excusa no válida actualmente, por ser los hombres víctimas inconscientes de los tiempos en que viven. Si Rubén Darío, León Daudet, Santiago Rusiñol, se pasearon por paraísos de ensueño produciendo sus mejores obras cuando aquéllos eran recorridos, y un Mariano José de Larra, Felipe Trigo y demás se suicidaban desilusionados por amores contrariados, hoy tales incidentes son escasísimos. Fenecieron, no sé si por bien o por mal, aquellas generaciones y su bohemia romántica y turbulenta, reconocido por el propio « Janet », al de-

cir que « él era un bohemí sense tavernes, ni alcohols, cocaína, ni desordres, ni cinismes », pero sin darse cuenta de que había « ensopegat » contra una enfermedad terrible a la que no se le ha dado aún la importancia requerida : la sexualidad.

Toda su rabia, todo su odio al hombre que le roba « su objeto de placer » queda de forma indeleble estampado en su libro « La traició de Llawaneres ». A pesar de querer sustraerse a sus efectos, Puig y Ferrerter, se siente cada vez más atraído por el microbio que le corroe, gozando en describir minuciosamente escenas con fuertes coloridos sensuales, dando satisfacción a sus sentidos atormentados por la fiebre de un sadismo irresistible :

« Cada vegada que Mari-Stella me'n feia una de grossa, jo m'hi sentia més lligat : per la desesperació, compreneu? Analitzeu tant com vulgueu la passió. »

« Mireu, Cantí : jo vivia amoralment,



baixament. ¿I qué ho feia, que totes les meves potències intel·lectuals i espirituals eren excitades per la meva passió per Mari-Stella?»

« El marit humiliat, incapaç de vengjar-se, potser em posaria la veritat davant els ulls per tal que jo el vengés », llegando al extremo de : « Va ésser a causa d'un horrible estat de gelosia que vaig enviar Llawaneres a casa de Mari-Stella, i, tanmateix, quan ell era dalt a casa seva, i jo al carrer esperant-lo ja vaig començar de tómer... » Y dicho estado llega a conducirlo a una repetición continua, admitida por el autor cuando escribe : « Avui he rellegit les meves notes; son plenes de repeticions. Me n'he alarmat. ¿No es aixó el signe de l'obsessió? » para terminar reconociendo que « la traició de Llawaneres es la meva obsessió horrible. Potser només la certitud, l'evidència, em faria sortir de la meva obsessió » y excusa las repeticiones de la siguiente manera : « Si jo fos novel·lista i volia pintar un obsessionat, em valdria de las repeticions con el millor mitjà, com un veritable i potser gran mitjà d'art, tot i que estic segur que els crítics m'acusarien de manca d'art. »

No obstante, me atrevo a decir que no considero a Puig i Ferrerter como un conjunto de casos patológicos, según se complace alguien en señalar y sí como un caso clínico, revelador de uno de los innumerables aspectos que constituyen el problema sexual: La masturbación mental que, si Kinsey rehusa catalogar la sexual, de perversión, por considerarla común con la naturaleza, Puig i Ferrerter rechaza aquélla, al creerla pura invención de la teología y de la mística, pese a que en su libro « El penitent », da pruebas

fehacientes, tal vez inconscientemente, de seguir inexorable la línea trazada por ellos, descendiendo uno a uno los escalones hasta llegar al en que se siente la necesidad de encontrar de nuevo los párajes y personas testigos de su « caso » para revivirlo con los primeros y postrarse a los pies de los segundos llorando e implorando el perdón de los que considera ofendidos.

En su libro se revela « Janet » demasiado sumergido en la lectura de los Salmos, de los Proverbios, del Eclesiastés, de Isaías. Pastra nos revela haber encontrado extrañas cogitaciones en la Biblia y haberle dicho : « Mira « Janet »; fa massa temps que aixó dura. Jo et vaig posar la Biblia a les mans. Però la Biblia és un llibre terrible. Com un alcaloi-de violent, te l'has d'administrar amb cautela : un abús de la Biblia et podria convertir en un místic o en un misantrop. »

Así le vemos explicarse con Pastra, recorrer la casa de los Marthenot, y revivir en las habitaciones y muebles cada uno de los episodios de que había sido actor : « Allá al racó hi havia hagut el llit, allá ella el besava als ulls, al front; després als llavis. » Confesarse con el cura Maugrignon, complaciéndose en relatarle sus estados pasionales : « Jo, pare, havia seduit una noieta, tot just púber, de no més de catorze anys. En el fons potser ella m'havia seduit a mi. Però jo volia la culpa per a mi, i ja ho veieu, pare, el que vaig fer amb Marina. ¿I recordeu aquella bona i dolça Ginette? Com aquestes dues, us en podria anomenar un reguitzell. » Visita Ginette : « I vet açí que ara amb els seus besos i les seves abraçades, amb la calor del seu cos encara no marcit, li tornava fer sentir alló tan sensual que havia estat la perdició de « Janet » i a que ell, després de la seva tràgica aventura amb Mari-Stella, s'havia proposat de renunciar. » Y rinde casi pleitesía a los que un día fueron sus amigos, convertidos hoy en implacables enemigos. Hace venir de Cataluña a « Josep » el aventurero, compañero eufórico de sus eufóricas aventuras juveniles por tierras francesas y, a la madre de Romber, viejecita que espera con toda ilusión la salida de su hijo de la cárcel adonde fue a parar por el asesinato de su padre, la obliga a revivir aquel crimen con una crueldad imperdonable por el orgullo de declararse culpable del hecho y poder con todo desparpajo arrodillarse « als peus de la dama, posà el cap sobre els seus genolls, li agafa les mans, que durant estona no deixà de besar i de mullar de plor. »

Es indiscutible que con Puig i Ferrerter asistimos a una de las deformaciones sexuales por la gran mayoría ignoradas, pudiéndonos formar una idea aproximada de los destrozos y sufrimientos que ocasiona la naturaleza en el cuerpo humano y formar un vacío en el cerebro que puede arrastrar al paciente a cometer una serie de sinrazones verdaderamente inexplicables. Freud y Kinsey, osaron abordar científicamente el problema,

Este es el hombre del que te hablo

por CAMPIO CARPIO

AUNQUE a hisopazos le bautizaron y cristianizaron Augusto, Montiel Ballesteros está avergonzado de « poseer un nombre como los que firman los cheques, las declaraciones de guerra, las condenas a muerte y... los libros ». En su gloriosa eternidad de haberse consagrado a escribir cuentos, poemas y novelas para los « grandes y pequeños, soñando encontrar al niño dentro de nosotros », confiesa que conoce pocas ideas, pero sirve bien a aquéllas que le son caras, aludiendo ser como los « eruditos enciclopédicos, detentadores de innúmeras, para no ser fieles a ninguna ». El se considera simple « coleccionista de nubes, enhebrador de sueños, constructor de ilusiones, fabricante de colas para ranas, segregador de clorófila para el año verde... » que ha buscado desde joven la fuente de la humildad y no sólo se ha bañado, sino ahogado en ella.

Millionario de esta pobreza a lo largo de su vida victoriosa, ha sido felicitado por las águilas, las cruces, las gaviotas, el viento y las golondrinas, por la rosa y el embú, las calandrias y los grillos, en su iluminada república en que mora, en su península oriental de Punta Gorda. Rodeado por una avalancha de libros, entre malvones y tupido bosque de hieráticos pinos mansos, en un promontorio ideal, con frente al mar, va creando y sembrando personajes que extrae del aire, del sol y de la ternura, atrayendo al forastero que « unta su pan con dignidad », escapado del « ruido de las cadenas y los grillos de la libertad ».

Dos libros de Puig y Ferrer

pero me atrevo a declarar que las tinieblas que lo cubrían, siguen escondiéndose en su verdadera magnitud.

¿Rectificación del concepto que me ha merecido siempre como gran escritor Puig i Ferrer o bien del criterio emitido en anteriores artículos sobre el carácter e importancia del « Pelegri apassionat ? ». Ni una cosa ni otra. Sigo considerando a su autor como el más grande novelista que Cataluña ha tenido, y por lo que se refiere a la obra que vengo comentando desde hace algunos años a través de los diez tomos salidos afirmo que, a pesar de sus obsesiones, producto de un estado pasional hartado conocido, y de sus repeticiones constantes que hacen extensas, muy extensas, ciertas descripciones dándole una lentitud aletargada, la habilidad y enjundia de la pluma de Puig i Ferrer dejándose sentir de manera incontestable, colman con bastante acierto aquellas, para mí, lagunas. Además añado que, si como escritor le debemos horas deliciosas, con el « Pelegri Apassionat » le deberemos también el habernos dado a conocer ampliamente ciertas raíces de un problema digno de ser reconocido y estudiado y hasta ha poco clasificado como « tabú », vivido y padecido por él mismo. Y con singular audacia.

J. GUIRAUD

Elne, noviembre 1963.

Es un simpático ejemplar humano que ya dio a publicidad más de cuarenta títulos y aún no ha encontrado editor oficial para sus libros. Su estampa personal se hace « bien visible a quien vea al hombre con sólo mirarlo; su obra literaria se halla en la conciencia de cuantas personas viven preocupadas por los problemas de la cultura ». Lo define así el bueno de Ferrándiz Alborz, ausente muy temprano, significando que, en general, la crítica « no le ha sido muy propicia », y no porque su obra encierra conceptos negativos, sino por ese vuelo literario, fresco y libre que fluye de la misma, resplandeciente. Algunos de sus contemporáneos, como Alberto Lasplaces, lo presentan una revelación presentable, una verdadera personalidad literaria como narrador, desde la aparición de sus « Cuentos uruguayos », que lo conforman como uno de los más insignes representantes de este género. Pero esta definición dice bien poco, tan luego que se refiere a una obra de juventud. Si bien Montiel Ballesteros prosigue cultivando y perfeccionando la narrativa, preciso es considerar toda su obra en conjunto, desde sus tres primeros libros de poemas hasta acá.

Algo más amplio en su juicio ha sido Alberto Zun Felde, que ve en Montiel Ballesteros una natural y fundamental condición poética, que campea en todos sus libros, llevado por ese entusiasmo de juventud al que no ha logrado sustraerse. El mencionado escritor, en un comentario académico destinado a reseña de diccionario, señala que halló la vena de su creación literaria en el sentimiento nativo, tan acentuado como que es la nota característica e inconfundible que le distingue con rasgos singulares de entre sus contemporáneos. Fue un cultivador apasionado del cosmopolitismo poético en sus comienzos, « a manera de sus maestros modernistas, de Darío principalmente », pero su contacto personal en Europa con lo antiguo y moderno, frente a los mármoles ilustres del Renacimiento, que polarizaban su idealidad, le infundieron esa bondadosa cualidad de lo íntimamente criollo, « la nostalgia de sus fragantes campos salteños, por donde había corrido siendo muchacho, que le rebozó el corazón. »

« Caminando entre las antiguas piedras y los bronceos gloriosos, agrega Zum Felde, sintió gusto de pitanga y camoatí en la boca; tras los lienzos famosos de los museos, avistó, en íntimo espejismo, los verdes tréboles de las cuchillas lejanas por donde galopaban los horizontes el monte tupido en que durmió la siesta sensual de enero, la rueda del mato y de los cuentos en torno al fogón campesino, las calles solitarias del pueblo tras cuyas tapias se escondían las malicias precoces », despertándose en él la « ternura del pingo coscojero en el que compadrea los domingos al pasar frente dentro de sí al paisanito que había sido, que era, y así dio en escribir cuentos nativos, algunos de ellos recuerdos de relatos oídos de los gauchos en la cocina de campo, amplia, acogedora y cordial que tan grandes sugerencias históricas habrían de dejar en la literatura rioplatense.

Montiel Ballesteros « había encontrado su camino y su personalidad » o, más propiamente, habiase reencontrado con el paisaje de las lejanías, con esa anchura de matices que despierta el campo abierto, el despoblado con horizontes sin fronteras, libremente propicios para dar rienda suelta a la imaginación y a la brida del caballito criollo tan identificado con el hombre de estos rumbos. Pero aun siendo en parte exacta la estampa del eximio crítico que es Zum Felde, no abarca más que dos cualidades « espontáneas de su temperamento : un fuerte realismo sensual y una ironía, ambos de genuína cepa criolla », hasta transformar su « impulso intelectual » de realismo en sensibilidad, porque las pasiones despertadas eran « expresiones sensitivas, emocionales, patéticas », que aparecen en el contraste, en el choque de sus emociones.

La obra literaria de Montiel Ballesteros y que abarca diversos géneros, desde la lírica, cuentos, novelas, fábulas, teatro, aforismos y libros para niños, ha sido « llevada a cabo con elementos de pasión artística, emoción social y exaltación de los valores humanos y terrigenos de su patria », consigna Ferrándiz Alborz, y dan noticia de una vida prolifera « consagrada a las letras que, podríamos decir, son espíritus porque están escritos con sangre ». Porque Montiel Ballesteros se « halla inmerso en su literatura », en esa prosa redondeada de donde emerge el fondo poético que rodea su vida y sirve de aliciente para perpetuarse en lo moderno. De esa labor seria y responsable, concebida en términos de arte, impregnada de esa fluidez que le caracteriza, surge un escritor comprometido, que « milita en la línea de los que no hacen de la literatura una profesión para distraerse, sino una emoción para torturarse », como plásticamente Ferrándiz Alborz lo patentiza con sabias palabras, o lo que equivale a pronunciar el propio mensaje de un hombre atormentado que se desenvuelve a codazos en este drama humano que presentan las contradicciones de la vida contemporánea.

Encasillar a Montiel Ballesteros como cuentista simplemente, « género literario específico al que muchos críticos se refieren » por tratarse de composiciones breves, nos parece minimizar su ámbito expresivo, pues que, por lo general es la novela donde su espíritu se ha extendido con mayor libertad creacionista y donde adquirió mayor volumen su arte constructivo. El ha tomado el cuento, la fábula y sus creaciones denominadas de libros para niños como un válvula de escape recreativa, más bien de emoción poética, para encerrar un estado de ánimo y plasmar una intención fugaz como una imagen. Esta particularidad de lo breve le permitió captar metáforas simbólicas prohibidas en el verso. La prosa, en que Montiel Ballesteros hizo buena poesía, le resultó más dúctil y domable para sus fines. Y si bien, al cabo, toda la obra de

Este es el hombre del que te hablo

este escritor insigne no deja de ser un poema, cuyos títulos ya lo denuncian, ha conducido su fértil emotividad por los canales más simples de su imaginación. El abigarrado número de obritas que ha recogido en más de veinte volúmenes, parten desde orígenes distintos y lejanos, pero llegan a un punto terminal, con esa frescura que los singulariza y la sana intención de pequeños poemas que las precede.

Pero donde este uruguayo ilustre se encuentra a su gusto es dentro del relato y la intención novelesca, que le aporta materiales humanos para arrastrarnos en su compañía a los campos del ideal. Desde que apareció « La Raza » hasta « El mundo en ascuas » han transcurrido como ocho lustros. En ese largo deambular por el mundo de sus creaciones, no siempre ha permanecido aferrado al mismo paisaje visto de distintos ángulos. Sin haberse desviado de su sentimiento nativista y sin perder el perfume de la tierra que exhala su obra, ni la inocencia y bondad campesina tan soldada al corazón sudamericano, los personajes de sus novelas se acercaron más a la ciudad. La civilización los trajo hasta el asfalto por nuevos caminos que acertaron todas las rutas.

« El gaucha Tierra » nos da esa nota creadora y recreadora del hombre moderno con atuendo antiguo, que discurre movido por emociones distintas, dentro de un universo más amplio, exaltado por el apasionamiento de lo moderno que trastocó desde la roca del subsuelo en que estaba cimentado hasta las capas del firmamento social, sin haber renunciado al ambiente pampeano de donde procedía. Montiel Ballesteros se siente huérfano y enjillado entre la población urbana. No es un escritor de ciudad que se entusiasma por los argumentos artificiales de la rutina industrial. El conoce las pasiones individuales que encierran la vida y automatizan el espíritu, sometiéndole a tremendos sacrificios. El panorama de sus creaciones abarca límites sin alambres. Sus personajes no se resignan a desenvolverse su existencia en la estrechez ciudadana. El toma toda la tierra como suya para hacerla una sola propiedad. No circula por estrechas calles ni anchas avenidas, que aun en los suburbios, le comprimen y deprimen. Sus gauchos se encuentran a gusto detrás del sendero que tiene el horizonte como punto de partida. Y aunque hablen el lenguaje, un lenguaje propiamente ciudadano, son fieles al antecedente autóctono, con esa agudeza y discernimiento paisano que es lo único que nos queda de lo mejor que ha creado el sentimiento histórico como genuino fermento de la tierra americana.

Montiel Ballesteros no ha queda detrás de la evolución. Hombre que vive las inquietudes diarias de este pasmoso trajinar dentro de un mundo de maravillas y de penurias refinadas, como contraste, se dejó arrebatar por toda suerte de emociones. Cada día experimenta sensaciones nuevas que trata de darles forma aprisionándolas en su alma. Entre « La rosa y la calavera » y « Juansinnada » hay una gran lucha que ya anunciara con pregoner « La jubilación de dios ». Forzoso es

llegar aquí, tomar participación en este banquete para comprender por qué Montiel Ballesteros no es escritor promovido al academismo y acreedor a los incienso oficiales. La perseverancia y responsabilidad artística puestas en una labor de medio siglo, con ese candor y riqueza del ambiente, no le amodorraron en los sillones del oficialismo literario porque, antes que escritor es un hombre de pensamiento libre. Probablemente algún día han de editarse sus obras completas por tratarse de uno de los escritores dignos representantes de su generación. Quien tanto hizo por llenar con arte e ideas el ámbito de la literatura uruguaya, creando un mundo de nobles personalidades, que son todos sus personajes, con esa manera tan gráfica, sabia y libre con que se expresan, orgullo merecido será para quien lo intente. Hoy, sin embargo, todavía es Montiel Ballesteros el dueño de su fuerza creadora y expresiva, que le ofrece libertad para incursionar en los rincones del alma humana y sacar a flor de su piel dientes violáceos de las heridas ulcerosas.

Montiel Ballesteros no admite, ni en poesía ni en otra manifestación artística otra forma de expresarse que la directa y elegantemente, sin limitaciones para la libertad. El vive un universo libre que le infunde a sus imágenes, a las cosas y creaciones inanimadas de que es autor paternal. Esa fraternidad que le envuelve es la que garantiza para sus metáforas, apólogos y sentencias. Si él se siente libre, contagia la misma situación a los demás por vía del lenguaje. Hombre desprovisto de atavismos sociales o prejuicios políticos y religiosos, sus creaciones imaginativas se desenvuelven en un ambiente de pureza y ética muy particulares. Así como él no podría vivir en otro mundo que no fuera el de la libertad, es por ello que su literatura tiene un « dinámico fondo social histórico » y se sirve de la piqueta « materia hasta darle una intensa » vida de unidad fraterna.

De entre los grandes escritores hispanoamericanos, Montiel Ballesteros se caracteriza como uno de los más representativos, que no es posible hacer a un lado al estudiar el curso de la literatura en este continente. Sus argumentos trasponen los convencionalismos, saltando como disparados por « flechas, desde el primer momento, para dar en el blanco emocional, dramático o trágico, irónico o cómico, sarcástico o humorístico ». El hombre y la tierra, el drama y el paisaje constituyen las pasiones que evoca y transfigura con « patetismo saturado de suave gracia irónica », de humor trágico como un clamor propio frente a las complicaciones de la vida.

Versado en teogonías, Montiel Ballesteros es hombre de fe ardiente en cuanto al porvenir del destino humano. Toda su obra respira esa confianza que a borbotones sale de su prosa trabajada por tan eximio artista. No podría pensar otra ma-

nera quien fue ungido con « savia de pinos, palmeras, coronillas y ceibos » y que pertenece a la « exquisita especie humana » de la rebeldía que, comúnmente, se paga « con alma y con sangre, y hasta con hambre ».

Montiel Ballesteros dice que « la vida es un tesoro que, generosamente nos ha concedido en préstamo el misterio y que nosotros dilapidamos, menospreciamos, lo volvemos turbio y sucio, olvidados que no sólo debemos devolverle intacto, sino acrecido, puro y glorioso ». Refiriéndose al arte, consigna que lo « abstracto significa un individualismo tan extremo, que negaría la comunidad de los seres humanos que, conspirando contra su autenticidad se erigirían en cantidades solitarias, rodeadas de valles y muros infranqueables. Solos no nos es factible colgarnos en el madero, herirnos en el flanco, hundirnos en pies y manos los clavos despiadados, coronarnos de espinas y atraer a nuestros labios reseco la esponja de vinagre ».

« Las palabras han declarado la huelga general en protesta contra los sofistas y mistificadores, que las vacían de sus latos contenidos y rellenan con sus falsificaciones. Tamaña subversión las coloca contra el muro ante un piquete de fusilamiento. »

En estos apólogos Montiel Ballesteros « mira a los hombres como filósofo después de haberlos exaltado como artista », dice Ferrándiz Alborz. Y cosa rara, como « artista los vio grandes y pequeños, y lo mismo al contemplarlos filosóficamente, pero en ambos casos dignos de compasión y de perdón. Acaso porque los ha comprendido integralmente ».

CAMPIO CARPIO,

Buenos Aires.

● Ver en página 15 nota bibliográfica sobre Montiel Ballesteros ●

UMBRAL

Revista de arte, letras y estudios sociales

Giros: C.C.P. Paris 1 3 5 0 7 5 6
Roque Llop, 24, rue Ste-Marthe
Paris (X)

TELEFONO

Red. y Adm.: BOT 22-02

Número suelto 1,00 F.

SUSCRIPCIONES

Trimestre 3,00 »
Semestre 6,00 »
Año 12,00 »

Extranjero

Semestre 6,50 »
Año 13,50 »

Avión

Año:
América del Norte 21,60 »
América del Sud 26,40 »
Oceanía y Extremo
Oriente 34,80 »

LA VENDIMIA

III

ESTABA en tales desgarradores pensamientos cuando el viejo viñatero se encontró con su mujer, cerca del molino, donde ella había salido a esperarlo para obsequiarle con un humilde pero sabroso yantar que sus manos diligentes y cariñosas habían preparado. Y como el campesino se apresurara a referir lo que acababa de escuchar a la Engrasia Tunales, la Rosalinda, herida en lo más vivo de sus entrañas, se apresuró a responder:

— ¡Qué barbaridad! Esa maldita perra es capaz no más de decir no sólo eso. Cuando el otro **diya** dicen que **jurau** que me ha visto a mí **cospachándose** con el Cosme en la quebrada y ha **corriu** con el invento donde la Rosita, sólo con la **temeridá** de amargarle a la **imilla**... Lo cierto es que esa víbora es capaz de todo. De jirme que a vos te habrá dicho que yo, también, como la Hermela, me vivo con el Huarmi-Cusichi. De creyerla a la Tunales, sólo **jaltaría** que el Huanca te empreña a vos, también, que sólo por zonzo le **prestais** atención a todo cuanto se inventa esa endemoniada, **pa** vengarse de la Rosita, que le **ha quitau** el amante.

El viñatero, visiblemente contrariado, se limitó a preguntar:

— ¿Y si **juera** cierto que la mocosa estuviera preñada, aunque no **juera** precisamente **pa** el Huanca?

Pero la Rosalinda, picada, también, lo atajó con estas certeras palabras:

— No **sias** zonzo, Almaraz. ¿Acaso no hemos **palpau** el otro **diya** el vientre de la Hermela, cuando le dió ese **vajido** y no **hemus comprobau** que lo que tiene la aopadita en la barriga son esos sapos, víboras y otros **vichus** que tu hija los **ha bebiu** en la laguna hedionda, como **ajirma** y rejure Sillca, que ha **prometiu** en esta luna hacerle arrojar tuitos esos **vichus**? En además, ¿quién la va a empreñar así, muda y alelada como es, cuando apenas va a cumplir esta pascua los trece años?

Como don Braulio, atormentado de que su yerno era capaz de todo, se atreviera a insinuar que no sólo había oído a la Engrasia eso del Huanca, sino a muchos de los contornos, su mujer se apresuró a remachar también:

— Eso del Cosme, zonzo, son envidias roñosas de la Tunales, porque la Rosita le ha **virlau** el amante y ella se está derriendiendo por el Huanca.

El viejo viñatero, volviendo al anterior pensamiento, que desde hacía días le torturaba, se atrevió a responder:

— No es que yo **creya** que el Huanca se hubiera **atreviu** a empreñarla a la Hermelinda. Pero me acuerdo de que, cuando yo era muchacho, aquí **mesmo**, en el Majuelo, una prima **miya**, apareció encinta a los trece años, como la Hermela. Al principio **tuitos** creíamos que era el **cuichi** y que la **imilla teniya** la solitaria. También, entonces, dijeron que le había dentrau el viento y que había **tomau** de las aguas de la Malmisa. Pero, a su tiempo, cuando la barriga iba a reventar de inflamada, la **imilla** parió mellizos. Y por eso, yo tengo mis barruntos...

Pero la Rosalinda no la dejó concluir: — Pero, hombre de Dios, ¿qué tienen que ver esas historias de tu prima, con la po-

bre de tu hija, que se está muriendo, a ojos vista de todos, por su desgracia de haber nacido muda y algo distraída y alelada? Doña Sillca me ha **jurao** que la mocosa está virgen. La vieja no sólo le ha **chuelliu** la barriga, sino que rejure que la chica no tiene señal alguna de haber sido desflorada, ni siquiera por el Supay. Y en además, ¿quién se va a atrever con una idiota y muda, y menos el Huarmi que tiene tantas queridas a la mano?

Y como don Braulio recordara a su mujer, que el año pasado la Melchora Infantes, también idiota y tullida, tuviera un hijo, que todos decían que era para el Huanco, su mujer respondió:

— El caso de la Melchora es otro, hombre **endemoniau**. La Melchorita **teniya** entonces quince años y eso de que la hubiera **empreñau** el Huanca es otra **perversidá** de la Engrasia, que es una envidiosa y malhablada. Ya **vis** lo que de mí **mesmo** anda diciendo. Lo mejor sería que la llevemos a la Hacienda en cuanto termine la cosecha. Me han **asegurao** que el patrón, como **médicu** de animales que es, hace arrojar la tenia con sólo dando las raíces de la granadilla y unas pastillitas que hasta a los bueyes los desinflan cuando se **atorsonan**...

Pero don Braulio, acordándose nuevamente del doctor Inchauste, que había prometido operar a su hija, afirmando que la chica sólo tenía un enorme quiste, se apresuró a decir:

— Don Alvarau dice que la **jinchazón** de la Hermela es un tumor **malino** y que en el hospital del pueblo hay un doctorcito que recién ha **llegau** del extranjero, que se animaría a abrirle la barriga a la **imilla** por sólo trescientos pesos... Y como ya **sabis** que **juera** de los **rialis** que estamos reuniendo, la cosecha tá buena...

Pero como la campesina se apresurara a jurar que jamás consentiría que su hija **sia charquiada** en el Hospital como su hijo menor, la mujer concluyó diciendo:

— No me vengáis **agora** con esos **disparatis**. Antis de verla a la pobrecita en manos de esos matarifes, **prejiero** verla reventar a que la hiciera arrojar los **vichus** doña Engrasia, quien, también, quiere zanjarle la panza, como a las reses cuando se **jinchán**. Doña Quispe dice que la **jinchazón** es de la **mesma** ley que las de las vacas y que ella la sanaría con sólo punzarle la barriga y hacerle arrojar el aire, los **vichus** y la tenia gigante que la mocosa tiene en las tripas.

Y como el viñatero conciliador, insistiera que el doctor Inchauste, recientemente había curado a una chiquilla como la Herlinda, que también tenía un tumor y hablara de llevarla primero a las aguas benditas de Santa Lucía, donde se habían operado curaciones verdaderamente milagrosas, la Rosalinda, recordando las pesadas faenas del día, transigió con estas palabras:

— Güeno, hombre de Dios. Eso lo veremos a su tiempo... Aunque yo **prejiero** primero que la destripe doña Eufrasia. El otro **diya** **lay llevau** a la **imilla**, donde la santiguadora y ella me ha **jurao** hacerle arrojar los **vichus** y hasta dice que después le haría volver el habla, pues el susto del rayo dice que tiene que ver, también, con la **jinchazón**.

por Humberto Guzmán ARCE

— Pero como don Braulio insistiera con otros argumentos para convencer a su testaruda consorte llevar a la chica al pueblo, la Rosalinda, como dando fin a la larga tertulia y mientras se levantaba para ir a atender a la peonada, que llegaba ya para el caldeo y la merienda, se limitó a decir:

— Güeno, hombre. **Pa** no estar en **discusiones** en este **diya** que hay tanto que hacer, si no la sana primero la **Quispe**, la llevaremos a esos baños, de que tanto he oído hablar, y luego, sólo en último caso, y a la desesperada, donde esos **médicus** del **poblao** que mataron al **Pegrito**. Aunque tengo mis barruntos que felizmente no habrá **necesidá**...

Y como don Braulio recordara a su vez, las muchas tareas que faltaban para terminar la vendimia, con el último bocado, presuroso saltó, él también, a proseguir la pesada aunque siempre alegre recolección, que él estaba seguro marcaría época en los anales del contorno...

IV

Pero a medida que el ingenuo campesino marchaba a su casa, en busca de su hija menor, un pensamiento quemante como el fuego y acerado como una daga, taladraba su cerebro, llenando de sombras y de angustias su dolorido corazón.

¿A qué extraños e inexplicables maleficio se debía que su última hija, la más preciada y querida, precisamente por sus desgracias, fuera de sus defectos de aopada y de muda, se le hubiera hinchado últimamente el vientre de forma tan desconocida como alarmante? ¿Estaría realmente embrujada, como afirmaba la vieja Sillca, había bebido de las endiabladitas aguas de la laguna, como afirmaba la Quispe... o simplemente la chiquilla tenía en el estómago la temible solitaria, o un quiste maligno, como había asegurado el médico de la ciudad? ¿Le había entrado quien sabe el arco iris, como afirmaban otros curanderos, o se habría dormido a la sombra del molle maldito, donde habitaba el Supay, y era cierto que el genio diabólico la había empreñado y hechizado con sus artes satánicas y ocultas? ¿Sería posible, que la chica, ignorante y aopada, hubiera sido víctima, también, del aborrecible Huarmi-Cusichi, ese endemoniado alegrador de mujeres que, así como había encintado a tantas mozas del Majuelo, sanas o enfermas, lindas o feas, jóvenes o viejas, la habría **desgraciado** también a la chica?

Pero no. Esto último no era posible. La mudita apenas había cumplido ese mes los trece años y era del todo punto monstruoso albergar siquiera tan repugnante idea. La tesis de que la chiquilla tenía un enorme tumor o una gigantesca solitaria, encontraba por ratos, cabida en el ingenuo cerebro del labrador. Pero la forma desconocida y desusada con que el vientre de su hija crecía, y las formas esculturales de todo su cuerpo, los pezones erectos, prominentes y reventones, y otros delatadores detalles, obligaban a pensar en otra cosa.

LA VENDIMIA

¿Sería posible que a la chica le hubieran dado un maleficio, como todos lo creían en la región, o estaba inflamada por los aires malsanos de los pantanos de la Malmisa, como le había asegurado su compadre Emeterio, quien le había prometido sanarla, haciéndole una certera punción en el vientre, siempre que él y su mujer se decidieran por tan peligrosa y extremada pero única salvación?

Estaba sumido en estos dolorosos y desgarradores pensamientos, cuando el viejo viñatero vio salir de la casa al aborrecible Huarmiti-Cusichi, ese **endulzador de mujeres**, como lo llamaban todos en el expresivo y gráfico lenguaje de sus mayores. Para el colmo de la casualidad, detrás del endemoniado Huanca, don Braulio vio salir de la cocina a su hija menor, con su andar desvaído y su risa histérica e inexpressiva.

Sintió el gañán impulsos de precipitarse sobre su maldito yerno, pero en ese instante se encontró con Rosita, la esposa del Huarmiti-Cusichi, que le recordó la monstruosidad de su pensamiento. Y como arrepentido de haber abrigado en su alma, idea tan temeraria y absurda, se encaminó a su casa en busca de una jarra de vino, pues sentía que su garganta se había secado y una sed agobiadora lo devoraba. Por momentos la cabeza le daba vueltas y las ideas se le agolpaban en la mente, incoherentes y sin sentido, como si estuviera al borde de volverse loco.

Pero al llegar al lagar, donde los macizos jayanes pisaban la uva, haciendo chorrear generoso y abundante el sagrado y meloso jugo de los dioses, que pronto lo harían rico, el viñatero, sin querer, como movido por el subconsciente, volvió a pensar en la monstruosa idea de que el temible Huanca, que era capaz de todo, se hubiera atrevido, quizá, ahora mismo, hacía un instante, de disparar sus infalibles como abyectas saetas en la mudita.

Y al verla otra vez con la barriga inflada, como una pompa de jabón, próxima a reventar, el anciano, ya fuera de sí, aceleró sus pasos.

A medida que se iba aproximando a la casa, vio que el vientre de su hija estaba tan hinchado que los cortos pollerines de la aopadita, se levantaban por encima de sus arqueadas piernas en forma tan alarmante y risible, que la barriga de la chiquilla parecía realmente un globo tan enorme y descomunal, que de fijo reventaría al sólo apuntarle con el dedo. Estaba tan tenso, erecto el vientre de su hija, que el ingenuo campesino creyó por un momento que, fuera de la tenia y otros bichos inmundos que habían crecido en la barriga de la mudita, a lo mejor ella pariría dos o tres criaturas, como había ocurrido últimamente con la hija de doña Anastasia Condorina, que había dado a luz tres enormes y deformes monstruos, con órganos y formas de animales, como si la madre se hubiera acoplado con ellos... Y recordando ciertos reveladores y odiosos detalles, don Braulio, como saliendo de la densa noche de la ignorancia, para entrar en la luz radiante y maligna de las dudas y sospechas, no pudo dejar de pensar, aunque sea por un minuto, en la repugnante idea de que quizá la aopadita de su hija, viendo ayuntarse los animales, ella se hubiera acoplado con las bestias, como comprobaron lo ha-

cía un pastorcillo semi loco con ovejas y cabras.

El viejo y malicioso campesino, a medida que se acercaba a su casa, como en una cinta cinematográfica, hizo desfilar por su enloquecido cerebro, una serie de imágenes, a cual más absurda y temeraria, acerca del origen de la insólita hinchazón de su hija, sin lograr acertar ni siquiera aproximadamente, con la **única** y posible explicación: el inocente tumor o la tenia, como habían sugerido los médicos del pueblo, ya que el embrujamiento y las otras tesis, eran por demás absurdas y descabelladas, dada la virginidad, edad e idiotéz de la mudita.

Pero apenas el afligido viñatero llegó a la casa y salió a recibirlo la zagaleja, con sus ojos inexpressivos de opa, al detenerse por primera vez en las formas insinuantes de su hija, en su larga cabellera castaña, en sus labios bermejos y lascivos, en sus pechos erectos y prominentes, como pequeñas colinas, al ver que sus pollerines se izaban por delante, acordándose, cual una banderola flameando



con el viento, y que el redondo y turgente vientre de la pequeña era ya una especie de globo, inflado al extremo, próximo a reventar, tomó de la mano a su hija, y apenas penetró con ella en la vacía cocina, con las señas y el lenguaje mudo más expresivo que pudo inventar, en vano le preguntó anhelante y furioso, a qué se debía esa fatal hinchazón.

La mudita, por toda respuesta, se había limitado a llorar desconcertada, saliendo a toda carrera en busca de doña Rosalinda, como para hallar en los cálidos brazos de su madre, el refugio que, en ocasiones parecidas, había encontrado la desventurada idiota.

Pero las pesadas e interminables tareas de la vendimia, con más la colmada jarra de tinto que se bebió de un tirón el viejo hortelano, volvieron a hacerle olvidar los infortunios y deprimentes sucesos de momentos antes.

Como la luna colgaba ya en el cielo su gran perla redonda, derramando su luz lechosa y tibia, vendimiadores y vendimiadoras se juntaron en la era. Salieron al gran patio de la casa, cañeros, flautistas y orqueros, y las coplas se enzarzaron como los zarcillos de las parras en tiempos de primavera, ya amorosas, ya irónicas y retadoras, mientras las parejas comanzaron el baile.

Horas más tarde el entusiasmo era tan grande y general, que unos cantaban con voz cansina y ronca, y otros seguían danzando cabizbajos, mustios, rendidos por la faena, el vino y el zapateo. Y mientras

los más reñían y discutían acaloradamente sobre la inexplicable y misteriosa hinchazón de la **embrujada**, otros roncaban en el suelo la borrachera, los demás, menos ebrios, por parejas, se perdieron en la densa huerta, donde, con el generoso calorillo del vino, encendieron nuevas lumbraradas de pasión y, como toros in-fatigables, prosiguieron la ruda faena del amor lascivo y sensual, que habían iniciado a mediodía, a plena resolana...

y V

Hacia quince días desde la memorable vendimia del Majuelo que, conforme proveyó don Braulio, llenó todos los cubetones y vasiñas que pudo allegar para la abundante cosecha. Hacia tiempo que el afortunado viñatero había vendido ya varias fanegadas de trigo y numerosas cargas de maíz.

Un constante ir y venir de mulos y boricos cargados animaron esos días al Majuelo y cada noche, el viejo labrador recordaba con doña Rosalinda las ventas del día. Pagados todos los peones y deudas mayores, en la petaca del dormitorio, asegurada por enorme candado, los esposos habían reunido casi una fortuna con lo que había suficiente para llevar a la mudita a la ciudad, ya que el viejo Silca, en lugar de hacer decrecer la cada vez más pronunciada hinchazón de la rapaza, se había contentado con jurar que, en ese cambio de luna, la chiquilla, no sólo aflojaría del vientre los sapos y culebras que en él habían crecido, sino que el **cuichi** también saldría junto a la solitaria, para todo lo cual la vieja hechicera estaba haciéndole beber esos días unas yerbas prodigiosas que doña Rosalinda había autorizado secretamente, antes de decidirse por el extremo de que la chica sea **charquiada** en el Hospital.

Y como los muchos quehaceres no habían permitido a don Braulio llevar a su hija al **poblao**, la luna nueva, como una hoz de plata, manejada por el hortelano invisible, comenzó a espigar en los campos del cielo, y apagándose en el agua sombría del río, se perdió entre opacas nubes que aparecieron en el firmamento. Y en ese preciso instante, la mudita, descajada, pálida, ojerosa, comenzó a retorcerse como una serpiente herida de muerte, y hasta dicen que pronunció algunos gritos y misteriosas palabras que revelaron a todos que realmente se moría de susto y de dolor.

Entonces, mientras la angustiada madre corría a la cocina a preparar una tisana y don Braulio salía en dirección a la casa de don Emeterio, el único curandero de la región, la hermana mayor de la enferma corrió en busca de la vieja Silca. El Cosme Huanca no pudo hacer nada, porque ese día había ido al pueblo llevando unas cargas de trigo y recién regresaría al mediodía.

Cuando don Braulio volvió a la casa con don Emeterio, ya había pasado todo. Doña Rosalinda, ayudada de la bruja y de su hija mayor, habían sido las que asistieron a la pobre mudita que, por fin, iba a arrojar el **cuichi**, la solitaria y los sapos y culebras del embrujamiento, con los malos aires de la laguna maldita.

Pero en el preciso instante en que llegó don Braulio con el curandero, su mujer se le aproximó con un envoltorio en

El problema de España y los intelectuales

por FONTAURA

Y A sabemos que muchas veces el estado de ánimo del individuo lo determinan las condiciones ambientales en que éste se desenvuelve; saturado de optimismo cuando todo va viento en popa, atosigado por el pesimismo en los casos en que el horizonte del vivir se presenta nublado. Pocos aquellos que, en el peor de los casos, contra corriente mantienen coraje y esperanza. Aduciendo lo prolongado del exilio, fijando la atención en los draconianos métodos represivos del fascismo hispano, hemos comprobado una sicosis de desaliento por parte de refugiados. Han considerado éstos que la dictadura franquista ha conseguido acotar las energías y yugular, en la España actual, todo conato de franca, de declarada disconformidad al respecto del régimen. Afortunadamente, una vez más la realidad ha dado un mentis al espíritu apagado, a la mentalidad de renuncia preponderante en algunos.

Las viriles manifestaciones huelguísticas de los mineros asturianos han tenido relieve, como las huelgas pasadas, en Asturias y en otras partes, durante el vigente período de tiranía. Han evidenciado el necho de que ya no solamente se masca en la sombra, en la apartada cautela, el descontento, la adversión, sino que, contra viento y marea, el impulso de protesta flamea a la luz pública a modo de la gallarda vela de una trainera en el mar azul. Se ha visto como la voluntad de los productores, puede, de proponérselo, romper el dogal de las leyes coercitivas, aseguradas por los más brutales mercenarios de la ralea policíaca.

Y siguiendo al eco de las huelgas de Asturias hemos podido admirar el hondo sentido humano y la firmeza de expresión de dos documentos avalados, uno y otro, por un denso contingente de intelectuales de distintas profesiones, de diversos modos de pensar. Unidos todos por el mismo

sentido de dignidad humana, no han podido por menos que significar su repudio a unos procedimientos, a un régimen manchado por la peor ignominia.

Tienen singular importancia esas huelgas y los documentos en cuestión, porque, habida cuenta de los métodos represivos del régimen, oponerse al mismo, aún haciéndolo de la forma menos violenta, significa exponerse al pacto del namore en lo concerniente a los trabajadores; significa perder las ventajas de una situación más o menos asegurada y cómoda por parte de los intelectuales. Merece estima, merece el mayor reconocimiento una conducta así.

Quienes en tierras del exilio, seguros, tranquilos, consideran que la situación de España se alarga mucho; que ya no se puede hacer gran cosa, puesto que nadie ayuda, y que es utópico pensar en sacrificios, que casi ya nada de útil se puede hacer; quienes van justificando una cómoda posición de inhibición por aburresamiento o claudicante cobardía, debería sonrojarles al reflexionar que allí, en España, en la boca del lobo, brotan raudales de esperanza de quienes, en razón de las circunstancias que viven, más están en el caso de sentirse cohibidos.

En el aspecto material, en el orden económico, es harto sabido que han sido los obreros propiamente dichos aquellos que más directamente, con mayor intensidad, han sufrido las consecuencias de la situación en España imperante. La proliferación de sabuesos policíacos, las continuas prebendas ofrecidas a los altos mandos del Ejército; el desmesurado aparato burocrático, justificación de enchufes, todo ello supone para el presupuesto del Estado un cuantioso balance de gastos. ¿De dónde mejor que del esfuerzo de los obreros obtener lo necesario para cubrir el despilfarro? Es natural que, consecuencia de ello, el descontento se manifieste entre los trabajadores en general. Independientemente de esas razones de carácter material, sería desacertado creer que no hay también las de orden moral, ante la carencia de las más elementales libertades cívicas.

No pocas veces hemos podido leer detenidas consideraciones en torno al valor moral y representativo de los obreros manuales y de los intelectuales. Enjuiciando las cosas con criterio ecuaníme se ha venido a deducir lo improcedente de conceder una primacía, una superioridad jerárquica de los segundos sobre los primeros. Para unos y para otros hay campo abierto en la vida social. Unos y otros ejercen funciones útiles, indispensables: el minero y el médico, el ingeniero y el campesino, el albañil y el farmacéutico, el arquitecto y el mecánico, el que escoba en tareas de higiene urbana y el que escribe en funciones administrativas de oficina; y así en todos los órdenes de ocupación de utilidad pública.

Se ha de tener en cuenta también que en nuestra civilización capitalista y estatal, en la mayoría de casos sabemos que el individuo, en virtud de una deficiente situación económica no puede ejercer aquello que está en consonancia con su peculiar manera de ser, con sus posibles aptitudes y gustos.

Dicho lo que antecede, y aludiendo a los intelectuales firmantes de los dos aludidos documentos, importa destacar el

hecho de que su actitud protestataria, mas que a motivos de índole económica, obedece a móviles de carácter moral. La mayor parte de ellos han venido disfrutando de una vida social holgada, confortable. Podían mantenerse en una posición de inhibición, sordos, mudos a lo que no fueran sus intereses particulares. No lo han hecho así. En su fuero interno la dignidad ha motivado el que consideraran ineludible patentizar sus sentimientos sin miedo a las consecuencias.

Así como en biología se da el caso de lo que llaman «mutaciones bruscas», mudanzas en ciertas especies de seres animales, así del conglomerado humano surgen a veces actitudes, individuales o colectivas, que merecen estima, que despiertan justificada admiración.

Hubo un hombre, poeta y pensador, que por su exagerada afición a jugar con las paradojas; por su acentuada egolatría, había sido objeto de diatribas mordaces, de crítica despectiva inclusive. Allí en la Universidad de Salamanca, en plena euforia, en plena borrachera del fascismo falangista, se celebraba una gran ceremonia conmemorando la llamada Fiesta de la Raza. Militares de graduación, como Milán Astray, jerarquías de Falange, boinas rojas y entorcidos llenaban el paraninfo del secular edificio docente. Se hicieron manifestaciones de grosero, de agrio tono cuartelero. Y aquel poeta y pensador, poblada barba blanca y buen acopio de años, se irguió, sólo entre gentes de instinto bestial, y dijo así: «Este es el templo de la inteligencia. Y yo soy su sumo sacerdote. Estáis profanando su sagrado recinto. Venceréis porque tenéis sorada fuerza bruta. Pero no convenceréis. Para convencer hay que persuadir. Y para persuadir necesitáis algo que os falta: razón y derecho en la lucha.» A todos nos dio un ejemplo, Miguel de Unamuno, de lo que es el sentimiento de dignidad humana.

Leyendo y releiendo uno de los mejores libros de Paul Gille, el que lleva por título: «Esbozos de una filosofía de la dignidad humana», he detenido mi atención en un párrafo bien claro y significativo: «Crear al hombre incapaz de elevar su pensamiento por sobre sus intereses materiales y los de sus semejantes, ¿no equivale a asimilarle a la bestia? Negarle la aptitud de las ideas abstractas, de las ideas superiores, que constituyen la dignidad de su especie, o de tratar esas ideas como vanas ilusiones, ¿no es quitarle su grandeza, su grandeza natural, psicológica, innata? Sí, el hombre es un animal, sometido, por serlo, demasiado lo sabemos, a todas las exigencias, a todas las necesidades fisiológicas de la vida animal; pero es también un ser pensador, un ser dotado de conciencia y de razón, susceptible de concebir y de querer lo «justo», en todos los terrenos, en toda la extensión de la palabra.»

Creo que el mentado ejemplo de Unamuno y el citado ejemplo de Gille resultan bien elocuentes para servir de corolario a lo que he intentado significar en este artículo.

LA VENDIMIA

las manos. Y cuando el viejo campesino se dispuso a mirar, horrorizado, los monstruos y alimanas que habían crecido en el vientre de su hija, se encontró con dos rollizos vástagos, regordetes y movedizos, que lanzaban unos gritos tan fuertes, que no parecían de criaturas humanas recién nacidas.

Don Braulio, estupefacto, al contemplar detenidamente las caras de los recién nacidos, retrocedió espantado. Los hermosos gemelos eran idénticos al maldito **Huarmi-Cusichi...**

Horas más tardes, mientras las mujeres se contemplaban despavoridas y escuchaban algunas palabras incoherentes de la mudita, algunos jayanes, que habían llegado a la casa, atraídos por la noticia, contaron que vieron a don Braulio, corriendo como un huracán, camino al pueblo, escopeta en mano. Y al día siguiente, cerca del amanecer, unos arrieros que pasaron esa madrugada el río, hallaron casi a orillas de la playa, el cuerpo ensangrentado e inerte del famoso Cosme Huanca y junto a él la escopeta de don Braulio, a quien encontraron, horas más tarde, sentado bajo el molle de Supay, a orillas de la laguna hedionda, perdidamente loco... — Fin de la VENDIMIA.

En el Misisipí actual.

JACKSON (Misisipí) — Esto es lo que el negro dice: « Todo lo que yo deseo es tener un fusil y dispararle a alguien. »

Lo dice en voz baja, junto a la sombra del hogar de Medgar Evers, el secretario muerto de la Asociación Nacional para el Progreso de la Gente de Color. Lo dijo en presencia de algunos hombres blancos, entre ellos un detective de la fuerza policial de Jackson, treinta de cuyos miembros han sido designados para resolver el caso de la emboscada que ocasionó la muerte del pacífico y al mismo tiempo valiente negro, nacido en el Misisipí, que fuera durante años una espina en el flanco de los supremacistas blancos del Estado.

Nadie respondió al comentario amenazador.

Tres días más tarde, al final de un «desfile de suelo» de los negros de Misisipí, una fracción minoritaria compuesta por unos 400 negros entre los más jóvenes, animados seguramente por unos pocos profesores blancos de un colegio de negros de allí cercano, vituperaron una falange disciplinada de la policía de Jackson que se hallaba bloqueando la intersección de una calle.

«¡Dispárennos! ¡Dispárennos!», gritaron.

Nadie les disparó. Numerosos jóvenes negros apedrearon a los oficiales con pedazos de ladrillo y botellas. Varios fueron arrestados. Otros fueron heridos.

No se trataba del Misisipí de hace cinco años. De haberlo sido muchos más negros, además de los provocadores, habrían sido llevados a la cárcel. Los que arrojaron proyectiles podían haber sido muertos. Que ellos estaban violando la ley había sido afirmado un día antes por la Suprema Corte de los Estados Unidos.

Pero en el velorio de Medgar Evers, Jackson y el Estado de Misisipí ya no eran lo que habían sido en muchos aspectos.

Inevitablemente la tragedia de Jackson trajo a la memoria de muchos americanos y en la de otros pueblos a través del mundo el trágico tumulto de la Universidad de Misisipí en el que un periodista francés y un reparador de radio de Oxford, Misisipí, fueron muertos. Empero, entre ambos hechos hay una profunda diferencia.

En Oxford, los blancos estaban luchando contra los blancos, al aire abierto. Gente ajena a la universidad cargando escopetas, junto con un puñado de estudiantes libraron batalla contra los alguaciles de la nación, los guardias de los Estados Unidos y, finalmente, contra las tropas federales. La victoria no era solamente la reafirmación de un decreto judicial sino también, para los 18.000.000 de negros de los Estados Unidos, un triunfo para un negro quien, al mismo tiempo, era un símbolo y una punta de lanza.

Los negros del Misisipí y de los Estados Unidos ganaron aquella batalla. No se veían impulsados, al finalizar el hecho, hacia una nueva contienda. Tanto ellos como la mayoría de los negros estadounidenses vieron, en la admisión de James H. Meredith en la universidad, una prístina victoria para su raza. El hecho de que dos hombres hubieran sido muertos y grandes daños hubieran sido infli-

gidos a la propiedad privada y del Estado era, vista la trascendencia de la victoria, secundario.

Pero la muerte de Medgar Evers fue diferente. Como diferente ha sido el clima psicológico en Misisipí en este mes de junio. Desde el último otoño, Jackson —y en un grado algo inferior otras ciudades de Misisipí— ha sufrido una plaga de manifestaciones y demostraciones amenazantes, algunas dentro de la ley, otras fuera de ella.

Las actitudes, en ambos lados, se han endurecido. Una creencia fatalista en un eventual e inevitable choque ha animado a numerosos miembros de una y otra raza. Los titulares de la prensa, a través de todo el país no prestaron mayor ayuda tampoco.

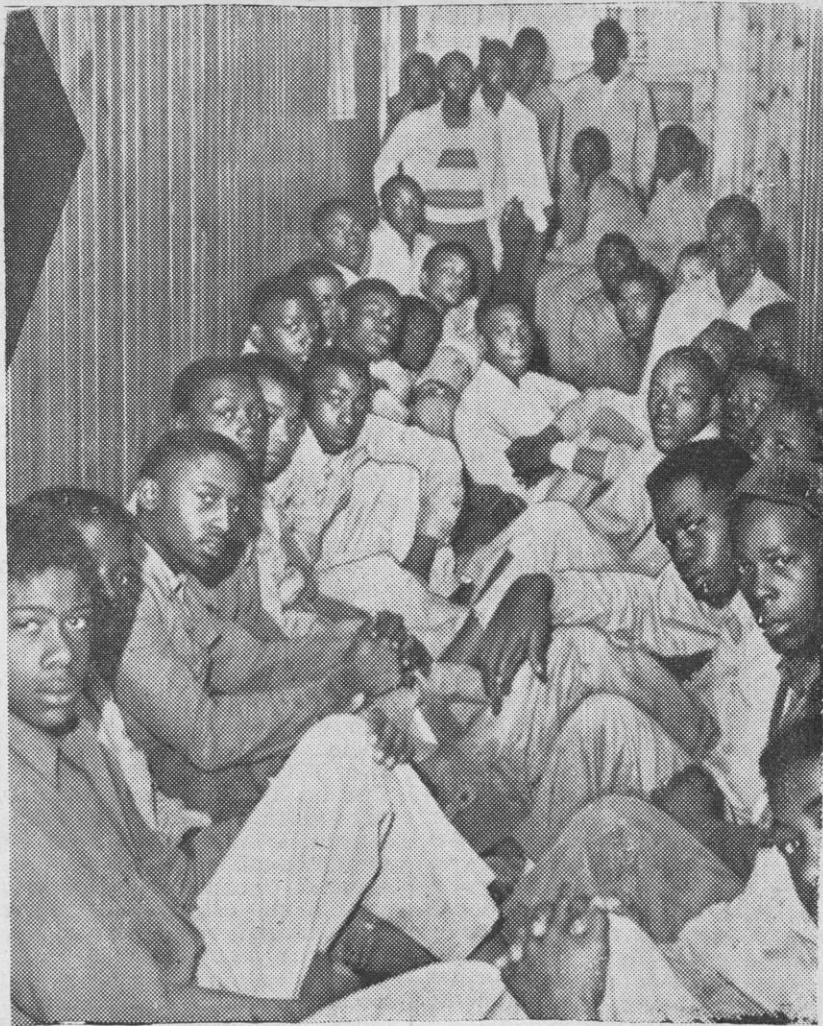
Es indiscutible que tanto el Mayor Allen Thompson de Jackson, un hombre decente, como la policía de Jackson, han estado más restringidos que los oficiales y policías de otras comunidades de un lado y otro de la línea, Mason-Dixon. Pero la gente blanca de Misisipí temió que su Estado, el cincuenta por ciento del cual, casi, está integrado por negros, viviera las escenas de los tumultos de negros como ha ocurrido ya en Washington, New York, Chicago, Detroit, St. Luis y otras partes en donde, normalmente, bien que no siempre, la policía es el blanco inmediato.

Los líderes responsables de uno y otro lado, en Misisipí, han estado ocupadísimo durante meses tratando de convencer a sus seguidores que sólo una tragedia podía resultar si blancos y negros se enfrentaban en las calles con armas y cuchillos, con matracas y antorchas. El miedo es real. Y precisamente porque es real se convierte automáticamente en un incitante. Tiempo y temperamento son diferentes a como eran en el último otoño.

No diré, naturalmente, que Misisipí ha alcanzado el punto del cual ya no se regresa, pero en la actualidad los misioneros, en su mayoría, están poseídos por dos emociones básicas: odio y temor. El odio del negro hacia el blanco es inflexible, desnudo y abiertamente expresado a quien quiera que el negro desee hablarle. Los temores del blanco son, en consecuencia obligados. En una sociedad patriarcal, predominantemente rural, las memorias y los consejos de los ancianos pesan excesivamente. Y los ancianos narran cuentos fríos y espantosos.

El observador que indaga llega, inevitablemente, a una pregunta: ¿Cuál fue la razón — o las razones — que justifica la muerte de Medgar Evers? ¿Qué fue lo que impulsó al asesino a hacerlo?

Se trataba de un hombre que había dedicado su vida a una organización, la Asociación Nacional para el Progreso de la



ODIO Y TEMOR

Gente de Color, la cual en estos años recientes ha sido airadamente criticada por numerosos negros por tratarse de una organización demasiado condescendiente en lo que respecta a la reivindicación de los derechos civiles. Medgar Evers buscaba siempre el camino legal. Sin embargo ha sido muerto.

Las explicaciones son varias, algunas son, inclusive, increíbles.

Muchos blancos sensatos del Misisipi dicen, con razón, que un millón de sus compañeros blancos no pueden ser involucrados por el simple hecho de que un asesino, o dos o tres, se escondan al acecho de un hombre y lo asesinen.

Los líderes políticos de Misisipi, todos ellos coincidentes en oponerse, públicamente, al programa de los Derechos Civiles del Gobierno federal, han mostrado una sorprendente similitud en la denuncia que han hecho del crimen señalando que es un cobarde asesinato. Pero casi todos ellos han acoplado su condena con la ardiente acusación de que los verdaderos culpables son el Gobierno Federal, el N.A.A.C.P., el Congreso por la Igualdad Racial, los comunistas y otros grupos activistas.

La figura más poderosa, en el terreno político, del Estado, un hombre venerable de 76 años de edad, que es el presidente de la Cámara de Representantes, arrojó la acusación, en forma abierta, a los pies de la Administración de Kennedy.

« El cobarde asesinato de Medgar Evers », dice el presidente de la Cámara, Walter Sillers, « es condenado por todo ciudadano decente y acatador de las leyes del Estado de Misisipi, blanco o negro, y ningún esfuerzo será economizado para detener y juzgar al culpable, quienquiera que sea. »

« Es muy lamentable que tales condiciones existan aquí y en otras partes del país y que ellas conduzcan a actos de semejante cobardía por parte de irresponsables, personas irrespetuosas de la ley. Es empero, extraño, que en las soluciones raciales de hoy, el presidente, las Cortes federales y el fiscal general, parezcan viajar en una sola dirección — hacia abajo en una calle de sentido único — y ver solamente un color. »

« Son olvidadizos al hecho de que una palabra, « Desistir », del presidente, pararía las manifestaciones masivas y cambiaría la mayor causa que contribuye al desasosiego y la ausencia de la ley que crece amenazadora cada día que pasa. »

Su descaro ha encontrado eco en la mayoría de los principales políticos del Misisipi, especialmente en aquellos que están tratando de lograr una elección o una reelección.

Cualquiera que sea el motivo del asesinato es natural que se comente sobre la envenenada atmósfera en la que Medgar Evers murió.

Jackson es una bonita ciudad. Ha hecho notables avances en industrialización. Su población se ha más que doblado en los últimos 20 años. Disfruta de ventajas culturales que no se hallan presentes en algunas de las más pequeñas ciudades y localidades de Misisipi.

Pero es una ciudad obsesionada por la determinación de mantener las relaciones

por Hodding CARTER (1)

entre las razas. Su orden político y social es monolítico. Se pueden contar con los dedos de ambas manos aquellos jacksonianos que desean hablar en contra de no importa qué statu quo. Es la sede de un gobierno estatal cuya legislatura, que se encuentra demasiado frecuentemente, representa el común denominador más bajo de no importa qué asamblea política de los Estados Unidos.

Casi la única fuente de información de la prensa de la ciudad proviene de una combinación de un matutino y un vespertino que pertenece a una familia cuya inspiración puede solamente ser descrita como una mezcla de fundamentalismo, racismo furioso y voracidad.

Raro es el ciudadano de Jackson sin cierta prominencia y hasta sin importancia que no pertenezca al Consejo de Ciudadanos.

En definitiva, sólo un hombre intensamente dedicado, blanco o negro, que difiera con el sentimiento interposicionista casi pro-esclavista de un John Calhoun, escogería Jackson para elevar su voz más allá del susurro. Durante muchos meses no ha habido una sola semana en la cual alguna agencia — política, periodística y hasta clerical — no haya lanzado a la opinión pública un manifiesto inflamatorio de recelo o desprecio contra el gobierno, contra los Estados Unidos o contra no importa qué idea de orden mundial.

Naturalmente, los residuos de culpabilidad quedan en los que no importa qué nómina imparcial determinaría ser los periódicos más inflamatorios, la más triste legislatura y la más débil ciudadanía de la nación. Nadie puede saber, actualmente, si la conjunción de su influencia ha impulsado un hombre a matar a otro. Empero es una suposición factible que así ha sido.

Hay mucho para teorizar y para acusar. Lo que es más importante, sin embargo, es lo que está por venir.

Habría sido imposible exagerar la reacción de los negros de Misisipi ante el asesinato de Medgar Evers. El resentimiento es más amargo, profundo y duradero. Puede tomar formas peligrosas.

Lo primero que salta a la vista es la rápida solidificación de todos los grupos de negros que pasan de moderados a radicales, la determinación de avanzar con pasos más rápidos y la discutibilidad de las tácticas no violentas.

James Meredith, cuya admisión en la Universidad de Misisipi puso fin a la insurrección en el pasado otoño, no fue mayormente aplaudido cuando pidió que se realizara una campaña de resistencia pasiva acto seguido después de la muerte de Evers. Y los dos jóvenes negros que las cámaras fotográficas de los periodistas lograron captar en el momento en que apedreaban el cordón de la policía de Jackson están más próximos a ser los portavoces de una mayoría de su raza en Misisipi que James Meredith.

Algunos misisipinos blancos buscan el consuelo en el hecho de que el Misisipi no ha sufrido las plagas de violencia

que han enturbiado a docenas de otros Estados en el Norte y en el Sur. Es innegable que hasta el presente, por diferentes razones, ha habido menos animosidad entre negros y blancos, en forma abierta y evidente, que en la mayoría de otras regiones del país donde el negro está presente en cantidad y densidad.

Pero el consuelo no es permanente. Se oye por doquier el comentario demasiado familiar conforme el cual las cosas empeorarán antes que ir mejor. Hay prácticamente una aceptación fatalista de la creencia, abiertamente expresada por miembros de ambas razas, que un Estado que, hace un año, vivía relativamente sereno y apacible está dirigido ahora hacia un declive violento. Hoy los hombres de la mayoría de las ciudades del Misisipi se encogen de hombros ante la sugerencia de que la constitución de comités interraciales puedan ser útiles.

Todavía, empero, el panorama no es de una oscuridad completa. Aquí y allí, en nuestras comunidades más grandes los ciudadanos blancos están cediendo un poco de terreno.

Mi ciudad, Greenville, está constituyendo un comité interracial y nuestra biblioteca pública ha sido desegregada. No ha habido ningún movimiento encaminado a licenciar nuestros policías negros del cuerpo electoral de la única ciudad del Misisipi que cuenta con negros en su servicio de policía.

El mayor Thompson, de Jackson, ha exteriorizado una buena voluntad en querer emplear policías negros así como enfrentar otras demandas. Pudiera ser — digámoslo esperanzadoramente — que la lucha entre moderados y extremistas de ambas razas sea resuelta, eventualmente, en favor de los moderados.

Si así no fuera, entonces que dios acuda en nuestra ayuda. La población del Misisipi, prácticamente dividida en igualdad de fuerzas entre estos dos grupos, podría aprender de los disturbios conocidos como los de « Ole Miss » y de la muerte de Medgar Evers que la violencia, el atomismo político y aquellas nociones descartadas en las demás partes del mundo no pueden ayudar a ninguno de nosotros.

Creo que muchos misisipinos, bien que no alcanzando a una mayoría aún, están acudiendo hacia este punto de vista. Nuestro Estado es, hoy en día, casi una isla. Lo sabemos. Y no nos gusta.

Estamos descubriendo que un conflicto sangriento en el claustro universitario puede despojar a este claustro de una gran cantidad de nuestros mejores profesores.

Estamos aprendiendo muy rápidamente que el negro no volverá ya más a inclinar su espalda bajo la fusta.

Estamos inclusive descubriendo que la mayoría del resto de nuestro país no colmuga con los viejos credos del Sur.

Pudiera ser que Medgar Evers no hubiera muerto inútilmente.

(Vertido al castellano por Victor García)

(1) Hodding Carter es un ganador del premio Pulitzer, editor de «The Delta Democrat-Times» en Greenville, Misisipi. Es autor de numerosas obras tratando el tema sureño, incluyendo «Southern Legacy (Legado del Sur)».

ESTAMPAS DE LA REVOLUCION

Ricardo Flores Magón en prisión



Carta enviada por Ricardo Flores Magón, el 10 de septiembre de 1922, a Nicolás T. Bernal. Por esos días el procurador general de los Estados Unidos insistió en que Flores Magón manifestara arrepentimiento de sus ideas y comportamiento político, obteniendo, de esa manera, la libertad y, con ella, la salud y la tranquilidad:

MUCHO me ha dado en qué pensar la proposición que el compañero De la Rosa me hace de simular arrepentimiento con la mira de obtener mi libertad. La cuestión parece ser sencillísima y, sin embargo, cuán difícil es. Si no amase yo mi ideal de amor y libertad, no tendría el menor inconveniente en declarar mi arrepentimiento por haber osado interponerme entre el fuerte y el débil. Mi arrepentimiento, aunque fuera simulado, significaría que es una virtud el aprovecharse de la ignorancia y de la miseria para explotar y oprimir al ser humano. Que los trabajadores no muevan un dedo para forzar mi liberación, eso no me faculta para firmar mi arrepentimiento. Si los trabajadores no mueven un dedo en mi favor, esto sólo significa que no merezco su ayuda; pero prefiero que me den la espalda por mi insignificancia y mi inutilidad, a que me escupan el rostro como un cobarde y traidor a sus intereses, lo que tendrían el derecho de hacer si por escapar de una muerte cierta dentro de mi calabozo mis labios se manchasen con estas palabras: «¡Me arrepiento! Me arrepiento de haber socavado el trono de Porfirio Díaz; me arrepiento de haber dado la mano a los esclavos del Valle Nacional y Quintana Roo; me arrepiento de haber tratado de romper las cadenas que atormentan a los peones de las haciendas; me arrepiento de haber dicho al trabajador de la mina y de la fábrica, del muelle y del taller, del ferrocarril y del barco: «¡unete y serás fuerte»; me arrepiento de haber hecho entrever al humilde una vida más racional, más justa y más sana para el cuerpo y para la mente; me arrepiento de haber aconsejado la rebeldía contra el despotismo y la explotación.»

Agradezco al querido compañero De la Rosa su deseo de verme libre, pero no puedo aceptar su sugestión. La indiferencia con que los trabajadores ven mis sufrimientos, no me autoriza a envilecerme. Ellos tienen en su poder la llave que puede abrir estas puertas, y si no la usan, es porque no me consideran digno de tanto sacrificio por su parte. Ellos tienen el derecho de dejarme en las garras de sus enemigos; pero eso no me da a mí el derecho de enlodar mis ideales, que no otra cosa sería balbucir mi arrepentimiento, cuando mi corazón y mi conciencia me gritan que he obrado bien; que he cumplido con mi deber como miembro de la familia humana.

Querido Nicolás: con la proximidad del invierno, mis males comienzan a recrudecerse. Cambio de clima y de régimen de vida es lo que me convendría; pero estas buenas cosas tienen un precio que yo no puedo pagar: la desvergüenza. De ella soy un indigente, y es la única moneda que pudiera salvarme. Sin embargo, estoy contento con mi miseria, porque ella me evita el hacer traición a mis ideales, que un día no lejano reinarán sobre la Tierra. Yo no gozaré de su triunfo; pero considero como un gran don el sentirlos en mi mente, y mi corazón se llena de satisfacción al ver que el esclavo los acoge con cariño y los hace su bandera. Esta actividad del esclavo es garantía de triunfo, y mi conturbado espíritu se regocija, con la visión de un porvenir en que no habrá un solo hombre que diga: «Tengo hambre»; en que no haya quien diga: «No sé leer»; en que sobre la Tierra no se oiga más el ruido de cadenas y cerrojos.

Emiliano Zapata

Este manifiesto de Emiliano Zapata «dirigido a los pueblos para sostener que no son bandidos quienes luchan por el bienestar del pueblo», fue redactado en el campamento revolucionario de las fuerzas del Sur, el 31 de diciembre de 1911. Se encuentra catalogado en el Archivo General de la Nación (Ramo: Secretaría de Gobernación Legajo: Varios asuntos 1911. Sin expediente. 1 hoja). La actitud de Zapata frente a Madero, conviene recordar, está basada más que en razones políticas —que sí existen—, en razones sociales relacionadas con la propiedad de la tierra.

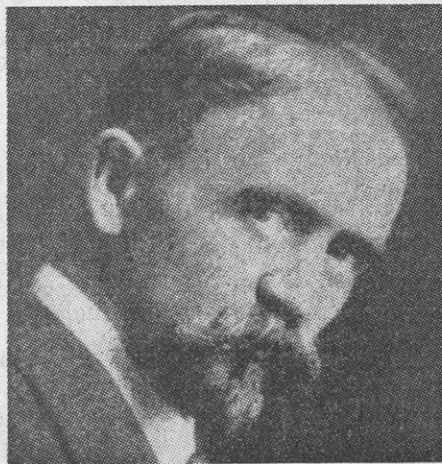
EN nombre de mi ejército, que reclama un derecho de reivindicación muy justo en la conciencia de todo buen mexicano, o de otra nacionalidad, que ame a su propia patria y que tienda a salvarla de monstruos perniciosos que explotan de una manera salvaje el sudor de las frentes de sus hijos, vengo a protestar ante el mundo civilizado que ha hecho a su patria libre e independiente, encaminándola por el sendero del progreso de su riqueza nacional, contra la prensa alarmista y contra todo ataque a mis denodados soldados que nos llame bandidos, porque bandido no se puede llamar a aquel que débil e imposibilitado fue despojado de su propiedad por un fuerte y poderoso, y hoy no puede tolerar más, hace un esfuerzo sobrehumano para hacer volver a su dominio lo que antes le pertenecía. ¡Bandido se llama al despojador, no al despojado!

Hago un llamamiento a todos los pueblos de la república mexicana, sin distinción de individuos en clases y categorías,

Francisco Madero y los tratados de

Reproducimos la parte final de este documento que sintetiza las causas que condujeron a un pueblo a la Revolución:

CONCIUDADANOS: Si os convoco para que toméis las armas y derroquéis al gobierno del general Díaz, no es solamente por el atentado que co-



metió durante las últimas elecciones, sino para salvar a la patria del porvenir sombrío que le espera continuando bajo su dictadura y bajo el gobierno de la nefanda oligarquía científica, que sin escrúpulo y a gran prisa está absorbiendo y dilapidando los recursos nacionales, y si permitimos que continúe en el poder, en un plazo muy breve habrá completado su obra: habrá llevado al pueblo a la ignominia y lo habrá envilecido; le habrá chupado todas sus riquezas y dejado en la más absoluta miseria; habrá causado la bancarrota de nuestra patria, que débil, empobrecida y maniatada se encontrará inerme para defender sus fronteras, su honor y sus instituciones.

Por lo que a mí respecta, tengo la conciencia tranquila y nadie podrá acusarme de promover la revolución por miras personales, pues está en la conciencia nacional que hice todo lo posible para llegar a un arreglo pacífico y estuve dispuesto hasta a renunciar mi candidatura siempre que el general Díaz hubiese permitido a la nación designar aunque fuese al vicepresidente de la república; pero, dominado por incomprensible orgullo y por inaudita soberbia, desoyó la voz de la

MEJICANA *

y su idea



a fin de que quiten de su mente todos los temores con que la prensa adulatora y enemigos nuestros tratan de manchar mi honradez y la de mis valientes soldados; que tema, sí, todo aquel individuo que haya explotado, despojado de tierras, aguas y montes en gran escala a los pueblos, pero no de una cobardía porque no somos cobardes, pero sí de que todo lo que no es suyo tendrá que devolverlo.

Ofrezco a ustedes, queridos pueblos, cuidar de sus intereses y de sus vidas, cuando por fortuna me toque estar en uno de ellos, para cuyo objeto me ocupo en disciplinar debidamente a mis soldados, y éstos se mantendrán acuartelados cuando tengamos la fortuna de to-

Ciudad Juárez

patria y prefirió precipitarla en una revolución antes de ceder un ápice, antes de devolver al pueblo un átomo de sus derechos, antes de cumplir, aunque fuese en las postrimerias de su vida, parte de las promesas que hizo en la Noria y Tuxtepec.

El mismo justificó la presente revolución cuando dijo: «Que ningún ciudadano se imponga y perpetúe en el ejercicio del poder, y ésta será la última revolución.»

Si en el ánimo del general Díaz hubiese pesado más los intereses de la patria que los sórdidos intereses de él y de sus consejeros, hubiera evitado esta revolución, haciendo algunas concesiones al pueblo; pero ya que no lo hizo... ¡tanto mejor!, el cambio será más rápido y más radical, pues el pueblo mexicano, en vez de lamentarse como un cobarde, aceptará como un valiente el reto, y ya que el general Díaz pretende apoyarse en la fuerza bruta para imponerle un yugo ignominioso, el pueblo recurrirá a esa misma fuerza para sacudirse ese yugo, para arrojar a ese hombre funesto del poder y para reconquistar su libertad (**).

¡AY, HERMOSO ZACATECAS, MIRA COMO TE HAN DEJADO!

(MUSA POPULAR MEXICANA)

Voy a cantar estos versos, de tinta tienen sus letras, voy a cantarles a ustedes la toma de Zacatecas.

Mil novecientos catorce, mes de junio veintitrés, fue tomado Zacatecas entre las cinco y las seis.

Gritaba Francisco Villa en la estación de Calera :
— Vamos a darle la mano a don Pánfilo Natera.

Ya tenían algunos días que se estaban agarrando, cuando llega el general a ver qué estaba pasando.

Cuando llega Pancho Villa sus medidas fue tomando : a cada quien en su puesto los iba posesionando.

Les decía Francisco Villa al frente del Batallón; para empezar el combate al disparo de un cañón.

Al disparo de un cañón, como lo tenían de acuerdo, empezó duro el combate por lado derecho e izquierdo.

Les tocó atacar La Bufa a Villa, Urbina y Natera, porque allí tenía que verse lo bueno de su bandera.

Decía el coronel García, con su teniente Carrillo :
— Le pido permiso a Villa para atacar por El Grillo.

Fue tomado Zacatecas por Villa, Urbina y Natera, Ceniceros y Contreras, Madero Raúl, y Herrera.

¡Ahora sí, borracho Huerta, harás las patas más chuecas, al saber que Pancho Villa ha tomado Zacatecas!

Gritaba Francisco Villa :
— ¿En dónde te hallas, Barrón? Se me hace que a mí me vienes guango como el pantalón.

Les decía Francisco Villa con una voz muy ufana :
— Ya están tumbando la finca que le nombraban La Aduana.

Esa finca de La Aduana era una finca bonita, la tumbaron los huertistas con pólvora y dinamita.

Gritaba Francisco Villa :
— ¿Dónde te hallas, Argumedo? ¿Por qué no sales al frente, tú que nunca tienes miedo?

Abajo de aquella finca, allá había muchos pelones, muchas armas, mucho parque y más de veintidós cañones.

¡Ay, hermoso Zacatecas!, mira cómo te han dejado, la causa fue el viejo Huerta y tanto rico allegado.

Estaban todas las calles de muertos entapizadas y las cuadras por el fuego toditas muy destrozadas.

Adiós, cerro de La Bufa, con tus lucidos crestones, cómo te fueron tomando teniendo tantos pelones.

Andaban los federales que no hallaban ni qué hacer, buscando enaguas prestadas pa' vestirse de mujer.

Subieron a las iglesias a repicar las campanas y las bandas por las calles sonorizaban con dianas.

Cuatro ramitos de flores puestos en cuatro macetas, por la División del Norte fue tomada Zacatecas.

mar a fuerza alguna población de las defendidas por el autócrata Madero, destructor del Plan de San Luis Potosí (**).

Ante el mundo entero ofrezco, en nombre de mis soldados y partidarios, obrar como antes he dicho, no respondiendo de aquellos individuos que al nombre de mi bandera se amparen cometiendo atropellos, venganzas o abusos; para estos excito a todos mis partidarios y pueblos en general los rechacen con energía, «pues a éstos los considero enemigos míos que tratan de desprestigiar nuestra causa bendita y evitar el triunfo»; inquieten sus nombres verdaderos y no los pierdan de vista, para que reciban el castigo merecido.

(*) Anotadas por «La Gaceta» de Méjico.

(**) Por mucho tiempo se ha sostenido que el Plan de San Luis quedó desvirtuado por los Tratados de Ciudad Juárez, celebrados entre los revolucionarios y los representantes del Antiguo Régimen. Al fin de cuentas el cargo se polarizó en el Caudillo de la Revolución Francisco Madero. No obstante, sin desestimar que los Tratados de Ciudad Juárez impidieron la realización completa e inmediata del plan revolucionario, precisa dejar establecido que, lo que en Juárez quedó concertado, lo fue, por parte de los revolucionarios, con el conocimiento, aprobación y responsabilidad de los principales jefes.

(***) Contranota de Redacción: El Partido Liberal Mexicano continuó la lucha por el mismo motivo.



MONTEIRO LOBATO

HACE ya unos veinte años, más o menos, al publicar el segundo tomo de mis « Estudios Amazónicos », diversos críticos del Brasil, particularmente de São Paulo, no estuvieron de acuerdo con una denominación que dí al grupo literario que se formó en « la paulicéa », allá, por el 1918. Epoca, según creo, de partida para un posible movimiento renovador en las estéticas literarias, y que determina el auge de muchos factores literarios, que darían una característica especial a la literatura del Brasil, como a la de muchos pueblos de Hispanoamérica, cerrando un posible ciclo cultural y entornando la puerta a otro, que llega dispuesto a cosas muy peregrinas. No estuvieron de acuerdo, insisto, en considerar la agrupación cultural que yo determiné como « La generación de Monteiro Lobato », porque según unos, no existía tal generación, y otros afirmaron que era demasiada pretensión dar a Monteiro Lobato la jefatura de un conjunto de figuras que fueron, y lo siguen siendo, desordenadas e independientes. Desordenadas, porque no se fijan de manera definitiva a una coordenada estética, e independientes, porque cada uno crea a su forma y manera, ya pareciéndose a una generación remota, ya acercándose a otras más recientes, pero sin nexo ni respondiendo a determinada orientación.

También diversos escritores que yo consideraba — y sigo considerando — de esa generación negaron mi aserto, como Sergio Milliet, Menotti del Picchia y Melo Nogueira. A pesar de ello, continúo opinando que existe tal generación, y que la figura que consideré la alentadora y la más visible de ese grupo, es la de Monteiro Lobato, como renovador, como hombre de acción y como editor, en fin, de las figuras más evidentes de ese período del 1918 al 1930.

Naturalmente que muchos de los críticos y de los publicistas que se formaron bastante después del 1925, ya sea por otra orientación, por haber viajado un poco más o por haber surcado diversos derroteros, dieron y continúan dándole otro perfil a esa generación a que hago referencia; pero como es lógico suponer, ya el tiempo ha pasado con gran acopio de rutas, siendo muy fácil — y difícil también — perderse u orientarse en estos casos curiosos de las generaciones literarias. El rótulo siempre molesta, y mucho más tratándose de cosas literarias, pero es evidente que cuando se quiere tratar de la generación que se formó en ese centro urbano de São Paulo, entre el 1918 y 1930, todos ellos tienen que recurrir a la figura enunciada, ya sea por centralizar un grupo interesante y marcador de valores indiscutibles, o por las ediciones que invaden, de manera nueva y original, todos los centros culturales del país.

El caso del escritor y editor es bastante sugestivo y poco común en « jefes » de una generación literaria. Bien mirado el asunto, representa, en primer lugar, la designación indiscutible de un individuo que, al mismo tiempo que difunde sus obras, trata de hacerlo también con las de sus amigos y compañeros; por eso define mejor un conjunto de figuras o de



valores, para « enfrentarse » con otro conjunto, distante o no, con el cual tendrán que medirse o ajustarse.

..

Historiemos un poco esta figura centralizadora, pues el caso bien lo merece. Lo merece por su mérito intelectual y también por su carácter, sin meternos con las ideas, cuyo análisis no sería despreciable...

Nace José Bento Monteiro Lobato en la localidad de Taubaté, en la provincia de São Paulo, el 18 de abril de 1882. Es hijo de una familia acomodada, descendiente de tradicionales « facendeiros », desde la época colonial, vale decir, de los campesinos acomodados, o terratenientes que dieron a la economía nacional los mejores esfuerzos de una raza. Es también Monteiro Lobato el que primero deserta de la tradicional costumbre y acrisolada norma para incorporarse a las grandes urbes, obtener un título universitario e independizarse de manera definitiva, aunque en su formación literaria seguiría siendo el elemento rural el factor esencial de la casi totalidad de su obra y el molde de una característica cultural que especifica al hombre del agro, que tiene que contar cosas nuevas no tratadas en literatura por las generaciones anteriores.

Monteiro Lobato, como tantos otros descendientes de viejos troncos colonizadores, traslada su equipo para la capital de la provincia, se incorpora a la falange de jóvenes de la misma condición, ingresando en las aulas universitarias, en procura del dorado testimonio de suficiencia cultural con que pueda satisfacer las ambiciones hogareñas y dar a los apellidos una modesta ilustración con el ansiado título doctoral, cuna y meta de una generación que anhelaba transformar la vida un poco patriarcal del Brasil al iniciarse el siglo actual.

La vida estudiantil de aquel São Paulo es esencialmente literaria. La tradición le llega desde el siglo XIX, particularmente por su Facultad de Derecho, antecala de la cultura paulista, donde desfilaron los más esclarecidos valores, particularmente, cincuenta años atrás. La Facultad de Derecho es un emporio de inquietudes, y aspiran los jóvenes de muy diversas generaciones, al mismo tiempo que desentrañan el secreto de Temis, hacer el ruedo a las cualidades de las restantes musas, convirtiendo los pasillos y galerías, incluso las aulas, en cenáculos de improvisados ateneos, con la corte de

engolados estilos y consecuentes formas, de amplio predominio en ese acuciador, de los veinte años...

Allí se forman Monteiro Lobato y sus colegas. De allí sale curtido y ansioso, con más orientación literaria que jurídica, con más voluntad exotérica que lógica, y desde allí comenzaría a soñar con las grandes aventuras literarias, que fueron su inquietud y dieron luego fama a su nombre. Con él están muchos de los valores que aportarían « algo nuevo »; de ese grupo son Godofredo Rangel, Ricardo Gonçalves, Juan Antonio Nogueira, Leo Vaz, Hilario Tácito, Menotti del Picchia y otros muchos, que son también el grupo inicial del « Minarete », habitación colectiva, en donde estudian y trabajan, sueñan y revolucionan : lo numano y lo divino.

La idea de agrupaciones literarias inherentes de la juventud, particularmente estudiantil, y a ella se asocian muchos que no son estudiantes, algunos por carecer de vocación o estar ya dominados por las fiebres literarias, espíritus ambulantes de la bohemia, que, como si existiese un penetrante flúido que los distinguiera de los demás mortales, se unen, se hermanan, se asocian, y hasta se difaman o se atracan, siempre en « honor de los principios de cada uno » o de las « instituciones » que presiden o en que cooperan. De ese grupo inicial se pueden citar tanto a paulistas como a mineiros o cariocas; el caso es que esa Facultad de Derecho une y asocia tanto a los que están bajo los ya clásicos arcos del docto templo, como a los que merodean en torno a ellos, esperando la salida de sus pontífices para cambiar impresiones, con preferencia literarias, que a las determinadas por los códigos o los pareceres forenses. De ese grupo, digo, sale lo que bien se podría señalar como el comienzo de una « generación del 1910 », la que logra, entre el 1918 y 1925 ver realizados parte de sus sueños, la que publica sus primeras obras, la que concreta sus más íntimos ideales y siente la satisfacción de ver su nombre en « letras de molde » y el vanidoso halago de estrechar contra su corazón el « primer libro », engendro cariñoso, anticipo de paternidad incommensurable, que trastorna en todo incipiente creador de literatura.

Esos jóvenes, muchos de ellos de recursos (por vía de sus progenitores, se entiende), disponen de sonante bolsillo, por cuyo motivo no es de extrañar que se procuren el medio de dar curso a esos recursos, y bien pronto se presenta la coyuntura de adquirir una tradicional publicación, ya un poco en decadencia — me refiero a la Revista do Brasil — en la cual se afilan las lanzas y se esboza el programa, con una firme plataforma, naturalmente renovadora, valiéndose del viejo sistema de negar todo lo creado, acaso en simple función de un « modus vivendi ». Esa revista es la iniciadora y la que agrupa de manera indudable todos los individuos de una misma generación, y en ella vemos los nombres de Ribeiro Couto, Ronald de Carvalho, Godofredo Rangel, Paulo Prado, J. Melo Nogueira, Leo Vaz, Paulo Setubal, Aureliano Leite, Alberto Conte, Plinio Barreto, Assis Cintra, Fernando de Azevedo, Guillermo de

propulsor de una generación

por Braulio Sánchez Sáez

Almeida, Correia Juniors, Menotti del Picchia, Rocha Ferreira, Plínio Salgado, Ricardo Gonçalves, Paulo Gonçalves, Galeão Coutinho, y muchos otros que son los que forman el primer grupo, asociándose poco después otros nombres como Mario de Andrade, Sergio Milliet, Osvald de Andrade, Martin Fontes, José Lannes, Raúl Polillo, Tritão de Ataíde, Sampaio Doria, Anísio Teixeira, y algunos más. La « Revista do Brasil » fue en poco tiempo el órgano más notable de la literatura brasileira del período del 1916 al 1925, y en sus columnas colabora toda la juventud del Brasil, con preferencia los grupos de São Paulo, Minas Geraes y Rio de Janeiro. Con el tiempo esa publicación tendría como directores figuras representativas de los diversos grupos, unos de unas provincias, otros de las demás, dándole carácter realmente nacional, siendo como podrá deducirse, el órgano más avanzado, el preconizador de una cultura nueva, si bien en muchas ocasiones no desdeñara la participación de escritores maduros como Ruy Barbosa, Graça Aranha, Oliveira Viana, Martín Francisco, y otros, los que, aunque mayores en la edad, eran, por sus ideas e inquietudes, tan jóvenes o más que aquellos que « querían tirar la casa por la ventana »...

..

La primera etapa estaba resuelta. Pero el temperamento emprendedor de Monteiro Lobato, no era de aquellos que se podrían detener en una aventura incompleta; vemos que, bajo el auspicio de « Revista do Brasil » se inician también las famosas « Ediciones de la Revista do Brasil », en las que se publican las primeras ediciones del grupo más representativo formado por Lobato, Leo Vaz, Rangel, Couto, del Picchia, Ricardo Gonçalves, Oliveira Viana y, por otra parte, Martín Francisco, Lima Barreto, Assis Cintra y algunos otros, hasta que la empresa prospera y puede lograr el título comercial de « Ediciones de Monteiro Lobato y Cia », que recorren todo el Brasil e imponen su lectura por la insistencia con que se las cita. Sus libros, de formato pequeño (12 x 16), fáciles de manejar y transportar, cuyo precio nunca era superior a cinco mil reis, atraían por la presentación simpática y por la curiosidad novedosa de los nombres que firmaban los libros.

Monteiro Lobato no tuvo nunca la « mística » del nombre consagrado; casi era partidario del nombre desconocido más que del conocido con ideas fijas, resobadas, las cuales eran tan conocidas como el propio físico de los creadores. Le agradaba lanzar los « nuevos », pues en un país como el Brasil — según sus palabras — en donde los escritores eran minoría, demás estaba decir que era necesario ampliar los horizontes en propio beneficio de la « familia literaria ». Allí surgen muchos y singulares nombres, unos buenos, otros regulares y otros francamente mediocres. Las ediciones se ven-

den, son baratas, existe ansiedad de leer, y la insistencia de una propaganda bien organizada y psicológica produce el deseado interés en la clase media, la única que era capaz de leer en el Brasil de ese período del 1916 al 1925.

No quiero ser tildado de fatalista o grosero; dije clase media, porque en realidad ya se estaba formando un núcleo de familias aglutinadas con las ya tradicionales, procedentes de la colonización de los siglos XVII y XVIII; con aquellas otras del siglo XIX, procedentes de las tandas emigratorias, formando un conjunto interesante, que lentamente se une y alterna con las viejas familias, se adueña del comercio y las industrias menores y da a las ciudades un impulso notable, en virtud de los esfuerzos de eso emigrantes que, liberados de los trabajos rurales, se incorporan a las ciudades y las hacen progresar y crecer, como un fenómeno natural en el Nuevo Mundo.

Las « Ediciones Monteiro Lobato y Cia. » logran popularidad, y día a día vemos esos libros simpatiquísimos al lado de las ya tradicionales ediciones de « Briguiet y Cia. », « Francisco Alves », « Garnier Hermanos » y otras que tenían el « monopolio » de la cultura brasileira, pero que por su costo y presentación difícilmente podían competir con las de « Monteiro Lobato y Cia. ».

Desde regiones remotas de este Brasil inmenso y extraordinario, corren los paquetes de cuartillas para las oficinas de la vieja casona de la calle Boa Vista, en donde Lobato tiene instalado su escritorio, y en donde diariamente se reúnen los escritores por él lanzados, y otros candidatos a serlo — como también incipientes industriales, Cândido Fontoura, por ejemplo, que pugnan por anunciar sus productos en « Revista do Brasil » —, dando la impresión, nunca vista en el Brasil, de parecerse a las oficinas editoriales de París, Estados Unidos y otros países de tradición editorial, en una época aún en que los editores estaban todavía « viendo visiones » en eso de imprimir libros. Un caso semejante, creo yo, sería la vieja y siempre recordada editorial « Renacimiento », de Madrid, con el espíritu generoso y servicial de Gregorio Martínez Sierra, tan útil para el progreso editorial español de hace cuarenta años.

Dar nombres nuevos no es tan fácil, siempre y cuando éstos se puedan encontrar o se tenga confianza en lo que producen; felizmente, esa « generación » estaba compuesta de reales valores y estaba también dispuesta a renovar lo que hubiese renovable, dejando de lado, en muy buena hora y con plausible valentía, los socorridos modelos que con cierta puntualidad llegaban vía de Francia. Por lo pronto, aparece un equipo de novelistas que se diferencia virtualmente, sea ya del modelo naturalista, a la manera de Aluicio de Azevedo, Machado de Assis, Julio Ribeiro, Alfredo Ferreira Caminha, Lima Barreto y otros, como también del « indianismo » de José de Alencar, o las viñetas panorámicas de la ciudad o del campo de un Joaquín Manuel de Macedo, un Bernardo de Guimerães, un Franklin Tavora o un Visconde de Taunay... Estas grandes figuras nacionales de la novela, salvo Lima Barreto, tienen ya una

consagración; Barreto incorporaría el tipo urbano, de una nueva forma, casi como crónica sumaria, en donde los personajes se presentarían a sí mismos, evitando en lo posible las recalaciones psicológicas o descriptivas; o bien en las recalentadas imágenes de los relatos escalofriantes, tipo Edgardo Alan Poe, tal como sugiere el « Ateneo » de Raúl Pompeya, o los cuentos de Tomás López; o las sociológicas tendencias de un Graça Aranha, hermanadas con cierta lógica en la estilística de un Euclides da Cunha. Es cierto también que existen algunos autores, ya bastante maduros, que imitan a Coelho Netto, como evidencia la producción que surge entre 1900 al 1915, pero eso no arredra a aquellos que, como Veiga Miranda y Pablo Setubal, se contienen dando a la novela pseudo-histórica, o simplemente urbana, una expresión común; los jóvenes — incluso estos mismos continuadores — pensarán y realizarán otras cosas.

Esa « generación nueva » trae otros rumbos, y más bien que novelistas encariñados con aquel tipo de novela anecdótica a que hace referencia, se entregan a elaborar aquella otra que ha nacido con el desenvolvimiento natural de la nación, en virtud de los tipos y los cruzamientos emigratorios, del progreso industrial y económico de las grandes ciudades y la alta o baja de algunos productos, como el café, por ejemplo, que hace crear ya casi un tema obligado dentro de los temas de ficción del novelista, del cuentista, incluso del poeta.

Esa visible « generación de Monteiro Lobato » se distingue bastante de la del 1900. En ella predominan mucho más los que saben concentrar un asunto en la menor cantidad de páginas; por esto es que cultivan con mayor preferencia el cuento, o simplemente el relato. Basta para comprender mis palabras examinar el catálogo de esas primeras ediciones de la editorial « Monteiro Lobato y Cia. », en las que, entre novelas y cuentos, estos últimos predominan y dan a esa especialización literaria una amplia y animadora gestación, surgiendo nombres como Gabriel Marques, Menotti del Picchia, Ribeiro Couto, Leles Vieira, Melo Nogueira, Leo Vaz, Godofredo Rangel, Alfonso Schmidt, Mario Sette, Lima Barreto y el propio Monteiro Lobato, el cual puede considerarse, después de Machado de Assis y Arthur de Azevedo, como el cuentista más notable de la literatura brasileira y el primero de la generación que surge después del 1900.

..

Otro fenómeno no menos interesante es el del impulso centralizador que toma la ciudad de São Paulo, andando los años, con el negocio editorial; ése en el que Monteiro Lobato ha realizado todos los sueños amasados en los días de juventud, y ya esa aventura de adolescente es la verdadera realización en una magna empresa que lanza a granel libro tras libro, y que la juventud adquiere y lee de uno al otro confin de la república, atraída y afianzada por ese nombre respetable que, como escritor y como editor, le unge en el hombre más popular y des-

MONTEIRO LOBATO

propulsor de una generación

tacado de la literatura brasileira de estos últimos treinta años. Del norte y del sur surgen los nombres de Mario Sette, Luis da Câmara Cascudo, Carlos Diaz Fernández, Lucilo Varejao, Gustavo Barroso, y muchos otros, fáciles de encontrar en las ediciones indicadas, como antes en las páginas de la imponderable «Revista do Brasil».

Es incuestionable que esta figura representativa dio un impulso extraordinario a la cultura de un Estado, y lo colocó, por influencia de su acción, a un nivel muy superior al de la Capital Federal, puesto que esa revista y esas ediciones, ya sea por el sistema de propaganda o por los valores en ella consignados, dio a la ciudad São Paulo la categoría de centro urbano de cultura, con elementos que antes no tenía. Monteiro Lobato ha tenido la virtud de realizar en una ciudad comercial, de ambiente rural y pacato, donde solamente vivía la gente preocupada con el alza y baja del café, el milagro de darle otra expresión, de saturarla de otras inquietudes, de hacerla vibrar con nuevos y extraños sentimientos y sensaciones, hasta lograr hacer de ella la «ciudad patrón» de una cultura, de un medio lo suficientemente inquieto como para crear nueva expresión dentro de la cultura contemporánea del Brasil. Además de eso, repito, creó una empresa editorial independiente de aquellas viejas normas de las editoriales portuguesas o francesas que centralizaban los negocios del libro nacional e hizo de ella una verdadera industria, dotada de maquinaria y de organismos a la altura de la de cualquier ciudad europea. Tanto fue así, que São Paulo creció en ese impulso cultural de manera evidente, después del 1918, como no creció ciudad alguna del Brasil, y fue su prestigio tan firme y seguro que centralizó el movimiento cultural de manera predominante, sobre todo en lo relacionado con las nuevas corrientes. Existen multitud de documentos que justifican mis palabras, además de la opinión de ilustres historiadores nacionales y extranjeros. En São Paulo se dieron los movimientos de renovación, como el ya clásico de Graça Aranha, y se formaron los núcleos de escuelas o de tendencias, de por sí más extraños, como preanuncio de las grandes inquietudes que dominaban a esa juventud que venía renovando desde el 1900, hasta el apogeo de Monteiro Lobato con la revista y su editorial.

Naturalmente que para hacerse una idea cabal de este fenómeno es preciso conocer el medio en que sitúo la época de estas notas, y lo mucho que pesó São Paulo, dentro de la órbita cultural, a partir del periodo que media entre el 1918 al 1925, en el que adquirió mayor pujanza que otros centros urbanos del país, incluso la Capital Federal.

Tengamos en cuenta que Río de Janeiro es una ciudad turísticamente cosmopolita, en donde los núcleos culturales se resienten por la multiplicidad de acción y la diversidad de acontecimientos, momentáneos, extraños; características

eventuales de toda gran ciudad transitoria, en la que se forman grupos parasitarios llegados de los cuatro puntos cardinales del país, unos tras la política, otros tras la aventura, otros por simple turismo, a lo esencialmente característico e individual, con fisonomía propia de urbe, diluida entre tantos individuos de tantas otras diversas urbes como la «desfisionomizan».

São Paulo, en cambio, vive su vida intensa, y no se presta mayormente a los aluviones turísticos, como Río de Janeiro, malgrado andando el tiempo, también va perdiendo algo en su típica fisonomía, con motivo de su enorme crecimiento ciudadano y de los grupos urbanos que lo pueblan, determinando progreso acumulado durante unos veinte años de riquezas incalculables. Por tal causa creo yo que São Paulo facilitó en grado sumo la aventura de Monteiro Lobato, el que fue feliz en su misión al dar incremento a las letras, en nuevas normas, y que nunca podrían haber soñado los clásicos tipos de editor anterior al 1900. Sacudiendo la modorra tropical, y haciendo de la industria del libro algo parecido a las otras industrias, más o menos materializadas, pero sin que por eso perdiera el libro su esencia, ni el editor su prestigio, logró Monteiro Lobato abrir nuevos horizontes a la industria editorial y a los jóvenes escritores de su tiempo. Y esta —o esa— «generación», surgida de una sociedad pacata, de procedencia nitidamente rural, tiene una fisonomía inconfundible, que la destaca de las del núcleo de las restantes ciudades de la unión, y acrisola un temperamento positivo, duro y recio, harto ducho en transiciones comerciales y con agitaciones propias del siglo. Y por esto, precisamente, São Paulo daría una verdadera tipología racial de hombres que se distinguen sobremedera de los otros hombres, por su acción rápida y concreta, ya en el comercio y las industrias como en los asuntos espirituales. Es también la ciudad comprensiva y humana, que paga la labor cultural del hombre de letras, ya sea periodista, poeta, novelista, etc., con el precio que determina su labor, sin reticencias y sin ambages. Por esto São Paulo se perfila admirablemente, dentro del grupo de ciudades del Brasil, con características propias, y difunde sus principios y sus normas en otras ciudades, en que se copian su progreso y sus realizaciones, en todo sentido.

Y así como en el terreno económico sería São Paulo —cual lo sigue siendo— la brújula de la prosperidad nacional, así también logró ser en poco tiempo el que impondría una norma de creación, para mayor eficiencia, en el terreno de las conquistas espirituales. Y en éstas sí que supervive el nombre de Monteiro Lobato, por otra parte ya inmortal en la literatura de su patria.

Braulio SANCHEZ-SAEZ

São Paulo.

FAMILIARIDAD CON

Alejandro



EN sus años de estudiante universitario afecto a las asignaturas de física y química y seguidamente a la de medicina, pocos síntomas en la conducta de Alejandro Porfirio Borodin dejaban entrever predisposición para el sacerdocio de la música. Sin embargo, a causa de su preparación ecléctica, en 1842 —su edad de niño— Borodin compuso a guisa de juego una polca para asombrar a una adolescente eslava muy vistosa, y tres años después un concierto para flauta que ya denotaba síntomas de inspiración. Sin embargo, el estudio de la ciencia lo absorbió hasta el punto de que el juego de las notas de pentagrama le servían para descansar, sólo rara vez, de estudios y abstracciones científicas. Sin escuela musical sería, a ratos perdidos fue aprendiendo por su cuenta la técnica del grato arte para el oído, pasando a ser, de autodidacta o casi, maestro consumado de la composición, de momento para su interés propio; más adelante, la inclinación dispondría.

Para ser exactos, cabe decir que Borodin no era Borodin, sino hijo del príncipe Guedeanov, descendiente directo de la familia Iremetinski, que antiguamente había reinado en el Cáucaso. Guedeanov se dio a una mujer del pueblo, que en estado materno el príncipe casó con uno de sus siervos llamado Porfirio Borodin, de donde el apellido del futuro compositor, apellido que como hombre del pueblo —Borodin siempre se reclamó del mismo— el afectado sustentó con orgullo.

Luego de provechosos estudios en la Academia de San Petersburgo, nuestro biografiado fue dotado con el cargo de médico militar, cuya misión no pudo cumplir debido a la extrema sensibilidad de su espíritu. Dedicado a la investigación, por adelantos conseguidos alcanzó cátedra de profesor de química. En esta especialidad Borodin se sintió satisfecho de sí mismo, puesto que la carrera militar,

LOS MUSICOS

Borodín

incluso desde el punto de vista sanitario, manifiestamente le disgustaba. Buen observador, profesional ordenado e intuitivo, Borodín se hizo notar por sus éxitos de laboratorio y de librería, dado que publicó obras científicas de interés reconocido.

En 1857 fue a cumplir una misión en Heidelberg, donde intimó con una joven pianista oriunda de Moscú—Catalina Prototopova— la cual, tras iniciarlo en la música alemana, le interesó en arroyo al extremo de casarse con ella. No sería exagerado atribuir el «desvío» musical de Borodín al feliz encuentro de Heidelberg con la bella pianista que debía terminar siendo la compañera de su vida.

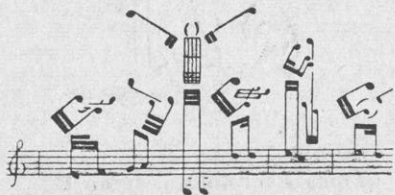
En 1862 el ex médico castrense se reconoce en San Petersburgo con un antiguo compañero de armas apellidado Mussorgski, que a su vez había dejado el sable en la panoplia para acogerse a la fascinación de las siete musas. Presentado a Balakirey por su amigo, Borodín entró en el Grupo de los Cinco que tanta fama debía dar a la música rusa, de la que tanto ha de servirse el Estado actual a pesar de la infalible —y cuán insuficiente— disposición marxista.

A partir de su integración a los Cinco, la existencia de Borodín fue extremadamente activa y agotadora. En 1864 compuso un Concierto en cuatro tiempos, retomó actividad científica —de la que no lograba desprenderse del todo—, recibió constantemente amigos en su casa, a los que frecuentemente daba fiestas de color eslavo; compuso *lieder* entre visita y visita, o entre ciencia y proyectos de arte; edificó su formidable «Príncipe Igor» en dieciocho años (su fase final la terminaron Glazunov y Rimsky Korsakov) y compuso la célebre melodía «En las estepas del Asia central», modelo de música «imprimiendo» la agrídulce soledad del desierto. Sus cuartetos expresan igualmente la íntima beldad de la Naturaleza rusa, no pudiéndose en ningún caso atribuir pasión patriótica a la obra de este pasional músico. Un nocturno que le oímos en nuestra mocedad y en circunstancias revolucionarias, nos acompañará corralmente toda la vida.

Existe la versión —no certificada— de que Borodín ayudó a Pedro Kropotkin a fugarse de la prisión Pedro y Pablo advirtiéndole con notas de violín de la posición del centinela. No obstante, los sentimientos de Borodín eran, evidentemente, avanzados.

Este músico insigne, nacido el 22 de noviembre de 1833, murió de un ataque cardíaco el 27 de febrero de 1887.

IGNOTUS



Los libros

MONTIEL BALLESTEROS: «El Ángel tenaz» con «Almas y fantasmas». Montevideo, 1963.

TODA la obra de Montiel Ballesteros es un poema. Sus primeros escudos literarios fueron forjados, templados y probados en diamantino acero del verso y recogidos luego en libros de la primera juventud tales como «Primavera», «Emoción» y «Savia».

Posteriormente le dio preferencia a la fábula, al cuento, al relato y la novela. Los múltiples personajes, grandes y chicos que echó a vagabundear entre la ciudadanía y campesinado mundiales, no entran en quince tupidos volúmenes. Utilizó la prosa como medio de movilidad y en ese género, durante más de ocho lustros, creó colecciones de fantasías que ya no caben en una constelación. Y la fortuna quiere que lo tengamos palpitando, al ritmo del corazón del mundo, con los ojos y todos los demás sentidos tan despiertos. Quien se acerque a sus obras verá el universo sembrado y nimbado totalmente de glorias poéticas. Este es Montiel Ballesteros.

Medio siglo casi estuvo Montiel Ballesteros ausente del verso. Pero, ahora que dispone de algún tiempo más, acaba de dar a publicidad en Montevideo el cuarto libro de poemas: «El ángel tenaz», en un solo volumen con «Almas y fantasmas», sonetos. Son 190 páginas que imprimieron los Hermanos Chiesa, acuartelados en Yaguarón 2960 de aquella fortificada ciudad uruguaya, para la Editorial Clavileño.

La primera parte está integrada por un haz de dichos, sentencias e imágenes que, en verso libre, se deslizan bajo la mirada como emociones fugaces de la vida en esa ebúrnea heroicidad de la existencia. La segunda parte, son intentos de evocaciones biográficas de personajes ideales, pero casi todos reales en la procesión de lo divino y humano que idealizan al poeta.

En ese su rico lenguaje cachondo y a veces campanudo, Montiel Ballesteros deja para el recuerdo una grande cosecha de estrofas coronadas de verde laurel. El, que ha recorrido los caminos de la poesía, no se olvida de los atajos, ni del achaparrado cardo de todos olvidado, del ruido de los pasos muertos; ni tampoco del señor que llaman Dios, de la ausencia, de la soledad, de la palabra y del silencio que en todas las lenguas es el himno más elocuente.

En esa carrera emotiva, Montiel Ballesteros —que tiene su residencia en un paraíso uruguayo, entre pinos y eucaliptus, donde hay sabor a sal marina y olor a resinas, a geranio y a malvón, y calor a cordialidad y fraternidad humana que este libro rezuma— tiene una palabra de piedad para el mártir y la flor marchita, para la dulzura y el apóstrofe, para el pensamiento degollado y destripado en el lenguaje vulgar que es el exterminio peor. Y para cuantos han sido víctimas y manchados por los muy pillos que nos han desmantelado y dejaron tan maltrecho como al compañero Jesús, crucificado.

Estos esbozos de poemas como él los cataloga son pedazos de paisajes bucóli-



cos que se le atravesaron en el camino a Montiel Ballesteros, atacándolo, obligándole a seguir por el sendero donde hay olor y perfume agreste y donde la naturaleza es más nueva.

Reincidente del verso, vuelve con amores y ventura al canto llano de la vida. Como claro manantial, que es toda la obra de Montiel Ballesteros, entre aquellos y estos versos sólo hay una separación de tiempo. Y un espacio llenado con sus demás libros en prosa, donde hablan el gaucho y el gorrion y la calandria y donde las estrellas aparecen más grandes y brillantes.

Esta colección de sonetos se abre con la presencia del Quijote y le siguen un quijotesco rosario de amigos entrañables entre poetas, pintores y músicos y una interminable cadena de maestros del arte y la literatura universales, cuyos eslabones no hieren ni pesan, sino que más bien nos transportan como ungidos a los cielos.

Aquí recoge Montiel Ballesteros las emociones de ese mundo de amigos inolvidables que después del Dante, Hugo y Beethoven, perteneció a Rubén Darío, a Amado Nervo, Ricardo Tudela y Angel Samblancat. Este libro de sonetos es una tarjeta de visita con la que nos presentamos a Emilio Frugoni, Juana de América, Fernán Silva Valdés, Angel Falcó, Mauleón Castillo, Antonio de Undurraga y cien más, cada uno de los cuales plantó una estrofa en nuestro jardín florido.

C. C.

Buenos Aires.

Aviso administrativo apremiante

Amigos lectores, UMBRAL atraviesa una grave crisis económica. Se aguanta por la recia voluntad de un estimable grupo de favorecidos. Porque disponemos de amigos sinceros... y también de contrarios, siendo éstos los que no cumplen compromisos de pago, y otros que un completo del silencio les deja satisfechos. Los bien intencionados, no se azoren por su atraso; pagarán cuando sea. Los colaboradores, que no se vean aludidos. Los demás, que se dispongan a acudir en ayuda nuestra gestionando nuevos lectores, cosa no imposible cuando una obra es estimada.

De momento nos remitimos al clásico recurso del aumento de precio; de forma que a partir del número de enero de 1964 la suscripción trimestral costará 3 francos en vez de 2,40, y el número suelto 1 franco en lugar de 0,80.

DEL MADRID LITERARIO



¡O H, aquel Madrid de Emilio Carrere! 1912, 1913... La cachimba, el chambergo y la chalina del pintoresco y triunfador poeta rivalizaban en popularidad con las sentidas y bellas estrofas de su genial canción **La musa del arroyo** (1).

Entonces Emilio Carrere estaba de moda. Corría el oro de sus versos tinteantes de puro líricos, por las prósperas ferias del éxito. Nadie hubiera pensado que, algunos años más tarde, la admiración por Carrere sería un sentimiento inconfesable. La gloria del poeta fue como un pavo real desplumado a picotazos por los gansos de la pajiza envidia.

Pero Carrere ha quedado. **La musa del arroyo** es una poesía lograda, de la que no puede prescindirse en ninguna buena antología castellana, sin cometerse pecado de injusticia.

Emilio Carrere murió hace algo más de tres lustros. Yo guardo de él un emocionado recuerdo. Fuimos grandes amigos. Me citó con cariño en varias de sus novelas cortas, género que él cultivaba con maestría.

¡Ah, su extraña cara redonda, con un ojo más arriba que el otro! En su intrépido ambular de noctívago por solitarias callejas angostas y torcidas, parecía que con el ojo más alto miraba a la luna — hubiérala o no — y con el más bajo a las ramerías, que en los quicios de los apagados portales se guardaban de las chilladas de luz de los faroles.

Rara vez se le veía de día, como si él rehuyera mostrar al sol la indeleble mancha azulina de la barba. Aunque se afeitaba diariamente llevaba siempre una barba como de dos días, tal que si en los pelos de la cara no tuviese raíces, sino cañones, como los de las plumas de las aves.

Una tarde, sin embargo, me encontré con él en la calle Ancha de San Bernar-

do. Bajo el solio del sol, esplendorosísimo, se dirigía hacia el paseo de Areneros. Era un gran señor de la Bohemia. A través de su desaliñada indumentaria se le veía un fulgurante manto de príncipe. Me uní a él para acompañarle.

Ya caminábamos. La gente lo miraba, exclamando con el lenguaje elocuente de los ojos:

— ¡Es Carrere!

Yo iba tan ufano...

De pronto se me escapó del alma expresar:

— ¡Cómo me gustaría oírle recitar a usted **La musa del arroyo**!

Y él, magnánimo, comenzó, como poniéndome en la mano un puñado de monedas de oro estéticas:

Cruzábamos tristemente las calles llenas de luna, y el hambre bailaba una zarabanda en nuestra mente. Al verla triste y doliente, yo la besaba en la boca.
— ¿Por qué aborreces la vida, risa loca?...

No llores, rosa carnal, que yo robaré el tesoro de la tiara papal para tus cabellos de oro...

Y un espíritu burlón que entre las sombras había, al escuchar mi canción se reía, se reía...

Aquí me dí cuenta de algo tremendamente vulgar: ¡Emilio Carrere usaba calzoncillos largos! No hubiera podido él negarlo de ninguna manera. Caminaba pisándose las blancas cintas que acababan de desatarsele...

— Perdóneme usted, Emilio — le dije, interrumpiéndole —. Se le han desatado a usted las cintas de los calzoncillos.

El glorioso poeta se agachó, azoradísimo, para atárselas de nuevo. Y después continuó recitando su bellísima canción:

De la vieja fuente grata en el sonoro cristal, la luna brillaba igual que una moneda de plata. Temblaba su mano breve, de blanca y sedosa piel. ¡Qué bonita cae la nieve, y qué cruel!...

No tiembles; yo haré un corpiño para tus senos triunfales con la pompa del armiño de los mantos imperiales... Y un espíritu burlón que entre las sombras había, al escuchar mi canción se reía, se reía...

Nos seguían algunos, de cerca, como acompañantes respetuosos: un cabo de artillería, un cartero, una vieja con tocas de viuda, un flaco perro grande, rico de pulgas...

— Bueno Alfonso — me rogó el insigne poeta bohemio —: De eso de los calzoncillos largos, ¡ni una palabra a nadie, por favor!

— Se lo prometo — contesté. Y él siguió, fervorosamente:

por Alfonso Vidal y Planas

Noche de desolaciones, eterna, en que llamé en vano con la temblorosa mano en los cerrados mesones. Lloraba un violín distante con tanta melancolía como nuestra vida errante...

— Reina mía, da tu dolor al olvido; yo te contaré la historia de una princesa ilusoria de un reino que no ha existido... Y un espíritu burlón y cruel que en la calle había, al escuchar mi canción se reía, se reía...

Un vendedor ambulante de hortalizas, guiando un repleto carrito burrero, lanzaba al aire su pregón cantarín:

— ¡Tomates como rosas!; ¡de la huer-taaa!... ¡Cebollas, pimientos, judías verdes!... ¡Escarolilla blanca y frescaaa, como la nieve de la sierra!...

Lejos, las alegres notas sentimentales de un manubrio...

Pasaba un cura de prisa, como rehu-yendo el besamanos callejero.

Emilio Carrere, seguía recitando:

¡Triste voluntad rendida al dolor de la pobreza! ¡Oh la infinita tristeza de la amada mal vestida! ¡Palabra de amor que esconde la llaga que va sangrando! ¡Y andar, siempre andar!...

¿Adónde? ¿Y hasta cuándo?... — Ya apunta la claridad... Ya verás cómo se muestra propicia y mágica nuestra madre, la Casualidad. Y en la encrucijada umbría de la suerte impenetrable, la Miseria, la implacable, se reía, se reía...

(1) La musa de... Carrere, quedó imbécil ante la seducción de Franco. Lamentable para el Madrid romántico, la literatura y el prestigio de España. (N.D.L.R.)

OBRAS

de Felipe Alaiz



«Quinet», tomo I.
«Tipos Españoles», tomo II.
10,00 francos los 2 volúmenes.

Rusia, los editores y los indios

por Ramón J. SENDER

LEYENDO « Estos Americanos », de Mikhailov y Kosenko, que acaba de publicarse traducido del ruso y que es un reportaje de un geógrafo soviético y su esposa — psiquiatra — sobre América, no he podido menos de recordar los últimos incidentes de la guerra editorial desencadenada por el libro de Solzhenitsyn, « Un día en la vida de Ivan Denisovich ». Sería bueno que la consecuencia de ese incidente fuera la aceptación por la Rusia soviética del convenio internacional de las letras y las artes dentro del cual no perderían nada y se evitarían molestias como las que el libro de Solzhenitsyn sigue produciendo.

Como decía en un artículo anterior, hay dos ediciones en los Estados Unidos. Una sin contrato, del editor Praeger. Otra con contrato y « autorizada », del editor Dutton. Incidentalmente, la de Praeger parece más fiel, y literalmente es la mejor. Los rusos acaban de cancelar el contrato con Dutton basándose en el hecho de que éste ha publicado el libro con un prefacio editorial que no fue sometido a la consideración de la agencia soviética. Y tienen razón, ya que estaba estipulado que Dutton lo haría. Pero la falta de leyes internacionales que obliguen a Dutton a cumplir su contrato hace suponer que seguirá vendiendo la edición como si tal cosa. Malo para los rusos.

En Inglaterra ha sucedido algo muy parecido. Dos ediciones también simultáneas, una « autorizada », la del editor Gollanz, que es la misma traducción de Dutton, aunque con las palabras procaeces insinuadas en lugar de escritas. En Francia otras dos empresas (esta vez dos revistas) han comenzado a publicar el libro en traducciones diferentes y no autorizadas: « Paris-Match » y el semanario literario más entusiasta de De Gaulle: « Candide ». Pero el editor Julliard ha firmado un contrato con los editores soviéticos y espera publicar el libro en estos días. Así, pues, ha exigido a las dos revistas que se abstengan de anticiparlo en sus columnas. « Candide » ha obedecido, pero « Paris-Match », que tiene fama de combativo, ha continuado a pesar de todo, y Julliard ha llevado el caso a los tribunales.

En Alemania parece que la situación no es mejor. Hay también dos editores simultáneos y ninguno de los dos ha firmado contrato con nadie, y como se puede suponer usan el libro como argumento de ataque político contra la URSS. Ahí también la no incorporación de Rusia al convenio mundial del Copyright la perjudica, no sólo comercialmente, sino cultural y políticamente.

No es mejor la situación en Italia, donde también hay dos editores. Uno goza de mucho más prestigio que el otro, y es Einaudi, de Turín. Como se puede suponer, es el que tiene la versión autorizada. El otro, Garzanti, no.

Los editores que hemos dado en llamar « piratas » no se niegan a pagar derechos de autor y hacen lo mismo que suelen hacer los rusos en su país: ofrecen los derechos al autor en la moneda nacional, si el autor se molesta en ir a tomarlos. En el caso de Solzhenitsyn — o

Solzhenitsyn, que de las dos maneras se escribe — no será fácil, porque al parecer está muy mal de salud a consecuencia del campo de concentración.

El « Times » de Londres, del cual tomamos estos datos informativos, dice que sólo la adhesión de Rusia al convenio internacional del Copyright libraría a los editores rusos de estas algaradas ruidosas, y no hay duda de que así es. Además, libraría también a los rusos de las incómodas proyecciones políticas de lo que en definitiva y en condiciones normales no sería sino un hecho literario. Bajo todos los conceptos conviene a los rusos incorporarse al convenio internacional de autores y editores.

Entretanto parece que la norma política rusa en relación con las letras sigue siendo la tolerancia. El mismo autor de « Un día en la vida de Ivan Denisovich » ha publicado dos novelas cortas más en la misma revista « Novy-Mir », las dos de carácter satírico social. Es decir, contra algunos aspectos de la vida soviética. La primera se refiere a un anciano denunciado a la policía política por haber nombrado una vez la ciudad de Stalingrado con el antiguo nombre Tsaritsyn. El pobre viejo es perseguido y sufre zozobras parecidas a la de los héroes de Kafka. La segunda novela se refiere a un campesino soviético que odia el progreso y sabotea la construcción de un ferrocarril. En las dos hay innegables simpatías del autor por sus héroes.

Ni económica ni políticamente puede dañar a los rusos la libertad de relaciones literarias con el exterior. Económicamente porque la mayor parte de las grandes obras del mundo occidental — Shakespeare, Bacon, Cervantes, Molière, Melville, Goethe — pertenecen al dominio público y no devengan derechos de autor. Lo mismo ocurre con autores más recientes como Balzac, Dickens, Stendhal, Galdós, Víctor Hugo. Los autores modernos que publican los rusos en traducciones son pocos y los derechos de autor, que tendrían que pagar representarían una cantidad igual o tal vez menor que la que cobrarían los autores soviéticos en divisas del exterior. En cambio, evitarían el sensacionalismo de « lo prohibido », que es un acicate considerable en la circulación de novelas.

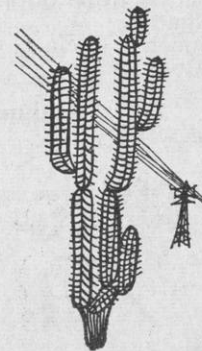
Finalmente, no hay que olvidar que un régimen social político no está consolidado hasta que asimila la sátira y la crítica. No se puede decir una nación ha alcanzado madurez hasta que puede ocasionalmente tolerar la burla propia y la ajena. Los franceses supieron burlarse de sí mismos en « Le Bourgeois Gentilhomme », de Molière. Los españoles, no digamos, con « Don Quijote ». Los ingleses con Dickens. Incluso los norteamericanos, a pesar de su juventud, con Melville y más tarde con Sinclair Lewis y con Faulkner. La madurez de la cultura rusa presoviética comenzó con Gogol y siguió con otros geniales satíricos.

Como decía al principio, acabo de leer un libro escrito por la « razón matrimonial » Mikhailov - Kosenko, turistas soviéticos en este continente. Es un reportaje no muy inspirado, la verdad. El libro, francamente antiyankee, ha sido publicado en traducción inglesa por un editor de Nueva York, aunque en este caso — todo hay que considerarlo, es verdad — con notas editoriales y comentarios unas veces infantilmente patrióticas y otras tan inocentemente absurdos que el lector no puede menos de reírse al mismo tiempo de los rusos que atacan y de los neoyorquinos que se defienden.

Ante las cataratas del Niágara la primera reflexión de estos rusos es sobre los pobres indios explotados y sometidos. Los indios que yo conozco — y son muchos — no trabajan sino en sus pequeñas parcelas agrícolas y para sí mismos. Sus comunidades tienen subsidios permanentes del Estado norteamericano en viveres y dinero. Escuelas y médicos gratis. Libertad de religión y de asociación. Ocasionalmente se casan, como mi antiguo amigo Antonio Lujan, de Taos (que fue amigo también del novelista Lawrence), con millonarias como Mabel Dodge, que tienen que acostarse, por cierto, en el suelo, si el indio rechaza el lecho blando considerándolo incómodo. Era el caso de Toni Luján. Y se creen los indios tan superiores a nosotros, que cuando alguna universidad les ofrece becas responden diciendo: « Nada tenemos que aprender de ustedes. Envíen si quieren sus hijos a nuestras aldeas y les enseñaremos a nadar, cazar, a trabajar para sí, a vivir seriamente y a ser hombres. »

No conozco un solo caso de indios trabajando para los blancos en faenas domésticas ni en fábricas ni en talleres. De vez en cuando, llama a mi puerta otro indio de Taos que se llama Eliseo Concha — tiene, además, sus nombres indios —, se invita a comer sin ceremonias y mientras comemos me habla de su tema favorito: el hombre blanco será destruido por el fuego del cielo — la bomba atómica — y después de su aniquilamiento sólo quedarán los indios, que serán los dueños del mundo. Es posible, pero no alcanza uno a ver cómo la bomba atómica podrá llegar a discriminar favorablemente a esos seres cobrizos, taciturnos y... felices.

Estados Unidos.



POEMAS

POEMA PARA NOMBRAR UNA HOJA

A Fernando Zamora y Justo Alejo:
Que la gritan.

Envuelta en un periódico alargado
ha llegado a mi casa.
Tiene mirada de ángel de juguete
y mucha primavera en las pestañas.

Del árbol de la entraña de los hombres
se va cayendo la palabra
como una hoja azul que se confunde
con los cielos sin casas.

He tocado las negras chimeneas
que manchan la blancura de sus caras
y conozco en el látigo del humo
los alaridos de vuestras gargantas.

Jugáis en este mundo de tornillos
a ser un poco de agua,
a ser como pupilas de rocío
flotando en las estepas castellanias.

ALLA MUNDIAL POEMA es una nube
que vuela sobre España
y llueve en la tristeza de los hombres
un agua de esperanzas.

Y el hambre es como un toro cuando em-
la mesa cotidiana [biste
y el mulo del estómago cocea
contra el muro del mes por una paga.

Me diréis que yo pincho en los jazmines
una abeja de lata
cuando grito vivir como la yerba
sin pensar en «mañana».

Y es que mañana-ayer es siempre hoy
y el destino se pudre en una caja
y los Jefes Teóricos del Mundo
quieren hacernos máquinas.

Que a Kruschev no le gustan los abstrac-
[tos
ni los calientes ritmos de las sambas
y el yanqui no quiere que haya Cubas
en sus vecinas Sudamericanas.

La estatua de la libertad se pudre
quemándole a los negros la palabra
y el Papa de la tierra se nos muere
con su obra de «unión» no terminada.

Abriréis cien ventanas sobre el mundo
de los niños que juegan y los hombres que
y debajo del humo de los pobres [cantan
la luz de una guitarra.

La Palabra es un aro de rocío que rueda
[la garganta
y vuestra Hoja tiene un sabor de manzana.

Desde el balcón de nube que hoy sostiene
mi silueta delgada
os vuelo este poema hacia el delirio
que vuestra Hoja canta.

Manuel Pacheco

1.º de junio de 1963.



PARA MIRAR A MIGUEL HERNANDEZ

A un grabado de Cristóbal Aguilar.

Sobre su muerte lenta
que cayó gota a gota en su carne de barro
Miguel Hernández vive.
Tus manos han grabado su retrato.

La canción está viva
en la alondra infinita de sus párpados,
colgada de su boca de hombre entero,
hecha luz en la sombra del arado.

Verso a yunque su vida
cantó la cruz del pueblo y fue su canto
como un arpa de luz para los hombres
que estaban maniatados.

Aquí tengo el clavel de su cabeza
sembrado por tus manos.
Te mando este pedazo de poema.

Miguel sigue cantando.

Manuel Pacheco

HAN RYNER

Habiando «grosso modo» es un anarquista.
Este pensador considera el Estado, por lo me-
nos el Estado histórico, como enemigo del indi-
viduo, y ve en la personalidad individual e-
más caro de los valores humanos... La anar-
quía hizo camino merced a la extrema utopía
del individualismo. La aspiración es resolver,
por la libre armonía, los problemas de las coo-
peración social que la tradición nos muestra
en toda ocasión librados a una corriente más
o menos mitigada de libertad.—E. GOMEZ DE
BAQUERO (Andrenio). Citado por Hem Day
en «Pensée et Action», Bruselas, número dedi-
cado a Han Ryner.

HOMBRES INSIGNES

CASTROVIDO

CON ROBERTO CASTROVIDO, figu-
ra destacada de la política y del
periodismo, orador combativo,
persona intachable, insigne republicano,
dirigió «El País», fundado por Catena.
Valenciano, como Blasco Ibáñez, Sorol-
la y Benlliure; mas con residencia en la
madrileña calle de San Marcos.

Salió varias veces diputado y tuvo in-
tervenciones parlamentarias en el Con-
greso muy felices.

La bondad era una de sus más salien-
tes cualidades, de la que fluía la simpá-
tia que inspiraba.

Era un cojo excelente, con necesidad de
muletas.

Al venir la República no ocupó cargo
alguno elevado, no fue más que republi-
cano. ¿No es esto un poco raro?

Acudía al periódico (calle de la Made-
ra, 8) todas las noches y en el acto co-
menzaba a trabajar. La mesa llenábase
de cuartillas, porque escribía con la faci-
lidad y la enjundia de sus conterráneos
Alfredo Calderón y Luis Morote.

Eran otros periódicos y otros periodis-
tas.

ANGEL SAMBLANCAT



Mi ángel Samblancat, sobrado santo
para este sucio mundo corrompido.
¿A qué has venido a él? ¿A qué has ve-
nido,

con tu terrible y corrosivo canto?

¡Sangre y más sangre!, corazón herido,
manas sin tregua ante tamaño espanto:
«lobo del hombre». ¡Disimula un llanto,
tu airado grito, no jamás oído!

¡Cómo traslucen del amor la fiesta,
con el rudo clamor de tu protesta,
cuando revelas la miseria humana!

Destruyes todo con tu ígnea tea,
preparando la tierra de la idea,
para el fraterno árbol del mañana!

Montiel BALLESTEROS

Unos setenta años hace que Catena
fundó «El País», diario madrileño re-
publicano. Batalló lo indecible contra la
Monarquía y la Iglesia, dando lugar a
infinitas suspensiones.

Escritores de empuje colaboraron en
«El País» desde su fundación, siendo
las épocas de mayor auge del periódico
la de Fuentes y posteriormente la de
Castrovido.

Finaba la revolución — todo iba a hun-
dirse sin remedio — cuando decidió tras-
ladarse a Valencia, su tierra.

Varias veces lo encontré por las calles
de mayor tránsito de la población con
su inutilidad física que a valerse de mu-
letas obligábale, palidísimo, cambiadísi-
mo, tristísimo... ¿Por qué, don Roberto?
Parecía que marchaba sin morir a su en-
tiero.

En México le tomó la muerte, como a
Fabián Vidal, director de «La Voz», co-
mo a Arturo Mori, redactor de «El País»,
como a Zozaya, como...

Don Roberto Castrovido fue dos cosas:
republicano y periodista.

PUYOL

Noticario

Salvador Madariaga ha sido distinguido con el premio «européista» Hans Deutsch, dotado con 50.000 francos suizos. Madariaga es profesor de literatura española en la Universidad de Oxford (Inglaterra).

Falleció en San Sebastian el músico vasco Jesus de Uruiuela. Pasado al exilio como nacionalista de su país, estuvo en el tristemente célebre campo concentracionario de Gurs (Francia).

Otro fallecimiento: el del escritor británico Aldous Huxley, ocurrido en Los Angeles (California), a la edad de 69 años. Tenía escritas una docena de novelas (entre cuarenta obras producidas) que cimentaron su popularidad de escritor. Destaca entre ellas «Un Mundo feliz», caricatura de una prevista sociedad automatizada.

Murió en Bagur (Gerona), la gran bailarina española Carmen Amaya, nacida gitana en el barrio playero de Somorrostro, en Barcelona. Ganó celebridad y dinero en Norteamérica, principalmente.

La tarde del 7 del mes en curso tuvimos la satisfacción de oír al historiador Jean Maitron, contenciando en una sala de los «Archives Nationales» de París, bajo el tema: «Le Groupe des Etudiants 1892-1902: Historique, ses rapports avec l'idéologie syndicaliste révolutionnaire».

Si UMRAL continúa publicándose, tendremos el gusto de ofrecer esta importante conferencia del profesor Maitron en estas páginas, convenientemente traducida al castellano.

Otra defunción —y que el lector perdone nuestro insistir en la nota negra—: la del famoso crítico de arte Ricardo Gutierrez Abascal, más conocido por «Juan de la Encina». Estaba exiliado en México desde la caída de la República española, y en cuya tierra de acogida se ha extinguido.

Se trata de constituir la Asociación de Danzas del País Vasco, en la que participarían grupos de Alava, Guipúzcoa, Vizcaya y Navarra.

El compositor español Joaquín Rodrigo ha dirigido un concierto en la acogedora Universidad de Puerto Rico. El embajador franquista trató en lo posible de menudear el acto en honor a su sueño Franco, la persona más aborrecible y aborrecida del planeta Tierra.

La escritora catalana Caterina Albert («Victor Català»), residente en el pueblo ampurdanés de L'Escala (Gerona), ha cumplido los 94 años de su venida al mundo. Recordamos que su obra caudal es la magnífica novela montañesa «Solitud».

LIBROS * LIBROS * LIBROS

SOCIOLOGIA
HISTORIA
LITERATURA
CIENCIAS



PEDAGOGIA
NARRACIONES
BIOGRAFÍAS
POESIA

Adquirirlos en UMBRAL, 24, rue Ste-Marthe, Paris (X), es ayudario

Servicio de librería LOTES PARA FIESTAS

Primer Lote

«Crónica de un revolucionario», Dr. Vallina; 2,80 F.
«Salvador Seguí», Varios; 3,50 F.
«Influencias burguesas en el anarquismo», Fabbri; 1,00 F.
«Raül Carballeira», Victor Garcia; 1,00 F.
«Quinet», Felipe Alaiz; 5,00 F.
«Tipos Españoles», Felipe Alaiz; 5,00 F.
«Debate imaginario entre Marx y Bakunin», 1,00 F.
Importe total del lote, 19,30 F.
Para el lector, 15,00 F.

Segundo Lote

«Antologías Universales» (Prólogos de García Birlán), «El amor y la amistad», «Cultura y Civilización», «La Historia», «La Libertad», «La Religión» (Vol. a 5,00 F. Para el lector a 3,75 F.)

Tercer Lote

«Obras completas» de Rafael Barrat, 22,50 F.; «Teatro completo» de González Pacheco, 14,00 F.; «Historia del Primero de Mayo», Dommanget, 12,00 F.; «La revolución deconocida», Voline, 13,50 F.; «Nacionalismo y Cultura», Rocker, 15,00 F.
Total del lote, 76,00 F. Para el lector, 62,00 F.

BIBLIOTECA CATALANA «A TOT VENT» (EDICIONS PROA)

Colección de «El pelegrin apasionat», diez tomos aparecidos (Janet vol ser un heroi, Homes i camins, Janet imita el seu autor, Vells i nous camins de França, Els emotius, Demà, etc.). a diez francos actuales tomo.

Otros títulos:
«El ben cofat i l'altre», de Carner 5,00 F.
«L'home dins el mirall», de Xavier Benguerel 5,00 »
«L'aberint», de Domènec Guansé 5,00 »
«L'Hereu de Ballantre», de R. L. Stevenson 6,00 »
«L'Estang del diable», de George Sand 5,00 »
«El mar escolta», de Joan Garrahou 5,00 »
«Quant es despertem els sentits...», de Maria Gispert Coll 6,75 »
En francés:
«La légende de Pablo Calsals», de Arthur Conte. 5,50 »

«Viaje a través de Utopia», María Luisa Berneri; 15,00 F.
«La Inquisición en Hispanoamérica», Boleslao Lewin; 16,50 F.
«La revolución», Gustav Landauer; 650 F.

«En el país del Kibutz», Henri Desroche; 13,50 F.
«La mayor pendiente», Georges Arnaud; 950 F.
«Cataluña 1937» (Testimonio sobre la Revolución española), George Orwell; 13,50 F.
«Réquiem por un campesino español», R. Sender; 6,00 F.

Pequeña obra maestra de la literatura contemporánea en la que se simboliza la lucha y la tragedia de España. Amplio estudio crítico de la novelística del autor por Mair J. Bernadete.

«Niki o la historia de un perro», Tibor Déry; 6,00 F.

Conmovedora biografía de un can engarzado a la description de Hungría en el periodo previo a la insurrección popular de 1956. Promesa, esperanza y realidad de un pueblo.

«El zorro y las camelias», Ignazio Silone; 7,00 F.

Los hombres honestos no le dan la espalda al drama de su tierra ni a la injusticia de su tiempo. Italia padece los desbordes autoritarios del estado fascista, y estos hombres lo combaten.

Giros y pedidos a Roque Llop, 24, rue Sainte-Marthe, Paris (10^e) C C P 13 507 56, Paris

Noticario

Igualmente recibida la primorosa edición «Les grandes fleurs du désert» de Han Ryner, libro publicado bajo la dirección de la familia de Ryner, entre la que cuenta nuestro estimado amigo Louis Simon. A quienes interese adquirir el libro, nuestra Administración podrá servirse.

Recibido de la Editorial «Proyección», de Buenos Aires, el conocido libro de Georges Orwell «Homage à la Catalogne» en primera edición castellana. De esta edición —agotada— quedan algunos ejemplares en nuestro Servicio de Librería.

El pianista polaco Rubinstein na daso su segundo concierto de post-guerra civil en el Palacio de la Música Catalana de Barcelona. Rubinstein sigue siendo, a sus 71 años, la personalidad artística arrolladora de sus buenos tiempos.

Este año hay temporada invernal de ópera en el Teatro Liceo de Barcelona. La obra más señalada: «La fanciulla del West», obra de ambiente italo-americana, de Puccini, la cual parecía dormir bajo el polvo del olvido. «La fanciulla» ha tenido, por melodias, un éxito notable.

Y ya que estamos en Barcelona. Luis Coquart ha estrenado una comedia catalana titulada «Ella y els pinguins». Sólo un pasatiempo bien escenografiado.

En el Teatro Windsor Jaime de Armiñán dio en primera «Pisito de solteras», humorada televisivista que no resultó en las tablas.

En el Candilejas la formación de Alejandro Ulloa acometió un vodevil gato, «Blas», de Claudio Magie, en castellano muy aceptable Ulloa y los suyos son buenos, lo que no quita que Santpere y compañía fuesen superiores para el género.

En Madrid tenemos «Las separadas», del destajista Alfonso Paso. Esta obra el autor se la ha tomado por los nervios, sin duda como reacción de sí mismo para una renovación de su estro. Todos los buenos intentos son loables.

En el Calderón madrileño se caldera «Todos contra todos», de Tony Lejanc, música de García Bernalt. Mímica y resonancia; tal es la definición de la crítica, alguna vez acertada.

«El río se entró en Sevilla», de Pemán, en el Goya, bajo la acción preclara de Lola Membrives. Confusión de lo andaluz, que en Andalucía verdad tiene gracias específicas de Sevilla, o de Cádiz, ponemos por caso. Siendo el caso de Pemán que escribe andalucismo sin moverse de su confortable despacho de Madrid.

